
LAURELL K. HAMILTON
BLUE MOON
BLUE MOON
AN ANITA BLAKE,
VAMPIRE HUNTER, NOVEL
ePUB

Richard es un lobo alfa, ese es su único defecto. Habíamos roto nuestra relación después de ver como se comía a una persona.

Aun así, nunca olvidas a un ex-novio. Y cuando recibí una llamada a las tres de la mañana, por un momento pensé que era él, no lo era. Era su hermano y no tenía buenas noticias. Aparentemente, el antiguo amor de mi vida había sido encarcelado por atacar a una mujer. Ya que me gano la vida como experta paranormal, tiendo a creer que casi cualquier cosa es posible. Pero a pesar de que él es uno de esos monstruos, nunca lastimaría a una mujer. Así que ahora estoy en las regiones inexploradas de Tennessee, Anita acudiendo al rescate. Sólo tengo unos días para liberar a Richard y descubrir quién lo traicionó, y por qué. Pronto habrá luna llena y si mi amado hombre lobo continúa tras las rejas cuando llegue, tendrá que enfrentarse a algo mucho peor que un cargo por asalto…



Laurell K. Hamilton

Blue Moon

Anita Blake, Cazavampiros-8

ePUB v1.0
fenikz 10.04.13

Título original: *Blue Moon*

Traducción «NO OFICIAL».

Editor original: fenikz (v1.0)
ePub base v2.1



UNO

Estaba soñando con carne fresca y hojas del color de la sangre. El teléfono me despertó, dejando sólo fragmentos en mi memoria, una visión de ojos azules como la media noche, manos deslizándose por mi cuerpo, el pelo acariciando mi cara en una nube dulce y perfumada. Me desperté en mi propia casa, a kilómetros de Jean-Claude con la sensación de su cuerpo aferrado al mío. Busqué el teléfono de la mesita de noche y murmuré:

—Hola.

—Anita, ¿eres tú?

Era Daniel Zeeman, el hermano menor de Richard. Daniel tenía veinticuatro años y es guapo como la oreja de un insecto. En realidad no lo creía. Richard había sido mi novio hacía tiempo hasta que elegí a Jean-Claude en vez de a él. Dormir con el otro hombre había complicado nuestros planes sociales. No es que culpara a Richard. Sino que me culpaba a mí misma. Fue una de las pocas cosas que Richard y yo todavía

compartíamos.

Miré la línea brillante del reloj de la mesilla. 3:10 a.m.

—Daniel, ¿qué pasa?

Nadie llama después de la hora de las brujas con buenas noticias.

Tomó una respiración profunda, como si se preparase para la siguiente frase.

—Richard está en la cárcel.

Me senté, las palabras me llenaron la cabeza.

—¿Qué dijiste? —De repente, me desperté, el corazón me latía muy fuerte por la adrenalina.

—Richard está en la cárcel —repitió.

Yo no le hice repetir, aunque lo necesitase.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Intento de violación —dijo.

—¿Qué? —dije.

Daniel repitió. No tenía más sentido la segunda vez que lo dijo.

—Richard es como el último Boy Scout —dije—. Yo creo antes que de ser un violador es un asesino.

—Supongo que eso es un cumplido —dijo.

—Sabes lo que quiero decir, Daniel. Richard no haría algo así.

—Estoy de acuerdo —dijo.

—¿Está en Saint Louis? —le pregunté.

—No, él todavía está en Tennessee. Terminó los requerimientos de su trabajo de grado y fue arrestado esta noche.

—Dime qué pasó.

—Yo no sé exactamente lo que paso —dijo.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Ellos no me dejan verlo —dijo Daniel.

—¿Por qué no?

—Mamá va a verlo, pero no dejan que tenga más visitas.

—¿Tiene un abogado? —le pregunté.

—Él dice que no lo necesita. Dice que no hizo nada.

—La cárcel está llena de gente inocente, Daniel. Necesita un abogado. Es su palabra contra la de la mujer. Está en problemas.

—Está en problemas —dijo Daniel.

—Mierda —dije.

—Pero hay más malas noticias —me dijo.

Tiré las mantas y me senté, sujetando el teléfono.

—Cuéntame.

—Va a ver una luna azul en este mes. —Lo dijo en voz muy baja, sin explicación, pero yo entendí.

Richard era un hombre lobo alfa. Es jefe de la manada local de Saint Louis. Es su único gran defecto. Habíamos roto nuestra relación después de que lo había visto comerse a una persona. Lo que había visto me había mandado a los brazos de Jean-Claude. Fui desde el hombre lobo hasta el vampiro. Jean-Claude era el maestro de la ciudad de Saint Louis. Definitivamente no era el más humano de los dos. Sé que no había mucho para elegir entre una sanguijuela o un comedor de carne, pero al menos después de que Jean-Claude terminaba de alimentarse, no había pedazos de carne entre sus colmillos. Era pequeña una diferencia, pero real.

Una luna azul significa una segunda luna llena en este mes. La luna en realidad no se vuelve azul la mayor parte del tiempo, pero es donde el viejo refrán dice que hay dos lunas llenas en el mes. Esto ocurre cada tres años. Era agosto, y habría una segunda luna llena, a sólo cinco días de distancia. El control de Richard era muy bueno, pero yo nunca había oído hablar de un hombre lobo, incluso un *Ulfric*, un jefe de la manada, que pudiera controlar el cambio en la noche de luna llena. No importa qué tipo de fuerza tuviera… un licántropo era un licántropo. La luna llena los gobierna.

—Tenemos que sacarlo de la cárcel antes de la luna llena —dijo Daniel.

—Sí —dije.

Richard estaba escondiendo lo que era. Enseñaba ciencia en la secundaria. Si supieran que es un hombre lobo perdería su trabajo. Es ilegal discriminar sobre la base de una enfermedad, especialmente con algo tan difícil de controlar, como la licantropía, pero ellos lo harían. Nadie quería un monstruo educando a sus hijos.

Por no mencionar que la única persona en la familia de Richard, que conocía su secreto era Daniel. Mamá y Papá Zeeman no lo sabían.

—Dame un número para ponerme en contacto contigo —le dije.

Él lo hizo.

—Llámame cuando llegues —dijo.

—Sí.

Suspiró.

—Gracias. Mamá está levantando un infierno, pero no está ayudando. Necesitamos a alguien aquí que entienda el sistema legal.

—Tendré que llamar a un amigo para que me dé el nombre de un buen abogado local antes de llegar allí. Él puede ser capaz de ordenar la libertad bajo fianza en el momento en que yo llegue.

—Él no va a ver al abogado —dijo Daniel.

—¿Crees que es estúpido? —le pregunté.

—Él cree que tener la verdad de su lado es suficiente.

Sonaba como algo que hubiera dicho Richard. Hubo más de una razón por la que habíamos roto. La verdad, la justicia y el estilo americano ciertamente no trabajan dentro del sistema jurídico. Dinero, poder, y la suerte era lo que funcionaba. O tener a alguien a su lado que era parte del sistema.

Yo soy una ejecutora de vampiros. Tengo licencia para cazar y matar vampiros cuando haya expedida una orden judicial de ejecución. Yo tenía licencia en tres estados. Tennessee no era uno de ellos. Pero la policía, como regla general, tendría mejor tratamiento a una ejecutora de vampiros que a un civil. Por supuesto, para algunas personas la caza de vampiros no era un delito. Tenía que ser humano para que pudiera contar.

—¿Cuándo puedes estar aquí? —preguntó Daniel.

—Tengo algunas cosas que aclarar aquí, pero voy a veros hoy antes del mediodía.

—Espero que puedas poner algo de sentido en Richard.

Había conocido a su madre en más de una ocasión, así que dije:

—Estoy sorprendida de que Charlotte no haya podido poner algo de sentido en Richard.

—¿Dónde crees que está en este momento? ¿Vendrás pronto? —preguntó Daniel.

—Genial —dije—. Estaré allí, Daniel.

—Tengo que irme.

De repente colgó como si tuviera miedo de ser atrapado. Su madre probablemente había entrado en la habitación. El matrimonio Zeeman tenía cuatro hijos y una hija. Los hijos tenían más de seis pies de alto. La hija tenía cinco años y nueve meses. Todos los hermanos tenían más de veintiún años. Y aun todos tenían miedo de su madre. No literalmente miedo, pero Charlotte Zeeman llevaba los pantalones en la familia. Tuve una cena con la familia y yo ya lo sabía.

Colgué el teléfono, encendí la lámpara, y comencé a hacer la maleta. Mientras hacia la maleta se me ocurrió quien podría estar involucrado en

esto. Yo empezaba a pensar que era porque Richard era el tercero de un triunvirato de poder que Jean-Claude había forjado entre nosotros. Un vampiro maestro, un *Ulfric*, o rey lobo, y un nigromante. Yo era el nigromante. Estábamos tan estrechamente vinculados que a veces por accidente invadíamos los sueños de los otros. A veces no era tan accidental.

Pero yo no iba al rescate porque Richard era nuestro tercero. Podía admitir eso a mí misma, pero a nadie más, todavía amaba a Richard. No de la misma forma en la que amaba a Jean-Claude, pero era igual de real. Estaba en problemas, y yo le ayudaría si pudiera. Simple. Complicado. Hiriente.

Me preguntaba qué era lo que podría pensar Jean-Claude de mi actuación, salir corriendo y dejarlo todo para ir a rescatar a Richard. En realidad no me importaba.

Yo iba a ir, y eso era todo. Pero sí me paraba a pensar en cómo podría hacer sentir a mi amante vampiro. Su corazón no siempre latía, pero aún se podría romper.

El amor apesta. A veces se sentía bien. A veces era sólo otra manera de sangrar.



DOS

Hice algunas llamadas telefónicas. Mi amiga Catherine Maison-Gillette era abogada. Ella había estado conmigo en más de una ocasión, cuando tuve que hacer unas declaraciones a la policía, por un cadáver, me acusaron de haberlo matado.

Hasta ahora no había estado en la cárcel. Diablos ni siquiera había tenido un juicio. ¿Cómo pude haber logrado esto? Mentí.

Bob, el marido de Catherine, contestó al quinto tono, tenía la voz pesada, por el sueño, obvio. Un rugido bajo de su voz, ninguno de ellos tenía un buen despertar.

—Bob, soy Anita. Necesito hablar con Catherine. Es importante.

—¿Estás en la comisaria? —preguntó.

Bob me conocía.

—No, no necesito un abogado para mí en este momento.

El no hizo preguntas. Sólo dijo:

—Aquí está Catherine. Si crees que no tengo curiosidad por saber, te equivocas, Catherine siempre me cuenta después de colgar.

—Gracias, Bob —dije.

—Anita, ¿qué pasa? —La voz de Catherine sonaba normal. Era una abogada penalista con una oficina privada. Ella estaba acostumbrada a despertarse a cualquier hora de la noche. A ella no le gusta que la despierten, pero se lo tomaba bien.

Le conté lo que sucedía. Ella conocía a Richard. Le gustaba mucho. No entendía por qué, lo había dejado por Jean-Claude. No podía decirle que Richard es un hombre lobo, así que era una situación difícil de explicar. Hey, incluso si pudiera mencionar la parte hombre lobo, era difícil de explicar.

—Carl Belisario —dijo cuando había terminado de contarle—. Es uno de los mejores abogados penalistas de ese estado. Lo conozco personalmente. No es tan cuidadoso con sus clientes como yo. Tiene algunos clientes que se conocen como figuras delictivas, pero es bueno.

—¿Puedes ponerte en contacto con él y conseguir que empiece con el caso? —le pregunté.

—Necesita el permiso de Richard para hacerlo, Anita.

—No puedo hablar con Richard para que tenga un nuevo abogado hasta que lo vea. El tiempo siempre es precioso en un crimen, Catherine. ¿Belisario, al menos, puede ponerse en marcha?

—¿Sabes si Richard ya tiene un abogado?

—Daniel mencionó algo acerca de que él se niega a ver a su abogado, así que supongo que sí.

—Dame el número de Daniel, y veré qué puedo hacer —dijo.

—Gracias, Catherine, de verdad.

Ella suspiró.

—Sé que te tomas muchas molestias por cualquiera de tus amigos, sé que eres fiel. Pero ¿estás segura de que tus motivos son sólo de amistad?

—¿Qué me estás preguntando?

—Todavía le amas ¿no?

—Sin comentarios —dije.

Catherine se rio suavemente.

—Sin comentarios. Así no quitas la sospecha de ti.

—Qué dices —le dije.

—Bien, yo haré todo lo que pueda desde aquí. Avísame cuando llegues

allí.

—Lo haré —dije. Colgué y llamé a mi trabajo. Ser la ejecutora de vampiros solo era un trabajo a tiempo parcial. Yo levantaba muertos para Reanimators, Inc., la primera empresa de animación en el país. También éramos los más rentables. Parte de esto se debía a nuestro jefe, Bert Vaughn. Podía hacer un dólar sentado y cantando. No le gusta que ayude a la policía con los delitos sobrenaturales y más cuando estoy trabajando. No le gustaría que saliera de la ciudad por tiempo indefinido y más por motivos personales. Me alegré de que fuera de madrugada y él no estaría allí para gritarme.

Levantar zombis, no era un músculo que se marchita si no lo usas, se trata de energía. Si no la utilizaba, el poder se filtraría por su cuenta. Cuando estaba en la universidad un profesor se suicidó. Nadie había encontrado el cuerpo. El alma tarda, normalmente, tres días para abandonarlo. Una noche, el cadáver llegó arrastrándose hasta mi cuarto. Mi compañera se cambió de habitación al día siguiente. Ella no tenía sentido de la aventura.

Tenía que levantar muertos, de una manera u otra. No tenía elección. Pero tenía una reputación y es suficiente para irme por unos días. El problema es que yo no quería irme. Algunas de las personas que trabajan en Reanimators, Inc., se encuentran entre mis mejores amigos.

Yo, Anita Blake, azote de los no-muertos, la ejecutora con mayor número de muertos en su página… estaba saliendo con un vampiro. Era casi poéticamente irónico.

Sonó el timbre. Me hizo saltar sentí mi corazón en la garganta. Era un sonido común, pero no a las 3:45 de la mañana. Dejé mi maleta parcialmente hecha sobre la cama y fui a la sala de estar. Mis muebles blancos estaban encima de una alfombra oriental. Tenía cojines de colores colocados desordenadamente en el sofá y en las sillas. El mobiliario era mío. La alfombra y los cojines fueron regalos de Jean-Claude. Su sentido del estilo siempre iba a ser mejor que el mío. ¿Por qué discutir?

El timbre sonó de nuevo. Me hizo saltar por segunda vez sin tener una buena razón, excepto que era insistente y era a una hora extraña, y ya estaba nerviosa por las noticias acerca de Richard. Fui a la puerta con mi arma favorita, una Browning Hi-Power 9mm, la llevaba en la mano, sin el seguro apuntando al suelo.

Estaba casi en la puerta cuando me di cuenta que llevaba nada más que

mi camisón. Llevaba un arma pero no una bata, tenía mis prioridades en orden.

Me quedé allí, descalza sobre la elegante alfombra, discutiendo si volver por la bata o por un par de pantalones vaqueros. Algo. Si estuviera usando una de mis habituales grandes camisetas para dormir hubiera abierto la puerta. Pero llevaba un camisón de satén negro con tirantes. Me llegaba casi hasta las rodillas. Una talla única no sirve para todo el mundo. Lo cubría todo, pero no era exactamente la ropa adecuada para abrir la puerta, al diablo.

—¿Quién es? —pregunté. Los malos no solían tocar el timbre.

—Soy Jean-Claude, *ma petite*.

Mi boca se quedó abierta. No podía estar más sorprendida si hubiera sido un mal tipo. ¿Qué estaba haciendo aquí?

Puse el seguro del arma y abrí la puerta. El camisón de raso fue un regalo de Jean-Claude. Me había visto con menos ropa. No necesitaba la bata.

Abrí la puerta y allí estaba él. Era como si fuera un mago y hubiera arrojado a un lado la cortina para mostrar a mi encantador asistente. Al verlo mi respiración se quedó en la garganta.

Su camisa era de color rojo escarlata muy conservadora, sus puños y cuello llevaban un atado simple, el pecho y la cintura quedaban desnudos. Su pelo negro y rizado tocaba sus hombros, se veía rico contra el rojo de su camisa. Incluso sus ojos azules de medianoche parecían más azules enmarcados en el rojo de su camisa. El rojo le queda muy bien, es mi color favorito, y él lo sabía. Su pantalón era negro con un cordón rojo enroscado en el cinturón. El cordón caía en nudos hacia un lado de su cadera. Las botas de cuero negro llegaban hasta la parte superior de sus piernas, casi cubriéndolas hasta la ingle.

Cuando estaba lejos de Jean-Claude, lejos de su cuerpo, de su voz, me sentía incómoda, malhumorada, porque estaba saliendo con él, pero podía hablar de él.

Pero nunca podía hablar cuando estaba con él, mi estómago se reducía y tenía que luchar para no decir cosas como ¡caramba!

Tenía que conformarme con decirle cosas como «Te ves espectacular, como siempre. ¿Qué estás haciendo aquí en una noche en la que te dije que no vinieras?».

Lo que yo quería hacer era lanzarme alrededor de su cuello y que me

lleve en sus brazos aferrándome a él como un mono. Pero yo no iba a hacer eso. Tenía cierta dignidad. Además, tenía miedo por lo mucho que le quería. Era como una droga.

No son los poderes del vampiro. Era mejor…, antigua lujuria. Pero todavía tenía miedo, así que tuve que tomar algunas medidas. Unas reglas. Las seguía el mayor tiempo posible.

Él sonrió, y esa sonrisa me hacía sentir amor y temor. La sonrisa me decía que pensaba en cosas malas, las cosas que dos o más podrían hacer en un cuarto oscuro, donde las sábanas olían a perfume caro, sudor y fluidos corporales. La sonrisa nunca me había hecho sonrojar hasta que empezamos a tener relaciones sexuales. A veces, todo lo que tenía que hacer era sonreír, y el calor se precipitaba en mi piel como cuando tenía trece años y tuve mi primer amor. Él pensaba que era encantador. Yo me avergonzaba.

—Hijo de puta —dije en voz baja.

Su sonrisa se ensanchó.

—Nuestro sueño se interrumpió, *ma petite*.

—Sabía que no era un accidente que estuvieras en mis sueños —le dije. Sonó hostil, y estaba contenta. El viento de verano me traía el olor de su colonia, directamente a mi cara. Exótico, con un toque de flores y especias. Odiaba a veces lavar las sábanas por miedo a perder su aroma.

—Te pedí que llevaras mi regalo para que yo pudiera soñar. Sabías lo que pretendía hacer. Si piensas otra cosa, entonces te estás mintiendo. ¿Puedo pasar?

Lo había invitado en muchas ocasiones así que él podía cruzar el umbral de mi casa sin ser invitado, pero se había convertido en un juego para él. Un reconocimiento formal cada vez que cruzaba la puerta. Eso me irritaba y me gustaba a la vez, como muchas cosas de Jean-Claude.

—Sería tan fácil como entrar.

Pasó por delante de mí. Me di cuenta que sus botas iban atadas por la parte de atrás de sus piernas desde su talón hasta arriba. La parte trasera de sus jeans se ajustaban suaves y firmes no había necesidad de adivinar que no llevaba nada debajo de ellos.

Sin mirarme dijo:

—Suenas de mal humor, *ma petite*. Puedes prohibirme la entrada a tus sueños. —Me miró, sus ojos estaban oscuros, nada tenía que ver con los poderes de vampiros—. Me diste la bienvenida con los brazos abiertos.

Me sonrojé por segunda vez en menos de cinco minutos.

—Richard está en la cárcel de Tennessee —le dije.

—Lo sé —dijo.

—¿Lo sabes? —dije—. ¿Cómo?

—El maestro local de la ciudad me llamó para decírmelo. Tenía mucho miedo de que creyera que fue obra suya, tratar de destruir nuestra triunvirato.

—Si quisiera acabar con nosotros, sería por un cargo de asesinato, no, por un intento de violación —le dije.

—Es cierto —dijo Jean-Claude luego se rió. La risa rosaba mi piel desnuda como un pequeño viento, privado—. Quienquiera que acusara a nuestro Richard no lo conoce bien. Creería un asesinato de Richard antes que una violación.

Era exactamente lo que yo había dicho. ¿Por qué es tan inquietante?

—¿Vas a Tennessee?

—El maestro, Colin, me prohibió la entrada a sus tierras. Hacerlo no sería un acto de agresión, sino una guerra abierta.

—¿Por qué le importa? —le pregunté.

—Él le teme a mi poder, *ma petite*. Teme nuestro alcance, por lo que ha hecho de ti una persona no grata en su territorio.

Me quedé mirándolo.

—Espero estés bromeando. ¿Está prohibido que cualquiera de nosotros ayude a Richard?

Jean-Claude asintió.

—¿Y él espera que creamos que no ha sido obra suya? —dije.

—Yo le creo, *ma petite*.

—¿Puedes saber que no miente por teléfono? —le pregunté.

—Algunos vampiros maestros pueden mentir a otros vampiros maestros, aunque no creo que Colin tenga tal poder. Pero no es por eso por lo que le creo.

—¿Por qué entonces?

—La última vez que tú y yo viajamos a las tierras de otro vampiro, ¿qué pasó?

—Ella estaba tratando de matarme —le dije.

—Exactamente —dijo—, nos amenazó a todos.

—Como dije, estaba tratando de matarme.

Él sonrió.

—Oh, *ma petite*, me hieres.

—Para esa mierda. Ese Colin, de verdad piensa que vamos a dejar a Richard en el fango.

—Él tiene el derecho a negarnos el paso —dijo Jean-Claude.

—¿Debido a que maté a otro maestro en su propio territorio? —le pregunté.

—Él no necesita motivos para negarse, *ma petite*. Simplemente lo rechaza.

—¿Cómo se puede conseguir algo de los vampiros?

—Poco a poco —dijo Jean-Claude—. Pero recuerda, *ma petite*, tenemos mucho tiempo para ser pacientes.

—Bueno, yo no, y Richard tampoco.

—Si ambos aceptan la cuarta marca podrían tener la eternidad —dijo con voz tranquila y neutral.

Sacudí la cabeza.

—Richard y yo valoramos lo poco que queda de nuestra humanidad. Además, la eternidad mi culo, la cuarta marca no nos haría inmortales. Sólo significa que viviríamos tanto tiempo como tú lo hagas. Eres difícil de matar, pero no imposible.

Se sentó en el sofá, cruzando las piernas debajo de él. No era una posición cómoda. Tal vez las botas eran más suaves de lo que parecía. Probablemente.

Apoyó los codos en el brazo del sillón, dejando el pecho hacia fuera. La tela roja cubría el pecho por completo y no dejaba nada a la imaginación. Sus pezones se veían en la delgada tela. La cicatriz de una quemadura en forma de cruz parecía sangrienta.

Se levantó apoyando las manos en el brazo del sillón, parecía una sirena en una roca. Esperaba que estuviera molesto o que dijera algo sexual. En cambio dijo:

—He venido a decirte, en persona, que Richard está en prisión. —Lo dijo muy cerca de mi cara—. Pensé que te molestaría.

—Por supuesto que me molesta. Este tipo Colin, vampiro o lo que sea, está loco si piensa que voy a dejar de ayudar a Richard.

Jean-Claude sonrió.

—Mientras hablamos, Asher está negociando, para lograr que entres en el territorio de Colin.

Asher es su segundo al mando, su lugarteniente vampiro. Fruncí el

ceño.

—¿Por qué yo y no tú?

—Porque tú eres mejor con los asuntos policiales. —Pasó una de sus largas y delgadas piernas sobre el brazo del sofá. Fue como ver un baile. Él es propietario del Club Placeres Prohibidos, un club de estriptis. Que yo sepa, Jean-Claude nunca había actuado allí. Tenía una manera especial de hacer el más mínimo movimiento sexual y vagamente obsceno. Siempre sentí que pensaba en cosas malas, cosas que no podía decir.

—¿Por qué no terminas de contarme todo? —dije. Sabía la respuesta, o al menos parte de ella. Parecía estar tan enamorado de mi cuerpo como yo del suyo.

Recuerdos de buen sexo en ambos sentidos. El seductor puede convertirse en el seducido, por la víctima en primer lugar.

Se movió hacia mí cara.

—Pensé que esto sería una novedad para acercarme a tu cara. —Se detuvo justo en frente de mí, tan cerca que el dobladillo de mi camisón rozó suavemente sus muslos. Hizo un pequeño movimiento con su cuerpo y el borde del camisón se movió suavemente contra mis piernas desnudas. La mayoría de los hombres tendrían que usar sus manos para conseguir ese movimiento. Por supuesto, Jean-Claude tenía cuatrocientos años para perfeccionar su técnica. La práctica hace la perfección.

—¿Por qué cara-a-cara? —le pregunté, mi voz estaba entrecortada.

Una sonrisa se dibujó en los labios.

—Sabes por qué —dijo.

—Quiero oírtelo decir —le dije.

Su rostro se quedó en blanco, solo el fuego de sus ojos seguía vivo.

—No podía dejar que te fueras sin tocarte una última vez. Quiero hacer la «danza perversa» antes de que te vayas.

Yo me reí, pero estaba tensa y nerviosa. Mi boca estaba repentinamente seca. Tenía problemas para no mirar su pecho. La «danza perversa» era su insinuación para tener sexo. Quería tocarlo, pero si lo hacía, seguro terminaríamos en la cama.

Richard estaba en problemas. Ya le había traicionado una vez con Jean-Claude, no lo haría otra vez.

—Tengo que hacer las maletas —le dije.

Me volví bruscamente y comencé a caminar hacia el dormitorio.

Él me siguió.

Puse la pistola en la mesita de noche al lado del teléfono, cogí los calcetines del cajón, y comencé a tirarlos en la maleta, tratando de olvidarme de Jean-Claude. Él no era tan fácil de ignorar. Tirado en la cama al lado de la maleta, apoyado sobre un codo, sus largas piernas estaban estiradas sobre la cama. Miré con temor mis sábanas blancas. Él me miraba moverme por la habitación, moviendo sólo sus ojos. Me recordó a un gato: vigilante, muy a gusto.

Entré en el cuarto de baño para coger algunos artículos del tocador. Había un kit donde guardaba todas las cosas pequeñas, últimamente salía muy a menudo fuera de la ciudad. Bien podría ser organizada al respecto.

Jean-Claude estaba acostado sobre su espalda, derramando su pelo negro como una oscura fantasía en mi almohada blanca. Le sonreí ligeramente al entrar en la habitación. Tenía una mano tendida hacia mí.

—Únete a mí, *ma petite*.

Sacudí la cabeza.

—Si me uno a ti, me distraigo. Voy a empacar y a vestirme. No tenemos tiempo para nada más.

Se arrastró hacia mí sobre la cama, se movía con un balanceo suave, moviendo músculos que no sabía que tenía.

—¿Soy tan poco atractivo, *ma petite*? ¿O tu preocupación por Richard es tan abrumadora?

—Sabes malditamente lo atractivo que eres para mí. Y sí, estoy preocupada por Richard.

Salió de la cama, siguiendo mis pasos. Se movía en cámara lenta, hermoso, mientras me apresuraba de un lado a otro, pero me seguía, igualando cada uno de mis pasos rápidos. Era como estar perseguida por un depredador muy lento, que tenía todo el tiempo del mundo, pero sabía que al final lo conseguiría.

La segunda vez que me topé con él, finalmente le dije:

—¿Cuál es tu problema? Deja de seguirme. Me estás poniendo nerviosa.

La verdad era que al estar tan cerca de su cuerpo hacía que mi piel se erizara.

Se sentó en el borde de la cama y suspiró:

—No quiero que te vayas.

Eso me detuvo en seco. Me di la vuelta y le miré fijamente.

—¿Por qué, por amor a Dios?

—Durante siglos, he soñado con tener el poder suficiente para sentirme seguro. Poder suficiente para mantener mis tierras y, finalmente, tener paz. Ahora me temo que el gran hombre lobo podría dañar mis ambiciones.

—¿Qué estás diciendo? —me puse en frente de él con los brazos llenos de camisas y perchas.

—Richard, le temo a Richard.

Había una mirada en sus ojos que rara vez había visto. No estaba seguro de sí mismo. Era una expresión muy humana. Parecía totalmente en desacuerdo con el hombre de camisas elegantes.

—¿Por qué tienes miedo de Richard? —le pregunté.

—Temo que te guste más Richard, me da miedo que me dejes por él.

—Por si no lo has notado, ahora Richard me odia. Habla más contigo que conmigo.

—No te odia, *ma petite*. Odia que tú estés conmigo. Entre los odios hay una gran diferencia. —Jean-Claude me miró con tristeza.

Suspiré.

—¿Estás celoso de Richard?

Miró hacia la punta de sus zapatos.

—Sería un tonto si no lo estuviera.

Pasé todas las blusas a un solo brazo y le acaricié la cara. Levanté su rostro.

—Me acuesto contigo, no con Richard, ¿recuerdas?

—Sin embargo, aquí estoy, *ma petite*. Estoy vestido para tus fantasías y ni siquiera me has dado un beso.

Su reacción me sorprendió. Justo cuando pensaba que lo conocía.

—¿Estás herido por qué no te saludé con un beso?

—Tal vez —dijo en voz muy baja.

Sacudí la cabeza y tiré las blusas en la maleta. Me arrodille frente a él, abrió sus piernas para que pudiera acomodarme. Puse mis manos sobre sus hombros. La textura de la camisa era áspera, aunque parecía suave.

—¿Cómo alguien tan guapo como tú puede ser tan inseguro?

Envolvió sus brazos a mi cintura, apretándome a él. Apretó las piernas a mí alrededor. El cuero de las botas era suave y flexible. Estaba atrapada en sus brazos y piernas. Pero era una prisionera voluntaria, por lo que estaba bien.

—Lo que quiero hacer es apretarme contra ti y lamer esta camisa tan ingeniosa. Quiero saber cuánto puedo tocar a través de la tela. —Levanté

las cejas hacia él.

Su risa fue suave y baja. El sonido hizo que toda la piel de mi cuerpo se erizara, mis pezones se endurecieron y sentí un cosquilleo cálido en el vientre. Su risa era palpable, algo intrusiva. Podía hacer cosas con su voz que la mayoría de los hombres no podían hacer con sus manos. Sin embargo, él tenía miedo de que lo dejara por Richard.

Apoyó su rostro sobre mi pecho, acunados entre mis senos. Frotó sus mejillas suavemente hacia atrás y adelante, hasta que mi respiración se hizo más rápida.

Suspiré y se inclinó hacia mi cara, doblando su cuerpo para estar más juntos.

—No pienso dejarte por Richard. Pero está en problemas, y eso está antes que el sexo.

Jean-Claude levantó su cara, me tenía tan apretada a su cuerpo que casi no podía moverme.

—Bésame, *ma petite*, eso es todo. Sólo un beso antes que decirme que me amas.

Puse mis labios sobre su frente.

—Pensé que eras más seguro que esto.

—Lo soy —dijo—, con todo el mundo, menos contigo.

Lo miré para estudiar su rostro.

—El amor debe hacerte sentir más seguro y no menos.

—Sí —dijo en voz baja—, eso debería de hacer. Pero te gusta Richard, también. No se trata de que me ames más a mi o a él. El amor entre muertos es siempre complicado.

Me incliné sobre él. El primer beso fue un roce de labios, como un dulce rastro en mi boca. El segundo beso fue más intenso. Pasé mi lengua sobre su labio inferior y soltó un pequeño gemido. Me besó la cara, sus manos se movieron a lo largo de mi espalda. Me besó como si fuera algo de beber, como si tratara de beber las últimas gotas de vino, sensible, ansioso, con hambre. Me derrumbé en sus brazos, mis manos se deslizaban sobre su cuerpo con ansias de tocarlo.

Sentí sus colmillos afilados, haciéndome pequeños raspones en mis labios y en mi lengua. Hizo un rápido movimiento, sentí un dolor intenso y el sabor dulce de la sangre. Gimió y rodó encima de mí. De repente me encontré en la cama con él encima. Sus ojos eran de color azul brillante, oscuros por el frenesí del deseo.

Movió la cabeza hacia un lado, frotando mi cuello. Giré mi cara hacia el otro lado, bloqueándolo.

—Nada de sangre, Jean-Claude.

Hizo un sonido quejumbroso con la cara enterrada en mi hombro.

—Por favor, *ma petite*.

Se giró hacia mi hombro.

—Suéltame.

Se dio la vuelta con cuidado, mirando al techo.

—Me dejas estar dentro de ti, en cada parte de tu cuerpo, con cada parte de mí, pero rechazas la última parte de mí mismo.

Me bajé de la cama con cuidado, no estaba segura de que mis rodillas me mantuvieran estable.

—No soy tu comida —dije.

—Esto es mucho más que un mero alimento, *ma petite*. Si tan sólo me permitieras mostrarte más.

Agarré el montón de blusas y comencé a sacarlas de las perchas y las doblé sobre la maleta.

—Nada de sangre, esa es la regla.

Rodó sobre su costado.

—Te he ofrecido todo lo que soy, *ma petite*, sin embargo, tú me impides tomarte toda. ¿Cómo no voy a sentir celos de Richard?

—Estás recibiendo sexo. Ni siquiera él lo obtuvo.

—Tú eres mía pero no del todo.

—No soy un animal de compañía, Jean-Claude. La gente no pertenece a otras personas.

—Si pudieras encontrar una manera de amar a la bestia de Richard, te entregarías a él. Y él se entregaría a ti sin dudarlo.

Doblé la blusa.

—¡Maldita sea, Jean-Claude, esto es estúpido! Yo te elegí a ti. ¿Está bien? Es un hecho. ¿Por qué estás tan preocupado?

—Debido a que en el momento en que está en problemas lo dejas todo para correr a su lado.

—Yo haría lo mismo por ti —le dije.

—Exactamente —dijo—. No tengo ninguna duda de que me quieres en tu camino, pero también le amas.

Cerré la cremallera de la maleta.

—No estamos teniendo esta discusión. Duermo contigo. No voy a

donarte sangre sólo para que te sientas más seguro.

Sonó el teléfono. La voz de Asher es culta y rica, así como la de Jean-Claude:

—Anita, ¿cómo estás esta noche de verano… bien?

—Estoy bien, Asher. ¿Qué pasa?

—¿Puedo hablar con Jean-Claude? —preguntó.

Casi le discutí, pero Jean-Claude ya tenía su mano sobre el teléfono. Se lo di.

Jean-Claude habló en francés, algo que él y Asher tenían la costumbre de hacer. Me alegré de que hubiera alguien que hablaba su lengua nativa, porque mi francés no era muy bueno. Sospechaba frecuentemente que a veces los vampiros hablan delante de mí como lo haría delante de un niño que no es lo suficientemente adulto para entender. Era grosero e intolerante, pero eran vampiros con siglos de edad.

Cambió nuevamente al inglés y me hablo a mí.

—Colin se ha negado a darte la entrada en su territorio. Ha negado la entrada a cualquiera de mi pueblo.

—¿Puede hacer eso? —le pregunté.

Jean-Claude asintió.

—*Oui*.

—Voy allí para ayudar a Richard. Arréglalo, Jean-Claude, o me voy con o sin permiso.

—¿Incluso si es la guerra? —preguntó.

—Mierda —dije—. Llama al pequeño hijo de puta y déjame hablar con él.

Jean-Claude alzó las cejas, pero asintió. Despidió a Asher, a continuación, marcó un número.

—Colin, soy Jean-Claude —dijo—. Sí, Asher me dijo lo que has decidido. Mi siervo humano, Anita Blake, desea hablar contigo. —Escuchó un momento—. No, yo no sé lo que quiere decirte.

Me pasó el teléfono y se recostó contra el cabecero de la cama como si fuera el espectador de un programa.

—Hola, ¿Colin?

—Soy yo. —Su acento era puro entre Mexicano y de América Central. Lo hacía sonar menos exótico que otros vampiros.

—Mi nombre es Anita Blake.

—Yo sé quién eres —dijo—. Tú eres la ejecutora.

—Sí, pero yo no voy a ir allí para hacer una ejecución. Mi amigo está en problemas. Yo sólo quiero ayudar.

—Tú eres su tercera. Si tú entras en mis tierras, estarán dos de su triunvirato dentro de mi territorio. Eres demasiado poderosa como para permitirte la entrada.

—Asher dijo que también se le niega el acceso a cualquiera de nuestra gente, ¿es cierto?

—Sí —dijo.

—¿Por qué?

—El Consejo, los gobernantes de todos los vampiros, temen del poder de Jean-Claude. No voy a tenerlos en mis tierras.

—Colin, mira, yo no deseo tu poder. No quiero tus tierras. No tengo planes contra ti en ningún sentido. Eres un vampiro maestro. Tú puedes escuchar la verdad de mis palabras.

—¿Te refieres a lo que tú dices? Eres el siervo de Jean-Claude él es el maestro.

—No te lo tomes a mal, Colin, pero ¿por qué Jean-Claude querría tus tierras? Aunque estuviera planeando una especie de invasión de Gengis Kahn, tus tierras están entre tres territorios del nuestro. Si él intentara conquistar algo, sería el territorio más cercano.

—Tal vez hay algo aquí que quiere —dijo Colin, y pude escuchar el miedo en su voz.

Eso era raro, en un vampiro maestro. Por lo general eran mejor ocultando sus emociones.

—Colin, puedo hacerte un juramento, no quiero nada de ti. Sólo necesito entrar allí y ayudar a sacar a Richard de la cárcel. ¿De acuerdo?

—No —dijo—. Si vienes hasta aquí sin ser invitada, va a ser la guerra entre nosotros, y te mataré.

—Mira, Colin, sé que tienes miedo. —Tan pronto como lo dije, me arrepentí, sabía que estuvo mal.

—¿Cómo sabes lo que siento? —El miedo subió un grado, pero la cólera aumentó más rápido—. Un siervo humano que puede notar el miedo en un vampiro maestro, y te preguntas ¿por qué no te quiero en mis tierras?

—Yo no puedo probar el miedo, Colin. Lo oí en tu voz.

—¡Mentirosa!

Mis hombros estaban empezando a doler. Soy muy paciente pero Colin ya estaba agotando mi aguante. ¿Cómo se supone que vamos a ayudar a

Richard, si Colin no permite enviar a alguien allí? Mi voz era tranquila, pero podía notar mi garganta apretada, mi voz sonaba unos tonos más bajos haciendo todo un esfuerzo por no gritar.

—Lo que le pase a vuestro tercero no es mi problema. Mi problema es mantener mi tierra y mi gente protegida.

—Si algo le sucede a Richard debido a este retraso ten en cuenta que eso sí que va a ser de tu preocupación —le dije con voz tranquila.

—Mira, ya me estás amenazando incluso antes de llegar a mi territorio.

La rigidez de mis hombros pasó por mi cuello y salió de mi boca.

—Escucha, pequeño insignificante, voy a ir hasta allí. No estoy dispuesta a dejar que tu estúpida paranoia dañe a Richard.

—Vamos a matarte —dijo.

—Mira, Colin, permanece fuera de mi camino, y yo me quedaré fuera del tuyo. Si te metes en mi camino y me jodes te mataré, ¿me entiendes? La guerra es sólo si se inicia, pero si empiezo algo por Dios que lo termino.

Jean-Claude hacía señas desesperadas para que le entregara el teléfono. Luchamos durante unos segundos por controlar el teléfono mientras que llamaba a Colin político anticuado y cosas aún peores.

Jean-Claude se disculpó durante un rato, después colgó y me miró. Su mirada era elocuente.

—Diría que no tengo palabras para describir lo que acabas de hacer, *ma petite*, preferiría pensar que no lo hiciste, pero te conozco bien. La pregunta es: ¿Entiendes lo que acabas de hacer?

—Voy a rescatar a Richard. Voy a ir alrededor de Colin o sobre él. Esa es su elección no la mía.

Jean-Claude suspiró.

—Está en su derecho a verlo como el comienzo de una guerra. Pero Colin es muy prudente. Así que solo elegirá una opción de dos. O bien espera para ver como actúas y comienzas con hostilidades o bien nada más pongas un pie en sus tierras intentará matarte.

Sacudí la cabeza.

—¿Qué iba a hacer?

—No importa ahora. Lo hecho, hecho está, pero cambia la organización del viaje. También puedes tomar mi jet privado, pero tendrás compañía.

—¿Vas a venir? —le pregunté.

—No. Si voy contigo, Colin pensaría que habríamos venido a matarlo. No, me quedaré aquí, pero tendrás un séquito de guardias.

—Espera un minuto —dije.

Él levantó la mano.

—No, *ma petite*. Tú ya estallaste. Recuerda que si mueres, Richard y yo podríamos morir también. El poder que nos da el triunvirato tiene un precio. No es simplemente tu vida la que estás arriesgando.

Eso me detuvo.

—No lo había pensado —le dije.

—Tendrás un séquito, que no llame mucho la atención pero sí que sea un grupo lo suficientemente fuerte para combatir a la gente de Colin, si fuera necesario.

—¿A quién tienes en mente? —le pregunté, con curiosidad.

—Déjame a mí.

—Yo no lo creo —le dije.

Se puso de pie, y su ira arremetió a través de la sala como un viento hirviendo.

—Te has puesto en peligro a ti misma tanto como a mí y a Richard. Has puesto en peligro todo lo que tienes o esperas tener por tu genio.

—Hubiera llegado a un ultimátum, Jean-Claude. Al final son vampiros. Tendría que discutirlo durante un día o dos, pero el resultado hubiese sido el mismo.

—¿Estás tan segura? —preguntó.

—Sí —dije—. Oí el miedo en la voz de Colin. Me teme. Nunca le han recordado que puede morir.

—No sólo es miedo, *ma petite*. Tú eres la ejecutora. A los vampiros jóvenes se les dice que si son tontos, vendrás a matarlos en sus ataúdes.

—Te lo estás inventando —dije.

Sacudió la cabeza.

—No, *ma petite*, tú eres el coco en el reino de los vampiros.

—Si veo a Colin, no voy a tratar de asustarlo más de lo que ya lo tengo.

—Lo verás, *ma petite*, de una manera u otra. O bien organizará una reunión cuando vea que no quieres hacer nada malo, o será cuando te ataquen.

—Tenemos que conseguir sacar a Richard de la cárcel antes de la luna llena. Sólo tenemos cinco días. No tenemos tiempo de hacerlo lentamente.

—¿A quién estás tratando de convencer, *ma petite*, a mí o a ti?

Había perdido mi temperamento. Había sido una estupidez. Inexcusable. Tenía muy mal genio, pero por lo general lo controlaba mejor

que esto.

—Lo siento —dije.

Jean-Claude dio un resoplido muy poco elegante.

—Ahora lo sientes. Empezó hacer una llamada telefónica. —Asher y los demás irán contigo.

—¿Asher? —dije—. Él no va conmigo.

—Sí, que va.

Abrí la boca para protestar. Me apuntó con su elegante y delgado dedo.

—Conozco a Colin y a su pueblo. Necesitas gente a tu alrededor que impresione, sin ser demasiado aterradores y, sin embargo, si sucede lo peor, deben de ser capaces de defenderte a ti y a ellos mismos. Voy a escoger quién va y quién se queda.

—Eso no es justo.

—No hay tiempo para la justicia, *ma petite*. Tu precioso Richard está detrás de las rejas y la luna llena se acerca. —Dejó caer la mano a su regazo—. Si deseas llevar algunos de tus wereleopardos serán bienvenidos. Asher y Damián necesitarán alimento mientras están fuera. No pueden cazar en el territorio de Colin. Eso sería tomado como un acto de hostilidad.

—¿Quieres que lleve algunos de mis wereleopardos como comida?

—Yo voy a suministrar algunos de mis hombres-lobo —dijo.

—Soy la *lupa* de los lobos así como la *Nimir-ra* de los leopardos. Los lobos irán para mí.

Richard me había hecho *lupa* de los hombres lobo, cuando éramos novios. *Lupa*, es sólo otra palabra para referirse a la novia del lobo alfa de la manada, aunque por lo general se trata de otro licántropo, no de un humano. Los wereleopardos vinieron a mí de forma predeterminada. Maté a su último líder y descubrí que todos los demás no estaban hechos para ser un alfa. Eran débiles, sin una posición dominante, así que decidí protegerlos o terminarían como carne de nadie. Jean-Claude se puso el auricular a la oreja.

—Estás actuando de manera que una persona no puede insultar a un monstruo en Saint Louis, sin responderte a ti *ma petite*.

Si no lo conociera mejor diría que Jean-Claude estaba enfadado.

Creo que esta vez no podría culparlo.



TRES

El jet privado era como un huevo largo con aletas. Bueno, era más que un huevo y más puntiagudo en los extremos, pero parecía tan frágil. ¿Mencioné que tengo fobia a volar? Me senté en mi asiento, completamente giratorio, totalmente reclinable pero lo tenía muy erguido, con el cinturón puesto, y las uñas clavadas en los brazos acolchados del asiento. Giré mi asiento a propósito en la dirección opuesta a la ventana para así no poder el exterior. Desafortunadamente, el avión era tan estrecho que era capaz de ver las nubes y el azul claro del cielo. Era difícil de olvidar que estas a miles de metros del suelo firme cuando solo se interponen una fina hoja de metal entre tú y la eternidad cuando las nubes se mantienen flotando delante de la ventana.

Jason se sentó en el asiento junto a mí, y me giró suavemente. Se echó a reír.

—No puedo creer que tengas miedo a volar. Él empujó su silla con los

pies, lo que le hacía girar a su alrededor, lentamente, como un niño sentado en la silla de la oficina de su papá. Su cabello rubio había sido cortado justo por encima de los hombros, sin flequillo. Sus ojos eran del mismo color azul pálido como el que se veía a través de las ventanas. Era exactamente de mi estatura lo que le hacía ser bajo especialmente para ser un hombre. A él parecía no importarle. Llevaba una enorme camiseta y unos vaqueros tan descoloridos que estaban casi blancos. Llevaba zapatillas de correr de doscientos dólares, aunque sabía que él no era un deportista y que tampoco iba a correr.

Había cumplido veintiuno este verano. Me había dicho que él era Géminis, y ahora tenía la edad legal para hacer cualquier cosa. Cualquier cosa era un terreno muy amplio para que Jason lo cubriera. Él era un hombre lobo, pero actualmente vivía con Jean-Claude y era un aperitivo por la mañana o por la tarde para el vampiro. La sangre de un cambiaformas tiene mucho más poder que la de un humano. Puedes beber mucha menos cantidad que la de un humano y sentir un infierno mucho mejor, o por lo menos eso es lo que he observado.

Se arrojó de la silla y cayó de rodillas delante de mí.

—Vamos, Anita. ¿Es para preocuparse?

—Déjame en paz, Jason. Es una fobia. No tiene lógica. No puedes hablarme, así que simplemente desaparece.

Se puso de pie tan rápido que era casi mágico.

—Estamos perfectamente seguros.

Empezó a saltar hacia arriba y hacia abajo sobre el suelo del avión.

—Mira, seguro.

—¡Zane! —grité.

Zane apareció a mi lado. Tenía unos seis pies de altura, era alto y delgado. Se había teñido su cabello de un amarillo impactante, como botones de oro de neón, afeitado en los lados. Vestía pantalón de vinilo negro, que se le pegaba al cuerpo como una segunda piel resbaladiza, y un chaleco a juego, sin camisa. Unas botas negras brillantes completaban el equipo.

—¿Me ha llamado? —preguntó con una voz que era casi dolorosa y muy profunda.

Si un cambiaformas pasa demasiado tiempo en forma de animal surgen algunos cambios físicos que pueden ser permanentes. La voz de Zane era grave y delicada a la vez y cuando hablaba podían verse los colmillos en la

parte superior e inferior de su boca, como ya había dicho él había permanecido mucho tiempo como leopardo. La voz podría haber pasado por humana, pero los colmillos no.

—Llévate a Jason lejos de mí, por favor —dije con los dientes apretados.

Zane miró al hombre más pequeño.

Jason se mantuvo firme.

Zane se trasladó los dos últimos pasos para cerrar la distancia entre ellos. Estaban allí, muy juntos sus pechos rozándose entre sí con los ojos fijos. De repente sentí sobre mi piel un rastro de energía que me hacía saber que ellos no eran humanos.

Mierda. Yo no tenía la intención de iniciar una pelea.

Zane bajó su rostro hacia el hombre más bajo, un gruñido manaba de sus labios cerrados.

—No hay lucha niños —les dije.

Zane plantó un gran beso húmedo en la boca de Jason.

Jason se echó para atrás, riendo.

—¡Hijo de puta bisexual!

—Ahora, si eso no es llamar a la olla del caldero negro —dijo Zane.

Jason sólo sonrió y se alejó de él, aunque no había mucho espacio para pasear de cualquier modo. También tengo un poco de claustrofobia. La conseguí en un accidente de buceo, pero me he dado cuenta que es peor desde que me desperté una mañana atrapada en un ataúd con un vampiro y esa sensación no me gustó. Logré escapar, pero cada vez me gustan menos los espacios cerrados.

Zane se sentó en el asiento de al lado. El chaleco negro se abría sobre el pecho delgado dejando poco a la imaginación y dejando ver un poco de un aro en el pezón.

Zane me dio unas palmaditas en la rodilla, y yo le dejé. Siempre estaba tocando a las personas, nada personal. Una gran cantidad de cambiaformas perdían su parte sensible, como si fueran solo animales en lugar de personas y había muchos menos límites físicos, pero Zane había convertido el tocar a las personas casi en un arte. Al final me di cuenta de que tocaba a otros como una especie de manta de seguridad. Trataba de jugar a ser el depredador, el dominante pero no lo era.

Debajo de la muestra de confianza y de sus burlas él lo sabía. Se ponía muy tenso si estaba en una situación social donde tuviera que estar solo,

literalmente, sin el contacto de otra persona. Así que dejé que me tocase cuando nunca se lo hubiera permitido a nadie más.

—Vamos a estar en el suelo pronto —me dijo. Tenía la mano izquierda todavía sobre mi rodilla. Había entendido las reglas. Dejé que me tocase, cuando no tenía nada que hacer, pero no durante mucho tiempo, no me gustaban las caricias persistentes. Yo era su apoyo cuando estaba nervioso, no su novia.

—Ya lo sé —le dije.

Él sonrió.

—Pero no me crees.

—Digamos que voy a descansar cuando esté sobre suelo firme.

Cherry se unió a nosotros. Era alta y esbelta con un pelo rubio natural cortado muy corto y rodeando un rostro fuerte y triangular. Llevaba sombra de ojos gris, delineador de ojos muy negro. El lápiz de labios era negro también. Llevaba unas medias de malla negras con una minifalda de vinilo con botas negras y un sujetador de encaje negro que lo llevaba debajo de una camisa de malla. Se había puesto el sujetador para mi beneficio, llevaba más ropa que cuando trabajaba como enfermera había estado trabajando en eso hasta que había descubierto que era un wereleopardo. La habían despedido con la excusa de recortes de presupuesto, es ilegal discriminar por sufrir la enfermedad de licantropía pero la gente no se sentía cómoda al lado de ellos y menos en el trabajo de enfermera. Algunos de los nuevos cambiaformas tenían problemas para controlarse, pero Cherry no era nueva. Fue una buena enfermera y ahora ella nunca podría volver a ejercer su profesión. Estaba amargada por ello y aun así se había convertido en la novia zorra del planeta X.

—¿Qué pasa cuando lleguemos a tierra? —preguntó Cherry con su voz ronroneando, profunda. Pensaba que su voz había sido causa de pasar demasiado tiempo en su otra forma como los dientes de Zane, pero Cherry sólo tenía esa voz sexy maravillosa y profunda. A ella le iría bien con el sexo telefónico. Se sentó junto a nosotros en el suelo con las rodillas y los tobillos cruzados, subiendo la corta falda lo suficiente para que se le vieran las medias. Era una falda corta y esperaba estuviera usando ropa interior.

—Me pondré en contacto con el hermano de Richard e iré a la cárcel —le dije.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Zane.

—Jean-Claude ya reservó el hotel para alojarnos, así que ustedes irán

directamente a la habitación.

Intercambiaron una mirada. Era más que una mirada común.

—¿Qué? —pregunté.

—Uno de nosotros debe de ir contigo —dijo Zane.

—No, voy a ir allí sola a enseñar mi licencia de ejecutora. Estoy mejor por mi cuenta.

—¿Qué pasa si el amo de la ciudad ha mandado gente para que te espere? —preguntó Zane—. Él sabe que vas a ir a la cárcel hoy.

Cherry asintió.

—Podría ser una emboscada.

Tenían un punto, pero…

—Mira, nada personal, chicos, pero te ves como la mitad superior de una S y pastel de bodas M. No me gusta como la policía mira a la gente…

No estaba segura de cómo decirlo sin ser insultante. Los policías eran personas de carne y hueso, sospechaban de las personas exóticas así que si entraba en la comisaria con el dulce punk y la dulce puta iban a empezar a sospechar.

Ellos sabrían que no eran exactamente lo que afirmarían ser y eso complicaría las cosas. Teníamos que hacer las cosas fácilmente, no más difícil.

Yo estaba vestida como una cazadora de vampiros, casual. Vaqueros negros, camisa roja carmesí de manga corta y una chaqueta negra, zapatillas Nike negras. La Browning se sentía debajo de mi brazo derecho, un roce familiar. Un cuchillo de plata en la muñeca de cada brazo y otro cuchillo en la espalda. El mango sobresalía suficientemente alto para que se viera, pero mi pelo era espeso y oscuro para ser capaz de ocultarlo. Lo había utilizado sólo una vez para atravesar a un wereleopardo a través del corazón. La punta había llegado hasta su espalda. Una cruz de plata, bajo la blusa para verdaderas emergencias. También llevaba un cargador extra en el bolso.

—Iré contigo —dijo Nathaniel.

—Yo no lo creo, Nathaniel —dije.

Abrazó sus rodillas y me preguntó:

—¿Por qué no?

Estaba vestido con pantalones vaqueros y una camisa, muy normal, pero el resto de él… Su pelo era de un profundo castaño caoba. Se lo había atado en una coleta que caía suelta como el agua hasta sus rodillas.

Nathaniel me miró con sus ojos violetas. Aunque se cortara el pelo sus ojos le seguirían metiendo en problemas. Era bajo para un hombre y también era el más joven de todos nosotros solo tenía diecinueve años. Yo sospechaba fuertemente que él estaba aún en la edad de crecimiento. Sus hombros eran muy anchos coincidiendo con su espalda, sus caderas eran estrechas, él era un stripper en Placeres Prohibidos, un wereleopardo stripper, y también había sido una prostituta masculina. Yo le puse fin a eso. Si iba a ser la reina de los wereleopardos iban a cumplir mis reglas, y la primera de ellas era que ninguno de mis leopardos iban a volver a ser prostitutas. Gabriel había sido su alfa y él los había metido en esto. Los cambiaformas pueden aguantar mucho daño y sobrevivir. A las personas que le gustaban causar daño habían pagado mucho por tener a Nathaniel.

La primera vez que lo había visto había sido en el hospital, después de haber estado con un cliente, Gabriel ya había muerto, pero los wereleopardos habían tratado de mantener la lista de clientes sin tener a nadie para protegerlos de ellos.

Zane había tratado de tomar el lugar de Gabriel como proxeneta pero él no tenía el poder suficiente para eso. Nathaniel había estado a punto de morir y él no pudo hacer nada para impedirlo. Nathaniel podría ser un wereleopardo pero él era una víctima. Quería tener un maestro y estaba haciendo un esfuerzo muy grande para que yo lo fuera. Podría haber intentado algo pero para él eso incluía sexo, y a eso yo no estaba dispuesta.

—Yo voy —dijo Jason. Se sentó junto a Cherry y recostó su cabeza sobre su hombro, abrazándolo. Cherry se alejó de él, juntándose más cerca de Nathaniel. No era sexo, exactamente, era que los wereanimales tendían a tener un contacto cercano y personal con su propia especie. Se consideraba algo asocial acurrucarse a un tipo diferente de animal. Pero Jason no le importaba. Cherry era una mujer, y él coqueteaba con todas las mujeres. Nada personal, sólo un hábito.

Jason movió su trasero hasta que Cherry quedó presionada entre él y Nathaniel.

—Tengo un traje en mi equipaje. Un agradable y normal traje azul. Incluso me pondré una corbata.

Cherry le gruñía. Sonaba mal, viniendo de esa cara bonita. Yo no soy una de esas mujeres que corrigen a otras mujeres. No me interesaba mucho el maquillaje o la ropa. Pero con Cherry me dieron ganas de darle unos cuantos consejos.

Le sonreí.

—Gracias, Jason. Ahora, dale un respiro a Cherry.

Él se apretó aún más contra ella.

—Zane me dio un beso para que me apartase.

—Muévete o voy a morderte la nariz.

Ella le hizo una expresión que era una mueca, mitad media sonrisa mitad amenaza.

—Creo que debes apartarte —dije.

Jason se echó a reír y se apartó con uno de sus movimientos rápidos que todos eran capaces de hacer. Él fue a parar detrás de mi asiento, apoyando sus brazos en él.

—Voy a esconderme detrás de ti hasta que sea seguro —dijo.

—Apártate de la parte posterior de mi asiento —le dije.

Movió los brazos, pero se quedó de pie detrás de mí.

—Jean-Claude pensó que alguno de nosotros debería de acompañarte donde la policía. No podemos ir todos como unos estudiantes universitarios y estrellas del porno.

El comentario de estrella porno se quedaba corto para los tres wereleopardos. Otra buena idea de Gabriel había sido convertir a todo su pueblo en estrellas del porno. Gabriel escribió sus propios papeles como protagonista. Él nunca iba a pedir a sus gatitos hacer algo que él pudiera o prefiriera hacer. Había sido un enfermo hijo de puta, y él se aseguró de que sus wereleopardos fuera tan enfermos como él.

Nathaniel me había dado una caja como regalo con tres de sus películas. Sugirió que las viéramos juntos. Le di las gracias pero no lo acepté. Cogí las cintas porque no sabía qué hacer con ellas. Quiero decir, él me había dado un regalo. Yo fui educada para no ser grosera. Las había ocultado en la parte trasera de mi mueble detrás de una pila de cintas de Disney. Yo no las había visto una vez me quedé sola.

El aire golpeó contra el avión, lo que me hizo estremecer. Turbulencias, solo eran turbulencias.

—De hecho, estás pálida —dijo Cherry.

—Sí —dije.

Jason besó la parte superior de mi cabeza.

—Sabes que eres realmente linda cuando estás asustada.

Me volví muy lentamente en el asiento y le miré fijamente. Jason me sonreía.

—No me toques.

La sonrisa se amplió. Sus ojos brillaban con la emoción.

—¿Quién yo?

Suspiré y me acomodé en el asiento. Iba a ser un par de días muy largos.



CUATRO

El aeródromo era pequeño. Supongo que por eso decían que era un campo de aviación en vez de un aeropuerto. Había dos pistas de aterrizaje pequeñas y un conjunto de edificios alrededor. Pero estaba limpio y puro como un alfiler, y el establecimiento era perfecto. El aeródromo se situaba en medio de un amplio valle verde rodeado por tres altas colinas de las Montañas Smokey. Por detrás de los edificios continuaba la cuarta parte de la ladera. La inclinación de la ladera era muy pronunciada, haciéndonos saber que en el valle en el que estábamos era aún parte de las montañas. La ciudad de Myerton, Tennessee, se extendía por debajo de nosotros, el aire era tan limpio y puro que parecía como si lo hubieran limpiado. Me vino a la mente palabras como agua cristalina.

Esa era la razón principal por la que aun en esa zona vivían tribus de duendes salvajes. Richard estaba terminando su postgrado en biología. Había estado estudiando los duendes cada verano durante cuatro años.

Tomé una bocanada de aire limpio, puro. Entendí porque a Richard le gustaba pasar el verano aquí. Era exactamente el tipo de lugar que sabía que le gustaba. A Richard le gustaba pasar su tiempo libre haciendo actividades como la escalada, el senderismo, la pesca, el camping, el piragüismo, observación de aves… cualquier cosa que pudiera hacer al aire libre era su idea de diversión. ¡Oh, espeleología, también! Aunque supongo que, técnicamente, no estás al aire libre si estás dentro de una cueva. Cuando dije que Richard era un boy scout, no me refería sólo a su fibra moral.

Un hombre caminó hacia nosotros. Tenía el pelo blanco, se podía ver a través de los trozos de mechones que le salían por debajo del gorro, llevaba gafas, eran negras y cuadradas enmarcándole la cara. Caminaba en nuestra dirección mientras se limpiaba las manos en un trapo, nos sonreía aunque debajo de esa máscara podía notarse su curiosidad. Desplazó su mirada desde mí hasta el resto de los chicos que comenzaban a salir del avión, hasta que se dio cuenta de lo que estaban descargando, su mirada se clavó en los ataúdes que estaban cogiendo de la zona de carga del avión.

Había dos ataúdes, en uno viajaba Asher, en el otro Damián.

Asher era el más poderoso de los dos, aunque era más joven que Damián, éste había sido un vikingo cuando estaba vivo, y no me refiero al equipo de fútbol. Una noche cuando llegó a un castillo una mujer lo estaba esperando, ella lo raptó y fue quien lo había convertido en vampiro, si ella tenía un nombre, nunca lo había escuchado. Era un vampiro maestro, señora de sus tierras, que era lo equivalente al amo de la ciudad, solo que cuando no había una ciudad en varios kilómetros alrededor esa era la forma de llamarlo. Damián tenía un millar de años, pero no tenía la fuerza equivalente de su edad, era más débil, la primera vez que me lo encontré había subestimado su edad, unos cuantos cientos de años. Damián daba miedo, pero no suficiente miedo. Nunca sería más que eso: un tercero o cuarto al mando para toda la eternidad. Jean-Claude había negociado por la libertad de Damián cuando llegó a ser dueño de la ciudad. Rescató a Damián. Nunca supe lo que le costó a Jean-Claude, pero yo sabía que no había sido barato, ella no quería renunciar a su juguete favorito.

El hombre llegó hasta nosotros y me habló:

—Me gustaría estrechar su mano, pero he estado trabajando en los aviones, el Sr. Niley le está esperando en el edificio.

Le fruncí el ceño.

—¿El Sr. Niley?

Me frunció el ceño, mi pregunta lo había confundido.

—¿No son personas que espera el Sr. Niley? Milo dijo que iban a venir hoy.

Miré hacia atrás, y un hombre alto, salió del edificio. Su piel era de color café. Tenía el pelo cortado en forma de cuña, dejando ver completamente el rostro. Llevaba un traje que posiblemente costase más que cualquier coche, entonces me miró e incluso desde la distancia fui capaz de notar el peso de sus ojos.

—No, nosotros no somos la gente del señor Niley.

Una voz gritó:

—Estas son las personas que he estado esperando, Ed. La voz era de Jamil, amigo y fiel seguidor de Richard. Las fuerzas de seguridad de los lobos eran los *Sköll* y los *Hati* que perseguían el sol y la luna según la leyenda nórdica.

Cuando sean capturados, entonces comenzará el fin del mundo. Jamil era *Sköll* al mando de Richard, lo que significaba que era su ejecutor. Era alto y delgado como un bailarín pero a la vez tenía una constitución fuerte y bien formada. Llevaba una camiseta blanca sin mangas, daba la sensación de que no era su talla, los pantalanes eran blancos y ajustados, doblados varias veces a la altura del tobillo. Unos tirantes negros le cruzaban toda la parte superior y hacían juego con sus zapatos, una chaqueta de lino colgaba de su hombro. Era un hombre de piel oscura y el contraste con su ropa blanca le hacía parecer más oscuro aún, tenía el pelo largo le llegaba hasta la cintura, pero lo tenía recogido en finas trenzas. Me fijé en las cuentas que sujetaban sus trenzas, la última vez que lo había visto, estas eran multicolores, ahora eran blancas.

Ed echó una mirada retrospectiva a Jamil.

—Si tú lo dices —dijo. Regresó al edificio principal, dejándonos solos.

—No sabía que estabas aquí, Jamil —dije.

—Soy el guardaespaldas de Richard. ¿Dónde más podría estar?

Tenía un punto.

—¿Dónde estabas entonces la noche que supuestamente atacó a la mujer?

Su mirada fue hostil, no me contestó a la pregunta.

—Su nombre es Betty Schaffer.

—¿Has hablado con ella?

Sus ojos se agrandaron.

—Acusan a Richard de violación y es un hombre blanco, ¿qué crees que pensarían si yo me hubiera acercado? y contestando a tu pregunta, no he hablado con ella.

—Se podría tratar de mezclar un poco.

—Soy uno de los dos únicos hombres negros alrededor de 50 millas —dijo—. No hay manera de que pueda confundirme, Anita, así que no lo intenté.

Hubo una corriente de ira real. Me preguntaba si Jamil había tenido problemas con los lugareños. Parecía probable. Es estadounidense no sólo de África. Él era alto, guapo y atlético. Yo sabía que a Jamil le gustaban las chicas, pero estaba casi dispuesta a apostar que algunos de los lugareños no lo creyeron.

—Supongo que es el otro hombre afroamericano.

Tuve cuidado de no apuntar a Milo. Él nos estaba observando, su rostro estaba inexpresivo, pero era muy intenso.

Jamil asintió.

—Sí, ese es el otro.

—¿No se hablan? —le dije—. ¿Quién es él?

—Su nombre es Milo Hart. Trabaja para un hombre llamado Frank Niley que se supone que llega hoy.

—¿Ustedes dos se sientan a hablar?

—No, pero Ed sólo está lleno de noticias.

—¿Por qué Frank Niley necesita un guardaespaldas?

—Él es rico —dijo Jamil, como si eso lo explicara todo, y tal vez lo hizo—. Está aquí haciendo algunas especulaciones sobre la tierra.

—Ed, ¿el mecánico, sabe todo eso?

Jamil asintió.

—Le gusta hablar, incluso a mí.

—Vaya, y yo que pensé que eras sólo una cara bonita.

Jamil se rió.

—Voy a hacer mi trabajo cuando Richard me deje.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Esto significa que si me dejara hacer más mi trabajo como un *Sköll* esta acusación de violación no habría ocurrido. Hubiera sido testigo, y no sería sólo su palabra contra la de la chica.

—Tal vez debería hablar con la Sra. Schaffer —dije.

—Nena, acabas de leer mi mente.

—Ya sabes, Jamil, que eres la única persona que me llama nena. Hay una razón para eso.

Su sonrisa se amplió.

—Voy a tratar de recordarlo.

—¿Qué pasó con Richard, Jamil?

—¿Quieres decir que si lo hizo?

Sacudí la cabeza.

—No, yo sé que no lo hizo.

—Aprovechó su tiempo —dijo Jamil.

Le miré.

—¿Qué estás diciendo?

—Richard ha estado tratando de encontrar un reemplazo para ti.

—¿Y?

—Así que estuvo saliendo con cualquier cosa que se moviese.

—¿Así que la conocía? —le pregunté.

Jamil cogió la chaqueta del hombro y la pasó a uno de sus musculosos brazos, empezó a alisar la tela, evitando mirarme.

—Responde a la pregunta, Jamil.

Me miró, casi sonriente, y luego suspiró.

—No, solo citas.

Tuve que preguntarlo.

—¿Él ha estado durmiendo fuera de casa?

Jamil asintió.

Me quedé allí parada sin moverme, procesando la información durante unos segundos. Richard y yo habíamos tomado la decisión del celibato unos años atrás, cada uno por separado pero era cierto que mi estilo de vida había cambiado ¿Realmente creía que el seguiría siendo casto mientras yo no lo cumplía? ¿Era asunto mío lo que hizo? No, no, no lo era.

Finalmente me encogí de hombros.

—Él ya no es mi novio, Jamil. Y es un niño grande.

Volví a encogerme de hombros, era lo más fácil, sobre todo cuando no sabía muy bien cómo me sentía al respecto. Era muy difícil de tratar no sentir nada sobre todo cuando Richard tenía su vida y no estaba incluida, no de esa manera.

—No estoy aquí para vigilar la vida sexual de Richard.

Jamil asintió con la cabeza casi a sí mismo.

—Bien. Yo estaba preocupado.

—¿Qué pensaste, que cogería un rabieta y me marcharía dejándolo ahí para que le diesen su merecido?

—Algo así —dijo.

—¿Tuvo relaciones sexuales con la mujer que lo acusó de violación?

—Si te refieres a la relación sexual, no. Ella es humana —dijo—. Richard no lo hace con humanos. Teme hacerles daño ya que son demasiado frágiles.

—Pensé que acababas de decir que había dormido con la Sra. Schaffer.

—Tener relaciones sexuales, pero no hacer la escritura sucia.

Yo no era virgen. Yo sabía que había otras alternativas, pero…

—¿Por qué métodos alternativos con los seres humanos? ¿Por qué no…? ¿Hacerlo?

—Tener sexo pude liberar nuestra bestia demasiado pronto. ¿No quieres saber lo que sucede cuando estás con un hombre que no sabe lo que es, y cambia sobre ti, con el dentro?

Una sombra cruzó su rostro, miró hacia otro lado.

—Hablas como la voz de la experiencia —le dije.

Me volvió a mirar muy lentamente, cuando levantó la cara me di cuenta de que había cambiado, su expresión era aterradora.

—Eso no es asunto tuyo.

Yo asentí.

—Lo siento, tienes razón. Tienes toda la razón. Es demasiado personal.

Pero la información que acababa de recibir era muy interesante.

Había llegado un momento en que casi le había rogado a Richard que pasáramos la noche juntos, pero él había insistido en no tener relaciones sexuales hasta que lo hubiera visto en su otra forma, como lobo. Tenía que ser capaz de aceptar todo el paquete. Una vez que lo vi no pude con ello, Richard cambió sobre mí y yo huí lo más lejos que pude de él, a los brazos de jean-Claude. Pero ahora me preguntaba si una parte de sus dudas habían sido simplemente el miedo de lastimarme. Quizás. Sacudí la cabeza. No importaba. Negocios. Si me concentraba realmente, tal vez podría mantenerme en el camino. Yo estaba aquí para sacarlo de la cárcel, nada más, el pasado era el pasado.

—Podrías ayudar un poco con el equipaje —dijo Jason.

Tenía dos maletas en cada brazo. Zane y Cherry llevaban un ataúd. Parecían portadores del féretro. Para mi asombro Nathaniel estaba tirado

encima de un ataúd, sus brazos cruzados sobre el pecho, no sabía si estaba haciéndose el muerto o adquiriendo un bronceado.

—Un poco de ayuda aquí —dijo Jason, pateando con el pie hacia el resto del equipaje.

Caminé hacia ellos.

—Jesús, sólo una de esas maletas es la mía. ¿Quién es el tendedero?

Zane y Cherry pusieron el ataúd suavemente sobre el asfalto.

—Sólo una maleta es mía —dijo Zane.

—Tres de ellas son mías —destacó Cherry. Parecía vagamente avergonzada.

—¿Quién trajo el baúl?

—Jean-Claude lo envió —dijo Jason—. Sólo en caso de que nos enfrentemos con el maestro local. Él quería hacer una buena demostración de ello.

Fruncí el ceño ante el baúl.

—Por favor, dime que ahí dentro no hay nada para mí, y menos si lo ha escogido Jean-Claude.

Jason sonrió.

Sacudí la cabeza.

—Yo no quiero verlo.

—Tal vez tengas suerte —dijo Jason—. Tal vez se trate de cosas para matar.

Le miré seriamente y le fruncí el ceño.

—Estás lleno de pensamientos felices.

—Mi especialidad —dijo.

Nathaniel volvió la cabeza y me miró, con las manos cruzadas sobre su vientre desnudo.

—Yo puedo levantar el ataúd, pero no está bien equilibrado para hacerlo. Necesito ayuda.

—Por supuesto que sí —dije.

Me miró y parpadeó, el sol le cegaba así que levantó una mano para bloquearlo me giré y caminé hasta donde él estaba tumbado, mi cuerpo bloqueaba el sol, ahora el sol no le cegaba, parpadeó un par de veces y me sonrió.

—¿Qué es eso de tomar el sol encima del ataúd? —le pregunté.

La sonrisa se empezó a marchitar sobre los bordes de sus labios, hasta que desapareció por completo.

—Es la escena en la cripta —dijo, como si eso lo explicara todo. No lo hizo.

—No sé de qué estás hablando.

Se incorporó poco a poco, levantando los hombros y la cabeza, de la misma forma en que estaría haciendo abdominales. Sus músculos bien definidos con el esfuerzo.

—En realidad no has visto ninguna de mis películas, ¿verdad?

—Lo siento —dije.

Se incorporó muy lentamente y se sentó sobre el ataúd, con los pies colgando, me miró a la misma vez que se ponía un broche de plata sobre el pelo y tiraba la cola de caballo hacia la espalda.

—Pensé que las joyas de plata quemaban la piel de un licántropo.

Movió suavemente el cabello, la hebilla de plata le rozó el cuello.

—Lo hace —dijo.

—Un poco de dolor hace girar al mundo, supongo.

Él me miró con sus extraños ojos, apenas tenía diecinueve años, pero sin duda alguna la expresión de su cara era mayor, mucho mayor.

No tenía arrugas en la piel, pero si sombras sobre los ojos, imposibles de borrar. Lo que necesitaba era cirugía estética para el alma, y eso aún no existe, algo que borrara todo el daño que le habían hecho.

Jason se acercó a nosotros cojeando, lleno de maletas.

—Una de sus películas trata de un vampiro que se enamora de un ser humano joven e inocente.

—Tú las has visto —dije.

Él asintió con la cabeza.

Sacudí la cabeza y cogí una maleta.

—¿Tendrás un coche para nosotros? —miré a Jamil.

—Una camioneta —dijo.

—Excelente. Agarra una maleta y muéstrame el camino.

—Yo no trabajo de botones.

—Si todos ayudamos, seremos capaces de cargar todas las cosas en la camioneta en la mitad del tiempo, quiero ver a Richard tan pronto como sea posible, así que coge algo y deja de ser como una maldita *prima donna*.

Jamil me miró durante un rato, suspiró y habló:

—Cuando Richard te sustituya como *lupa*, no tendré que obedecer ninguna maldita orden de ti.

—Bien, pero hasta entonces solo hazlo. Además, esto no es una orden,

Jamil. Cuando te dé una, lo sabrás.

Me dio una risa suave, se puso la chaqueta y cargó el baúl, lo levantó como si no pesara nada y eso que a mí me daba la sensación que se necesitarían dos hombres para cargarlo. Se marchó sin mirar atrás, dejándome sola para que cogiera la última maleta que quedaba. Zane y Cherry cogieron el ataúd y le siguieron. Jason bajó detrás de ellos.

—¿Y yo? —preguntó Nathaniel.

—Ponte la camiseta de nuevo y quédate con el ataúd. No dejes que nadie se acerque a Damián.

—Sabes cuantas mujeres pagarían porque no me pusiera la camiseta —me dijo.

—Lástima que yo no soy uno de ellas —le dije.

—Sí —dijo—, muy mal.

Cogió la camisa del suelo. Lo dejé sentado en el ataúd en medio del asfalto, la camisa arrugada en sus manos. Su mirada daba una sensación de desamparo, macabra. Me sentí muy apenada por Nathaniel. Había tenido una vida dura. Pero no había sido mi culpa. Yo estaba pagando su apartamento para que él no tuviera que volver a ser strippers en otro Placeres Prohibidos.

La furgoneta era grande, negra, y parecía siniestra. Era el tipo de furgonetas que utilizaban los asesinos en las películas de series.

Jamil conducía. Cherry y yo íbamos delante con él. El equipaje y todos los demás iban en la parte posterior de la furgoneta. Esperaba que Cherry me pidiera que fuera yo la que me sentase en la parte central de la furgoneta, ya que por lo menos era 5 centímetros o más baja que ella, pero no lo hizo. Simplemente se metió en la furgoneta, en el centro, con sus largas piernas bien dobladas delante del salpicadero.

La carretera estaba bien asfaltada, apenas tenía baches y huecos suficientes para que lograsen pasar dos coches sin quitarse la pintura. La carretera estaba rodeada por árboles, por un lado se vislumbraba una pared rocosa y por la otra solo se veía la pendiente. Yo prefería la tierra. Los árboles eran lo suficientemente grandes como para dar algo de seguridad, pero también sabía que eran muy fáciles de arrancar y se caerían con nuestro peso, la ilusión de seguridad desapareció y comprendí a la altura que estábamos. Bueno, no era como Rocky Mountain High, pero sería algo parecido si la furgoneta se deslizaba junto al borde. Las caídas desde lugares altos es una de las cosas que menos me gustan hacer. No me aferré

al asiento como en el avión, pero estaría más tranquila cuando estuviéramos en la parte baja del valle.

—¿Quieres que te deje en la estación de policía o que te lleve a las cabañas primero? —me preguntó Jamil.

—Policía. ¿Has dicho cabañas?

Él asintió con la cabeza.

—Cabañas.

—¿Cómo un camping? —le pregunté.

—No, gracias a Dios —dijo—. Hierro, camas, electricidad, obras, si no son demasiado particular, acerca de la decoración.

—¿No es un plato de moda?

—Para nada —dijo.

Cherry se quedó muy quieta entre nosotros, las manos cruzadas en su regazo. Me di cuenta de que no llevaba puesto el cinturón de seguridad. Mi madre estaría viva si lo hubiera llevado puesto, así que soy exigente al respecto.

—No llevas puesto el cinturón de seguridad —le dije.

Cherry me miró.

—Estoy bastante apretada sin el cinturón de seguridad —me contestó.

—Sé que puedes sobrevivir a un viaje a través del parabrisas —le dije, pero tardarías en curarte por el golpe.

—¿Tengo que estar jugando a ser humano? —me preguntó.

Era una buena pregunta.

—Para la gente del pueblo, sí.

Ella siempre llevaría el cinturón de seguridad, sin más discusión. Los wereleopardos me habían llevado a su corazón como *Nimir-ra*. Estaban tan contentos de tener a alguien que actuara como su protector, incluso si sólo era un humano.

—Deberías haberme avisado antes sobre cómo debería actuar y me hubiera vestido de forma diferente.

—Tienes razón, yo debería haberte dicho algo. A decir verdad, no se me había ocurrido hasta justo en ese momento.

La camioneta iba descendiendo sobre el valle, los árboles estaban tan juntos y eran muy espesos, era una sensación claustrofóbica.

—¿Quieres que te esperemos fuera de la estación de policía? —preguntó Jamil.

—No, vayan a descansar.

—¿Cómo vas a llegar hasta las cabañas? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—No lo sé. ¿Taxi?

Me miró, la mirada era elocuente.

—En Myerton, yo no lo creo.

—Bien —dije—. Vamos directamente hasta las cabañas de allí me voy sola hasta la estación.

—¿Con Jason? —dijo Jamil.

Yo asentí.

—Con Jason —le miré—. ¿Por qué estás tan pendiente de mí? Quiero decir, sé que puede haber problemas, pero estás siendo horriblemente cauteloso.

Me enderecé sobre el asiento y lo miré fijamente, no quitó ni un segundo la mirada de la carretera como si su vida dependía de ello.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

Paro un minuto y dejó que una camioneta pasara a nuestro lado, luego arrancó y continuó hacia la izquierda.

—Vamos a tardar un poco más en llegar a las cabañas.

—Jamil, ¿qué demonios está pasando?

Cherry hizo todo lo posible para hundirse más en el asiento, pero cuando tienes la estatura de una modelo es muy difícil intentar hacerse la invisible. Ella se movió cautelosamente sobre el asiento, ese movimiento me hizo comprender que ella sabía algo, los dos sabían algo y me lo estaban ocultando.

Aparté mi mirada de Jamil y me concentré en Cherry.

—Cherry, dime que está pasando.

Ella suspiró y se colocó un poco más erguida.

—Si algo te pasa, Jean-Claude nos mata, a todos.

Fruncí el ceño.

—No lo entiendo.

—Jean-Claude no puede venir aquí —dijo Jamil—. Se vería como una ofensa o peor aún, una declaración de guerra. Pero eso no significa que no esté preocupado por ti, él nos dejó muy claro que si permitimos que te maten y él logra sobrevivir a tu muerte, nos matará a todos.

Mientras él habló no apartó la mirada de la carretera.

—Definición de todos —le dije.

—Todos nosotros —dijo Jamil—. Somos tus guardaespaldas.

—¿Pensé que eras el guardaespaldas de Richard? —le dije.

—Y tú eres su *lupa*, su compañera.

—Si eres un guardia real, no puedes proteger a dos personas. Sólo puedes proteger uno a la vez.

—¿Por qué? —me preguntó Cherry.

Miré a Jamil. Él no contestó, así que lo hice yo.

—Porque no puedes interponerte entre más de una bala y una persona por vez y eso es lo que hace un guardaespaldas.

Jamil asintió.

—Sí, eso es lo que tiene ser un guardaespaldas.

—Realmente no creo que nadie vaya a estar disparando a Anita.

—La bala es una metáfora —dijo Jamil—. Pero no importa. Bala, cuchillo, pinzas, lo que sea, a mi entender.

Entró en un cruce, el camino era de grava y mucho más ancho que los anteriores. Había pequeñas cabañas repartidas a lo largo del camino, eran blancas y cuadradas, no muy grandes, tenían el aspecto de cualquier hotel de carretera solo que este habría sido partido en pedacitos. Sobre una de las casetas, la principal, había un cartel de neón, la luz era pálida a la luz del sol, pero aun así podía leerse el nombre, Luna Azul.

—Anita es nuestra *Nimir-ra*. Se supone que ella es la que nos protege a nosotros, no al revés.

Estaba de acuerdo con ella. Yo había elegido a Zane y Cherry para que me acompañaran en el viaje pero no por su capacidad de guardaespaldas, sino porque no les importaba compartir la sangre con los vampiros.

—No —dije—. Yo no sabía nada de esto y no estoy de acuerdo, soy mayorcita puedo cuidar de mi misma.

Abrí la puerta para bajarme pero antes de conseguir moverme medio centímetro Jamil estiró su mano y me detuvo agarrándome del brazo. Su mano se veía muy oscura contra la palidez de mi brazo. Me volví hacia el muy lentamente y lo miré.

No fue una mirada amable.

—Déjame salir —casi le grité, casi.

—Anita, por favor, eres uno de los seres humanos más duros que he conocido en toda mi vida y eres la mujer humana más peligrosa que he visto en mi vida también.

Mientras me decía estas palabras su mano seguía aferrada a mi brazo, haciendo bastante presión para que supiera la fuerza que tenía, sin duda

podía aplastar mi brazo.

—Pero tan solo eres una humana Anita, y las cosas con las que te vas a enfrentar no lo son.

Me quedé mirándolo. Cherry se quedó muy quieta entre nosotros, pero aun así cubría parte del cuerpo de Jamil.

—Suéltame, Jamil.

Su mano se cerró aún más fuerte sobre mi brazo, sin duda me iba a salir un moratón.

—Sólo por esta vez, Anita, escúchame, o nos vas a matar a todos.

—Lo que bolas de pelo olvidó es que la fuerza no es suficiente.

Él me frunció el ceño, obviamente lo había dejado desconcertado. Su mano aún estaba cerrada sobre mi brazo.

—No puedes luchar contra esto, Anita.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Tío?

Jamil sonrió.

—Tío, de acuerdo, sí, dime tío. Admite aunque sea sólo por esta vez que no puedes cuidarte.

Me deslicé de su lado y me bajé de la furgoneta lo más rápido que pude, eche mano a la browning, Jamil sabía que tenía la pistola, él no me trataba como una humana, nunca, sino como a otro Cambiaformas. Lo vi venir hacia mí, esperaba que no se enfrentara a mí, o que por lo menos no intentara matarme, aunque no lo iba a apostar todo a una carta.

Me volvió a agarrar fuertemente del brazo, agarré un cuchillo y le corte sobre el brazo, él no sabía acerca de los cuchillos así que hubo un momento de absoluta sorpresa en su rostro. Se lanzó hacia atrás como si alguien hubiera tirado de él, pero yo lo sabía mejor, era rápido, incluso más que rápido.

Tuve tiempo para incorporarme un poco y atrapar la Browning antes de que él se acuclillara sobre el capó, avanzó un poco hacia delante y le apunté con el arma, directo a él. Jamil me observaba, pero no hizo nada para impedirlo. Tal vez tenía miedo de intentarlo. No del arma, sino de mi misma. Yo lo había herido. Salpicaduras de sangre caían sobre su ropa blanca. Todo su cuerpo vibraba con el deseo de cerrar la distancia entre nosotros. Estaba enojado, y solo faltaban cuatro noches para que volviera a haber luna llena. Probablemente no me iba a matar, pero no iba a probar la teoría. Podría romperme el cuello de un golpe. Demonios, podría explotar mi cráneo como un huevo. No había más oportunidades.

Le apunté con la Browning con una sola mano, el cuchillo aún en la izquierda.

—No lo hagas, Jamil. No me gustaría perderte por algo tan estúpido.

Un gruñido se escapó de sus labios. El sonido hizo que el bello de la parte posterior de mi nuca se levantara.

Escuché más gruñidos pero estos venían de la parte posterior de la camioneta. Gire un poco la cabeza.

—Que nadie se acerque más o disparo.

—Anita —dijo Jason, su voz estaba muy tranquila, sin burlas, sin bromas—. Anita ¿qué está pasando?

—Pregúntele al Sr. Macho que está allí.

Cherry habló desde su asiento dentro de la furgoneta. Ella no se había movido.

—Jamil estaba tratando de explicarle a Anita de cómo no podía defenderse de los cambiaformas y los vampiros.

Se deslizó muy lentamente hacia el borde del asiento. Mantuve la mirada en Jamil, pero mi visión periférica era lo suficientemente buena para coger las manchas de sangre en toda la piel blanca.

—Quédate en la camioneta, Cherry. No me presiones.

Se detuvo a lo largo del asiento y se sentó allí.

—Jamil quería adoptar un segundo plano cuando la acción se inicia.

—Todavía es humana —gruñó Jamil—. Ella es débil.

Escuché la profunda y sensual voz de Cherry mientras hablaba.

—Ella podía haberte cortado la garganta en lugar de tu brazo o también podía haberte disparado en la cabeza.

—Todavía puedo —le dije—, si no te bajas de allí.

Jamil estaba casi sentado en el capó, con los dedos abiertos. Todo su cuerpo temblaba por la tensión. Algo se escondía detrás de ese cuerpo humano, se podía ver a través de los ojos. Su bestia empujaba contra su carne.

Jamil era un hombre bueno, me había salvado la vida una vez, y me gustaba que cuidara la espalda de Richard, no siempre pensábamos de la misma forma pero yo le respetaba y hasta ahora pensé que él también me respetaba, su pequeño show de la camioneta me dijo que aún pensaba en mí como una niña.

Jamil me miró a la cara y poco a poco vi como la energía desaparecía de su cuerpo. Se quedó muy quieto hasta que la energía vibratoria se hubo

calmado. Luego, muy, muy lentamente, se sentó sobre sus rodillas, mientras aún me miraba a la cara.

Me quedé con el arma apuntando hacia él. Yo sabía lo rápido que podía moverse, rápido como un lobo, tal vez más rápido.

—¿De verdad lo harías? —me preguntó—. ¿Serias capaz de matarme?

—Claro que sí.

Tomó una respiración profunda, y su cuerpo se estremeció.

—Se acabó —dijo—. Eres una *lupa*, y eres superior a mí.

Bajé el arma con cuidado, mirando siempre hacia él, aunque a la vez trataba de localizar a todo el mundo que estaba a mí alrededor.

—Por favor, ¿dime que eso no era una especie de prueba de dominio de mierda?

Jamil me dio una sonrisa casi avergonzada.

—Pensé que estaba tratando de hacer un punto, pero creo que no lo estaba. Me he pasado el último mes aquí dando explicaciones a la manada local de cómo es posible que mi *lupa* sea humana.

Sacudí la cabeza y apunté el arma hacia el suelo.

—Eres un estúpido hijo de puta. ¿Toda esta mierda porque tu orgullo está herido?

Él asintió con la cabeza.

—Sí.

—Lo único que vas a conseguir es volverme loca —le dije. Yo estaba casi gritando—. No tenemos tiempo para el machismo.

Zane se apoyó contra la camioneta cerca de Cherry. Fue muy cuidadoso para mantener sus manos hacia abajo y moverse lentamente, sin movimientos bruscos.

—No podrías haber ganado a Jamil sin el cuchillo y sin la pistola. No siempre los tendrás junto a ti.

—¿Es una amenaza? —le pregunté.

Levantó las manos hacia arriba.

—Sólo una observación.

—Hey, amigos.

Un hombre salió de una de las cabañas, él era alto, delgado, con pelo gris y oscuro bigote, la forma de su cara y el pelo eran señal de su edad, más cerca de los cincuenta que de los cuarenta. Llevaba una camiseta ajustada y unos pantalones ajustados también, el cuerpo que se veía a través de ellos parecía mucho más joven que su edad.

Al verme se quedó congelado en la puerta, con las manos apoyadas a los lados de su cuerpo.

—Tranquila, señorita.

Me posicioné frente a él y le apunté con el arma…

—Este es Verne —dijo Jamil—. Él es dueño de las cabañas.

Bajé el arma hacia el suelo.

—¿Él es el *Ulfric* local? ¿Tiene miedo y se esconde aquí?

Verne se echó a reír y comenzó a caminar hacia nosotros. Se trasladó en un movimiento casi torpe, como si sus brazos y piernas fueran demasiado largos para su cuerpo, pero era engañoso. Estaba jugando a ser un humano para mí. No me dejé engañar.

—Me viste demasiado rápido allí, señorita.

Guardé la Browning porque mantenerla junto a mí sería grosero y dado que estaba allí como invitada en más de una forma, era mejor ser precavida. Además, yo tenía que confiar en alguien lo suficiente como para guardar la pistola. Yo no podía tenerla en la mano todo el viaje. Pero aún tenía la hoja ensangrentada del cuchillo en mi mano, antes de guardarla tenía que limpiarla.

—Encantada de conocerte, Verne, pero no me llames señorita.

Empecé a limpiar la sangre en el borde de la chaqueta de color negro. El negro es bueno para eso.

—¿Nunca das una pulgada? —preguntó Jamil.

Le miré y me di cuenta que toda su ropa blanca estaba manchada de sangre, le contesté a la pregunta.

—No —y luego le hice señas.

Él frunció el ceño.

—¿Qué?

—Quiero usar tu camisa para limpiar la sangre de la hoja.

Él sólo me miró.

—Vamos, Jamil la camisa, ya está arruinada.

Jamil sacó la camiseta sobre su cabeza con un suave movimiento. Tiró la camiseta hacia mí, la agarré con una mano y comencé a limpiar el cuchillo, Verne se rió, había estado observándonos todo el tiempo. Tenía una de esas profundas y ronca risas, que coincidida con la profundidad de su voz.

—No me extraña que haya sido tan difícil para Richard encontrarte una sustituta. Eres como un sólido hierro fundido.

Miré su cara sonriente. Creo que fue un cumplido. Además, la verdad era la verdad. Yo no estaba aquí para ganar el campeonato de Miss Simpatía. Yo estaba aquí para rescatar a Richard y para mantenerme viva. Perra, estaba a punto de la velocidad adecuada para eso.



CINCO

Las fachadas de las cabañas estaban pintadas de blanco, por dentro eran sorprendentemente amplias, no eran cabañas de luna de miel pero estaba muy bien, la habitación que me mostraron tenía una cama matrimonial e iba a ser la mía, junto a la cama había una mesilla de noche pequeña, pegada a la pared con una lámpara de lectura, giré sobre mis talones y vi que había una silla junto a la ventana, era de felpa color azul, parecía muy cómoda. El suelo estaba cubierto por una alfombra enorme, estaba tejida en colores azules y parecía que había sido hecha a mano. El edredón de la cama también era de un azul intenso. Miré sobre el otro lado de la cama y vi que había otra mesita de noche, esta además de la lámpara tenía un teléfono. Las paredes eran de color azul pálido. Volví a fijarme y vi que sobre la pared de encima de la cama había un cuadro era Starry Night de Van Gogh. Francamente, no apreciaba mucho la obra de Van Gogh pero era una buena opción para la habitación azul. Por todo lo que sabía, las

cabañas de otros lugares eran de terciopelo, pero esta estaba bien.

El cuarto de baño era blanco con una pequeña ventana al lado de la bañera. El cuarto de baño era corriente, estándar, como el de cualquier motel, a excepción de un recipiente azul de popurrí que olía a almizcle y gardenia.

Verne me habían dicho que esta era la habitación más grande de la cabaña, ya que necesitaba espacio para meter dos ataúdes, no es que estuviera muy de acuerdo con la idea de tener a Asher y a Damián durmiendo en mi habitación, pero tampoco tenía tiempo para discutir, deseaba ir lo más rápido posible a ver a Richard.

Siempre podría discutir después la opción de tenerlos como compañeros de cuarto, una vez que hubiera vuelto de ver a Richard.

Antes de ir a la cárcel realicé tres llamadas telefónicas, al primero que llamé fue a Daniel, al número que me había dado, quería hacerle saber que ya estábamos en la ciudad, pero no respondió. La segunda llamada fue a Catherine para hacerle saber que había llegado bien, no estaba, así que le dejé el mensaje en el contestador. La tercera llamada fue al abogado que Catherine me había recomendado, Carl Belisarius. Fue una mujer la que me contestó el teléfono y al enterarse de con quien hablaba se le llenó la voz de una extraña emoción que me dejó perpleja. Me dio el número de su móvil para que pudiera localizarlo, sabía que algo estaba pasando, seguramente algo malo.

Marqué el número que la mujer me había dado y respondió un hombre con un tono de voz fuerte.

—Belisarius dígame.

—Anita Blake. Supongo que Catherine Maison-Gillette le dijo quién soy.

—Un momento, Sra. Blake. —Apretó un botón y se hizo el silencio. Yo estaba en suspenso. Cuando volvió a hablarme por el teléfono pude escuchar el viento y el tráfico. Él había salido fuera—. Estoy muy contento de saber de usted, Sra. Blake. ¿Qué demonios está pasando?

—¿Perdón? —le pregunté, mi tono no era amistoso.

—No quieren mis servicios, Catherine me llamó dando la sensación de que necesitaba un abogado. Me desplacé a este lugar abandonado de la mano de Dios y ahora resulta que dicen que no me contrataron.

—Mierda —dije en voz baja—. Lo siento, Sr. Belisarius. —Tuve un pensamiento—. ¿Le dijo quién lo contrató?

—¿Y eso que importa?

—A decir verdad, no lo sé. O bien le ayuda, o le dirá que se vaya al infierno.

—Ya está hecho. Yo no soy barato, Sra. Blake. Incluso si niega mis servicios, alguien tiene que pagar por el día.

—No se preocupe, Sr. Belisarius. Yo me encargaré de eso.

—¿Tienes mucho dinero?

—¿De cuánto estamos hablando? —le pregunté.

Mencionó una cifra. Hice un gran esfuerzo para no silbar sobre el teléfono. Conté lentamente hasta cinco y dije con calma:

—Tendrá su dinero.

—¿Tiene tanto dinero? Tomé la palabra de Catherine para un montón de cosas sobre esto. Perdóneme si estoy empezando a sospechar.

—No, lo entiendo. Richard está dándole un mal rato, por lo que está dudando de mí.

Soltó una carcajada.

—Muy bien, Sra. Blake, está bien. No voy a tratar de pasar la pelota, pero quiero garantías. ¿Puedes pagar mi tarifa?

—Yo resucito a los muertos para ganarme la vida Sr. Belisarius. Es un talento poco común. Puedo pagar su tarifa.

Yo podría pagar esa cuota y más, pero aunque me criaron en una familia sin problemas económicos me enseñaron a apreciar el valor de un dólar y Belisarius pasaba un poco de indigente.

—Dígale a Richard que lo contraté, llámeme si pone alguna objeción. Puede negarse a vernos a cualquiera de nosotros.

—Va a pagar una gran cantidad de dinero, Sra. Blake, sobre todo si tomo el caso. Supuse que ustedes tendrían alguna relación cercana.

—Es una larga historia —le dije—. Estamos en una especie de odio mutuo.

—Un montón de dinero para alguien que odia —dijo.

—No es de su incumbencia —le dije.

Volvió a reírse. Su risa era más normal que su discurso, casi un rebuzno. Tal vez no practicaba su risa al igual que su discurso.

—Voy a dar el mensaje, Sra. Blake. Espero que vuelva a llamar.

—Llámeme, aunque diga que no. Por lo menos voy a saber qué esperar cuando vaya hasta la cárcel.

—¿Va a venir hasta aquí aunque él se niegue a verla? —preguntó

Belisarius.

—Sí —le contesté.

—Espero encontrarme con usted, Sra. Blake. Me intriga.

—Apuesto a que eso se lo dice a todas las mujeres.

—A muy pocas, Sra. Blake.

Colgó el teléfono sin decir ni una palabra más.

Justo cuando colgué el teléfono apareció Jason por la puerta, llevaba el traje puesto. Casi me quedo con la boca abierta cuando lo vi, nunca lo había visto con algo formal, siempre con pantalones de cuero, camisetas sin mangas, camisetas de red, eso cuando llevaba algo de ropa, así que era extraño verlo ahí parado de pie con un corriente traje azul clarito con una camisa blanca y una delgada corbata blanca, y con un pequeño elegante diseño que la atravesaba. Cuando se miraba de cerca, la corbata era de seda y la impresión eran pequeñas flores de lis. Yo sabía quién había escogido la corbata. Se abrochó el primer botón de la chaqueta y se alisó con las manos el pelo rubio.

—¿Cómo me veo?

Sacudí la cabeza.

—Como una persona.

Él sonrió.

—Pareces sorprendida.

Le sonreí.

—Nunca te había visto vestido como un adulto.

Me miró y me hizo un puchero, su labio inferior salió un poco para afuera…

—Me has visto más de una vez casi desnudo y no te parecía adulto.

Sacudí la cabeza y sonreí a pesar de mi misma.

Fui hasta el baño y me cambié de ropa, vi que en la blusa roja tenía pequeñas gotitas de sangre, que incluso al secarse sería peor, ya que se verían totalmente negras, me deshice de la camisa y la metí en agua.

Los jeans parecían que estaban limpios aunque no podía decirlo con certeza ya que la sangre en el negro no se diferencia bien, el negro y el azul marino eran buenos para eso. Creo que realmente un color marrón oscuro funcionaría, pero yo no usaba mucho marrón, así que no sabía con certeza.

Me puse una blusa, era de color lavanda, muy clarita, fue un regalo de mi madrastra, Judith. Cuando abrí la caja en Navidad y vi la blusa pálida, supuse que me había comprado otra pieza de ropa que se vería mucho

mejor en su espectacular cuerpo pálido que en el mío tan oscuro, Sin embargo, cuando me la probé me encantó, de hecho fue el primer regalo en diez años que no había cambiado, bueno ella aún me ganaba cero a ocho por regalos cambiados pero estaba bien.

Me puse unos pantalones negros de vestir, por encima le coloqué un cinturón muy ancho, así podría llevar allí la Browning, aparte de eso estaban de moda, me puse las zapatillas deportivas negras y listo, ya podíamos irnos.

Añadí un poco de maquillaje, nada en particular, un poco de sombra de ojos, rímel, colorete y lápiz labial. Traté de no pensar mucho en el tema de porque me había disfrazado, claramente no era por la policía local, tanto Jason como yo probablemente llevábamos demasiada ropa encima, muchas más que las personas de la ciudad. Pero era lo mejor para ir a hacer una visita a la policía, el traje y la placa, cualquier otra cosa y no eras bienvenido al club.

Había una ley en discusión en Washington, DC, un ejecutor de vampiros podía conseguir la equivalencia a la condición de agente federal. Es duro ser empujado por el senador Brewster, a cuya hija la había asesinado un vampiro. Por supuesto, también estaba presionando para revocar los derechos de los vampiros como ciudadanos legales. Podía ser que se llegara a conseguir el estado federal de los ejecutores pero nunca creería la ley de revocación de los derechos legales de los vampiros. Los vampiros deberían de hacer algo realmente horrible para que esa leí fuera aprobada.

En marzo, los ejecutores de vampiro habían sido oficialmente autorizados. Era una licencia de estado para que no se viera como un delito la ejecución de un vampiro. Yo estaba de acuerdo con la ley de estado federal para los ejecutores de vampiros, ya que no solo matábamos sino que teníamos que cazarlos y la orden de extradición que valía para la ejecución de un vampiro solo valía en el estado que había sido extraditada, en otro estado era un terreno peligroso.

Un vampiro cruzó más de diecisiete estados antes de ser cazado y matado. Esa era la razón por la cual un ejecutor de vampiros estaba autorizado en más de un estado, era curioso pero en nuestra propia manera teníamos territorios, al igual que los vampiros. Dentro de ese territorio, lo matábamos. Fuera de él, era el trabajo de alguien más. Sin embargo, hay sólo diez ejecutores, y eso no es mucho para un país con una de las

mayores poblaciones de vampiros en el mundo. Por eso estamos constantemente ocupados. La mayoría de nosotros tienen trabajos aparte de ser ejecutores. Con los vampiros es igual que con los humanos, a mayor número de vampiros en un territorio mayor es el nivel de asesinatos.

Tener que parar cada vez que el vampiro ha abandonado tu área de licencia hace más difícil nuestro trabajo. Al no tener el estado real como un agente de policía hace imposible entrar en una investigación. A veces incluso no nos avisan hasta que el número de víctimas es muy elevado, mi mayor número de vista fue un vampiro que había asesinado a veintitrés personas, veintitrés personas que tuvieron que morir para que un ejecutor fuera avisado. En los años cincuenta, Gerald Mallory, una especie de abuelo de la empresa, había matado a un nido de vampiros que eran más de un centenar. Un nido de vampiros es como una manada de gansos, que es el nombre del grupo. Poético, ¿no?

Sonó el teléfono. Lo cogí y era Belisarius.

—Quiere vernos, pero juntos, así que vaya pensando en algo que decir cuando llegue aquí.

Tomé aire en grandes bocanadas a través de mi nariz y lo fui soltando poco a poco por mi boca.

—¿Qué pasa? —preguntó Jason.

—Nada.

—Estás nerviosa por ver a Richard —me preguntó.

—No seas tan inteligente.

Él sonrió.

—Lo siento.

—Al igual que el infierno —le dije—. Vamos.

Dejamos la habitación y nos fuimos para la comisaria.



SEIS

El trayecto hasta Myerton se hizo más largo de lo que tenía pensado, la razón era que estaba conduciendo una furgoneta familiar por una carretera estrecha, Jason iba a mi lado y era capaz de sentir su nerviosismo, al final acabó hablando.

—¿Puedo conducir yo, por favor? Vamos a llegar antes del anochecer.

—Cállate —le dije.

Se calló, sonriéndome.

Al final conseguimos llegar a Myerton era una ciudad pequeña consistía en una calle principal que estaba pavimentada y se parecía más a una carretera de doble sentido que a una calle, los edificios estaban situados a los bordes de la carretera.

Me paré en el único semáforo que había en la carretera, al lado habían dos pequeños restaurantes familiares, por la ventana se veía a la gente comiendo, una de dos, o eran los únicos restaurantes que habían o la

comida debía de ser muy buena.

Jamil me había dado instrucciones de cómo llegar a la estación de policía, también había añadido que era imposible que me perdiera, solo tenía que seguir la carretera principal y girar en el primer cruce hacia la derecha. Sabía que cada vez que alguien dice eso solo podía significa dos cosas, la primera que era una razón obvia que no podría perderme, o bien que no podría encontrar un mapa detallado donde indicara con una X donde estaba la estacón de la policía.

Como me había dicho Jamil, giré en el semáforo hacia la derecha, pasé sobre encima de un bache y la camioneta giró bruscamente, en ese momento deseé tener mi jeep. La calle era un caos, las casas se agolpaban al lado de la acera, éstas eran de madera. Me fije en un par de tiendas, una era una carpintería donde hacían los muebles a mano, una mecedora de madera me llamó la atención, estaba colocada al frente del escaparate, aún se podían distinguir la corteza rugosa, era muy rustica y muy ingeniosa. La otra tienda era un herbolario donde también vendían mermeladas naturales, aunque ésta no sería la época apropiada para ello. Había más casas alineadas al otro lado de la acera, eran casa sencillas, pisos sobre pisos de fachadas grises y tejados rojos. Al final de la calle se podían apreciar las montañas y los frondosos bosques.

—Tiene que estar cerca de aquí —dijo Jason.

Miré por mi espejo retrovisor, me paré ya que no había tráfico.

—¿Eres capaz de encontrar algo? —le pregunté.

—Shang-Da —dijo.

Entonces le miré.

—¿Dónde?

—En ese porche de ahí, al final de la calle.

Miré hacia donde me había señalado, como había dicho en el porche había un hombre sentado en una mecedora. Aunque estaba sentado me di cuenta de que era un hombre alto, llevaba una sencilla camisa blanca y unos pantalones vaqueros, su piel bronceada resaltaba sobre la camisa, me fijé en sus grandes manos, sujetaban una lata de refresco o tal vez una cerveza.

—Ese es Shang-Da. Él es nuestro segundo ejecutor, él es un *Hati*.

Ah. Después de esa explicación empezaba a comprenderlo.

—Él está protegiendo a Richard, así que la comisaria debe de estar muy cerca.

Jason asintió.

Lo miré con curiosidad, no daba la sensación de estar alerta, por lo menos no a simple vista. La camisa estaba impecable, como recién planchada, los vaqueros estaban un poco más arrugados, no parecía peligroso, por lo menos no hasta que levantó la cabeza y nos miró a los ojos, incluso desde la distancia en la que estábamos separados su mirada era penetrante, de repente estaba tensa, sabía que era el centro de su atención.

—Mierda —dije.

—Sí —me contestó Jason—. Ese es Shang-Da. Se trasladó desde San Francisco y nadie lo ha enfrentado desde que se convirtió en *Hati*. Nadie busca tener problemas con él.

Jason señaló al otro lado de la calle.

—¿Puede ser eso?

Miré hacia donde me señaló Jason, era un edificio de una sola planta, sencillo, pintado de blanco y con las tejas rojas, enfrente de lo que suponía que era la entrada principal había un pequeño estacionamiento de grava, no había ningún coche alrededor, pero aun así aparqué allí. El estacionamiento era diminuto, acerqué todo lo que pude la camioneta al lado izquierdo, pero de todas formas había ocupado casi todo el espacio.

En frente de la entrada principal había un cartel tallado en madera, donde solo ponía. «Comisaria», eso era todo, la única pista. Pensé en las palabras de Jamil, o él tenía un alto sentido del humor o cuando me dio las explicaciones para llegar hasta la comisaria aún seguía enfadado por nuestro enfrentamiento. Infantil.

Nos bajamos del coche sintiendo la dura mirada de Shang-Da sobre mí . Sabía que había unos cuantos metros de distancia, pero el poder de su mirada se derramó sobre mi piel, haciendo que el bello de mis brazos se pusiera de punta. Discretamente lo miré de reojo, pero por un segundo nuestras miradas se cruzaron, el cabello de mi nuca se erizó sin poder evitarlo.

—¿Entramos? —preguntó Jason que había llegado hasta mi lado.

Yo asentí, y nos dirigimos hacia la puerta.

—Si no lo supiera mejor, diría que Shang-Da me odia.

—Él es fiel a Richard y tú le has hecho daño.

Lo dijo sin mirarme, así que giré mi cara hacia él y lo estudié.

Me miró.

—No pareces enfadado conmigo, ¿acaso no eres leal a Richard?

—La noche en la que Richard luchó contra Marcus yo estaba allí por el contrario Shang-Da no lo estaba.

—¿Estás diciendo que tuve razones para dejar a Richard?

—No. Estoy diciendo que yo entiendo por qué no fuiste capaz de soportarlo, nada más.

—Gracias, Jason.

Él sonrió.

—Además, no pierdo la esperanza, puede que te fijes en mí.

—Sabes que Jean-Claude te mataría.

Se encogió de hombros.

—¿Y qué es la vida sin un poco de peligro?

Sacudí la cabeza.

Jason llegó a la puerta principal antes que yo, pero no trató de abrirla para mí, me conocía mejor que eso.

Abrí la puerta de cristal, tuve el pensamiento de que sería otra pista, ya que las demás puertas de los edificios eran puertas normales, de madera. El interior del edificio también estaba pintado de blanco, incluido el escritorio, parecía una sala normal con su radio incluida, podría haber pasado por la sala del dentista en vez de una comisaría de policía.

El hombre sentado detrás del mostrador era enorme, aún medio escondido allí uno podía darse cuenta de su tamaño, tenía el pelo muy corto, pero aun así podías notar los pequeños rizos de su cabello. Busqué mi licencia de ejecutora en el bolso, la llevaba metida en un estuche de cuero, parecido al que llevaban los policías. Sabía que esta licencia no valía para este estado, pero era lo único AS que tenía bajo la manga y pensaba utilizarlo.

Llevaba la identificación en la mano, quería dejar bien claro quién era, estaba armada en una comisaria, a ellos no les gustaría.

—Soy Anita Blake, ejecutora de vampiros.

El policía levantó un poco la cabeza y me miró, sus manos aún escondidas detrás del mostrador.

—No hemos llamado a ningún ejecutor.

—No estoy aquí por asuntos oficiales —le dije. Me quedé delante de la mesa. Coloqué la licencia sobre la mesa, pero antes de que me diera tiempo a colocarla extendió su mano y la cogió.

Estudió la licencia, mientras me preguntaba:

—¿Por qué estás aquí?

—Soy una amiga de Richard Zeeman.

Noté como me estudiaba con la mirada, ésta no era nada amable. Tiró la licencia sobre la mesa y yo la recogí.

—¿Hay algún problema, oficial… —Leí su placa de identificación—… Maiden?

Sacudió la cabeza.

—No un problema concreto, salvo que tu amigo es un maldito violador y lo peor de todo es que nunca podré entender como algunos malditos hijos de puta como él siempre tienen una novia.

—Yo no soy su novia —le dije—. Lo que exactamente le dije fue: amiga.

Maiden se puso en pie y pude apreciar su estatura, no sólo era realmente alto sino que era voluminoso, imaginé que habría sido luchador o jugador de football en la escuela. Su musculatura había empezado a fundirse con la grasa, pero aun así no me dejé engañar, él era grande y fuerte y lo peor, acostumbrado a luchar.

—¿Quién es él? —preguntó señalando a Jason.

—Sólo un amigo —le contestó Jason. Él sonrió, tratando de parecer inofensivo. No era tan bueno intentando aparentar ser frágil como yo. Pero se acercaba bastante.

—¿Amigo tuyo o de Zeeman? —preguntó el policía.

Jason le sonrió con muy buen humor.

—Soy amigo de todos.

Maiden por lo contrario no sonrió, sólo se limitó a darle una dura mirada con esos ojos grises pálidos.

Jason contó sonriendo y Maiden no apartó ni un segundo la mirada de él, hasta que un segundo hombre salió desde una pequeña puerta situada a la derecha, llevaba un elegante traje marrón que se le adaptaba como un guante. Llevaba una camisa blanca de seda, un collar de oro le atravesaba todo el cuello, tenía el pelo negro muy corto, pero con estilo. Parecía sorprendido cuando me vio, pero aun así me extendió su mano, yo se la estreché. Pude notar un enorme anillo de diamantes.

—¿Puede ser esta hermosa e infame mujer la Srta. Blake?

Sonreí antes de ser capaz de detenerme.

—Usted debe ser el Sr. Belisarius.

Él asintió con la cabeza.

—Llámame Carl.

—Bien, yo soy Anita y este es Jason.

También le ofreció la mano a Jason, siempre con una sonrisa en la boca, después giró sobre sus talones y se enfrentó a Maiden.

—¿Podemos ir a ver a mi cliente ahora?

—Ustedes dos pueden ir, pero él no. —Maiden señaló a Jason—. El sheriff me dijo que les permitiera el paso a ustedes dos, nada de dejar pasar a más invitados.

Jason abrió la boca para protestar, pero antes de que dijera una sola palabra le toque el brazo.

—Está bien, no te preocupes.

—Y la pistola también se queda aquí.

Yo no quería separarme de ella, pero me hizo pensar mejor sobre Maiden, él la había descubierto.

—Claro —le dije. Cogí la Browning del cinturón y abrí la recamara para sacar las balas.

—¿No confías en mí para descargarla? —me preguntó Maiden mientras alzaba una ceja.

—Pensé que la Browning podría ser demasiado pequeña para sus manos. Requiere de habilidades motoras finas.

—¿Me estás dando escusas? —preguntó.

Yo asentí.

—Sí, te estoy dando escusas.

Él sonrió. Miró a la Browning, antes de ponerla en un cajón del escritorio, junto con el cargador.

—No es un arma de fuego mala, claro si no puedes manejar algo más grande.

Cerró el cajón.

—No es el tamaño lo que importa, Maiden. Es el rendimiento.

Su sonrisa se amplió.

—De todas formas tu amigo aún debe de esperar aquí.

—¿Él estará bien?

Maiden asintió y nos guió a través de las puertas por donde había salido Belisarius, en una ponía mujeres en la otra hombres.

—Pensé que salías de esa puerta, una vez que habías visto a Richard, ¿él no cedió?

—Me temo que no. El Sr. Zeeman no ha cedido.

—Cedido —dijo Maiden—, es una palabra agradable para salir de la boca de un abogado.

—La lectura mejora su vocabulario, Oficial Maiden. Debería probarlo alguna vez. Aunque supongo que le puede pasar con sólo mirar las fotos.

—Ooh, ni tan siquiera me has ofendido un poquito —dijo Maiden.

—¿Si me cortas no sangro? —preguntó Belisarius.

Maiden contestó en la misma línea:

—Si me haces cosquillas, ¿no me rio?

Belisario se rió suavemente.

—*Touché*, el oficial de soltera.

—Grande y culto —dije—. Estoy impresionada.

Cogió unas llaves de su bolsillo.

—No se lo cuenten a los demás policías, pensarían que soy un mariquita.

Le miré durante todo el camino.

—Leer a Shakespeare no te hace un mariquita.

Abrió la puerta y nos invitó a pasar.

—Esperen aquí, voy a ver si tu novio está listo para recibirlos —dijo Maiden.

—Él no es mi novio —le dije. La contestación se estaba volviendo como algo involuntario.

Maiden sonrió y abrió la puerta del otro extremo. Desapareció a través de ella.

—Parece Sra. Blake que le has caído muy bien al oficial Maiden —dijo Belisarius.

—Eso parece, pero el truco es que nunca te tomes sus insinuaciones como algo personal, el resto es sencillo.

—Voy a recordarlo para la próxima vez.

Miré a Belisarius durante unos minutos.

—Puede que a ti no te funcione, eres un abogado, un abogado rico.

—Y yo no soy una mujer atractiva —me replicó.

—Eso, también, a pesar de que pueden trabajar en mi contra con policías.

Belisarius se rió.

Maiden cruzó la puerta sonriendo abiertamente.

—Le dije a Zeeman que para ser un pervertido de mierda, tenía una novia muy guapa.

—Apuesto a que no le dijo eso —dije.

Él asintió con la cabeza.

—Le pregunté que como teniendo un buen pedazo de culo como el de su novia tenía que salir fuera de casa a violar mujeres.

—¿Qué te dijo? —pregunté.

—Dijo que no eres su novia.

Yo asentí.

—Mira, yo te lo había dicho.

Maiden abrió la puerta y nos indicó que pasásemos.

—Toquen el timbre cuando quieran salir —pasé a su lado—. Diviértete.

Debían de haber llegado a un acuerdo sobre la pintura blanca porque toda la habitación era de este color, incluso el suelo. Era como estar en medio de una tormenta de nieve. Dos literas, una sobre la otra, barrotes en una pequeña ventana, incluso el inodoro y el lavabo eran blancos. El único color que había en la habitación era el de los barrotes que formaban una jaula de tres lados. Richard se sentó en el otro lado de los barrotes.

Richard estaba sentado sobre la letra inferior, con el pelo grueso cayéndole en ondas, casi escondiéndole el rostro. Con la luz blanquecina proveniente del techo hacia que su pelo pareciera más oscuro.

Llevaba una camisa verde pálida, con las mangas subidas sobre sus musculosos brazos. Los pantalones eran marrones, de vestir, arrugados por haber permanecido tantas horas tumbados sobre la litera. La camisa de vestir se le pegaba sobre los músculos de los brazos y de los hombros, estaba mucho más corpulento de lo que recordaba. Hubo un tiempo en el que lo hubiera dado todo por desgarrar la camisa y pasar mis manos sobre su pecho y sus musculosos brazos pero eso había sido antes, lo de ahora era un duro juego totalmente nuevo que no podía ganar.

Richard cruzó sus brazos sobre el pecho.

—¿Qué estás haciendo aquí, Anita?

Su voz no estaba tan enfadada como esperaba, parecía casi relajado, la sorpresa hizo que se me encogiera el estómago.

Belisarius se alejó de nosotros. Se sentó en una mesa fuera de la celda y empezó a sacar papeles de su maletín. Trató de aparentar estar muy ocupado, quería dejarnos un tiempo para nosotros, fue un gesto muy bonito por su parte.

—He oído que estabas en problemas.

—¿Así que viniste a rescatarme? —preguntó. Me miró con sus

magníficos ojos marrones, buscando mi rostro. Su pelo había caído sobre sus ojos. Los apartó de su cara con un gesto dolorosamente familiar.

—He venido a ayudarte, nada más.

—Yo no necesito tu ayuda. No soy culpable.

En ese momento Belisarius nos interrumpido.

—Ha sido acusado de violación, Sr. Zeeman.

Me volví y miré a Belisarius.

—Pensé que era intento de violación.

—He estado leyendo el archivo, mientras yo estaba esperándote. Una vez que tuve el permiso del Sr. Zeeman para actuar como su abogado, tengo acceso a los registros. La prueba de violación fue negativa para el semen, pero había pruebas de penetración. Penetración es suficiente para constituir una violación.

—Nunca he tenido relaciones sexuales con ella —dijo Richard—. Nunca he llegado tan lejos.

—Pero tuviste algo con ella —le dije.

Me miró.

—Sí, lo hice.

Noté rabia en su voz.

Lo dejé pasar. Yo probablemente estaría de mal humor, también, si yo estuviera en la cárcel por acusaciones falsas. Demonios, yo estaría de mal humor, incluso si lo hubiera hecho.

—El problema, señor Zeeman, es que sin muestras de semen, realmente no se puede demostrar de manera concluyente que no violó a la Sra. Schaffer. Has estado con la mujer, saliste con ella y después llego a casa con moratones. —Pasó la página a unos de los archivos—. No fueron moratones vaginales, solo algunos lagrimeos. Si ella no fue violada, aún estás en problemas.

—Becky dijo que le gustaba hacerlo duro —dijo Richard en voz baja.

—¿Cuándo salió en la conversación que a ella le gustaba el sexo duro? —pregunté.

Me miró a los ojos, sin pestañear, listo para estar enojado si yo estaba enojada.

—Cuando ella estaba tratando de meterme en su cama.

—¿Qué fue exactamente lo que te dijo? —preguntó Belisario.

Richard sacudió la cabeza.

—No lo recuerdo exactamente, pero yo le dije que tenía miedo de

hacerle daño. Ella me dijo que si me gustaba hacerlo fuerte ella sería mi niña.

Me alejé de él, de pie mirando a la puerta cerrada. Yo no quería estar aquí para escuchar esto. Me di la vuelta para enfrentarlo, estudiando su mirada.

—¿Por esto querías vernos a los dos a la vez? ¿Así tendría que escuchar todos los detalles?

Me miró con una sonrisa seria, casi amarga. Me quedé mirándolo a la cara, estudiando las emociones que cruzaban por ella, ahora sabía lo que estaba pensando, pero hubo un tiempo en el que pensé que no lo conocía, que me había estado mintiendo.

—Si quieres más detalles te los puedo contar. No por lo que pasó con Betty, pero si con Lucy, Carrie y Mira. Especialmente lo que pasó con Lucy y Mira. Te puedo dar detalles sobre ellas.

—Ya había oído sobre que eras un hombre ocupado —le dije. Mi voz era más suave de lo que yo quería que fuera, pero sonó normal. Yo no iba a llorar, no delante de él.

—¿Quién te pidió que vinieras Anita? ¿Quién desobedeció mi orden?

Las palabras estaban cargadas con un rastro de ira, noté el pinchazo de energía que se derramó por la habitación, a veces era tan fácil olvidar lo que en realidad era Richard, era mejor en ocultarlo que cualquier licántropo que yo conocía. Miré a Belisarius. Parecía ajeno.

—Nadie te ha desobedecido, Richard.

—Alguien te lo dijo.

Sus manos se flexionaban a lo largo de las barras de hierro, girando una cada vez, yo sabía que él podría haber desintegrado los barrotes o hacer un hueco en la pared, pero él era un profesor en la escuela de ciencias, no iba a arriesgarse a perder su trabajo.

Me incliné cerca de él, bajando la voz, toda su energía fluyó por mi piel.

—¿Realmente quieres discutir esto ahora, frente a un extraño?

Richard se apoyó en los barrotes, acercándose todo lo posible a mí.

—Él es mi abogado. ¿No necesita saberlo?

Me apoyé como él, junto a los barrotes, estaba tan cerca que podría tocarlo, yo quería tocarlo. No parecía muy real de esta manera.

—Eres un niño en el bosque, ¿no?

—Nunca me han detenido antes —me contestó.

—No, ese fue siempre mi trabajo.

Casi sonrió. Parte de la energía que fluía por la habitación desapareció, empujando a su bestia hacia dentro.

Pasé las manos por debajo de los barrotes acercándome a sus manos.

—Apuesto que siempre pensaste que serías tú el que me tuviera que venir a visitar a la cárcel y no al revés.

Me miró con una pequeña sonrisa.

—Sí, y podrías haberme traído un pastel horneado con unos archivos.

Le sonreí .

—No necesitas un archivo, Richard.

Junté mis manos con las suyas, él me dio un pequeño y cálido apretón.

—Lo que necesitas es un buen abogado y te traje uno.

Se alejó de los barrotes.

—¿Por qué necesito un abogado cuando soy inocente?

Belisarius respondió:

—Has sido acusado de violación. El juez te ha negado la libertad bajo fianza. Hijo, sino podemos constatar y defender tu historia te condenaran por cinco años eso si tenemos suerte. Las fotografías están en el archivo, la chica recibió una brutal paliza además es una rubia muy bonita. Vendrá a la corte vestida como la maestra favorita para los señores del Estrado.

Se puso de pie y comenzó a caminar hacia nosotros mientras seguía hablando.

—Vamos a cortarle el pelo.

—¿Cortarle el pelo? —pregunté.

Belisarius frunció el ceño hacía mí.

—Sí, vamos a cortarle el pelo, recuerda que él es un hombre grande, tenemos que hacerle parecer inofensivo no todo lo contrario.

Sacudió la cabeza.

—No es que tengamos que demostrar inocente al Sr. Zeeman sino que tenemos que probar la culpabilidad de la Sra. Schaffer.

Richard frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Tenemos que hacer que todo el mundo la vea como la puta de Babilonia pero antes de hacer nada de eso voy a presentar una petición de libertad bajo fianza, ellos no tienen nada contra ti así que esta tarde estarás libre.

—¿Cuánto tiempo tardarás? —le pregunté.

Belisarius me miró estrechando los ojos.

—¿Hay algún límite de tiempo que se le haya olvidado decirme?

Richard y yo nos miramos. Luego dije:

—Sí —a la vez que Richard decía—: No.

—¿Bueno es si o no? ¿Hay algo que necesito saber?

Richard me miró mientras hablaba:

—No, supongo que no.

A Belisario no le gustó, pero lo dejó ir.

—Está bien, niños. Voy a tomar su palabra, pero si este pedazo de información que no necesito saber acerca de ti me muerde en el culo, no voy a ser nada divertido.

—No se preocupe, no pasará nada —dije.

Sacudió la cabeza.

—Si lo hace, voy a dejar al Sr. Zeeman alto y seco y deberás encontrar un nuevo abogado a tiempo para que siga con el caso.

—Yo no he hecho nada malo —dijo Richard—. ¿Cómo puede sucederme esto?

—¿Por qué ella te acusa a ti de violación? —pregunté.

—Alguien lo hizo —dijo Belisarius—. Si no es así, entonces ¿quién?

Richard sacudió la cabeza.

—Betty liga mucho. Yo sé de al menos otros tres hombres además de mí.

—Necesitamos sus nombres.

—¿Por qué? —preguntó.

—Hijo, si vas a discutir cada paso en el camino, esto no va a funcionar.

—Simplemente no quiero arrastrar a nadie más en esto.

—Richard —le dije—, tú ya tienes bastantes problemas aquí, deja a Carl hacer su trabajo, por favor.

Richard me miró.

—Acaso lo dejaste todo para venir aquí en mi rescate, ¿eh?

Le sonreí .

—Bastante.

Sacudió la cabeza.

—¿Y qué es lo que piensa Jean-Claude sobre esto?

Miré a otro lado, no quería que viese la verdad en mis ojos.

—Él no estaba muy emocionado, pero él quiere que salgas de la cárcel.

—Sí y yo sólo apuesto a que lo hace.

—Miren, niños, no tenemos mucho tiempo aquí. Si no pueden trabajar con las cosas personales, es mejor que te vayas Anita.

Yo asentí.

—Estoy de acuerdo. Vas a tener que decirle los detalles sobre la Sra. Schaffer que no quiero oír. Y debes ser capaz de hablar libremente sobre ello.

—¿Estás celosa? —preguntó Richard.

Tomé una respiración profunda. Me hubiera gustado haber dicho que no, pero que podía decir sabía que él era capaz de oler una mentira. Había sido capaz de controlar mis celos hasta que mencionó a Betty y lo emocionada que estaba en ser su «chica».

—No tengo derecho a estar celosa de ti, Richard.

—Pero lo estás ¿no? —preguntó. Me miraba fijamente mientras lo preguntaba.

Tuve que esforzarme para seguir mirando su cara y no esconderme debajo del brazo.

—Sí, estoy celosa. ¿Contento?

Él asintió con la cabeza.

—Sí.

—Me voy de aquí.

Escribí el número de teléfono de la cabaña en el cuaderno de Belisarius y presioné el timbre para que me abrieran.

—Me alegro que hayas venido, Anita —dijo Richard.

Tenía la espalda apoyada contra la puerta, rezando para que Maiden se diera prisa.

—Ojalá pudiera decir lo mismo, Richard.

La puerta se abrió y yo hui de allí.



—¿Te divertiste mientras visitabas a tu novio? —preguntó Maiden mientras me seguía por el pasillo.

Lo esperé en la segunda puerta, estaba cerrada.

—Él no es mi novio, ya te lo he dicho.

—Todo el mundo dice eso.

Maiden abrió la puerta y la mantuvo abierta para mí.

—Tal vez sea un caso de la señora que protesta demasiado.

—Tengo ganas de estrangularlo, Maiden.

—¡Ooh! —dijo—, que desagradable.

—Dame mi arma, Maiden.

Cerró la puerta detrás de nosotros. Jason estaba sentado en una silla, en frente del mostrador, levantó ligeramente la cabeza y me habló.

—¿Podemos irnos ya a casa?

—¿No ha sido Maiden entretenido? —le pregunté.

—Él no me dejó jugar con sus esposas —contestó Jason.

Maiden cruzó la habitación hasta llegar al mostrador, abrió el cajón y sacó mi pistola, con la otra mano cogió el cargador, en vez de pasármela para que yo la cargara lo hizo él. Después de terminar el trabajo me la pasó por la culata.

—¿Crees que Myerton es suficientemente peligroso como para tener que llevar una bala en la recámara? —le pregunté.

Maiden me miró. Fue una larga mirada, como si estuviera tratando de decirme algo.

—Nunca se sabe —me dijo finalmente.

Durante unos minutos nos quedamos mirándonos mutuamente, su mirada al igual que su postura me puso nerviosa, no solía ir por la calle con una bala en la recamara, quizás Maiden trataba de decirme algo, y eso me puso aún más nerviosa.

—Que tenga un buen día, Blake.

—Tú también, Maiden —le dije.

Abrí la puerta con Jason a mi espalda.

—Tenga cuidado cuando salga ahí fuera.

Observé sus ojos, estaban en blanco al igual que su cara.

—¿Tienes algo que decirme Maiden? —le pregunté.

—Voy a salir a tomar mi almuerzo después de que se vayan.

Le miré.

—Son las diez de la mañana no es un poco temprano para el almuerzo, ¿no te parece?

—Tal vez pensé que te gustaría saber que no iba a estar aquí.

—Voy a tratar de abatir mi decepción —dije.

Esbozó una sonrisa rápida, se puso en pie.

—Tengo que cerrar la puerta después que salgas, no voy a estar en esta sala.

—¿Encierras a Belasarius con Richard?

—No me iré tanto tiempo —dijo. Abrió la puerta para nosotros, esperando a que saliéramos.

—No me gustan los juegos, Maiden. ¿Qué coño está pasando?

No sonreía cuando habló.

—Si el abogado de lujo es capaz de conseguir la fianza para tu novio, les aconsejo que dejen la ciudad.

—No estamos sugiriendo conseguir la fianza, ¿verdad, agente?

—Su familia ha estado aquí casi desde la primera noche que fue detenido. Antes de eso, fueron los científicos que estuvieron trabajando.

Maiden y yo nos miramos el uno al otro. Me quedé allí durante un minuto, esperando a que dejara de insinuarme cosas y decírmelas claramente, pero no lo hizo.

Asentí con la cabeza hacia él.

—Gracias, Maiden.

—No me des las gracias —dijo. Cerró la puerta detrás de nosotros.

Salí de la comisaria con la mano cerca de la Browning, lo demasiado cerca para rozarla.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó Jason.

—Si no somos capaces de sacar a Richard de aquí, va a ser lastimado, si hasta ahora se ha salvado ha sido únicamente porque ha habido muchos testigos, mucha gente a la que dar respuestas.

—Si los policías están en esto —dijo Jason—, ¿por qué nos advierte Maiden?

—Puede ser que no disfrute estando metido en esto, o diablos yo que sé, pero esto nos aclara una cosa… Alguien quería en la cárcel a Richard.

Una camioneta patinó en frente de nosotros y se detuvo en seco, interponiéndose entre nosotros y Shanga-Da, vi bajarse a cuatro hombres de la parte trasera de la camioneta, además del conductor, uno de ellos llevaba un enorme bate de béisbol.

—Vaya, vaya —dijo Jason—. ¿Crees que si retrocedemos y golpeamos a la puerta de la comisaria, ellos saldrían a ayudarnos?

Sacudí la cabeza.

—Maiden nos ha ayudado ya él nos ha advertido.

—Estoy caliente y sudando con el esfuerzo —dijo Jason.

—Sí —dije. Empecé a caminar por la calle, dirigiéndome a ellos, Jason iba un paso por detrás de mí, iba lo más desafiante que pude yo tenía un arma y cabía la posibilidad de que ellos no.

Pero si matase a alguien hoy, me iría a hacerle compañía a Richard, parecía que las leyes de Myreton era muy duras con los extranjeros.

Shang-Da se puso en pie, observando a los hombres que se acercaban lentamente a nosotros, se había quitado el gorro y pude ver su corto pelo brillante, lo llevaba muy pegado al cuero cabelludo, ayudado por el efecto de la gomina. Vi como cambiaba sobre sus pies descalzos, aún no estaba en posición de ataque pero ya se empezaban a notar las señales.

Sus ojos se encontraron con los míos, él nos había visto al igual que a los hombres que se nos acercaban, por el contrario éstos no se habían percatado de Shang-Da.

Esto no significaba que no fueran peligrosos, pero sí que eran descuidados y siempre podía funcionar un farol.

Una pequeña anciana entró por la puerta que estaba junto a Shang-Da. Ella se apoyó en gran medida en un bastón, con la espalda inclinada. Su pelo gris y blanco era muy corto y con permanente, uno de esos peinados apretados que las mujeres mayores parecían ser tan aficionadas. Ella llevaba un delantal sobre un vestido de color rosa con unas gafas enmarcando su diminuta nariz.

Sacudió el hombro de uno de los hombres que se acercaban.

—Saca a tus chicos de mi propiedad.

El hombre con el bate de béisbol le respondió:

—Ahora, Millie, esto no tiene nada que ver contigo.

—Es a mi nieto al que estás amenazando —le dijo.

—Él no es tu nieto —dijo otro hombre. Llevaba una camisa de franela debajo de una chaqueta de cuero.

—¿Me estás llamando mentirosa, Mel Cooper? —preguntó la mujer.

—Yo no he dicho eso —contraatacó Mel.

Si hubiéramos estado en algún lugar más privado alguno de nosotros hubiéramos acabado heridos, nos salvaba estar en la calle y con una anciana como testigo, así que no podía ser la primera en atacar ya que el Sheriff de la ciudad correría al rescate de los chicos del bate.

Jason se acercó a mí por detrás, para hacer un escudo ante Mel ya que era el que más cerca que estaba de nosotros. Se giró hacia nosotros dejándonos ver una camisa de franela llena de manchas y su barriga cervecera. Ooh, que encantador.

—¿Quién demonios eres? —preguntó.

—Bueno, no soy un osito de peluche.

Dio un paso amenazador hacia mí. Le sonreí. Él frunció el ceño hacia mí.

—Respóndeme a la pregunta de mierda, nena. ¿Quién coño eres?

—No importa quién sea ella —dijo el hombre del bate—. Chica, esto no es asunto tuyo, no es tu negocio, así que o lo dejas correr o te verás involucrada.

Hizo un gesto con la cabeza hacia Shang-Da.

—Voy a estar involucrada en medio de la discusión —le dije.

—Oh, Dios.

El hombre del bate me frunció el ceño, estaba creando confusión en mis enemigos, la cosa estaba funcionando.

La mujer volvió a dirigirse a los hombres.

—Salgan de mi propiedad o llamo al Sheriff.

Uno de los hombres se reía, y otro dijo:

—Podrá llamar al Sheriff cuando hayamos terminado.

El hombre del bate añadió:

—Baja del porche muchacho o te bajaremos de allí.

Estaban haciendo caso omiso tanto de mi como de Jason, solo se enfrentaban a Shang-Da, realmente eran hombres estúpidos.

Shang-Da habló con una profunda y rotunda voz, realmente tranquilo, no había miedo en ella, pero si una especie de ansiedad, como si realmente estuviera haciendo un gran esfuerzo para no enfrentarse a ellos.

—Si me bajan de este portal, realmente lo van a lamentar.

El hombre con el bate de béisbol hizo rodar el bate entre sus manos.

—Oh, voy a disfrutar de ello, muchacho Chino.

—Muchacho chino —dijo Jason. Yo no tenía que ver su cara para saber que se estaba riendo.

—No es muy original, ¿verdad? —comenté.

—No.

Mel se volvió hacia nosotros junto a otro hombre.

—¿Te estás burlando de nosotros?

Yo asentí.

—Oh, sí y lo estoy disfrutando.

—¿Crees que no te pegaría porque eres una mujer? —preguntó Mel.

Era tentador decir: «No, creo que no te atreves a pegarme porque tengo un arma», pero no lo dije.

Una vez que has sacado un arma en medio de una pelea esta se vuelve más sangrienta y yo no quería ir a la cárcel, además no es como si la necesitase, yo era cinturón negro de yudo, pero claro también había que tener en cuenta que estos tipos eran enormes y musculosos y que tanto a mí como a Jason nos sacaban unos cuantos kilos. Tenía que pensar en algo rápido, tenía que pillarlos por sorpresa ya que de otro modo saldría perdiendo yo, con un tipo de mi estatura tendría las mismas oportunidades, pero como siempre los tipos malos eran más grandes que yo. Sentía una

opresión sobre el pecho, sentía una sensación de miedo y entonces me di cuenta de que ahora si estaba asustada, esto no era un juego de dominio como había pasado antes con Jamil, esto era una situación real. Nadie pararía cuando unos de nosotros estuvieran sangrando. ¿Asustada? ¿Quién, yo?

Pero para decir la verdad había pasado mucho tiempo sin que me hubiera enfrentado a los tipos malos sin mi arma, me estaba haciendo adicta a la Browning, tal vez.

Jason y yo cambiamos la posición, nos separamos un poco el uno del otro, ya que para luchar necesitábamos un poco de espacio. Miré a Jason y me di cuenta de que nunca le había visto pelear, él tenía la fuerza suficiente para levantar una furgoneta sin ayuda, así que podría deshacerse de los hombres con facilidad, lanzándolos lejos, pero yo tampoco quería a Jason en la cárcel.

—No mates a nadie —le dije.

Jason me sonrió, pero era una sonrisa suave, sin llegarle a los ojos.

—Oye, tú no eres divertida.

Noté un primer pinchazo de energía, me decía que el Cambiaformas estaba listo para luchar.

Mel avanzó unos pasos hacia nosotros, Jason se interpuso entre nosotros y yo no lo detuve, una fractura de mandíbula a él se le curaría en una noche, a mí no, Jason se enfureció y noté un pinchazo de su poder, noté como el bello de los brazos de Mel se pusieron en punta.

—¿Qué diablos fue eso? —preguntó.

Era grande y estúpido, pero tenía una psíquica suficiente para sentir un Cambiaformas. Interesante.

—¿Quién diablos eres? ¿Qué diablos fue eso?

—Mel, creo que necesitas mejores preguntas —dije.

—Que te jodan —me contestó.

Le sonreí y llame su atención.

—Ven y dímelo a la cara, Mel, si crees que eres lo suficientemente hombre.

Lanzó un rugido y se abalanzó sobre mí. Literalmente, corrió hacia mí como si fuera el ataque de un oso. El tipo más grande corrió también en dirección a Jason. Tuve una sensación de movimiento y comprendí que Shang-Da había abandonado el porche para correr en nuestra ayuda.

Mel se me tiró encima y comenzamos a forcejear, conseguí librarme de

su abrazo y saque un cuchillo, el tipo era demasiado grande para mí, un enfrentamiento cuerpo a cuerpo iba a acabar en un gran desastre para mí.

Consiguió quitarme el cuchillo e intentó clavármelo varias veces, pero fui capaz de esquivarlo y girar sobre mis talones y ese movimiento de mi cuerpo hizo que le rompiera el brazo, Mel comenzó a gritar, sujetando aun el cuchillo en su mano.

—Suelta el cuchillo, Mel —le dije.

Trató de ponerse de pie, estirando una rodilla hacia un lado. Le pateé la rodilla y escuche el crujir de sus huesos, le había roto la pierna también, Mel cayó al suelo gritando y retorciéndose de dolor.

—¡Tira el cuchillo, Mel! —Yo le estaba gritando.

EL cuchillo se elevó e intentó asestarme una puñalada, pero fui más rápida que él y logré apartarme a tiempo. Al moverme tan bruscamente vi el resto de la escena, Jason estaba enfrentándose a un tipo enorme junto a la camioneta, esta tenía varias abolladuras por todo el capó como si algo la hubiera golpeado, probablemente el cuerpo de uno de los hombres.

Shang-Da estaba enfrentándose al tipo del bate, estaba golpeándole duramente, dándole golpes en la espalda con su propio bate.

Tuve que gritarle para detenerle:

—¡No lo mates!

Shang-Da se giró para observarme durante un segundo, después volvió a prestar toda su atención al tipo del bate y le dio el último y definitivo golpe, este cayó al suelo desmayado.

El hombre alto que luchaba contra Jason se resistía a abandonar la pelea, asestando golpes en todas las direcciones, Jason tuvo que apartarse más de una vez y echarse hacia atrás, lo atacó con otro bate de béisbol, trató de asestarle un golpe en la cara pero Jason fue capaz de esquivarlo.

El único de los chicos malos que quedaba de pie era el que estaba luchando con Jason, este arremetió fuertemente contra él, tanto que lo derrumbó al suelo, vi las intenciones de Shang-Da de intervenir rápidamente y ayudarlo, pero Jason también se dio cuenta y lo paró con una dura mirada.

El hombre comenzó a golpear duramente a Jason, tanto que pensé que le rompería el cuello, me acerqué a Shang-Da, los dos intervenimos. Pero antes de que pudiéramos movernos medio centímetro, vimos y escuchamos a los coches de la policía, los dos nos paramos en seco, sabíamos que la pelea había terminado, pero el hombre alto no pensaba igual y seguía

golpeando a Jason. Acudí a su ayuda y recibí varios golpes, de repente me puse en una posición defensiva para protegerme, pero de todas formas una de sus patadas me golpeó duramente la cabeza y caí al suelo, durante unos minutos quedé completamente vulnerable, ni siquiera podía moverme, estaba tirada en el frío césped, notando la presión de mi sangre fluir por mis oídos, tomé una respiración jadeante, profunda, muy profunda.

Escuchaba voces a mí alrededor pero me costaba descifrar lo que decían, estaba mareada pero poco a poco volví a tomar las riendas sobre mi vida.

Una voz de hombre gritaba a lo lejos:

—¡Quieto, hijo de puta!

Traté de decir: «colorido» pero fue imposible que ninguna sola palabra saliera de mi boca, intenté abrirla suavemente, lo conseguí, genial. No me había partido la mandíbula. Con las pocas fuerzas que me quedaban en el cuerpo conseguí levantar un brazo y pedir ayuda, ésta vez las palabras si fluyeron de mi boca.

Jason me habló:

—Ellos tienen los fusiles apuntando hacia nosotros.

Millie bajó del porche con su bastón. Parecía divertida desde mi punto de vista.

—No apuntes con tus armas a mi nieto y a sus amigos, estos hombres fueron los que atacaron primero.

—¿Atacaron? —dijo la voz de un hombre—. Parece que su nieto y sus amigos atacaron primero.

Busqué mi identificación en el bolsillo y la zarandeé por el aire, un tipo llegó hasta mí y la cogió con demasiada energía.

—Anita Blake, ejecutora de vampiros —dije. El anunció hubiera tenido más empuje si la mitad de las palabras no se me hubieran quedado atascadas en la garganta, las náuseas me apretaban el estómago.

No podía ver a Millie más, pero yo la oía.

—O dejas de apuntar a mi nieto con tus armas o voy a hacerte moratones en tu piel con mi bastón.

—Ahora, señora Millie —dijo la voz masculina.

Volví a repetir en voz alta quien era yo, por si no le había quedado claro y añadí:

—¿Puedo tener la ayuda de mi gente para ponerme en pie?

Escuché una profunda voz masculina, supuse que sería el Sheriff:

—¿Se puede mover? —preguntó.

Jason me agarró por el mismo brazo que tenía levantado con mi identificación, el movimiento fue tan brusco que no tuve que fingir que me desmayaba, noté como mis rodillas flaqueaban debajo de mí y vi como el suelo se movía en mi dirección hasta que Shang-Da vino en mi ayuda y me agarró por el otro brazo. Estaba siendo ayudada por los dos hombres, ellos me mantuvieron de pie en frente de los policías.

El sheriff Wilkes era bastante alto, vestía un uniforme azul con un gorro a juego, en el lado derecho de su cinturón llevaba una Beretta de 10 mm.

Me miró con ojos de un oscuro y sólido marrón, se quitó el sombrero y se enjuagó el sudor de su frente con un paño, el color de su pelo, medio rubio medio canoso me revelaba su edad.

—Anita Blake, he oído hablar de ti. ¿Qué estás haciendo en nuestra pequeña ciudad?

Antes de hablar tuve que escupir más sangre en el césped, con una gran dificultad fui capaz de mantenerme en pie con la ayuda de los chicos. Cuando afiancé mi posición contesté a la pregunta del Sheriff.

—Vine a ver a un amigo en su cárcel, Richard Zeeman.

—¿Amigo? —preguntó.

—Sí, amigo.

Había dos policías más detrás del Sheriff observando cada movimiento, cuando conseguí girar un poco más la cabeza descubrí que allí también estaba Maiden.

Maiden estaba de pie detrás de los demás, con las manos por delante, una mano aferrada a su muñeca opuesta. Su rostro era blanco, pero había un borde alrededor de su boca que me dijo que no estaba tratando de sonreír.

—Tenemos que arrestarlos a todos —dijo Wilkes.

—Genial —le dije—. No puedo esperar a presentar cargos.

Me miró, sus ojos abiertos por la sorpresa.

—Tú has participado en la pelea, Sra. Blake. No creo que haya motivos para presentar cargos.

Me incliné un poco más contra Jason. Un hilo de sangre corría por mi cara, me suponía que tendría un aspecto lamentable.

—Ellos nos atacaron, y nos vimos obligados a defendernos.

Dejé que mis rodillas se deslizan por debajo de mí.

Shang-Da me cogió y me levantó fácilmente en sus brazos. Cerré los

ojos y me acurruqué contra su pecho.

—Mierda —dijo Wilkes.

—Mira esa pobre niña, Billy Wilkes —dijo Millie—. Vas a arrestarla en su estado, ella tan solo trataba de defenderse, tú tienes una hija de su misma edad, ¿acaso vas a presentar cargos contra ella?

—Mierda —dijo Wilkes de nuevo con más fuerza—. Vamos todos al hospital. Vamos a ordenar que se la lleven de aquí.

—La ambulancia ya está en camino —dijo Maiden.

—Una no será suficiente —dijo Wilkes.

Maiden rió en voz baja y profunda.

—No hay suficientes ambulancias en el condado para todos estos cuerpos.

—Será suficiente con tres —le contestó Wilkes.

Dejé que Shang-Da cargara conmigo en sus brazos mientras llegaban las ambulancias, pero no paraba de darle vueltas a lo que Wilkes había pretendido decir.



OCHO

Nos dirigíamos hacia el hospital en una ambulancia, una camioneta, dos automóviles y el trineo de Santa Claus, yo viajaba en la camioneta para que el resto de los heridos pudieran llegar al hospital. Bueno, en realidad no nos acompañaba el trineo de Santa Claus pero parecía un desfile de Navidad, después de seis horas en el hospital regresamos a la comisaría de Myerton, a la única sala de interrogatorios que tenía. Shang-Da, Jason y yo nos sentamos tranquilamente allí, esperando que viniera algún agente, había sido la única herida que había salido del hospital ya que al tipo que Jason había arrojado contra la furgoneta podría tener daños permanentes en la columna, dos de los tres hombres que había golpeado Shang-Da ya habían recuperado la consciencia pero le quedaban las secuelas de la conmoción cerebral. El tercer hombre que había golpeado Shang-Da aún estaba fuera de cuenta, los médicos hablaban sobre inflación de su cerebro y posibles fracturas de cráneo.

Tanto Jason como Shang-Da habían sido unos chicos duros y yo para mi crédito personal solo tenía a Mel, aunque sus fracturas eran las peores, se necesitaba un montón de tiempo y trabajo para sanar una rotura conjunta, incluso a veces era imposible hacer una recuperación de la fractura.

Belisarius fue un abogado muy ocupado durante las últimas horas ya que había sido capaz de sacar a Richard de la cárcel y evitar que nos encerrasen a nosotros. Wilkes no quería arrestarnos pero si coger nuestras huellas dactilares, para mí no había ningún problema, mucho mejor eso que pasar una noche entre rejas, pero por el contrario y para mi sorpresa Shang-Da se opuso en rotundo, lo que hizo levantar mis sospechas como las de Wilkes.

Pero al final Wilkes lo dejó pasar, tal vez fue porque había usado una llamada telefónica para comunicarme con un policía, que a su vez había contactado con un agente del FBI.

Después de realizar esa llamada a las autoridades nacionales Wilkes se puso nervioso como el infierno, así que sospechaba que ocultaba algo, tal vez fuese un policía corrupto, pero yo no estaba allí para eso, sino para sacar a Richard de la cárcel y ya lo había hecho.

Era la sala de interrogatorios más limpia que había visto en mi vida, había una mesa de pino en medio de la sala con sillas a su alrededor. Wilkes sacó una silla y se sentó frente a mí, juntó sus manos sobre la mesa y me miró.

—¿Qué? —dije—. ¿Vas a darme un tratamiento de silencio hasta pascua?

Me miró y me dio una leve sonrisa.

—He recibido unas cuantas llamadas telefónicas, Blake, la gente se preocupa por ti.

—¿Hay un punto en esta conversación? —pregunté.

La sonrisa se hizo más grande.

—Me gusta saber con quién estoy tratando, Blake, eso es todo.

—Bueno como todos —le dije.

Él asintió con la cabeza.

—Como te he dicho he recibido unas cuantas llamadas desde Saint Louis, de un agente estatal, me dijo que fuiste acusada de asesinato.

—Apuesto a que fue Freemount —le contesté—. Ella aún está enfadada por un caso en el que trabajamos juntas.

Él asintió con la cabeza, sonriendo afablemente.

—Así es, además ella me dijo que si te detengo, ella misma podría venir hasta aquí para ver qué es lo que pasa.

Le sonreí.

—Apuesto a que realmente disfrutaría de ello.

Me miró con sus oscuros ojos.

—No quiero problemas en mi ciudad.

—Apuesto a que no los quieres, Wilkes.

Su rostro se endureció, mostrándome lo enfadado que estaba.

—¿Qué carajo te importa?

Me incliné sobre la mesa sobre los codos.

—Debes de tener más cuidado con el trabajo que realizas y más cuidado con la gente que meten entre rejas, Wilkes.

—Es un maldito maestro de ciencia en la escuela. ¿Cómo iba a saber que era amigo de un ejecutor de vampiros?

Me acomodé en mi asiento.

—¿Qué quieres, Wilkes? ¿Por qué esta conversación privada?

Se pasó la mano a través de su pelo, y por primera vez, me di cuenta de lo nervioso que estaba. Estaba asustado. ¿Por qué? ¿Qué demonios estaba sucediendo en este pequeño pueblo?

—Si los cargos de violación desaparecen, Zeeman es libre de abandonar la ciudad, pero tanto él como todos vosotros debéis de desaparecer de esta ciudad. Sin daño, no hay castigo.

La metáfora me puso de los nervios y contraataqué.

—No he venido aquí a husmear alrededor de tu rancho, Wilkes. Yo no soy un policía. Vine aquí para sacar a Richard de la cárcel, nada más.

—Está fuera de peligro si se va.

—Yo no soy su guardaespaldas, Wilkes. No puedo prometerte lo que Richard va a hacer.

—¿Por qué un maestro de escuela tendría un guardaespaldas? —preguntó Wilkes.

Me encogí de hombros.

—¿Por qué alguien incriminaría a un maestro de escuela por violación?

—Todos tenemos nuestros secretos, Blake. Lo único que tienes que hacer es encargarte de que abandone la ciudad y todos podremos mantener nuestros secretos.

Miré a mi manos extendidas sobre la mesa sin problemas. Miré hacia

arriba, a los ojos.

—Voy a hablar con Richard a ver qué puedo hacer, Pero no puedo prometerte nada hasta después de que haya hablado con él.

—Consigue que te escuche, Blake y él no tendrá más problemas.

Sacudí la cabeza.

—Haré todo lo que esté en mis manos. Me puse de pie.

Se puso de pie. Nos miramos durante un rato.

—No siempre se presta atención a la ley, eso es verdad.

—¿Cómo es eso? —preguntó Wilkes.

Le miré profundamente a la cara.

—Richard por razones morales, siempre hace lo correcto y yo porque soy demasiado desagradable.

—Desagradable —repitió Wilkes—. Mel Cooper nunca podrá caminar derecho otra vez o tener el pleno uso de su brazo.

—No debería haber intentado herirme con un cuchillo —le dije.

—Si no hubiera habido testigos, ¿lo hubieras matado?

Yo le sonreí, una sonrisa frívola.

—Voy a hablar con Richard. Esperemos que me escuche y antes de mañana por la noche estemos fuera de aquí.

—No siempre he sido un pequeño policía de una pequeña ciudad, no te dejes influir por los comentarios de los alrededores, no me jodas y todo estará bien.

—Que divertido —le dije—. Yo estaba pensando lo mismo.

—Bien —me contestó Wilkes—, sabemos dónde están.

—Supongo que lo saben —le dije.

—Espero mañana al atardecer tanto tú como todos tus amigos estén fuera de mi ciudad.

Me miró a los ojos, manteniéndome la mirada, con la presión de sus oscuros ojos sobre mí. Le sonreí suavemente y me marché de la sala, dejándolo allí.



NUEVE

Cuando llegué a las cabañas me dio la sensación de que habían pasado más de siete años, aunque la tarde ya iba avanzando aún era de día, ya que estábamos en agosto. El crepúsculo estaba cercano y podía verse como los rayos de luz iban desapareciendo poco a poco a través de las montañas.

Me sentía muy cansada, con el rostro muy herido, aunque por lo menos no tuve que recibir puntos de sutura sobre la boca.

El paramédico que me atendió de camino al hospital me había dicho que tendrían que darme varios puntos de sutura como yo imaginaba pero la sorpresa fue que cuando llegué al hospital el médico me dijo que no me iba a hacer falta, una gran alegría para mí ya que tenía una especie de fobia a las agujas, pero yo había recibido puntos de sutura en otras ocasiones, incluso sin analgésicos, así que sabía que no era algo divertido.

Jamil estaba de pie delante de las cabañas, me fijé en que se había cambiado de ropa, ahora vestía unos jeans negros y una camiseta blanca

con un dulce dibujito al frente, aunque esta había sido desgarrada por la mitad, dejando ver parte de su estómago. Siempre estaba rodeada de hombres muy hermosos pero tenía que reconocer que sin lugar a dudas Jamil tenía el mejor estómago de los que había visto en mi vida, sus músculos se apretaban alrededor de su estómago, con su oscura piel brillando, sabía que él tenía la fuerza suficiente sin matarse en el gimnasio, pero bueno, todo el mundo necesitaba un hobby.

—Lo siento me perdí la diversión —me dijo mientras me golpeaba la herida sobre el labio, no pude controlarme y un escalofrío de dolor cruzó mi cara.

—Me sorprende que hayas dejado marcarte por alguien —siguió aguijoneándome Jamil.

—Ella lo hizo a propósito —contestó Shang-Da.

Jamil lo miró.

—Anita fingió desmayarse —dijo Jason—. Se veía muy triste.

Jamil me miró.

Me encogí de hombros.

—Yo no iba a dejar que nadie me diera patadas en la cara, pero así era la única forma de pillarlo desprevenido.

—Yo no creo que sepas mentir —me hijo Jamil.

—Vivir y aprender —le dije—. ¿Dónde está Richard? Necesito hablar con él.

Jamil miró hacia una de las cabañas que estaban situadas a su espalda, después volvió a mirarme a mí, con la expresión más rara que nunca había visto sobre su cara.

—Él se está duchando, ya sabes que ha estado varios días con la misma ropa.

Me quedé mirándolo a la cara, estudiándola con cuidado, intentando averiguar lo que me estaba ocultando.

—¿Qué está pasando, Jamil?

Sacudió la cabeza.

—Nada.

—No me dan pena, Jamil. Necesito hablar con Richard, ahora.

—Está en la ducha.

Sacudí mi cabeza y ese movimiento brusco hizo que casi me marease.

—Al diablo con esto. ¿En qué cabaña está?

Jamil sacudió la cabeza.

—Dale unos minutos.

—Algo más —replicó Shang-Da con voz muy suave.

Jason miró a los dos hombres con los ojos ligeramente abiertos por la sorpresa.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

La puerta de la cabaña que estaba situada detrás de Jamil comenzó a abrirse, de la puerta salía una despampanante mujer, Richard iba detrás de ella con los brazos en su cintura, estaba empujándola hacia fuera, con suavidad pero con constancia.

La mujer se giró y me estudió durante un rato, llevaba un ligero peinado, intentando parecer ingenua. Se apartó de Richard y avanzó hacia nosotros. No hacia nosotros, sino directamente hacia mí, sus ojos me estudiaban con cuidado.

—Lucy, no lo hagas —dijo Richard.

—Sólo quiero olerla —dijo Lucy.

Era el tipo de comentario que un perro haría si pudiera hablar, pero claro yo estaba olvidando que excepto para nosotros los humanos era mucho más importante el olfato que la vista.

Mientras caminaba hacia mi tuve el tiempo suficiente para estudiarla, la forma en la que caminaba era demasiado sensual, rozando la vulgaridad, llevaba una falda corta, muy corta de color ciruela, tan corta que se podían distinguir las medias y las ligas que llevaba debajo de ella. Era poco más alta que yo, a parte de la falda llevaba una blusa de un color violeta pálido, lo suficientemente abierta para que se le viera el sujetador.

Llevaba más maquillaje que yo y perfectamente aplicado ya que daba la sensación de que tenía una piel perfectamente estirada e impecable. Su lápiz de labios oscuro estaba derramado alrededor de su boca.

Aparté durante unos segundos la mirada de la mujer y puse toda mi atención en Richard, este solo llevaba unos vaqueros aferrados a su cuerpo, aún tenía gotas de agua que recorrían su pecho desnudo, su pelo húmedo y enmarañado alrededor de su cara y de sus hombros, por un segundo presté atención hacia su boca, la tenía manchada del rojo pintalabios de la mujer, esparcido por toda su boca.

Nos miramos mutuamente sin saber bien que decir.

Por todo lo contrario la mujer sabía perfectamente que decir.

—Así que tú eres la perra humana de Richard.

Era tan hostil, que me hizo sonreír.

No le gustó nada que sonriera se acercó tanto a mí que noté su falda sobre mis piernas di un paso atrás para alejarme de ella, pude sentir como se enfurecía y la energía empezó a recorrer mi piel.

Sacudí la cabeza.

—Mira, antes de entrar en cualquier mierda de hombre lobo arcano o peor, cualquier mierda personal, tengo que hablar con Richard de la cárcel y sobre por qué los policías locales se tomaron tan en serio la acusación de violación.

Ella me miró parpadeando.

—Mi nombre es Lucy Winston. Recuérdalo.

Me miró a los ojos, seguíamos tan cerca que pude ver las imperfecciones alrededor de ellos, también recordé que Richard había mencionado una Lucy en la cárcel. No podía ser una coincidencia ¿no?

—Lucy, Richard ya me habló de ti —le dije.

Ella parpadeó de nuevo, pero esta vez estaba desconcertada. Dio un paso atrás de mí para mirar a Richard.

—¿Has hablado de mi con ella?

Richard asintió.

Ella retrocedió estaba al borde de las lágrimas.

—¿Entonces por qué…?

Los miré a los dos fijamente, ¿Por qué? era lo que también quería preguntar yo, pero había estado disfrutando mucho con la decepción de Lucy, si esta se ponía a llorar arruinaría mi felicidad.

Adelanté un paso y pasé alrededor de Lucy sin mirarla, tenía que centrarme y yo estaba allí para sacar a Richard de la cárcel, una vez que lo había conseguido estaba allí para sacarlo de la ciudad y explicarle lo que había pasado en la comisaria. Además él ya se habría divertido lo suficiente viendo las medias y las ligas de Lucy, o aún peor.

No entendía mi reacción, no era de mi incumbencia ya que yo compartía mi cama con Jean-Claude, Richard ya estaba fuera de mi vida, entonces, ¿Por qué tenía que estar haciendo un esfuerzo enorme para no parecer enojada? había preguntas que eran mejor no contestar.

Richard me siguió y entró detrás de mí a la cabaña, encargándose de cerrar la puerta, se apoyó sobre ella, yo me giré para enfrentarlo y me di cuenta de que estábamos solos, realmente solos y no tenía ninguna idea de qué decir.

Él estaba apoyado en la puerta, con las manos detrás de su espalda, con

la parte superior de su cuerpo aun mojada, él era realmente masculino. Las gotas de agua se arremolinaban sobre los músculos de su estómago, una vez, hacía mucho tiempo, yo le hubiera ayudado a secar las gotas de su cuerpo, este ya no era el momento. Su cabello estaba empezando a secarse en una masa ondulada. Si no hacía algo pronto, tendría que mojarlo y comenzar de nuevo.

—¿Lucy te sacó de la ducha sin una toalla? —En el momento en que se lo pregunté me arrepentí. Levanté la mano y añadí—: Lo siento. No es de mi incumbencia. Yo no tengo el derecho a ser maliciosa contigo.

Él sonrió, casi con tristeza.

—Creo que es la segunda vez que he oído que admites que estabas equivocada.

—Oh, me equivoco muy a menudo aunque no lo reconozca en voz alta.

Eso le hizo sonreír de nuevo, y era casi su sonrisa normal. Los dientes blancos relucían sobre su bronceada cara, aunque la mayoría de la gente pensaban que ese no era su color natural, que era bronceado yo sabía por el contrario que sí que era su color natural, ya que había visto todo el paquete.

Richard se apartó de la puerta. Se dirigió hacia mí sobre sus pies descalzos me fijé en la línea de bello oscura que recorría el camino desde su ombligo hasta desaparecer entre sus pantalones, me sonrojé y me di la vuelta.

—¿Por qué te quieren en la cárcel? ¿Negocios? —pregunté.

—No estoy seguro —me contestó—. ¿Puedo coger una toalla y terminar de secarme mientras hablamos?

—Es tu cabaña, sírvete tú mismo —le dije.

Desapareció en el cuarto de baño. Yo me quedé mirando alrededor. La cabaña era casi idéntica a la mía, excepto que era amarilla, parecía más colorida. Las sábanas blancas estaban arrugadas yo sabía que Richard era casi un fanático de hacer la cama, pero de algún modo Lucy no me pareció tan ordenada. Yo apostaba a que ella había revuelto las sabanas, fijé mi mirada sobre ellas y me di cuenta de una mancha de humedad, así que ella había contado con ayuda.

Pasé mis manos a través de las sabanas, noté la almohada empapada en agua, la cabeza mojada de Richard habría pasado un buen rato reposada allí, noté como se me hacía un nudo en la garganta y si no me conociera mejor diría que tenía lágrimas en los ojos, pero no, seguramente no, quiero decir sabía que era el juguetito de Richard, así que ¿por qué llorar?

El cuadro colgado sobre la cama era otro Van Gogh, esta vez eran girasoles, me pregunté si cada cabaña tendría un cuadro de Van Gogh o mejor un cuadro acorde a la habitación.

Me imagine a Richard tumbado en la cama con otra mujer, corté de repente esa imagen no podía volver a esa habitación ¿Pero de verdad creía que mientras yo compartía la cama con Jean-Claude, Richard iba a permanecer casto? era un pensamiento estúpido, pero prefería que fuera cierto.

Richard había cerrado la puerta del baño tras él, podía sentir el agua de la ducha correr, quizás estaba humedeciéndose el pelo, o quizás tomando otra ducha, limpiándose tras haber tenido sexo. El sexo era mucho más sucio de lo que hacían creer en las películas, yo sabía que el buen sexo era muy sucio, tres meses con Jean-Claude y era toda una experta en sexo, me dio un ataque de risa, era un caso cómico. Hasta que él había aparecido en mi vida había sido una mujer casta, no era virgen pero si casta, mi novio de la universidad se había ocupado de eso, me había lanzado en sus brazos con la confianza de que el primer amor era lo que te podía dar, volví a reírme, era la última cosa ingenua que había hecho en mi vida.

Con Richard había tenido acercamientos sexuales pero nunca habíamos acabado de compartir la cama, los dos habíamos decidido mantenernos castos después de nuestra primera experiencia universitaria, era algo que los dos compartíamos, pero si tal vez hubiéramos cedido a esa lujuria ahora no habría tanta incomodidad entre nosotros, tal vez, aunque ahora lo único que compartíamos era una lucha entre nosotros, no me gustaba decirlo pero tal vez compartiéramos un odio mutuo.

Richard era demasiado bondadoso, quizás demasiado tierno y sobretodo muy remilgado para tener el control de la manda, él había tenido varias oportunidades para matar al *Ulfric*, Marcus y él siempre las había rechazado, él nunca quiso matarlo y yo le insistí para que lo hiciera, pensaba que era por su bien, si lo mataba el consagraría el poder de la manada y no volvería a estar en peligro pero después que el matara a Marcus yo me deshice de él ¿injusto no?, pero yo no pude resistir cuando lo vi comerse a Marcus. ¿Qué es un poco de canibalismo entre amigos?, así que huí de su lado.

Seguía escuchando correr el agua de la ducha, si no hubiera tenido miedo a que saliera de la ducha con menos de una toalla hubiera golpeado a la puerta y le hubiera exigido que se diera prisa, pero ya había visto

suficiente del Sr. Zeeman por un día, menos era definitivamente más.

Presté atención a las fotos que habían esparcidas por encima de la mesa, cogí una y vi que eran duendes, había tenido un semestre en la universidad para estudiarlos, los duendes que aparecían reflejados en las fotos eran los duendes de la montaña Smoky, eran uno de los más pequeños duendes de América del Norte.

Eran realmente diminutos entre tres y cinco pies de altura, en su mayoría eran vegetarianos aunque completaban su dieta con insectos y carroña, dejé vagar por mi mente toda la información que tenía de ellos, volví a mirar otra de las fotos que había sobre la mesa, en esta se podían distinguir un grupo de duendes, todos agazapados entre los árboles, se veían como chimpancés o gorilas aunque eran mucho más delgados, caminaban como los humanos, erguidos y sobre dos patas. Algunas teorías decían que eran el eslabón perdido entre el hombre y el mono.

Volví a la información que guardaba en mi cabeza, en 1900 varios circos habían atrapado a duendes para llevárselos de gira, eran una rareza, todo el mundo quería pagar por verlos aunque fuera una vez. También recordé que dos cosas habían pasado en 1910 para conseguir salvar la destrucción total de los duendes.

La primera había salido publicado un artículo en la prensa donde decían que los duendes actuaban como personas, ya que utilizaban herramientas y enterraban a sus muertos con flores. La gente opinaba que los duendes creían en Dios, por lo tanto eran seres iguales a nosotros y necesitaban vivir.

Un ministro evangélico llamado Simón Barkley sintió que Dios le habló. Salió y capturó a un duende y trató de convertirlo al cristianismo. Él escribió un libro sobre sus experiencias con Peter (el duende), y se convirtió en un best-seller. De repente, los duendes son una causa célebre. Los duendes fueron las primeras especies protegidas en América. La Gran Montaña Smokey no estaba protegida. Este pequeño duende era amenazado tanto por los turistas como por los cazadores furtivos.

Richard salió del cuarto de baño, seguido de una ráfaga de aire caliente, todavía llevaba puesto los pantalones vaqueros, llevaba una toalla envuelta alrededor de su cabeza y un secador en la mano.

Me di cuenta de que sólo se había lavado el pelo, aunque por el tiempo que tardó parecía que se había tomado una ducha completa. Gracias a Dios esta vez había salido del baño con el pecho y los brazos secos, no pude

resistirlo y me fijé en sus brazos, parecían increíblemente fuertes.

Yo sabía que él era increíblemente fuerte pero al ver sus musculosos brazos me hizo pensar en ello.

Era realmente un placer contemplarlo físicamente, pero me di cuenta de que Richard nunca había invertido tiempo en su forma física, así que me pregunté porque habría estado gastando su tiempo en ello.

Señalé las fotos.

—Estos son grandes.

Me sonrió, parecía una sonrisa sincera. Una vez, cuando era más joven, había imaginado mi vida de esa forma, ser una investigadora de campo, una especie de Jane Goodall pero a lo sobrenatural, la verdad que los duendes no eran un área de interés pero quizás los dragones o los monstruos del lago, tal vez. Pero eso había sido hacía mucho tiempo, antes de que Bert, mi jefe, me hubiera reclutado para levantar a zombis y matar vampiros.

A veces Richard me hacía sentir vieja, incluso aunque él era tres años mayor que yo, era una situación extraña, aún estaba intentado agarrar las riendas de mi vida entre tanta mierda extraña que había de por medio.

—Te llevaré a verlos, si lo deseas —dijo.

—Me encantaría, si no molesta a los duendes.

—Ellos están muy acostumbrados a los turistas. La doctora Carrie ha comenzado a permitir pequeños grupos de turistas para que conozcan la vida de los duendes.

En la comisaria había mencionado a una tal Carrie ¿acaso era la misma mujer?

—¿Tienen problemas económicos? —pregunté.

Se sentó sobre uno de los bordes de la cama y conectó el secador.

—Siempre hay problemas económicos en un proyecto como este, pero no es el dinero lo que necesitamos, sino una buena publicidad.

Yo le fruncí el ceño.

—¿Por qué necesitan una buena publicidad?

—¿Has estado leyendo el periódico últimamente? —preguntó. Se quitó la toalla de la cabeza. Tenía el pelo oscuro y marrón con la humedad, pesado.

—Sabes que yo no leo el periódico.

—Sé que tienes una televisión, ¿acaso no la usas? —preguntó.

Me senté sobre el borde de su mesa, lo más lejos que pude estar de él, sin salir de la habitación, claro.

Su pregunta me hizo pensar en el pasado, él sabía que yo no tenía una televisión y me había comprado una para que pudiéramos ver la televisión y películas acurrucados en mi sofá.

—No veo mucha televisión.

—¿Jean-Claude no es un fan de los musicales? —volvió a preguntarme Richard, pude escuchar la ira en su voz.

Fue casi un alivio escucharla. Su ira lo hacía todo más fácil.

—Jean-Claude no es mucho de observar sino más bien de actuar.

El rostro de Richard se volvía más delgado por la rabia.

—Lucy tampoco es mucho de observar —contestó, pero su voz era cuidadosa.

Yo me reí, y no era un sonido feliz.

—Gracias por hacer esto más fácil, Richard.

Miró hacia el suelo, con el pelo mojado a un lado de modo que su cara escondía el perfil completo.

—Yo no quiero pelear, Anita. Realmente no lo quiero.

—Casi me engañas —le dije.

Me miró con sus ojos color chocolate.

—Si hubiera querido una pelea, no me hubiera librado de Lucy, nos hubieras encontrado en la cama.

—Ya no eres mío, Richard. ¿Por qué diablos debería molestarme?

—Esa es la pregunta correcta, ¿no?

Se puso de pie y comenzó a caminar hacia mí.

—¿Por qué te querían en la cárcel? —le pregunté—, ¿por estás fotografías?

—¿Para ti todo son negocios, Anita?

—¿Y para ti la distracción Richard? No pierdas de vista la pelota. Caray, una metáfora deportiva. Tal vez era contagioso.

—Bien —me contestó su voz sonaba llena de rabia, casi me dolía.

—La orla duende que estamos estudiando se ha partido en dos grupos.

—Todo esto es fascinante, pero ¿qué tiene que ver con esto?

—¡Cállate y escucha! —me dijo.

Yo lo hice. Esa fue la primera vez que le obedecí.

—La segunda más pequeña de las tropas se trasladó fuera del parque. Ellos han estado en tierras privadas por poco más de un año. El agricultor dueño de la tierra estaba contento con ello. Carrie le enseñó y dejó coger al primer bebe duende nacido, incluso llevaba una foto en su cartera.

Lo miré.

—Suena muy bien.

—El agricultor, Ivan Greene, murió hace unos seis meses. Su hijo no era un amante de la naturaleza.

—Ah —le dije.

—Pero los duendes son una especie en grave peligro. Y no son unos animales que pases desapercibidos, el hijo intentó echarnos de allí, pero nosotros estábamos de forma legal.

—Pero el hijo no estaba contento con eso —dije.

Richard sonrió.

—De ningún modo.

—Así que los llevó a la corte —le dije.

—No exactamente —dijo Richard—. Nosotros esperábamos que hiciera eso. De hecho, debería haber sabido que algo andaba mal cuando no nos llevaron a la corte.

—¿Qué hizo? —pregunté.

Las palabras le salían encolerizadas, cogió el secador y comenzó a secarse el pelo, como una distracción.

—A un agricultor local le empezaron a desaparecer las cabras.

—¿Las cabras? —le pregunté.

Richard me miró a través de una gruesa cortina marrón que formaba su pelo mojado.

—Cabras —volvió a decir.

—Alguien ha estado leyendo demasiado a *Billy Goat Gruff* —le dije.

Richard envolvió la toalla con más firmeza alrededor de su cabeza y se sentó en la cama.

—Exactamente —me contestó—. Nadie que realmente sepa algo sobre los duendes se le hubiera ocurrido lo de las cabras ya que ni siquiera los duendes europeos cazan cabras, prefieren cazar perros o conejos antes que cabras.

—¿Así que era una trampa? —pregunté.

—Sí, pero aún seguíamos con el apoyo de los periódicos, hasta que perros y gatos comenzaron a desaparecer también.

—Buscaron información sobre los duendes —le dije.

—No, simplemente escucharon la entrevista que dio Carrie sobre la preferencia de la alimentación de los duendes. Ella sólo quería aclarar que era imposible que un duende robara una cabra.

Llegué hasta los pies de la cama y me acuclillé a su lado.

—Pero no entiendo una cosa —le dije—, ¿por qué los policías locales estarían interesados en una guerra de tierras?

—Espera, se pone peor —me dijo.

Me senté en la cama a su lado, cogí el secador que estaba tirado en el suelo y lo acuné en mi regazo.

—¿Cómo peor?

—El cuerpo de un hombre fue encontrado hace dos semanas en el bosque, pertenecía a una excursión de escalada, resbaló por la montaña, esas cosas suceden —me dijo Richard sin mirarme a los ojos.

—Después de haber visto algunas de las montañas de por aquí no estoy sorprendida —le dije.

—Pero de alguna manera el cuerpo aparece como si hubiera sido atacado por un duende.

Yo le frunció el ceño.

—No es como una matanza de tiburones, Richard. ¿Cómo se sabe si lo hizo un duende?

—Después de ver el cuerpo queda claro que un duende no lo hizo —me dijo Richard.

Yo asentí.

—Imagino que no, pero ¿cuál es la prueba para saber si lo hizo o no lo hizo un duende? —pregunté.

—Carrie intentó conseguir el informe del forense en primero, pero este fue filtrado a la prensa en primer lugar. En este aparecía reflejado que el hombre había sido golpeado hasta la muerte y tenía mordeduras por todo el cuerpo, todo el mundo sabe que los duendes muerden. Su voz se iba haciendo más suave a cada palabra que decía.

Lo miré y sacudí la cabeza.

—Cualquier persona que muera en estas montañas va a tener mordeduras de animales, además los duendes son conocidos como carroñeros.

—No según el sheriff Wilkes —dijo Richard.

—¿Qué hace el sheriff involucrado en esto?

—Dinero —dijo Richard—. Hay mucho dinero detrás de esto.

—¿Lo sabes con seguridad? —pregunté.

—¿Quieres decir? ¿Qué si puedo probarlo?

Yo asentí.

—No, Carrie ha estado intentado encontrar cualquier papel que los involucre, cualquier pista que los inculpara a ellos y me sacara a mí de la cárcel, pero no ha encontrado nada.

—Esta Carrie es la misma que nombraste en la cárcel ¿verdad? —pregunté.

Richard asintió.

—Ah —fue lo único que conseguí decir.

—¿Acabas de decir, ah? —preguntó Richard.

—Sí, lo siento ¿pero qué mejor motivo que meter al novio de Carrie en la cárcel para persuadirla de que siga con la investigación y con el proyecto? —pregunté.

—Yo ya no soy su novio —me dijo.

Pasado, Richard habló en pasado, así que tal vez ya no fuera su novio, pero si lo había sido.

—¿La gente sabe que ya no son novios? ¿O es un conocimiento privado entre ustedes dos?

—No, imagino que la gente aún piensa que somos novios.

—Entonces, hay lo tienes, por eso fuiste a la cárcel, por eso fuiste acusado de violación y no de asesinato, porque por el momento el Sheriff no está dispuesto a matar.

—¿Crees que va a cambiar de opinión? —preguntó Richard, mientras me tocaba mi labio hinchado.

—No lo sé con certeza, pero por el momento ya ha empezado a subir el nivel de violencia.

Todo el cuerpo de Richard se inclinó hacia delante, hasta que sus dedos rozaron la contusión que tenía sobre un lado de la cara, su toque fue cuidadoso, cálido, como el de una mariposa.

—¿Esto te lo hizo Wilkes? —preguntó con la voz cargada de cólera.

Mi corazón comenzó a latir más rápido.

—No —le dije—, Wilkes es demasiado listo y cuidadoso, él apareció después de la pelea, para arrestar a los culpables.

Richard sonrió, con sus dedos acarició mi cara, me rozó los labios, más allá de las contusiones.

—¿Cuántos de ellos te hicieron daño, Anita?

Mi pulso latía cada vez más fuerte.

—Sólo uno —dije con la voz ahogada.

Richard se acercó más a mí, nuestros cuerpos casi se estaban rozando y

él aún mantenía su mano en mi cara, acariciando suavemente mi mejilla.

—¿Qué hiciste con él?

Yo estaba dudosa de apartarme de su mano o decirle que me tocara más fuerte, respiré profundamente y le miré a los ojos.

—Le rompí el brazo y la articulación de la rodilla.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó Richard.

—Él amenazó a Shang-Da yo intervine e intentó herirme con un cuchillo. —Mi voz sonaba entrecortada.

Richard se inclinó incluso más cerca de mí, si eso era posible, se quitó la ridícula toalla de la cabeza, dejando que su pelo callera en húmedos mechones contra su piel, levanté un poco la cara y sentí su boca tan cerca de la mía que podía sentir su aliento sobre mi piel.

Aún quedaba un poco de control sobre mí, me levanté lo más rápido que pude alejándome unos pasos de él, no me di cuenta de que tenía el secador en mi regazo y este cayó al suelo estrepitosamente.

Nos miramos fijamente, estudiándonos por unos segundos.

—¿Por qué huyes Anita? Puedo sentir tu deseo, olerlo, notar el sabor en mi lengua.

—Gracias por esa descripción, Richard.

—¿Todavía me quieres? Después de meses compartiendo su cama ¿Todavía me quieres? —preguntó Richard.

—Eso no lo hace correcto —dije, mi voz sonó más débil de lo que pretendía.

—¿Ahora eres leal a Jean-Claude? —preguntó, pude notar la risa en su voz.

—Sólo estoy tratando de no joder más las cosas, eso es todo —dije.

—¿A caso lamentas tu elección? —preguntó con sorna.

Sacudí la cabeza.

—Sin comentarios.

Se puso de pie en un sólo movimiento y se acercó a mí. Yo levante una mano y él se detuvo como sabría qué haría. El peso de su mirada me arrastraba con él, era casi palpable como si pudiera sentir lo que estaba pensando era demasiado personal e íntimo.

Necesitaba una distracción.

—El sheriff Wilkes me dejó claro que tenías que abandonar la ciudad, bueno en realidad que teníamos que abandonar la ciudad, antes de mañana por la noche, una vez que nos hayamos ido los cargos de violación

desaparecerán, todo será olvidado y podrás volver a tu vida normal.

—No puedo irme aunque quisiera Anita, he escuchado que va a ir a cazar a todos los duendes con armas de fuego, no puedo abandonar la ciudad hasta que sepa que ellos están seguros.

Suspiré.

—La escuela comienza en menos de dos semanas. ¿Te vas a quedar aquí y perder tu trabajo?

—¿De verdad crees que Wilkes va a tardar tanto tiempo en dar otro paso? —me preguntó Richard.

—No —le dije—. Imagino que él o sus hombres empezarán a matar primero, así que tenemos que averiguar porque para ellos es tan importante esta tierra.

—Si se trata de minerales, Greene no ha presentado el informe, lo que significa que no necesitan ni el permiso del gobierno ni el permiso de los socios.

—¿Qué quiere decir el permiso de los socios? —le pregunté intrigada.

—Si hubieran encontrado, por ejemplo, esmeraldas en las tierras que bordean el parque nacional, lo único que tendrían que hacer era reclamarlas y obtener un permiso para empezar a explotar el yacimiento, pero por el contario si hubieran encontrado, por ejemplo, plomo necesitarían tener socios ya que la extracción es mucho más dura y cara así que aparte del permiso tendrían que buscar socios para que colaboraren con la excavación —me explicó Richard.

—¿Desde cuándo estudias geología? —pregunté.

Él me sonrió.

—Hemos estado tratando de averiguar por qué esta tierra es tan valiosa para ellos, los minerales era lo que nos parecía más lógico.

Yo asentí.

—De acuerdo pero si no son minerales deberá ser algo privado que no quieren compartir ¿no?

—Exacto.

—Necesito hablar con Carrie y los otros biólogos —le dije.

—Mañana —me dijo.

—¿Por qué no esta noche? —pregunté.

—Creo recordar que dijiste que no querías tratar con ninguna mierda de lobo ¿no?

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunté.

—Significa que faltan cuatro noches para la luna llena y tú eres mi *lupa*.

—Sí, y yo he oído que has estado buscando a otras solicitantes para el trabajo —dije.

Él sonrió, casi con vergüenza.

—Puede que te resulte extraño, Anita, pero un montón de mujeres me encuentran atractivo.

No pude contenerme y resople.

—Sabes que no me resulta extraño —le dije.

—Pero todavía estás con Jean-Claude —respondió.

Sacudí la cabeza y retrocedí un paso.

—Me voy de aquí, Richard, sabes que estoy aquí tratando de evitar tu muerte o la de cualquiera de nosotros, pero no para tratar las cosas personales.

El dio varios pasos en mi dirección, tratando de cerrar la distancia entre nosotros, levanté las manos para evitar que se acercara más, pero éstas terminaron apretadas con su pecho desnudo. Bajo las palmas de mis manos notaba el ritmo acelerado de su corazón.

—No nos hagas esto, Richard —dije con cuidado, sin mirarle a la cara.

—He intentado odiarte pero no puedo.

Puso sus manos sobre las mías, aprontándome contra su suave pecho.

—Esfuérzate más —dije pero tan solo fue un susurro.

Se inclinó nuevamente sobre mí y yo me alejé un paso.

—Si no te secas el pelo vas a tener que mojártelo de nuevo —dije.

—Voy a correr el riesgo.

Me dijo suavemente mientras seguía avanzando hacia mí con sus labios entreabiertos.

Di otro paso hacia atrás alejándome de él, sabía que él simplemente me había dejado hacerlo, si hubiera puesto la menor resistencia no podría haberme movido medio centímetro.

Volví a retroceder hasta que choqué con la puerta.

—Deja de intentar amarme, Richard.

—He tratado de hacerlo.

—Entonces sólo deja de intentar hacerlo.

Estaba apoyada contra la puerta sin moverme busqué el picaporte para abrirla. Comencé a abrir la puerta, de repente él estaba allí sujetándola, intenté tirar varias veces y no conseguí moverla ni medio centímetro.

—¡Maldita sea, Richard, déjame irme! —grité.

—Creo que tienes más miedo de lo que me amas a mí de lo que amas a Jean-Claude, por lo menos sabes que con él no todo es amor.

Eso fue todo lo que dijo, encajó su cuerpo sobre el mío y dejé de tirar de la puerta.

—Sabes que no puedo amar a Jean-Claude cómo te amo a ti.

Mi voz apenas era un susurro.

Él sonrió.

—No te hagas el engreído —le recriminé—. Amo a Jean-Claude y también te amo a ti, pero el amor no es suficiente Richard, si fuera así yo no estaría con Jean-Claude ahora, estaría contigo, maldita sea —le miré a sus grandes ojos marrones—. Pero no estoy contigo —mi voz era casi una plegaria—. Aléjate de la maldita puerta Richard, déjame marcharme.

El me miró y dio un paso hacia atrás.

—El amor puede serlo todo, Anita. —Dio un paso atrás, con las manos a su lado—. El amor puede ser suficiente, Anita.

Sacudí lentamente la cabeza y salí de la cabaña. La oscuridad era espesa y tangible.

—La última vez que me escuchaste mataste por primera vez, sé que aún no te has recuperado de ello, mataste a Marcus por mí —le dije lentamente.

—Y nunca me perdonaré por eso —dijo.

Le miré y me reí, aunque no sonaba como una risa feliz.

—Pero por lo menos no te odias a ti mismo, yo soy el monstruo aquí, no tú.

Su hermoso rostro estaba de repente muy solemne.

—Hagas lo que hagas o vayas donde vayas, Anita, el monstruo aquí soy yo, por eso me dejaste.

Me quedé quieta al oír sus palabras, respiré profundamente y lo miré a los ojos.

—Creía que habías dicho que te dejé porque tenía miedo de lo mucho que te amaba.

Él pareció confundido durante un segundo, no sabiendo cómo responder a sus propias palabras, después de unos segundos me miró.

—¿Acaso sabes por qué me dejaste, Anita? —pregunto Richard.

Quise decirle que debido a que él se había comido a Marcus, pero no lo hice, las palabras se quedaron atascadas en mi garganta, yo ya no estaba con él y aun así me sentía culpable, culpable por hacerle daño.

—Me voy ahora a mi cabaña, Richard, no quiero seguir discutiendo este tema contigo.

—¿Acaso tienes miedo? —preguntó.

Sacudí la cabeza y respondí sin volverme:

—Frio.

Seguí caminando, sabiendo que él me estaba mirando. El aparcamiento estaba vacío. Yo no sabía dónde estaban Jamil y los demás pero tampoco me importaba, necesitaba unos minutos para mí.

Caminé por la suave oscuridad del verano. Miré hacia el cielo y pude contemplar las estrellas, un aullido rompió el silencio de la noche, provenía de los bosques, Richard había mencionado algo sobre la mierda lobuna, pero esta noche no iba a preocuparme sobre eso.



DIEZ

Me apoyé sobre la puerta de mi cuarto, cerrando los ojos y respirando el aire fresco de la habitación. Había ordenado que me encendieran el aire acondicionado mientras tuviera a dos huésped durmiendo conmigo.

Los dos enormes ataúdes se situaban en el centro de la habitación, entre la cama y una de las mesas. Los dos ataúdes estaban apoyados en el suelo, los dos muy juntos, no había espacio para estar repartiéndolos por la habitación y muy a mi pesar, estaban muy juntos de la cama.

Entré en la habitación y noté la bocanada de aire fresco, se agradecía ya que estábamos en pleno agosto y hacia demasiado calor.

Pero el tema del aire acondicionado no sólo era por el calor que hacía, puede que hubiera sido un poco egoísta al haber exigido que permaneciera todo el día encendido, pero en una habitación tan pequeña como esta, siendo un sistema cerrado y durmiendo al lado de dos vampiros, el espacio caliente tiende a oler.

El olor de los vampiros no era como el de un cadáver, pero tampoco era del todo agradable, me recordaba al olor de las serpientes, espeso, almizclado, sin duda alguna era un olor mucho más parecido al de los reptiles que al de los mamíferos.

¿Ni podía imaginarme como seria dormir al lado de uno? Abrí de par en par los ojos, la caballa estaba realmente oscura, a través de una de las ventanas entraba un poco de iluminación pero no lo suficiente para que fuera capaz de ver con claridad.

Caminé hacia el baño pasando entre los ataúdes y cerrando la puerta detrás de mí. La oscuridad era demasiado fuerte, casi podía palparla a mí alrededor, me estremecí y encendí la luz. Tardé unos segundos en acostumbrarme a la repentina claridad de la habitación, parpadeé un par de veces para controlar la humedad de mis ojos.

Me quedé petrificada cuando recuperé la visibilidad y me contemple en el espejo, hasta ahora no había tenido la oportunidad de mirarme en uno. Toda la parte izquierda de mi cara estaba amoratada y tenía el ojo izquierdo y el labio inferior bastante hinchados. Pase mi lengua por la sangre reseca de mi labio, noté un pequeño pinchazo sobre mi mejilla y me di cuenta de que aunque tenía una pinta espantosa, podría haber sido mucho peor, una oleada de miedo recorrió todo mi cuerpo de mis dedos de los pies a la parte superior de mi cabeza, fue una sensación tan brutal que casi hace que me desmaye.

Observé en el espejo como estaba empezando a curarme, estas lesiones tardarían semanas en curar pero al ritmo en que iban solo tardarían un día, dos como mucho. ¿Qué demonios me estaba pasando?

Sentía el peso de Damián arrastrarse sobre mi cuerpo, como pequeñas puñaladas, esa sensación me hizo tambalearme, tuve que sujetarme sobre el lavabo. Sabía que él tenía hambre, que él era capaz de sentirme cerca.

Yo había sido marcada como la sierva humana de Jean-Claude, estábamos unidos hasta la muerte, pero Damián era mío, había sucedido cuando lo había levantado del ataúd más de una vez durante el día, a él y a otro vampiro llamado Willie McCoy.

Una vez, hacía ya tiempo, un nigromante me había dicho que era posible hacerlo, ya que éramos capaces de atraer las almas de los zombis una vez que estas habían desaparecido del cuerpo, así que deduje que podría levantar a los vampiros una vez que sus almas hubieran abandonado el cuerpo, y eso sólo ocurría durante el día.

Ahora ni siquiera debatía la cuestión de los vampiros y sus almas, mi vida era lo bastante caótica sin entrar en discusiones religiosas, sabía que estaba retrasando lo inevitable puesto que me había quedado con Jean-Claude, algún día tendría que enfrentar el asunto, pero no sería esta noche.

Después de haber levantado un par de veces a Damián de su ataúd durante el día, se había forjado una especia de conexión entre nosotros, era complicado y no entendía por qué había sucedido tal cosa, pero tampoco tenía a nadie para pedir consejo, ya que era la primera nigromante en varios cientos de años que había logrado levantar a dos vampiros durante el día. Era algo que no me gustaba y me daba miedo, pero sabía que a Damián le gustaba menos que a mí. Francamente no le culpaba.

¿Asher se estaría despertando también? Me concentré en él, dejé que su poder fluyera sobre mí, lo sentí, estaba despierto y consciente de que yo estaba en la habitación. Asher era un vampiro maestro, no era tan poderoso como Jean-Claude, pero aun así, seguía siendo un vampiro maestro.

Era poderoso, al contrario que Damián, Asher había sentido mi presencia en la habitación en cambio Damián no lo hubiera notado a no ser por el vínculo que nos unía.

Había huido de la cabaña de Richard para tener unos minutos a solas, para poder pensar, pero era obvio que no lo había conseguido.

Abrí la puerta, la habitación seguía a oscuras, tuve que parpadear un par de veces para acostumbrar a mis ojos. Sentía la presencia de los dos vampiros en la habitación, encendí la luz para poder ubicarlos.

Asher levantó su mano hacia los ojos, para así poder protegerse de la luz, por el contrario Damián se quedó allí de pie, mirándome mientras parpadeaba efusivamente.

Damián era un pelirrojo de ojos verdes. Su cabello caí como una cortina de pelo rojo alrededor de toda su hermosa cara, el color era tan fuerte que parecía sangre derramada contra la seda verde de su camisa, esta era un tono más oscura que el color de sus ojos. Por el contrario Asher era un rubio de ojos azules, pero de nuevo, esa descripción no le hacía justicia. Su pelo de oro le caí en ondas hasta los hombros, los ojos eran de un azul tan pálido que parecían casi blancos, me recordaban al color de los ojos de los perros esquimales.

Llevaba una camisa blanca y unos pantalones color marrón de vestir, unos mocasines de cuero marrones del color del chocolate completaban su atuendo. Pasaba mucho tiempo alrededor de Asher y de Jean-Claude, el

primero era el más guapo de los dos.

—¿Dónde están tus guardaespaldas? —preguntó Asher.

—¿Mis guardaespaldas? ¿Te refieres a Jason y a los demás?

Asher asintió. Su cabello dorado cayó sobre la cara llena de cicatrices de su rostro. Era una vieja costumbre, siempre ocultaba sus cicatrices.

—No sé dónde están —le dije—. He estado hablando con Richard, supongo que han pensado que necesitábamos intimidad.

—¿Necesitabas privacidad con Richard? —preguntó Asher, me miraba fijamente, con la mitad de su rostro cubierto por el pelo y las sombras, no parecía muy feliz por alguna razón.

—No es asunto tuyo —le contesté a regañadientes.

Damián se sentó junto a la cama, pasó una delicada y blanca mano sobre la colcha y aspiró suavemente.

—Si has tenido sexo, no ha sido en esta cama.

Llegué a su lado mirándolo fijamente.

—Si un vampiro u otra cosa me dice que es capaz de oler el sexo, voy a gritar.

Damián no se movió, ni siquiera hizo una mueca, solo se quedó allí mirándome. Jean-Claude o hasta incluso Asher se hubieran reído o gastado una broma. Solo permaneció allí, sentado y contemplándome con esa mirada cargada de tristeza, adelanté un pasó y lo toqué suavemente sobre el hombro, para sorpresa mía, Damián se apartó violentamente retrocediendo sobre la cama, como si le hubiera golpeado o lastimado.

Yo me quedé allí, con mi mano colgando en el aire, desconcertada.

—¿Qué te pasa, Damián?

Asher se acercó lentamente a mí, apoyando sus manos sobre mis hombros.

—Damián tiene toda la razón, Anita. Lo que haces con el señor Zeeman es de mi incumbencia.

Coloqué mis manos sobre las suyas, entrelazando sus dedos entre los míos, recordé la sensación de su piel fría contra la mía. Me acerqué más a él y apoyé mi espalda contra él, cogí sus brazos y los envolví alrededor de mi cuerpo.

Me di cuenta de que no era lo suficientemente alta, los brazos de Asher no encajaban sobre mí como en el recuerdo, no era mi memoria sino la de Jean-Claude, ellos habían sido compañeros durante más de veinte años.

Le pasé mis manos sobre él, deslizando los dedos para entrelazarlos con

los suyos. Me acordé de la sensación de su piel.

Suspiré y comencé a alejarme de él.

Pero Asher me agarró y me mantuvo cerca de él, apoyando su barbilla sobre mi cabeza.

—Lo que necesitas Anita, es el consuelo de unos brazos donde no te sientas amenazada.

Me apoyé en él cerrando los ojos, durante unos minutos dejé que me sostuviese.

—La única razón de que me sienta tan a gusto es porque estoy recordando otra clase de placer —dije después de un momento.

Asher besó suavemente la parte superior de mi cabeza.

—Porque me ves a través de la nostalgia, de los recuerdos de Jean-Claude, tú eres la única mujer en más de doscientos años que no me trata como un fenómeno de circo.

Incliné mi rostro hacia la curva de su brazo.

—Eres devastadoramente guapo, Asher.

Me alisó suavemente el pelo de la mejilla golpeada.

—A ti tal vez te lo parezca, Anita.

Se inclinó sobre mí y puso el más suave de los besos en mi mejilla.

Me aparté de él, suavemente, casi a regañadientes. Asher no trató de retenerme, giré hacia él y vi como estaba contemplándome.

—Si no supiera que hay ya dos hombres en tu vida, sólo la forma en la que me miras sería suficiente para mí —dijo Asher.

Suspiré.

—Lo siento, Asher no me gusta que me toquen. Simplemente… no sé… —no sabía cómo describirlo y él se dio cuenta.

—Me tratas como a un antiguo amante —me dijo Asher—. Te relajas y me tocas como si ya me hubieras tocado antes, pero para ti siempre es la primera vez. No te disculpes por eso, Anita. Me gusta. Nadie más me toca tan libremente.

—Es a causa de los recuerdos de Jean-Claude —le dije—. Es a causa de su voluntad.

Asher sonrió y fue casi doloroso.

—Él es fiel tanto a ti como al señor Zeeman.

—¿Te ha rechazado? —pregunté y después que la última vocal saliera de mi boca me arrepentí.

A Asher se le iluminó la sonrisa.

—Si no eres capaz de compartirlo con otra mujer, ¿serías capaz de compartirlo con otro hombre? —preguntó Asher.

Pensé en sus palabras durante unos segundos.

—Creo que no sería capaz —dije frunciendo el ceño—. ¿Porque me siento como si tuviera que pedir perdón por ello? —pregunté.

—Es porque tú compartes los recuerdos que Jean-Claude tiene sobre nosotros, sobre lo que vivimos juntos con Juliana, sabes que fuimos un *ménage à trois* muy feliz durante los años que duró.

Juliana había sido la siervo humana de Asher, las mismas personas que habían marcado a Asher la habían quemado en la hoguera, como a una bruja. Jean-Claude no pudo salvarlos a los dos y creía que ninguno de los dos, tanto Asher como el propio Jean-Claude aún no habían olvidado ese descuido.

Damián se movió, se me había olvidado que también estaba en la habitación:

—Siento interrumpir, pero con su permiso voy a cenar —estaba junto a la puerta, con los brazos a su alrededor.

—¿Quieres que abra la puerta y grite pidiendo la cena? —pregunté.

—Quiero permiso para ir a alimentarme —contestó.

Le fruncí el ceño.

—Vete a buscar a un donante, pero recuerda que sólo de nuestro pueblo, ya que no se nos permite cazar aquí.

Damián asintió con la cabeza.

—No voy a cazar.

—Bien —dije.

Dudó, con la mano en el picaporte. Estaba de espaldas a mí, pero su voz fue baja.

—¿Puedo ir entonces a alimentarme?

Miré a Asher.

—¿Está hablando contigo?

Asher sacudió la cabeza.

—Creo que no.

—Claro, sírvete tú mismo.

Damián abrió la puerta y salió al exterior. Dejó la puerta entreabierta.

—¿Cuál es su problema últimamente? —pregunté a Asher.

—Creo que él debe responder a esa pregunta —contestó secamente.

Me di la vuelta y lo miré.

—¿Significa eso que me va a contestar o que no lo va a hacer?

Asher sonrió, dando la sensación de que sus cicatrices crecían. Asher había estado consultando a varios médicos de cirugía plástica, quería recuperar su rostro, nunca nadie había hecho una operación semejante, intentar curar las cicatrices producidas por agua bendita a un vampiro, pero los médicos tenían esperanzas, Asher por el contrario quería ser prudente, pero aún faltaban meses para la operación.

—Esto significa, Anita, que algunos miedos son muy personales.

—¿Estás diciendo que Damián me tiene miedo?

No traté de ocultar el asombro de mi voz.

—Yo estoy diciendo que debes de hablar directamente con él si quieres obtener las respuestas.

Suspiré.

—Genial, justo lo que necesito. Otro hombre complicado en mi vida.

Asher se rió, su risa me acarició todo el cuerpo, el único otro vampiro que era capaz de hacerme algo así era Jean-Claude.

—Para —le dije.

Me miró.

—Mis más sinceras disculpas.

—Mentiroso —le dije—. Ve a buscar la cena. Creo que los lobos están planeando algún tipo de fiesta o ceremonia.

—Alguno de nosotros tiene que estar a tu alrededor siempre, Anita.

—He oído el ultimátum de Jean-Claude. —Lo miré y no pude evitar la sorpresa de mi rostro—. ¿Crees que realmente te mataría si me pasara algo? —pregunté asombrada aún.

Asher sólo me miró con sus ojos pálidos.

—Tu vida significa más para él que la mía, Anita. Si no, estaría en mi cama y no en la tuya.

Tenía un punto, pero…

—No sólo te mataría a ti, sino que con tu muerte destruiría algo de su interior.

—Pero lo haría —dijo Asher.

—¿Por qué? ¿Simplemente porque él dijo que lo haría?

—No, siempre estoy preguntándole si me dejaría matarte, por su fallo a la hora de proteger a Juliana.

Oh. Abrí la boca para decir algo pero sonó el teléfono. La voz de Daniel sonaba baja y llena de pánico, respaldada por la música country.

—Anita, estamos en el Vaquero Feliz en la carretera principal. ¿Puedes venir?

—¿Qué pasa, Daniel?

—Mamá siguió hasta aquí a la mujer que acusó a Richard. Ella está decidida a obligarla a decir la verdad.

—¿Están luchando todavía? —pregunté.

—No escuchas los gritos —preguntó.

—Tú eres mucho más grande y alto que ella, lo único que tienes que hacer es cargarla sobre un hombro y sacarla de allí.

—Ella es mi madre. Yo no puedo hacer eso.

—Mierda —le dije.

—¿Qué está pasando? —preguntó Asher.

Sacudí la cabeza.

—Estaré allí, Daniel, pero estás siendo un cobarde.

—Prefiero pegarme con cada tipo que hay en la barra antes que con mi madre —dijo.

—Si se hace una escena lo suficientemente grande, puedes recibir tu oportunidad.

Me colgó.

—No puedo creer esto.

—¿Qué? —preguntó de nuevo Asher.

Le expliqué a Asher lo más rápido que pude sobre el asunto de la Sra. Zeeman y la mujer que había acusado a Richard. Iba a cambiarme de camisa, ir por ahí con la cara destrozada y la camisa llena de sangre no era una buena opción, pero no teníamos tiempo para trivialidades.



ONCE

Tanto Richard como yo estábamos en peligro, él insistió en venir conmigo, pero me juró que se quedaría en el coche pasara lo que pasase.

Shang-Da, Jamil y Jason vinieron también con nosotros, más que para protegerme o ayudarme a sacar a la Sra. Zemman del bar, para encargarse de que Richard no se moviera del coche, aunque no estaba muy segura si llegado el caso Richard escuchara a nadie, aunque fuera por su propio bien. Era todo lo que podía hacer y había noches en que eso era suficiente.

El Vaquero Feliz, así era como se llamaba el bar, y era uno de los peores nombres que había escuchado en mi vida, estaba situado en la carretera principal, era un edificio de dos pisos que intentaba parecerse a una cabaña de troncos, pero no lo habían conseguido.

Tenían un letrero de neón, la imagen era de un vaquero montando un caballo, las luces parpadeaban y daban la sensación de que tanto el caballo como el jinete se movían. Me fijé en el cartel de neón, el jinete no parecía

realmente feliz de montar a caballo, pero tal vez sólo era mi imaginación, ya que no estaba nada feliz de encontrarme aquí.

Richard había insistido en llevar su 4x4, se había secado el pelo por completo, daba la sensación de ser una gruesa capa ondulada alrededor de su cara y de sus hombros. Parecía tan suave que deseaba tocarlo. Se había puesto una camiseta verde clara y unas deportivas blancas.

Tanto Jamil como Shang-Da viajaban en la parte posterior del coche.

Jamil vestía de la misma forma que lo había visto al llegar a las cabañas, con su destrozada camiseta, siempre sonriente, por el contrario Shang-Da se había cambiado totalmente de ropa. Vestía todo de negro, los zapatos negro, pantalones de vestir negros, la camiseta de seda y una chaqueta de corte sastre también negra. Parecía relajado y totalmente agosto con su nuevo uniforme.

También se vería completamente fuera de lugar en el Vaquero feliz, un enorme chino todo vestido de negro, como traído del infierno.

Por eso Jason también estaba con nosotros, aún en su estupendo traje azul, Nathaniel había insistido en venir pero aún no tenía la edad suficiente para entrar en un bar.

—Si no has vuelto aquí antes de quince minutos iremos por ti —dijo Richard.

—Treinta minutos —dije. No lo quería cerca de la Sra. Betty Schaffer.

—Quince —dijo con una voz muy tranquila, baja y grave. Yo sabía por el tono de voz que no iba a conseguir nada más.

—Está bien Richard, pero quiero que recuerdes que si esta noche vuelves a la cárcel, puede que no lo hagas sólo y te acompañe tu madre.

Sus ojos se agrandaron por la sorpresa y el miedo.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Qué crees que hará Charlotte si ve cómo se llevan a su niño arrastras a la cárcel?

Él pensó en mis palabras durante unos segundos, luego bajó la cabeza.

—Se culparía ella para salvarme a mí.

—Exactamente —dije.

Levantó la cara y me miró.

—Voy a hacerte caso por ella.

Le sonreí.

—Yo sabía que me ibas a hacer caso.

Me bajé del coche antes de que pudiera decir algo más.

Jasón salió del coche detrás de mí y pronto se puso a mi lado, caminábamos juntos, mientras nos acercábamos a la puerta se ajustó el nudo de la corbata y se abrochó el primer botón de la chaqueta.

Delante de la puerta había un enorme y musculoso hombre, vestido con unos vaqueros y una ajustada camiseta sin mangas.

Entramos al bar, una bocanada de aire caliente me golpeó en la cara. Había una pequeña plataforma al entrar al bar antes de sumergirme con la multitud de cuerpos que se contorneaban al son de la música, Jason y yo nos situamos sobre ella para encontrar a Daniel, no me preocupé en buscar a Charlotte ya que era incluso unos centímetros más baja que yo, en cambio su hijo medía casi dos metros y siempre destacaba entre la gente.

Finalmente lo encontré situado junto a la barra, me estaba mirando y saludando con la mano. Se había recogido su largo pelo en una coleta apretada contra la nuca, daba la sensación de que era un hombre de pelo corto, por eso me había costado encontrarlo.

Realmente Daniel se parecía a su hermano, tenían el mismo corte de pelo aunque el color de Daniel era más oscuro, tenían también en común el mismo tono bronceado de piel, la misma forma de la cara con sus pómulos esculpidos, incluso tenían el mismo hoyuelo en la barbilla.

Tanto los hombros como el pecho de Richard eran más amplios que los de su hermano, más imponentes desde mi punto de vista, pero por lo demás tenían el mismo aire familiar, era casi aterrador.

Todos los hombres Zeeman tenían casi la misma apariencia, los dos hermanos mayores tenían el pelo más clarito y el Sr. Zeeman tenía las canas de la edad, pero por lo demás los cinco hombres Zeeman encerrados en una misma habitación eran un tratamiento de testosterona.

Daniel me señaló con un golpe de cabeza hacia donde está su madre, Charlotte Zeeman tenía el pelo rubio y corto, pero a ella le quedaba muy bien, tan bien que parecía tener diez años menos de los que yo sabía que tenía. Vestía un traje de color amarillo lima y se encontraba apuntando con su dedo en el pecho de una mujer joven, la chica también era rubia pero en este caso mucho más alta que Charlotte.

Comencé a descender entre la multitud para llegar hasta donde estaban situadas las dos mujeres, Betty Schaffer, la mujer que acusó a Richard de violación tenía una melena de pelo rizado rubio pero yo sospechaba que ni el color ni el rizo eran naturales.

Había tanta gente en el local que era asfixiante estar allí dentro, era

imposible hacerse un hueco para poder pasar entre la multitud así que a mitad del camino me cansé de pedir permiso y comencé a golpear a la gente para que se apartara.

Noté como una mano se apoyaba en mi hombro haciéndome detenerme, me di la vuelta y vi a un alto hombre con camisa de cuadros.

—¿Puedo invitarla a una copa, señorita?

Me giré y vi a Jason a mi espalda, le tendí la mano y él me sonrió, volví a girarme y me enfrente al hombre.

—Lo siento, pero ya estoy acompañada.

Ese fue uno de los motivos porque había hecho venir a Jason conmigo, no tenía tiempo para dar excusas o partir la cara a ningún hombre.

El hombre miró de abajo a arriba a Jason, dando una demostración de su altura.

—¿No quieres algo un poco más grande? —preguntó.

—Me gustan los bajos —le dije, con mi cara muy seria—, el sexo oral con ellos es más fácil.

Lo dejé sin habla, por el contrario Jason se reía tan fuerte que tuve miedo a que se callera.

Comenzó a andar con su mano aun sujetando la mía, ese simple detalle, hizo que ningún otro hombre del bar se acercara a mí. Bien por ellos. La gente se estaba colocando alrededor de ellas, formando un semicírculo, la discusión entre Charlotte y Betty se había intensificado.

Daniel se había situado detrás de su madre, colocándole las manos encima de sus hombros, tratando de hacerla retroceder pero ella lo había sacudido con violencia y más bien lo ignoró.

Charlotte se acercó aún más a la mujer y levantó el rostro en su dirección. Yo estaba lo bastante cerca para escuchar alguna de las palabras que salieron de la boca de Charlotte.

—liar… puta… a mi hijo… violador.

La música atronaba en el local y Charlotte tenía realmente que gritar.

Betty era realmente alta y aun así usaba botas de tacón, llevaba unos pantalones vaqueros ajustados, muy ajustados y una blusa con un escote en V que llegaba hasta el diafragma, no llevaba sujetador, eso era obvio. Parecía una puta en vaqueros y Richard había salido con ella, eso me hizo pensar mal sobre él.

Dos tipos enormes con la misma camiseta que el hombre de la puerta se estaban acercando, creo que estaban realmente sorprendidos por la fiereza

de Charlotte ya que la otra mujer le sacaba más de una cabeza en altura.

Mientras me acercaba escuchaba gritar a Betty.

—Él lo hizo… violador… hijo de puta…

Solté la mano de Jason y me apresuré a su lado, las dos mujeres me miraron con sorpresa, los ojos de color miel de Charlotte se agrandaron.

—Anita —dijo.

Ella parecía realmente sorprendida, como si nadie la hubiera informado de que yo estaba en la ciudad.

Le sonreí y me acerqué a ella todo lo que pude, coloqué mis labios sobre su oído y le hablé.

—¿Podemos hablar fuera, Charlotte?

Sacudió la cabeza.

—Esta es la puta que ha mentido acerca de Richard —dijo con su voz teñida por el odio.

Asentí.

—Lo sé… pero de todas formas vamos fuera.

Charlotte volvió a sacudir la cabeza.

—Yo no me muevo de aquí hasta que esta puta diga la verdad acerca de Richard, él no lo hizo.

Tuve que respirar un par de veces antes de volver a hablar, estábamos casi gritando y lo que menos quería era llamar la atención.

—Por supuesto que no lo hizo… eso lo sé, el agua es húmeda, el cielo azul y Richard no es un violador.

Durante unos segundos Charlotte me estudió con la mirada.

—Tú crees en él, ¿verdad?

Volví a asentir.

—Claro que sí, he conseguido que salga bajo fianza, él está esperando fuera.

Sus ojos se ampliaron con la noticia, pero luego sonrió y fue una de esas dulces y cálidas sonrisas que te llegan hasta la punta de los pies, Charlotte era así, cuando ella estaba feliz… bueno todo el mundo a su alrededor era feliz y cuando ella no era feliz… bueno eso también se notaba.

Me grito en el oído.

—Vamos fuera, quiero ver a Richard.

Me giré y vi a la multitud rodeándome, escuché un grito, cuando me giré vi a Betty Schaffer venir corriendo hacia Charlotte, llevaba en la mano

la botella de una cerveza, intentó golpear a Charlotte con ella, pero fue más rápida y esquivó el golpe mientras ella le daba un puñetazo con el puño cerrado.

Betty de pronto estaba con el culo en el suelo parpadeando hacia nosotras. Los de seguridad se pusieron en movimiento y venían en nuestra dirección, Charlotte adelantó un pie para enfrentarse a ellos, yo no tenía tanta paciencia para eso, cogí a Charlotte y la cargué sobre mi hombro.

Pesaba más de lo que parecía y además no paraba de patalear y dar puñetazos al aire, yo no quería hacerle daño pero tampoco iba a dejar que me golpeara.

Demasiado tarde, antes de que pudiera evitarlo Charlotte me golpeó en una rodilla y las dos caímos al suelo, Daniel vino corriendo para ayudar a levantarla.

La banda había dejado de tocar y todo el mundo nos observaba. Se levantó y yo conocía sus intenciones, antes de que diera un sólo paso hable.

—Puedes salir de aquí por tu propio pie o hacerlo inconsciente Charlotte, pero de todos modos te voy a sacar de aquí.

Me acerqué a ella con cuidado, con la patada en la rodilla había tenido suficiente, y le hable al oído.

—Richard está ahí fuera, sabe que tú estás buscando a Betty y si escucha mucho jaleo se va a acercar a ver qué es lo que está pasando y si te ve en peligro peleándote con ella o con los de seguridad se va a acercar a defenderte y sabes lo que pasa si la policía lo encuentra por aquí, cerca de la mujer lo van a volver a encerrar.

En realidad Richard ya estaba fuera de la cárcel y era un ciudadano libre así que tendría la libertad de entrar en el bar y en cualquier lado aunque estuviera la señorita Betty, pero apostaba a que Charlotte no lo sabía y no haría nada que pusiera en peligro a su niño.

Asintió con la cabeza y salimos del local, cuando atravesábamos la puerta uno de los guardias de seguridad me miró.

—Ella no puede volver aquí —dijo.

Charlotte abrió la boca para decir algo pero yo le tapé la boca.

—No se preocupe, no lo hará —dije por ella.

Miró a Charlotte pero asintió con la cabeza.

Cuando llegamos al aparcamiento fuera de la mirada de los hombres de seguridad ella se dio la vuelta y me miró fijamente.

—Que sea la última vez que pones una mano sobre mí, ¿entendido? —

me dijo con la voz cargada de ira.

—Si te comportaras como la madre de Richard en vez de como su novia indignada yo no te tocaría —dije.

—¿Cómo te atreves? —Ella dio un paso en mi dirección para enfrentarse a mí pero yo retrocedí, no era miedo, sino que no quería enfrentarme a la madre de Richard en el estacionamiento de un bar—. Si alguien debería de enfrentarse a la mierda de la Sra. Peróxido Rubio, debo de ser yo, nadie más —siguió diciendo ella. Vi como la cordura volvía a sus ojos, respiro profundamente varias veces y me miró.

Cuando volvió a hablar estaba más calmada.

—Sé que ya no sales con mi hijo Anita, ¿Por qué estás aquí entonces? ¿Por qué te preocupa lo que le pase? —preguntó.

—Se trata de los sesenta y cuatro mil dólares ¿no? —pregunté.

Charlotte me sonrió de repente.

—Sabía que no podrías resistirte a mi hijo, nadie lo hace.

—Si guarda todo lo que deja a la vista, podría —dije yo.

Ella frunció el ceño y antes de que pudiera hablar una voz nos interrumpió.

—Y yo no puedo creer que alguna vez saliéramos —dijo Richard, que se encontraba caminando hacia nosotras.

Charlotte lo miró.

—Y yo no puedo creer que salieras con esa mujer, es una puta —dijo bruscamente a su hijo.

Richard parecía avergonzado, más de lo que nunca lo había visto en todo el tiempo en el que salimos.

—Yo sé lo que es —le contestó a su madre.

—¿Acaso has tenido relaciones sexuales con ella, Richard? —le recriminó Charlotte.

—Madre.

—Nada de madre, Richard Alarico Zeeman, respóndeme a la pregunta.

—¿Alarico? —pregunté perpleja.

Richard me miró con el ceño fruncido, luego se volvió hacia su madre.

—No, nunca me acosté con Betty.

Estaba diciendo que nunca había tenido relaciones sexuales con ella. Charlotte lo llevaría a decir que no es necesario que haya sexo en todas las veces que había sucedido, al igual que yo pensaba. Me acordé lo que Jamil había dicho acerca de las alternativas, pero me quedé callada. No quería

molestar a Charlotte, y tampoco quiero saberlo.

—Bueno, al menos, muestras mejor sentido —dijo Charlotte.

Ella se acercó a él y le alisó la parte delantera de su camiseta, y luego bajó la cabeza, me di cuenta que estaba llorando.

No podía estar más sorprendida si lo hubiera golpeado, quizás menos. Toda la cara de Richard estaba arrugada en líneas indefensas. Me miró buscando ayuda. Sacudí la cabeza. No estaba mejor alrededor de la mujer llorando.

Se abrazó a él. Oí murmurar:

—Estaba tan preocupada por ti mientras estuviste en esa terrible cárcel.

Me alejé de ellos, y Daniel se unió a mí. Él no parecía muy dispuesto a unirse a ellos, tampoco. Por supuesto, Charlotte no tenía que llorar para atemorizar a Daniel.

—Gracias, Anita —dijo.

Lo miré. Llevaba una camiseta roja, se parecía a una que Richard tenía. Por todo lo que sabía, era la misma. Daniel era bronceado, guapo y muy adulto.

—Estás seguro alrededor de todo el mundo, pero tus padres. ¿Por qué es así?

Se encogió de hombros.

—¿No son todos así?

Sacudí la cabeza.

—No.

Jason se acercó a nuestro lado. Hizo eco de mí:

—No.

Luego se echó a reír.

—Por supuesto, mi madre nunca se habría metido en una pelea en un bar, no importa lo que haya hecho. Ella es demasiado… decorosa.

—Decorosa —dije.

—Mi compañero de habitación tenía un calendario de «La palabra del día» —dijo Jason.

—Has estado leyendo de nuevo —dije.

Bajó la cabeza, mirando desconcertado, entonces rodó los ojos y me dio una sonrisa. Fue una mezcla entre vergüenza y coquetería absoluta, me hizo reír.

—Yo no puedo donar sangre y tener relaciones sexuales veinticuatro horas al día. No hay televisión en el Circo de los Malditos.

—¿No la hay? —pregunté.

—Todavía leo, pero no se lo digas a nadie.

Le puse un brazo sobre los hombros.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

Daniel puso su brazo alrededor de Jason desde el otro lado y dijo:

—Ni una palabra al respecto.

Caminamos hacia la 4X4, cogidos del brazo.

—Si Anita estuviera en el medio, esto sería perfecto —dijo Jason.

Daniel se detuvo en seco, mirando a Jason. Me aparté de los dos.

—No sabes cuándo parar, ¿verdad, Jason?

Sacudió la cabeza.

—No.

Richard se acercó a nosotros. Él envió a Daniel con su madre, y Daniel no discutió con la orden. Él envió a Jason al coche, y Jason no discutió. De repente me quedé mirando su cara seria, me pregunté cuáles serían mis órdenes, y apuesto a que discutiríamos por ello.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Voy a tener que ir con Daniel y mi madre para calmarla.

—Escucho —le dije.

Él sonrió.

—Pero hay una ceremonia que reunirá esta noche a mi *lupa*. Es habitual antes de que las dos manadas compartan una luna llena que te presentes formalmente.

—¿Cómo formalmente? —pregunté—. No hice la maleta con ropa formal.

La sonrisa se amplió, en esa sonrisa maravillosa igual a la de su madre. Tenía el mismo buen humor que ella. Contagioso.

—No me refiero a ese tipo de formalidad, Anita. Es decir, hay ritos a los que debes prestar atención.

—Ritos, ¿cómo qué? —pregunté. Sonaba sospechoso, incluso para mí.

Él me abrazó, de forma espontánea, no como novios, fue sólo un abrazo, feliz de verte.

—Te he echado de menos, Anita.

Me aparté de él.

—Haces un comentario sospechoso y dices que me echas de menos. No lo entiendo, Richard.

—Te amo toda, Anita, incluso las partes sospechosas.

Sacudí la cabeza.

—Detén el ejercicio, Richard. Ritos ¿Qué?

La sonrisa se desvaneció, el buen humor murió en sus ojos. Parecía triste y de repente lo quería de vuelta, que sonriera de nuevo. Pero no lo hice. No éramos novios, y había estado saliendo con la señorita Schaffer, la prostituta vaquera. No lo entendía en absoluto. Ella me desconcertó aún más que Lucy.

—Tengo que ir con mi madre por un tiempo. Jamil y Shang-Da pueden explicarte lo que tiene que hacer esta noche mi *lupa*.

Sacudí la cabeza.

—Uno de los guardaespaldas se queda contigo, Richard. No me importa cuál, pero no vas a andar solo.

—Mamá no va a entender que alguien que no es familia me acompañe —dijo Richard.

—No me vengas con lo de niño de mamá, Richard. Ya he tenido suficiente de Daniel por una noche. Explícalo como quieras, pero no nos vamos de aquí sin reserva.

Fijó la mirada en mí, y su hermoso rostro era serio, arrogante.

—Soy el *Ulfric*, Anita. No tú.

—Sí, eres el *Ulfric*, Richard. Tú estás a cargo, castígame, haz un buen trabajo de ello.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Esto significa que si los malos te encuentran solo esta noche, no podré esperar para saber si te vas mañana. Uno de ellos podría estar un poco ansioso y tratar de hacerte daño.

—Si las balas no son de plata, no pueden matarme.

—¿Y cómo vas a explicarle a tu madre que has sobrevivido a un disparo de escopeta en el pecho? —pregunté.

Él la miró a ella y a Daniel.

—Te corta hasta los huesos, ¿no? —dije.

—No pierdes tiempo —dijo.

Se volvió hacia mí. La ira había oscurecido sus ojos, mermando, por su rostro.

—Te amo, Anita, pero a veces no me gustas mucho.

—No soy yo quien no te gusta, Richard, no es este tema. Estás aterrorizado que si tu querida madre descubre que eres un cambiaformas, ella pensará que eres un monstruo.

—No digas eso.

—Lo siento —dije—. Pero es la verdad. Creo que subestimas a Charlotte. Eres su hijo, y ella te ama.

Sacudió la cabeza.

—No quiero saberlo.

—Bien, pero elige un guardaespaldas. ¿Por qué no decirle a tu mamá que está acompañándote en caso de que la policía trate de crear problemas? Es la verdad.

—En lo que va —dijo Richard.

—Las mejores mentiras son siempre por lo menos parcialmente ciertas, Richard.

—Estás mucho mejor en la mentira que yo —dijo.

Busqué la ira en sus palabras, pero no había nada. De hecho era sólo una declaración, sus ojos se volvieron vacíos y tristes. Estaba cansada de pedir disculpas, por lo que no lo hice.

—¿Quieres tomar tu coche? Yo puedo manejar la 4X4 de vuelta a las cabañas.

Él asintió.

—Me llevo a Shang-Da conmigo. No le gustas mucho.

—Pensé que podría haberse molestado conmigo desde la lucha de esta tarde —dije.

—Él todavía piensa que me traicionaste —dijo Richard.

Yo ni siquiera intentaba tocar el tema.

—Bien, voy a llevarme a Jason y a Jamil conmigo. Pueden darme lecciones de etiqueta de hombre lobo.

—Jason no será de mucha ayuda. Nunca ha sido saludable para la manada.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunté.

—Esto significa que, porque nuestra antigua *lupa* fue una perra sádica, todos teníamos miedo unos de otros. Una manada normal es mucho más sentimental, más informal con los demás.

—¿Cómo sensibles? —pregunté.

Él sonrió, casi con tristeza.

—Habla con Jamil. Te va a enseñar y Jason, también. —Parecía pensar en eso.

—¿Qué pasa con los wereleopardos, y los vampiros?

—Ya hablé con Verne. Ellos son nuestros invitados esta noche.

—Una gran familia feliz —le dije.

Richard me miró. Fue una mirada larga y pensativa. Me costó mucho para cumplir con sus ojos y no flaquear.

—Podría ser, Anita, realmente podría ser.

Con esto, se volvió y se acercó hasta su madre y a su hermano. Lo vi pasar y no estaba segura de qué hacer con su último comentario. Me preguntaba por qué me aguanta, pero después de reunirse con su madre, lo sabía.

Me había llevado tres cenas de domingo para comprender por qué Charlotte y yo estábamos en perfecto acuerdo en los extremos opuestos de cualquier discusión. Somos muy parecidas. Una familia, como una manada, sólo que no puede tener tantas versiones alfa o lágrimas de diferencia.

Sólo el hermano de Richard, Glenn, está casado y su esposa y el culo de Charlotte les calienta sus cabezas constantemente. Aarón es viudo. Me han dicho que las peleas entre Charlotte y su difunta esposa fueron legendarias. Todos habían salido de casa y se casaron como mamá dijo. La esposa de Glenn, llena de sangre Navajo, era pequeña, y dura. Los hombres Zeeman parecían tener una debilidad por las mujeres pequeñas y duras.

Beverly, la única mujer y la mayor, fue maravillosamente dominante. Ella y Charlotte casi no sobrevivían sus años de adolescencia, de acuerdo con Glenn y Aarón. Bev se había establecido en la universidad, se casó y estaba embarazada de su quinto hijo. Tenía cuatro hijos y una vez más estaba buscando una niña.

Había prestado mucha atención a la familia de Richard, porque creía que iban a ser mis suegros. No parece probable que esto ocurra ahora. Oh, bien. Tuve bastantes problemas con mi propia familia. ¿Quién necesita una segunda?



DOCE

Todo el mundo estaba en mi habitación dándome lecciones de etiqueta para la ceremonia de esta noche. Me senté en el borde de la cama con Cherry a mi lado. Se había quitado su maquillaje negro, y su rostro estaba pálido y joven, sus mejillas estaban llenas de pecas, parecían puntos de oro. Tenemos la misma edad, veinticinco años, pero sin maquillaje, ella se veía más joven, inocente. La ropa limpia le daba esa ilusión. Había cambiado su ropa por un par de jeans desteñidos y una enorme camiseta. Ropa que no le importaría llevar a un Cambiaformas con la luna llena tan cerca, a veces se dejan llevar y cambian. Así me han dicho y así lo he visto.

Zane estaba apoyado en la pared del fondo, vestido sólo con un par de jeans desgastados y con agujeros en las rodillas. Llevaba un anillo en el pezón. Destacaba mucho sobre su pecho desnudo.

Jason llevaba pantalones cortos, parece que antes eran un par de pantalones vaqueros. Los bordes eran irregulares, parecía que los hubiese

puesto así a propósito y un par de zapatos deportivos viejos, sin calcetines. Estaba acostado sobre su estómago, mirándonos con la barbilla apoyada sobre una de mis almohadas, con las rodillas dobladas y los pies pataleando el aire lentamente mientras escuchaba a Jamil.

Jamil se paseaba por delante de nosotros aún con su camisa rota. No llevaba zapatos, los había dejado en la puerta y sus pies se veían oscuros. Incluso con sólo caminar despedía energía. La luna llena estaba cerca, y la energía era fácil de sentir.

Tratamos de incluir a Nathaniel en la reunión, pero no pudimos encontrarlo. Eso no me gustó. Había pedido que lo buscaran, pero Zane lo vio irse con una de los lobos hembra. Lo que daba a entender que buscaba sexo. Así pues, no lo busqué, pero no estaba feliz por eso. Ni siquiera estaba segura de porque no estaba contenta.

Nathaniel necesita seguir algunas normas, porque es mío. Nadie había conocido a una *lupa* que también fuese *Nimir-ra* leopardo, Verne había decidido que los leopardos se incluyeran porque son míos. Por lo que necesitaban escuchar la charla. Había enviado a Damián y a Asher a buscar a Nathaniel. Nadie en la manada de Verne esperaba que los vampiros fuesen parte de mis acompañantes. De hecho, había solicitado que no se tocara a ninguno de los hombres lobos a menos que se ofrecieran.

Sólo éramos cuatro los que estábamos escuchando la charla de Jamil.

Jamil se detuvo delante de mí.

—Levántate.

Parecía una orden, no me gustó, pero me levanté mirándolo.

—Richard dice que tienes una licenciatura en biología.

No era la pregunta que estaba esperando, pero asentí.

—Sí, Biología sobrenatural.

—¿Cuánto sabes acerca de los lobos naturales?

—He estado leyendo Mech —dije.

Los ojos de Jamil se agrandaron un poco.

—¿L. David Mech?

—Sí, pareces sorprendido. Él es uno de las principales autoridades en el estudio del comportamiento de los lobos.

—¿Por qué lo has estado leyendo? —preguntó Jamil.

Encogí mis hombros.

—Soy la *lupa* de una manada de hombres lobos, pero no soy un licántropo. No hay libros sobre hombres-lobos, así que lo mejor que podía

hacer era leer investigaciones de lobos naturales.

—¿Qué más has leído? —preguntó.

—De los lobos y los hombres, por Barry Holstun López. Y algunos otros libros, pero esos fueron los mejores que encontré.

Jamil sonrió, dejando al descubierto sus dientes.

—Acabas de hacer mi trabajo mucho más fácil.

Fruncí el ceño.

—El saludo amistoso formal entre un lobo y otro. Es pasar la nariz por este punto —me tocó el pelo detrás de la oreja, suavemente.

—¿No frotan la mejilla a otra persona como un lobo real lo haría? Quiero decir en forma humana, no tienen ninguna glándula en la mejilla que le ayudará a marcar el olor de otro lobo.

Él me miró, solemne, asintiendo.

—Sí, frotan sus mejillas, incluso en forma humana. Luego, entierran su nariz en el pelo detrás de la oreja.

—¿Cuántos lobos hay en la manada de Verne? —pregunté.

—Cincuenta y dos lobos —dijo Jamil.

Levanté las cejas.

—¿Y tengo que frotar la mejilla con todos ellos?

Jamil sonrió, pero dejó sus ojos serios. Estaba pensando algo. Yo quería saber qué.

—No con todos ellos, sólo con los alfa.

—¿Cuántos?

—Nueve —dijo.

—Fácil, supongo. —Miré su cara pensativa y le pregunté—: ¿Qué piensas acerca de esto, Jamil?

Él me miró parpadeando.

—Lo que…

—No me digas que no es nada. Estuviste todo solemne y pensativo hace cinco minutos. ¿Qué pasa?

Me miró. La concentración en sus ojos negros era casi palpable.

—Estoy impresionado de que te hayas molestado en investigar a los lobos naturales.

—Esta es la tercera vez que he escuchado el término lobos naturales. Yo nunca lo he oído antes.

Jason se levantó de la cama.

—Somos lobos la mayor parte del tiempo. No somos naturales.

Miré a Jamil, y él asintió.

—¿Entonces llamarlos lobos naturales es un insulto?

—Sí —dijo Jamil.

—¿Algo más que deba saber? —pregunté.

Jamil miró a Jason. Intercambiaron una mirada que me hizo sentir excluida. Al igual que sentía que iban a decir algo desagradable y nadie quería decírmelo.

—¿Qué? —dije.

—Vamos a hacer el saludo —dijo Jamil.

—¿Qué están escondiendo de mí?

Jason se echó a reír.

—Sólo díselo.

Un gruñido salió de la garganta de Jamil. El sonido erizó los bellos en mis brazos.

—Soy un *Sköll*, y no tengo nombre entre los *lukoi*. Su voz es sólo el viento fuera de nuestra cueva.

Jason dio unos pasos más cerca.

—Los árboles se inclinan ante el viento —dijo.

Sonaba demasiado elaborado para Jason.

—Bien —dijo Jamil—, sabes algunas frases *lukoi*.

—Teníamos miedo de tocarte —dijo Jason—, no hablan el uno al otro.

Zane se apartó de la pared, moviéndose entre ellos, se colocó cerca de mí.

—La luna está subiendo. El tiempo pasa.

Fruncí el ceño.

—Me siento como si estuvieran hablando en código y no sé cómo descifrarlo.

—Aparentemente, tenemos algunas frases en común —dijo Jamil—, entre el *lukoi* y el leopardo.

—Genial, los lobos y los leopardos comparten algunos puntos en común. ¿Y ahora qué?

—Salúdame —dijo Jamil.

—Uh-uh —dije—. Soy tu *lupa*. Eres el *Sköll*, el músculo. Estoy por encima de ti, así que me ofreces tu cara y tu garganta primero.

—Ella es la *lupa*, y nuestro *Nimir-ra*, que es un rango equivalente a su *Ulfric*, ella tiene el derecho de pedirlo —dijo Zane.

Jamil le gruñía.

Zane se movió detrás de mí, como si me utilizara de escudo. Hubiese servido si no fuese diez centímetros más alto que yo.

—Te niegas —dijo Jamil—. Ustedes están delante de mí.

—De ninguna manera —le dije—. Zane es mío. No lo vas a usar para tu basura machista dominante.

Jamil sacudió la cabeza.

—Se movió hasta tu lado, pero no lo tocas.

Le fruncí el ceño.

—¿Y?

Jamil suspiró.

—Toda tu lectura no te ha dicho nada acerca de nosotros.

—Explícamelo —dije.

—Cuando Zane se movió a tu lado —dijo Jason—, él estaba pidiendo tu protección, pero no lo tocaste. Eso es visto como un rechazo a su petición de protección.

Cherry estaba sentada muy quieta en la cama, con las manos en su regazo.

—Es una de las reglas que funciona de la misma manera para los lobos y para nosotros.

Miré detrás de mí hacia ellos.

—¿Cómo ustedes saben todo esto?

—Cuando Raina y Marcus eran los alfas, todos teníamos que hacer la petición de protección —dijo Jason.

—Gabriel pasaba mucho tiempo con Raina —dijo Cherry.

—Nosotros, los wereleopardos, teníamos que pasar mucho tiempo con los lobos.

—Así que cuando Zane se acercó, ¿qué es lo que se supone que debo hacer?

—Quiere que le protejas de mí —dijo Jamil.

Me quedé mirando ese cuerpo alto y musculoso. Incluso si no hubiera sido un licántropo, tendría miedo de él en una lucha justa. Por supuesto, la naturaleza se había asegurado de que no habría lucha justa. Jamil me supera en cien libras o más.

Su alcance era el doble que el mío. Su fuerza es superior… No hubo tal cosa, como una lucha justa entre los dos. Por eso me sentía perfectamente cómoda utilizando armas.

—Sí —le dije—, quiero proteger a Zane de ti. Si eso es lo que

necesitas.

—Entonces tócalo —dijo Jamil.

Le fruncí el ceño de nuevo.

—¿Puedes ser un poco más específico?

—Tocarlo es lo importante —dijo Jamil—, no dónde o cómo.

Zane estaba de pie detrás de mí. Me eché hacia atrás hasta que mi cuerpo lo tocó. Nuestros cuerpos estaban juntos.

—¿Es suficiente? —pregunté.

Jamil sacudió la cabeza.

—Por el amor de Dios, sólo tócalo. —Llamó a Jason con un gesto—. Solicita protección.

Jason llegó a su lado con una sonrisa. Se quedó muy cerca, pero no tuvo cuidado de tocarlo. Jamil puso un brazo sobre los hombros, obviamente, protegiéndolo, casi un abrazo.

—Eso es todo.

—¿Tiene que ser así, o puedo tocarlo en cualquier parte que sea importante?

Jamil soltó un pequeño umph y un gruñido.

—Estás haciendo esto demasiado complicado.

—No —le dije—, eres tú. Sólo responde la pregunta.

—No, no tiene que ser exactamente así, pero es mejor si vas creándote un hábito de hacer la oferta de forma normal ante las personas.

—¿Por qué? —pregunté.

—¿Qué pasa si Zane escapaba de mí en público? Él te ve a través de la multitud, se acerca a ti. Todo lo que tienes que hacer es fingir que lo abrazas, o incluso darle un beso. Sé que le has dado tu protección y los seres humanos que nos rodean no sospecharán que algo ande mal.

No estaba segura de lo que sentía por no ser incluida con los otros seres humanos, pero lo dejé pasar. Cogí a Zane que estaba detrás de mí y le pasé una mano alrededor de su cintura. Hubiera sido más cómodo si hubiera estado usando una camisa, pero bueno, ese era mi problema, no el suyo. Usé mi brazo izquierdo, dejando libre el derecho. También me separé lo suficiente para que mi arma no estuviera pegada a su cuerpo. Tuve mi brazo alrededor de la cintura de Zane, de pie y un poco apartada, mostré el arma bajo el brazo, era muy evidente. Había un montón de maneras diferentes de hacer las amenazas.

—¿Feliz? —pregunté.

Jamil asintió con la cabeza muy cortante.

Jason se separó de él, se colocó cerca de Zane y de mí.

—Jamil le dijo a Zane que tenía que hacer un saludo de sumisión.

—Y tú se le recordaste —dijo Jamil.

—Ooh —dijo Jason—. Estoy tan asustado.

La energía comenzó a sentirse en la habitación. Los ojos marrones de Jamil cambiaron a un ámbar intenso. Miró a Jason con ojos de lobo.

—Tú lo estarás…

Cherry se deslizó de la cama, cayó de rodillas detrás de mí. Colocó su mano en mi pierna, y yo la tomé. Lamió la palma de mi mano, un saludo que sólo los leopardos utilizan, con la otra mano agarró mí otra pierna, aferrándose a mis pantalones como una niña pequeña, tímida. Parecía que algo malo iba a ocurrir.

Esperaba que Jason viniera a mí como los wereleopardos, pero no lo hizo. Se fue al fondo de la habitación, lejos de Jamil, pero no pidió ayuda.

—¿Cuál es el problema? —pregunté—. En primer lugar Jamil sólo me ofreció su mejilla, ¿verdad?

—¡Oh, no! —dijo Jason—, es mucho más divertido que eso.

Eso me hizo fruncir el ceño, porque sabía que Jason se estaba divirtiendo.

—Tal vez pregunté por algo que no debería.

—Pero lo preguntaste —dijo Jamil—, y como nuestra *lupa*, es tu derecho.

Estaba empezando a sospechar que había dado un paso en falso. Le había pedido algo a Jamil que no quería dar y que probablemente no me gustaría recibir.

—Si no hubieras sido tan idiota cuando llegamos aquí, Jamil, probablemente esto no estuviese sucediendo.

—Pero… —dijo.

—Pero yo cumplo mis amenazas, y no le pertenezco a nadie.

—No es de nadie —dijo Jason en voz baja.

—Sí, te niego, es un problema nuestro —dijo Jamil.

—Bien, pero recuerda, has tenido tu pase gratuito para el último fin de semana, Jamil.

Él asintió.

—Veo la pistola.

—Entonces, nos entendemos —dije.

—Nos entendemos —dijo. Jamil cerró la distancia entre nosotros, sus ojos todavía llevaban esa sombra extraña de color ámbar.

—No me tientes, Jamil.

Enseñó rápidamente los dientes.

—Estoy haciendo lo que pediste, Anita.

Zane se movió detrás de mí, colocó sus manos sobre mis hombros, dándome más espacio para moverme. Cherry se apretó contra mis piernas. Ninguno de ellos se fue. Lo tomé como una buena señal. Tenía la esperanza de tener razón.

Jamil me tocó la cara muy suavemente con las yemas de sus dedos.

—Si estuviéramos en público, sería esta mi señal de protección. Inclinó su cara y parecía que iba a besarme.

Él lo hizo. Rozó suavemente sus labios con los míos, sus dedos tocaban mi cara. Se apartó de mí. Cuando abrió los ojos, seguían siendo ricos, dorados. El color se veía sorprendente con la oscuridad de su piel.

Me quedé allí, estaba sorprendida, no sabía qué hacer. Ni los leopardos ni Jason, se opusieron a lo que Jamil estaba haciendo, a lo que me obligó a hacer. Probablemente. Si hubiera sido Jason, habría sospechado algún tipo de estratagema para robarme un beso, pero Jamil no juega este tipo de juegos.

Sus manos aún sostenían mi cara.

—Pero esta noche no será en público. Será entre nosotros, cuando nadie mira…

No terminó la frase. Él sólo se inclinó sobre mí otra vez.

Su lengua recorrió mi labio inferior.

Me eché para atrás.

Dejó caer sus manos a los costados.

—Has leído libros de lobos, Anita, soy un lobo sumiso pidiendo una posición dominante.

—Eso lo hacen los cachorros para pedir alimento —le dije—. En dos lobos adultos, es un ritual de lamer y morder con suavidad en la boca del lobo dominante por parte del subordinado.

Jamil asintió.

—Tienes tu punto —dije.

—El saludo que estoy tratando de enseñarte es como nuestra versión de un apretón de manos. Ambos ofrecen sus caras, al mismo tiempo. Es más bien como un beso.

—Muéstrame —dije.

Se inclinó hacia mí nuevamente, pero esta vez no trató de tocar mi boca. Frotó su mejilla con la mía, acariciándome la cara hasta llegar a mi oído, sepultó su rostro en el pelo detrás de mí oreja. Su movimiento había puesto mi rostro contra su pelo. Tenía el pelo trenzado, era áspero y suave al mismo tiempo.

Jamil habló con su rostro aún sepultado en mi pelo.

—Tienes que enterrar tu rostro en el pelo y oler la piel.

Él removió su rostro en mi pelo, hasta que tocó la piel. Le oí respirar. Su respiración era casi caliente sobre mi piel.

Intenté devolver el favor, pero tuve que levantarme en la punta de mis pies, coloqué una mano en su pecho para mantener el equilibrio. Zane se apartó de mí, y coloqué la otra mano en su hombro. Las trenzas hicieron más fácil el acceso de mi cara a su piel. Las trenzas se trasladaron alrededor de mi rostro como pequeñas cuerdas delgadas.

Pude oler su pelo, su colonia, y todo lo que era él. En el momento en que su olor me golpeó, sentí una oleada de poder, y no era suyo. De repente supe que Richard estaba sentado en una cama, con su madre. Sentí que miraba hacia arriba como si estuviera a los pies de la cama. Pero yo estaba a kilómetros de distancia, al pie de una cama diferente. Nos basamos en la calidez del olor rico de la piel de Jamil, y el poder de Richard rompió sobre mí erizando toda mi piel.

Jamil se apartó de mí, sus manos todavía estaban sobre mis hombros. Las aletas de su nariz se movían percibiendo el olor.

—Richard. Huelo a nuestro *Ulfric*. ¿Cómo es posible?

Zane estaba a mi espalda, frotando su cara contra mi pelo. Cherry se hizo un ovillo en mi pierna.

—Ella es tu *lupa*. Atada a tu *Ulfric*.

Jamil se apartó de mí, algo muy cercano al miedo se reflejó en su rostro.

—Ella no puede estar vinculada a Richard. Ella no es *lukoi*.

Me acerqué a él, y Zane se arrodilló detrás de mí. Cherry me dejó ir, quitando sus manos de mala gana. Ellos se acurrucaron, abrazados.

Los miré y les pregunté:

—¿Están bien?

Zane asintió.

—Vi como llamabas el poder de las marcas una vez, pero nunca antes

te había tocado mientras llamas el poder del *Ulfric*. Parece una persecución.

Cherry se quedó mirándome, con ojos grandes y su rostro pálido.

—No lo sé —dijo Jason.

Todavía estaba en la sala, con los brazos alrededor de su pecho desnudo, frotando sus brazos con las manos hacia arriba y abajo, como si tuviera frío. No hacía frío.

Me volví a Jamil.

—Estoy obligada a Richard. No es el mismo tipo de vinculación que tendría con otro licántropo, pero es un vínculo.

—Eres el siervo humano de Jean-Claude —dijo Jamil.

Odiaba el término, pero fue preciso, técnico de todos modos.

—Sí, lo soy, al igual que Richard es el lobo de Jean-Claude.

—Él no puede llamar a nuestro *Ulfric* como un perro. Richard no responde a los caprichos del vampiro.

—Yo tampoco —dije—. A veces pienso que Jean-Claude puede haber mordido más de lo que puede beber con dos de nosotros.

La puerta de la habitación se abrió, sin golpes, sin preámbulos. Asher cruzó con Nathaniel en sus brazos. Estaba envuelto en el abrigo de Asher. Lo que pude ver de él fueron sus piernas, estaban pálidas y desnudas.

Corrí hacia ellos.

—¿Qué pasó?

Asher acostó a Nathaniel en la cama sobre su espalda, atrapando el abrigo bajo su cuerpo. Estaba desnudo, sólo lo cubría el abrigo. Nathaniel trató de colocarse sobre su costado, pero Asher lo detuvo, tratando de suavizar sus piernas, para hacerle permanecer quieto.

—Quédate quieto, Nathaniel.

—¡Me duele! —Su voz estaba estrangulada, arqueó su cuerpo y apretó sus manos por el dolor.

Me arrodillé junto a la cama, toqué su cara. Me miró y sus ojos rodaron hasta quedarse en blanco. Abrió la boca y un pequeño gemido se le escapó. Su mano se aferraba sobre la colcha como si él necesitara sostenerse a algo, cualquier cosa. Le di mi mano y su apretón fue tan fuerte que tuve que recordarle que no aplaste mi mano.

Murmuró.

—Lo siento —entonces su columna vertebral se arqueó, torció su cuerpo.

Ya había visto a Nathaniel completamente desnudo, me había

avergonzado. Ahora no me importaba avergonzarme. Había cortes sangrantes en el pecho, pero parecían poco profundos. Nada parecía lo suficientemente dañado para que tuviese este tipo de dolor.

Cherry desapareció en el cuarto de baño.

—¿Quién hizo esto? —pregunté.

—Él es nuestro mensaje de los vampiros locales —dijo Asher.

—¿Qué mensaje?

Nathaniel se retorció en la cama, con la otra mano me agarró el brazo. Dos lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Ellos me preguntaban por qué habíamos venido aquí.

Echó la cabeza hacia atrás y hacia adelante, y pude ver algo en el cuello. Trasladé mi mano libre y aparté el pelo largo y castaño para poder ver su cuello. Una mordedura de vampiro, en la suave piel de su cuello. La mordedura era limpia, aseada, pero la piel estaba ligeramente más oscura de lo que debería.

—¿Uno de ustedes hizo esto? —pregunté.

—Tomé sangre de la curva de su brazo —dijo Asher—. Colin hizo eso.

El cuerpo de Nathaniel cedía a los espasmos.

—Les dije que estábamos aquí para rescatar a Richard. Yo les dije la verdad, una y otra vez.

Su mano sostenía la mía, cerró los ojos por una ola de dolor. Después de unos segundos, los abrió nuevamente, con mi mano trataba de aliviar su dolor.

—No me creían.

Cherry salió del cuarto de baño. Trató de quitarme suavemente para dejarle libre el camino, pero Nathaniel no soltaba mi mano. Me hizo arrodillar al otro lado de la cama. Todavía podía sostener su mano, pero ya estaba fuera de su camino.

Comenzó a examinar las heridas en su pecho, muy suavemente, casi sin tocarlas, cuando alguien sufría alguna herida y Cherry estaba cerca, siempre acudía, ella se convirtió en enfermera ocultando su verdadera identidad.

—¿Tienen un botiquín de primeros auxilios en esta habitación? —preguntó ella.

—No —dije.

—Tengo uno en mi maleta en la otra habitación —dijo Cherry.

—Voy a buscarlo —dijo Jason. Se encaminó hacia la puerta.

—Espera —dije—. Jamil, ve con él. No quiero que nadie sea cogido por sorpresa esta noche.

Nadie discutió conmigo. Era la primera vez. Los dos hombres-lobos, salieron de la habitación. Damián tuvo que quitarse del camino para que pudiesen salir. Cerró la puerta detrás de ellos y se apoyó en ella. Sus ojos estaban oscuros, verde, sólidos, como el fuego esmeralda. Su piel pálida estaba tomando esa apariencia clara, casi brillante que los vampiros alcanzan cuando su humanidad comienza a desaparecer. Las emociones fuertes hacen que los vampiros menores demuestren el miedo, la lujuria y la ira.

Miré a Asher. Estaba… normal. Se puso de pie justo enfrente de la cama, hermoso, fatal, su rostro estaba inexpresivo y vacío. Su expresión es parecida a la de Jean-Claude, como si escondiera sus verdaderos sentimientos.

—Pensé que Colin estaba tranquilo, se supone que nos ataca directamente o nos deja solos —le dije—. Nadie dijo nada sobre este tipo de mierda.

—Fue… Inesperado —dijo Asher.

—Bueno, que me lo explique.

Damián se apartó de la puerta, observando la habitación, cada movimiento estaba lleno de rabia.

—Les gusta torturar. Son vampiros, no sólo se alimentan de sangre.

—¿Qué estás diciendo, Damián?

—Ellos se alimentaron de su miedo.

Miré a Asher, después volví a mirar a Damián.

—Quieres decir literalmente ¿no?

Damián asintió.

—El que me creó se alimenta del miedo, como si fuera sangre. Estaría días alimentándose del terror, puede que tomara sangre. Pero no sólo para alimentarse, los sacrificaba. Regresaba de la cámara de tortura cubierta de sangre. Entonces ella me hizo… —Su voz se apagó. Me miró, sus ojos estaban empezando a parecerse a una llama verde, oscura, como si su poder estuviese comiendo sus huesos, sus ojos—. Cuando conocí a Colin. La olí. Él es como ella. Una bruja de la noche, una Mora.

—¿Qué diablos es una bruja la noche o una Mora? ¿Y qué quieres decir con que te reuniste con Colin? Pensé que rescataste a Nathaniel.

—No, él nos lo devolvió —dijo Asher—. Si no hablaba con él, el

mensaje no estaría completo.

Cherry nos interrumpió.

—Su pulso está muy lento, su piel está húmeda. Está entrando en shock. Los cortes en el pecho son superficiales. Incluso dos mordeduras de vampiros en una noche no lo ponen en estado de shock. Curamos rápido.

—Hay una tercera mordida —dijo Asher. Por todo lo que estaba pasando, su voz estaba completamente tranquila, como si nada lo perturbara.

Cherry miró el cuerpo de Nathaniel, a continuación, le tocó el muslo. Le separó las piernas.

—Por supuesto, la arteria femoral. ¿Por qué la piel está descolorida en las partes donde lo mordieron? —Tocó la parte interna del muslo—. La piel se siente fría.

Nathaniel se retorcía en la cama. Soltó mi mano, para llegar a mí, como si quisiera darme un abrazo. Me agarró un brazo, y colocó su mano en un puño alrededor mi blusa. Sus ojos eran salvajes.

—Me duele.

—¿Qué te duele? —pregunté.

—Las mordeduras están contaminadas —dijo Asher.

—¿Qué quieres decir, con contaminadas?

—Piensa en ello como un veneno.

—Es un wereanimal, son inmunes a los venenos —dije.

—No a este —dijo Asher.

—¿Qué tipo de veneno es? —preguntó Cherry.

Hubo un golpe en la puerta.

—Somos nosotros —dijo Jason.

Damián me miró. Sus ojos ya tenían un suave resplandor, se había calmado, su piel estaba pálida.

Yo asentí.

Abrió la puerta. Jason entró con un botiquín de primeros auxilios más grande que la mayoría de las bolsas para dormir. Tal vez Cherry había sido una Girl Scouts en otra vida. Jamil y Jason caminaban como una sombra oscura, solemnes.

—El tipo de veneno que nada de lo que hay en esa pequeña bolsa detendrá —dijo Asher.

Lo miré fijamente, de repente me di cuenta de lo que acababa de decir.

—¿Quieres decir que va a…?

Ni siquiera pude terminar de decirlo.

—Morir. Terminó de decir Asher en ese mismo tono calmado, que había estado utilizando desde que entró en la habitación.

Aferré las manos de Nathaniel. Miré a Cherry y se acercó para ayudarme a soltarlo de mí. Quería hablar con Asher y no quería que Nathaniel escuchara. Zane llegó hasta el otro lado de la cama. Nathaniel cogió la mano de los dos. Otro espasmo hizo retorcer a Nathaniel en la cama. Zane y Cherry lo sujetaban, les ayudó la fuerza que ambos tienen. Los dos wereleopardos me miraron mientras Nathaniel convulsionaba, poniendo sus ojos en blanco de nuevo. Zane y Cherry me miraban.

Yo era su *Nimir-ra*, su reina leopardo. Se suponía que debía protegerlos, no arrastrarlos a una mierda como esta.

Me aparté de sus miradas acusadoras, y me fui con Asher hacia la puerta.

—¿Qué quieres decir con que va a morir?

—¿Has visto la clase de vampiros que se pudren y se curan a sí mismos?

—Sí. ¿Y?

—Uno de ellos mordió a Nathaniel.

—Ha sido mordido por uno de ellos. Jason fue mordido por uno de ellos. Nada como esto pasó.

Miré hacia atrás y encontré a Jason sujetando la mano de Nathaniel mientras Cherry limpiaba las heridas del pecho. De alguna manera no pensé que vendar los cortes iba a ayudar.

Jamil y Damián se unieron a nosotros. Nos quedamos en un pequeño círculo, hablando, mientras que Nathaniel gritaba.

—Es uno de los talentos más.

Raros —dijo Asher—. Pensé que sólo *Morte d 'Amour*, Amante de la Muerte, un miembro del Consejo podría hacer esto. Colin eligió cuidadosamente su mensaje. Los cortes del pecho fueron hechos a distancia con su poder.

—Jean-Claude no puede causar daño a la distancia —le dije.

—No, y nadie más puede propagar la putrefacción de su mordida. Nadie más en este país.

—Dices putrefacción —dijo Jamil—. ¿Qué significa eso exactamente?

Cherry vino a nosotros con una gasa blanca en sus manos. Sus pecas se destacaron como la tinta sobre su piel pálida. Había pus amarillo y verde en

la gasa.

—Esto salió de las heridas en el pecho —dijo en voz baja—. ¿Qué diablos es esto?

Todos nos miramos, Asher, incluso Damián. Pero fui yo quien habló en voz alta.

—Él se está pudriendo, mientras todavía está vivo.

Asher asintió.

—La putrefacción está en su sangre. Se extenderá y luego se pudrirá.

Miré hacia atrás, a la cama. Jason estaba hablando en voz baja a Nathaniel, acariciaba la cabeza, como consolando a un niño enfermo. Zane me estaba mirando.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —le dije.

El rostro de Asher estaba serio y pensativo como nunca lo había visto. A mi mente llegó uno de los recuerdos de Jean-Claude, pasó a través de mí con tanta fuerza que mis manos se estremecieron. No era un recuerdo de algún suceso. Reconocí los hombros de Asher. Conocía su lenguaje corporal, como si tuviese muchos años conociéndolo. Más años que los que tengo de vida.

—¿Qué estás ocultando, Asher? —le pregunté.

Me miró, pálido, sus ojos claros estaban vacíos, sus pestañas parecían encajes de oro alrededor de sus ojos. Él sonrió. La sonrisa es todo lo que debería haber sido: alegre, sensual y acogedora. Esa sonrisa pasó por mi corazón como un cuchillo. Me acordé de toda su cara perfecta. Me acordé de cuando esa sonrisa, me hizo recuperar el aliento.

Sacudí la cabeza. El movimiento físico ayudó. Sacudí los recuerdos. Se perdieron, pero no cambiaron lo que había visto, lo que sabía.

—Sabes cómo salvarlo, ¿no?

—¿Por qué quieres salvarlo, Anita? —Su voz no era neutral ahora, estaba enojado.

—Lo traje hasta aquí, Asher, lo puse en peligro. Se supone que tengo que protegerlo.

—Pensé que era tu guardaespaldas —dijo Asher.

—No, es comida, Asher. Lo sabes. Nathaniel ni siquiera puede protegerse a sí mismo.

Asher soltó el aliento en un largo suspiro.

—Nathaniel tiene una picadura de *Pomme d'Sang*.

—¿Qué diablos estás hablando?

—Eso significa que es una manzana de sangre. Es un Dardo en el Consejo, es un alimento preparado.

Damián terminó el pensamiento.

—El vampiro que se alimenta de un *Pomme d'Sang*, tiene el deber de protegerlo, como un pastor que cuida a las ovejas de los lobos.

Damián miró Asher, mientras que lo decía, y no fue una mirada amistosa. Estaban luchando por algo, pero no había tiempo.

Toqué el brazo de Asher. Se sentía fuerte, sólido, ni siquiera estaba vivo. Él se apartó de mí, lejos en la habitación, lejos de lo que estaba sucediendo. Él iba a dejar a Nathaniel morir sin siquiera intentarlo. Inaceptable. Lo agarré fuerte, como si la vida se me fuera en ello. Odiaba cuando Jean-Claude sentía esto. Es un recordatorio de lo que era, y de lo que no era.

—No dejes que se muera, no así. Por favor, *Chardonneret lun*.

Saltó como si lo hubiera golpeado cuando usé el apodo que Jean-Claude había utilizado hace muchos años. Eso significaba, literalmente, mi jilguero, que sonaba tonto en inglés. Pero la mirada en el rostro de Asher no era tonta. Era casi perturbadora.

—Nadie me ha llamado así en más de doscientos años.

Su brazo se suavizó en mi mano, tuve una sensación de calor, vivo de nuevo.

—No ruego a menudo, pero para esto lo haré.

—¿Él significa tanto para ti? —preguntó.

—Él es víctima de todo el mundo, Asher. Alguien tiene que hacer algo bueno por él. Por favor, *mon*… —Puso sus dedos sobre mis labios.

—No lo digas, Anita, nunca lo digas de nuevo a menos que sea en serio. Lo voy a salvar, Anita, por ti.

Sentí que me faltaba algo. No podía recordar, Jean-Claude sabía el nombre de la bestia de Asher pero no podía recordar por qué Asher tenía miedo de tratar de curar a Nathaniel. Lo observaba al pie de la cama, su cabello dorado caía como un velo brillante sobre sus hombros, el recuerdo olvidado parecía muy importante.

Asher le tendió la mano a Damián.

—Ven, mi hermano, o ¿No tienes el famoso valor de los vikingos, ahora?

—Yo era el sacrificio de tus antepasados antes de que fueras un destello en el ojo de tu bisabuelo.

—Mierda, esto es peligroso, ¿no? —pregunté.

Asher se arrodilló al lado de la cama. Me miraba, su pelo dorado se deslizó sobre su lado de la cara lleno de cicatrices, ocultándolo. Se arrodilló, con toda su perfección, y sonrió, pero fue una sonrisa amarga.

—No podemos tomar la putrefacción dentro de nosotros, si no somos lo suficientemente poderosos, entrará en nosotros, y moriremos, pero tu precioso wereleopardo se salvará de cualquier manera.

Damián se arrastró hacia el otro lado de la cama, moviendo a Zane lejos de la cabeza de Nathaniel. Nathaniel había dejado de gritar. Estaba muy quieto, su piel estaba pálida, brillante por el sudor. Su respiración era suave y poco profunda. Las heridas en su pecho eran una mezcla de pus. Había un mal olor en la habitación, débil pero creciente. La mordida del cuello aún parecía sólida, pero la piel de su cuello era de un verde negruzco, oscuro como un hematoma que lo estaba matando desde dentro.

—Asher —dije.

Me miró, su mano recorría el muslo desnudo de Nathaniel.

—Damián no es un maestro.

—No puedo salvar el leopardo por mí mismo, Anita. ¿A quién vas a salvar? ¿A quién vas a sacrificar?

Miré a Damián. Sus ojos verdes eran humanos de nuevo. Se veía muy mortal, acurrucado junto a Nathaniel.

—No me obligues a elegir.

—Pero es una opción, Anita. Es una elección.

Sacudí la cabeza.

—¿Quieres salvarlo? —preguntó Damián.

Me encontré con su mirada, y no sabía qué decir.

—Su pulso es muy débil —dijo Cherry—. Si vas a hacer algo, es mejor hacerlo pronto.

—¿Quieres salvarlo? —preguntó Damián de nuevo.

La respiración jadeante de Nathaniel era el único sonido en el repentino silencio. Todos ellos me miraron. Esperando mi decisión. No podía decidir. Sentí la inclinación de mi cabeza, casi como si no lo quisiera hacer. Yo asentí.

Los vampiros comenzaron a alimentarse.



TRECE

Los vampiros tardan en alimentarse más tiempo en la vida real que en las películas. Cualquiera que sea demasiado rápido o haga una imitación de 1950, es como una escena de sexo. Nos quedamos alrededor de la habitación observando.

La habitación estaba bastante tranquila, se podía oír a los vampiros haciendo pequeñas succiones, ruidos húmedos, alimentándose.

Cherry se arrodilló por el frente de la cama. Comprobaba el pulso en la muñeca de Nathaniel periódicamente. El resto de nosotros se había trasladado más lejos. Terminé en el lado opuesto de la habitación, mi culo estaba apoyado sobre el escritorio. Yo estaba tratando de no mirar a la cama. Todo el mundo se movía alrededor del cuarto, inquieto, desconcertado, pensé.

Jason llegó a mi lado, se apoyó sobre el escritorio.

—Si yo no supiera que su vida está en peligro, estaría celoso.

Lo miré, tratando de saber si era broma. Tenía una mirada lasciva en sus ojos, un calor, que me dijo que lo que decía era en serio. Esto me hizo mirar por encima de lo que estaba sucediendo.

Damián había colocado el cuerpo de Nathaniel en sus brazos y sus piernas, por lo que lo sostuvo el hombre más pequeño, casi tenían la misma estatura. Partes del cuerpo de Damián se perdieron de vista detrás del cuerpo desnudo de Nathaniel. Su brazo acunó el pecho del hombre más pequeño contra su camisa de seda verde.

El pus ennegrecido había empapado la tela de forma uniforme. La cara de Nathaniel fue presionada por una mano pálida en el hombro del vampiro. Damián había llegado desde atrás para morder del cuello. Se podía ver la parte superior de su cabello rojo sangre, con la boca cerrada sobre la herida. Incluso desde donde me encontraba, podía ver las mandíbulas de Damián moverse mientras tragaba.

Asher aún estaba arrodillado en el suelo, una de las piernas pálidas de Nathaniel fue colocada hacia el exterior para que sus pies colgaran en el vacío. Asher tenía la cara enterrada en la parte interna del muslo del hombre, tan cerca de la ingle que los genitales de Nathaniel tocaron un lado de su cara. Asher movió ligeramente la cabeza y su cabello de oro se derramó más en la ingle de Nathaniel. No ocultaba mucho sus genitales, aún se asomaban a través del cabello.

Un rubor fluyó muy aprisa sobre mi rostro, me sentía mareada. Me di la vuelta, alcancé a verme en el espejo de la habitación. Mi rostro estaba ardiendo. Mis ojos se ampliaron y me sorprendí. Me sentía como en secundaria otra vez, tropezando con las parejas en las gradas, sus risas me perseguían en la noche.

Me miré a mí misma en el espejo y me sacudí. Ya no tenía catorce años. Ya no era una niña. Ya no era virgen. Podía hacer esto con un poco de gracia. ¿No?

Jamil se había movido hasta el último rincón de la habitación. Estaba sentado, con los brazos metidos en torno a las rodillas, su rostro tenía líneas duras, estaba enojado. Él no estaba disfrutando del espectáculo, tampoco.

Zane había vuelto a apoyarse en la pared, con los brazos cruzados. Estaba mirando al suelo como si hubiera algo muy interesante en él.

Jason seguía sentado en el escritorio, viendo el espectáculo. Lo miré sin volverme.

—¿Te das cuenta que eres el único que parece estar disfrutando de la

vista?

Se encogió de hombros y sonrió.

—Es una buena vista.

Levanté las cejas.

—No me digas que eres gay.

—No me digas que te importa —contestó.

Mis cejas se levantaron un poco más.

—Mi corazón se está rompiendo. Voy a tener que quemar toda mi ropa interior.

Miraba su rostro. Estaba sonriente, se escuchaba que no estaba bromeando.

—¿Estás diciendo que todas tus bromas es sólo pura actuación? —pregunté.

—Oh, no, me gustan las mujeres. Sin embargo, Anita, casi ninguno de los vampiros en el círculo íntimo de Jean-Claude son mujeres. He estado actuando como un *Pomme d'Sang* durante dos años. Eso es un montón de dientes hundiéndose en tu cuerpo.

—¿Es verdad que es mejor que el sexo? —pregunté.

El humor dejó su cara y me miró.

—En realidad nunca has sido vencida completamente por un vampiro, ¿no? Quiero decir que sabías que tenías inmunidad, incluso antes de las marcas, pero pensé que alguien en algún lugar habría llegado a ti.

—No —dije.

—A veces no estoy seguro, pero puede ser mejor que el sexo, y casi todos con los que he estado han sido hombres.

—¿Así que eres bisexual?

—Si lo que estamos hablando ahora cuenta como sexo, sí. Si lo soy… —se rió, y el sonido fue tan abrupto que rompió el silencio, vi a Zane y a Jamil saltar.

—Si esto no cuenta como sexo, vamos a decir que nadie ha ido antes por ahí, eso ya no se aplica.

Condenado quería preguntar quién había sido. Tal vez se lo hubiese preguntado, pero Cherry habló y el momento se había ido.

—Su pulso es más fuerte. Ha perdido mucha sangre, debería ponerlo cada vez más débil, pero no lo es.

Asher se apartó de la herida.

—Nosotros no estamos bebiendo sangre, estamos bebiendo el veneno.

Puso una mano bajo el muslo de Nathaniel. Movió la pierna sobre la cama, enderezando sus miembros, como si fuera un niño dormido. Un momento antes, había sido totalmente sexual, ahora había algo en la forma en que Asher actuó, lo hizo con cuidado.

Damián se separó de la herida. Tenía una mancha en el labio, no roja, pero si negra. Me preguntaba si había probado el veneno. Limpió su labio con el dorso de su mano. Si hubiera sido pura sangre la hubiese lamido. Así que no es agradable.

Se separó de Nathaniel, lo colocó cuidadosamente sobre su espalda. Señaló a Nathaniel mientras se movía de la cama.

Cherry tenía su botiquín de primeros auxilios abierto. Volvió a limpiar las heridas del pecho con un antiséptico y un antibacterial. Las primeras gasas estériles se mancharon de pus. Todos nos trasladamos junto a la cama sin darnos cuenta. El olor era más fuerte aquí, desagradable, pero la decoloración cambió. La sangre de la piel y de las heridas estaba completamente limpias, la carne y los cortes se llenaron de un color rojo brillante.

Cherry iluminó la sala con una sonrisa tan cálida y brillante que tuve que devolvérsela.

—Va a estar bien.

Parecía sorprendida, y pensaba en lo cerca que había estado.

Alguien respiró fuerte. Me volví hacia el sonido. Damián. Tenía la mirada fija en sus manos. Estaban pálidas, la piel lechosa se volvía oscura, una oscuridad que fluía bajo su piel. La carne de sus manos empezó a pelarse mientras mirábamos.



CATORCE

—Mierda —dije.

Damián levantó las manos hacia mí como un niño que se había quemado. No sabía que era peor, el terror en su rostro o la mirada casi resignada de sus ojos.

Sacudí la cabeza.

—No —dije, pero mi voz fue suave—. No —le dijo otra vez, más fuerte, más fuerte.

—No se puede detener —dijo Asher.

Damián se quedó mirando la carne oscura de sus manos, un suave horror se posó en su rostro.

—Ayúdame —dijo, mirándome.

Me quedé mirándolo y no tuve la menor idea de cómo salvarlo.

—¿Qué podemos hacer? —dije.

—Sé que estás acostumbrada a montar en tu caballo blanco y salvar el

día del horror, Anita, pero algunas batallas no se pueden ganar —dijo Asher.

Damián se había ido de rodillas mirando a sus manos. Arrancó su camisa en pedazos, dejando restos de las mangas en sus brazos. La carne podrida estaba a medio camino de los codos. Uno de los dedos de la mano cayó al suelo con una explosión de algo oscuro y maloliente. El olor era fuerte, dulce y enfermizo.

—Damián una vez te curé un corte facial —le dije.

Damián hizo un sonido entre una carcajada y algo más amargo.

—No me deterioro por afeitarme, Anita. —Miró hacia la carne pelada de sus manos y después me miró—. Aun así, no puedes curar esto.

Caí de rodillas delante de él, llegué a tocar sus manos. Damián se apartó.

—¡No me toques!

Puse mis manos sobre las suyas. La piel estaba caliente al tacto, como si la putrefacción lo estuviese cocinando de adentro hacia afuera. La piel era suave, si presionara demasiado fuerte daría lugar como un punto en una manzana podrida. Tenía la garganta apretada.

—Damián, yo soy… Lo siento.

¡Dios mío!, era una palabra inadecuada. Mil años de vida y los había dado para mí. Nunca habría tomado ese riesgo si no hubiese preguntado. Fue mi culpa.

La mirada de sus ojos era agradecida, y llena de dolor. Sacó sus manos suavemente por debajo de las mías. Cuidando de no apretar demasiado mis manos. Creo que los dos estábamos temerosos de que mis dedos se hundieran en su piel y en la carne de su interior.

Su rostro se retorció de dolor, y un pequeño sonido salió de sus labios. Me acordé de los gritos lastimeros de Nathaniel.

Los extremos de los dedos estallaron como fruta madura, derramando algo negro y verde en el suelo. Salpicó mi brazo. El olor era cada vez más fuerte en ondas repugnantes.

No me importaron las gotas en mi brazo, pero quería ayudarlo. Me pegué en sus manos como una araña, gritando. Mi voz tenía algo de tensión, estaba tratando de mantener mi mirada.

—Tengo por lo menos que tratar de curarlo.

—¿Cómo? Asher —preguntó—. ¿Cómo?, incluso tú, no podrías sanar de esto.

Damián hizo un gemido bajo. Su cuerpo se estremeció, agachando la cara, torciendo el cuello, y, finalmente, gritó. Sin palabras, sin esperanza.

—¿Cómo? —preguntó Asher de nuevo.

—No sé —y yo quería gritar también.

—Sólo su maestro original puede, el que lo salvó de la tumba, tendría alguna posibilidad de curarlo.

Miré a Asher.

—Llamé a Damián de su ataúd una vez. Fue accidental, pero respondió a mi llamada. Seguí su… Alma, cualquiera que sea, desde que huyó de su cuerpo una vez. Estamos unidos, un poco.

—¿Cómo lo llamas desde su tumba? —preguntó Asher.

—Nigromancia —le dije—. Yo soy un nigromante, Asher.

—No sé nada de nigromancia —dijo.

El olor creció más fuerte. Respiraba a través de mi boca, pero se acaba de instalar el olor en la parte posterior de mi lengua. Casi me daba miedo mirar a Damián. Me volví lentamente, como un personaje en una película de terror, cuando sabes que el monstruo está justo detrás de ti, y te demoras en buscarlo porque sabes que te hará perder la cordura para siempre. Pero algunas cosas son peor que cualquier pesadilla. La podredumbre se había trasladado más allá de su codo. Mostrando sus huesos desnudos de la parte de atrás de su mano. El olor había llegado a todos, pero tres de nosotros no se movieron. Me quedé de rodillas en el líquido descompuesto del cuerpo de Damián. Asher se quedó cerca, pero sólo yo estaba todavía a una corta distancia.

—Si fuera su maestro, ¿qué debería hacer?

—Bebes su sangre, tomas el veneno como lo hicimos con Nathaniel.

—No pensé que los vampiros se reforzaran mutuamente.

—No como alimento —dijo Asher—, pero hay muchas razones para compartir la sangre. La comida es sólo una de ellas.

Me quedé mirando a Damián, observando como el líquido negro se expandía por debajo de la piel, como la tinta. En realidad no podía ver nadar por debajo de su carne.

—No pueden beber el veneno a distancia —le dije.

—Podría —la voz de Damián sonó entrecortada por el dolor.

—¡No! —dijo Asher.

Dio un paso amenazador hacia nosotros. Podía sentir su poder quemando como un látigo. Damián se estremeció, pero miró al vampiro.

Tendía las manos hacia Asher, suplicando.

—¿Qué está pasando? —pregunté, mirando de uno a otro.

Asher sacudió la cabeza, con cara de enfado, pero de otra manera ilegible. Vi su rostro suave y pálido. Estaba escondiendo algo.

—No —le dije, poniéndome de pie—. No, me dices lo que Damián quería decir. ¡Dime! —grité a la cara tranquila de Asher.

Se quedó mirándome, con la cara seria e impasible como una muñeca.

—¡Maldita sea!, uno de ustedes me dirá lo que Damián quiere decir. ¿Cómo podía beber lejos de su propia corrupción?

—Si… —comenzó Damián.

—No —dijo Asher, señalando con el dedo a él.

—Tú no eres mi maestro —dijo Damián—. Tengo que contestar.

—Cállate, Asher —dije—. Cállate y déjale hablar.

—¿Quieres que tome el riesgo por ti? —preguntó Asher.

—No tiene que ser ella. Sólo alguien con sangre humana más fuerte —dijo Damián.

—Dime —le dije—, ahora.

Damián habló en un susurro apresurado, la voz al borde del dolor.

—Si yo bebo sangre bastante… fuerte. Yo podría… —Se estremeció, luchando, y luego continuó con una voz que era más débil que hace unos momentos—. Podría ser capaz de tomar el poder suficiente para… curarme.

—Pero si la toma de sangre no es lo suficientemente fuerte místicamente para tomar la corrupción en sí mismo, entonces morirás como Damián se está muriendo ahora —dijo Asher.

—Lo siento —dijo Jason—, pero no cuenten conmigo.

—Yo tampoco —dijo Zane.

Jamil se fue a través de la habitación abrazando sus brazos. Sacudió su cabeza.

Cherry se arrodilló junto a la cama. Ella no dijo nada, agrandó sus ojos, y tenía su cara aterrada.

Finalmente volví a Asher.

—Tengo que ser yo. No puedo pedir a nadie a asumir el riesgo.

Asher agarró la parte trasera de mi cabello en un movimiento tan rápido que no lo había visto venir. Hizo girar mi cara hacia atrás para mirar a Damián.

—¿Así es como quieres morir, Anita? ¡Es así!

Hablé con los dientes apretados.

—¡Suéltame, Asher! ¡Ahora!

Me soltó lentamente.

—No hagas esto, Anita. Por favor, no. El riesgo es demasiado grande.

—Tiene razón —la voz de Damián llegó en un susurro, tan bajo que me sorprendió oírlo—. Me puedes curar, pero te matarás… a ti misma.

La podredumbre se había extendido hasta los brazos y se deslizaba como una fuerza maligna por debajo de su clavícula. Su pecho era como el marfil brillante, y podía sentir que su corazón latía con fuerza en el pecho. Lo sentí como un segundo latido en mi cabeza. El corazón de un vampiro no siempre palpita, pero ahora lo hacía.

Tenía tanto miedo que podía probar algo plano y metálico en mi boca. Las yemas de mis dedos se estremecieron con el deseo de correr. No podía quedarme en esta sala y ver a Damián fundirse en un charco pestilente, pero parte de mi cerebro estaba gritando que corriera. Ir a algún lugar lejano donde no pudiese ver la podredumbre de sus manos.

Sacudí la cabeza. Miré a Damián, no en la carne podrida, en su rostro, en sus ojos.

Me miró con sus ojos verdes, como trozos de fuego esmeralda. Es irónico que, sus partes dañadas hicieran que lo que quedaba sano de él se convirtiera en lo más bello. Su piel era de marfil pulido, con una profundidad de la luz como una joya blanca. Su cabello parecía brillar como rubíes, y esos ojos, esos ojos de esmeralda… me miraron, me hice ver.

Aparté mi pelo a un lado, exponiendo mi cuello.

—Hazlo.

Quité mi mano, y el pelo volvió a ocultar mi cuello.

—Anita —dijo.

—Hazlo, Damián, Hazlo. Ahora, por favor, antes de que pierda los nervios.

Se arrastró hacia mí. Echó el pelo a un lado con una mano ennegrecida y huesuda. Dejó una estela de algo pesado y grueso en mi hombro. Pude sentir como corría hacia abajo de mi camisa, como un caracol. Me concentré en el suave resplandor de su piel, la pendiente imperfecta de su nariz, que en siglos atrás alguien había roto su perfil perfecto.

Pero no fue suficiente. Volví la cabeza hacia un lado para que no me tocara más de lo necesario. Vi su cara tensa y cerré mis ojos. Sentí sus afilados colmillos como agujas y no mejoró. Damián no es lo

suficientemente fuerte como para dominar con sus ojos. No hay ninguna magia para quitar el dolor.

Cerró su boca contra la herida y comenzó a alimentarse. Pensé que tendría que obligarlo con mi poder o disminuir mi escudo y dejarlo fluir, beber la basura. Sin embargo, momentos después de que sus dientes perforaron mi piel, algo estalló entre nosotros. Poder, magia. Levantó cada pelo de mi cuerpo.

Damián se abrazó a mí, presionando mi pecho contra el suyo, y el poder estalló sobre nosotros en una carrera que llenaba la sala con un suspiro. A lo lejos me di cuenta de que había viento y que venía de nosotros. Un viento forjado del toque fresco del vampiro y el control frío de la nigromancia. Un viento forjado por nosotros.

Damián se alimentaba de mi garganta. El poder detuvo el dolor, lo convirtió en algo más. Sentí su boca en mi cuello, sentí como tragaba mi sangre, mi vida, mi poder. Recogió todo en nosotros y lo metió de nuevo en Damián. Di de comer a él con mi sangre.

Imaginaba su piel entera y perfecta. Sentí derramar la energía por su cuerpo. Sentía que nos empujaba. Yo podía sentir que salía de nosotros, no del suelo, pero en el suelo, más allá de las palabras, en el suelo. Nos exorcizamos de ella, nos libramos de ella. No estaba más.

Nos arrodillamos bañados de poder. Un viento tiraba el pelo de Damián sobre mi rostro, y sabía que el viento era de nosotros. Damián se echó atrás, dejándose llevar por nuestro poder, como los pedazos rotos de un sueño.

Se arrodilló delante de mí, levantando las manos a su cara. Estaban sanadas, en virtud de los restos de aquel fango negro, fueron sanadas sus manos. Sus brazos sanados. Acunó mi cara en sus manos y me besó. El poder seguía allí. Fluía sobre nosotros, a través de su boca, en una línea de energía que quemaba.

Me aparté del beso Damián. Me las arreglé para sentarse.

—Anita.

Miré a Damián.

—Gracias —dijo.

Yo asentí.

—De nada.

—Ahora —dijo Asher—. Creo que es tiempo de ducharse.

Se puso de pie, sus pantalones estaban cubiertos de líquido negro. También sus manos, y no podía recordar cuándo había tocado a Damián o

el piso.

Podía sentir cosas aferradas a mi espalda desnuda, donde Damián me había tocado. Mis pantalones estaban empapados desde la rodilla hacia abajo. La ropa tendría que ser quemada o por lo menos tendría que tirarla. Esta es una de las razones por las que mantengo un mono de trabajo en mi jeep para ponerme por encima de mi ropa en la escena del crimen y algunos levantamientos de zombi. Por supuesto, yo no esperaba conseguir esta suciedad antes de dejar la maldita cabaña.

—Ducha, bien dicho —dije—. Tú primero.

—¿Puedo sugerir que vayas primero? Una ducha de agua caliente es una ostentación maravillosa, pero para Damián y para mí es un lujo, no una necesidad.

—Buen punto —dije.

Mi cabello mantenía trozos de eso, cuando Damián introdujo sus manos en mi cuero cabelludo, pero sólo lo sentía cuando toco mi pelo. Eso. Seguía diciendo, eso. Estaba eludiendo el hecho de que eso era el cuerpo de Damián podrido y vertido en el suelo. A veces, cuando ya es demasiado horrible tienes que distanciarte. Hablar es una buena manera de hacerlo. Víctimas convertidas en una cosa muy rápidamente, porque a veces es demasiado horrible incluso al decir él o ella. Cuando estás quitando pedazos de alguien querido de tus manos, tiene que ser una cosa. Tiene que ser, o salir corriendo y gritando. Por lo tanto, estaba cubierta de negro y verde.

Me lavé las manos a fondo lo suficiente para poder buscar en mi maleta la ropa sin contaminarla. Saqué unos vaqueros y una camisa polo. Asher apareció detrás de mí. Me miró.

—¿Qué? —pregunté. Sonaba grosero incluso para mí—. Quiero decir, ¿y ahora qué?

Asher me recompensó con una sonrisa.

—Vamos a tener que cumplir esta noche con Colin.

Yo asentí.

—Oh, sí. Definitivamente está en mi invitación de baile para esta noche.

Él sonrió y movió la cabeza.

—No lo podemos matar, Anita.

Me quedé mirándolo.

—¿Quieres decir que no podemos, como «es muy difícil de matarlo», o

no podemos, como en «que no debería hacerlo»?

—Tal vez ambas cosas, pero sin duda no hay que matarlo.

Me quedé de pie.

—Él nos envió a Nathaniel para que lo viéramos morir.

Miré hacia la maleta, no quería verlo, simplemente no quería mirar hacia arriba. Tenía un borde negro en la base de las uñas que el lavado, no se había llevado.

Hubo un momento en que el poder se rompió entre nosotros, y sabía que iba a preocuparme, pero hasta un segundo… Había intentado no pensar en ello. Fue sólo después de que había ido al baño a limpiar mis manos que me empecé a temblar.

Me hubiera quedado en el cuarto de baño hasta que mis manos estuviesen firmes. El temor estaba bajo control, todo lo que quedaba era la ira.

—No creo que nadie estaba destinado a morir, Anita. Creo que fue una prueba.

—Una prueba ¿de qué? —pregunté.

—¿Cuánto poder tenemos verdaderamente? En cierto modo, es un cumplido. Nunca hubiese contaminado a Nathaniel si pensaba que no teníamos esperanza de salvarlo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque, matar a un *pomme d'Sang* de otro vampiro maestro es un insulto mortal. Las guerras han comenzado por menos de eso.

—Pero él sabe que no puede hacer la guerra sin el permiso del Consejo para cazarnos.

—Por eso no podemos matarlo. —Asher levantó la mano, me detuvo con la boca abierta. La cerré—. El último maestro que mataste amenazaba tu vida directamente. Mataste para protegerte. La autodefensa está permitida. Pero Colin no nos ha ofrecido violencia personal.

—Pero estuvo lo bastante cerca, Asher.

Él hizo un gesto agraciado.

—*Oui*.

—Así que si lo matamos el Consejo vuelve a la ciudad y limpian nuestro tiempo. —Unas leves líneas de expresión se mostraron entre sus ojos. Creo que no entendió la jerga—. Ellos nos matarán —dijo.

Había conocido alguien del Consejo, y sabía que tenía razón. Jean-Claude tenía enemigos en el Consejo y ahora yo también. No, no quería

volver a tener pesadillas con los vampiros y menos darles una excusa para volver a Saint Louis y acabar con nosotros.

—¿Qué podemos hacer? No podemos dejarlo así, Asher, tendrán que pagar por lo que le hicieron a Nathaniel.

—Estoy de acuerdo. Si no hacemos nada para vengar el insulto, será visto como un signo de debilidad y Colin puede venir contra nosotros y matarnos.

—¿Por qué es todo tan condenadamente complicado con ustedes? —pregunté—. ¿Por qué Colin no puede creer que hemos venido aquí sólo para rescatar a Richard?

—Debido a que no ha salido de la ciudad.

La voz de Nathaniel vino fina pero constante desde la cama.

Parpadearon sus ojos de color violeta sobre mí. Cherry le había vendado el pecho y la herida del cuello estaba cubierta con un gran pedazo de gasa. Asumí que la herida en el muslo fue igualmente cubierta, pero la colcha lo cubría de la cintura para abajo.

—Cuando Richard salió de la cárcel, Colin esperaba que dejara la ciudad. Cuando no lo hizo, él pensó que tenía intención de apoderarse de su territorio.

Caminé hacia la cama.

—Zane me dijo que te fuiste con uno de los hombres de Verne. ¿Cómo se apoderaron los vampiros de ti?

—Mira —dijo.

—¿Perdón? —dije.

—El nombre del lobo hembra es Mira. —Se apartó de mí, no quería mirarme a la cara mientras hablaba—. Ella me llevó a su casa. Tuvimos sexo. Luego salió de la habitación. Cuando volvió, los vampiros estaban con ella. —Él me miró. Me quedé mirando fijamente sus ojos y la necesidad en ellos era tan cruda que me hizo estremecer.

—Había muchos de ellos para que no pudieses luchar, Nathaniel —dije—. Está bien.

—¿Luchar? —Se rió, y fue tan amarga que me dolió oírla—. No hubo pelea. Yo ya estaba encadenado.

Le fruncí el ceño.

—¿Por qué?

Dejó escapar un largo suspiro.

—Anita, Anita, Dios. —Se puso un brazo sobre los ojos.

Zane vino al rescate, o algo así.

—¿Sabes que Nathaniel es sumiso?

Yo asentí.

—Sé que te gusta estar atado y… —Una idea clara vino a mi mente—. Oh, bien. Lo entiendo. Mira te invitó a su casa para algo de Sexo y Masoquismo.

—D y S, dominación y sumisión —dijo Zane—, pero sí.

Tomé un respiro profundo, error. La habitación todavía olía a fluidos corporales, del tipo desagradable.

—¿Así que te entregó a ellos envuelto como si fueras un regalo?

—Sí —dijo, en voz baja—. El sexo había sido bueno. Era un buen principio.

—¿Principio? —pregunté.

—Dominante —dijo Zane.

—Ah.

Nathaniel estaba acurrucado sobre su costado, acomodó la colcha a su alrededor.

—El maestro, Colin, le pagó para que le entregara a uno de nosotros. Cualquiera de nosotros. No importa quién. Pudo haber sido Jason, o Zane, o Cherry. Uno de tus animales —dijo. Él seguía acurrucado en las mantas, sus ojos revoloteando cerrados, los abrió, y luego los cerró de nuevo.

Miré a Cherry.

—¿Está bien?

—Le di algo para ayudarle a dormir. No va a durar mucho tiempo. Nuestro metabolismo es muy rápido, pero conseguirá tal vez media hora de sueño, una hora, si tenemos suerte.

—Si no vas a tomar una ducha, me gustaría hacerlo yo —dijo Damián.

—No, yo voy.

—Pero no puedes usar lo que has elegido —dijo Asher.

Yo le frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Jean-Claude envió un baúl de ropa sólo para esta ocasión —dijo.

—Oh, no —dije—, no más cuero y encajes de mierda.

—Estoy de acuerdo contigo, Anita —dijo Asher—. Si simplemente vas a matar no importa lo que lleves, pero estamos dando un espectáculo con nuestro aspecto más que nada. Si importa.

—Bueno, mierda —dije—. Bien, voy a vestirme, no vamos a matar a

nadie, pero es mejor que lleguemos a algo con ellos. No pueden abusar de nuestra gente de esta forma.

—Ellos esperan una retribución, Anita. Están esperando por él.

Miré a Nathaniel dormido tan profundo y envuelto en las mantas, sólo mostraba la parte superior de la cabeza.

—Esta retribución debe ser buena, Asher.

—Haré mi mejor esfuerzo.

Sacudí la cabeza.

—Hazlo.

Entré en la ducha sin ropa que ponerme porque el baúl estaba en la habitación de otro. Pensé que con los dos ataúdes en mi habitación no era necesario el baúl. Realmente esperaba no necesitar la maldita cosa. Odiaba vestirme con ropa formal.

La idea de vestirme con ropa que escogiera Jean-Claude siempre fue la peor.



QUINCE

Me tomó tres rondas de champú para que mi pelo quedara limpio. Las cosas en mi cuerpo no parecen querer salir a menos que las frote. Es ese punto en el centro de la espalda que es difícil de llegar. Una de las pocas áreas que las personas casadas tienen una ventaja sobre nosotros, la gente soltera. Finalmente tuve que abrir la llave de la ducha para que el agua saliera con más fuerza. Las cosas finalmente se desprendieron y flotaron por el desagüe.

Las cosas se aferraban como nada que jamás había tenido que limpiar antes. Incluyendo cadáveres reales putrefactos y zombis. Nada de eso había sido tan difícil de deshacerme, que la mayoría de los líquidos de… Damián.

Cherry llamó a la puerta y trajo un montón de ropa. No me gustaba ninguna de ellas. Demasiado cuero para mi gusto. Me tomó dos viajes de ida y vuelta, envuelta en nada más que una toalla, para encontrar ropa que estuviera dispuesta a usar.

Había un traje de cuero rojo, que parecía ser nada más que correas. Podría ser interesante usarlo en privado sólo entre Jean-Claude y yo, pero llevarlo en público definitivamente no.

Terminé en una blusa de manga corta, la parte de arriba era de terciopelo negro, con un escote tan bajo que llegaba hasta el final de la espalda, necesitaba un sujetador especial. Jean-Claude tuvo la gentileza de incluir algunos. Había uno de esos que alzan y muestran tu escote con absoluta claridad, y había una cosa segura que para mi pecho no era necesario, se levantaron más, pero también era el único sostén que tenía acceso para un escote tan pronunciado. Había también un vestido de terciopelo que habría necesitado el sostén alrededor de mi cuello. Jean-Claude es un vampiro poco ocupado.

Todo encajaba perfectamente, si estaba dispuesta a usarlo. Escogí una falda de cuero, como el menor de los males. Había un par de botas negras altas hasta el muslo con una cremallera en la parte de atrás. La parte superior de las botas eran anchas, rígidas y abiertas en la parte posterior. El frente de las botas llegaba hasta el límite absoluto de mis piernas, rozando la ingle a ratos perdidos si caminaba mal. Parecía que las botas fueron hechas especialmente para mí. No recuerdo que Jean-Claude supiera la talla de mis zapatos. Había acariciado cada centímetro de mí con sus manos, fue en un momento u otro. Al parecer, había sido suficiente.

Sin embargo, la falda de cuero tenía un cinturón donde encajaba perfectamente mi sobaquera, y las mangas tenían suficiente tela para que las correas de los hombros no quedaran sobre mi carne desnuda. Las correas laterales se sentían un poco extrañas contra mi piel desnuda cuando me movía, pero era factible. Por supuesto, no había manera de llevar una funda interior en los pantalones o en la falda.

Había añadido un cuchillo en la funda trasera de mi espalda y los de las fundas de la muñeca. La funda de la espalda se mostraba por debajo de la cintura, pero bueno, se esperaba que estuviera armada. Francamente, quería una segunda arma conmigo. Una de las cosas buenas de volar en el jet privado, de Jean-Claude, fue que tenía varias armas para llevar.

Coloqué la mini-Uzi en una correa de hombro. Tenía un gancho que abroché a la parte trasera de la falda para que no se deslizara hacia ningún lado, pero podría sacarla con una mano.

Cuando me la puse, el único comentario de Asher había sido:

—No podemos matar, Anita.

Miré las armas que había colocado sobre uno de los últimos espacios limpios del suelo. Tenía un Derringer estadounidense, una segunda pistola Browning Hi-Power, una escopeta recortada, y una bomba de escopeta.

Lo miré.

—Yo no traje todas la que tenía.

—Me alegro de oírlo —dijo—. Pero la ametralladora es un arma para matar, nada más.

—La razón por la que tengo todo este equipo es porque has dicho que necesitamos hacer un buen espectáculo. Bueno, no puedes causar daño a distancia. No puedes propagar la putrefacción en ninguna de tus picaduras. ¿Qué diablos vamos a hacer, Asher? ¿Qué podemos hacer para impresionarlos? —Levanté la Uzi con la mano izquierda, apuntando al techo—. Si hay alguien con él esta noche que nos pueda matar, lo mato primero con esto.

—¿Y vas a impresionar o asustar a Colin?

—¿Alguna vez has visto como se reduce un vampiro por causa de uno de estos? —pregunté.

Asher pareció pensarlo por unos segundos, como si hubiera visto muchas cosas horribles que no estaba seguro. Por último, sacudió la cabeza.

—No, no lo he visto.

—Bueno, lo tengo. —Coloque de nuevo el arma a la parte baja de mi espalda—. Me impresionó.

—¿Lo hiciste? —preguntó con voz suave.

Sacudí la cabeza.

—No, acabo de ver que lo hagas.

Jamil se arrodilló a mi lado. Llevaba algo que había comenzado su vida como una camiseta negra, pero se redujo tan severamente en el cuello, los brazos y la cintura que parecía más una ilusión de camisa. Cubría sus pezones, y eso fue todo. La parte superior de su cuerpo es impresionantemente muscular y estaba casi desnudo. Íbamos para impresionar esta noche. Mantenía sus jeans negros y yo estaba celosa. Pero Jamil no pertenece a Jean-Claude, por lo que no había habido tiempo para tener alguna pieza de cuero fabricada especialmente para él. A decir verdad, no estaba un cien por ciento comprobado que Jamil viniera con nosotros.

No sólo venía Jamil, también venía Richard. Sorpresa, sorpresa. Jamil

escogió la ropa para Richard. Shang-Da venía también, y él tenía que cambiar su ropa aunque él, como Jamil, nunca habían pertenecido a Jean-Claude íntimamente para tener ropa a la medida. Así que se pondrían todo lo que pudieron encontrar en su maleta. Feliz caza.



DIECISEIS

Damián se había negado a compartir una ducha con Asher a pesar de que ambos estaban sucios y se necesitan para ayudarse a quitar el material de los lugares más difícil de alcanzar. Les sugerí que compartieran la ducha, porque ambos eran chicos. Sabía que Asher es bisexual, pero todavía tenía un poco de mi educación en el hecho de que no importaba quién compartía el sexo con Asher en la ducha como objeto sexual. Lo sabía, y realmente no me molesta, pero de vez en cuando, el conocimiento me sorprendía. No sé por qué. Asher salió de la ducha con sólo una toalla anudada a la cintura. Damián pasó a ducharse. El último de la noche. Jason había ayudado a Asher a raspar las zonas más difíciles de alcanzar. A Jason no le molestan los vampiros. Acaba de entrar, le ayudó a limpiar, y salió. En realidad me había preguntado, poco después de la confesión de Jason, si se burla de los hombres de la misma manera que se burlaba de las mujeres. Parece que no.

Las cicatrices en el pecho de Asher eran muy visibles. Mientras

caminaba, las cicatrices en su muslo derecho brillaban a través de una abertura de la toalla. El resto de él era una perfección de oro pálido. Una vez había conocido lo que era entrar a cualquier sala y que la gente exclamara de asombro ante su belleza. La gente seguía sin aliento, pero no por las mismas razones.

Zane y Cherry estaban siendo muy cuidadosos de no mirarlo. Mantuvieron sus rostros en blanco, pero su malestar hablaba de cómo se sentían.

La expresión del rostro de Asher era suave, como si no se diera cuenta, pero yo sabía que él lo hizo. Jason no apartó la mirada. Había sacado un par de pantalones de cuero, pero esperó para colocarse la camisa y las botas, porque todavía tenía que ayudar a Damián a quitar la mugre de su piel. Se sentó en uno de los ataúdes, balanceando sus pies descalzos, mirándome. Sus ojos se clavaron en el vampiro, después volvió a mirarme.

Oh, diablos. ¿Quién murió y me hizo su madre? Uno pensaría que andar con muchos chicos sobrenaturales y sementales significa que hay un montón de sexo, y la tensión sexual estaba en el aire, pero más que sexo, era dolor. No sé si era porque era una mujer, o qué, pero terminé haciendo un infierno de mucho más que cualquiera que lleva de la mano de los chicos. Tal vez era una cosa de chicas. Ciertamente no me considero compasiva. Así que ¿por qué debo caminar a través de la palabra del vampiro?

Asher estaba arrodillado delante del baúl. Su espalda era suave y casi perfecta, sólo unas pocas cicatrices al final, cuando el agua bendita se había escurrido por su lado. Sus cabellos de oro, colgaban espesos y húmedos, el agua que le deslizaba por su espalda parecían líneas de plata. No había toallas suficientes, por lo que los chicos renunciaron a una segunda toalla para el pelo.

Tomé la toalla de la parte posterior de la silla del escritorio que había utilizado para mi pelo. Se la coloqué ahí para que se pudiera secar. Me acerqué a él y le puse una mano sobre su hombro. Hizo una mueca, bajando la cabeza, tratando de colocar el cabello húmedo para cubrir su rostro lleno de cicatrices. El gesto fue automático, no requería pensarlo, y me duele el corazón de ver que lo haga.

Si fuésemos amantes, habría lamido el agua de su pecho, acariciando mi lengua por las profundas cicatrices, tal vez incluso deslizar una mano bajo la toalla. Pero no éramos amantes, y nunca lo había visto desnudo. No

sabía lo que estaba bajo la toalla. Hubo una vez que me dijo que todavía estaba en pleno funcionamiento, pero que en realidad no veía lo que parecía bajo la toalla. Y estaba muy cómoda con él, no estaba segura de querer saberlo. Si era tan malo como el pecho, estaba casi segura de que no quería ver. Sí, admito que hubo una pequeña parte de mí que quería saber por curiosidad.

Hice lo mejor que pude. Puse mi cara contra la aspereza de su mejilla derecha.

—¿Qué vas a llevar?

Suspiró y apoyó su rostro en mí. Agarró mi mano, deslizándola sobre su pecho húmedo.

—Creo que tendremos que asustarlos. Me pondré muy poco.

Me retiré lo suficiente para ver su rostro. Mantuvo mi mano apretada contra su pecho, descansando en la perfección de su lado izquierdo.

—¿Estás seguro de eso?

Sonrió, pero parpadeó al mismo tiempo, así que no podía leer sus ojos. Me acarició la mano y me dejó ir.

—Estoy acostumbrado al efecto que tienen sobre las personas, *ma cherie*. He tenido siglos para usarlas a mi favor.

Me levanté y cubrí sus hombros con la toalla.

—Vas a necesitarla para tu pelo.

Agarró los extremos de la toalla como un chal, presionando la tela a su nariz y su boca.

—Huele a la dulce fragancia de tu piel.

Toqué un mechón de su pesado pelo de oro.

—Dices cosas muy agradables.

Me miró a la cara, miré el azul helado de sus ojos, y sentí que algo bajo en mi cuerpo se tensaba. Una repentina ola de lujuria me hizo recuperar el aliento. A veces sucede. A veces es sólo un gesto, un giro de la cabeza, y recuperar el aliento, mi cuerpo reacciona en un nivel que no puedo controlar. Cuando esto ocurre, finges que no sucede, lo ocultas. Dios no quiera que el deseo instantáneo sea tan evidente, no debe saber lo que estoy pensando. Pero esta noche, lo dejé expresar en mis ojos. Le dejé ver cómo me conmovió.

Tomó mi mano y dejó un tierno beso sobre mi piel.

—*Ma cherie*.

Jason se acercó a nosotros, apoyado en el ataúd más cercano como lo

había hecho en la mesa.

—Maldito —dijo.

—¿Qué? —pregunté.

—Me has visto desnudo, o casi. Hemos estado cerca y ha sido muy personal.

Suspiró.

—Y no me miras así.

—¿Celoso? —pregunté.

Parecía pensar en eso por un segundo, luego asintió.

—Sí, creo que sí.

Asher se echó a reír y pudo tocarme, su risa me acarició como una pluma por debajo de mi piel como si fuesen sus manos.

—Con ese cuerpo suave, perfecto, en la plenitud de tu juventud, vivo y respirando, y estás celoso de mí. ¡Qué bonito!

Un golpe en la puerta nos salvó de la discusión. Saqué la Browning y me puse de espaldas a la pared cerca de la puerta.

—¿Quién es?

—Es Verne.

Me separé de la puerta y me asomé. Parecía estar solo. Abrí la puerta y lo acompañé al interior. En ese momento estaba de espaldas a mí, apreté el cañón de la pistola en su espalda y di una patada a la puerta para cerrarla.

Se quedó paralizado.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Tú nos dirás —le dije.

—Anita —dijo Asher.

—No, él es el *Ulfric*. Se supone que debe tener su manada bajo control.

Sentía sus costillas a través del cañón del arma.

—Puedo oler la mierda en la alfombra, las sábanas. ¿Colin hizo una visita?

Presioné fuerte el cañón en su espalda como para dejar un moretón.

—Fue un regalo.

—Él nos dio una vez uno de sus regalos —dijo Verne—. Sé lo que estoy oliendo aquí porque la mano de Erin se podría mientras moría.

—¿Por qué debo creerte? —pregunté.

—Si tienes un problema con la gente de Colin, ¿por qué me apuntas con una pistola?

—Uno de tus lobos se llevó a Nathaniel y lo entregó a los vampiros.

Una vez más sentí el movimiento a través del cañón de la pistola cuando giró la cabeza para mirar a la cama.

—¿Por qué no está muerto?

—Ese es nuestro problema —le dije.

Él asintió.

—¿Cuál de mis lobos entrego tu gato a Colin?

—Mira —le dije.

—Mierda —dijo—. Yo sabía que estaba enojada porque Richard había dejado de verla, pero nunca pensé que iría con los vampiros.

Asher se acercó a nosotros.

—Según las reglas de hospitalidad, puedes ser considerado responsable de las acciones de tu manada.

—¿Qué puedo hacer para compensar esta falta al protocolo?

Las palabras sonaban demasiado formales para Verne bajo su acento de origen. Me incliné hacia él, porque el arma no podía estar más cerca, sin entrar en su cuerpo. Tenía que hacer mi punto de vista de alguna manera.

—¿Cómo sé que no le diste la orden de hacerlo?

—Te dije lo que hizo con Erin. Colin dijo que estaba por encima de nosotros, recordándonos que los vampiros son más poderosos que cualquier animal. ¿Cómo diablos curaste a tu leopardo?

—Su nombre es Nathaniel —dije.

Verne tomó una respiración profunda, la dejó salir poco a poco.

—¿Cómo curaste a Nathaniel?

Pasé mi mirada de Verne hasta Asher. Le hice un pequeño gesto con la cabeza, y respaldé suficiente las medidas de seguridad ya que estaría fuera de su alcance, en caso de que Verne estuviera molesto por las armas. Pero me quedé apuntándolo con el arma, porque todavía estaba a diez pies de distancia de él. Incluso un hombre armado con un cuchillo normal, sólo tiene que cerrar esa distancia más rápido que la mayoría de la gente puede desenfundar un arma.

—Fue un gran riesgo para nosotros —dijo Asher.

—¿Cómo? —preguntó Verne.

Se dirigió hacia la cama sin impórtale que yo estuviera allí apuntándolo. Asher le dijo cómo había sanado a Nathaniel.

—¿Y ninguno de los dos fueron envenenados por él? —preguntó Verne.

—Damián fue afectado —dijo Asher.

Verne lo buscó por el cuarto.

—¿Te refieres al vampiro de pelo rojo?

Asher asintió.

—Puedo escucharlo en el baño. Debería estar muerto.

—Sí, él debería —dijo Asher.

Verne dio la vuelta y me miró.

—Nuestra *Vargamor* dijo que sintió esta noche tu poder. Dijo que evocabas una especie de hechizo.

—No sé lo que es un *Vargamor* —dije.

—Una mujer sabia o un hombre sabio de la manada, una bruja por lo general, pero no siempre. A veces, sólo es un psíquico. La mayoría de las manadas no se molestan con ellos. ¿Cómo salvaste al vampiro una vez que comenzó a pudrirse?

Enfundé la Browning. Primero, no podía mantener el arma en las manos desnudas para siempre, segundo, estaba empezando a creer en Verne.

—Soy un nigromante, Verne. Damián es un vampiro. Sólo lo curé.

Entornó sus ojos.

—¿Sólo de esa manera?

Me reí.

—No, no es así. Estuvimos cerca de no hacerlo, pero lo logramos.

—¿Podrías curar a uno de mi pueblo?

—¿Hizo daño Colin a alguien de tu gente esta noche? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—No, pero si estamos contigo en su contra, lo hará.

—¿Por qué están con nosotros en esto? —pregunté.

—Porque odio a ese hijo de puta chupador de sangre.

—Si eso es cierto, entonces Mira rompió la ley de la manada —dijo Jason.

Verne asintió.

—Normalmente, le daría patadas en el culo. Ella me desobedeció, ella lo perjudicó. Tu problema tiene prioridad. —Miró a Asher, luego a mí, como si no estuviera un cien por ciento seguro de pedir permiso—. ¿Qué puede hacer mi manada para ayudarlos?

Lo miré con la cabeza hacia un lado. No me gustaba la idea de que uno de sus lobos había traicionado a Nathaniel. Esto me hizo no confiar en él. Pero entendía por qué estaba enojada Mira. Richard la había dejado. Una

mujer despreciada es peligrosa.

—En primer lugar, hay que retrasar la ceremonia de saludo —dije—. Nosotros vamos a patear el culo de los vampiros, no habrá tiempo para nada más esta noche.

Verne asintió.

—Hecho.

—Y quiero la cabeza de Mira en una cesta —le dije.

—Necesitamos un lugar para reunirnos con Colin —dijo Asher.

—Nuestro lupanar está listo para la reunión —dijo Verne.

—Muy generoso —dijo Asher.

Era generoso. Tal vez demasiado generoso.

—Entiendes que nosotros no vamos a matar a Colin. Que pase lo que pase esta noche, a menos que nos ataque y nos obligue a defendernos, nosotros te abandonaremos en pocos días, y Colin seguirá siendo dueño de la ciudad.

—¿Quieres decir que si les puedo ayudar hacerle daño, nos puede guardar rencor? —dijo Verne.

Yo asentí.

—Sí.

—Erin era un buen chico. Ni siquiera era uno de los jóvenes que estaba en contra de los vampiros. Lo eligieron a él, porque era uno de mis lobos.

—Nathaniel dijo que a Mira le habían pagado para llevar a uno de nuestros animales a Colin —dije.

—Suena como él.

Las manos de Verne se cerraron en puños, y su poder corrió a través de la habitación como una línea de calor.

—Durante diez años he querido que pague por lo que pasó con Erin, pero no he tenido el poder para enfrentarlo.

—¿No quieres verlo muerto? —pregunté, y pareció sorprendido.

—Colin, en su mayor parte, nos deja tranquilos. Pero mejor aún, no puede llamar a los lobos. Si lo matamos, un nuevo maestro aparecerá, tal vez uno que pueda controlar a los lobos. Tal vez uno más grande, más malo que el hijo de puta. Matarlo sería grandioso, pero no hasta que no sepa lo que le costaría a mi manada.

—El diablo que conoces o el diablo que no —dije.

Verne me miró por un segundo, luego asintió.

—Sí.

—Genial —le dije—, vamos a calentar el fuego de este demonio en particular, y asaremos la carne de sus cojones.

Por una de las pocas veces en este viaje, todos parecían estar de acuerdo. Estaba acostumbrada a matar a los vampiros, no a castigarlos, porque había aprendido hace mucho tiempo que, o bien sacrificas a los monstruos o los dejas solos. Una vez que tire de la cola, metafóricamente hablando, no estaré muy segura de cómo van a reaccionar. Sabía exactamente cómo reaccionaría Colin. La cuestión era que cantidad de sangre se derramaría y, posiblemente, podríamos sacar esto adelante sin que algunos de los nuestros mueran. Me importa un bledo si matamos a algunos de la gente de Colin, de hecho, tenía una especie de ganas de hacerlo.



DIECISIETE

Caminé a través de un mundo de sombras bajo la luz de la luna plateada y el negro contorno de los árboles. Las botas eran de tacón bajo y encajan bastante bien, no eran realmente malas para caminar por el bosque. No eran incómodas, pero el calor y el ruido no las hacían mejor. El sudor corría por la curva de mis rodillas debajo de las medias de nylon y el cuero. Había añadido una chaqueta de cuero que le había quitado a Jason. La chaqueta escondió la mini-Uzi y una bolsa de cuero que llevaba colgada de un hombro. La bolsa es de Cherry y tenía una lata de aerosol para el cabello. Tenía un mechero de oro en el bolsillo de la chaqueta. El encendedor pertenecía a Asher. Hacía demasiado calor para usar la chaqueta.

Todo el cuero crujía y suspiraba cada vez que me movía. En otras circunstancias, hubiera sido interesante, ahora era irritante. Un consejo de seguridad importante: No trates de sorprender a la gente vistiendo cuero nuevo. Al menos, no a las personas con audición sobrenatural. Por

supuesto, nadie se escaparía esta noche.

Los vampiros sabían que íbamos a venir.

La gente de Verne había entregado el mensaje. Una vez que Richard llegara a la escena, hice caso omiso de mi naturaleza sospechosa. Verne, le dijo donde se encontraban los vampiros y por qué. Entonces, por supuesto, Richard le creyó. A decir verdad, yo también, pero todavía me molestaba la facilidad con que Richard aceptó la palabra de Verne.

Por supuesto, Richard había estado visitando la manada de Verne desde hace varios años cada verano. Son amigos. Yo respetaba la amistad, sólo no siempre confiaba. Bueno, no me fiaba de los amigos de otras personas. Confié en mi cuenta, porque confiaba en mi propio juicio. Lo que significaba, supongo, que todavía no confió en el juicio de Richard. No, no lo hice.

Pensar en él era suficiente. Pude sentirlo acercándose por mi lado izquierdo, como una presencia cálida que se mueve a través de la noche de verano. Tuve un momento de sentimientos encontrados. Podía sentir el ritmo de su cuerpo cuando se movía. Casi me mareo, di tropezones, alejando la imagen.

Zane me tomó del brazo.

—¿Estás bien?

Asentí y se apartó. No lo conocía muy bien todavía. Si tuviera elección, no soy tan sentimental con la gente que no conocía. Sin embargo, el momento en que se apartó, sentí echarme para atrás. Sabía sin ninguna magia, que había herido sus sentimientos. Soy su *Nimir-ra*, su reina leopardo, y se suponía que no debería desagradarme. No sabía si pedir disculpas lo haría mejor o peor, así que no dije nada.

Zane se alejó por el bosque, dejándome sola. Llevaba pantalones de cuero, chaleco y botas que había llevado en el avión. Es curioso cómo el guardarropa personal de Zane estuvo muy bien para esta noche.

Richard dejó de moverse y me miró desde la distancia que nos separaba. Estaba vestido de negro, pantalones de cuero y una camisa de seda que se aferró a su nuevo cuerpo, mejorado, musculoso. Estaba levantando pesas desde que Jean-Claude mandó a sacar las últimas medidas para sus camisas. Vestía todo de negro, un color que nunca le había visto. La luz de la luna era lo suficientemente fuerte que pude ver su rostro destacar con el color de su ropa, y sólo sus ojos se perdieron en la sombra, como si estuviera ciego. Incluso desde aquí, lo sentía como una línea de

calor en mi cuerpo.

Anteriormente, Asher me había hecho sentir esas cosas en mi cuerpo. Pero ahora, estando de pie en los bosques calientes del verano, mirando como la luz de la luna se reflejaba en la seda y el cuero en el cuerpo de Richard, viendo como su cabellos caían como una nube alrededor de los hombros, me puso el pecho apretado, más cerca de las lágrimas que a la lujuria, porque ya no era mío más. Si me gustó esto o no, si quería o no, siempre me arrepentía de no haber estado con Richard. Había tenido otras oportunidades en el pasado por estar con otros chicos en la intimidad, pero nunca había lamentado antes decir que no. De hecho, siempre me sentí como si hubiera esquivado una bala. Sólo Richard me hizo lamentarlo.

Él empezó a caminar hacia mí. Esto me hizo mirar hacia otro lado como si hubiéramos estado en un restaurante o algo así, y me sorprendí mirando a mi ex. Me acordé de una noche, justo después de la universidad, cuando había estado en un restaurante con algunos amigos, y vi a mi ex-novio con su nueva novia. Había caminado hacia nosotros como si fuera a presentármela. Había huido al baño de damas y me escondí hasta que una de mis amigas se acercó y me dijo que no había moros en la costa. Hace cuatro años, corrí a esconderme porque me había abandonado y no parecía echarme de menos. Ahora me mantuve firme, pero no porque Richard me haya abandonado. Mantuve mi postura, porque mi orgullo no me dejaría correr entre los árboles y fingir que no había escapado. Ya no escaparía de nuevo.

Así que me quedé allí en la oscuridad de plata, sentí los latidos de mi corazón en la garganta, y esperé a que viniera a mí.

Jamil y Shang-Da estaban de pie, juntos en la oscuridad, observando, pero no vinieron tras él, como si les hubiera dicho que se quedaran. Incluso desde aquí, me di cuenta que a Shang-Da no le gustó. Por lo que pude ver, Shang-Da no se había cambiado de ropa. Todavía estaba con su conjunto negro, totalmente mono cromado traje hecho a la medida, camisa y accesorios.

Richard se detuvo a dos metros delante de mí. Él sólo me miró y no dijo nada. No pude leer su expresión, y no podía leer su mente.

Rompí el silencio con un balbuceo.

—Lo siento, Richard. No quise invadir tu mente.

Todavía no soy buena controlando las marcas.

—Eso está bien —dijo. ¿Por qué las voces en la oscuridad pueden sonar

mucho más íntimas?

—¿Estás de acuerdo con el plan de Asher para esta noche? —pregunté, más por decir algo, mientras que él me miraba con pensamientos malos.

Verne había aprendido a través de Mira que Colin creía que Asher iba a ser su reemplazo. Ambos maestros eran de una edad equivalente. Colin era más poderoso, pero gran parte de esa energía adicional podría haber sido de los lazos que le hizo dueño de la ciudad. Era la primera vez que había escuchado que ser dueño de la ciudad le daba a un vampiro un poder adicional. Vivir y aprender.

—Entiendo que Asher tiene que convencer a Colin que no quiere el trabajo —dijo Richard.

Asher había decidido que la manera de hacerlo era convencer a Colin que estaba perdidamente enamorado de mí, y de Jean-Claude. No estaba segura de cómo me sentía sobre el plan, en realidad. Pero todos estuvimos de acuerdo, incluso Richard, que los vampiros locales no creen que los lazos de amistad y la nostalgia de Asher lo hicieran feliz donde estaba. Los vampiros son como la gente en un sentido, ellos creen que una explicación sexual antes de una inocente. Incluso la muerte no cambia el carácter humano de estar dispuesto a creer lo peor de una persona en lugar de los mejores.

—No es asunto mío lo que haces o con quien lo hagas, ¿recuerdas? —Su voz era mucho más neutral que sus palabras.

—Recuerdo —dije. Sacudí la cabeza—. Si se supone que debemos hacer alarde hoy de nuestro poder, eso significa que tenemos que usar las marcas. Mira les dijo que estabas entrevistando a tu nueva *Lupa*. Saben que no somos un artículo —le dije.

—No tienes que demostrar felicidad familiar, Anita, sólo el poder. Me tendió su mano.

Me quedé mirándola. La última vez que me llevó a través de los bosques de verano había sido la noche que mató a Marcus. La noche en que todo había salido mal.

—No creo que pueda dar un paseo por el bosque, Richard.

Su mano se cerró en un puño.

—Sé que todo lo manejé mal aquella noche, Anita. Nunca me habías visto cambiar de forma, y pasó encima de ti, mientras que no podías escapar. He pensado en eso. No podía haber elegido una peor manera de mostrarte lo que era. Lo sé ahora, y lamento haberte asustado.

No disimulé mi miedo, pero no lo dije en voz alta. Él se estaba disculpando, y yo iba a aceptar.

—Gracias, Richard. No quise hacerte daño. Acabo de…

—No lo pudiste manejar —dijo.

Suspiré.

—No lo pude manejar.

Él me tendió la mano.

—Lo siento, Anita.

—Yo también, Richard.

Me dio una pequeña sonrisa.

—No hay magia, Anita, sólo tu mano en la mía.

Sacudí la cabeza.

—No, Richard.

—¿Miedo? —preguntó.

Le miré fijamente.

—Cuando necesitemos sacar nuestras marcas, te puedo tocar, pero no aquí, no ahora.

Él extendió su mano para tocar mi rostro, y oí la seda de su camisa rasgarse. Bajó el brazo y puso tres dedos en las costuras rotas.

—Esta es la tercera vez que pasa.

Abrió la costura en el otro brazo, poniendo toda la mano en la abertura. Se volvió y me mostró su espalda. Las costuras en los hombros se habían retirado en ambos lados, como bocas.

Me reí, y no lo hago a menudo.

—Te ves como el Increíble Hulk.

Flexionó los brazos y los hombros como un culturista. El aspecto de burla en su cara me hizo reír. La seda se rasgó con un sonido casi húmedo, como si rasgara un paño.

Su carne bronceada se expuso pálida a través de la tela negra, como si un cuchillo invisible la rompiera con sólo rozarla. Se enderezó. Arrancó mal una manga del hombro y se agitaba en torno a su brazo. Las costuras en la parte superior de su pecho eran como sonrisas gemelas.

—Me siento como un dibujo animado —dijo.

Se volvió y me mostró su espalda. La camisa se había roto en la espalda, colgaba en jirones.

—Está para botarla —dije.

—Demasiadas pesas, desde que tomaron las medidas para la camisa.

—Estás peligrosamente cerca de ser demasiado musculoso —le dije.

—¿Podré alguna vez estar demasiado musculoso? —preguntó.

—Sí, tú puedes —dije.

—¿No te gusta? —preguntó.

El agarró la parte delantera de la camiseta y tiró. Se rompió en mil pedazos de seda negra, la rasgó con un grito suave. Me tiró la seda. La cogí por reflejo, sin pensar. Agarró lo que quedaba de la camisa sobre sus hombros y se la pasó sobre su cabeza, exponiendo cada centímetro de su pecho, y hombros. Estiró sus brazos hacia arriba, moldeando los músculos en su piel desde el estómago hasta el hombro.

No sólo me hizo perder el aliento, me hizo agarrarlo y sostenerlo, olvidándome de respirar durante unos segundos, para cuando me di cuenta, mi aliento salió como un jadeo. Tanto por ser cool y sofisticado.

Él bajó los brazos y todo lo que quedaba eran las mangas. Las retiró como una stripper cuando se quita los guantes largos y dejó caer los trozos de seda en el suelo. Se quedó mirándome, desnudo de la cintura para arriba.

—Tengo que aplaudir o decir: Mi, mi, Sr. Zeeman, ¿qué hombros tan grandes que tienes? Soy consciente de que tienes un gran cuerpo, Richard. No tienes que restregarlo en mi rostro.

Caminó hasta que estuvo tan cerca de mí, que con un pequeño movimiento haríamos contacto.

—¡Qué buena idea! —dijo.

Le fruncí el ceño, porque no lo estaba siguiendo.

—¿Qué es una buena idea?

—Frotar tu cara en mi cuerpo —dijo, su voz tan baja que era casi un susurro.

Me sonrojé y esperaba que no lo pudiese ver en la oscuridad.

—Es una expresión, Richard. Sabes que no lo decía en serio.

—Lo sé —dijo—, pero sigue siendo una buena idea.

Di un paso atrás.

—¡Vete, Richard!

—No sabes el camino hacia el lupanar —dijo.

—Voy a buscarlo por mi cuenta, gracias, de todos modos.

Empezó a acercarse para tocar mi cara, y casi tropezó. Mostró una sonrisa y se fue rápido, corriendo entre los árboles. Podía sentir el poder titilar como el viento en la vela. Subió la energía de los bosques, la noche, la sobrecarga de la luna, y si quería, podía ir al paseo. Me quedé allí,

abrazando mis brazos, concentrándome en bloquearlo, cortando el poder entre nosotros.

Cuando me sentí sola y encerrada en mi propia piel de nuevo, abrí los ojos. Jason estaba tan cerca que me hizo saltar. También me di cuenta de lo descuidada que había sido.

—Maldición, Jason, me asustaste.

—Lo siento. Pensé que alguien debe quedarse atrás y asegurarse de que los vampiros no te lleven.

—Gracias, no pensé en eso.

—¿Estás bien? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—Estoy bien.

Él sonrió, y no había suficiente luz de la luna para ver la risa en sus ojos.

—Se está poniendo cada vez mejor en eso —dijo Jason.

—¿Mejor en qué? —pregunté—. ¿Ser *Ulfric*?

—Cómo seducirte —dijo Jason.

Me quedé mirándolo.

—¿Tú sabes que estaba celoso por la forma en que miraste a Asher? —asentí—. La forma que ves a Richard… —Se sacudió la cabeza—. Es algo.

Tomé una respiración profunda y dejé escapar el aire lentamente.

—No importa.

—Es importante —dijo—. No te hace feliz, pero es importante.

Y para eso, no había absolutamente nada que pudiera decir. Empezamos a caminar por el bosque en la dirección que todos los demás habían ido. No necesitamos ninguna apestosa dirección.



DIECIOCHO

Encontramos el lupanar, y no necesitamos direcciones. Tuvimos el olfato de Jason y mi capacidad de sentir a los muertos. Había creído que todos los lupanares eran iguales, pero a metros de distancia de éste, sabía que estaba mal. Lo que estaba más adelante se había mezclado con la muerte: muerte vieja. Se sentía casi como una tumba inquieta. A veces, estando en el bosque, encuentras una. Una vieja tumba en la que alguien fue enterrado sin ritos, sólo un agujero de poca profundidad en el suelo. Los muertos no se preocupan mucho por los agujeros poco profundos. Tiene que ser amplia y profunda, o se inquieta. La cremación se encarga de todo ello, en realidad. Nunca había conocido a un fantasma de alguien que había sido cremado.

Pudimos ver el suave brillo de las lámparas a través de los árboles cuando Jason se detuvo, tocando mi brazo por la atención.

—No me gusta lo que estoy oliendo —dijo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Un cuerpo sobre el suelo durante mucho tiempo.

—¿Un zombi? —Hice una pregunta.

Sacudió la cabeza.

—No, más seco, más que eso.

Los dos nos miramos. Estaba segura de que ambos estábamos pensando lo mismo. Vampiro podrido. Me di cuenta que estaba agarrando su brazo, y él se agarraba al mío. Nos quedamos en la oscuridad, como niños preguntándose si el ruido era realmente un monstruo o si fue el viento. Ninguno de nosotros dio el siguiente paso para averiguarlo. Si hubiéramos estado en cubierto, estaríamos sobre ellos.

Si hubiéramos ido allí sólo para matarlos, me habría ido bien. Acuchillar y quemar, esa maniobra era mi estilo últimamente. Cada vez que nos acercamos a los vampiros en su propio territorio, por sus propias normas, terminados lesionados. De repente me di cuenta de lo mucho que no quería entrar en ese lugar y negociar con los monstruos. Quería tener un arma bajo la barbilla de Colin y apretar el gatillo. Quería hacer eso. No quería caminar por allí y darle poder sobre mí a través de algunas antiguas reglas de hospitalidad entre los enfermos de anemia.

Damián se deslizó a través de los árboles. Estaba vestido con el uniforme vampiro estándar, pantalones de cuero negro tan apretados que sabía que no había otra cosa debajo de ellos. Pero llevaba una camiseta escotada de seda negra. Se veía casi como una camisa de mujer. Su pelo hasta los hombros ayudó a la ilusión de la feminidad, pero el pecho y los hombros que se asomaban de la camisa arruinó el efecto: masculino, definitivamente masculino.

Jason llevaba un traje casi idéntico, salvo la camisa y los pantalones de satén. Aunque las botas altas son idénticas. Por primera vez, me di cuenta de que Jason era más amplio a través de los hombros que Damián. ¿Había ocurrido recientemente? Miré del hombre lobo al vampiro, sacudí mi cabeza. Crecen tan rápido.

Lo que dije en voz alta fue:

—Ustedes parecen cantantes de una banda gótica.

—Todo el mundo te está esperando —dijo Damián.

Me di cuenta de que todavía no quería ir. Sentí a Jason sacudir la cabeza.

—No —dijo.

—Tienes miedo —dijo Damián.

Jason asintió. Le fruncí el ceño. Jason y yo somos por lo general más valientes que esto, no importa qué cosas desagradables se encontraban en la habitación de al lado, o en la siguiente, según el caso.

—¿Qué pasa, Damián? ¿Qué está pasando?

—Te dije lo que Colin es.

—Lo llamaste una bruja de la noche. Se puede alimentar de miedo. ¿Se supone que es una pista? —pregunté.

—Él también puede causar temor en los demás —dijo Damián.

Respiré profundo y traté de relajar mi agarre en el brazo de Jason. Él mantuvo su agarre de muerte.

—Eso tiene sentido —le dije—. Siempre se puede garantizar una comida de esa manera, ¿verdad?

Damián asintió.

—Pero también lo disfruta. El miedo es como una droga para una bruja de la noche. Mi viejo maestro dijo que era mejor que la sangre, porque podía caminar a través de un mundo lleno de miedo. Si ella lo deseaba, podía moverse a través de un mundo que temblaba, muy ligeramente, a su muerte.

—¿Y eso es lo que Colin hace esta noche? —pregunté.

Jason dejó caer la mano de mi brazo. Estuvo tan cerca que rozó mis brazos, pero no nos apiñábamos en la oscuridad como los conejos.

—Por lo general puedo decir cuando un vampiro está haciendo cosas en mi mente. Eso bueno.

—Este poder es diferente de mi otro maestro, Anita. Mi primer maestro dijo que era como la respiración de un ser humano, algo que haces sin pensar en ello. Él podría intensificarlo, pero en realidad nunca podrás detenerle. Un bajo nivel de temor te rodea en todo momento.

—¿Los asustaba en su cama? —preguntó Jason. Creo que quería decirlo como una broma.

La mirada en el rostro de Damián, incluso bajo la luz de la luna no era graciosa.

—Sí —dijo—. Sí, lo hacía.

Me miró, y hubo una intensidad en su cara que no me gustó. En realidad se acercó a mí, entonces dejó caer la mano.

Finalmente dijo:

—Algunos de los maestros pueden alimentarse de otras cosas, no sólo

del miedo.

—¿Qué más? —pregunté.

Asher respiraba por mi mente, y debe de haber hecho lo mismo con Damián, porque los dos saltamos. Su voz era como un susurro en una sala cercana, casi como si se tratara de sonido sin palabras.

—¡Date prisa!

No hubo más palabras. Nos apuramos.

La luz de la linterna se veía a través de los árboles como pequeñas lunas amarillas. Damián se deslizó a través de esa última línea de árboles en el claro. Yo no levito. Me tropecé con el borde exterior del claro. Había un círculo de poder en esta tierra tan antiguo y tan menudo que era como una cortina alrededor del lupanar. Se necesitaría muy poco poder para traer cualquier cosa que esté viva aquí.

Cuando dejé de ver con la visión interior y miré hacia el claro, dejé de caminar. Me quedé allí y miré fijamente. Jason se quedó de pie y miró conmigo. Los dos, estábamos muy cansados, pero el lupanar del Clan de Roble valía la pena una mirada o dos.

Esto era un enorme claro con un árbol de roble en el centro de ello, pero eso era como decir que el Empire State Building es alto. El árbol era como un gigante de gran extensión. A cien metros de altura, se levantaba y subía. Había un cuerpo colgado de una de las ramas más bajas. Un esqueleto con trozos secos de tendones en un brazo. El otro brazo se había desintegrado, cayendo al suelo. Había huesos por todas partes bajo el árbol. Huesos blancos, huesos amarillentos, huesos tan viejos que eran grises por el desgaste del tiempo. Una alfombra de huesos tendida debajo del árbol, llenando el claro.

El viento se levantó, corriendo por el bosque. Sobre las hojas de los robles y sonando como un susurro. La cuerda sobre el esqueleto crujió cuando se balanceó en el viento. Y con aquel crujido, mis ojos se volvieron hacia el árbol, porque había docenas de cuerdas crujiendo. La mayoría de ellas estaban vacías ahora, rotas o desgastadas en terminaciones irregulares, pero las cuerdas crujían y se movían con el viento, subiendo y subiendo. Seguí las cuerdas hasta la cima del árbol por lo que podía ver en la oscuridad por luz de la luna. El árbol tenía que tener más de cien años, y había trozos irregulares de cuerda en su parte superior. Habían estado colgando cuerpos en este árbol durante un tiempo muy largo.

El esqueleto de repente giraba en el viento cada vez mayor, con la

mandíbula abierta, las cuencas vacías que reflejaron la luz de la linterna por un segundo. Los tendones de la mandíbula cedieron, y la mandíbula colgaba, balanceándose a un lado, como un gozne roto. Tenía el impulso de correr por el campo de huesos y lanzar la mandíbula o volver a colocarla en su sitio, cualquier cosa para que los huesos dejaran de menear en el viento.

—Dios mío —susurró Jason.

Lo único que pude hacer fue asentir. No me quedaba sin habla a menudo, pero no tenía palabras para esto.

Damián se había detenido y volvió a estar junto a nosotros. Parecía estar esperando, como si fuera nuestra escolta. Finalmente quité la mirada del árbol y de su pesada carga. Había bancos que formaban tres lados de un triángulo desconectado. Había espacio suficiente entre cada banco para que no se sintiera atestado de gente, sin embargo, se sentía lleno de personas, casi como si el aire mismo estaba lleno de cosas ocultas, corriendo de acá para allá, pasando junto a mí erizando mis bellos.

—¿Sentiste eso? —pregunté.

Jason me miró.

—¿Sentir qué?

Supongo que no. Eso significaba que lo que estaba aglomerado en el aire no era algo que un cambiaformas sintiera. Entonces, ¿qué era? Había un vampiro sentado en un banco cercano, me miraba fijamente. Tenía el pelo castaño, corto por lo que su cuello estaba pálido y desnudo. Sus ojos parecían muy oscuros, tal vez marrones, tal vez negros. Él sonrió, y sentí correr su poder sobre mí. Estaba tratando de seducirme con sus ojos. Por lo general, trato de apartar la mirada, pero no me gustaba lo que estaba sintiendo en este lugar. Poder, y no es de vampiros. Aparté la vista de sus ojos, estudiando la curva pálida de su mejilla. Sus labios eran carnosos, el labio superior se formó en un arco perfecto, muy femenino. El resto de la cara eran puntos y ángulos, la barbilla afilada, la nariz demasiado larga. Era un rostro agradable con excepción de la boca y los ojos de largas pestañas, oscuros y profundos que me ahogan como espejos negros.

No miré fijamente en sus ojos. Me sentía insegura, como si el suelo bajo mis pies no era muy sólido. Richard debería haberme hablado sobre el lupanar. Alguien debería haberme preparado. Más tarde, estaría enojada porque nadie había dicho nada, ahora, sólo estaba tratando de averiguar qué hacer al respecto. Si el clan de Verne practicaba sacrificios humanos, entonces tenían que ser detenidos.

Damián se colocó delante de mí, bloqueó mi punto de vista de los éteres.

—¿Qué pasa, Anita?

Le miré. Lo único que me impidió perderme en ese momento frente a otros vampiros era Richard. Él nunca habría tolerado el sacrificio humano. Ah, él podría haber venido aquí una vez, y nunca volver, y no llamar a la policía, pero él nunca habría regresado año tras año. Sencillamente, no lo habría aprobado.

Tal vez esta era la forma del Clan de Verne tratar a sus muertos. Si fuera cualquier otra cosa, me gustaría llamar a la policía del estado, pero no esta noche. No, a menos que sacaran una víctima gritando. Si lo hacían, entonces todas las apuestas estaban disipadas.

Sacudí la cabeza.

—¿Podría equivocarme? —dije.

Entré en el claro, caminando hacia nuestro pequeño grupo. Parecía como si los tres grupos tenían la misma cantidad de personas. Esta situación era típica de un encuentro entre los grupos de sobrenaturales. Siempre se negoció su séquito.

Richard se levantó y vino a mi encuentro. Tomé su mano cuando me la ofreció, pero extrañamente, justo en ese momento, no me importaba si llevaba la camisa o no. Estaba enojada con él. Enojada con él porque no me preparó para este lugar. Tal vez pensó que nada más me sorprendería, o tal vez… Oh, diablos, no lo sabía, pero se había jodido de nuevo.

Así que lo dejé sostener mi mano, y el tacto de su carne no significaba nada. Estaba demasiado confusa y trabajando muy duro en mantener los estribos para no ser seducida en ese momento.

—Quítate la chaqueta, niña, vamos a echar un vistazo a lo que tienes — dijo una voz.

Me di la vuelta lentamente, buscando el dueño de esa voz.

El vampiro tenía el pelo que habría llamado de oro si no hubiera tenido el pelo Asher para compararlo. El pelo era corto. Sus ojos podrían haber sido de color azul o gris en la luz incierta. Su cara se había congelado antes de que él alguna vez hubiera cumplido veinte. Todavía era lo suficientemente joven, su rostro era delgado y liso, como si se hubiera muerto antes de ser capaz de cultivar una barba decente.

Tenía el rostro de un niño en un marco alto, desgarbado, como si hubiera sido torpe en la vida. No fue torpe cuando se pudo de pie. Llegó a

sus pies en un movimiento tan suave que parecía bailar. Estuvo de pie, con un movimiento y en sus ojos tenía una mirada negra de vampiro, como si fueran dos partes de un todo.

Había una mujer humana entre los ocho de ellos. Parecía una americana nativa, con pelo largo hasta la cintura, era tan negro como el mío. El suyo era recto y abundante. Su piel era de color marrón oscuro, el rostro casi cuadrado, con grandes ojos de color marrón que tenía pestañas tan espesas que, incluso desde la distancia eran visibles.

Si llevaba maquillaje, no lo sabía. Ella es una de esas mujeres que llama la atención, en lugar de hermosa, destacaba demasiado fuerte la belleza convencional, pero no olvidas la cara una vez que la ves.

—Vamos, niña, despójate —dijo el vampiro de cara joven—. Hemos visto a todo el mundo, casi todos los demás lo han hecho. Sería una fuerte decepción si no consigo ver tus golosinas, también.

El rostro de la mujer permaneció maravillosamente en blanco, pero había una fuerte tensión en sus hombros, dio un ligero giro a la larga línea del cuello. Ella no parecía estar disfrutando del espectáculo.

La mano de Richard apretó la mía. Al principio pensé que estaba tratando de advertir que no me enoje, pero una mirada a su rostro, y fue al revés. Estaba tranquilo. La noche se iba cuesta abajo bastante rápido si se suponía que estaba en calma.

—¿Eres siempre tan ofensivo, o recibo un trato especial? —pregunté.

Se rió, pero era una risa, normal, humana. No podía hacer los trucos de voz que Jean-Claude e incluso Asher podían hacer. Por supuesto, Colin tenía otros talentos. Había visto los otros talentos tallados en el pecho de Nathaniel. Asher estaba de pie. Había comenzado la noche usando satén azul pálido, sólo dos tonos más oscuro que sus ojos azules. La chaqueta llevaba un bordado azul más oscuro en las mangas y solapas. Sujeto con uno de esos lazos de seda sobre un gran botón. Los pantalones emparejaban la chaqueta perfectamente. Había tratado de llevar la chaqueta sin camisa. Su pecho había sido muy visible. Las cicatrices habían parecido más duras contra la suave tela azul. Él se había mirado en el espejo de la habitación por un largo tiempo. Al final, había puesto una camisa de seda blanca bajo la chaqueta.

Ahora que la camisa blanca estaba en ruinas. Parecía que se la había arrancado unas uñas gigantescas. Su pecho se mostraba muy claramente a través de la tela en ruinas. No había sangre. Sólo había visto tres vampiros

que podrían causar daño a distancia. Uno de ellos había sido un miembro del Consejo. Pero ninguno de ellos había tenido el control para triturar con delicadeza la tela tan cerca de la carne y no extraer sangre. Estábamos profundamente en el concurso de meadas. Hasta el momento, Colin estaba ganando.

Miré a Shang-Da y a Jamil, de pie justo detrás del banquillo. Se veían intactos, sanos y salvos.

—Algunos guardaespaldas —dije.

—No estamos aquí para proteger a los vampiros —dijo Shang-Da.

Miré a Jamil. Se encogió de hombros.

Genial, simplemente genial. Zane estaba aún más lejos detrás de los lobos. No parecía tener su ropa desgastada, sino que también parecía perdido, como el abstemio en una degustación de vinos.

—¿Tenía que detenerlo? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—No, Zane. No tú.

Me ahorré un vistazo a Richard, preguntándome por qué acababa de dejar a todos de pie alrededor. Entendí a Asher. Pedir ayuda es un signo de debilidad.

—Elimina la chaqueta, o la quitaré por ti —dijo Colin.

—Colin, has hecho tu punto.

La voz de la mujer fue sorprendentemente profunda, rica, ebria.

Colin le acarició la mano, sonrió, pero sus palabras no eran suaves.

—Les diré cuando mi punto se ha hecho, Nikki.

Se separó de ella, entonces, la despidió, y mostró el dolor de aquel despido.

Por un momento, la cólera se encendió en aquellos ojos oscuros, y sentí su poder. Su poder, no el suyo. Ella era una bruja o una vidente o algo que no tenía palabra.

Humanos, en la misma forma que yo era un ser humano: apenas.

La ira se desvaneció detrás de esa cara oscura, estoica, pero sabía lo que había visto. Ella no lo quería, ni él a ella. Pero ella era su criado humano, obligado por toda la eternidad, para bien o para mal.

—¿Quieres ver lo que hay debajo de la chaqueta? —le dije—, ven aquí y ayúdame a salir de ella. Sería lo más caballeroso.

—Anita —dijo Richard.

Le di unas palmaditas en el brazo.

—Está bien, Richard. Tranquilo.

La expresión de su cara fue suficiente. Él no confía. Gracioso, a nuestra manera, ninguno de nosotros confía en el otro.

Miré a Asher. No compartimos ninguna marca. No podemos leer los pensamientos del otro. Pero no hacía falta. Estábamos con el culo pateado porque los hombres lobo no estaban ayudando.

Miré a los ocho hombres-lobos que eran locales. Verne se sentó en el banco con sus lobos a su alrededor. Dos de ellos iban en forma de lobo completo, excepto que eran más grandes que caballos, o que cualquier lobo gris normal. Verne se encontraba todavía con su camiseta y vaqueros. Nadie se había vestido, pero nosotros sí. Incluso los otros vampiros estaban sólo en trajes y vestidos.

Nunca había visto vampiros vestidos así… normalmente. La mayoría de ellos tenía un sentido del estilo, o al menos el teatro. Ellos montan un buen espectáculo. Desde luego, en la presencia de árboles cubiertos de huesos ¿Qué mejor espectáculo que este? Por supuesto, el lupanar se suponía que era nuestro lugar de interés turístico, no el de Colin. Una vez más, me preguntaba si podía confiar en Verne, en la medida que Richard pensó que podía.

Caminé un poco en el centro del triángulo formado por los tres bancos. Esperé que Colin se uniera a mí.

Se quedó parado junto al vampiro de mirada negra, sonriendo.

—Ahora, ¿Por qué gastaría energía en andar unas cuantas yardas cuándo puedo desnudarte desde aquí?

Le sonreí y le hice burla.

—¿Tienes miedo de acercarte demasiado?

—Admito que eres una cosa pequeña y delicada, pero las apariencias suelen engañar. He utilizado este rostro joven más de una vez para engañar a los incautos. No soy el incauto, Anita Blake.

Él extendió una mano pálida, y sentí el poder sobre mi piel antes de que acuchillara en la parte frontal del terciopelo. La cruz salió en tropel como una estrella en cautividad puesta en libertad. La cruz brilló blanca y tuve cuidado de mirar hacia los lados de ella para no quemarme. Se quemó como el magnesio, tan brillante que era casi doloroso. Las cruces resplandecen en torno a los vampiros, pero no brillan como las supernovas pequeñas a menos que esté en serios problemas. Nunca había tenido un resplandor como este cuando no tenía miedo aún. Siempre había asumido

que la cruz reacciona a mi nivel de miedo como un anillo santo de estado de ánimo. Esta noche, por primera vez, me di cuenta de que podría haber sido mi fe que le permitió brillar, pero una vez que la fe estaba en su lugar, otra cosa se hizo cargo. No se haga mi voluntad sino la tuya.

Colin y los vampiros reaccionaron del mismo modo que se suponía. Se encogieron, arrojando sus brazos, sus chaquetas o en cualquier caso, una capa, por delante de sus ojos. Escondiéndose de la luz.

A excepción de Colin y el vampiro de ojos negros. ¿Por qué no me sorprende que los dos fueran lo suficientemente viejos y lo suficientemente potente como para hacer frente a la cruz? Ellos no estaban contentos sobre ello. Ellos protegían sus ojos, entrecerrándolos contra la luz, pero no estaban agazapados.

—Acuchíllame otra vez, niño colmillos, a ver qué más se cae.

Él hizo lo que le pedí. Realmente no había pensado que lo intentaría. Me acuchilló a través del aire, pero el poder desapareció como la línea divisoria de las aguas alrededor de una roca.

—Si quieres lastimarme, Colin, vas a tener que venir cerca y hacerlo personal.

—Podría traer a Nikki y pedirle extraer tu garganta.

—Pensé que eras mierda caliente, Colin. ¿O es sólo cuando tienes jóvenes atados e indefensos? ¿Es eso lo que necesitas para sentirte como un vampiro malo? Alguien atado e impotente, ¿o se trata de hombres jóvenes que lo hacen para ti?

Colin dijo una sola palabra:

—Barnaby.

El vampiro de ojos negros se colocó delante de Colin, más cerca de la cruz. Pero se detuvo, incapaz de acercarse. Luego, en el resplandor de la cruz, vi la cara de Barnaby empezaba a pudrirse. Esa suave piel descamada caía a la distancia, deslizándose en pedazos húmedos de carne por la cara, hasta que los tendones y los huesos brillaban húmedamente, vi como su nariz se derrumbó, mostrando su cara como una calavera cubierta por las cosas podridas.

Cojeaba hacia mí, con una mano extendida, y me recordó a las manos de Damián de la noche anterior. La carne se rompió en una ola pestilente de oscuridad. Salvo que no había olor. El último vampiro que había visto que podría pudrirse a voluntad también ha sido capaz de controlar el olor, como un desodorante mágico.

Si hubiera sido una pelea, habría sacado una pistola y lo hubiera matado antes de tomar la cruz, pero esto es un concurso de voluntades más que nada. Si era un vampiro lo suficientemente valiente para tocar mi cruz, entonces yo tenía que ser lo suficientemente valiente como para dejar que lo haga. Esperaba que no la presionara en nuestros cuerpos. Había tenido que hacerlo con un vampiro, y una quemadura de segundo grado en mi pecho no era mi idea de diversión.

La cruz brillaba más y más cuando él vino por mí. Tuve que volver la cabeza lejos de la luz, era tan brillante que me duele mirarla. Sabía que le dolía más al vampiro.

Sentí una mano podrida en mi pecho, dejando algo húmedo y semisólido deslizarse entre mis pechos. Cogió la cadena y no la cruz, el vampiro era inteligente. Tiró de la cadena y se rompió. La cruz se balanceaba en su brazo, y la plata quemaba con una llama tan blanca y pura como la luz había sido.

El vampiro gritó y lanzó la cruz, giró en un arco brillante como un cometa pequeño, hasta que fue tragado por la oscuridad. Mis ojos se acostumbraron a la tenue luz de la linterna, una vez más le dije:

—No te preocupes, Barnaby, tengo extras.

Había caído de rodillas, sosteniendo su brazo. Seguía siendo una pesadilla caminante y podrida, pero la carne de su mano se había ennegrecido.

—Pero no todo el mundo tiene tu fe —dijo Colin.

Una vez más, al igual que en el bosque, no sentía sus poderes de vampiros llegar, pero de pronto estaba asustada. Ahora que sabía lo que era, no era tan malo, pero era diferente de cualquier otra habilidad que había percibido. De alguna manera más tranquila, y más alarmante a causa de ella.

—Barnaby, el joven hombre lobo rubio tiene miedo de ti. Ha probado antes tu clase.

Barnaby se puso de pie y trató de moverse alrededor de mí. Me puse delante de él.

—Jason está bajo mi protección.

—Barnaby no le hará daño, sólo jugará un poco con él.

Sacudí la cabeza.

—Le di mi palabra a Jason de que no dejaría que el vampiro que le hizo daño a Nathaniel lo tocara.

—¿Tu palabra? —preguntó Colin—. Eres una americana moderna. Tu palabra no significa nada.

—Mi palabra significa algo para mí —dije—. No la doy a la ligera.

—Puedo probar la verdad de tus palabras, pero digo que Barnaby jugará, con tu joven amigo, y no puedes detenerlo sin romper la tregua. Quien primero rompa la tregua, tendrá que responder ante el Consejo.

Seguí moviéndome con Barnaby, para que lentamente se mantuviera, pero seguí entorpeciendo su camino.

—Colin, puedes sentir miedo, por lo que me dicen. Puedes sentir el miedo de tu amigo.

—¡Oh, sí!, la fiesta será esta noche.

—Podría romper su mente —le dije.

Alguien me tocó la espalda y di un vuelco. Era Asher. Me habían apoyado todo el camino hasta el banco.

Richard y sus guardaespaldas se habían movido en torno a Jason. Ellos no pueden proteger a Asher, protegerían a Jason. Barnaby se hizo a un lado, tratando de colocarse alrededor de mí. Me vi obligada a saltar sobre el banco para ponerme en su camino.

Puse mi mano izquierda contra su pecho en descomposición. La derecha estaba en la culata de la Browning. Me aseguré de que él lo viera Colin habló. Aunque el cuerpo de Barnaby debería haberle bloqueado su visión, era casi como si él pudiera ver a través de los ojos del otro vampiro.

—Si le disparas a uno de mis vampiros, entonces se ha roto la tregua.

—Enviaste a Nathaniel a nosotros para que lo viéramos morir. Asher dijo que era una prueba de clases, que realmente pensaste que le podíamos sanar.

—Y lo hiciste, ¿no? —dijo Colin.

—Sí —dije—. Bueno, déjame pagar la prueba. Creo que si le disparo a Barnaby a quemarropa, va a sobrevivir. He disparado a vampiros podridos antes, y sus ropas sufrieron más daño que ellos.

—Puedes probar la verdad en sus palabras —dijo Asher—. Ella cree que va a vivir, lo que significa que no es una violación de la tregua.

—Ella cree, pero ella espera su muerte —dijo Colin.

—Romper la mente de uno de nuestro entorno —dijo Asher—, es romper la tregua, también.

—No estoy de acuerdo —dijo Colin.

—Entonces tenemos un punto muerto —le dije.

—Creo que no —dijo Colin. Se volvió a Verne—. Verne, gana tu subsistencia. Quita al joven de sus protectores.

Verne se puso de pie y sus lobos corrían a su alrededor. Ellos se movieron en el claro sobre un agitar de energía que hizo un baile en mi cuello hasta la mano donde tenía mi arma.

—Verne —dijo Richard.

Pero Verne no estaba buscando a Richard. Él me miraba. Llevaba una pequeña cesta cubierta en sus manos. No me quedé para averiguar lo que había en la canasta. Apunté con la pistola en el pecho.



DIECINUEVE

—Bájala, muchacha —dijo Verne—. Es un regalo.

Me quedé con la pistola, estable en el centro de su cuerpo.

—Sí, claro.

—Cuando veas lo que es, sabrás que no estamos de su lado.

—No escojas el lado equivocado, cachorro de perro —dijo Colin—. O lo haré muy, muy lamentable.

Verne miró al vampiro. Vi los ojos sangrar de humano a lobo, mientras que sostuvo la cesta hacia mí. Sin embargo, siguió mirando con los ojos enojados, ojos espantosos sobre Colin.

—No tienes ninguna bestia para llamar —dijo Verne, en una voz cada vez más áspera y gruñendo bajo—. ¿Te atreves a estar en nuestro lugar de poder y amenazarnos? Eres menos que el viento fuera de nuestra cueva. Tú no vales nada aquí.

—Ella no es uno de ustedes, tampoco —dijo Colin.

—Ella es *lupa* del Clan *Roke Thronnus*.

—Ella es humana.

—Ella se interpone entre un hombre lobo y tú. *Lupa*. Eso es suficiente para mí.

Barnaby se había retirado. No sé si él creía que le dispararía a él o si Colin había susurrado un nuevo plan en su cráneo podrido. No estaba segura de que ni siquiera le importaba. Hubo un pegote de algo pesado y húmedo resbalando en mi sujetador. Era como sentir una lágrima deslizarse por tu mejilla, pero peor, mucho peor. Me había resistido a la tentación de limpiarme con Barnaby mirando. Tan pronto como se arrastró de vuelta a Colin, usé mi mano izquierda para recoger la parte del sobrante a cabo y arrojarlo en el suelo.

—¿Qué te pasa, Anita? ¿Demasiado cercano y personal para ti?

Me limpié la mano en la falda de cuero y sonreí.

—Jódete, Colin.

Verne entró solo en el centro del triángulo. Sus lobos quedaron acurrucados en frente del banco ahora. Llegó a estar un par de metros delante de nuestro banco con la canasta en sus manos.

Miré a Asher. Se encogió de hombros. Richard asintió con la cabeza como si fuera a ir al encuentro de él. Un regalo, Verne así lo había llamado.

Fui a su encuentro. Se arrodilló, colocó la canasta en el suelo entre nosotros. Se quedó de rodillas. Me arrodillé, también, porque parecía que lo esperaba. Él sólo me miraba con esos ojos de lobo. Todavía parecía un viejo Ángel del Infierno, pero esos ojos… Me preguntaba si alguna vez me acostumbraré a ver a los ojos de lobo en un rostro humano. Probablemente no.

Levanté la tapa de la pequeña canasta. Una cara, una cabeza, me miraron. Me puse de pie. La Browning acaba de aparecer en mi mano. Le apunté a Verne, a continuación, el suelo, luego coloqué la culata de la pistola en mi frente.

Encontré mi voz, por fin.

—¿Qué es eso?

—Dijiste que querías la cabeza de Mira en una cesta. Eso te damos, sería lo correcto entre los dos clanes.

Tomé una respiración fuerte y la sostuve. Miré hacia abajo en la canasta, aún en pie, todavía con la pistola en mi mano. La boca estaba abierta en un grito mudo, los ojos medio cerrados como si la hubieran

capturado en su siesta, pero sabía que no.

Alguien simplemente había cerrado sus ojos después de que tomó la cabeza. Incluso muerta, los huesos de la cara eran delicados, y sabía, al menos, la cara había sido bonita.

Me obligué a guardar el arma. No podría ayudarme ahora. Me dejé caer de rodillas, mirando a ella. Finalmente miré a Verne. Estaba moviendo mi cabeza una y otra vez. Le miré a la cara y trataba de leer algo en él que podía gritar o hablar. Pero la expresión era ajena, y no sólo en sus ojos.

Uno pensaría que después de tanto tiempo, me gustaría dejar de olvidar que no eran humanos. Pero tenía. Me había enojado, y había hablado como si estuviera hablando con otro ser humano, pero no había sido así. Había estado hablando con los hombres lobo, y me había olvidado.

Oí susurrar a alguien, y era yo. Hablaba en voz baja:

—Esto es mi culpa. Esto es mi culpa.

Empecé a poner mi mano izquierda en frente de mi rostro, y me sorprendió el olor a carne podrida de Barnaby. Fue suficiente.

Me arrastré a un lado y vomité. Me arrodillé a cuatro patas, esperando a que pase.

Cuando pude hablar dije:

—No. ¿Alguno de ustedes entiende el término? ¡Es sólo una expresión de mierda!

Richard estaba allí, arrodillado junto a mí. Me tocó suavemente la espalda.

—Les dijiste lo que querías, Anita. Habían traicionado el honor de la manada. Pueden llevar una pena de muerte. Todo lo que les ayudaste fue a elegir el método de ejecución.

Lo miré de reojo. Tenía unas ganas horribles de llorar.

—No lo quise decir —susurré.

Él asintió con la cabeza.

—Yo sé.

Había una mirada en sus ojos de tanto dolor, de un conocimiento compartido de las veces que uno nunca entiende lo que dice, pero los monstruos estaban escuchando, y siempre te toman la palabra.



VEINTE

—Pensé que era resistente, Srta. Blake.

Richard me ayudó a ponerme de pie y lo dejé. Me apoyé en su contra por un segundo, la frente contra la suave piel de su brazo. Me aparté de él y me quedé por mi cuenta. Encontré los ojos de Colin. Eran definitivamente grises, no azules.

—Sé que se supone que todos debemos ir a través del protocolo y el vals, por un tiempo, Colin. Pero lo último de mi paciencia está sentado en esa cesta. Así que declare sus quejas y vamos a largarnos de aquí.

Él sonrió.

—Así de tierna, tal vez tu reputación es sólo hablar, después de todo.

Le sonreí y moví la cabeza.

—Tal vez lo sea, pero ya que no nos podemos matar el uno al otro esta noche, Colin, no importa.

Colin se alejó de mí. Se fue cerca de su propio pueblo, y enfrentó a

Asher. Había sido destituida, como su propio siervo humano había sido despedido.

—No voy a ser sustituido, Asher.

—No he venido a reemplazarte —dijo Asher, con voz vacía, neutra.

—¿Por qué Jean-Claude envía a un maestro casi exactamente de mi edad a mis tierras en contra de mis expresas órdenes?

—Podría haberme ocultado —dijo Asher—. Pero Jean-Claude pensó que ibas a malinterpretar eso. Vine sin esconder nada.

—Pero todavía viniste —dijo Colin.

—No puedo cambiar lo que ha sucedido —dijo Asher—. ¿Qué compensaría a todos?

—Tu muerte —dijo Colin.

Todo el mundo se quedó inmóvil, como si todos dejáramos de respirar. Empecé a decir algo y Richard tocó mi hombro. Cerré la boca y dejé hablar a Asher, pero fue duro.

Asher se rió con esa risa tangible maravillosa.

—Romper la tregua, ¿no es así, Colin?

—No, si yo mato a un rival que enviaron a suplantarme. Entonces, me limito a protegerme y será un ejemplo para otros vampiros ambiciosos.

—Sabes que yo no he venido a suplantarte —dijo Asher.

—No sé nada de eso.

—Estoy contento donde estoy.

—¿Por qué? —preguntó Colin—. Podrías ser el dueño de una ciudad en algún lugar lejos de su triunvirato. ¿Por qué conformarse con menos?

Asher le dio una sonrisa muy pequeña.

—Prefiero la suave seducción sobre el poder.

Colin sacudió la cabeza.

—Me han dicho que estás enamorado de ella, y de Jean-Claude. Me han dicho que te acuestas con ambos y es por eso que el *Ulfric* busca una nueva *lupa*.

—Si él quisiera cooperar, podría ser un feliz cuarteto —dijo Asher.

Richard, estaba sorprendido a mi lado, se puso rígido. Era mi turno para tocar su brazo e impedirle decir lo que pensaba.

—Me han dicho muchas cosas —dijo Colin—. Mi pueblo ha visto desde lejos. Creemos que estás enamorado de la muchacha y de Jean-Claude. Somos conscientes de su historia juntos. Creemos incluso que un amante de hombres como tú lo haría con el *Ulfric* si te dejara. Lo que no

creo es que compartas la cama con ninguno de ellos. Creemos que esta es una historia patética para salvarte.

Empecé a caminar hacia Asher. El plan era que nos pondría en un espectáculo suave de caricias. Le quise advertir que mejor que sea suave, pero nunca tuve la oportunidad.

Había movimiento en la oscuridad. Decenas de vampiros surgieron de la oscuridad rodeando el claro. Colin nos había distraído mientras los vampiros se trasladaron alrededor de nosotros, pero Asher ni yo, ni ninguno de los wereanimales los habían percibido.

—Déjanos tener a Asher y el resto de ustedes serán libres.

—Estás rompiendo la tregua ahora —dijo Asher. Parecía tranquilo, vacío, como si no acababa de entender que Colin exigió su muerte.

Verne se adelantó.

—Este es nuestro lupanar. Podemos cerrarlo a todos los forasteros.

—No sin su *Vargamor*. Lo dejaste a salvo en casa por si las cosas iban mal. Tan protector de tu mascota doméstica humana. Conté sobre ella. —Levantó un brazo como si convocara a su pueblo—. Nadie que tengas contigo es una bruja para invocar el círculo.

—Si matas a Asher se rompe la tregua.

—No dañaré el triunvirato de Jean-Claude. Simplemente eliminaré a un rival.

Los vampiros subieron por los árboles. No se apresuraron. Se movían como sombras sólidas, lentas, como si tuvieran toda la noche para apretar el círculo y llevarnos.

—¿Asher? —pregunté, sin quitar mi mirada fija de las de aquellas figuras amenazantes.

—*Oui*.

—¿Tiene esta tregua descanso?

—*Oui*.

—Genial —dije.

Sentí se movía hacia mí, pero sólo tenía ojos para la oscuridad exterior y el círculo cada vez más reducido. Elegí a un vampiro. Hombre, delgado, de aspecto más bien joven. No llevaba camisa. Su pecho estaba pálido, casi blanco resplandeciente en la oscuridad.

—¿Qué es, *ma cherie*?

Asher estaba muy cerca de mí ahora. Lo moví hacia mi lado izquierdo y saqué la mini-Uzi con mi mano derecha. Oscilando alrededor de mi cuerpo,

disparé antes de apuntar, las balas cruzaron las piernas del vampiro haciéndolo caer, que idiota.

Agarré con ambas manos y luché con el arma para disparar de nuevo y cortar a través de su cuerpo. Gritaba mientras lo hacía, sin palabras, no parecía amenazadora. No podía oír los gritos sobre la ametralladora. Grité, porque no podía ayudarme a mí misma, por la tensión, el horror, algo saltó a mi mano de la pistola y mi boca.

La sangre que chorreaba de su cuerpo era negra como la noche. Parecía que su cuerpo lo rompió una mano gigante por la mitad. La parte superior del cuerpo cayó lentamente hacia un lado. La parte inferior se desplomó de rodillas. El círculo de los vampiros se había congelado o se pusieron en cubierto. El silencio era ensordecedor. Mi propia respiración dificultosa parecía dolorosamente alta. Mi voz era entrecortada, pero clara, un grito.

—¡Qué nadie se mueva, ni una mierda!

Nadie se movió.

La voz de Asher rompió el silencio.

—Todos podemos caminar lejos de aquí esta noche, Colin.

—Sorprendentemente violentos —dijo Colin—, pero creo que están equivocados. El pobre Archie no podrá caminar en cualquier lugar.

—Mis disculpas a Archie —le dije.

—Debe pagar por él, Srta. Blake.

—Puede pasarme la facturar.

—Oh, tengo la intención, Srta. Blake. Tengo la intención de sacarlo de tu piel.

—¿Cuántos de tus empleados quieres qué mate esta noche, Colin? Tengo muchos balas.

—No puedes matarlos a todos, Srta. Blake.

—Sí, pero puedo matar a una docena y media y recargar dos veces más. No los veo haciendo cola para ello, Colin.

Quise ver su rostro, pero mantuve mi atención en los vampiros de los árboles. No se habían movido. Los vampiros en el interior del lupanar fueron otro problema. Mi trabajo era mantener a los demás a distancia. Creo que Asher conocía la división del trabajo. Sólo esperaba que Richard lo hiciera.

—No sé cómo, Jean-Claude dirige su territorio, pero yo sé cómo establecer el mío. Lo que no aprecia, Sra. Blake, es que nada puede hacer para hacerles temer más que el temor que ya me tienen.

—La muerte es la última amenaza, Colin, y no me engaño.

—Yo tampoco.

Sentí que algo se movió a través de los árboles. El poder pasaba de Colin hacia las figuras en espera. Comencé a girar, el arma a la oscuridad a Colin, pero Asher me tocó el brazo.

—Él es mío. Mira a los otros.

Deslicé la pistola una fracción atrás a las todavía figuras.

—Consigue al Maestro de la ciudad y tengo todo el resto. Me parece justo.

Richard llegó a mi lado.

—No los conseguirás a todos —dijo.

Quería preguntarle si él quería matarlos. Si usaría esa fuerza sobrenatural para destrozar espinas dorsales y desgarrar sus cuerpos con sus propias manos como lo había hecho con la ametralladora. Pero yo no le pregunté. ¿Cómo intimida Richard entre su buena fe y su conciencia? Lo único que me molestó sobre la conciencia de Richard fue que no podía contar con únicamente él para matar esta noche. Haría daño a la gente y los tiraría por ahí, pero si él no mata, eso significaba que no podía dar cuenta de cualquiera de ellos. Había más de un centenar de chicos malos, vampiros, y sólo ocho de nosotros. Dieciséis si podía contar con Verne, pero no sabía si podía contar con él y su pueblo. Habría sido bueno poder confiar a Richard a mi espalda, pero no lo hice.

Los vampiros en la oscuridad empezaron a pudrirse. No todos ellos, pero malditamente cerca de la mitad. Nunca había visto tantos. Demasiados vampiros pudriéndose, esto significa que el vampiro que los hizo fue el mismo tipo de criatura. Lo que significaba que Barnaby había hecho la mitad de las personas de Colin. Ningún maestro de la ciudad permitiría a cualquier subordinado tener tal poder. Pero la prueba me estaba mirando a la cara con cuencas idas en negro goteando la inmundicia.

—Has sido muy audaz, Colin, para compartir el poder con tu segundo a este grado —dijo Asher.

—Barnaby es mi mano derecha, mis segundos ojos. Juntos somos un maestro más fuerte que cualquiera de nosotros podría serlo separados.

—Como lo somos Jean-Claude y yo —dijo Asher.

—Pero Barnaby es un corruptor. Él trae esto al baile —dijo Colin—. ¿Qué aportas a la danza de Jean-Claude, Asher?

El miedo se respiraba por el lupanar. Me estremecí, cuando un

hormigueo corrió por mi piel, apretó mi pecho, y trató de detener la respiración en mi garganta.

—La bruja de la noche —habló Damián, su voz fue un silbido. Escupió en el suelo en la dirección general de Colin, pero no lo hizo caminar más cerca.

—Huelo tu miedo, Damián. Puedo probarlo como una rica cerveza de nuez en el dorso de mi lengua —dijo Colin—. Tu maestro deber haber hecho un fino trabajo.

Damián retrocedió un paso, luego se detuvo.

—Preguntas por qué Asher se contenta con seguir con Jean-Claude cuando podía ir a otro lado y tener su propio territorio. Tal vez está cansado como lo estoy yo de la lucha. La lucha interna. La política de mierda. Jean-Claude me rescató de mi amo. No soy un vampiro maestro, ni lo voy a ser. No tengo poderes especiales. Sin embargo, Jean-Claude negoció por mí. Le sirvo no por miedo sino por gratitud.

—Haces que Jean-Claude parezca débil. El Consejo no teme a los débiles, sin embargo, le temen —dijo Colin.

—La compasión no es debilidad —dijo Richard—. Sólo aquellos sin compasión piensan de otra manera.

Lo miré, pero él estaba mirando a los vampiros, no a mí. El hecho de que sentí que era un comentario personal para mí era sólo ser demasiado sensible.

—Compasión. —Colin sacudió la cabeza. La echó hacia atrás y se rió. Era una especie de enervante. Seguí mi atención en las tinieblas y en los vampiros que esperaban fuera, pero era difícil no ver al vampiro riendo. Es difícil no preguntarse qué era tan gracioso.

—La compasión —dijo Colin nuevo—. Ahora que no es una palabra que habría utilizado para Jean-Claude. ¿Se ha enamorado su siervo humano? No creo que el amor sea el camino hacia el corazón de Jean-Claude. ¿Es el sexo? —Alzó su voz y dijo—. ¿Es eso, Sra. Blake? ¿Finalmente el seductor ha sido seducido? ¿Tienes un culo muy bueno, Sra. Blake?

Eso hizo que mis hombros se tensaran. Pero seguí mirando a los otros vampiros, aún tenía la ametralladora en ambas manos.

—Una señora no besa y lo cuenta, Colin.

Se rió de nuevo.

—Jean-Claude nunca me lo perdonaría si mató el mejor pedazo de culo

que ha encontrado en siglos. Repito, me das a Asher, y al lobo rubio. La vida de Asher y el miedo del lobo a manos de Barnaby. Ése es el precio para que tengan paso seguro través de mis tierras.

Era mi turno de reír, un sonido suave y duro.

—Jódete.

—Puedo entender que es un no —dijo.

—No —dije.

Vi a los vampiros en la oscuridad. No se habían movido, pero de alguna manera había sentido el movimiento, un aumento de energía. Podría empezar a disparar, pero no me gustó.

—¿Hablas por todos ustedes, Blake? —preguntó Colin.

—No puedes tener a Jason para torturarlo —dijo Richard.

—No estaría dispuesto a renunciar a mi vida —dijo Asher.

—El servidor humano habló en nombre de todos. Qué extraño. Pero si la respuesta es no, entonces la respuesta es no.

—¡Anita! —gritó Asher.

Empecé a girar el arma hacia ellos, pero algo cortó mi cara, encima de un ojo. Eso me hizo dudar, pasé una mano por encima de mi ojo, sosteniéndolo. Tuve tiempo para pensar, estúpida, y empecé a retirar la mano, comencé a elevar el arma, y un vampiro se estrelló contra mí, nos lanzó al suelo.

Estaba tendida de espaldas con una mujer encima de mí, con la boca abierta, sus colmillos querían romper mi cara como un perro. Apreté el gatillo con el cañón apretado contra su cuerpo. Las balas explotaron a su espalda en una lluvia de sangre y trozos más gruesos. Su cuerpo bailó encima de mí, con espasmos y sacudidas. Tuve que empujar su cuerpo fuera de mí, y cuando pude sentarme, ya era demasiado tarde. Los vampiros se encontraban en el lupanar y se unieron a la lucha.

No podía ver por mi ojo derecho. Estaba demasiado lleno de sangre, y corría hacia abajo. Una figura apareció delante de mí y disparé a lo largo de su cuerpo hasta que las balas hicieran explotar su cabeza, una ráfaga de lluvia me salpicó. Cerré mi ojo derecho hice todo lo que pude para ignorarlo. Curarme la herida me llevaría a la muerte.

Miré a mi alrededor buscando a los demás. Verne arrancó la cabeza a un vampiro y la envió girando en la oscuridad. Richard estuvo en el centro de una multitud, casi perdido de vista con cuerpos colgando de él. Asher estaba cubierto de sangre, frente a Colin. Había licántropos en todas partes

en su forma de lobo. Dos vampiros vinieron por mí y la observación había terminado.

Uno de ellos se estaba pudriendo hasta los huesos, el otro estaba sólido. Le pegué un tiro al sólido primero, porque, estaba segura, que no lo podía matar. Los vampiros podridos también mueren por las balas. El sólido se hincó de rodillas en un chorro de sangre, tenía un corte en su cara que la dividía como un melón maduro.

El vampiro podrido me asaltó en un borrón de velocidad y nos fuimos rodando por el suelo mientras trataba de apuntar la pistola. La boca se extendía por encima de mi cara, se veía el esfuerzo de los tendones desnudos entre los huesos de las mejillas, los colmillos se acercaban a mi cara. Disparé en su cuerpo, pero el arma estaba en un mal ángulo y falló algo vital. Todo lo que conseguí para aumentar mis problemas fue el grito de un lobo, y sabía que había disparado a alguien que estaba de nuestro lado. Mierda.

Volví la cabeza y los colmillos se hundieron a través de la chaqueta de cuero en mi hombro. Grité, hurgué con mi mano en el bolsillo de la chaqueta y conseguí mi cruz de reserva. Una mano podrida me acarició la cara, resbalando sobre la herida encima del ojo. La chaqueta de cuero actuó como una especie de armadura, impidiendo que los colmillos consiguieran mi hombro. La boca estaba ocupada en mi hombro, como un perro con un hueso, tratando de cavar a través del cuero grueso a la carne. Me dolió, pero iba a doler más si no hacía algo.

La cruz estalló a la vida como una estrella cautiva, pero el vampiro tenía su rostro hundido en el cuero. No podía ver la cruz. Levanté la cruz por la cadena en su cráneo desnudo. El humo se elevaba desde el hueso, y el vampiro bruscamente colocó su cara detrás de mí, con los dientes desnudos abiertos en un grito. Metí la cruz en su rostro, y los dientes trataron de morder como un perro diciendo que se aleje. Pero los dientes mordieron la cadena, y quedaron atrapados en ella.

Hubo un momento en que incluso sin la mayoría de la piel en su cráneo, pude ver la sorpresa en su cara. Llevé mis brazos en la cara y oí la explosión, y sentí el salpicar de desechos. Hubo un fuerte dolor en mi mano, y cuando pude ver, tenía un fragmento de hueso en la mano izquierda. Lancé el pedazo lejos, y empecé a sangrar.

El vampiro estaba disperso alrededor de mí. La cruz estaba en el suelo todavía incandescente, salían columnas de humo de su superficie, como si

el metal estuviese recién hecho y enfriado en la sangre del vampiro. Empecé a recogerlo por la cadena, y Nikki, el siervo humano de Colin, estaba de pie enfrente de mí. Vi el destello de su cuchillo y me alejé, llegando a una rodilla con la Browning en una mano. Estaba justo por encima de mí esperando una diversión maliciosa, pero no estaba de pie, y ella no tuvo tiempo de cambiar su postura. Comencé a apretar el gatillo y un hombre lobo se lanzó encima de ella, nos llevó a la oscuridad. Mierda. ¿Qué iba a hacer, gritar «mía» como en un juego de voleibol?

Oí gritar a Jason. Estaba de pie, solo, alrededor de un metro de distancia con los brazos pegados en el pecho de un vampiro podrido. Estaba tirando desesperadamente de sus brazos, pero parecía atrapado, capturado en las costillas. El vampiro no parecía importarle. Le lamió su rostro, y gritó. Otro sinvergüenza estaba sobre su espalda, montándolo, con la cabeza hacia atrás, divirtiéndose.

Apunté mi arma con mi brazo derecho y disparé. La cabeza se echó para atrás, y el cerebro se derramó por un agujero hacia el otro lado en un oscuro chorro, pero el vampiro volvió la cabeza lentamente y me miró. Disparé tres veces más en aquella cara tranquila antes de que la cabeza se desplomara como una cáscara de huevo vacía. El vampiro se desprendió de Jason.

Caminé hacia Jason y el otro vampiro. Ahora era el vampiro el que luchaba por liberarse de Jason, pero ellos se enlazaron como los parachoques de un coche después de un accidente. Puse el cañón de la pistola bajo la barbilla del vampiro, la otra mano sobre los ojos de Jason para protegerlo, y disparé. Me tomó tres tiros para destruir el cerebro y aflojarse el cuerpo.

Moví mi mano de los ojos de Jason, y él miró más allá de mí, con los ojos muy abiertos. Ya estaba girando antes de que pudiera gritar.

—¡Detrás de ti!

El golpe llegó antes que diera la vuelta. Mi hombro y mi brazo quedaron insensibles. Mi mano se abrió y la Browning salió mientras estaba todavía tratando de ver lo que me había golpeado. Me tiré para el suelo, rodando sobre mi hombro bueno y me detuve sobre mi rodilla para ver a Nikki con un palo muy grande.

Tuve la suerte de que había perdido el cuchillo en algún lugar.

Empecé a sacar mi gran cuchillo por la espalda, pero estaba usando mi mano izquierda, porque mi derecha aún no estaba funcionando. Con la

izquierda era muy lenta, y Nikki era increíblemente rápida. Se movía en un desenfoque de movimiento que iba más allá de un humano. Ella estaba sobre mí, golpeando el aire con el palo, y dejé de tratar de atacar con el cuchillo, me preocupé de no ser golpeada. El ataque fue tan rápido, tan salvaje, que no tuve tiempo de estar de pie. Todo lo que podía hacer era rodar por el suelo poco antes de cada golpe.

El irregular final de la rama se hundió en el suelo junto a mi cara. Ella luchó por un segundo para liberarlo, y le di una patada en la rodilla. Le hizo tambalearse, pero no la dislocó, o ella hubiera gritado. Esto realmente la hizo retroceder. Me alejé, tratando de ponerme de pie. Ella me agarró y me levantó sobre su cabeza como si fuera un banco. Lo siguiente que supe era que estaba en el aire. Me golpeó en el suelo cerca del roble, cayendo en los huesos bajo el árbol con bastante fuerza que algunos de ellos se rompieron. La sacudida de poder me recorrió el cuerpo desde las manos a las rodillas sacó el aire que quedaba en mis pulmones. Me quedé allí medio aturdida, no sólo de ser lanzada a través del claro, sino por el rugido de poder que sentía por todo mi cuerpo hasta los huesos. Es la magia de muerte, y, aunque diferente de la mía, esto me reconoció, reconoció mi poder. ¿Lo que estaba en los huesos sabía que podría traer el círculo a la vida? Pero ¿qué pasaría cuando el lugar llameara a la vida? Esta manada adora a Odin. ¿Si colocara el círculo de poder se cuenta como un lugar sagrado? ¿Podría ser que de repente es como si estuviera de pie dentro de una iglesia? Había posibilidades si podía advertirle a Asher y Damián.

Me coloqué dolorosamente sobre mis rodillas y descubrí que estábamos perdiendo. Dondequiera que miraba a nuestro pueblo estaban enterrados bajo montones de vampiros. Asher y Damián todavía estaban libres y en pie, pero ambos sangraban y Colin y Barnaby estaban presionando el ataque. Richard estaba completamente perdido de vista a excepción de un brazo largo con garras. Verne se encontraba con otro hombre lobo en forma humana. Era una mujer baja, con el pelo negro y corto que le tocaba los hombros, vestida con una camiseta larga que le llegaba a los muslos y pantalones largos. Parecía pequeña junto a Verne, pero era la única de su pueblo que sigue en pie. Los otros estaban muertos o moribundos en el suelo.

Mi mano derecha trabajaba de nuevo, estaba golpeada no dislocada. Por suerte para mí. Saqué un cuchillo de una de las vainas de la muñeca. No era una hoja consagrada al ritual, pero tendría que funcionar.

Quise susurrar a Asher y Damián que vuelen, pero estaban demasiado lejos, y no sabía cómo hablar directamente con cualquiera de sus mentes. Hice la única cosa en la que yo podría pensar, grité.

—¡Asher, Damián!

Voltearon sorprendidos y me miraron asustados.

Levanté el cuchillo para que lo pudieran ver, y grité:

—¡Vuelen, maldita sea, vuelen!

Nikki estaba casi en el círculo de huesos. Yo grité:

—¡Vuelen!

Asher agarró la muñeca de Damián, y tenía que alejarme antes de que pudiera verlos a salvo. No tenía tiempo para tratar de hacer este trabajo. Nikki tenía un poder similar al mío. Si averiguaba lo que estaba tratando de hacer me pararía si pudiera.

Apreté las manos al tronco del árbol y el poder respiró a través de mí. Es la magia que había sido construida con la muerte, y era mi especialidad. En el momento en que toqué el árbol sabía que no era un sacrificio humano, pero este era el lugar donde se reunieron sus *Munin*. Los espíritus de los muertos estaban aquí en los huesos, el árbol, el suelo. Llenaron el aire con un susurro, risitas, un ruido que sólo yo podía oír.

El *lukoi* consume sus muertos, al menos parte de ellos, y el comer de su carne las pone en una especie de memoria ancestral. *Munin*, ellos lo llaman después del cuervo de Odín, de la memoria. No son fantasmas, sino que son los espíritus de los muertos, y soy un nigromante. Al *Munin* le gustaba. Se movió a mí alrededor como una caricia de viento fresco, acariciándome como gatos fantasma. Podría canalizar al *Munin*, algo así como un médium en una sesión de espiritismo, pero más fuerte y peor. El único *Munin* que había canalizado una vez había sido el de Raina, la perra malvada del este. Pero cuando llegó, fue como un artilugio. De pie en medio de cientos, miles de *Munin*, sabía que podría abrirme para ellos. Pero sería como abrir una puerta, una invitación. Podría revolcarse en el pasado, vivir otra vida. Era un susurro de seducción. Raina llegó como una violadora, una fuerza abrumadora. No es un intercambio, sino una toma.

Sin embargo, ellos habían atado a su *Munin* a este lugar que era magia de la sangre, la magia de la muerte. Me corté la palma de mi mano y la apreté contra el árbol. Recé, y rocié sangre sobre los huesos de mis pies. El círculo de poder rompió en el lugar de repente, levantó mi piel avanzando lentamente por mi carne. Invoqué el círculo. Llamé a los guardas. Yo los

adoraba, y fue suficiente.

Gritos, gritos llenaron la noche. Los vampiros se incendiaron. Ellos corrieron, quemándose, por el borde del recinto y todos los que lo hicieron explotaron en una lluvia de fragmentos y trozos ardiendo.

Sentía a Damián y a Asher encima de mí. Ninguno de los vampiros trató de hacer otra cosa más que correr. La mayor parte cayó en el suelo en montones quemados, sin dar otro paso. Un centenar de muertos donde se encontraban.

La india había llegado al borde del círculo de hueso. Me miró fijamente mientras los vampiros gritaban y morían, y el hedor de carne y pelo quemado era lo suficientemente grueso como para ahogarse. Su rostro no mostraba nada. Se había salvado al club.

—Por último —dijo—, debería matarte.

Asentí.

—Sí, deberías, pero tus aliados han muerto, y tu maestro ha volado. Escaparía mientras pueda, si yo fuera tú.

Ella asintió con la cabeza y tiró el palo a la tierra.

—Colin y Barnaby están vivos, y te veremos de nuevo, Anita.

—Lo espero con impaciencia —dije.

Tenía la esperanza de que no se diera cuenta de que mi espalda estaba apretada contra el árbol, porque no estaba segura de que podría estar por mi cuenta.

Nikki asintió con la cabeza, y comenzó a alejarse en la oscuridad, más allá del árbol y los huesos. Ella hablaba algo mientras caminaba por el recinto. Cuando salió a través de la magia apagada, se la tragó la oscuridad.

Ella me miró desde la oscuridad del otro lado del círculo. Nos miramos una a otra durante un largo rato, y sabía que si nos encontramos de nuevo me mataría si pudiera. Es el siervo humano de Colin. Era su trabajo.

Me deslicé por el árbol hasta que estuve sentada en los huesos. Mis piernas estaban demasiado débiles para mantenerme, un temblor se había iniciado en mis manos. Miré en el lupanar, miraba a lo largo de mi obra. Algunos de los cadáveres aún ardían, pero ningún vampiro se movió dentro del círculo. Los vampiros habían muerto. Todos ellos.



VEINTIUNO

Otra pelea, otra ducha. El olor de los vampiros podridos no era un aroma que llevaría a la cama. Tenía el pelo aún húmedo cuando llamé a Jean-Claude le conté lo que habíamos hecho. Bueno, lo que había hecho.

Le dije la versión más corta posible. Su respuesta:

—¿Qué?

Le repetí.

Silencio en el otro extremo del teléfono. Ni siquiera le oía respirar.

—Jean-Claude, ¿sigues ahí?

—Estoy aquí, *ma petite*. —Suspiró—. Ustedes me han sorprendido una vez más. No lo veía venir.

—No pareces feliz —le dije—. La noticia podría ser peor. Todos podríamos estar muertos.

—No creo Colin sería tan tonto.

—Vivir y aprender —le dije.

—Colin tenía razón de temerte, *ma petite*.

—Le dije a Colin lo que ocurriría si se metía con nosotros. Él apretó el botón, no yo.

—¿A quién estás tratando de convencer, *ma petite*, a mí o a ti misma?

Lo pensé que por un momento.

—No sé.

—¿Admites que estás equivocada? —Su voz tenía una leve diversión.

—No. —Traté de pensar en cómo decirlo. Por último le dije—: Estábamos perdiendo, Jean-Claude. Iban a matarnos. Tuve que hacer algo. Ni siquiera estaba segura de que funcionaría.

Apreté el teléfono, y deseaba que estuviera aquí para abrazarme. Odiaba la idea de quererlo así. Que quisiera a alguien así. Odiaba necesitar a la gente. Todos ellos tenían una tendencia de morir sobre mí. Pero habría dado lo que fuera por tener un par de brazos reconfortantes en este momento.

—*Ma petite, ma petite*, ¿qué es lo que está mal?

Hice un gesto a Asher hacia el teléfono.

—Habla con tu segundo al mando. Pregúntale a Asher si había otras opciones. Si hubieron otras opciones, no las pude ver.

—Hay algo en tu voz, *ma petite*. Algo frágil —susurró la última palabra.

Sólo asentí con la cabeza, y le pasó el teléfono a Asher. Me alejé de allí en un abrazo apretado. Frágil. Miedo, más bien. Me había asustado esta noche. Algo en el poder que liberé había encendido las antorchas alrededor del lupanar. Aquellos de nosotros que aún estaban en pie se habían trasladado a la luz de los cadáveres en llamas. Fue una escena sacada del infierno de Dante, y yo lo había hecho. El poder dentro de mí había hecho esto. Sí, el miedo me envolvía.

Damián se acercó a mí.

—Jason está llorando en la ducha —susurró.

Suspiré. Genial, justo lo que necesitaba, otra crisis. Pero no hice preguntas. Llamé a la puerta del cuarto de baño.

—Jason, ¿estás bien?

Él no me contestó.

—¿Jason?

—Estoy bien, Anita.

Su voz, incluso por encima de la ducha sonó tensa. Nunca lo había oído

gritar antes, pero eso sonaba como una voz llena de lágrimas.

Apoyé la parte superior de mi cabeza a la puerta y suspiré. No necesitaba esto esta noche. Pero Jason era mi amigo, ¿y quién más iba a enviar a consolarlo? Damián había venido a mí con ello. Zane no parecía el tipo de hombre que sostenía la mano, y Cherry, también… si iba a mandar a otra mujer para consolarlo, parecía cobarde. ¿Asher? No.

Llamé a la puerta.

—Jason, ¿puedo entrar un momento?

Silencio. Si él se sintiera bien, me habría hecho una broma, finalmente viéndolo en la ducha. Que no tome el pelo a todos era una mala señal.

—Jason, ¿puedo… por favor?

—Entra —dijo finalmente.

Abrí la puerta y el aire caliente empañó mí alrededor. Cerré la puerta detrás de mí.

La habitación era suave y espesa con el calor. Hacía calor, la humedad descansaba en cada superficie como si hubiera puesto la ducha tan caliente como pudiera estar. Caliente, como esto sería suficiente para escaldar la carne de los huesos, si eran humanos.

La luz mostró su sombra en la cortina blanca de la ducha. No estaba de pie. Estaba sentado en el suelo de la ducha, acurrucado.

Quité la toalla de la tapa del WC y me senté en ella con la toalla en mi regazo.

—¿Qué pasa?

Tomó un aliento profundo y sollozó, e incluso sobre la ducha le oía llorar. El ruido del agua no cubrió el llanto.

Quería verlo mientras hablaba con él, y no quería verlo desnudo. Opciones, opciones.

—Háblame, Jason. ¿Qué pasa?

—No puedo quitármelo de encima. No lo puedo limpiar.

—¿Quieres decirlo literalmente, o metafóricamente hablando? —pregunté.

—Está sobre mí y no puedo sacarlo.

Estaba siendo un cobarde y un mojigato. Llevé una mano hacia la cortina y, lentamente, la retiré hasta que pude verlo sin salpicar el cuarto de baño con agua. Jason estaba con las rodillas dobladas apretadas contra su pecho, los brazos entrelazados alrededor de ellas. El calor del agua era suficiente para hacerme retroceder. Su piel se había vuelto rosa, pero eso

fue todo. Hubiera tenido por ahora ampollas o peor.

Parches negros se aferraban en su espalda. La parte trasera de su brazo tenía un parche. Había fregado y hervido su piel y no podía estar limpio.

Miró hacia adelante en los grifos, balanceándose ligeramente.

—Estaba bien hasta que llegué a la ducha y esto no salía. Luego, seguí viendo aquellos dos vampiros en Branson. Pensé en Yvette, observando su putrefacción. Pero esto es los dos en Branson. Todavía puedo sentir sus manos en mí, Anita. A veces todavía me despierto en la mitad del día sudando frío, recordando.

En Branson, Missouri, nosotros habíamos tomado al maestro local de la ciudad. Ella tenía dos mujeres jóvenes que iban a torturar, a menos que les diéramos a algunos de nosotros para la tortura. Habían sugerido que si Jason hacía el amor con las dos mujeres vampiro dejaban ir a las niñas. Creo que lo había disfrutado, al principio, pero luego habían empezado a pudrirse.

Jason había luchado lejos de ellas, avanzando lentamente contra la pared. Su pecho desnudo estaba cubierto de trozos de su carne. Una hebra de algo grueso y pesado se deslizó lentamente por su cuello sobre el pecho. Él lo golpeó como lo haría con una araña, golpeó con fuerza lo que se arrastraba por su piel. Él fue presionado en la pared negra con sus pantalones casi en sus muslos.

La rubia salió de su espalda y se arrastró hacia él, alcanzándolo con una mano que no era más que huesos con pedazos de carne seca. Ella parecía descomponerse en la tierra seca. La morena estaba mojada. Ella se tumbó en el suelo, y un poco de líquido negro salió de ella para formar un charco por debajo de su cuerpo. Se había deshecho de su propia camisa de cuero, y sus pechos eran como bolsas pesadas de líquido.

—Estoy lista para ti —dijo la morena. Su voz era todavía clara y sólida. Ninguna voz humana debería haber salido de esos labios descompuestos. La rubia agarró el brazo de Jason y gritó.

Sacudí la cabeza tratando de borrar los recuerdos. Esto había atormentado mis sueños por un tiempo, siendo testigo de ello. Pero para Jason se había convertido en su fobia privada. Uno de los lacayos del Consejo era uno de los podridos. Lo había torturado a él también, porque le gustaba mucho, mucho como él temía de ella. El pequeño tormento de Yvette sólo había pasado hace aproximadamente dos meses. La diversión y los juegos de esta noche había sido lejanos pero demasiado cerca de casa.

Me quité las fundas de la muñeca y las puso en la parte posterior del WC. El hecho de que llevaba las fundas de la muñeca, cuando debería haber estado preparándome para la cama dijo algo acerca de mi propia paranoia. El calor del agua al tocar la perilla era casi aterrador. Los años de ser dicho, no toques, caliente.

Sabía que el fuego mataba a los cambiaformas, pero parece que el calor no lo hizo. Giré la perilla hasta que la temperatura fuera algo que yo pudiera tocar. Jason empezó a temblar casi tan pronto como el agua comenzó a enfriarse.

Francamente, me sorprendió que el agua caliente del calentador de la habitación se hubiera mantenido tanto tiempo. El suelo estaba mojado y el agua se impregna en las piernas de mis jeans. Tenía otro par podría cambiarme luego.

Encontré la pastilla de jabón, pero el trapo estaba negro. Lo tiré al lavabo y tomé el último limpio. Tendría que recordar pedir toallas extras. Debería haber hecho esto de todos modos.

Jason finalmente me miró, giró lentamente la cabeza. Sus ojos azules parecían casi vidriosos, como si estuviera cayendo en su propia versión de descarga.

—No puedo pasar por eso otra vez, Anita. No puedo.

Enjaboné el trapo limpio hasta que tuvo espuma blanca. Le toqué la espalda y se estremeció. Hubiera dado cualquier cosa en ese momento si hubiese empezado con sus burlas y bromas. Cualquier cosa para hacerme saber que estaba bien. En su lugar, se sentó desnudo, mojado y miserable. Hizo que mi garganta se apretara, pero maldita sea si lloraba, temo que no me detendría. Estaba aquí para consolar a Jason no para hacerle consolarme.

Peor aún, no podía sacarlo de su espalda. Fue bastante difícil sacarlo de mi propia piel, pero la hora extra que Jason se sentó a esperar a que terminara mi ducha se había pegado en su espalda. Finalmente recurrí al uso de mis uñas, me alegro de que rechacé la oferta de Cherry de pintarme las uñas. La hubiera mandado toda al infierno. Raspé un pedazo a la vez con mis dedos mientras que el agua caliente corría y Jason se estremeció. Pero no fue el frío que lo hizo temblar. Yo estaba tan caliente en el calor húmedo, no me sentía bien.

Había limpiado todo, pero había un último parche en la parte baja de la espalda, muy baja. Parecía que el fluido había empapado la cinta de sus

pantalones tan bajos que la curva de las nalgas comenzó justo por debajo del parche. Era delicada sobre esto. Porque, aunque Jason no parecía darse cuenta de que estaba desnudo, yo era muy consciente de ello.

También tenía problemas para mantener seca la enorme camiseta que me había puesto para ir a la cama, se había mojado. Normalmente no me habría importado, pero se me había olvidado de empacar un segundo camisón. Finalmente cerré la ducha y ajusté la temperatura sobre los grifos, tenía el agua sin necesidad de intentar de esquivar la ducha.

Me moví hacia Jason y comencé a pelar el último parche de su piel. Traté de hablar para conseguir apartar mi mente de donde tenía mis manos.

—Matamos a todos los vampiros, Jason. Está bien.

Sacudió la cabeza.

—No a Barnaby. Perdimos, y él fue su creador. No puedo soportar la idea de que me toque, Anita. No puedo hacer esto de nuevo.

—Entonces, ve a casa, Jason. Toma el avión y regresa.

—No te abandonaré —dijo. Se quedó mirándome por un momento—, Y no sólo porque a Jean-Claude no le gustaría.

—Lo sé —le dije—. Pero todo lo que puedo hacer es jurarte que si está en mi poder protegerte de Barnaby, lo haré.

Estaba apoyada muy cerca de él, tenía mi brazo a lo largo de su espalda. Por fin había superado la vergüenza con la concentración absoluta de los indiscretos trozos secos de su cuerpo. Era como la disección de una rana en la escuela secundaria. Era ruda hasta que el profesor me dijo que le cortara el cerebro. Desde entonces me interesa tanto el arrancar la cabeza desde lejos, con mucha precaución, a fin de no dañar el cerebro, me olvidé del olor, de la pobre rana, y sólo me concentré en conseguir el cerebro en una sola pieza. Mi compañero de laboratorio y yo fuimos el único par en obtener el cerebro intacto.

Jason giró la cabeza hacia mí, cepillando mi pelo con su cara.

—Hueles como el maquillaje de Cherry.

Le hablé sin levantar la vista.

—No tengo maquillaje, entonces ella colocó uno de los suyos sobre mí antes. Su maquillaje es demasiado claro para ella, por lo que funciona para mi piel. Pensé que todo esto se fuera.

—Hmm —dijo. Su boca estaba muy cerca de mi oído.

Me quedé inmóvil, a medio movimiento. Mi cuerpo estaba apretado contra su espalda, tocando con mi mano su suave piel y justo por encima de

sus nalgas.

Había una tensión que no había estado allí. Mi pulso se aceleró con la conciencia de su cuerpo, porque de repente sabía que era consciente de mí. Tomé la última pieza de parche y la saqué de su piel y respiré hondo. Empecé a inclinarme hacia atrás y sabía que iba a intentar algo. Una parte de mí estaba nerviosa acerca de ello y una parte de mí se sintió aliviada. Jason después de todo, él estaba desnudo, y yo estaba cerca, y era Jason. Si dejara pasar la oportunidad, yo sabría que estaba herido más allá de lo que podía arreglar.

Su brazo se deslizó alrededor de mi cintura, y él usó aquella velocidad increíble de la cual ellos eran capaces. Lo sentí levantarme y de pronto nosotros estábamos en el suelo, con él encima de mí. Sus piernas inmovilizaron las mías. Él utilizó sus brazos para mantener su cuerpo lo suficientemente elevado para que no me presionara con su ingle, por supuesto significa que podía ver su cuerpo desnudo.

Una bendición. Él comenzó a inclinar su cara para darme un beso.

Coloqué una mano sobre su pecho y detuve el movimiento.

—¡Basta, Jason!

—La última vez que hice esto metiste una pistola en mis costillas y dijiste que me matarías si te robaba un beso.

—Lo dije.

—Estás armada —dijo—, no estoy dominando tus manos.

Suspiré.

—Conoces mi regla. No apunto con una pistola a nadie a menos que quiera pegarle un tiro. Eres mi amigo ahora, Jason. No voy a matarte por robarme un beso. Tú lo sabes, yo lo sé .

Él sonrió y se inclinó más cerca. Tenía una mano sobre su pecho, pero mi mano sólo se movió más cerca de mi propio pecho.

—Pero no quiero que me beses. Si eres realmente mi amigo, no lo harás. Simplemente deja que me levante.

Su rostro estaba justo encima del mío tan cerca que era difícil enfocar sus ojos.

—¿Qué pasa si quiero más que un beso?

Movió su cara, su boca se cernía sobre mi pecho. Pude sentir su aliento justo sobre la línea suave donde comienzan mis pechos.

—No te pases, Jason. Si te pego un tiro en el lugar correcto, no te va a matar, te dolerá, pero te curarás.

Levantó su cara de nuevo. Él sonrió, y comenzó levantarse. La puerta se abrió y Richard estaba de pie, puso su mirada fija en nosotros. Perfecto, perfecto.



VEINTIDOS

—¿Puedes creer que se cayó? —preguntó Jason.

—No —dijo Richard. Esa palabra era muy fría.

—¡Suéltame, Jason!

Rodó hacia un lado, pero no hizo nada para agarrar una toalla. Richard tiró una toalla hacia él. Jason la atrapó, y sus ojos brillaban con el esfuerzo de no sonreír.

Jason tenía una raya en él que lo hizo disfrutar dando un tirón a la cadena de alguien. Le gustaba agitar la olla y ver qué pasaba. Algún día iba a hacerlo con la persona equivocada, y saldría lastimado. Pero no esta noche.

—¡Fuera, Jason! Necesito hablar con Anita.

Jason se levantó y envolvió la toalla en la cintura. Me senté, pero que no me levanté. Jason me dio la mano. Casi nunca un hombre me ayuda pararme, sentarme o hacer nada. Le tomé la mano a Jason, y él me dio un

suave tirón que me hizo tropezar con él cuando me puse de pie.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó.

Di un paso atrás, pero que se quedó con mi mano.

—Estaré bien —dije.

Jason le sonrió abiertamente a Richard, mientras caminaba hacia la puerta. Richard cerró la puerta, y se apoyó en ella. Sí, me sentí atrapada y él estaba bastante enojado, el cuarto de baño se llenó de energía.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó.

—No es tu problema, ¿verdad? —le pregunté.

—Hoy mismo pensé que me rechazaste debido a que le estabas siendo fiel a Jean-Claude.

—Te rechacé porque es lo más lógico de hacer.

Fui a la pileta y comencé a tratar de limpiar la porquería negra que había debajo de mis uñas.

—Si Jean-Claude se entera lo que estás haciendo con Jason, lo lastimaría, tal vez lo mataría.

—¿Vas a contarle? ¿Vas a correr a casa a acusarnos con nuestro amo? —Lo miré por el espejo cuando lo dije. Mi recompensa fue que él se estremeció. El comentario fue sarcástico.

—¿Por qué Jason? —preguntó.

—¿De verdad crees que estoy teniendo relaciones sexuales con Jason?

Me volví y utilice la toalla ligeramente húmeda para secar las manos.

Richard me miró.

—Jesús, Richard, sólo porque viste lo que estaba sucediendo no significa que tenía relaciones con él.

Me senté en el WC y traté de secar mis vaqueros con la toalla.

—¿Así que no estás durmiendo con él?

La toalla no era de ayuda para secar los vaqueros.

—No, no lo estoy. —Tiré la toalla en la esquina—. No puedo creer que siquiera que lo estés preguntando.

—Si me hubieras encontrado en el piso con una mujer desnuda encima de mí, hubieras pensado lo mismo —dijo.

Hmm, tenía un punto.

—Todas las mujeres con las que te encontraría serían forasteras o bien son tus citas, que te joden o nos joden. Lo que viste en el piso era Jason, sólo Jason. Tú sabes cómo es él.

—Solías amenazarlo con pegarle un tiro si te tocaba.

Me puse de pie.

—¿Realmente quieres que le dispare porque se sobrepasó? Pensé que uno de nuestros principales problemas es que pensabas que disparo primero y hago preguntas después. Creo que me llamaste sanguinaria.

Pasé por delante de él y donde nuestra piel tocó el poder estalló como una llama invisible. Se movió hacia atrás agarrando su brazo como si se hubiera hecho daño. Pero sabía que no estaba herido. Tenía una sensación maravillosa, una ráfaga de energía para poner los pelos de punta. Son pequeños detalles que nos permiten saber lo que podría pasar si estamos juntos.

Salí. Así que había poder entre nosotros, había calor, ¿y qué? No cambia el hecho de que estoy durmiendo con Jean-Claude. No cambia el hecho de que Richard dormía con quien quiera. El hecho de que estaba celosa de sus amigas y él estaba celoso de cualquier hombre, pensó que podría estar teniendo relaciones sexuales con otros era sólo una broma cósmica desagradable. Nos gustaría superarlo.



VEINTITRES

Había tres personas en mi cama, y ninguno de ellos era yo. Cherry y Zane se habían acurrucado en torno a Nathaniel como mantas carnosas. Me habían dicho que la cercanía física de su grupo, cualquiera que sea el tipo de animal, se curaba emocional y físicamente. Richard había respaldado este pedazo de conocimiento were, por lo que los wereleopardos tienen la cama, porque Nathaniel se ponía histérico ante la idea de estar sin mí.

Así fue como los wereleopardos estaban en la cama, y yo me quedé con el piso. Me las arreglé para conseguir una manta y una almohada para ir sobre mi pedazo de alfombra. Estábamos en una nueva cabaña. Verne iba a tratar de limpiar la cabaña anterior, pero la cama y la alfombra serían probablemente una causa perdida.

Le pedí disculpas por eso, pero Verne parecía pensar que yo no tenía la culpa. Sentí cosquillas rosas, púrpuras y azules cuando freí los vampiros de Colin. No estaba tan feliz. La venganza puede ser una cosa terrible. Si

alguien hubiera hecho a los vampiros de Jean-Claude lo que hice a los vampiros de Colin… nosotros los habríamos matado.

La puerta del baño se abrió y se cerró en silencio.

Me senté, abrazando la manta a mí alrededor. Jason se abrió paso entre los dos ataúdes. Llevaba un par de calzoncillos de seda. Se los había puesto en el cuarto de baño y salió sin decir una palabra. Todavía estaba tratando de convencer a los wereleopardos que no todos podían dormir desnudos.

Jason quería dormir con ellos, añadiendo su energía de otro mundo a ellos, pero ellos se negaron. No porque fuera un lobo en lugar de leopardo, pero debido a que Cherry no confiaba en él para mantener las manos tranquilas.

Jason se detuvo delante de la cama, mirando hacia abajo al montón de wereleopardos dormidos. Se pasó las manos por su pelo, medio dormido. Su pelo era bastante recto y fino suficiente como para que sus manos lo colocaran en su lugar. Se quedó cerca de los pies de la cama, mirando hacia abajo.

Finalmente me puse de pie, envolviendo la manta a mí alrededor. Llevaba una camisa de dormir de gran tamaño que me llegaba a media pantorrilla. Una talla única no sirve para todos, pero todavía era ropa de dormir, y quería algo entre yo y nadie más. En el fondo, soy una mojigata. Fui a estar de pie junto a Jason, cubriendo sus hombros con la manta hasta sus pies. No era de Jason que no me fiaba. Era todo el mundo que me hacía sentir incómoda.

Cherry yacía sobre la espalda, con las sábanas revueltas alrededor de las rodillas. Llevaba un bikini rojo que se estira a través de sus caderas estrechas. Su cintura era muy larga, ella tiene la altura desde allí, así como sus largas piernas. Sus pechos eran pequeños y firmes. Ella suspiró y rodó sobre un hombro, haciendo mover sus pechos, colocándolo más cerca de la cama. El pezón estaba apretado, como si algo en el movimiento o el sueño fuese emocionante. O tal vez sólo tenía frío.

Eché un vistazo a Jason. Él la miraba como si estuviera memorizando cada curva, la forma de su pecho derramado hacia un lado. Sus ojos eran casi suaves como la miraba. ¿Más que lujuria, tal vez? O la forma de ver un buen trabajo de arte, realmente fino, admirarlo porque no está permitido tocar.

Ninguno de los otros estaba dando tan buen espectáculo. Nathaniel estaba envuelto en una bola, la cabeza estaba apretada a la cintura de

Cherry. Estaba tan consolidado que todo lo que se podía ver era la parte superior de la cabeza. Gimió en sueños, y la mano de Cherry le tocó la parte superior de la cabeza, el otro brazo lo lanzó al espacio, con los ojos todavía cerrados, aún dormida. Pero incluso en su sueño, llegó para él, lo consoló.

Zane estaba al otro lado de Nathaniel, colocando su cuerpo contra el hombre más pequeño. Pero las sábanas se habían movido, mostrando el bikini azul que llevaba puesto. La ropa interior se parecía sospechosamente a la de Cherry, como si hubiera tenido que darle algo para llevar a la cama.

Jason sólo tenía ojos para la figura esbelta de Cherry. Me sorprendió que ella no pudiera sentir el peso de su mirada, incluso en su sueño.

Sostuve la colcha con una mano y le toqué la muñeca con la otra. Torcí mi dedo índice hacia él y abrí el camino a la esquina de la sala, lo más lejos de la cama como pudimos. Me apoyé en la pared al lado de la ventana. Jason se apoyó contra la pared tan cerca que rozaba el hombro con el borde de la colcha. No protesté porque susurrábamos. Además, después de un rato, quejándome de todo lo que Jason hacía se hizo aburrido. No era muy personal. Empujó a su suerte con cada uno.

—¿Sabes cómo te sentiste anoche?

Sacudió la cabeza, apoyándose tan cerca que pude sentir su aliento en mi mejilla.

—No tienes miedo después de anoche.

Me volví para mirarlo y tenía que mover la cabeza un poco hacia atrás para poder centrarme en sus ojos.

—¿Miedo de mí?

Su rostro estaba muy serio.

—No seas tímida, Anita. Lo que hiciste anoche fue impresionante, y lo sabes.

Abracé la manta alrededor de los hombros y miré al suelo. Después que la sensación de poder había desaparecido la noche anterior, había sentido frío. Tuve frío toda la noche. Afuera hacía mucho calor. El aire acondicionado zumbaba, y yo tenía frío. Por desgracia, no era el tipo de frío o de calor que cubre o incluso otro cuerpo caliente podría ahuyentar. Me había asustado anoche. Últimamente, está pasando muy a menudo.

Había visto a los vampiros arder en mis sueños. Me perseguían con sus brazos ardiendo en llamas. Sus bocas abiertas en gritos, colmillos goteando fuego como un aliento de dragón. Los vampiros en llamas me ofrecían la

cabeza de Mira. El cabeza había hablado en su cesta, preguntando, ¿Por qué? Debido a que fue un descuido no me pareció una respuesta bastante buena. Corrí de los vampiros que morían, toda la noche, un sueño después de otro, o tal vez fue sólo un largo sueño roto.

¿Quién sabe? De cualquier manera, no había descansado.

Richard había dado vuelta anoche con los cuerpos de los vampiros que todavía brillaban como fuegos depositados en los bancos. Él me miró, y sentía su rechazo, su horror ante lo que había hecho, como un cuchillo en mi corazón. Si las cosas fuesen al revés, y yo fuese el hombre lobo y él, el ser humano, estaría igual de enferma después del espectáculo que había dado con Marcus. No, más. La única razón que Richard se juntaba con los monstruos es el hecho de que él era uno. Richard se había ido a su cuarto con Jamil y Shang-Da. Shang-Da y Jamil no se habían horrorizado, habían quedado impresionados. Aunque Shang-Da había dicho:

—Ellos nos van a matar a todos por esto.

Asher no estuvo de acuerdo.

—Colin es un maestro menos poderoso que Jean-Claude, sin embargo, exigirá la vida del segundo de Jean-Claude, a mí, y la cordura de uno de sus lobos, Jason. Él sobrepasó sus límites. Anita sólo le recordó eso.

Shang-Da había mirado los cuerpos calcinados, pasando lentamente por los montones de ceniza.

—¿Crees que cualquier maestro vampiro permitirá que esto quede sin respuesta?

Asher se encogió de hombros.

—No es una desgracia perder contra alguien que se ha reunido con el Consejo y sobrevivió.

—Además —dijo Jamil—, estará asustado. No va a venir contra Anita cara a cara otra vez.

Asher asintió.

—Exactamente, le teme ahora.

—Su siervo humano, Nikki, podría haber activado el recinto como lo hice yo —le dije.

—Creo —dijo Asher—, que si su servidor tenía el poder de manera similar al tuyo, ella simplemente no lo habría advertido.

—Ella habría tratado de impedirme poner la magia en libertad —dije.

—Sí —dijo Asher.

—Ella mintió —dije.

Asher sonrió y me rozó la mejilla.

—¿Cómo puedes ser tan cínica y te sorprendes cuando la gente miente?

Para eso, no hubo respuesta. Lo que había hecho estaba empezando a hundirse, entonces. Ahora, en la luz del mediodía, no la mañana, nosotros habíamos logrado dormir, sentía frío, con el conocimiento de lo que había hecho anoche no había usado el poder de Richard o de Jean-Claude. Lo que había hecho la noche anterior había sido todo mío. Hubiera podido hacerlo sin una marca de vampiro o de una sola gota de energía extra.

Lo odiaba cuando hice algo tan inhumano y no podía culpar a nadie por ello. Me hizo sentir como un bicho raro.

Jason me tocó el hombro. Le miré. Debe haber habido algo en mi cara, porque la sonrisa desapareció de la suya. Sus ojos alimentaron el dolor hastiado del mundo se asomaba de vez en cuando.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—Ustedes vieron lo que hice anoche. Lo hice yo. No Jean-Claude. No Richard. Yo. Justamente yo.

Puso las manos sobre mis hombros y me dio la vuelta para mirarlo de frente.

—Me salvaste la noche anterior, Anita. Te pusiste entre esas cosas y yo. Nunca lo voy a olvidar, nunca.

Traté de mirar hacia otro lado, y me sacudió con suavidad hasta que lo miré.

Estábamos exactamente a la misma altura, por lo que nuestros ojos quedaban de frente. Todas las bromas se habían ido. Lo que quedó atrás era algo más serio, más adulto, menos Jason.

—Tú los mataste, nos salvaste la noche anterior. Ninguno de nosotros lo olvidaremos. Verne y sus lobos no lo olvidaran.

—Colin no lo va a olvidar, tampoco —le dije—. Va a venir después por nosotros.

Jason sacudió la cabeza.

—Asher y Jamil tienen razón. Está acojonado ahora. No vendrá cerca de ti.

Agarré sus brazos, dejando que la colcha cayera al suelo.

—Pero él hará daño al resto de ustedes. Lo intentará y te llevará, Jason. Él te dará a Barnaby. Te romperá sólo para hacerme daño.

—O él matará a Asher —dijo Jason—. Yo sé. Él sonrió, y era casi su

sonrisa habitual.

—¿Por qué crees que ambos nos quedamos aquí, contigo esta noche? Yo, por ejemplo, quería tu protección.

—Sabes que la tienes —le dije.

Su sonrisa se ablandó.

—Lo sé. —Me tocó la cara suavemente—. ¿Qué pasa? Me refiero realmente a ¿qué está mal? ¿Por qué estás tan… atormentada el día de hoy?

—Lo que hice ayer por la noche no fue muy humano, Jason. Sentí el horror de Richard. Sentí, pensó en mí como un monstruo, y tiene razón.

Jason me abrazó. Me puse rígida al principio, y empecé a relajarme, entonces me aflojé contra él. Dejé que me sostuviera, envolviendo mis brazos alrededor de su espalda. Enterré mi cara contra su cuello y tenía una necesidad horrible de llorar. Hubo un suave sonido detrás de nosotros. Levanté la cabeza para mirar. El wereleopardo salía de la cama, deslizándose hacia nosotros con pies humanos, pero con un movimiento como si no hubiera músculos en sus piernas y caderas y torsos que no existía en mi cuerpo. Zane y Cherry se retorcían y se movían, casi desnudos, hacia nosotros. Cherry tomó la mano de Nathaniel, lo llevó como un niño. Pero él no se parecía a un niño, cuando se acercó hacia nosotros, desnudo. La ropa interior maltrataba la herida del muslo. Ahora, cuando se acercó a nosotros, estaba claro que no estaba completamente infeliz de verme. O tal vez fue despertar al lado de Cherry, o tal vez era sólo cosa de hombres. De cualquier manera, no me gustó.

Aparté a Jason. Él no luchó, sólo dio un paso atrás. Observó al wereleopardo venir, pero no creo que él estaba preocupado por eso. De hecho, podía sentir su energía espinosa a lo largo de mi piel. Las emociones fuertes como la lujuria hacen aumentar la energía de un cambiaformas. En el momento pensé que me miraba sin cavilar. Jason estaba feliz de ver a Cherry, muy feliz.

Miré a otro lado, sonrojándome. Les di la espalda a todos ellos, y me abracé a mí misma.

Alguien me tocó el hombro. Me estremecí.

—Soy yo, Anita —dijo Jason.

Sacudí la cabeza.

Él me abrazó por la espalda, pasó los brazos con mucho cuidado a través de mis hombros y no más abajo.

—No siento que tú los mataste, Anita. Lamento que no mataras a

Barnaby.

—Alguien va a pagar por mi valentía, Jason. Como lo hizo Mira anoche. Hago las cosas, digo cosas, alrededor de ustedes, y todo va mal.

Zane se movía delante de mí. Miró fijamente los brazos de Jason aún alrededor de mis hombros como un collar voluminoso. Los ojos marrones de Zane eran tan serios como desde que empezamos este viaje.

Extendió la mano para tocar mi rostro, y sólo los brazos de Jason se apretaron muy ligeramente, impidieron que retrocediera o dijera.

—No. Tocar no significaba lo mismo para licántropos como lo hacía con el resto de la sociedad estadounidense.

Diría humanos, pero había un montón de países que estaban más en contacto casual que la nuestra.

Los dedos de Zane se arrastraron por mi mejilla, mientras estudiaba mi cara, con el ceño fruncido.

—Gabriel era todo nuestro mundo. Él y Elizabeth nos hicieron, nos eligieron. Con lo maldito que crees que era, Gabriel salvó a la mayoría de nosotros. Yo era un drogadicto, pero no permitía la ayuda de nadie.

Se inclinó hacia mí, oliendo a lo largo de mi piel, frotando la mejilla para que pudiera sentir bien su barba a lo largo de la mandíbula.

—Nathaniel era una puta de la calle. Gabriel fue su proxeneta al sacarlo, pero no lo entregaba a cualquiera, no a todo el mundo.

Cherry estaba sobre sus rodillas. Tomó mi mano, frotó la cara contra mi piel marcando el olor del gato.

—Perdí una pierna cuando un coche me atropelló y se dio a la fuga. Gabriel me devolvió mi pierna. La cortaron por encima del tronco, y cuando me cambiaron, mi pierna volvió a crecer.

Zane colocó un tierno beso en mi frente.

—Él se preocupó por nosotros en su propia forma, retorcido.

—Pero nunca arriesgó su vida por nosotros —dijo Cherry.

Ella comenzó a lamer mi mano, otra vez como un gato. Dejó de lamerme segundos antes de que le dijera que se detuviera. Tal vez sintió mi tensión.

—Tu vida corrió peligro para salvar a Nathaniel. Arriesgaste la vida de tus vampiros para él.

Zane acunó mi cara en sus manos, inclinándome hacia atrás para poder ver mi cara.

—Amas a Asher. ¿Por qué lo arriesgaste por salvar a Nathaniel?

Me aparté suavemente de sus manos hasta que estaba sólo cerca de la puerta. No iba a hacer una brecha, simplemente necesitaba un poco de espacio.

Nathaniel se agachó en el centro de la habitación. Él era el único que no me había tocado.

—No amo a Asher —dije.

—Se puede oler tu deseo por él —dijo Zane.

Oh, genial.

—No he dicho que no pensara que es lindo dije que no lo quería. —Mis ojos se movieron hacia el ataúd. Sabía que no podía oírme, pero…

Jason estaba apoyado contra la pared, sonriéndome, con los brazos cruzados sobre el pecho. La expresión de su cara era suficiente.

—Yo no lo quiero.

Cherry y Zane me miraron, usando expresiones casi idénticas, ninguna la podía leer.

—Te preocupas por él —dijo Cherry.

Pensé, luego asentí.

—Está bien, me preocupo por él.

—¿Por qué lo arriesgaste por salvar a Nathaniel? —preguntó ella.

Ella todavía estaba sobre sus rodillas. Ella se colocó en cuatro patas mientras hablaba. Sus pechos colgaban, moviéndose mientras se arrastraba hacia mí. Nunca había tenido a una mujer arrastrándose hacia mí desnuda, nunca. Hombres desnudos, pero no mujeres desnudas. Me molestó. ¿Homofóbica? ¿Quién, yo?

—Nathaniel está bajo mi protección. Soy su *Nimir-ra*, ¿verdad?

Cherry seguía moviéndose hacia mí. Zane se había puesto en cuatro patas y se unía a ella. Sus músculos se movían bajo la piel de sus hombros, sus brazos, músculos que no deberían haber estado allí. Avanzó con gracia y potencialmente musculoso, violencia contenida dentro de su piel. A excepción de Nathaniel. Se quedó acurrucado e inmóvil, esperando alguna señal.

Miré más allá de los wereleopardos, a Jason.

—¿Qué está pasando?

—Ellos quieren entenderlo.

—No hay nada que entender —le dije—. Colin dañó a Nathaniel porque podía, como si abusara de un perro que no le gustara. Nadie abusa de mis amigos. No está permitido.

Cherry había esperado a Zane para trasladarse junto a mí, con un movimiento casi parejo. Estaban cerca de mí, casi tocando mi cuerpo, y no quería que me tocaran.

Algo estaba pasando, y no me gustaba.

—Nathaniel no es tu amigo —dijo Jason—. No es amistad lo que hizo que arriesgaras a Asher.

Le fruncí el ceño.

—Deja de ayudarme.

Zane y Cherry me miraron, y creo que me hubieran tocado pero no estaban seguros de su bienvenida.

—Gabriel se ocupó de nosotros —dijo Zane—, pero no arriesgó nada. No sacrificó nada.

Se levantó sobre sus rodillas, lo suficientemente cerca que su energía presionó como un viento caliente en contra de mis piernas desnudas.

—Arriesgaste tu vida para uno de nosotros anoche. ¿Por qué?

Cherry se levantó sobre sus rodillas, una y otra vez era como un eco. Su poder de presión contra mí como una mano grande, caliente. Su intensidad, su necesidad, llenaba sus ojos. Y me di cuenta por primera vez, que no era sólo Nathaniel que estaba necesitado. Todos lo estaban. No tenían casa, ni amor, ni atención.

—No es amistad —dijo Zane—. El lobo tiene razón.

—No estás teniendo relaciones sexuales con Nathaniel —dijo Cherry.

Miraba, sus rostros ansiosos.

—A veces uno hace las cosas sólo porque es lo correcto —le dije.

—Pusiste en riesgo a Asher y Damián, después, corres el riesgo de tu vida —dijo Zane—. ¿Por qué? ¿Por qué?

—¿Por qué me protegiste anoche? —preguntó Jason—. ¿Por qué estabas parada entre Barnaby y yo?

—Tú eres mi amigo —le dije.

Jason sonrió.

—Ahora, lo soy, pero no fue por eso que me protegiste. Habrías hecho lo mismo con Zane.

Le fruncí el ceño a Jason.

—¿Qué quieres que te diga, Jason?

—La verdadera razón por la que me protegiste. La misma razón que arriesgaste tanto por Nathaniel. No es amistad, sexo, o amor.

—Entonces, ¿por qué? —pregunté.

—Sabes la respuesta, Anita.

Lo miré a él y a los dos wereleopardos de rodillas. Odiaba ponerlo en palabras, pero Jason tenía razón.

—Nathaniel es mío ahora. Está en la lista de las personas que voy a proteger. ¡Es mío!, y nadie puede hacerle daño, sin responder a mí. Jason. Eres todo para mí, y nadie hace daño a lo que es mío. No está permitido.

Sonaba tan arrogante diciéndolo en voz alta. Sonaba a la Edad Media, pero era verdad. Algunas cosas son verdaderas, no tienes voz para ello, simplemente es así. Y en algún lugar del camino, había empezado a recoger gente. Mi pueblo. Se utiliza para referirse a los amigos, pero últimamente, significaba más que eso, o menos. Significaba la gente como Nathaniel. Desde luego, no eran amigos, pero era mío, lo mismo.

Mirando hacia abajo enfrenté a Zane y a Cherry, fue como pude ver todas las decepciones, las pequeñas traiciones, el egoísmo, la mezquindad, la crueldad. Lo vi llenar sus ojos. Lo había visto tanto de él que simplemente no podía entender la bondad o el honor, o peor, simplemente no me fiaba de él.

—Si te refieres a eso —dijo Zane—, somos tuyos. Puedes tenernos a todos nosotros.

—¿Tenerlos? —Hice una pregunta.

—Ellos quieren decir sexo —dijo Jason. No sonreía. No sabía por qué. Él había estado disfrutando del espectáculo un momento antes.

—No quiero tener sexo con cualquiera de ustedes, cualquiera de ustedes —añadí rápidamente—. No quiero malos entendidos.

—Por favor —dijo Cherry—. Por favor, elije uno de nosotros.

La miré.

—¿Por qué querría tener sexo con uno de ustedes?

—Te gustan algunos lobos —dijo Zane—. Sientes verdadera amistad por ellos. No sientes nada de eso por nosotros.

—Pero sientes lujuria —dijo Cherry—. Nathaniel se molesta, porque lo encuentras atractivo.

Eso me cortó.

—Miren, chicos, yo no duermo con la gente sólo porque los encuentre atractivos.

—¿Por qué no? —preguntó Zane.

Suspiré.

—No tengo sexo casual. Si no entiendes eso, no estoy segura de poder

explicártelo.

—¿Cómo podemos confiar en ti si no quieres nada de nosotros? —dijo Cherry.

No tenía una respuesta para eso. Miré a Jason.

—¿Puedes ayudarme con esto?

Se apartó de la pared.

—Creo que sí, pero no te va a gustar.

—Explícate —dije.

—El problema es que nunca han tenido una *Nimir-ra*, no de verdad. Gabriel era un alfa, y era poderoso, pero no era un *Nimir-ra*, tampoco.

—Uno de los hombres lobo describió a Gabriel como un león al paso, un leopardo pasivo, uno que tenía el poder, pero no para proteger —dije—. El leopardo me llamó *lionne léoparde*, que protege, antes de que me promoviera a *Nimir-ra*.

—Llamamos a Gabriel *lionne léoparde* —Zane dijo—, porque él era todo lo que conocíamos, pero los lobos estaban en lo cierto, era un león al paso.

—Genial —le dije—, así que está decidido.

—No —dijo Cherry—. Gabriel nos enseñó algo, no se puede confiar en nadie a menos que quieran algo de ti. No nos tienes que amar, pero escoge a uno de nosotros como amante.

Sacudí la cabeza.

—Lo que quiero decir es gracias por la invitación, pero no, gracias.

—Entonces, ¿cómo podemos confiar en ti? —preguntó Cherry, con la voz casi en un susurro.

—Puedes confiar en ella —dijo Jason—. Es en Gabriel en quien no se podía confiar. Él es el que te convenció de que el sexo era condenadamente importante. Anita ni siquiera durmió con nuestro *Ulfric*, pero Zane lo vio anoche. Vio lo que hizo para protegerme.

—Ella lo hizo para proteger a sus vampiro. Los que ella cuida —dijo Zane.

—No siento lo mismo por Damián que lo que siento por Asher, pero he arriesgado mi vida por él la noche anterior —le dije.

Los leopardos fruncieron el ceño hacia mí.

—Lo sé —dijo Zane—, y no lo entiendo. ¿Por qué no dejarlo morir?

—No le pregunté si arriesgaría su vida para salvar a Nathaniel. Nunca trato de pedir a los demás lo que no estoy dispuesta a hacer yo. Si Damián

estaba dispuesto a arriesgar su vida, entonces yo no podía hacer menos.

Los leopardos se perdieron. Lo vi en sus rostros, la tensión que fluía a través de su poder, ya que lo sentía a lo largo de mi piel.

—¿Soy tuyo? —preguntó Nathaniel. Su voz sonaba pequeña y perdida.

Miré por encima de los demás a él. Todavía estaba agachado, agazapado en el medio del piso. Se acurrucó como un ovillo. Su largo pelo se había derramado en torno a él, en su cara. Sus ojos violetas me miraron a través de la cortina de pelo, como si estuviera mirando a través de la piel. Había visto otros licántropos que hicieran eso, se escondió detrás de su pelo, y se quedó allí. En cuclillas, de pronto se veía salvaje y vagamente irreal. Sacudió el pelo a un lado, revelando una línea del brazo y el pecho. Su rostro era de pronto pequeño, abierto y con necesidad.

—No voy a dejar que nadie más te haga daño, Nathaniel —dije.

Una lágrima se deslizó por su cara.

—Estoy tan cansado de no pertenecer a nadie, Anita. Tan cansado de ser la carne de nadie que me quiso. Tan cansado de tener miedo.

—No tienes que tener miedo, Nathaniel. Si está en mi poder para mantenerte a salvo, lo haré.

—¿Te pertenezco ahora?

No me gustó la expresión, pero verlo llorar, una lágrima cristalina a la vez, sabía que no era el momento de poner peros a la semántica. Esperaba no matricularme para más cuidados personales, pero asentí con la cabeza.

—Sí, Nathaniel, me perteneces.

Las palabras por sí solas rara vez impresionaban a un cambiaformas. Era como una parte de ellos que no entendían las palabras.

Le tendí la mano.

—Ven, Nathaniel, ven a mí.

Se arrastró a mí, no en aquella gracia salvaje, muscular, pero con la cabeza hacia abajo, llorando, ocultando la cara en el pelo. Estaba llorando cuando llegó a mí. Extendió una mano hacia mí, pero no me miraba.

Zane y Cherry se habían trasladado a cada lado, dejando que él se acercara a mí. Tomé la mano de Nathaniel y me pregunté qué hacer con él. Sacudirla no era suficiente, besarlo me parecía incorrecto. Sacudí mi cerebro para buscar algo en los leopardos y justo estaba en blanco. La única cosa que los leopardos más a menudo hacían era lamerse unos a otros. No podía pensar en otra cosa.

Levanté la mano de Nathaniel a mi boca, inclinándome para presionar

mi boca en la palma de su mano. Lamí su piel, un movimiento rápido, y el gusto de él era familiar. Yo sabía en aquel momento que Raina había lamido esta piel, controló labios, lengua, dientes, por este órgano.

El *Munin* brotó dentro de mí, y lo combatía. El *Munin* quiso morder su mano, sacar sangre y beberla a lengüetadas como un gato con la nata. La imagen era demasiado repulsiva para mí. Mi propio horror me ayudó a perseguir Raina en la distancia. La empujé abajo dentro de mí y comprendí que ella nunca realmente me abandonó. Era por eso que ella vino tan rápidamente y tan fácilmente. Sentí su huida dentro de mí como un cáncer que espera para extenderse.

Me quedé con el sabor de la piel de Nathaniel en la boca e hizo lo que nunca había hecho Raina: Le di comodidad.

Levanté la cabeza de Nathaniel suavemente hasta que pude acunar su cara entre mis manos. Lo besé en la frente, besé el sabor salado de las lágrimas de sus mejillas.

Cayó en mi contra con un sollozo, los brazos entrelazados alrededor de mis piernas, se apretó contra mí. Raina trató de llamear a la vida cuando la ingle de Nathaniel estuvo ajustada contra mis piernas desnudas.

Tendí la mano a Richard, utilizando la marca entre nosotros. Su poder vino a mi llamada como un cepillo caliente de piel. Esto ayudó a ahuyentar aquella presencia horrible, picante.

Les ofrecí mis manos a los otros leopardos. Ellos presionaron sus caras en mi piel, con el mentón marcaban su olor de gato, lamiéndome como si fuera un gatito. Me quedé allí con los tres wereleopardos pegados a mí, tomando prestado el poder de Richard para mantener a raya a Raina. Pero fue más que eso. El poder de Richard me llenó, pasaba a través de mí a los leopardos.

Era como la madera en el centro de un incendio. Richard era la llama, y los wereleopardos avivaban el calor. Se lo llevaron en sí mismos, bañándose de él, se envolvieron a sí mismos como una promesa.

De pie, atrapada entre el poder de Richard, las necesidades de los wereleopardos, y ese toque terrible de Raina, como un perfume fétido, recé: ¡Dios mío, no me dejes fallarles!



VEINTICUATRO

La ceremonia de saludo que fue interrumpida ayer estaba de vuelta para esta noche. Una cosa acerca de los monstruos: Hay que respetar las normas. Las reglas decían que necesitábamos una ceremonia de saludo, bien. ¡Por Dios!, nosotros tendremos una. Vampiros vengativos, o policías corruptos, o el infierno se congela, si no era un rito a realizar, se celebraba la ceremonia; así que se siguió adelante con ella. Los vampiros son peores sobre sus conocimientos mientras desgarran tu garganta, pero los hombres lobo no se quedan atrás.

Yo hubiera dado la orden de salir y hubiera dicho.

—Al infierno con él, vamos a tratar de resolver el misterio. Pero no estaba a cargo. Incluso anoche más de veinte vampiros crujientes no me hicieron cabeza de perro o algo más, a pesar de que la invitación de Verne había sido muy, muy cortés. Colin no será el único que tenga miedo de mí ahora.

La ejecución de casi todos los vampiros de Colin significaba que ahora Verne estaba a cargo del paquete. Ellos tenían el personal para evitar que Colin hiciera más vampiros. Aparentemente, si no había algún lazo entre los vampiros y los cambiaformas en un área, entonces el que tuviera la fuerza suficiente podría gobernar a los demás. Hasta anoche, Colin había mantenido a los lobos a raya, pero ahora que el zapato estaba en otro pie y desde la perspectiva de Verne, el zapato va a apretar.

Es una de esas noches de agosto que todavía son completamente calurosas. Al final todo el mundo se sienta y el calor de la noche te hace contener la respiración, en espera de una brisa fresca que nunca llega.

Pero hubo movimiento bajo los árboles. No fue el viento, pero sí hubo movimiento. Había gente deslizándose entre los árboles. No, gente no, hombres-lobo. Todos estaban aún en forma humana, pero se podrían confundir con humanos. Se abrieron paso fácilmente a través de los árboles como si fueran sombras deslizándose, moviéndose silenciosamente a través de la maleza. La más pequeña brisa que agitara los árboles sería igualmente silenciosa. Pero un pedazo de rama, un crujido de una hoja, un crujido de hojas verdes, y podrías escucharlo fácilmente.

En una noche como esta, incluso los pequeños sonidos serían sencillamente transportados.

Una rama se quebró a mi izquierda, y salté del susto. Jamil me tocó el brazo y salté de nuevo.

—¡Maldición, nena!, estás nerviosa esta noche.

—No me llames nena.

Su sonrisa brilló en la oscuridad.

—Lo siento.

Me froté las manos a lo largo de mis brazos.

—No puedes tener frío —él dijo.

—No lo tengo. No era el frío lo que sentía que se arrastraba por mi piel como si fueran insectos caminando.

—¿Qué pasa? —preguntó Jason.

Me detuve en el oscuro bosque y me arrodillé en las altas hierbas. Moví la cabeza, buscando en la oscuridad. Sí, había varias docenas de escurridizos hombres-lobo alrededor, pero no eran los cambiaformas los que me asustaron. Era… era como escuchar voces en una habitación distante. No podía entender lo que estaban diciendo, pero podía escucharlos, los escuchaba en mi cabeza. Sabía lo que era, era el *Munin*. El

Munin en el lupanar. El *Munin* me llamaba, susurrándome a través de mi piel. Estaban ansiosos de que fuera, me esperaban. ¡Mierda!

Zane se quedó mirando a la oscuridad. Estaba parado tan cerca que escuchaba su respiración y sabía que estaba olfateando el viento. Todos ellos fueron transformados en la noche, incluso Nathaniel. Parecía más seguro como nunca lo había visto, más cómodo en su propia piel, sin ningún juego de palabras. Nuestra pequeña ceremonia de esta tarde significó algo para los tres leopardos. Todavía no estaba segura de qué era exactamente lo que significaba para mí.

Todos llevaban viejos pantalones vaqueros, camisetas, cosas que no importaría perder en la transformación, porque en una noche, más cerca de la luna llena, los accidentes ocurren. No, no los accidentes. Alguno de ellos podría perder su forma humana esta noche. Me di cuenta de que era algo que no quería ver. Realmente no.

Asher y Damián no estaban aquí. Habían ido a espiar o a negociar con Colin y sus vampiros restantes. Yo pensaba que esto era una idea realmente mala, pero Asher me había asegurado que esperaban eso. Que él como el segundo de Jean-Claude llevaría el mensaje que yo, nosotros, hemos menospreciado a Colin y a su segundo al mando, Barnaby. Nosotros habíamos permitido a su siervo humano salir del círculo. Habíamos sido generosos con él aunque no teníamos obligación de serlo. Mediante sus leyes, Colin había sobrepasado sus límites. Él era el vampiro menor, y podríamos haberle quitado todo.

Por supuesto, la verdad es que Colin y Barnaby habían escapado. La única persona que a la que le permitimos escapar fue al siervo humano de Colin. Pero porque Asher me aseguró que podría mentirle a Colin y que el Maestro de la ciudad nunca se daría cuenta de que era una mentira.

Sentía una opresión en el estómago al pensar en Damián y Asher allí solos con Colin y compañía. Los vampiros tenían reglas para todo, pero había una tendencia a forzar las normas hasta que las rompieran. Suficientemente cerca como para que Asher y Damián salieran dañados. Pero Asher había sido tan confiado, y esta noche yo estaba jugando a ser *lupa*. Un monstruo a la vez, supongo.

Otra cosa que me ponía nerviosa era que no estaba permitido nada de armas. Los cuchillos estaban bien, sustituían a las garras, pero no las armas de fuego. Para Marcus había sido de la misma manera. A ningún *Ulfric* que se aprecie de serlo se le permite llevar al interior de su santuario un arma de

fuego. Entendía eso. Pero eso no significa que me tiene que gustar. Después de lo que había hecho por Verne anoche, pensé que la solicitud de armas de fuego no era absolutamente descortés.

Richard me había informado que mi sacrificio de los vampiros de Colin en el interior del lupanar sería nuestro regalo, el regalo que el *Ulfric* y la *lupa* le dan a la manada local.

El regalo era por lo general un animal recién muerto, las joyas de la *lupa*, o algo místico. La muerte, joyas, o la magia, suena como el Día de San Valentín.

Me puse vaqueros para protegerme las piernas de la maleza, aunque estaba lo suficientemente caliente como para que me sudaran las rodillas. El único de nosotros con pantalones cortos era Jason. A él no pareció importarle si sus piernas se rayaban. También fue el único que no llevaba una camisa de algún tipo. Yo traía un top azul para que al menos estuviera fresca en la parte superior. Sin embargo, eso hizo visible la funda de los cuchillos.

El gran cuchillo que estaba en mi espina dorsal era todavía invisible, a menos que te fijaras firmemente en mi espalda. El material del top era delgado, y se podía ver la vaina, aunque no en la oscuridad. Tenía en mis muñecas las habituales vainas y los cuchillos de plata en los antebrazos. Estos eran muy visibles en mi piel. Tenía un cuchillo nuevo en mi bolsillo. Es una navaja de cuatro pulgadas con una cerradura de seguridad. ¿No quiero sentarme y apuñalarme a mí misma? Esta es una de esas hojas que vienen hacia fuera. Sí, es ilógico. Había sido un regalo de un amigo que no le importaba mucho la comodidad. Entonces ¿por qué llevar una navaja de 4 pulgadas en la mayoría de los estados? Porque con seis pulgadas no es cómodo sentarse con ella en mi bolsillo. Así que es bueno tener amigos que conocen tu tamaño.

También llevaba un crucifijo de plata. No planeaba tener una reunión con vampiros malos esta noche, pero no me fío que Colin no intente algo. Si sabía lo suficiente acerca de la ceremonia de saludo como para saber que no se permite un arma de fuego, ahora es cuando vendría por mí.

Eran suaves sombras grises bajo los árboles. La luna y las estrellas brillaban en alguna parte de arriba. Pero, dónde nos encontrábamos los árboles creaban una sólida oscuridad entre nosotros y el cielo. Me sentí casi claustrofóbica estando de pie en la oscuridad.

—Yo no huelo nada, además de otros *lukoi* —dijo Jason.

Todos estuvieron de acuerdo. Nada más que cambiaformas esta noche. Nadie más que yo parecía ser capaz de sentir el eco de un susurro. Yo era la única nigromante del lugar, por lo que los espíritus de los muertos les gustara más.

—Tenemos que estar en el lugar de encuentro antes de la ceremonia más adelante —dijo Jamil.

Lo miré.

—¿Quieres decir que han empezado la ceremonia ya?

—La convocatoria se ha dado —dijo Jason.

Lo dijo como debería haber sido llamada en letras mayúsculas.

—¿Qué quieres decir con que la convocatoria se ha dado?

—Ellos han sacrificado un animal y han manchado de sangre el árbol, algo parecido a lo que hiciste anoche —dijo Jason.

Me froté los brazos.

—Me pregunto si es por eso que estoy sintiendo la *Munin*.

—Cuando frotas de sangre en el trono de piedra, el símbolo de nuestro espíritu, no significa que se convoca el *Munin* —dijo Jason.

Sacudí la cabeza.

—He estado en tu lupanar, Jason, esta vez es diferente. Su magia es diferente a la tuya.

Sentí que algo se arrastra a través de los árboles. Un rayo de energía hizo que mi corazón saltara de un golpe y empezó a latir más rápido, como si hubiera estado corriendo.

—Jesús, ¿qué fue eso?

—Ella está sintiendo la llamada —dijo Jason.

—Eso es imposible —dijo Jamil—. Ella no es *lukoi*. —Él señaló a Cherry, Zane, y Nathaniel—. Ellos lo sienten. Son cambiaformas, y sienten la llamada al lupanar.

Cherry nos miró, y luego movió la cabeza.

—Tiene razón. Siento algo como un zumbido que vaga por los bosques, pero no es nada grande.

Nathaniel y Zane estuvieron de acuerdo con ella.

Atravesó rápidamente mi cuerpo como si ello iba a tratar de avanzar lentamente bajo su propio poder en mi piel. Fue espeluznante como el infierno.

—¿Qué me está pasando?

—Ella siente la llamada —dijo Jason.

—Eso no es posible —dijo Jamil.

—Sigues diciendo eso de ella, Jamil, y sigues estando equivocado —dijo Jason.

Un bajo gruñido salió de la boca de Jamil.

—Detengan esto, ustedes dos —les dije. Miré hacia atrás más allá de los árboles hasta que no quedó nada más que una pared de oscuridad con un poco de tenue luz de la luna. Jason tenía razón. Podía sentir la magia. Era la magia del ritual, y era la magia de la muerte. El poder de los licántropos viene de la vida. Son las criaturas sobrenaturales más vivas que han estado por ahí, más como las hadas que los seres humanos, a veces. Pero este lupanar corre en la muerte, así como la vida, que me llamó dos veces. Una vez a través de las marcas de Richard, en segundo lugar a través de mi nigromancia. Desearía que Richard estuviera aquí.

Había ido a cenar con su familia. Shang-Da fue con él porque yo insistí. El Sheriff Wilkes tenía que saber que no estábamos saliendo de la ciudad por ahora. No se trataba sólo de los vampiros locales por los que tuvimos que preocuparnos.

Richard había llamado por teléfono, avisando que llegaría tarde y que empezáramos sin él. Su madre no había entendido por qué él no podía quedarse por más tiempo. Todos los hombres de la familia Zeeman son tan mandilones, dominados, lo siento.

Empecé a caminar a través de los árboles, y me siguieron. Me subí encima de un tronco caído. Nunca te quedes de pie sobre un tronco. Nunca se sabe si hay una serpiente del otro lado. Pasé el tronco. Esta noche las serpientes no eran lo que me preocupaban. Me movía lentamente, abriéndome paso entre los árboles. Mi visión nocturna es excelente para un ser humano, y podría haber ido más rápido. Yo quería ir más rápido. Yo quería arrojarme a través de los árboles y correr. Yo no, pero fue sólo la fuerza lo que me mantuvo andando.

No fue sólo la muerte la que me estaba llamando. Era la creciente de energía cálida y pura de un licántropo. Yo sabía que podía sentir algo de esto con Richard sosteniendo mi mano. Lo habíamos hecho antes en una luna llena, pero nunca lo había hecho sola. Nunca me había movido a través de la oscuridad, tratando de respirar, los latidos de mi corazón y las prisas del poder de algún otro.

Recapacité.

—Richard, ¿qué has hecho conmigo? —Tal vez era su nombre, tal vez

sólo estaba pensando en él, pero de pronto lo sentí sentado en el coche. Pude ver un momento a Daniel conduciendo. Podía sentir el olor de la loción después del afeitado de Daniel. Podía sentir el calor de la opresión en el pecho de Richard. Me aparté y quedé impresionada. Si no hubiera tenido un árbol cerca para abrazar, me habría caído de rodillas. Si ese momento que compartí con Richard le golpeó como me golpeó a mí, me alegro de que Richard no estuviera conduciendo.

—Anita, ¿estás bien? —Jason me tocó el hombro. Y el poder fluyó entre nosotros rápidamente a través de nuestra piel. Me volví hacia él y sentí que me estaba moviendo en cámara lenta. No podía respirar más allá de la energía y las sensaciones que llenaban mi mente. Imágenes, destellos, como ver una habitación a través de luz estroboscópica. Una cama, sábanas blancas, el olor fresco a sexo y almizcle caliente. Mis manos descansando sobre un pecho sin problemas. El pecho de un hombre. Tan cálido, haciendo circular el poder que era un licántropo puro, la bestia pura, llenaba mi cuerpo, como el hombre debajo de mí. Sutil, agradable y emocionante. El poder se derramó a través de las yemas de mis dedos, sacando las uñas de las manos como cuchillos al desenvainar. El animal empujó la suave piel de mi cuerpo, trató de escaparse y envolverme. Pero lo contuve, envolví mi cuerpo, y sólo dejé que mis manos se volvieran monstruosas. Las garras se deslizaron en su pecho liso. La sangre caliente y fresca se podía saborear en nuestras lenguas.

Jason miró hacia mí desde la cama, aún clavado por mi cuerpo, nuestro cuerpo, y gritó. Él había deseado esto. Lo eligió. Y aun así gritó. Sentí su carne ceder bajo las garras. Golpeó las manos una y otra vez, hasta que las sábanas blancas se mancharon con sangre y yacía inmóvil debajo de mí. Si sobrevivía, sería uno de nosotros. Me acordé de no preocuparme si vivía o si moría, no realmente. Fue el sexo, el dolor, la alegría de todo lo que importaba. Cuando pude sentir mi cuerpo otra vez, Jason y yo estábamos de rodillas sobre las hojas. Sus manos estaban todavía sujetando mis brazos. Alguien estaba gritando, y esa era yo. Jason me miró con una cara de horror. Había compartido la visión, pero no era su recuerdo.

No era la memoria de Richard, o la mía. Era la memoria de Raina. Estaba muerta, pero no olvidada. Era por eso que temía el *Munin*. Yo era una nigromante con vínculos a los lobos. Le gustaba al *Munin*. Al *Munin* de Raina le gustaba más que todos.

—¿Qué pasa? —preguntó Cherry. Ella me tocó y se abrió algo dentro

de mí de nuevo.

Acogió con beneplácito a Raina con una carrera que me permitió gritar. Pero luchaba en esta ocasión. Luché porque yo no quería ver a Cherry de la forma en que Raina la vería. Jason no se preocuparía. Cherry se preocuparía. Yo me preocuparía.

Hubo una ráfaga de sensaciones: la piel húmeda con sudor, las manos con largas uñas pintadas en mis pechos, esos ojos grises mirando hacia mí, la boca abierta, floja, en una almohada, el pelo amarillo hasta los hombros. Raina en la parte superior de nuevo.

Grité y empujé a los dos. Las imágenes de muerte aparecían como si hubieran tirado de un enchufe. Me apresuré a través de las hojas en cuatro patas, con los ojos cerrados. Terminé sentada, abrazando mis rodillas al pecho, la cara oculta contra mis piernas. Apreté los ojos tan fuerte que empecé a ver serpientes blancas en mis párpados. Escuché a alguien moverse a través del crujido de las hojas. Sentí que se acercaba a mí.

—No me toques —le dije. Era casi otro grito.

Sin embargo escuché como se arrodillaba en las hojas secas antes de que la voz de Jamil vino.

—No te voy a tocar. ¿Todavía estás recibiendo los recuerdos?

No me preguntó si yo estaba viendo los recuerdos. Encontré extraña la pregunta.

Sacudí la cabeza sin levantar la vista.

—Entonces, se acabó, Anita. Una vez que el *Munin* se va, no volverán hasta que sea llamado de nuevo.

—Yo no la llamé. —Levanté mi cara lentamente y abrí los ojos. De alguna manera la noche de verano parecía más obscura.

—¿Fue Raina de nuevo? —preguntó.

—Sí.

Se arrodilló tan cerca como pudo sin tocarme.

—Uno de los recuerdos los compartiste con Jason y con Cherry.

No estaba segura de sí era una pregunta o una declaración, pero le contesté:

—Sí.

—Fue una visión completa —dijo Jason. Estaba sentado con su espalda desnuda contra un árbol.

Cherry tenía sus manos apretadas a la cara. Ella hablaba, con el rostro oculto.

—Me corté el pelo después de esa noche, después de lo que me hizo. Una noche con ella era el precio de no tener que hacer una de sus películas porno. —Sacudió las manos de su cara, llorando—. Dios, puedo oler la esencia de Raina. —Se frotó las manos en sus pantalones, una y otra vez, como si le hubiera tocado algo malo y estaba tratando de limpiarse.

—¿Qué demonios fue eso? —pregunté—. Yo he canalizado a Raina antes, pero nunca de esta manera. Tengo retazos de recuerdos, pero no una película completa. Nada como esto, nunca.

—¿Has estado tratando de aprender a controlar el *Munin*? —preguntó Jamil.

—Sólo para deshacerme de ella, ellos, lo que sea.

Jamil se acercó a mí, estudiando mi rostro, como si buscara algo.

—Si fueras *lukoi*, te lo diría, no puedes simplemente apagar el *Munin*. Si tienes el poder de convocarlo, entonces debes aprender a controlarlo, no sólo cerrarlo. Porque no puedes alejarte de él. Van a buscar una manera de entrar en ti, a través de ti.

—¿Cómo sabes tanto? —pregunté.

—Yo conocía a una mujer lobo que podía llamar el *Munin*. Ella lo odiaba. Trató de negarles la entrada. No funcionó.

—El hecho de que no sirviera para tu amiga no significa que yo no pueda hacerlo. —Podía sentir su aliento cálido cerca de mi cara—. Atrás, Jamil.

Se deslizó hacia atrás, pero todavía estaba lo suficientemente cerca, más de lo que me gustaría. Se recostó en las hojas.

—Anita, se volvió loca. La manada tuvo que ejecutarla. —Abrió sus ojos mirando atrás de mí en la oscuridad. Me di la vuelta para ver qué era lo que estaba viendo. Dos figuras de pie en la oscuridad. Una de ellos era una mujer con el cabello largo, pálido y un vestido largo y blanco como algo salido de una película de terror de 1950. Y tú serías la víctima de la película. Pero ella estaba muy erguida, muy confiada, como si fuera un árbol y tuviera raíces. Había algo casi terriblemente seguro en ella.

El hombre que estaba con ella era alto, delgado, moreno y lo suficientemente oscuro cómo para verse café en la oscuridad. Tenía el pelo corto y marrón un poco más pálido que el color de su piel. Si la mujer parecía en calma, él parecía nervioso.

Se desprendía de la energía como una lluvia de turbulencias que susurraban a lo largo de mi piel y hacía que la noche pareciera más

caliente.

—¿Estás bien? —preguntó la mujer.

—Ella compartió el *Munin* con dos de nosotros —dijo Jamil.

—Supongo que por accidente —dijo la mujer. Parecía ligeramente divertida.

No me pareció nada gracioso. Me puse de pie, un poco inestable, pero de pie.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Marianne. Yo soy la *Vargamor* de esta manada.

Me acordé de Verne y Colin hablando de una varga… algo anoche.

—Verne te mencionó anoche. Colin dijo que te había dejado en casa para mantenerte a salvo.

—Una bruja buena es difícil de encontrar —dijo sonriendo.

La miré.

—No te sientes como una Wicca.

Una vez más, yo sabía que ella me estaba sonriendo. Su condescendencia pacífica me estaba desgastando los nervios.

—Una psíquica entonces, si tú prefieres el término.

—Antes de anoche yo nunca había escuchado hablar del término *Vargamor* —le dije.

—Es raro —dijo—. La mayoría de las manadas no tienen uno. Lo consideran demasiado anticuado.

—Tú no eres un *lukoi* —dije.

Inclinó su cabeza hacia un lado, y la sonrisa desapareció, como si por fin hubiera dicho algo que valiera la pena.

—¿Estás tan segura?

Traté de tener una idea de lo que me había hecho sentir tan segura de que era un humano, o al menos no un *lukoi*. Ella tenía su propia energía. Ella era bastante psíquica como para darme cuenta. Nos reconoceríamos unos a otros sin ningún tipo de presentaciones. Puede que no podamos conocer el sabor exacto de cada una de nuestras capacidades, pero podemos reconocer un espíritu del mismo tipo o rival. Cualquier poder que ella tuviera, no era licantropía.

—Sí, estoy segura de que no eres *lukoi* —dije.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—No te siento como cambiaformas.

Se rió entonces, y era un sonido rico y musical que logró ser sano y

terroso al mismo tiempo.

—Me gusta tu elección de sentidos. La mayoría de la gente hubiera dicho que no tenía la razón. Sentir es una palabra imprecisa, ¿no te parece?

Me encogí de hombros.

—Tal vez.

—Este es Roland. Es mi guardaespaldas para esta noche. Nosotros, los pobres humanos debemos ser vigilados por temor a que algunos cambiaformas con exceso de celo pueda perder el control y hacernos daño.

—De alguna manera no creo que seas una presa fácil, Marianne.

Se rió de nuevo.

—¿Por qué?, gracias, niña.

Que me llamara niña me hizo añadir unos diez años a su edad. Ella no lo parecía. Estaba oscuro, pero ella todavía no lo parecía.

—Vamos, Anita. Te acompañaremos hasta el lupanar.

Ella me ofreció su mano se suponía que debía tomarla y llevar a una niña.

Miré a Jamil. Esperaba que alguien supiera lo que estaba pasando, porque estaba perdida.

—Está bien, Anita. El *Vargamor* es neutral. Ella nunca pelea o toma partido en los retos. Así es como ella puede ser humana y correr con la manada.

—¿Estamos involucrados en un desafío o una lucha que yo no sé? —le pregunté.

—No —dijo Jamil, pero parecía inseguro.

Marianne me explicó sin que se lo preguntara.

—Presentar a dos alfa fuera de una manada puede llevar a enfrentamientos. Tener a alguien tan poderoso como Richard levanta los nervios en nuestros jóvenes lobos. Habiendo dormido con las únicas dos hembras dominantes de nuestra manada lo hace peor.

—¿Quieres decir que podemos entrar en un concurso de meadas? —dije.

—Una frase colorida, pero suficientemente precisa —dijo.

—Ok, ¿y ahora qué? —pregunté.

—Ahora, Roland y yo los acompañaremos a todos al lupanar. El resto de ustedes puede seguir adelante. Sabes el camino, Jamil.

—No lo creo —le dije.

—¿No qué? —preguntó Marianne.

—¿Me veo como Caperucita Roja? —dije—. No voy a dar un paseo en el bosque con dos desconocidos. Uno de ellos es un hombre lobo y la otra una… Yo no sé lo que eres, sin embargo, Marianne. Pero no quiero estar a solas con ustedes dos.

—Muy bien —dijo—. Algunos o todos pueden quedarse. Estaba pensando que querías tener privacidad para hablar con otro ser humano que estuviera vinculado al *lukoi*. Tal vez estaba equivocada.

—Mañana a la luz del día, podemos hablar. Esta noche, vamos a tomarlo con calma.

—Como quieras —dijo. Una vez más, me tendió la mano—. Ven. Vamos a hablar al lupanar como una gran familia feliz.

—Ahora te burlas de mí —dije—. Eso no te pondrá en mi lista de amigos.

—Me burlo un poco de todo el mundo —dijo—. Sin afán de molestar. —Movió su mano hacia mí—. Ven, niña, la Luna pasa por encima de nosotros. El tiempo se acaba.

Caminé hacia ella con mis cinco guardaespaldas detrás de mí. Sin embargo, no tomé su mano. Estaba lo suficientemente cerca para ver con claridad la sonrisa condescendiente.

Anita Blake, la famosa cazadora de vampiros, con miedo de alguna travesía con una curandera.

Le sonreí.

—Soy prudente por naturaleza y paranoica de profesión. Me has ofrecido tu mano dos veces en sólo unos minutos. No pareces alguien que haga algo sin una razón. ¿Qué pasa?

Se puso las manos en las caderas y chasqueó la lengua.

—¿Eres siempre tan difícil?

—Es peor —dijo Jason.

Yo le fruncí el ceño. Incluso si él no podía ver en la oscuridad, me hizo sentir mejor.

—Todo lo que quiero, niña, es tocar tu mano y tener una idea de lo poderosa que eres antes de que te permitamos entrar de nuevo dentro de los límites de nuestro lupanar. Después de lo que hiciste la noche anterior, algunos de nuestros miembros de la manada temen que estés dentro de los límites de nuestro lupanar. Parecen pensar que podrías robar nuestro poder.

—Puedo tocarlo —le dije—, pero no puedo robarlo.

—Pero el *Munin* ya te tiende la mano. Te sentí llamar a tu *Munin*. Viajó

a través del poder que hemos llamado esta noche en el lupanar. Perturbado como se cosecha en un hilo de tela de una araña. Vinimos a ver lo que hemos cogido, y si no fuera demasiado grande para comer, lo cortaríamos en trozos para llevarlo a casa.

—La metáfora de la araña funciona para tal vez dos oraciones, después me perdí —le dije.

—El lupanar es nuestro lugar de poder, Anita. Necesito sentirte para tener una idea antes de que entres en ella esta noche. —La risa se había ido de su voz. Se puso muy seria—. Estoy pensando no sólo en nuestra protección niña. También en la tuya. Piensa, niña, ¿qué sería de ti si el *Munin* dentro de nuestro círculo te tomara una y otra vez? Necesito asegurarme que puedes controlarlo.

Sólo oírle decirlo hizo que mi estómago se encogiera por el miedo.

—Muy bien. Le tendí la mano como si fuéramos a darnos un apretón, pero le di mi mano izquierda. Si a ella no le gustaba, podía rechazarla.

—La oferta de la mano izquierda es un insulto —dijo.

—Tómelo o déjelo, *Vargamor*. No tenemos toda la noche.

—Esto es más cierto de lo que sabes, pequeña.

Puso la mano como si fuera a tocar la mía, pero se detuvo justo por encima sin tocarme. Ella extendió su mano sobre mi piel. La imité. Ella estaba tratando de tener una idea de mi aura. Dos podrían jugar en ese juego.

Cuando levanté mis manos en frente de mi cuerpo, ella me imitó. Nos pusimos de pie una frente a la otra, con las manos extendidas, sin tocarnos. Era alta, de cinco o seis. No pensé que usara zapatos de tacón bajo ese vestido largo.

Su aura estaba caliente sobre mi piel. Podía sentirla, como si pudiera tomar su aura en mis manos como una masa. Nunca había conocido a nadie con tal peso en su aura. Se confirmó mi primera impresión de ella. Era fuerte.

De pronto se adelantó, envolviendo sus dedos alrededor de mi mano. Obligó a mi aura volver sobre mí como una puñalada. Me hizo jadear, pero de nuevo, yo sabía lo que estaba sucediendo. La empujé de vuelta y la sentí flaquear.

Ella sonrió, pero no fue condescendiente ahora. Era casi como si estuviera contenta.

Se me erizó el pelo detrás del cuello hasta mi espalda.

—Poderosa —dijo—. Fuerte.

Hablé con una opresión en mi garganta.

—Tú, también.

—Gracias —dijo.

Sentí su poder, su magia, moviéndose sobre mí, a través de mí, como una ráfaga de viento. Ella se apartó tan abruptamente que nos hizo tambalear.

Nos quedamos de pie a un metro de distancia una de la otra, respirando con dificultad como si hubiéramos estado corriendo. Mi corazón dio un vuelco en mi garganta como si estuviera atrapado. Y yo podía probar su pulso en la parte posterior de la lengua. No, yo la oía. Lo escuché como si fuera un reloj pequeño. Pero no era su pulso. Olía la loción para después del afeitado de Richard como una nube que me había atravesado. Cuando las marcas trabajaban a través de Richard, a menudo el olor me permitía saber que estaba sucediendo. Yo no sabía lo que había causado que actuaran así. Tal vez el poder de los licántropos o la cercanía de la luna llena. ¿Quién sabe? Pero algo me había abierto a él. Yo estaba canalizando más que el dulce olor de su cuerpo.

—¿Qué es ese sonido? —pregunté.

—Descríbelo —dijo Marianne.

—Como un clic, suave, casi mecánico.

—Tengo una válvula artificial en mi corazón —dijo.

—No puede ser.

—¿Por qué no? Cuando me inclino hacia el espejo para aplicar el delineador de ojos, puedo escucharlo a través de mi boca abierta, haciendo eco contra el espejo.

—Pero puedo oírlo —dije.

—Tú puedes —dijo.

Sacudí la cabeza. Ya no la estaba sintiendo. Ella se alejaba de mí, colocó barreras. Yo no la culpo, porque, por un segundo pude sentir los latidos de su corazón, claudicando. El sonido no me había hecho tener lástima o empatía por ella. El sonido me excitaba. Sentí tirar desde lo profundo de mi cuerpo. Era casi sexual.

Ella sería lenta, una presa fácil. Miré a esa mujer alta, segura, y por una fracción de segundos todo lo que vi era comida.

Maldición.



VEINTICINCO

Seguimos a Marianne y a su guardaespaldas, Roland, a través de los árboles oscuros. El maldito pantalón se enganchó en todas las ramas y troncos caídos.

Marianne flotaba por el bosque como si los árboles la dejaran pasar suavemente su vestido a través de ellos. Roland llevaba su ritmo agarrado de su brazo, deslizándose a través de los bosques como el agua en un pozo de canal usado. Jamil, Nathaniel, y Zane se movían con igual gracia. Era el resto de nosotros que estábamos teniendo problemas.

Mi excusa era que soy humana. No sabía cuál era la excusa de Jason y Cherry.

Traté de pasar sobre un tronco y me caí. Terminé sobre mi estómago, mis brazos se rasparon por la corteza áspera. Me senté a horcadas sobre el tronco como un caballo y al parecer no podía pasar mi pierna sobre la otra parte. Cherry tropezó con algo en las hojas y cayó de rodillas. La vi

ponerse de pie y tropezar con la misma maldita cosa. Esta vez ella se quedó de rodillas, con la cabeza baja.

Jason cayó en una maraña de raíces de árboles secos al final del tronco sobre el que yo me sentaba. Cayó sobre su cara y maldijo. Cuando se puso de pie, tenía un rasguño en el pecho lo suficientemente profundo para que saliera sangre, negra a la luz de la luna. Me recordó lo que Raina había hecho con él. Ella había cortado su pecho como un trapo, y no había una cicatriz sobre él de ello.

Cerré los ojos y me incliné sobre el tronco, descansando mis antebrazos. Tenía el culo herido. Me levanté lentamente y miré. Me raspé lo suficiente como para que la sangre llenara lentamente las heridas en puntos. Genial.

Jason se apoyó al final del tronco, lo suficientemente lejos para no tocarme. Creo que todos estábamos teniendo miedo de esto. No queremos que se repita.

—¿Qué pasa con nosotros? —preguntó Jason.

Sacudí la cabeza.

—No sé.

Marianne estuvo de repente allí. No la oí llegar. ¿Estaba perdiendo el tiempo? ¿Estaba yo fuera de lugar?

—Expulsas el *Munin* antes de que estés lista para liberarlo.

—¿Y? —dije.

—Así, que toma la energía —dijo.

—Bien, me explicas porque vamos dando tumbos. ¿Qué pasa con ellos? ¿Por qué se sienten como la mierda?

Ella me dio una sonrisa muy pequeña.

—No eres la única que lucha contra el *Munin*, Anita. Tú fuiste quien lo llamó, y si no hubieran estado dispuestos a luchar contra él, entonces los otros dos habrían sido impotentes ante sí, pero lucharon también. Lucharon contra los recuerdos. Eso cuesta.

—Hablas como si supieras —le dije.

—Puedo llamar al *Munin*. Estos destellos caóticos son lo que sucede cuando tienes un *Munin* que te caza, y que no quieres abrazar.

—¿Cómo supiste que era un caos? —pregunté.

—Cogí un vislumbre o dos del que viste. Un mero toque —dijo.

—¿Por qué no te sientes mal? —pregunté.

—No lucho. Si simplemente permites que el *Munin* se acople a ti, pasa

mucho más rápido y relativamente sin dolor.

Medio me reí de ella.

—Eso suena como un viejo consejo, cierra los ojos, y pasará más pronto.

Volvió la cabeza hacia un lado, el pelo largo se deslizó sobre sus hombros, como un fantasma pálido.

—Aceptando el *Munin* puede ser agradable o desagradable, pero este *Munin* te caza, Anita. La mayoría de las veces, un *Munin* que trata de hacer un vínculo con un miembro de la manada lo hace por amor o por dolor compartido.

La miré.

—No es amor lo que me motiva a esto.

—No —dijo—, sentí tanto la fuerza de tu personalidad y tu odio por ti. Él expulsa tu rencor.

Sacudí la cabeza.

—No sólo rencor. Lo poco que queda, él goza del juego. Tiene un tiempo realmente bueno cuando lo canalizo.

Marianne asintió.

—Sí. Pero si lo abrazaras en vez de luchar, podrás escoger entre los recuerdos. Los fuertes vendrán más fácil, pero puedes controlar más de lo que viene y lo fuerte que viene. Si verdaderamente lo canalizas, como dices, las imágenes serían menos como una película y más… como usar un guante.

—Salvo que yo soy el guante —le dije—, y su personalidad desborda la mía. No, gracias.

—Si continúas esta lucha con el *Munin*, se pondrá peor. Si dejas de luchar y cumplir con él, incluso antes de completarse, el *Munin* perderá parte de su fuerza. Algunos se alimentan de amor. Este se alimenta del miedo y el odio. ¿Esto era la vieja *lupa*? ¿La mataste?

—Sí —dije.

Marianne se estremeció.

—Nunca conocí a Raina, pero incluso ese pequeño toque me hace feliz que esté muerta. Estaba mal.

—Ella no se vio de esa manera —le dije—. Ella se veía como más neutral que el mal.

Lo dije como la conocía, y lo sabía. Lo sabía porque me había puesto su esencia como un vestido más de una vez.

—Muy pocas personas ven sus propias acciones como realmente malas —dijo Marianne—. Se lo deja a sus víctimas para decidir lo que es malo y qué no lo es.

Jason levantó la mano.

—Mala.

Cherry se hizo eco de él.

—Mala.

Nathaniel y Zane e incluso Jamil, levantaron sus manos.

Yo levanté la mano, también.

—Es unánime —dije.

Marianne se rió, y otra vez, era un sonido que se sentía como en casa, en la cocina o el dormitorio. Cómo se las arregló para ser a la vez saludable y fascinante al mismo tiempo, me dejó perpleja. Por supuesto, un montón de cosas me dejaron perpleja acerca de Marianne.

—Vamos a llegar tarde —dijo Roland.

Su voz era más profunda de lo que pensé que sería, baja y cuidadosa, casi demasiado vieja para su cuerpo. Parecía bastante tranquilo, pero podía mirarlo con otras cosas que sólo mis ojos. No se podía ver, pero lo podía sentir. Era una masa de energía nerviosa. Bailó a lo largo de su piel, la respiración en la oscuridad como una nube invisible, caliente, casi tangible, como el vapor.

—Lo sé, Roland —dijo ella—. Lo sé.

—Nosotros podríamos llevarlos —dijo Jamil.

Una emoción de energía fluía a través de los árboles. Esto capturó mi corazón como si una mano invisible me hubiese tocado.

—Tenemos que irnos —dijo Roland.

—¿Cuál es tu problema? —pregunté.

Roland me miró con ojos que eran agradables a la oscuridad sólida.

—Tú lo eres —dijo. Habló en voz baja, y sonaba como una amenaza.

Jamil se movía entre nosotros de modo que mi visión de Roland fue casi completamente bloqueada, y asumí, su opinión de mí.

—Ahora, niños —dijo Marianne—, jueguen amablemente.

—Nos perderemos la ceremonia por completo si no se apresuran —dijo Roland.

—Si fueras una *lupa* verdad —dijo Marianne—, podrías obtener energía de tus lobos y darlo a cambio como una gran batería de reciclaje.

Sonó como si ella hubiese dado esta conferencia antes. Supongo que

cada manada necesita un maestro. Sé que la nuestra necesitaba uno urgentemente. Estaba empezando a darme cuenta de que éramos como niños que habían sido criados por padres negligentes. Nosotros éramos adultos, pero no sabíamos cómo comportarnos.

—Eres lo suficientemente psíquica como para que puedas ser capaz de hacer un pequeño camino sin ser *lukoi* —dijo Marianne.

—No pienso que yo me llamaría ser un nigromante la misma cosa que ser un psíquico —dijo Jamil.

Marianne se encogió de hombros.

—Todo es mucho más parecido que la mayoría de la gente quiere reconocer. Muchos grupos religiosos se sienten cómodos con la capacidad psíquica, pero no con la magia. Pero llámalo como quieras, es esto o bien llama a algunos lobos y te llevaran sobre sus hombros.

El verdadero problema era que yo sólo conocía dos formas de llamar el poder. Uno de ellos era el ritual. El otro por medio del sexo. Me había dado cuenta hace unos meses que el sexo puede llamar el ritual para mí. No siempre, y tenía que atraer a la persona implicada, pero a veces, realmente no quiero admitir que la energía sexual fue una de las maneras que realicé la magia. A pesar de que no participara el sexo real, sigue siendo vergonzoso. Además, haciendo cualquier cosa sexual parecía poner la alfombra de bienvenida para el *Munin* de Raina.

¿Cómo podría explicar todo esto a Marianne sin sonar como una puta? No podía pensar en una manera de explicarlo que no me sonara mal, así que no iba a intentarlo.

—Sigue sin nosotros, Marianne. Llegaremos allí por nuestra cuenta. Gracias, de todos modos.

Ella golpeó su pie bajo su vestido suelto.

—¿Por qué estás tan reacia a probar, Anita?

Sacudí la cabeza.

—Podemos discutir la metafísica mágica mañana. Ahora, ¿por qué no tomas tu lobo y se van? Vamos a llegar, lento pero seguro.

—Vamos —dijo Roland.

Marianne lo miró, luego de regreso a mí.

—Me dijeron que viera si eras un peligro para nosotros, y no lo eres, pero no me gusta marcharme así de aquí. Los tres están débiles.

—Llegaremos —le dije.

Ella ladeó la cabeza a un lado de nuevo, el pelo se movió como un velo

blanco para enmarcar la cara.

—¿Tienes previsto algún tipo de magia que no quieres que vea?

—Tal vez —le dije.

La verdad era que no. De ninguna manera iba a tocar voluntariamente a Jason o Cherry de nuevo, no esta noche. Pero si Marianne pensó que nosotros íbamos a hacer algo místico, pero privado, ella podría marcharse. Quise que ella se marchara.

Se quedó mirándome por casi un minuto, y finalmente sonrió, en la tenue luz de la luna.

—Muy bien, pero dense prisa. Los otros se impacientan para saludar a la *lupa* humana de Richard. Ha despertado la curiosidad de todos.

—Me alegra oír eso. Cuanto antes te vayas, más pronto podremos empezar.

Se dio la vuelta sin decir una palabra y comenzó a caminar a través de los árboles. Roland la seguía, luego, tomó la delantera. Todos nos quedamos a esperar a que el vestido blanco de Marianne estuviese distante y fantasmal a través del bosque.

Por último, Jason dijo:

—¿Empezar qué?

—Nada —dije—. Sólo quería que se fueran.

—¿Por qué? —preguntó Jamil.

Me encogí de hombros.

—No quiero que me lleven como un saco de patatas.

Empecé a caminar, lento pero seguro, hacia el lupanar.

Jamil se puso a caminar junto a mí.

—¿Por qué no pruebas lo que estaba sugiriendo?

Me acerqué con cuidado, prestando mucha más atención a mis pies, que de costumbre.

—Fuera de resucitar a los muertos, todavía soy una aficionada. Probablemente tomará menos tiempo para nosotros andar al lupanar que para mí para hacer algo místico.

Jason estuvo de acuerdo conmigo, me hizo fruncir el ceño ante él, pero todavía era cierto. Yo era como alguien con una pistola cargada que no sabía cómo disparar.

Me gustaría estar luchando por encontrar la manera de deshacer la evidencia, mientras que los chicos malos me disparan un millón de veces. Hace unos dos meses, la única otra nigromante que jamás había conocido

se había ofrecido a enseñarme la nigromancia real, no este vudú que estaba haciendo. Terminó muerta antes de que pudiera enseñarme mucho de nada. Es curioso cómo muchas personas terminaron muertas después de que me conocieron. No, yo no la maté.

Cherry tropezó y cayó de nuevo. Zane y Nathaniel estuvieron allí, uno a cada lado de ella. Le ayudaron a levantarse, abrazados por un momento. Cherry metió una mano en la cintura de los hombres, apoyando la cabeza por un segundo sobre el hombro de Zane.

Caminaron de esta manera a través de la oscuridad traidora, Cherry iba apoyándose pesadamente en sus compañeros wereleopardos. Había una camaradería entre ellos que no había estado allí antes. ¿Yo hice eso? ¿Tener a alguien para proteger forjó esta especie de vínculo? ¿O es la energía punzante de Richard? Tuve un montón de preguntas y ni siquiera sabía si había alguien que supiera. Tal vez Marianne sabría, si decidí que podía confiar en ella.

Jamil me ofreció su brazo. Le indiqué que se distanciara. Sabía que Raina se había acostado con él, y no quise el recuerdo.

—Ayuda a Jason —dije.

Jamil me miró por un segundo, luego se fue y ofreció su brazo a Jason, que también rechazó la oferta.

—Si Anita no necesita ayuda, yo tampoco.

—No seas un caso difícil —dije.

—Ahora, esto es el pote que llama a la caldera negra —dijo Jason.

—Si te ofreciera mi brazo, ¿lo aceptarías? —dije.

—¿Una excusa para colgar de una chica bonita? Claro que sí. —Luego pareció pensar en ello—. Pero tal vez no esta noche. Yo no puedo llamar al *Munin*, pero hay algo en el aire esta noche. —Se estremeció, frotándose las manos a lo largo de sus brazos desnudos—. De todos los recuerdos que tenía de Raina, ¿por qué esto?

Los dos estábamos caminando lentamente mientras hablábamos.

—Las tres cosas que le gustaban a Raina fueron el sexo, la violencia y aterrorizar a la gente. Haciéndose *lukoi* golpea todos tus botones.

Jason tropezó, cayó de rodillas, y sólo quedó de esa manera durante un segundo o dos. Esperé con él, me preguntaba si debería ofrecerme a levantarlo.

—Sé que te preguntas por qué no hice ninguna de sus películas porno.

—Adivino. Me refiero a que no eres exactamente el tipo tímido.

Él me miró, e incluso por la luz de la luna, había una tristeza en su rostro, era amplia y profunda que jamás había visto en la mayoría de la gente. Era demasiado joven para la expresión de sus ojos, pero ahí estaba. Inocencia perdida.

—Siempre recordaré la mirada en su rostro cuando ella me mató.

—Ella no te mató, Jason.

—Ella lo intentó. No le importaba si vivía o moría. Realmente lo hizo.

Un recuerdo compartido, y no podía discutir con él. Para Raina el placer había sido más importante para ella que su vida. Como un asesino en serie.

Jason estaba encorvado sobre sí mismo.

—Pero ella era mi patrocinador, y tuve que quedarme con ella hasta que mi período de prueba había terminado. Cuando pude, me escapé.

—¿Es por eso que te fuiste a vivir con Jean-Claude, como su lobo? ¿Para escapar de Raina?

Jason asintió.

—En parte. —Miró hacia arriba y de repente sonrió—. Por supuesto, Jean-Claude es la forma cool.

Sacudí la cabeza y le ofrecí mi mano.

—¿Piensas que podemos correr el riesgo? —preguntó.

—Creo que sí. No me siento particularmente *Muninish* ahora.

Tomó mi mano y era sólo una mano. Su mano en la mía. Le ayudé a ponerse de pie, y se tambaleó un poco en sus pies, me hizo tambalear. Nos aferramos el uno al otro por un segundo como dos borrachos saliendo de una fiesta. Lo abracé y él me abrazó de nuevo. Fue rápido. Se apartó primero, y parecía casi avergonzado.

—No le digas a nadie que no tomé mi oportunidad de andar a tientas cuando fue tu idea.

Le di unas palmaditas en la espalda.

—Ni a un alma.

Él me dio su sonrisa habitual, y comenzamos a caminar por el bosque, andando bastante cerca para coger el uno al otro si nos cayéramos. Un viento soplaba a través de los árboles, haciéndolos crujir. Los árboles estaban de repente vivos con el sonido. Volví la cara al viento, esperando que estuviese fresco, pero era como el aire caliente de un horno.

El cabello de Jason se movió suavemente con la brisa. Le oí respirar hondo, entonces me tocó el brazo. Habló bajo.

—Huelo el hombre que lancé a la camioneta ayer.

Seguimos caminando como si no pasara nada.

—¿Está seguro? —pregunté.

Vi su nariz aletear mientras probaba el aire.

—Olía como pastillas de menta y cigarrillos.

—Un montón de gente huele a menta y cigarrillos —le dije.

Seguimos en movimiento, su mano en mi brazo ahora.

—También huelo a aceite de armas.

Genial.

Jamil nos estaba esperando justo delante. Los tres wereleopardos esperaban entre los árboles. Jamil nos devolvió la sonrisa, y nos envolvió a nosotros dos en un abrazo grande, caluroso.

—Ustedes son tan condenadamente lentos esta noche. —Él nos abrazó contra él y susurró—: Huelo a dos, quizás tres, a nuestra izquierda.

—Uno de ellos es un chico al que golpeé ayer —dijo Jason, sonriendo como si estuviéramos hablando de algo completamente distinto.

—¿Venganza tal vez? —Hizo una pregunta.

—¿A qué distancia están? —pregunté.

Jamil se apartó del abrazo con una sonrisa muy grande.

—A unos pocos metros. Puedo oler las armas —susurró.

Rodeé con el brazo su delgada cintura y le susurré contra su pecho.

—Nosotros no tenemos armas. ¿Alguna sugerencia?

Jason se inclinó, riendo, y dijo:

—No me siento lo suficientemente bueno para huir de ellos.

Le di unas palmaditas en el brazo.

—Yo tampoco.

—Si están aquí por venganza —dijo Jamil—, entonces tal vez, se conformen con sólo ustedes dos.

Me aparté de él. No estaba segura de que me gustaba su razonamiento.

—¿Y?

—Tú te quedas aquí para atraerlos. Cuando lleguen a ti yo los agarro.

—Tienen armas. No.

—Voy a enviar Zane y Cherry con los demás. Traerán refuerzos. Pero no podemos dejar que nos sigan al lupanar. No podemos llevar el peligro allí.

—¿Alguna norma hombre lobo? —pregunté.

—Sí —dijo.

—Muy bien —dije—. Pero no dejes que me maten, ¿de acuerdo?

—¿Y yo? —dijo Jason.

—Lo siento. Él tampoco.

Jamil se apoyó en los dos.

—Sugiero que los dos se vean mucho más cómodos, rápido, o no se lo van a creer.

Trasladé mi brazo a la cintura de Jason, pero dije:

—¿Cuánto tiempo han estado viendo?

—Háganles pensar que están borrachos, en caso de que vieron los tropezones. Bésense, pero logren el terreno lo antes posible en caso de que acaben de decidir si van a disparar.

Con ese pensamiento reconfortante, Jamil regresó con los demás. Se alejó en la oscuridad con los wereleopardos. Zane me miraba mientras se alejaban, pero asintió con la cabeza una vez, y parecía satisfecho. Se dio vuelta y dejó que Jamil lo llevara. Realmente iba a tener que encontrarles a los leopardos un alfa de verdad. Todos ellos eran tan malditamente sumisos.

Jason me empujó contra un árbol.

—Mira —le dije.

Él me sonrió.

—Queremos que se vea real, ¿no?

—Pensé que habíamos tenido un momento de verdadera amistad allí —le dije.

Jason se inclinó hacia mí como si fuera a darme un beso.

—Sólo porque somos amigos no significa que no quiero dormir contigo.

Me dio un beso, un roce suave en los labios.

Le fruncí el ceño, sin besarlo.

—Por favor dime que no duermes con todas tus amigas.

Puso una mano en cada lado de mi cabeza, apoyándose en el árbol.

—¿Qué puedo decir? Soy un hombre.

Sacudí la cabeza.

—Eso no es una excusa.

Se apoyó con todo su cuerpo sobre mí en una especie de permanente empuje. Los músculos de sus brazos se hincharon con el esfuerzo.

—¿Y por qué yo?

Le sonreí.

—Que voy a obtener.

Le puse las manos en la cintura. Estaba recostado contra mí, pero no demasiado fuerte. Él podría haber estado tomando mucho más ventaja de la situación. Me di cuenta de que estaba siendo un caballero. Hubo un tiempo, hace poco que Jason no hubiera hecho el esfuerzo. Éramos amigos. Pero teníamos que bajar hacia el suelo.

Miré, con tanta naturalidad como pude, a los demás. Aún podía ver a Zane, y el pelo de Cherry brillaba entre los árboles. Tenía la sensación de que Jamil y Nathaniel todavía estaban con ellos, pero sólo el pelo rubio los hizo tan visibles. Si los malos tenían un rifle de alto poder, podrían dispararnos a través de los árboles a los dos. Una vez que los otros salieron de la vista, podrían hacer precisamente eso.

Pasé mis manos hasta el pecho de Jason. Su piel era suave, pero en el fondo, era muy firme. Sabía lo que se sentía desgarrar la suave carne con las garras. El *Munin* no volvía. Eran sólo visiones intermitentes. Apreté los puños y me obligué a llevar mis manos a la cara. No quise hacer algo malo que recordaría a cualquiera de nosotros lo que acabamos de compartir. Existe siempre el peligro adicional de traer a Raina. No, no quería estar canalizando a Raina con matones armados en el bosque.

Acuné la cara de Jason en mis manos, moviendo sólo la cabeza hacia él. Me incliné hacia él y él se inclinó hacia mí. De repente me sentí muy consciente de que su cuerpo fue presionado a lo largo del mío. Eso me hizo dudar, pero cuando sus labios rozaron los míos, lo besé. Le pasé la mano por el pelo, hasta que tuve un puñado entre mis dedos.

Le susurré en su boca.

—Tenemos que llegar sobre el terreno tan pronto como sea posible.

Me besó con más fuerza, dejando caer sus manos en mi cintura. Deslizó sus dedos dentro del cinturón, y se arrodilló delante de mí, me jalaba hacia abajo con él. Lo dejé. Cayó abajo sobre las hojas y me tiró encima de él. Apoyé mis brazos raspados contra su pecho, sobresaltada. Simplemente no era una actriz bastante buena para esto.

Podía sentir su corazón que latía con fuerza en mis manos. Él me hizo rodar de repente, y solté un gritito de sorpresa. Terminó muy firmemente en la parte superior, y no me gustó.

—Quiero la parte superior —dije.

Puso sus labios junto a mi mejilla.

—Si nos disparan, puedo sobrevivir a una bala mejor que tú.

Frotó la mejilla a lo largo de mi rostro, y me di cuenta que estaba haciendo el saludo hombre lobo. Tal vez fue su versión de un apretón de manos, pero nunca había tenido la tentación de darle la mano al tiempo que fuera.

Me susurró al oído, estaba muy cerca de mi boca.

—¿Los oyes?

—Sí —Alzó su rostro lo suficiente para darme un beso.

—¿Qué tan cerca? —Le devolví el beso, pero los dos estábamos escuchando, tratando de escuchar. Aquí estábamos, situados sobre las hojas del terreno, los cuerpos encajaban perfectamente, y los dos estábamos bastante apretados, pude sentir los músculos a lo largo de su espalda.

—A unos pocos metros —dijo—. Son buenos. —Apoyó la mejilla contra la mía—. Se mueven en silencio.

—Se siente muy tranquilo —le susurré.

—¿Puedes oírlos? —preguntó.

—No.

Los dos nos estábamos mirando fijamente el uno al otro. Ninguno de nosotros está haciendo un gran esfuerzo para besarnos o cualquier otra cosa. Podía sentir que su cuerpo estaba feliz de estar pegado al mío, pero todo era secundario. Los hombres con armas de fuego venían. Los hombres que no nos gustan.

Me quedé mirando sus ojos a centímetros de distancia. Sabía que eran de color azul pálido, pero por la luz de la luna parecían casi de plata.

—No vayas a hacer algo estúpido como servir de escudo de mi cuerpo con el tuyo.

Empujó un poco con sus caderas y sonrió.

—¿Por qué crees que estoy encima de ti?

Su sonrisa y el movimiento de caderas me distrajeron de sus ojos serios.

—¡Suéltame, Jason!

—No —dijo.

Se irguió en sus brazos, apretándome, inclinándose como si estuviésemos besándonos.

—Ya casi están aquí.

Saqué los cuchillos que llevaba en las fundas de mis muñecas.

Él susurró en contra de mi boca.

—Se supone que debemos parecer impotentes, ¿recuerdas? El cebo no va armado.

Podía sentir su suave mejilla, el olor de su colonia. Me quedé mirando más allá del halo pálido de su pelo.

—¿Vamos sólo a confiar en que Jamil y el resto nos salven?

Me lamió la barbilla, luego mi boca. Me di cuenta de que estaba haciendo el saludo sumiso. Él estaba pidiendo que avanzara. Su lengua estaba muy húmeda y muy caliente.

—Deja de lamerme, y lo haré —le dije.

Se rió, su risa fue alta, con algo de tensión. No podía guardar los cuchillos en las fundas con él encima de mí, así que los puse sobre las hojas. Tengo las manos sobre ellos, a la ligera, pero trato de relajarme y parecer inofensiva. Con Jason presionado sobre mí, los besos en el cuello, era fácil mirar impotente. La parte relajada no iba a suceder.

Escuché un ruido, moviéndose a través de las hojas secas. Ellos se quedaron callados. Si no hubiera estado escuchando, podría haber pensado que era el viento, o un animal moviéndose a través de la maleza. Pero no fue así. Era pesado, hombres que se mueven en secreto por el bosque. Cazando. Fueron de caza. Nos cazaban a Jason y a mí.

Miré alrededor del árbol, y no soy una actriz bastante buena poniendo cara de sorpresa. Miré fijamente con Jason encima de mí, mientras besaba un lado de mi cuello.

Lo había visto ayer. De plano sobre su espalda, era enorme, como un árbol de dos piernas. El rifle en su mano se veía largo, negro y hostil. No nos apuntó a nosotros, lo colocó en el hueco de su brazo. Una gran sonrisa dividió su rostro pálido.

Oí el segundo hombre antes de que tocara el hombro de Jason con la punta de una escopeta de dos cañones. En el momento en que vi la escopeta, sabía que había venido a matarnos. No voy tras las personas con escopetas si sólo tienen la intención de asustar, no como regla general, de todos modos.

Si disparaban y las balas eran de plata, podría habernos matado a los dos. No tenía miedo todavía. Estaba enojada. ¿Dónde diablos estaban nuestros refuerzos?

Jason levantó la cara lentamente. La escopeta tocó su mejilla casi con suavidad.

—Mi hermano Mel envía sus saludos.

Miré más allá de la escopeta. El hombre llevaba una camiseta negra con el logotipo de Harley. Su vientre colgaba a lo largo de su cinturón. Había

un aire de familia.

Le dije con mucha calma, cada palabra cuidadosamente, pero no con miedo.

—¿Qué quieres?

El hermano de Mel se rió.

El primer hombre se le unió.

Estaban de pie sobre nosotros con las armas y se reían. No es una buena señal. ¿Dónde coño está Jamil?

—Sepárate de ella muy lentamente —dijo el primer hombre. El fusil estaba en su hombro ahora, acurrucado contra su barbilla como si supiera lo que estaba haciendo.

Jason se inclinó sobre mí hasta ocultarme, como queriéndome proteger con su cuerpo. Ser de baja estatura hacía difícil para él protegerme por completo.

—Quítate de encima —dije.

—No —dijo.

Había visto la escopeta, también. Y me di cuenta de que entendía lo que significaba. No lo iba a dejar morir como un héroe. Seguramente no iba a dejarle morir y bañarme con sus sesos por todas partes. De algunas cosas puedo recuperarme, de otras no lo hago. Limpiar restos del cerebro de Jason de mi cara podría ser uno de lo segundo.

Solté el cuchillo de la mano derecha, dejándolo sobre las hojas. Apreté todo lo que pude mi mano izquierda. Traté de mantener la mano quieta. En la oscuridad, no lo podrían notar. No había forma, hasta ahora.

—Aléjate de ella —repitió el hombre—, o le pegaré un tiro a los dos.

—No, Jason —dije en voz baja.

Se movió lo suficiente para que pudiéramos vernos a los ojos. Miré a mi derecha y me fijé en el tirador. Luego toqué su pecho y miré al hermano de Mel. Estaba tratando de decirle que el del fusil era su problema y el de la escopeta era mío. Esperaba que me entendiera. No lo hizo, o tenía su propio plan, ya que se levantó muy lentamente y se puso de rodillas. Me senté, no demasiado rápido ni demasiado lento. Mantuve mi mano izquierda en las hojas, me apoderé del cuchillo con fuerza.

—Las manos en la cabeza, muchacho.

Jason no discutió. Él sólo se llevó las manos en la cabeza como lo había hecho antes.

Nadie me dijo que pusiera mis manos en mi cabeza, por lo que no lo

hice. Si teníamos suerte, me tratarían como una dama. El tirador había perdido el conocimiento cuando le hice daño a Mel. El de la escopeta no estaba allí. ¿Se lo habría dicho Mel?

—¿Te acuerdas de mí, imbécil? —dijo el fusilero.

—¿Te pregunta a ti o a mí? —pregunté.

Me escabullí en las hojas un poco más cerca del hombre con la escopeta.

—No te hagas la linda, pollita —dijo el fusilero—. Hemos venido aquí para buscarlos, pero yo quiero mi pedazo de este primero.

Jason echó los ojos hacia mí.

—Debes estar perdiendo parte de tu encanto, Anita. Él quiere un pedazo de mí en lugar de ti.

El tirador tenía el rifle apuntado en el medio del pecho de Jason.

—Chuck —dijo el fusilero. Chuck, el de la escopeta, me agarró del brazo izquierdo. Abrí mi mano y dejé caer el cuchillo antes de que levantara la mano libre de las hojas. El rifle estaba demasiado firme en Jason para que tratara de apuñalar a Chuck. Si tengo suerte, me gustaría tener otra oportunidad. Si no fuera el caso, iba a regresar y atormentar a Jamil.

Las manos de Chuck eran grandes y carnosas. Unos gruesos dedos se hundieron en mi brazo lo suficiente que si viviera, tendría moretones.

—Si no haces exactamente lo que yo digo, tu novia lo consigue.

Quise decir: «¿Quién escribe el diálogo?» pero no lo hice. La escopeta se cernió aproximadamente una pulgada de mi mejilla. Muy claro cuál era la intensión. Sentía el olor del aceite en los cañones del arma. Fue limpiada recientemente. Es bueno saber que Chuck cuidaba de su arma.

El fusilero hizo dos cosas casi a la vez: Dio un paso adelante e invirtió su arma. La culata del rifle se estrelló en el mentón de Jason. Jason se tambaleó pero no cayó. El rifle golpeó en él otra vez, a la altura del pómulo. La sangre comenzó a derramarse en una línea de color negro.

Debo de haberme movido, debido a que la escopeta golpeó contra mi mejilla.

—No lo hagas, perra.

Tragué y hablé con mucho cuidado, con el frío metal contra mi cara.

—¿Hacer qué?

—Cualquier cosa —dijo. Tiró de mi brazo para dar énfasis, empujado la escopeta en mi mejilla.

—El doctor dijo que podrías haberle roto la columna vertebral —dijo el tirador—. Dijo que tuvo suerte. Voy a hacerte daño, pendejo, voy a matarte. Si lo tomas como un hombre, voy a dejar a la chica. Peleas, y los dejo ir a ambos.

Él golpeó el fusil en la boca de Jason. Sangre y algo más pesado voló brillando en la luz de la luna. La paliza comenzó en serio.

Había visto gente herida en el tatami de judo. Había ido a torneos de artes marciales. Incluso he sido eliminada un par de veces de verdad por los malos. Pero nunca había visto una paliza de verdad, no como esta. Era metódico, minucioso y profesional.

Jason no hizo nada para protegerse a sí mismo. Nunca gritó. Él sólo se arrodilló en las hojas y lo tomó. Su rostro estaba cubierto de sangre. Sus ojos se agitaron, y sabía que estaba cerca del desmayo. Tenía que hacer algo antes de que lo perdiera. Por todo ello, Chuck había mantenido presionada la escopeta a mi cara tan fuerte que sabía que tendría la impresión de ello en mi piel. Él nunca vaciló, nunca me dio ninguna oportunidad de hacer nada. Estaba empezando a pensar que Chuck no era un aficionado.

Había renunciado a Jamil o a cualquier otra persona. Estábamos sólo nosotros cuatro en el bosque oscuro. Simplemente se oía el chasquido de la carne con los golpes del fusil. Los gruñidos que lanzaba el fusilero con cada esfuerzo, ya que trataba de hacer gritar a Jason.

Jason finalmente cayó a su lado. Trató de mantener las manos en alto, pero no podía.

Se apoyó en los brazos sobre las hojas. Hubo un visible temblor en la parte superior de su cuerpo. Él estaba luchando para mantenerse en pie.

—Pide que me detenga —dijo el fusilero—. Pídemelo, y tal vez yo te pegue un tiro. Pídeme que pare, o voy a joderte hasta vencer a la muerte.

Yo le creí. Creo que Jason, también, porque él sólo movía la cabeza. Sabía que si le daba al hombre lo que quería, él lo terminaba.

Sentí algo, un pico de calor. Era Richard. Por ahí en alguna parte. Abrió la marca dentro de mi cuerpo. Fluía sobre mi piel y en toda la mano de Chuck.

—¿Qué demonios fue eso? —preguntó.

No me moví ni dije nada.

—Respóndeme, perra, ¿tratando de hacer magia de mierda en mí?

Empujó la escopeta en aún más. La mantuvo arriba, él sólo iba a

empujar a través de mi mejilla.

—No fui yo —le dije.

Me empujó y caí sobre mis rodillas, y la escopeta no fue presionada en mí. Apuntó en la oscuridad por un segundo. Fue uno de esos momentos. Todo lento, como si tuviera todo el tiempo del mundo para sacar el gran cuchillo bajo mi espalda. El cuchillo limpió la vaina. Chuck volvió la escopeta hacia mí. Utilicé el impulso de oscilación de la hoja hacia abajo y la pasé a través de él. Sentí como la punta del cuchillo capturó la garganta de Chuck, y supe que no fue un golpe mortal. Algo cayó de los árboles por encima de nosotros. Una sombra sólo un poco más sólida que el resto. El cañón de la escopeta era como dos túneles oscuros apuntando a mi cara.

Oí el rifle detrás de mí, pero no había tiempo para buscar a Jason. El arma estaba apuntando a mi rostro, no tenía tiempo de visualizar la sombra y ver de qué se trataba.

La sombra cayó entre nosotros, era peluda. La escopeta estalló sobre ella. El licántropo se tambaleó pero no cayó. Se escuchó otra detonación. Ante los ecos muertos, me arrastraba sobre las hojas alrededor del licántropo. Los ojos de Chuck eran salvajes, mostrando el blanco, pero tenía la escopeta separada en su brazo izquierdo. Los dos casquillos habían desaparecido y dos más estaban metidos en la recámara. Era bueno.

Metí la hoja justo debajo de hebilla de su cinturón brillante. Un escalofrío recorrió a través de él, pero los proyectiles cayeron dentro de la recámara. Metí la hoja hasta que pasó sobre el hueso, la columna vertebral o la cintura pélvica, que sabía. Dio una palmada a la culata para cerrar el arma, y apuntó como si fuese hacer tiro skeet. Saqué la hoja de su cuerpo con una gota de sangre. Cayó en cámara lenta, en línea recta hasta las rodillas. Levantó la escopeta recién cargada de sus manos, y no peleó conmigo. Se arrodilló en las hojas, parpadeando en la oscuridad. No parecía estar viendo ahora.

Alguien gritaba, alto y salvaje. Miré detrás de mí, y era el tirador. Estaba sentado en el suelo con el brazo hacia arriba en la luz de la luna. El brazo había desaparecido desde el codo hacia abajo. Jason yacía inmóvil en las hojas. Zane estaba sentado a su lado con sangre en el dorso de su camiseta amarilla.

Me levanté y me alejé de Chuck. Cayó de bruces en las hojas. Él estaba vivo todavía para poner su rostro a un lado, pero no para cogerme con las manos. El hombre lobo que me había salvado estaba acostado sobre su

espalda, respirando con dificultad.

Tenía un agujero en su estómago más grande que mis dos puños. Percibía un suave olor amargo, como a vómito. Sus intestinos habían sido perforados. El olor me dijo eso. La herida del intestino no lo mataría. Incluso si la bala hubiese sido de plata, no lo mataría de inmediato.

La segunda herida era más profunda, amplia en el pecho. Su pelaje negro estaba húmedo al tacto, empapado de sangre. Podría haber metido las manos en el agujero oscuro, pero no pude ver una mierda. No pude ver si dañó el corazón. Su respiración era forzada, casi ahogada. Oía burbujas procedentes de la herida. Había perforado uno de los pulmones, eso es lo que estaba oyendo. Todavía estaba luchando por respirar, por lo que su corazón había de estar trabajando, ¿no?

Los hombres lobos de verdad se parecen a los de las películas, pero nunca las películas son tan exactas. Él, definitivamente, yacía de espaldas, jadeando. Fue como respirar en un sueño, salvo que en este sueño se estaba muriendo. Pensé que era uno de los lobos de Verne, que no conocía. Vi restos de una camiseta blanca atrapada en un hombro como un poco de piel olvidada. Tiré suavemente sobre la tela, y vi la cara sonriente en él. Me miró con ojos amarillos de lobo. Miré a Jamil.

Había hecho lo que un guardaespaldas debe hacer. Tomó mi bala. Me quité la camisa y la coloqué en el agujero del pecho. Coloqué mis dos manos para cubrir la herida, para tratar de hacer un sello para que pudiera respirar de nuevo. Así tampoco se desangraría.

—No te mueras aquí, maldita sea —le susurré, entonces empecé a gritar para pedir ayuda.



VEINTISEIS

Mis manos estaban empapadas con la sangre. La camisa había absorbido todo lo que pudo la sangre, pero seguía saliendo más. Manchó mis pantalones vaqueros, cubriendo mis antebrazos. Me miró con ojos amarillos, la boca estaba abierta, tratando desesperadamente de mantener la respiración. Las manos en forma de garras hicieron pequeñas convulsiones en las hojas. Una extensión de calor me picó en las manos. Su piel se trasladó en mis manos como el agua caliente, peludo.

Formas surgieron de la oscuridad. Se veían como personas, pero yo sabía que era una mentira. Hombres-lobo, tenía la mirada fija en hombres lobo.

—Necesita un doctor —dije.

Un hombre de pelo oscuro con pequeñas gafas redondas se arrodilló al otro lado de Jamil. Abrió un bolso marrón grande y sacó un estetoscopio. No lo cuestioné. En la mayoría de los clanes había un médico. Nunca se

sabía cuándo había necesidad de algún tipo de atención médica confidencial.

Quitó mis manos de la herida.

—Está curándose. No era una bala de plata.

Alumbró la herida con una linterna.

—¿Qué diablos hay ahí?

—Mi camisa.

—Sácala antes de que la piel se cure a su alrededor.

La herida se estaba curando. Mi mano apenas apretó la apertura. Tomé un puñado de la camisa empapada con sangre y tiré de ella. Salió mojada de forma larga y descuidada. La sangre se derramaba en un flujo constante de una esquina de la camisa. Dejé caer la camisa sobre las hojas. No me la llevaría esta noche. Tuve un pensamiento de que no llevaba nada encima de la cintura, excepto un sujetador negro. No me importaba.

—¿Va a vivir? —le pregunté.

—Vivirá.

—Lo prometes —dije.

Me miró y asintió. La luz de luna hizo que sus gafas parecieran espejos plateados.

—Te lo prometo.

Miré hacia abajo en la cara de lobo de Jamil. Le acaricié la frente. La piel era áspera, espesa y suave a la vez.

—Ya vuelvo.

Había otras personas con Jason y Zane. Cherry sosteniendo a Zane. Nathaniel estaba arrodillado con ellos, pero sus ojos se enfocaban en mí. Había un hombre inclinado sobre el tirador. Estaba atado con un cinturón en el muñón de su brazo. Bien. Quería que viviera. Tenía preguntas para él, pero todavía no.

Me arrodillé junto a Jason. Se quedó acostado en las hojas. Una mujer estaba atendiendo sus heridas. Estaba vestida con pantalones cortos y un top, su pelo negro estaba recogido en una coleta suelta. No fue hasta que volvió la cabeza que me di cuenta de que era Lucy. Sostuvo una linterna entre los dientes y buscaba las heridas de Jason con manos seguras, como si supiera lo que estaba haciendo.

Respondió a mi pregunta antes de que la hiciera.

—Va a sanar, pero va a tomarle un par de días.

Lo que significaba que si Jason hubiera sido humano, la golpiza hubiera

sido fatal.

Me miró entonces. Nuestros ojos se encontraron a centímetros de distancia. El maquillaje era menos fuerte, pero la cara era aún bastante bella a la luz de la luna.

Me aparté de ella primero. No quería ver lo que estaba en sus ojos. Simplemente no quería saber. Me arrodillé sobre Jason, comencé a tocar su cara, luego me detuve porque la sangre todavía estaba húmeda en mis manos.

Dijo algo muy suave. Tenía que inclinarme sobre él para escucharlo.

—Déjame lamer la sangre —dijo.

Me quedé mirándolo, con los ojos un poco abiertos.

—No te estás muriendo, Jason —dije—. No te hagas al lindo.

—Es la sangre fresca, Anita —dijo Verne—. Es la sangre de la manada. Le ayudará curar.

Me quedé mirándolo. El *Ulfric* local se quedó a un lado, alto, delgado y recto, dejando que su personal médico hiciera su trabajo. Empecé a preguntarle dónde diablos había estado mientras nos cortaban en pedazos, pero Zane hizo un ruido.

Zane parecía estar curándose muy bien de la explosión de una escopeta que le hubiera costado un brazo a cualquier ser humano. Pero le dolió, e hizo pequeños sonidos de dolor mientras que el doctor trabajaba en él.

—La sangre les ayudará a sanar —dijo Verne—. Especialmente la sangre de alguien tan poderoso como tú. Marianne a veces alimenta a la manada.

—Realmente va a ayudar —dijo Lucy. Su rostro era neutral cuando lo dijo.

Miré a Jason. Su rostro era una máscara de sangre. Un ojo hinchado completamente cerrado. Trató de sonreírme, pero sus labios estaban tan hinchados que la sonrisa no funcionaba. Fue como si parte de su rostro no funcionara en este momento.

Le toqué los labios heridos con la punta de mis dedos, limpiando la sangre fresca a través de su labio inferior. Lamió su labio inferior, degustando la sangre. Pero el movimiento le ocasionó una mueca de dolor. Me dolió.

Puse dos dedos contra sus labios y los deslicé suavemente en su boca. Trató de chupar, pero su boca no iba a funcionar bien. Se lamió la sangre, tragando casi convulsivamente. Saqué los dedos y su mano se acercó para

agarrar mi muñeca. Le dejé guiar los dos dedos de nuevo en la boca.

Richard se puso de rodillas sobre las hojas en el claro. Shang-Da estaba atrás como un buen guardaespaldas. La mirada fija de Richard se encontró con la mía y sólo la mirada me abrió a él un poco más. Sin Jean-Claude estaba actuando como un amortiguador, las marcas entre nosotros dos estaban más fuertes. Se arrodilló allí, respiraba con jadeos dolorosos. Podía sentir cómo su pecho subía y bajaba, casi como si estuviera respirando por él. Lo sentí mirar a la mujer a mi lado. Vi a Lucy por un segundo como él la vio. Vi el aumento de la hinchazón de los senos bajo la camiseta sin mangas.

La línea de la mitad de su mejilla a la sombra y a la luz de la luna. Ella levantó la cara para mirarme a los ojos porque podía sentir mi mirada.

—Todavía te quiere —le dije.

Ella dio una sonrisa muy pequeña.

—Pero no tanto como él te quiere a ti.

Las marcas entre Richard y yo se tranquilizaron. No podía sentir su respiración o lo que estaba pensando. Me había cortado. Miedo de lo que vería, tal vez.

—¿Qué fue lo que pasó, Verne? Se suponía que iban a estar seguros en tus tierras —dijo Richard.

—Jamil envió a tres de nosotros en busca de ayuda —contestó Cherry —. Él —señaló a una sombra en el otro lado del claro—, no nos dejaban pasar al lupanar. No tomó nuestra petición de ayuda a Verne.

El hombre dio un paso adelante por lo que una mancha de luz de la luna le mostró: alto, musculoso, de cabello oscuro, pálido.

—Ellos no son de nuestra manada. No tienen derecho a exigir el paso.

Verne estuvo de repente ahí, y el alto hombre lobo estaba en el suelo. Yo no lo había visto moverse. Era una velocidad que era como un sueño. Pero casi lo había visto.

—Soy *Ulfric*. Decido quién es digno y quién no, Eric. Tú sólo eres *Freki*, tercero en la manada. Tienes una batalla antes para que puedas desafiarme.

Eric llevó su mano a la cara y salió con algo líquido y oscuro.

—No te estoy desafiando.

Hubo un movimiento detrás de mí en las hojas. Zane se arrastraba hacia mí, tenía el brazo herido sostenido cerca de su pecho con un cabestrillo improvisado.

Volví para ayudar, mientras que Cherry y Nathaniel discutían con su lobo observador. Pude sentir la intensidad de su mirada, incluso en la oscuridad.

—La sangre se va a secar antes de que él obtenga todo. Se quedó allí en las hojas, sólo para tener distancia. Su camisa había sido arrancada de un lado de su pecho delgado.

Colgaba en tiras en un hombro. Me miró y con la luz dispersa de la luna, pude ver la necesidad, no en su cara, pero si en su cuerpo, por el modo en que él se sostuvo. Estaba pidiendo más de la curación de su cuerpo. Si no hubiera estado allí, Jason estaría muerto ahora. Incluso un licántropo tiene un límite en el daño que puede tomar.

Jason sostuvo la palma de mi mano en su boca, lamiendo con largos y persistentes movimientos.

—¿Necesitas la otra mano? —le pregunté.

—Se va a secar antes de que pueda utilizarla —dijo Lucy.

Me le quedé mirando y la odiaba un poco. La odiaba por haber estado en la cama de Richard. La odiaba por hacer las cosas que nunca me dejé hacer con él.

—El wereleopardo no necesita de la sangre —dijo Richard—. Va a sanar sin ella.

Me quedé ahí y extendí la mano a Zane. Se arrastró a mí de rodillas y el brazo bueno. Me quedé mirando a Richard mientras Zane tomó mis dedos en su boca. Chupaba sobre ellos como un niño con hambre lamiendo el último trozo de pastel de una cuchara.

—¡Es mío, Richard, mío tanto como Jason. Soy *Nimir-ra* y *lupa*!

Richard se levantó.

—Yo sé lo que eres, Anita.

Sacudí la cabeza.

—No tienes idea de lo que soy. —En el momento en que lo dije, sentí el calor, la presencia cada vez mayor. El *Munin* creciente dentro de mí como una piscina de agua caliente, que se desbordaba hacia arriba. La marca de Richard parecía atraerlo a veces. O tal vez era sólo la forma en que me hacía sentir. La lujuria, la ira o ambas. No luchaba contra la *Munin*. Marianne dijo que si yo dejaba de luchar, perdería un poco de su control sobre mí. Ni siquiera estaba segura de poder luchar contra él por completo. Lo mejor que podía hacer era controlarlo. Dejar que fluya sobre mí, por mis brazos a los dos hombres.

Jason trabajaba su camino en mi muñeca, la lengua se movía sobre las venas. Había estado dudando sobre el olor de la sangre fresca cerca de la superficie. Ahora, su ojo bueno miraba hacia mí, dilatado, un poco asustado.

Le sonreí, y yo sabía que no era sólo mi sonrisa. Todavía estaba aquí, pero no era exactamente yo. Los pensamientos de Raina descansaban sobre los míos como un velo. Podía ver, pero lo veía todo de otro color. Su cuerpo, nuestro cuerpo, quería las cosas, cosas que anhelaba, que me hacían querer salir corriendo. Pero si yo tenía cuidado, podría utilizarla como ella me usó. Era como caminar por un tramo de empinadas y estrechas escaleras con una taza de café hirviendo llena hasta el borde. Cuidado, ¡oh!, tan cuidadosa o se derrama sobre el borde y me quema.

La alternativa a dejar que el *Munin* se divirtiera un poco fue lo que sucedió en el bosque antes. Yo no quería otro recuerdo con Jason y Zane colgando sobre mí. Esta noche no, ni nunca. Jason no podía manejarlo, y ni yo tampoco.

Miré a Jason.

—Está bien, Jason. Disfruta de la sangre, mientras dure. Creo que no vas a conseguir esta oferta dos veces.

Pasó la lengua por mi brazo, duro contra la piel como un gato que lava su propia piel. Zane había chupado los dedos limpios y había levantado la mano en frente de su cara, acunada en su mano buena. Fue lamiendo muy lentamente, muy a fondo hasta la palma.

Se oyó un ruido detrás de nosotros. Me volví para ver al tirador. Estaba consciente y con un poco de dolor. El doctor de las gafas redondas estaba a punto de darle un tiro.

—Tráiganmelo.

El médico y el hombre lobo con él miraron a través del claro a Verne y a Richard.

Richard se había movido a través del otro *Ulfric*. Hablaban de cómo todo había salido mal. Podrían discutirlo toda la noche. Quería respuestas.

—No los mires a ellos. Mírame a mí. ¡Y tráelo!

La *Munin* de Raina se hinchó hacia afuera y se echó sobre mí, sobre Jason, sobre Zane. Se desbordó hacia Lucy y trajo un jadeo en su garganta. Todos en el claro consiguieron una probada, una vista previa si quieres. Se estaba haciendo más difícil mantenerse unidos. Más difícil pensar.

Trajeron al tirador a mí. Sabía lo que parecía. Llevaba un sujetador

negro que ocultaba más de la mayoría de los trajes de baño, pero seguía siendo un sujetador. Todavía estaba cubierta de sangre. Jason y Zane lamían la sangre de mi piel desnuda. Era extraño y macabro y funcionaría muy bien como una amenaza.

El médico y el otro hombre lobo tiraron al tirador delante de mí. Jason y Zane no le hicieron caso, con la boca en mi piel. Zane deslizó su boca a lo largo de mi piel, con los dientes rallado la piel muy suavemente. Sus ojos se deslizaron hacia el tirador, y sabía que íbamos a montar un show para él.

Sentí el *Munin* de Raina como un resplandor cálido. Ella, eso, lo que sea, quería cubrir la boca de Zane con las y probar el sabor de la sangre de Jamil. Busco rasgar la venda de su hombro y lamer la herida. Con la idea vino el conocimiento de que lamer la herida sanaría más rápidamente. Seguramente no.

El tirador se me quedó mirando, sus ojos se mostraban en su mayoría blancos.

Podía sentir su aliento, oler su miedo. Podía oler su miedo como una exhalación de sudor. Pude probar en su aroma qué tan herido estaba. Sabía que su piel sería fría al tacto por la pérdida de sangre. Todo esto desde un olor. Mierda.

—¿Cuál es tu nombre?

La pregunta parecía demasiado difícil para él.

—Podemos comprobar tu cartera. ¿Cuál es tu nombre?

Él hizo un movimiento involuntario de su bolsillo trasero con una mano que no tenía más.

—Si lo llevamos pronto a un hospital —dijo el doctor—, podría ser capaz de volverle a colocar el brazo.

—Si él contesta a mis preguntas con la verdad, puede llevarlo al hospital.

—¿Cuál es tu nombre? —le pregunté.

—Terry, Terry Fletcher.

—Muy bien, Terry. ¿Quién te mandó a matarnos?

—Yo quería hacerte pagar por hacernos quedar mal. Eso es todo. Nadie iba a morir.

Jason había limpiado mi brazo hasta el codo. Podía sentir el paso de su lengua como una línea fresca corriendo y por encima de mi piel. Caliente, donde todavía me tocó, fresco, donde sólo había estado.

—Las mentiras no te llevarán a un hospital, Terry. Las mentiras no van a salvar tu brazo. ¿Quién te pagó para hacernos daño? —le pregunté.

—Él me va a matar.

Lo miré y me reí. La risa era rica y lo suficientemente gruesa como para sostenerla. Salió de mi boca y no era mi risa. El sonido levantó los pelos de mi nuca e hizo que Jason dudara, con la boca pegada a mi brazo.

—¿De verdad crees que no te voy a matar?

Una brisa había llegado desde arriba, caliente y viciada. La boca de Jason era más fresca.

Su boca se había curado lo suficiente como para aspirar a mi piel, pero había un borde hinchado a lado de la boca. Yo quería besar la herida, lamerlo, a ver si lo que me decían era cierto. ¿Podría realmente curarlo?

Miré a Terry.

—Dime quién te pagó para hacernos daño. Dime quién te ha enviado a matarnos. Dime todo lo que quiero saber, y el buen doctor te llevará a un hospital en el que puedan salvar tu brazo. Miénteme, y el brazo será solamente carne. Miénteme, y morirás esta noche, aquí, en este claro. ¿Crees que se terminó, Terry? Tengo toda la noche.

Me incliné sobre Jason, aprovechando que la boca estaba lejos de mi brazo. Nos besamos, y sentí el sabor de la sangre de Jamil, mi piel, el remanente débil del perfume en la muñeca, y la sangre de Jason. Su boca se había desangrado, y pude probar eso. Pero no estaba sangrando ahora. Se estaba curando, y podría hacer que sanara más rápido. Tomó todo lo que tenía para no apretar mi boca y forzar aquel calor en él, todo para no presionar el cuerpo herido de Jason en las hojas y montarlo.

Me aparté de él, con los ojos cerrados. Abrí los ojos y miré al hombre. Jason se trasladó a mi estómago, lamiendo la parte superior de mis jeans. Ellos estaban empapados en sangre, y no se secarían realmente mientras los tuviera todavía.

Zane se puso atrás de mi espalda, lamiendo a lo largo de mi espina dorsal. No había sangre allí, y tuvo que parar en el cuchillo de la espalda, pero parecía bueno para nuestra audiencia cautiva.

—Háblame, Terry. Una vez que comience a coger a uno de ellos, no quiero ser interrumpida.

Me incliné hacia él, sólo un poco, y se estremeció. Me aparté de Jason y Zane y me arrastré hacia Terry. Hice todo el movimiento como se supone que es: líquido, peligroso, sexual. Aun así, sus ojos se quedaron fijos en mis

pechos tan blancos contra la negrura de la ropa interior. Incluso ahora, todavía era un hombre. Sentí el desprecio absoluto de Raina hacia los hombres. Todo el sexo, y eso era sobre todo odio. Qué terriblemente extraño.

Ella estaba disfrutando aterrorizar al hombre. Sus ojos, la respiración rápida, los latidos de su corazón. Podía oírlo. Caray, yo casi podía saborear su piel en mi lengua. Comida, olía a comida.

—¿Quién te envió, Terry? —Lo dije en un susurro, íntimo, sólo para sus oídos. Llegué a él, y cuando tracé mi dedo por su mejilla, gimoteaba. Me incliné hacia delante y lamí una línea rápida por la longitud de su rostro —. Sabes cómo a comida, Terry.

Podía sentir a los otros a nuestras espaldas. La manada de Verne respondiendo a la llamada de Raina. A mi llamada. A través de Richard, era más *lupa* de lo que quería ser. Pero ahora, esta noche, tenía posibilidades. Vinieron de todos lados, moviéndose como sombras. Moviéndose sigilosamente más cerca, atraídos por mi deseo y el terror del hombre.

Los miró, los vio acercarse con los ojos muy abiertos. Volvió la cabeza para ver cómo se movían. Besé su mejilla mientras él no estaba mirando, y gritó.

—¡Oh, Dios, por favor, no!

Raina se rió a través de mis labios.

—Nombres, Terry, los nombres.

—Niley, Franklin Niley. Nos pagó para terminar con tu vida —dijo que la policía no sería un problema. Luego dijo que te matáramos. A ti, especialmente. Dijo que matáramos a esa perra antes de que arruine mi negocio.

—¿Qué ofreció? —susurré. Frank Niley era el jefe del musculoso Milo Hart. Yo no lo había visto desde entonces. Estuvo aquí para la venta de la tierra. ¿Era él el comprador de la tierra de Greene?

Los ojos de Terry observaron a los hombres lobo que estaban esperando.

—No sé, por Dios. No lo sé. Se nos pagó quinientos a cada uno para lastimarte. Nos ofreció cinco mil a Chuck y a mí por matarte.

—¿Cinco mil cada uno? —pregunté.

Él asintió con la cabeza.

—No fue suficiente —dije.

—No sabíamos que eras un hombre lobo. No sabíamos lo que hacías.

Uno de la multitud sombría olfateaba su pierna. La voz de Terry se levantó un poco más con cada palabra. Su siguiente «yo no sabía» fue casi un grito.

El *Munin* de Raina era como un pulso de calor detrás de mis ojos. Me incliné hacia el hombre, como si le fuera a dar un beso. Se retiró, pero tropezó con el buen doctor. Mi boca se cernía sobre el hombre, pero no era un beso que yo quería. Me quedé allí, flotando sobre su boca, congelados, luchando para no bajar mi boca a su cuello. Peleando por no hundir los dientes en su garganta y lastimarlo. Peleando por no extraer primero la sangre y dejar que el clan se alimentara.

Comencé a gatear alejándome de él, como si yo fuera la que tuviera miedo.

—Llévelo al hospital.

—No puedes dejarlo vivir —dijo Zane.

—Le prometí que si hablaba, se lo llevarían. —Acaricié la cara de Zane. Nos quedamos de rodillas en las hojas, lo suficientemente cerca como para abrazarnos, cuando no recordaba haberme movido tan cerca—. Tómalo, toma el brazo. Y a Terry —dije.

El hombre no me estaba mirando. Miraba a los lobos que esperaban.

—Terry —le dije de nuevo. Yo seguía acariciando a Zane, con una mano enterrada en su pelo corto, color blanco.

El hombre me miró, con los ojos moviéndose de un lado a otro, como si estuviera tratando de mantener contacto con todos a la misma vez.

—¿Qué? ¿Qué quieres? Dijo que podía ir al hospital.

—Si le dices a Niley de esta noche, sobre lo que soy y lo que ocurrió, te mato.

Bajé la cara de Zane hasta que le planté un beso en la frente.

—No lo voy a decir. No voy a decírselo a nadie. Niley me mataría si supiera que lo delaté. Me mataría.

—Bien —dije. Acuné a Zane contra mí. Él comenzó a lamerme el cuello. Pasó por encima del hombro, lamiendo una pequeña línea abajo de mi clavícula. Él fue más abajo, y lo aparté, lo suficientemente fuerte para caer sobre su hombro herido. El mundo se reducía. Estaba perdiendo la lucha con Raina.

—¡Sácalo de aquí ahora!

Sentí que me estaba quedando ciega. Pude ver, pero todo fue diferente.

Yo estaba luchando y a ella no le gustaba. Había pedido violencia, y me negué. Ella había pedido sexo, y me negué. Incluso muerta, era una señora difícil de decirle no.

Me cubrí los ojos con mis manos. Escuché que alguien se movía hacia mí.

—No me toques.

—Es Marianne, hija. Dime lo que está pasando.

Bajé mis manos hasta que pude ver a Marianne. Todavía estaba en el vestido blanco con el pálido pelo largo.

—Nunca conociste a Raina, ¿verdad?

—No, niña.

Me cogió la mano, que era sólo una mano. No había memoria conectada a ella. No hay horror que el *Munin* pudiera compartir.

—Ayúdame.

Agarró mi mano con las suyas.

—Es muy tarde para obligar al *Munin* a irse. Debes hacer lo que quiere para que se vaya.

Sacudí la cabeza.

—Ella no se irá.

—Ella te ha dejado antes.

Sacudí la cabeza fuertemente hasta que mi cabello me abofeteó.

—No sabes lo que quiere. No entiendes lo que quiere. No puedo. No lo haré.

Richard estaba allí. Empezó a tocar mi hombro, y caí hacia atrás sobre las hojas. Con una mano levantada como para protegerme de un golpe. No quería saber lo que Raina había hecho con él o a él. Esa era una imagen que no necesitaba.

—¿Qué pasa?

—El *Munin* no se irá hasta que Anita le dé algo que quiere.

—Conoces a Raina —dije—. Dile el tipo de cosas que Raina disfruta.

Se alzó dentro de mí. No pude evitarlo. Se elevó más y más hasta que el poder se derramó por mi boca en un grito.

Empezó a tocarme y me arrastré lejos de él.

—No, no, no, no.

Marianne me atrapó, me tenía en su contra. Olía como el jabón Ivory y lilas. Yo sabía que podía haberle roto el abrazo, pero no quería. Quería que me abrazara. Quería que me ayudara. Necesitaba ayuda.

Me alisó el pelo, meciéndome como si fuera una niña.

—Anita, debes ceder al *Munin* en parte. Has hecho esto antes. Richard ha examinado los hechos pasados conmigo. Cuando el *Munin* te deje esta vez, vamos a trabajar juntas para asegurarnos de que esto no vuelva a ocurrir.

Levanté la cara lo suficiente para ver su rostro.

—¿Puedes realmente detener esto?

—Puedo enseñarte a detenerlo.

Miré a sus pálidos ojos por espacio de un latido del corazón. Podía escuchar el extraño ruido de su válvula cardiaca artificial. El *Munin* insinuaba que era comida, así como el sexo. No tan buena, pero funcionaría.

Me empujé con cuidado lejos de Marianne.

—No eres más que comida para ella.

Me arrastré detrás de ella, lentamente.

Marianne sólo me observaba, de rodillas sobre las hojas en su vestido blanco. Ella era la única en el claro que era más que una sombra. Toda la blancura cogió la luz de la luna y brillaba suavemente. Parecía un objetivo.

Me detuve, mi respiración entrecortada era irregular. Podía probar mi corazón en la garganta como una bola que se podía tocar y jugar con ella. Miré alrededor del claro, desesperada por una salida. Algo con lo que Raina se contentaría y pudiera vivir con ello.

Zane me estaba mirando. Raina lo quería. Pero lo que ella quería tenía muy poco que ver con el sexo. Fui a él. Se arrodilló en las hojas, mirándome con los ojos grandes de plata a luz de luna.

Caí de rodillas delante de él y le desgarré el arnés del hombro. Hizo un pequeño gruñido de dolor, y a Raina le gustó. El problema de hacer algo para conseguir que el *Munin* se fuera era permitir que el *Munin* tuviera el control suficiente para que yo esté dispuesta a hacer lo que quería. Dándole un mayor control parecía una mala idea. Pero lo que ella quería era plantar nuestra boca sobre la herida en el hombro, y yo no podía hacerlo consciente. No había Raina suficiente en mí todavía para poner mi lengua en una herida abierta.

Me arrastré lejos de Zane y encontré a Jason. Me quedé mirándolo. Era casi una zona de seguridad para mí cuando apareció el *Munin*. Al *Munin* le gustaba, y yo no tenía miedo de él.

Me acerqué a él, arrodillada en cuatro patas sobre las hojas, pero sabía

que si le tocaba y todavía estaba luchando contra el *Munin*, nos íbamos a otra oleada de terror. Me acerqué a él, tenía que ser de verdad. Tenía que estar dispuesta a ceder, por lo menos un poco.

Su boca estaba casi completamente curada. La hinchazón en el ojo estaba mejor. La sangre o el *Munin* realmente estaban funcionando. Él se curaba. Yo sabía que el *Munin* podía utilizarse para la curación de licántropos. Lo había hecho antes, pero no como esto. Eso fue cuando Raina apareció por primera vez, y no me había dado cuenta de cuántos problemas me traería. Ahora lo sabía, y estaba asustada y lo odiaba. Raina pensó que era divertido, muerta, me asustó más que cuando ella todavía estaba viva.

Podía sentir su placer como una línea de calor a través de mi cuerpo. El eco de su risa perseguida a través de mi mente y me ponía la piel de los brazos como carne de gallina. Ser poseída por cualquiera me hubiera asustado. Ser poseída por una ninfómana sadomasoquista sociópata que personalmente había matado, era demasiado aterrador y muy irónico para las palabras.

Jason se recostó en las hojas. Fui muy cuidadosa de no tocarlo mientras me arrastraba a gatas a su cuerpo. Me arrodillé allí en las manos y las rodillas y lo miré, con espacio suficiente para no tocarlo accidentalmente. Su voz era ronca, áspera, como si todavía tuviera algo en su garganta que le lastimara.

—¿Tienes un plan?

—Si no lucho contra la *Munin*, Marianne dice que no aparecerán recuerdos, sólo poder.

Me miró.

—¿Me vas a besar y todo mejorará?

Asentí con la cabeza, mi cabello se deslizó sobre su rostro.

—Mejor.

Me incliné hacia su cara en una especie de movimiento de levantamiento. Nuestros labios se rozaron en una línea temblorosa, y lo que una hora antes había sido casto y un poco incómodo de repente cambió. Rompí el beso y me alejé de su cuerpo sobre la punta de los dedos de las manos y pies, mi cuerpo encima del suyo. Pude sentir la energía de su aura temblando debajo de mí, empujando contra el poder de mi aura, el poder que era del *Munin*. Me quedé encima de él, sin tocarlo, mirándolo a la cara. Cuando nos besamos una vez más, el poder se vertió de mi boca a la suya

en un cálido aliento que quemaba a través de nuestros cuerpos.

Dejé caer mi cuerpo contra el suyo en un movimiento brusco y violento que trajo un grito de dolor de él. El sonido cayó en mi boca y fue tragado en una ola de calor y poder. Vertí el *Munin* en Jason. Me vertí en él. Lo eché por su boca, a través de los poros. En todas partes donde hacía contacto con la piel, se filtraba en él. Me sentía como si estuviera escurriéndome en su cuerpo.

Él se comportó bien en un primer momento, las manos a los lados, pero el poder estaba cabalgándonos a los dos. Sus brazos entrelazados detrás de mi espalda. Su boca buscó la mía, como si estuviera escalando dentro. Yo a horcajadas sobre su cuerpo y lo sentí duro y listo incluso a través de los jeans.

Rodó sobre mí de repente para que estuviera encima. Mi cuerpo no hizo nada para protegerse. Cerré mis piernas alrededor de su cintura, y lo sentí bombear contra mí. Cada empuje hizo que mi abdomen se contrajera. Traté de pasar a través del poder y comencé a impulsarlo en su pecho. No estábamos haciendo esto otra vez. Yo no estaba haciendo esto.

—No. Quítate. —Mi voz salió estrangulada, ronca. Me tragué el *Munin* lo suficiente para luchar por dentro y por fuera.

Jason se congeló sobre mí, y luego se derrumbó encima de mí. Su corazón latía frenéticamente contra mi pecho. Su respiración era apresurada. Tragó saliva y alcanzó a decir:

—Si te dijera que es demasiado tarde para detenerme, ¿me creerías?

Comencé a gatear por debajo de él.

—No —dije.

Se dio la vuelta, liberándome para ponerme de pie. Los moretones habían desaparecido. Su cara se quedó mirando hacia mí tan limpia e inocente como empezó. Si yo pudiera conseguir poner esta mierda a trabajar sin el sexo….

—¿Mi turno? —preguntó Zane. Me volví, y estaba de rodillas en las hojas. Se había quitado los restos de su camisa. Nunca pensé en Zane como un hombre, no como eso. Pero ahora estaba arrodillado sobre un rayo de luz de luna y sombra mostraba los músculos de su pecho y estómago. Sus brazos se perdieron en la oscuridad. Su rostro era un patrón de carne fuerte, limpio, brillante claro, la mitad atrapado en las sombras, como pedazos de la oscuridad. Su aro de plata brilló en el pezón, como un guiño de un ojo, una invitación. Y eso fue todo lo que hizo.

Me quedé delante de él, mirando hacia abajo, y hacía lo que quería el *Munin*.

Agarré su brazo herido y tiré hacia arriba, forzando el hombro en toda su extensión. Gritó de dolor. La piel se había cerrado sobre la herida, pero estaba ahí debajo de la superficie. Apoyé la boca en la herida y sentí los músculos desgarrados. El hueso ya pegado, roto. Le mordí, hundí los dientes lo suficiente como para dejar una marca y soplé el poder en su piel. Curé y combatí con Raina.

Quería tomar un pedazo de su piel. Una especie de broma, lo cure y le dolía al mismo tiempo. Me aparté de él antes de que pudiera rendirme, me encontré a mis pies y se dio cuenta de que cada vez que lo usé, el poder iba en aumento. Me llenaba como otra persona, algo que crece dentro de mí, empujando a mi piel.

Me tambaleé hacia Jamil y caí junto a él de rodillas. Se había transformado nuevo a la forma humana, lo que significaba que había sido muy lastimado. Miré su cuerpo desnudo y luché con Raina por no tocarlo. No hacer lo que quería. O hacer todo lo que quería.

Pasé la mano sobre el pecho de Jamil hasta que toqué la herida. La piel estaba cerrada, pero suave. Yo sabía que podía forzar mis dedos dentro de él. Sabía que podía llegar y arrebatarle su corazón. En cambio, bajé mi cara contra su pecho y le besé la herida, suavemente, gentilmente. Cerré los ojos y tomé el aroma de él, el tacto de su piel suave. La curación de la piel era siempre tan suave, como la piel de un bebé, tierna y suave. Le puse las manos sobre la herida y empuje aquel poder caliente en él como una espada.

Los ojos de Jamil volaron amplios, y su columna vertebral se inclinó. Trató de gritar, y le robé un beso. Monté su cuerpo, a horcajadas, no sobre la ingle, sino un poco más abajo. Me retiré de sus labios y obligué a mis manos a bajar sobre su cuerpo. Lo curé. Sentí dejar mi cuerpo en un torrente cálido. Mis manos se deslizaron abajo. Me aparté y él estaba empezando a tener una erección. Me alejé de él. Se había sanado. Raina sintió que alguien le debía algo por la curación.

Estuve peleando hasta que me volví a caer en las hojas y grité. Mi cuerpo se retorcía y fue como si mi lado izquierdo no sintiera a mi lado derecho. Como si algo se rompiera dentro de mí. La larga, cálida presencia, ese segundo cuerpo estaba tratando de salir a la superficie, tratando de romper la superficie. La bestia de Raina estaba tratando de salir. Tratando

de hacerme *lupa* de verdad, pero mi cuerpo no aguantó. No podría darle un hogar. Yo era un ser humano, y no importa cuánto poder se metiera en mí, no había cambiado.

Me sujetaron unas manos. La voz de Richard salía en un tono elevado.

—¿Qué le pasa?

—Ella está luchando contra el *Munin*. —Era la voz de Marianne. Oí su voz cerca de mi cara, pero no la veía. Era como si el mundo se desvaneciera en la oscuridad.

—No te resistas, Anita. Pase lo que pase esta noche, mañana te puedo ayudar. Cede y vive, o el *Munin* te va a matar.

—Anita, ¡por favor, por favor! —Richard de nuevo—. Ella te va a matar si puede. Ella te va a llevar a la tumba, Anita. Dejar de luchar. Abrázala, o te destruirá.

—¡No! —grité.

Entonces, de repente, pude ver de nuevo. Miré fijamente a la oscuridad arbolada. Hubo un destello de la luz de la luna a través de las hojas. Me pareció tan brillante como la luz solar, sólo que más suave. Me quedé muy quieta, parpadeando en todos ellos. Richard cubrió mis hombros. Verne tenía mis piernas. Shang-Da tenía mi brazo derecho. Lucy estaba a mi izquierda. Había estado teniendo convulsiones. Me acordé de eso.

Marianne estaba arrodillada cerca de mi cara, mi cara la mantenía todavía entre sus manos.

—¿Anita? —preguntó.

—Estoy aquí. —Mi voz era suave pero clara. Me sentí ligera y vacía, pero no sola. No me dejé engañar. El *Munin* no se había ido. No había terminado.

—¿Se ha ido el *Munin*? —preguntó Richard.

Marianne sacudió la cabeza.

—Todavía está aquí.

Esto me hizo pensar mejor de ella, que no se dejaba engañar.

—¿La dejamos levantar? —preguntó Verne.

—¿Anita? —preguntó Marianne.

—Déjenme levantar.

Me dejaron ir, lentamente, como si tuvieran miedo. Miedo de mí o por mí, no estaba segura de qué. Se alejaron de mí. Sólo Richard se quedó de rodillas. Apoyé la espalda contra él y deje que me sostuviera en sus brazos. Cerré los ojos y le permití alejar todo sólo un instante. En ningunos brazos

me había sentido tan segura como en los suyos. De nadie.

Mi pierna rozó algo en las hojas. Me aparté de él lo suficiente para encontrar mi cuchillo. Lo enfundé. Al otro lado del pequeño claro, Jason dijo:

—Aquí está el otro. —Lo sostuvo por la cuchilla.

Me acerqué a él, tomando el cuchillo de su mano. Pude sentir que todos ellos me miraban. Como si yo fuera algo nuevo e incierto que acababa de aparecer. Enfundé la segunda hoja.

Jason me sonrió.

—No te lo tomes a mal, Anita, pero algún día me gustaría hacerlo de verdad.

—¿Por qué no esta noche? —dije.

Jason miró hacia mí.

—¿Qué dijiste?

Regresé al claro. Sentí sus ojos sobre mí mientras me movía. Olía a sangre y poder y la carne, y no había nada mejor que atrajera a hombres lobo.

Richard se quedó en sus pantalones vaqueros y camiseta. Su pelo alrededor de los hombros, suave, rico, se veía café en la luz de la luna.

Cogí un puñado de su camiseta y atraje su cara lo suficientemente bajo como para besarlo. El beso fue largo y completo, y probó toda la sangre que había tenido. Cada piel que me había tocado. Quité la camisa de sus pantalones en un movimiento largo, con mis manos sobre su vientre desnudo, a través de la dureza suave de su pecho.

Agarró mis brazos y tiró de mis manos.

—¿Qué te pasa?

—¿No es suficientemente buena para ti tampoco? —Era Lucy caminando hacia nosotros. Sus pechos impresionantemente tenso contra el material blanco de su camiseta sin mangas. Cualquiera veía que tenía pezones muy grandes o que tenía frío, porque el contorno de los pezones estaba claro, incluso en esta penumbra.

Miré fijamente a Richard. Había estado durmiendo con Jean-Claude. Él había estado durmiendo con Lucy y Mira, no podíamos olvidar a Mira. Era justo que él tuviera otras amantes. Realmente. Pero yo lo odiaba y me odiaba por pensarlo. Me odiaba por quererlo. Me odiaba por estar con Jean-Claude y no estar feliz con eso. Me odiaba porque sabía que si estaba con Richard en este instante, perdería a Jean-Claude. Estaba jodida, sin

importar lo que hiciera.

Yo sabía, así como ella, que las manos que estaban sosteniendo mis brazos con tanta ternura, habían acunado esos pechos grandes y redondos. Sabía que ella lo había tocado, todo su cuerpo. Que ella lo había tenido desnudo dentro de ella. Y yo estaba tan celosa que la única palabra para describirlo era odio.

Me alejé de Richard y desenvainé uno de los cuchillos. Shang-Da se movió como si fuera a ponerse entre nosotros, pero Richard lo detuvo e hizo que retrocediera. Él solo miró a Shang-Da hasta que se detuvo lejos del alcance, pero podría decirse por su cara que no estaba nada contento por esto. No lo culpé. Richard se volvió hacia mí, mirándome, pero no hizo ningún movimiento para protegerse. No sé si él no creyera que lo iba a lastimar o que no pudiera hacerlo. Estaba segura que podía.

Mi mano ya daba el golpe hacia abajo antes de que pudiera detenerme. Lo deslicé a través de su camiseta, no tan profundo, pero la herida sangraba. Él se estremeció, con los ojos perdidos, herido. Que se joda.

Shang-Da ya estaba ahí, y fue Richard quien forcejeó con él. Richard le impidió agarrarme, desarmarme, hacerme daño.

Puse la punta del cuchillo contra mi pecho y la deslicé hacia abajo sobre mi corazón. El dolor fue agudo e inmediato, pero era leve. No estaba herida. La sangre brotó hacia abajo entre mi pecho como dedos cosquilludos. Era muy oscura en comparación con la blancura de mi piel.

Richard comenzó a acercarse, pero Verne lo detuvo.

—Es su decisión —dijo Verne.

—No es suya. Es Raina —dijo Richard.

Pero en cierta manera estaba equivocado. Raina finalmente había encontrado algo que compartíamos. Ambas queríamos que sufriera. Ambas nos sentíamos traicionadas. Y ninguna tenía derecho. Ambas lo habíamos traicionado a nuestra manera.

Palabras que desconocía salieron de mis labios.

—Tu corazón es mío, el mío es tuyo. *Lupa* a su *Ulfric*. Pero no a tu cama, ni tú a la mía. —Tiré el cuchillo a la tierra, entonces esto golpeó. Pude sentir la hoja en la tierra como si hubiera molestado a una gran bestia dormida. Un arrebato de poderosa energía salió de la tierra hacia mí, de mí, y algo se quedó flojo dentro de mí. Estaba mareada y de rodillas sin intención de caerme.

Miré a Richard, todavía luchando y le dije: «Ayúdame». Pero ya era

demasiado tarde. Sentí el *Munin* soplar como el viento. Y cada hombre que tocó capturó el olor. Casi pude sentir la reacción de sus cuerpos. Sabía lo que Raina había hecho, y si esta iba a ser su última noche en el asiento del conductor, no podía haber elegido algo mejor. Excepto que me mataran, esta era la venganza perfecta.

Caí sobre mis rodillas, peleando por no terminar el ritual, pero podía sentirlos en la oscuridad, impacientes. Yo emitía el olor y no era sangre solamente. Las palabras fueron tiradas de mi garganta como por una mano. Cada palabra salió con dificultad, que hacía que el hablar doliera.

—Reclámame otra vez si puedes, mi *Ulfric*. —Lo miré y vi la mirada de su cara. Era salvaje, y una parte de mí estaba satisfecha. Que Dios me ayude. Mis propios celos le habían dado la llave. Miré alrededor a las formas en la oscuridad. Podía sentirlos como una creciente tensión en la oscuridad. Se pareció al aire antes de una tormenta, tan pesada que era difícil respirar a través del creciente poder. Podías sentir el relámpago creciendo en el aire, acercándose, pero esta tormenta estaba esperando por mí. Esperando que me moviera.

Marianne estaba detrás de mí.

—Levántate —dijo.

Luché para ponerme de pie, y ella me ayudó.

—Ahora, corre —dijo.

Me le quedé mirando.

—¿De qué estás hablando?

—Acabas de declararte *Frejya*. Ahora, corre, antes de que ellos pierdan la paciencia y te tomen aquí.

Sabía lo que quería decir, pero tenía que escucharlo en voz alta.

—¿Tomarme?

—Si el *Munin* no viene al frente, esto será violación, pero pasará. ¡Ahora, vete! —Me empujó hacia la oscuridad. Tropecé y mire alrededor del claro una última vez. La cara de Richard estaba atormentada, horrorizada. Shang-Da estaba en el hombro de Richard y estaba enfadado. Enojado conmigo. La cara de Jason era neutral, como si le diera miedo demostrarme lo que estaba sintiendo. También cogí la cara de Roland.

Lo había conocido una o dos horas antes, pero su cara no era neutra. Su cara estaba hambrienta, anticipatoriamente. Y sabía que ellos lo harían. Que alguien, en algún lugar, alguien me tomaría a menos que lo matara. Dos cuchillos de plata y la manada entera eran hombres lobo. Las

probabilidades no eran buenas. Y Richard haría todo lo que pudiera para salvarme, todo.

—Shang-Da —dije.

El alto guardaespaldas me miró fijamente. Podía sentir el peso de su mirada iluminada por la luna oscura.

—La vida de Richard significa más que mi propia seguridad, Shang-Da. No lo dejes morir —dije.

Me miró y dio una cabezada de afirmación.

Marianne agarró mi brazo y dijo:

—¡Ve!

Me fui. Me arrojé entre los árboles, dentro de la oscuridad y corrí. Corrí como si pudiera ver en la oscuridad. Arrojándome en aperturas medio percibidas, confiando en el bosque como confías en el agua, sabiendo que se separará antes de que lo necesites. Me adentré en la oscuridad del bosque como aprendí cuando era una niña. No corres en la oscuridad del bosque con tus ojos. Corres con la misma parte de tu cerebro que te hace erizar la espina dorsal. Corrí, salté y me eché a un lado, y sabía que no sería suficiente.



VEINTISIETE

Un aullido cortó la noche en una línea larga, desagradable. Había gruñidos y un quejido agudo, tan corto que sabía que alguien estaba herido, tal vez muerto. ¿Ellos realmente se matarían entre sí por ese privilegio? Realmente los lobos no hicieron esta mierda. Sólo la gente puede tomar un animal sano, atrayente y acabarlo de esta manera.

Me resbalé encima de un tronco que era mayor que un coche pequeño. Me caí, en expansión. Me quedé allí por un momento en el suelo, recuperando el aliento, y no tenía la menor idea de qué hacer. No escuchaba a los hombres lobo tanto como se sentían en el suelo debajo de mis manos. Sabía que estaban allí afuera en una forma que no tenía antes de la invasión *Munin*. Me apreté contra el enorme tronco, y mis manos encontraron una abertura. Era parcialmente hueco. Avancé lentamente dentro de la apertura negra, con un cuchillo en la mano delante de mí, medio esperando encontrar un mapache o una serpiente, pero no había nada

más que la sensación del frío, la madera podrida bajo mi vientre desnudo y el peso del gran árbol caído muy por encima de mí.

Sabía que me encontrarían. Ese no era el punto. Pero les tomaría un poco de tiempo para sacarme del agujero. Estaba tratando de ganar tiempo. Ni siquiera estaba segura de tiempo para qué. Necesitaba un plan, y no lo tenía. El *Munin* pensaba que Richard podría salvarnos. Ese pensamiento me asustó por su cuenta.

Richard era una especie sin escrúpulos cuando se trataba de matar. La idea de que podría morir tratando de salvarme era casi peor que la idea de que me capturaran.

Probablemente podría sobrevivir de ser violada. No estaba muy segura de que podría sobrevivir a la muerte de Richard. Por supuesto, nunca había sido violada, tal vez estaba sacando conclusiones precipitadas. Tal vez yo no iba a sobrevivir. Escuché movimiento alrededor del tronco. Más de uno, más de dos. ¿Tres, cuatro?

Mierda.

Garras rasgaron el tronco podrido, y grité, uno de los alaridos cortos que son casi exclusivamente un sonido de niña. Oí a uno de ellos rodando por el suelo. Sentí el torrente de energía cuando él se cambió a la forma de lobo. Y así, él estaba fuera de la carrera. Si perdías la forma humana antes de la *lupa* que perseguían, no podías aparearte con ella. Te volvías peludo, perdías. Las normas acerca de *Frejya* nunca habían sido escritas para un ser humano que no tenía otra forma. Nosotros perderíamos a los lobos menores, a sus bestias, tan cerca de la luna llena con el sexo y la violencia en el aire. Tal vez perderíamos una media docena, tal vez una docena, a sus bestias.

Cincuenta lobos de la manada de Verne en total, una docena de ayuda.

Algo pesado golpeó el lado del tronco. Me las arreglé para no gritar. Al menos eso era una mejora. Escuché un forcejeo. Al menos dos de ellos estaban peleando. Pero yo estaba casi segura de que había un tercero. La lucha se detuvo, y hubo un fuerte crujido, como si algo frágil y húmedo se hubiera roto. El silencio era tan pesado, que mi corazón latía atronador.

El tronco se movió. Me quedé inmóvil, como si tan sólo el mantenerme muy quieta me pudiera salvar. El final del tronco cerca de mis pies se elevó en el aire. La cavidad en la que me había escondido me mantuvo oculta en uno de los extremos levantados lentamente en el aire. El árbol que se cayó, tenía al menos seis metros de diámetro. No sabía cuánto pesaba, pero era

pesado. Un hombre alto, con barba fue a levantarlo. Lo empujó sobre su cabeza, las palmas de las manos contra la madera. Me sonrió, sus dientes blancos en contra de la barba.

Su voz era más gruñido que palabras.

—Sal, pequeña.

¿Pequeña? Me arrastré con mucho cuidado por debajo del enorme tronco. Era un peso aplastante. Un pequeño temblor recorrió su cuerpo todo el camino hasta los pies. No era fácil mantener el gigante árbol arriba. Me quedé agachada justo al lado de su pierna. Había que poner el tronco antes de que pudiera tocarme. Su sonrisa se amplió, como si no alejarme fuera una buena señal para él.

Empujé el cuchillo en su vientre y me alejé de él, rasgando la lámina a lo largo de la carne de su vientre conforme me movía. Me miró sorprendido y cayó de rodillas y el árbol cayó encima de él. Eso lo inmovilizó en el suelo, y no iba a esperar para ver si podía salir de debajo de él. Había dos cuerpos en el suelo. El cráneo de un hombre fue aplastado, y cosas más gruesas que la sangre humedecieron el suelo.

En la oscuridad, todo era gris y negro. El segundo tipo podría haber tenido pulso, pero no lo verifiqué. Corrí.

Sentí la actividad en el aire y miré a tiempo para ver un aspecto borroso de movimiento. Un hombre me golpeó por el costado en un ataque aéreo. Estaba sobre mi espalda con él encima, y un brazo entre nosotros. Tuve un segundo para reconocer a Roland, entonces le corté con el cuchillo. Se echó atrás demasiado rápido para ver, y su puño de pronto me golpeó en la barbilla.

No me desmayé, pero mi cuerpo quedó inerte. El cuchillo cayó de mis dedos, y no pude detenerlo. Una parte de mí estaba gritando en silencio. La otra parte estaba diciendo: «¡Oh, qué bonitos árboles!». Cuando me pude mover de nuevo, mis pantalones estaban a la mitad de mis muslos. Lo único que me mantuvo vestida eran los vaqueros ajustados y empapados de sangre. Vaqueros mojados se rompen despacio.

—Roland, no hagas esto.

Siguió tirando de mis pantalones vaqueros como si yo no hubiera dicho nada. No quería que él me golpeara de nuevo. Si me desmayaba de nuevo, todo terminaría. Estaba teniendo problemas para conseguir que mis jeans pasaran sobre mis Nike, ya que los jeans no van por encima de mis Nike.

Me levanté sobre los codos y traté de ser amable, razonable, y me

pregunté dónde diablos estaba mi cuchillo.

—Roland, Roland, los zapatos tienen que salir primero.

Tal vez si era útil, podría obtener puntos. Al menos tal vez podría pararme. ¿Dónde estaba Richard?

Roland agarró mis pantalones en una mano, atrapando mis pies.

—¿Por qué me ayudas? —dijo. Su voz era demasiado profunda para su pecho delgado, sus palabras salieron cuidadosamente. La energía nerviosa todavía arrastraba su piel, vibrando como el calor del verano en una carretera. Él no era diferente, pero todo lo demás había cambiado.

—Tal vez no quiero que me golpees de nuevo —le dije.

—Tampoco quiero ser apuñalado —dijo.

—Muy bien.

Nos quedamos así, mirándonos fijamente el uno al otro, yo apoyada sobre los codos, él arrodillado a mis pies. Era casi como si él no supiera qué hacer. Creo que no esperaba que estuviera en calma. El llanto, la ira, incluso entusiasmo, él estaba listo, pero yo no le di nada. Estaba atenta y amable, como si él me hubiera pedido instrucciones a un restaurante que yo conocía. Incluso, me sentía tranquila, de una manera extraña. Tenía un aire ligeramente surrealista, como si realmente no estuviera pasando. Si me tocaba se iba a sentir muy real, pero mientras se mantuviera dónde estaba, yo me sentía bien.

Él cubrió mis jeans con sus rodillas y comenzó a quitarse la camisa. La camisa estaba bien. Yo estaba bien con eso. Tenía un pecho bonito, agradable a la vista. Mientras permaneció en sus pantalones, yo estaba bien. ¿Dónde diablos estaba Richard?

Se soltó complemento de sus pantalones, y mis nervios no eran tan buenos. No quería intentar comunicarme con Richard en caso de que estuviera luchando. Usar las marcas distrae. Pero quería algo de ayuda. Apostaba que Roland no usaba ropa interior. Gané mi apuesta.

Envié un llamado a Richard, y él estaba luchando. Vi a través de sus ojos durante un segundo vertiginoso. Estaba peleando contra Eric. Genial. Rompí el contacto tan rápido como pude, pero sabía que le costó un segundo de concentración. Estaba por mi cuenta.

Roland empujó sus pantalones hasta las rodillas y creyó que era suficiente, porque él empezó a trepar por mis piernas. ¡Oh, esto era romántico!

No fue Richard quien vino al rescate. Era un hombre que no conocía.

Golpeó a Roland, tanto como él me había golpeado a mí. Se quitaron de encima de mí y cayeron por un plano inclinado en un pequeño hueco. Empecé a subir mis pantalones tan rápido como pude.

Hubo un movimiento detrás de mí, y me volví, con los pantalones justo por encima de las rodillas y no tenía armas a la vista. Era Zane, uno de sus brazos aferrado a su pecho. Nathaniel salió de la oscuridad detrás de él. Nathaniel me tendió mano buena.

—¡Date prisa!

Me apresuré. Nathaniel tomó mi mano y me llevó a los árboles. Corrió como líquido que se derrama a través de grietas y sombras. Traté de mantenerme detrás de él, confiando en que si su cuerpo podía ir a través de las aberturas, el mío también. Salté cuando saltó, zigzagueé, cuando se abría paso, incluso si no veía el obstáculo. Su visión de la noche era mejor que la mía, y no la cuestionaba. Sentí a Zane detrás de nosotros, siguiendo como el humo a nuestro paso.

Un coro de aullidos estalló a nuestra derecha. Nathaniel me atrajo más rápido a través de los árboles, hasta que caí de cabeza, y una rama dentada cortó mi mejilla abierta. Perdimos el objetivo.

—Mierda, Nathaniel.

—Ya vienen —dijo.

—Lo sé. —Me toqué la mejilla con la mano y al separarla había sangre —. ¡Maldición!

—No voy a permitir que te lleven —dijo Nathaniel.

Le miré fijamente. Era sólo tres pulgadas más alto que yo. Pesaba más que yo sólo por treinta libras. Era músculo, pero él era pequeño. El tamaño cuenta si todo el mundo que lucha puede levantar grandes árboles.

—Te van a matar, Nathaniel.

No me miró, seguí mirando a la oscuridad como si pudiera escuchar cosas que no podía. Zane se apoyó en un árbol, mirándome. Su buena mano se frotaba el brazo atado como si le doliera. Apuesto a que sí.

—Si ellos te agarran, vas a pelear —dijo Zane—. Te van a matar. —Cerró los ojos—. Esta es una época en que no puedes protegerte a ti misma, pero tal vez nosotros podemos.

—Ustedes van a morir —les dije.

Zane se encogió de hombros con el hombro bueno, de forma casual, como si no le importaba.

La idea vino de que todo sería más fácil si tuviera relaciones sexuales.

Terminaría entonces y sólo entonces. Raina regresó con toda su fuerza, derramándose a través de mí. Quería a Nathaniel pero no podía tenerlo, no con mi cuerpo. Joder a Nathaniel sería como abuso de menores. Yo no lo haría.

Zane. Zane lo haría. Raina siempre había sido caprichosa. Me hice una idea mental tan fuerte que me hizo sonrojar. ¿Había alguien que aún no hubiera dormido con Raina? Yo no iba a hacerlo con cualquiera de ellos. De ninguna manera. Entonces van a morir. No estaba segura si era mi pensamiento o el *Munin*. De cualquier manera, teníamos razón.

Jason apareció cojeando. Lo reconocí sólo por la forma de los hombros y el pelo. O no había sanado por completo, o acababa de estar en una pelea. Tal vez ambas cosas. Había roto el contacto antes de que terminara. El *Munin* estaba guardando profundamente la curación para el sexo. Para ella era la cifra a pagar por los servicios prestados. No hay pago, no hay curación. Como un traficante de drogas dando sólo una muestra.

Jason me dio una sonrisa muy extraña al entrar en los árboles cerca de Nathaniel y Zane. Se deslizó hacia abajo hasta que quedó sentado recargado sobre el tronco de un árbol pequeño. Dejó escapar un suspiro.

Lo miramos. Un grito trasladó nuestra mirada hacia el bosque. Por ahí, cerca, ellos luchaban. Otro aullido montó el todavía aire caliente. El sonido era lo suficientemente cerca como para que se me erizara el cuero cabelludo.

Los árboles en los que estábamos parados se encontraban en el fondo de una colina. Era familiar.

—¿Están las cabañas justo ahí arriba?

—Sí —dijo Zane.

—Si van a las cabañas los seguirán —dijo Jason—. No pueden tener a los turistas viendo.

—Al carajo —le dije—. Algunos de ellos no nos seguirán a las cabañas a causa de los turistas. Digo que vayamos y nos escondamos ahí.

—No terminará hasta que alguien gane —dijo Jason. Parecía cansado o tal vez desanimado.

—Y ahí arriba hay dos vampiros que están de mi lado. —Empecé a subir la colina.

Nathaniel y Zane me siguieron los talones. Jason se sentó allí. Llevábamos una cuarta parte del camino hacia la colina antes de que él decidiera seguirnos. Cuando toda esta mierda se termine, le preguntaré lo

que estaba mal. En este momento, no había tiempo.

Figuras aparecieron entre los árboles. Zane me dio un pequeño empujón en la espalda.

—Corre —dijo—, los retrasaré.

Nathaniel se volvió con él, mirando hacia abajo a la oscuridad y el peligro.

—No —dijo Zane—, tú vas con ella, Nathaniel. —Me miró—. Estoy aprendiendo lo que significa ser un alfa. Nathaniel no sabe luchar.

Nathaniel nos miraba de uno a otro. Finalmente se decidió por mí.

—¿Qué quieres que haga?

Pensé que por un segundo, estudiando cuidadosamente la cara de Zane.

—Yo diría que vinieras conmigo, pero no voy a dejar atrás a Zane.

Retrocedí y toqué la mano de Zane.

—No te voy a dejar morir.

—¡Maldita sea!, Anita, si no estás aquí, no nos van a matar. Sólo nos van a herir para después ir detrás de ti —dijo Zane.

—Soy una especie de cebo —dije.

—Sí.

—No te mueras por mí, ¿de acuerdo?

—Haré lo mejor —dijo Zane.

Apreté su mano.

—No hagas lo mejor, simplemente no mueras. Tú tampoco —le dije a Jason.

Sacudió la cabeza.

—Tengo que quedarme contigo. Órdenes de Richard.

—¿Por qué?

Sacudió la cabeza y volvió a mirar a las oscuras figuras moviéndose a través de los árboles. Más cerca, cada vez más cerca.

—Más tarde. Ahora, nos vamos.

Tenía un punto. Nos movimos y dejamos a Zane solo en la oscuridad con al menos cinco figuras que se deslizaban a través de los árboles. Se apresuraron a medida que se acercaban a la cima de la colina. Salí de la colina sobre mis rodillas y estábamos en un espacio de estacionamiento de grava.

Pensé, Damián. Abrió la puerta como si le hubiera hablado. Él estaba allí de pie con una mirada de sorpresa en el rostro. A menudo no se ve a un viejo vampiro de mil años sorprendido. Tuve un momento para pensar

cómo debíamos vernos. Mi sangre, sólo el sujetador negro y pantalones vaqueros empapados de sangre. Jason corriendo con una cojera notable. Nathaniel sin ningún problema detrás de nosotros.

Despejamos la puerta. Damián cerró la puerta detrás de nosotros. Cerró sin que lo pidiéramos. Vampiro listo.

—¿Qué? —comenzó a decir.

—Bloquea las ventanas y la puerta —le dije.

Asher cogió el pesado escritorio de madera como si no pesara nada y lo empujó sobre la ventana.

—¿Tenemos clavos, o estoy obligado a mantenerla en su lugar?

Algo golpeó la ventana, rompiendo cristales alrededor de los bordes de la mesa como brillante lluvia. Asher se tambaleó hacia atrás. Damián se unió a él, y empujó la mesa contra la ventana. La puerta se estremeció cuando algo pesado se lanzó contra ella.

—Él no va a llegar a tiempo —dijo Jason.

Nathaniel estaba en el centro de la habitación como si estuviera perdido.

—¿Y ahora qué?

La puerta se estremeció de nuevo.

Jason fue a la puerta, apoyándose en su contra.

—¡Nathaniel, ayúdame! —Nathaniel se unió a él, poniendo el hombro contra la madera temblorosa.

Manos empujando más allá del borde de la mesa. Asher tomó una mano de la mesa para romper la muñeca como la madera de un fósforo. Hubo un grito, y la mano se echó hacia atrás.

Habló como si él no estuviera usando casi toda su fuerza para sostener la mesa contra la ventana rota.

—¿Se puede preguntar por qué la manada local está tratando de matarnos?

—Ellos no están tratando de matarnos —dijo Jason—. Están tratando de joderla.

Apoyó la espalda contra la puerta. Lo que estaba en la puerta se quitó bruscamente, y Jason casi se cayó contra la tranquila puerta.

La ventana se despejó también. De pronto, todo estaba terriblemente tranquilo, demasiado tranquilo, como dice el refrán.

—¿Qué está pasando? —dijo Damián.

—Más tarde —dijo Jason. Sus ojos parecían casi salvajes—.

Pregúntame por qué Richard me pidió que me quedara contigo.

Me quedé mirándolo.

—Está bien, ¿por qué Richard te dijo que te quedes conmigo?

—Esto termina cuando se tiene relaciones sexuales con cualquiera de los *lukoi*.

Me quedé mirándolo duramente.

—Repítelo.

—Sí parece que alguien más lo hará primero, me dijo que lo hiciera.

—¿Hacerlo? —dije. Caminé a través de la mesita de noche—. ¿Quieres decir hacérmelo?

Jason tenía la gracia de mirar hacia abajo. Él asintió con la cabeza.

Abrí el cajón y saqué la Firestar. La puse en la parte delantera de mis jeans. Saqué la Browning después y le quité el seguro.

—Nada personal Jason, pero tengo un plan diferente.

—Yo no dije que me gustaba el plan —dijo Jason—. Puedo bromear al respecto, y me encantaría estar contigo, pero Jean-Claude también es mi amo. Me mataría.

Miré a Asher. Él asintió levemente con la cabeza.

—Probablemente.

—¿Y si permites que alguien más se acerque a mí porque fueron delicados? —dejé que fuera una pregunta.

—Richard no mataría fácilmente —dijo Jason—, pero si dejo que alguien te viole, haría una excepción.

Meneé el arma en el aire, con el cañón apuntado al techo.

—Qué suerte que estoy armada.

Jason asintió.

El cristal del baño se rompió.

—¡Mierda! Hemos sido estúpidos. Quédense en las puertas —dije. Le di una patada a la puerta del baño, que ya miraba hacia abajo del brazo. Tuve la visión de un hombre tratando de exprimir su gran cuerpo a través de la ventana pequeña.

Golpeé violentamente la puerta balanceándola con una cadera y disparé a la masa del hombre. Gritó y cayó hacia atrás a través de la abertura.

—Tengo esta ventana cubierta —grité.

Sonidos de lucha vinieron de fuera de la cabaña. Los gritos se convirtieron en gruñidos. Sentía la energía en aumento y sabía que la gente estaba perdiendo la forma humana. Podía sentir que escapaban,

merodeando entre los árboles. Casi podía oler el almizcle de su piel. El baño del *Munin* regresó tan de repente y tan puramente que me tambaleé en la puerta que estaba usando para estabilizar mi objetivo.

Me aparté de la ventana para mirar a través de la habitación a Jason. Raina estuvo bien con eso. No le importaba quién. Si esto causaba la angustia de Jean-Claude o le costaba a Jason su vida, estaba descartado. Me deslicé lentamente por la puerta, con los ojos cerrados y el cañón de la pistola presionando mí frente.

—Alguien más tiene que cubrir esta ventana —dije. Esperé haber hablado en voz alta. Estaba teniendo problemas para decirlo.

Jason debe de haberlas llenado porque nadie preguntó qué estaba mal. Sentí a Damián rozar mis piernas mientras iba al baño. La sensación de su paso causó una opresión en mi estómago. Le eché un vistazo y vi que estaba congelado en la puerta como si hubiera sentido la reacción de mi cuerpo.

Miró hacia abajo con sus ojos verdes de gato, y yo sabía que seguramente si le decía que viniera a mí, lo habría hecho. Lo que no sabía con seguridad era por qué.

—Damián —dijo Asher—, la ventana.

Damián se quedó donde estaba, mirándome.

—No puedo.

—Ordénale que vigile la ventana, Anita —dijo Asher.

Me puse de rodillas, la mano libre la deslicé por la pierna sobre los pantalones de Damián. Le pasé la mano por el muslo y sacudió la cabeza. Agarré un puñado de su camisa de seda verde y tiré de él hacia mí. Se quedó en la punta de los pies, con las rodillas a ambos lados de mi cuerpo. Me acerqué a mis rodillas y lo besé. Le pasé mi lengua entre los puntos delicados de sus colmillos. Yo había perfeccionado el arte del beso francés con un vampiro. Práctica, práctica.

Trató de no devolverme el beso. Dio un paso atrás, lo suficiente como para susurrar:

—Sabes como a sangre, sangre de otras personas. —Después cerró su boca con la mía tratando de aspirar mi aliento. Sus manos largas y pálidas ahuecaron mi cara, deslizándose detrás de mi cabeza en el calor de mi pelo.

Apreté mi cuerpo contra él. La Firestar todavía delante de mis pantalones. El arma presionó su ingle. La empujé sobre él hasta que hizo un pequeño sonido de dolor. La Browning se había perdido en el suelo.

Se oyó un ruido en la ventana del baño. Me aparté del beso, y Damián comenzó a besarme hacia el cuello. Vi al hombre arrastrándose a través de la ventana, como si fuera un largo y cristalino túnel.

Tomé la Firestar de mis pantalones y le apunté. Apunté en el centro de su frente. Sus ojos se ensancharon, y de repente se derramó hacia atrás, en la noche. No se fue tan lejos, como si no quisiera vivir. La pregunta era, ¿qué tan lejos he ido yo?

La boca de Damián se cernía sobre el gran pulso en mi garganta. Su lengua se enroscada sobre ella, acariciando. Estaba pidiendo permiso. Pero no era ese tipo de sangre el que quería donar esta noche. Raina no tenía ningún interés en sólo la apertura de una vena.

Envolví mi mano libre en su pelo largo, rojo sangre y volví su cara hacia mí.

—No tomes mi sangre, cógeme.

Asher, gritó:

—Jean-Claude lo matará .

—No me importa. —En el momento en que me oí decirlo, me deslicé hacia arriba. Era como apartar una cortina húmeda que se aferraba a mi cara, sofocante, tratando de amoldarse a mi cuerpo y mantenerme, ahogarme. Me arrastré lejos de Damián en la habitación. Le dije—: Mira la maldita ventana, Damián, y mantente alejado de mí.

Se puso de pie en la puerta, inseguro.

—Ya escuchaste a tu amante —dijo Asher—. Haz lo que te dice.

Le oí entrar en el baño. Escuché sus botas crujir sobre el cristal roto. Me quedé en cuatro patas, la cabeza colgando hacia abajo, mi respiración entrecortada. La Firestar seguía en una mano. La apreté con fuerza hasta que mi mano doliera.

Crecía la sensación de la culata de la pistola en mi piel. Esto era real. Esto era real. Raina estaba muerta. No era más que otro tipo de fantasma, maldita sea. Escuché a alguien arrastrándose hacia mí. Levanté la cabeza para encontrar a Nathaniel que me miraba con sus ojos de color lila. Grité y trepé atrás de él. Él era una víctima y a Raina le gustaban las víctimas. Sostuve mi mano hacia él como para asestarle un golpe. Terminé con la espalda contra la cama, apretando la pistola con ambas manos, meciéndose hacia atrás y adelante.

Nathaniel se arrastró hacia mí. Se arrastró como si tuviera músculos en lugares que no debería, en una actitud llena de gracia, que era casi como

una serpiente, como si su columna vertebral tuviera demasiadas partes. Puso la cara tan cerca de la mía que, cuando habló, pude sentir su aliento en mi cara.

—Soy tuyo, Anita. Tú eres mi *Nimir-ra*. Mi reina. —Era muy cuidadoso de no tocarme. Permaneció a una fracción de distancia, de modo que esto fuera mi decisión. Pero no era mía.

Traté de decirle que escapara de mí, pero mi voz no funcionó. Yo no podía hablar. No me podía mover. Todo lo que podía hacer era aferrarme a ese borde irregular de control y no mover la boca para cerrar el espacio entre nosotros. Luché con todo lo tenía para no besar a Nathaniel. Porque quien quiera que fuera sería el siguiente.

El *Munin* me estaba botando. Incluso mi autocontrol no era ilimitado. Yo no quería que fuera Nathaniel. Eso me ayudó a aguantar.

Hubo un golpe en la puerta. Fue tan inesperado que grité. El grito empujó a Nathaniel de nuevo a sus rodillas, un poco lejos de mi alcance, pero todavía demasiado cerca.

—¿Abro? —preguntó Asher.

Sacudí mi cabeza para indicar que no, pero no podía decirlo. No podía pensar. Estaba luchando muy duro para no quitarme la ropa y coger a alguien en la habitación. Esa concentración estaba tomando todas mis fuerzas.

Asher tal vez pensó que esto no era para él, porque dijo:

—¿Quién es? —Muy civilizado.

Creo que la respuesta nos sorprendió a todos.

—Es Richard.

Jason estaba de pie, abriendo la puerta, antes de que nadie pudiera decir que lo hiciera. La superficie exterior de la puerta estaba arañada y rota. Richard se quedó en la puerta. Su camiseta estaba en harapos, aferrada a sus hombros, pero tan destrozada que se podían ver las heridas sangrantes en su piel bronceada. Caminó por la puerta con paso inseguro. Zane y Shang-Da venían detrás de él.

Zane parecía ileso, pero la cara de Shang-Da había sido abierta desde la frente hasta la barbilla. Su ojo estaba con una máscara de sangre. Cerró la puerta y me miraba con ojos fríos.

Me alegró verlos a todos. Pero no podía moverme. Si me movía, todo habría terminado. Me estaba tomando todo lo que tenía en sólo quedarme donde estaba. Si me movía un poco, se iría el control. Una lágrima salió de

mi ojo y cayó en una línea dura, caliente por mi mejilla. Miré fijamente a Richard y quería decirle tantas cosas y no podía decir nada de ellas. Las palabras me romperían en un millón de pedazos.

Richard se acercó a mí. Se paró por encima de mí, mirando hacia abajo. No podía mirar hacia arriba. Se desplomó de rodillas frente a mí. Puse una mano para sostenerlo, y el *Munin* se derramó a través de mi piel como una llama. La Firestar cayó al suelo con un golpe. Cogí un puñado de los trozos de camiseta, cerré los puños, y tiré de él las últimas pulgadas para un beso.

Sus labios estaban secos. Lamí su boca, pasando la lengua por los labios hasta que estuvieran mojados, como terciopelo para besar. Deslicé mi mano sobre uno de los cortes que había hecho sobre su corazón.

Su respiración salió en un silbido agudo como si le doliera. Me agarró de la muñeca. Deslicé mi otra mano dentro del corte y encontré otra herida sondando. Agarró mis dos muñecas en sus manos. Me olvidé de qué tan grande es Richard. Él no parecía intimidar físicamente, pero podría tomar mis dos muñecas en una mano. Forzó mis brazos a los lados. Traté de liberar mis manos y su control se volvió más estricto. Se inclinó hacia mí, pero no para un beso. Lamió el borde de una herida de cuchillo en mi pecho.

Exclamé, mitad de dolor, mitad de placer.

Pasó la boca por la herida hasta que llegó a la suave parte superior de mi pecho. Mordió suavemente mi carne, no lo suficiente para dejar una marca, lo bastantemente fuerte como para sentir sus dientes. Hice un pequeño gemido.

Alzó el rostro para mirarme. Soltó mis muñecas y puso una mano en cada lado de mi cara. Atrapó mi cara con la fuerza de sus manos y me obligó a mirar hacia el perfecto marrón chocolate de sus ojos.

—Anita, ¿me oyes?

Traté de moverme en busca de un beso, pero sus manos me tenían atrapada. Mis manos encontraron su pecho, exploré la carne suave, las heridas desgarradas. Traté de presionar mi cuerpo hacia delante contra el suyo, pero sus manos sostuvieron mi rostro, y no podía ir más cerca.

—Anita, Anita, habla conmigo. ¿Estás ahí? —El agarre en mi rostro era casi doloroso.

No empuje el *Munin* a un lado. Volví a la realidad. Sentí que Raina me dejaba la suficiente fuerza para contestar.

—Estoy aquí. —Era un susurro.

—¿Quieres esto? —preguntó.

Me puse a llorar; en grande, lágrimas silenciosas se deslizaban por mi rostro.

—¿Me quieres ahora, así? —Sacudió mi cara entre sus manos, como si pudiera traerme de vuelta.

Deslicé mis manos sobre él, mientras yo lloraba. ¿Lo quería?

—Sí —fue un susurro.

—¿Ahora, así?

La pregunta era demasiado dura para mí. Acurruqué mis dedos contra sus manos, tratando de moverlos de mi cara. Empecé a tirar de sus manos.

—Bésame, por favor, dame un beso. Por favor, ¡Richard, por favor! —Yo estaba llorando otra vez y no sabría decir por qué.

Se inclinó hacia mí, con las manos todavía a ambos lados de mi cara. Me besó. Sus labios presionaron los míos como el calor. Su lengua separó mis labios, y traté otra vez de avanzar, pero sus manos me sostuvieron. Se inclinó hacia mí, apretando su boca contra la mía. Me besó como si me estuviera saboreando, como si con su lengua y labios dentro de mi boca pudieran traerme hacia afuera.

Temblaba en sus manos por la sensación de su boca. Con los ojos cerrados, mis manos inertes a los lados, le permitía hacer todo. Sus manos se deslizaron, muy lentamente, de mi cara. Nunca dejó de besarme mientras la punta de sus dedos se deslizaron por mis hombros. Sus manos vacilaron sobre las correas de hombro para el cuchillo que traía en la espalda, como si él no supiera qué hacer con ella.

Abrí los ojos, comencé a levantar las manos para ayudarlo. Me agarró las manos y los mantuvo abajo a los lados.

—Lo entenderé —dijo suavemente.

Me miró fijamente. Yo casi no podía respirar por la necesidad. Quería su piel desnuda apretada contra la mía. Cogí uno de los trozos de la camiseta y la rompí.

—No.

Sacudió la cabeza.

—Todavía no.

Quería caer sobre él como un lobo hambriento, y estaba tan controlado. Podía sentir su necesidad. Sentir su necesidad tan grande como la mía, y sin embargo, podía arrodillarse allí, tan cerca, muy cerca.

—Todos fuera —exigió Richard.

Se me había olvidado de que todavía había una audiencia. Escondí mi frente contra el pecho de Richard. Mis manos se deslizaron detrás de su espalda, tratando de presionarme contra él.

—¿Qué pasará con los otros lobos? —dijo Asher.

—Hice un pacto con Verne. Está terminado, excepto por esto.

Miré fijamente por delante del amplio hombro de Richard en la cara llena de cicatrices de Asher. Su rostro estaba cuidadosamente en blanco, vacío, ilegible.

Tuve un pensamiento: ¿qué esconde? Pero la mayoría de mis pensamientos estaban en el olor de la piel de Richard. El olor a sangre fresca. El aroma de la tierra y el apego de pino y hojas. La luz, el rocío salado del sudor en su cuerpo. No había lugar para lamentaciones. No fue sólo el calor de su cuerpo contra el mío.

—Si la tomas de esta manera, será muy parecido a la violación —dijo Asher.

—Voy a tratar muy duro para que no lo sea —dijo Richard.

Asher dio un pequeño sonido que podría haber sido una risa.

—*Bon Heur* —dijo, y se fue. Buena suerte, había dicho. Lo había dicho en francés, y me hizo pensar en Jean-Claude.

Tan cerca del calor del cuerpo de Richard podía sentirlo duro y listo, y me acordé de Jean-Claude. Quería envolverme en Richard. Quería tirar de él a mí alrededor como una manta, pero ¿qué diría mi otro amante? Ese pensamiento empujó la *Munin* lejos mejor que nada de lo que tenía.

Meses en la cama de Jean-Claude, y yo todavía quería a Richard. Quería a Richard, no Raina, no *Munin*. Lo quería. Lo quería de mala manera, tanto que no podía pensar en nada más que la sensación de tenerlo en mis brazos. Pero no era justo, no algo como esto. No con Raina dirigiéndome.

Fluyó sobre mí como un baño caliente. Este era su precio. Esto. Que estuviera entre nosotros la primera vez. Que incluso esto siempre sería parte suya. Mi piel ardía en deseos de ser tocada. Mi cuerpo dolía con una necesidad que nunca había conocido.

Cuando la puerta se cerró detrás de ellos, Richard me separó de su cuerpo. Me alejó de él con sus manos en mis brazos mientras me esforzaba por estar más cerca.

Lo necesitaba. Lo deseaba.

Lo agarré, llorando:

—¡Richard, por favor, por favor!

Él me hizo girar hasta que caí al pie de la cama. Puso una mano en el medio de mi espalda, me mantenía alejada de él. Deslizó fuera los tirantes del cuchillo de la columna vertebral, deslizándolos hacia abajo de mis brazos. Tiró el cuchillo por la sala hasta golpear en la pared. Luego se inclinó sobre mí, una mano en cada lado de la cama. Inclinó su rostro hasta que su pelo rozó mi cara. Moldeó su cuerpo contra el mío, los brazos envolviendo mis brazos contra mi pecho. Él me abrazó con su cuerpo y los brazos, apretándonos tan cerca que podía sentir su corazón latiendo contra mi espalda.

Me susurró en la mejilla.

—Si en algún momento deseas parar, dilo, y se termina. Me iré.

Hice un pequeño sonido muy parecido a un gemido, y le dije:

—Tómame, Richard, tómame, por favor.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo desde los pies hasta la cabeza, y su respiración salió en un largo suspiro. Se retiró lo suficiente para desabrochar mi sujetador, a continuación, lo deslizó lentamente de mis hombros. Usó las correas del sostén para bajar mis brazos a los costados de nuevo. Empujó el sostén de mis brazos, y cayó al suelo.

Sus manos se deslizaban sobre mi cintura. Se sentían calientes. Se deslizó hacia arriba lentamente, tan despacio que yo quería gritar. Sus manos se derramaron sobre mi pecho, ahuecándolos, amasándolos. Sus dedos rodaron en mis pezones, y grité.

Me dio vuelta para mirarlo, casi me tiró contra la cama. Sus brazos cerrados con mis nalgas, y él me levantó, aún en sus rodillas. Su boca encontró mis pechos. Su lengua chasqueó en mi pezón, rápido, mojado.

Me incliné hacia él, y su boca se deslizaba sobre mi pecho, succionando. La sensación de su boca en mí era casi demasiado intensa. Me dieron ganas de gritar, retorcerme, decir basta, y no detenerlo nunca. Hice un pequeño sonido como un sollozo cuando él liberó mi pecho en un largo tirón para que el pezón se extendiera entre sus dientes. Se movió al otro pecho, más duro esta vez, con más dientes.

Mordió suavemente alrededor de los tejidos blandos de mi pecho, luego lamió el pezón, rodando con su lengua. Le dio un bocado rápido que dolió, y de repente me vi en el suelo, mirando hacia arriba.

Se puso de rodillas sobre mí y metió las manos en los trozos de su camiseta y la desgarró, dejando al descubierto la dureza de su pecho, los

brazos. Había dos heridas de garra que acuchillaron su pecho, una arriba y la otra abajo. La de arriba se había pasado a su pezón, y la sangre se había secado en la punta del mismo.

Me senté y lo alcancé. Él no me detuvo. Pasé la lengua por el pecho, sobre las heridas, y se quedó sin aliento. Le di una rápida lamida sobre el pezón con sangre, y cuando no me alejó, cerré la boca a su alrededor y chupé. Aspiré la herida limpia, tirando con bastante fuerza que volví a abrir la herida.

Era su turno para gritar. Él me empujó de nuevo al piso, suavemente. Me quitó los zapatos y calcetines, y lo dejé. Mi corazón latía tan rápido que dolía, como si tuviera algo atorado en la garganta.

Sus manos se dirigieron a la parte superior de mis jeans. Cuando el botón superior se fue, hizo que mi estómago se encogiera. Abrió la cremallera del pantalón y lo deslizó hacia abajo mis caderas. Le ayudé a empujar la tela seca por mis piernas.

Tiró de los pantalones en un último movimiento y me quedé acostada, vestida únicamente con las bragas negras que hacían juego con el sujetador. Estaba de rodillas, mirando hacia mí. Sus manos fueron a sus pantalones, abriéndolos. Dudó.

—He querido esto por tanto tiempo, Anita. Queriéndote así, pero no…

Tanto como si Raina y yo nos odiáramos mutuamente, su esencia y yo nos entendimos perfectamente. Me acerqué a él, de rodillas.

—Oh, no, tú no. No salgas con lo del Boy Scout ahora. —Mis manos terminaron de desabrochar los pantalones.

Tomó mis manos, sus ojos buscando mi cara.

—Eres tú otra vez.

—Sí —dije—, soy yo. —Quité las manos de él, y él me dejó—. Desnúdate para mí, Richard; deja que te vea desnudo.

—Me has visto desnudo antes —dijo en voz baja.

—No así —le dije—. Sin detenernos, sin preguntas.

Se puso de pie.

—Esto va a cambiar todo para mí, Anita. Tiene que cambiar algunas cosas para ti, también.

Me cubrí los ojos con mis manos y le di un pequeño grito.

—¡Oh, por Dios, Richard, deja de hablar! Quiero tus manos en mi cuerpo. Te quiero dentro de mí tanto que no puedo pensar. ¿Cómo puedes estar allí y ser razonable?

Algo cayó en mis manos y la cara. Eran su jeans y ropa interior. Me senté y encontré a Richard desnudo. Me miró. El perfecto dorado de su piel fue ininterrumpido desde la curva de sus terneros hasta la estrechez de sus caderas, la hinchazón de la ingle, la dureza plana de su pecho, y el movimiento de sus hombros. Su cabello caía sobre un lado de su cara en una masa marrón de oro que dejó la mitad de su cara en la sombra.

Me levanté y caminé hacia él. Tenía miedo. Los nervios no se ocultaban. Miedo y ansiedad. Puse mis manos sobre su pecho y me levanté de puntillas para ofrecerle mis labios. Nos besamos, y el movimiento hizo que mi cuerpo cayera contra el suyo. La sensación de lo duro y desnudo, sin nada entre nosotros, sólo las bragas de encaje negro me hizo temblar y perder el beso.

Sus manos me cogieron de la cintura y nos mantuvo apretados. Entonces, de repente estaba de rodillas y sus manos tirando hacia abajo las bragas en un movimiento tan rápido, que era violento. Desnudo, arrodillado delante de mí, mirando hacia arriba. Había una mirada en sus ojos que hicieron que mi cuerpo se tensara.

Puso sus manos grandes en el interior de mis muslos y separó mis piernas. Deslizó sus manos a lo largo de mis muslos hasta que ahuecaron mis nalgas, trayendo mi entrepierna contra su cara. Puso su mejilla contra mí, lamiendo una línea rápida a lo largo de mi cadera. Mi corazón latía tan fuerte, no podía respirar bien, pero podía hablar.

—Por favor, Richard, por favor. Por favor.

Deslizó una mano entre mis muslos. Un dedo se deslizó dentro de mí. Me estremecí con la cabeza hacia atrás, cerré los ojos.

—Estás mojada —dijo.

Abrí los ojos y lo miré.

—Lo sé. —Mi voz sonaba entrecortada.

—Raina era así.

—Ella aún lo es —dije—. Haz que se vaya.

Lamió el interior de mi muslo, obligándome a separar las piernas lo justo para lamer, frotando su boca contra mi piel. El primer contacto de la lengua entre mis piernas me hizo jadear.

Me besó como si estuviera besando mi boca, con toda su lengua me exploró. Lamió en golpes largos y seguros, entonces dio con el lugar adecuado y lo chupó. Pude ver sus ojos fijos en mí mientras lo hacía. Había una luz oscura en sus ojos, algo más primitivo de lo que se pudiera expresar

con palabras. No tenía nada que ver con ser un hombre lobo y todo que ver con ser un hombre. El efecto envió ondas de pulso a lo largo de mi cuerpo. Las sensaciones son abrumadoras. Se sentía tan bien que era casi demasiado, un placer tan grande que era casi doloroso. Él me llevó en la boca hasta la propagación de calor de la ingle hacia arriba en un pico de oro que salió de la nebulosa del mundo y se acercó con una gasa blanca como si estuviera viendo a través de una niebla. Con la última gota de placer, sentí a Raina salir. El *Munin* se había ido cuando me bajó al piso.

Su boca era brillante. Usó los restos de su camisa para limpiarse la boca. Él dijo:

—Siempre podría ir por mi cepillo de dientes.

Moví la cabeza.

—No te atrevas. —Tendí mis brazos hacia él.

—¿Se ha ido? —preguntó.

Yo asentí.

—Sólo yo, sólo nosotros.

—Bien —dijo. Se acercó y puso su cuerpo desnudo a lo largo del mío. Era demasiado alto para la posición del misionero. Me estaba asfixiando contra su pecho. El hombre se irguió en sus brazos en una especie de posición de empuje encima de él. Se deslizó dentro de mí, y era estrecho y húmedo y podía sentir cada centímetro de él trabajando dentro de mí. Cuando estaba envuelto dentro de mí, me miró. Sus ojos se habían ido por el sorprendente ámbar de un lobo. Eran de oro, casi naranja en el bronceado de su rostro.

Él trabajó dentro y fuera, una, dos, tres veces, con suavidad, como si hiciera la habitación. Luego, sus caderas cogieron el ritmo. Pasé mis manos a sus nalgas hasta que pude acunarlas mientras se empujaba a sí mismo dentro de mí. Clavé las uñas en la dureza de su carne suave. Él bombeó más rápido, más duro, todavía con la mayoría de su peso en los brazos y los hombros.

Levanté las caderas para encontrarme con su cuerpo. Sin que su cuerpo me atrapara debajo de él, me podía mover. Un ritmo comenzó entre nosotros, una ola de movimiento y calor y los músculos se movieron juntos.

Algo se abrió dentro de mí, dentro de él. Sentí la marca que nos unía como una puerta abierta. Lo que cayó por esa puerta era un cálido, dorado, pico de potencia. Se derramó sobre mí, en mí. Esto levantó cada pelo de mi

cuerpo como si fuera una corriente eléctrica.

Richard me levantó en sus brazos, todavía envuelto en mi interior. El medio me llevó, medio me arrojó a la cama. Se desplomó encima de mí, y yo estaba perdida en el calor de su piel y el peso de su pecho. Era como si su poder rodara sobre mi piel, cada impulso enviaba una línea de puro calor dentro de mí. Era como si me bañara en el calor de su cuerpo de oro por dentro y por fuera. Creció en los pulsos de oro con cada empuje. Los pulsos de ondas que hicieron que mi cuerpo se ajustara al de él.

Gritó, pero no llegó. Se levantó en sus brazos, sólo sus caderas y las piernas estaban fijas a la cama. Sus ojos eran de color ámbar todavía, todavía no humanos, y no me importaba. Observé salir a su bestia a través de los ojos ajenos. Lo observé mirarme a la cara. Vi pensamientos de diapositivas a través de ese hermoso rostro que tenía más que ver con la comida que el sexo, y nada que ver con el amor.

Sus manos flexionadas en la cama a cada lado de mí. Oí el rasgón de paño. Volví la cabeza y vi en sus manos alargarse, convirtiéndose en garras humanas. Esas garras rasgaron el colchón con un sonido grueso, lagrimeo.

Miré fijamente a Richard y no pudo impedir el miedo de mi rostro.

—Richard —le dije.

—Yo nunca te haría daño —susurró, y cuando sus manos convulsionaron en la cama, trozos de ropa de cama blanca saltaron en el aire.

—¡Richard! —dije. Mi voz era alta, no entró en pánico, pero cerca.

Cortó las garras a lo largo de la cama y se retiró, salió de mí. Rodó sobre su costado en una bola. Sus manos, sus uñas eran largas y delgadas con las uñas se convirtió en algo monstruoso, peligroso.

Mierda.

Acaricié con mis manos su espalda.

—Lo siento, Richard. Lo siento.

—No voy a cambiar durante el sexo, Anita, pero está cerca la luna llena, es difícil.

Volvió la cabeza para mirarme, y sus ojos estaban aún en ámbar. Sus manos comenzaron a transformarse, volviéndose humanas. Las vi cambiar, sentí el torrente de energía como una ola de insectos bailarines en la piel.

Yo sabía que si lo dejaba así, nunca podría recuperarse. No era mi pérdida, en realidad no. Sé que esto confirmaría sus más profundos temores: que era un monstruo y era sólo apto para estar con otros

monstruos. Richard no era un monstruo. Yo creía eso. Confiaba en que no me haría daño. Confiaba en él más de lo que confiaba en mí misma a veces.

—Date la vuelta —dije.

Él sólo me miró.

Me di la vuelta sobre sus caderas, y me dejó. Él no estaba completamente duro ahora. Nada como tener a tu amante gritando para ayudar a eliminar la diversión. Le toqué, y se estremeció, cerrando los ojos. Lo sostuve en mis manos y lo acaricié hasta que pusiera más caliente y duro.

Me deslicé sobre él, y era casi demasiado grande desde este ángulo, casi demasiado. Fue más intenso conmigo estando arriba, más nítida de alguna manera. Un pequeño gemido se le escapó.

—Te amo, Richard. Te amo. —Me moví encima de él, con él dentro de mí, me sentí como si tuviera que demostrárselo.

Sus manos se deslizaron alrededor de mi cintura, y luego a mis pechos. La sensación de sus manos sobre mí mientras yo montaba su cuerpo fue casi demasiado. Moví mis caderas suavemente al principio, luego más rápido. Lo obligué a entrar en mí, duro, rápido y profundo, hasta que estuviera segura de que se sentía bien o herido.

Sentí el orgasmo creciendo. Lo sentí llenándome como agua caliente en una taza de abajo hacia arriba. Lo sentí fluir sobre mí en pequeños espasmos. La respiración de Richard cambió, se aceleró, y yo sabía que estaba cerca.

—Todavía no —dije en voz baja—, todavía no.

Metió las manos en la cama a cada lado de mí. Sentí sus manos ir. Lo sentí resbalarse de su piel. Lo sentí como la pequeña liberación que era, como un eco de lo que su cuerpo estaba haciendo dentro de mí. Las garras rasgaron sobre la cama como las uñas. Oí el material del colchón hacer el sonido de rasgadura pesado, y ya era demasiado tarde.

El orgasmo me sorprendió en una explosión que dobló mi columna y me hizo llorar. Se derramó sobre mí como en un desplazamiento de piel, los nervios bailaron como si cada parte de mí estuviera tratando de dejar todas las demás detrás. Por un segundo, brillante, me sentía sin piel, sin huesos, nada más que el movimiento caliente de placer y la sensación de su cuerpo debajo de mí. Sólo su cuerpo y me quedé enganchada, sólo la sensación de tenerlo dentro de mí en una gran liberación que me recordaba dónde estaba, quién era yo.

Abrí los ojos y encontré sus ojos marrones y humanos. Levantó sus manos hacia mí, y me caí contra su cuerpo. Apoyé mi cabeza sobre su pecho y sentí su corazón latiendo en mi mejilla. Me quedé allí sintiendo el pulso de su cuerpo debajo de mí. Sus brazos abrazándome.

Se rió, y era feliz. Levantó mi cara a la suya y me besó suavemente y con cuidado.

—También te amo —dijo.



VEINTIOCHO

Cálido. Estaba tan caliente. ¿Él? Mis ojos estaban muy abiertos, y el sueño desapareció como chocar contra un cristal. Me quedé acostado en la cama con mi corazón palpitante y un brazo bronceado estaba sobre mi estómago. Seguí el brazo y encontré a Richard sobre su estómago, con su pelo en la cara como una cortina.

Estaba acostada sobre mi espalda, las sábanas estaban más abajo de la cintura, atrapada bajo el brazo de Richard.

Levanté la cabeza hacia atrás y encontré Girasoles de Van Gogh, por encima de la cama. La habitación de Richard. Le habíamos hecho demasiado daño a la mía. Tuve un impulso muy fuerte de tirar de las sábanas y cubrir mis pechos. Bueno, bueno, Richard había visto todo el espectáculo anoche, pero esta mañana, quería ocultarme. Me dio vergüenza. No muy grande, terrible vergüenza, pero poco, confusa vergüenza.

Me di cuenta que estaba tendida con los brazos metidos en mi pecho, como si lo ocultara. El brazo de Richard se veía muy oscuro contra la piel blanca de mi estómago. Jean-Claude había comentado que mi piel era casi tan pálida como la suya. Había tenido suficientes problemas morales con la relación sexual premarital con el no-muerto. Mi único consuelo era que yo era monógama. Ahora ni siquiera tenía eso. La prostitución había llegado finalmente al igual que mi abuela Blake siempre me había advertido. En cierto modo, tenía razón. Una vez que tengas relaciones sexuales con alguien, el sexo se vuelve más de una posibilidad con los demás.

Las cortinas en la habitación no habían sido arrancadas por completo. Luz de la mañana cayó a través de las cortinas de gasa blanca y se derramó sobre la cama. Nunca había visto el cadáver de un hombre bajo la luz de la mañana. Nunca me había acostado con un hombre y despertar a su lado. ¡Oh!, una vez con Stephen, pero completamente vestidos con armas de fuego y los malos a punto de entrar por la puerta no es exactamente la misma cosa.

Estiré la mano hacia el brazo de Richard, tentativa. Uno pensaría que después de lo que hicimos anoche, me gustaría ser más valiente, pero tenía miedo de tocarlo. Había tenido fantasías sexuales con Richard, pero esto, esto era más grande. Para despertar a su lado, cálido y vivo. Dios me perdone, pero he valorado eso.

Toqué ligeramente su brazo para tocar realmente el vello de oro, sin piel. Toqué justo por encima de la piel hasta que no quedó nada más que la piel desnuda de su brazo y el hombro. Rocé los dedos por el calor de su piel. Era increíblemente caliente. Más caliente que la temperatura normal de la piel, casi febril.

Lo sentí despertar, hubo una tensión en el hombro y su espalda que no había estado allí antes. Volví la cabeza y los ojos marrones me miraban a través de la espesa cortina de su pelo.

Se levantó sobre un codo y quitó el pelo de su rostro. Él sonrió, y fue la misma sonrisa que me había fundido en mis calcetines un centenar de veces.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días —dije. Había colocado las sábanas a lo largo de mis pechos sin pensar en ello.

Se movió más cercana, hizo que las sábanas cayeran bajo su cintura para revelar la expansión armoniosa de sus nalgas. Me besó, suave,

tiernamente, luego frotó su cara a lo largo de mi mejilla hasta que sentí su aliento cálido en mi oído, y más atrás en mi pelo. Me estaba dando un saludo lobo. Me besó suavemente en el cuello y se detuvo en mi hombro, era todo lo que estaba descubierto.

—Parece que estás tensa —dijo.

—No —dije.

Se rió, y el sonido me hizo temblar y sonreír al mismo tiempo. Era una risa que nunca había oído en Richard. Es muy masculino, muy… algo: posesivo, satisfecho tal vez.

Sentí el calor acercarse a mi cara. Me hizo sentir avergonzada de ser una tonta ruborizada.

—¡Oh, el infierno!

—¿Qué? —preguntó. Acarició el lado de mi cara.

—Un abrazo afectuoso conmigo, Richard. El sexo es grande, pero cuando pensé en ese momento, me acordé de ti que sosteniéndome, acunándome.

Su sonrisa era dulce, satisfecha. Se volvió a su lado e incluso las sábanas se vertieron por encima de su cintura. Levantó la parte superior del brazo.

Me di la vuelta a mi lado para que mi espalda quedara frente a él y me acurruqué contra su cuerpo caliente. Él era un poco alto para acunarme, pero se balanceó con mucha risa y comentarios estúpidos hasta que encontró una posición cómoda.

Envolvió sus brazos alrededor de mí, hundiéndome en la curva de su pecho caliente y todos los demás, y dejó escapar un suspiro. La sensación de su ingle desnuda apretada contra mí no fue tan emocionante como esperé que se sintiera.

Me sentí posesiva de su cuerpo, de él. Yo quería tenerlo así para siempre.

Su piel estaba casi caliente.

—Te siento como si tuvieses fiebre —le dije.

—Es la luna llena —dijo—. Mañana por la noche cuando la luna esté completamente llena, mi temperatura será más caliente.

Abrió el pelo a un lado hasta que pudo acariciar al fondo de mi cuello. Hizo erizar mi piel. Yo me retorcía.

—Me haces cosquillas.

—Sí —dijo—, eso hago. Podía sentir su dureza cada vez más grandes

en contra de mi cuerpo.

Me reí y me volteé sobre mi espalda.

—¿Por qué, Sr. Zeeman, parece feliz de verme?

Se inclinó por un beso.

—Siempre.

El beso fue creciendo, cada vez más. Moví mi cuerpo contra el suyo y tenía una pierna envuelta alrededor de sus nalgas, se deslizó hacia atrás, pasando sobre sus rodillas.

—¿Qué pasa? —pregunté. Habíamos estado juntos anoche, después de que hubiera sido demasiado tarde, para la píldora. Había estado muy horrorizada cuando pensaba en ella. Desde que los hombres lobo no pueden conseguir o llevar la enfermedad, una vez que la cuestión abordó el embarazo, estaban a salvo.

También explica por qué yo no estaba preocupada por lamer sangre de licántropos la noche anterior. Bruto, pero no peligroso.

—No puedo —dijo Richard.

Miré la longitud de su cuerpo.

—Oh, yo diría que estamos listos.

Se ruborizó.

—Me viste anoche, Anita. Un día más cerca de la luna llena, mi control va a ser peor, no mejor.

Me acosté en la cama.

—Oh. Me has decepcionado. —Minutos antes, me había preocupado de que se hubiera realizado nuestro deseo, y ahora estaba triste, no podía hacerlo de nuevo. Confío en mí para ser lógica sobre mis hombres.

—Me alegro de que estés decepcionada, también —dijo—. Por un momento, pensé que ibas a levantarte de la cama, diciendo que todo había sido un terrible error, y volver con Jean-Claude.

Cubrí mis ojos con mis manos, entonces me hice mirar a Richard, mientras lo decía.

Se sentó allí, viéndose demasiado delicioso para las palabras, pero no podía dejar que pasara. Si pensaba que eso significaba que regresaría con Jean-Claude, no podía dejar que sucediera. Pero yo quería.

—¿Qué crees que significa la noche anterior, Richard?

La sonrisa se desvaneció alrededor de los bordes de sus labios, pero no desapareció por completo.

—Esto significó algo para mí, Anita. Pensé que significaba algo para ti.

—Lo hizo. Lo es. Pero…

—¿Pero qué acerca de Jean-Claude? —dijo Richard en voz baja, pero tenía que ser dicho por alguien.

Yo asentí, abrazando la sábana a mi pecho.

—Sí.

—¿Puedes volver a salir con él justo después de anoche?

Me senté y tomé su mano. Él tomó la mía.

—Te he echado tanto de menos, Richard. El sexo es bueno, pero…

Levantó las cejas.

—Agradable, ¿Solamente agradable?

Le sonreí.

—Fue maravilloso y tú lo sabes. Y sabes que no es lo que quería decir.

Él asintió con la cabeza, el pelo se balanceó sobre sus ojos. Se sacudió de nuevo.

—Lo sé. Te he echado de menos, también. Estoy perdido los fines de semana sin ti.

Le puse una mano en su mejilla.

—Yo también.

Suspiró.

—¿Así que vas a estar con nosotros dos?

Dejé caer la mano a mi regazo, todavía él la sostenía.

—¿Estás acuerdo con eso?

—Tal vez. —Se inclinó y me besó la frente, siempre muy suavemente —. No te pido que lo dejes y sólo estés conmigo.

Le toqué la cara.

—Yo sé, y estoy aliviada y sorprendida. Gracias por no pedirlo.

Se retiró lo suficiente como para ver mi cara con claridad. Se veía muy serio.

—No te gustan los ultimátum, Anita. Si yo te presiono, te voy a perder.

—¿Por qué quieres ganar, Richard? ¿Por qué no regresas a mí?

Él sonrió.

—Ahora me das elección.

—Te he dado antes la elección —le dije—. Quiero decir, yo sé por qué Jean-Claude está conmigo. Ayudo a su base de poder. Serías mejor si escoges una segura mujer lobo bonita, para tu *lupa*. Me duele tu base de poder.

—Estoy enamorado de ti —dijo simplemente.

—¿Por qué me siento como pidiendo disculpas por eso? —pregunté.

—Me he estado haciendo un montón de preguntas acerca de por qué no puedo odiarte. ¿Por qué no puedo dejarte ir?

—¿Y?

Había colocado las sábanas a mi alrededor como un nido, así no estaría desnuda. Si en alguna parte de esta conversación me hacía volcar, no quería estar desnuda. Tonto, pero cierto.

Estar desnudo no parece molestar a Richard. Francamente, me estaba distrayendo.

—Necesito una amiga humana. Necesito a alguien que no sea un monstruo.

—Muchos seres humanos serían felices de acurrucarse como un conejito, Richard.

—Averigüé eso —dijo—, pero no tuve relaciones sexuales con cualquiera de ellos.

—¿Por qué no?

—Más allá de la luna llena puedo tener un mejor control. Los ojos no los puedo controlar, y ni hablar de las manos. Puedo pasar por humano, pero no soy humano. Sabes lo que soy, y hasta hace poco no podías aceptarlo.

No había nada que pudiera decir a eso, así que no lo intenté.

Miró hacia abajo en la cama, jugaba con sus dedos a lo largo del borde de la sábana. Su voz se hizo muy suave.

—Mi primer año en la manada, uno de los otros lobos nuevo tenía una novia humana. Aplastó su pelvis mientras hacían el amor.

Mis ojos se abrieron.

—Fue un poco brusco —dije.

Richard sacudió la cabeza. Dejó caer el pelo en esta ocasión, ocultando la mayor parte de su rostro.

—No entiendes, Anita. La fuerza es la fuerza. Puedo coger coches pequeños y lanzarlos. Si no te das cuenta de tu propia fuerza, no puedes controlarla.

Me miró de pronto, mirándome a través de su cabello. A Gabriel amaba ese gesto, como si el cabello les recordara consuelo o piel.

—Tú eres el primer no-licántropo con quien he tenido relaciones sexuales desde que me convertí en uno.

—Me siento halagada, supongo.

—Estaba asustado de haberte herido al igual que mi amigo había herido a su novia o de otras mil maneras. Durante el acto sexual se pierde el control. Eso es parte de la diversión. No puedo perder el control, no completamente, a menos que esté con otro licántropo.

Lo miré.

—¿Qué estás tratando de decir, Richard?

—Estoy diciendo que tengas cita, con nosotros dos. Ten relaciones sexuales con ambos. Lo odiaré, pero…

Me quedé mirándolo. No me gustaba que él no quisiera terminar la frase. Me puso nerviosa.

—¿Qué, Richard?

Él se acarició el pelo con ambas manos hasta que su cara quedó limpia y segura.

—Ten salidas, con nosotros, y seguiré citándome con otros licántropos.

Seguí mirando.

—Di algo —dijo.

Abrí la boca, la cerré, volví a intentarlo.

—¿Quieres decir que vas a seguir teniendo relaciones sexuales con Lucy?

—No con Lucy, ella es… la conociste. Nunca podría ser *lupa* de nuestra manada.

—¿Así que vas a seguir buscando *Lupa*s?

—No sé si lo haré o no, pero sé que si te acuestas con Jean-Claude, tengo el derecho de dormir con otras personas.

Yo exactamente no podía discutir eso con él, pero quería.

—¿Todavía estás tratando de hacerme renunciar a Jean-Claude?

—No —dijo—. Sólo estoy diciendo que si no eres monógama para mí, entonces ¿por qué debo ser monógamo para ti?

—No hay razón, supongo. Excepto… Pensé que nos amábamos.

—Así es. Que hago. —Se puso de pie y recogió sus pantalones vaqueros del piso—. Pero tú no me amas lo suficiente como para renunciar a Jean-Claude. ¿Por qué debería yo amarte bastante para dejar a todos los demás?

Lo miré y sentí que las lágrimas empezaban a llenar mis ojos.

—Eres un cabrón.

Él asintió con la cabeza. Se metió en su pantalón sin ropa interior, cerrando la cremallera con cuidado.

—La verdadera hembra debe amarme realmente para renunciar a todos los demás. Yo no sé si puedo compartirte con Jean-Claude. Yo no sé si puedo soportar la idea de que estés en su cama. La idea de saber que estás con él me impulsa… —Sacudió la cabeza—. Voy a tomar una ducha. Todavía tengo que estudiar.

Ni siquiera podía empezar a pensar acerca de lo que acababa de decir. Era demasiado de una vez. Cuando estoy confundida, me concentro en los negocios.

—Tengo que ir contigo y hablar con los biólogos. Tenemos que averiguar si Franklin Niley es el comprador de la tierra. El hombre que perdió su brazo la noche anterior le tenía miedo. Toma a alguien bastante asustadizo para hacer un hombre vacilar cuando es rodeado por hombres lobo. Los tipos normales de bienes raíces no tienen ese tipo de jugo.

Richard se acercó de nuevo a la cama. Me cogió de la cintura y me besó. Él me aplastó contra él, como si pudiera arrastrarme a través de su boca y tirar de mí a su alrededor. Estaba sin aliento cuando me senté de nuevo en la cama.

—Quiero tocarte, Anita. Quiero estrechar tu mano y hacer sonrisas tontas, embobadas. Quiero que nosotros actuemos como la gente que está enamorada.

—Estamos enamorados —le dije.

—Entonces, para hoy, saquemos todas las dudas a cabo. Simplemente quiero que estés conmigo de la forma en que siempre he querido que sea. Si me quieres tocar hoy, no quiero tener miedo a escuchar un no. Quiero que lo que sucedió ayer por la noche cambie las cosas.

Yo asentí.

—Muy bien.

—No pareces segura —dijo.

—Me encantaría dejarlo todo atrás e ir de la mano contigo, Richard. Sólo me estoy dando cuenta de que… ¡Oh, diablos, Richard!, ¿qué le voy a decir Jean-Claude?

—Le pregunté a Jean-Claude que de diferente te hicieron las marcas, cuán difícil era hacerte daño físicamente. Él entendió porque yo preguntaba. Terminé diciéndole la triste historia de mi amigo y su novia muerta.

Le miré.

—¿Qué te dijo?

—Él dijo: Confía en ti mismo, *mon ami*. No eres tu amigo con su historia tan triste. Y Anita no es humano. A través de nosotros es más que eso. Los dos nos apiñamos alrededor de su humanidad como la última llama de una vela en un mundo de oscuridad. Pero por el amor mismo, la hacemos menos humana, y más.

Mis cejas se levantaron.

—¿Recuerdas todo eso?

Richard me miró, y fue una mirada larga, considerando. Él asintió con la cabeza.

—Me acordé porque tiene razón. Y tiene razón. Los dos te amamos por razones similares. No se trata sólo del poder que lo atrae a ti. Lo ves como un monstruo. El hecho de que ahora ya no lo haces se siente menos como uno.

—Parece que ustedes han tenido algunas conversaciones largas.

—Sí, ha sido una verdadera experiencia la vinculación masculina. —Parecía amargado, cansado.

—También parece que discutieron si ibas a hacerme el amor con Jean-Claude antes discutirlo conmigo.

—No directamente —dijo—. Nunca, palabra por palabra.

—Todavía pareces qué pides permiso —dije.

Richard estaba de vuelta en la puerta del cuarto de baño.

—¿Qué habrías hecho tú si hubiéramos hecho el amor y Jean-Claude hubiera intentado matarme después? ¿Lo hubieses matado para protegerme?

Lo mire.

—No lo sé. Yo… Yo no lo habría dejado matarte.

Richard asintió.

—Exactamente. Si Jean-Claude me mata o lo mato o si matas a uno de nosotros, incluso si sobrevives a la muerte, con las marcas nos arrastras a la tumba, aun si tú y yo sobrevivimos, nunca podrás perdonarte a ti misma por matarlo. Nunca podrías recuperarte de ello. Nunca tendríamos una vida juntos. Incluso muertos y desaparecidos, Jean-Claude se nos perseguiría.

—Así que probó las aguas —dije.

Richard asintió.

—He probado las aguas.

—Le pediste permiso —dije.

Él asintió con la cabeza, de nuevo.

—Le pedí permiso.

—Y él te lo dio —le dije.

—Creo que Jean-Claude sabe que si me mata, tú lo matarías. Hay sacrificio de todos nosotros para uno de nosotros.

Es cierto. Sonaba estúpido de esa manera, pero todavía era cierto.

—Supongo que sí.

—Así que si puedes soportarlo, y deseas hacerlo, ten citas con nosotros. Comparte tanto como quieras de nuestras camas.

Sus manos se apretaron en puños a los lados.

—Pero si no puedo tener la monogamia de ti, no puedes tenerla de mí. ¿Razonable?

Lo miré y le di el más elemental de los movimientos de cabeza.

—Es justo, pero lo odio. Lo odio mucho.

Richard me miró.

—Bien —dijo, y cerró la puerta. Un momento después, escuché correr el agua. Y me quedé desnuda en su cama con todo lo que siempre había querido que me ofrezcan en bandeja de plata. ¿Entonces por qué estaba yo allí sentada, abrazándome las rodillas al pecho y luchando por no llorar?



VEINTINUEVE

Quería vestirme. Había traído mi maleta a la habitación justamente por esa razón, pero necesitaba una ducha. Tuve demasiada lucha, excesiva sudoración, demasiada sangre, demasiado sexo anoche y ninguna ducha. Así que, acurrucada en un nido de sábanas que olían a colonia de Richard, el dulce aroma de su piel, y sexo. No había podido llorar. De hecho, si Richard hubiera de admitido eterna monogamia a mí, me hubiera unido a él en la ducha. Pero no fue así, y estaba confundida.

Hubo un golpe en la puerta. Me sorprendió, y casi lo ignoré. Casi fingí que aún dormía o estaba ocupada, pero el segundo golpe fue más insistente. El tercero fue más firme, la puerta se sacudió.

—Policía, abra.

¿Policía?

—No estoy vestida. Sólo un minuto.

Realmente no tenía preparada una bata. Pero también tenía una

repentina mala sensación. Si sólo querían que nos fuésemos de la ciudad, ¿por qué venir tan temprano? ¿Por qué no nos da tiempo para empacar y salir? A no ser que él no se preocupara si nos marcháramos más, al menos no sobre nuestros propios pies. Tal vez él sabía del golpe anoche. Tal vez la intención era matarnos. Había tratado con policías deshonestos, antes, una vez. Se hizo todo más difícil. Si me reunía con ellos en la puerta con una pistola, les daría una excusa para matarme. Si no me protegía a mí misma y me dispararan de todos modos, estaría muy enojada.

—Abre la maldita puerta, Blake.

No recogí mi arma, cogió el teléfono. No he llamado a un abogado. Carl Belisario era bueno, pero no lo suficiente para ayudarme a dejar una bala. Llamé a Dolph.

Lo que quería era otro testigo que no pudiera ser fusilado. Un policía en otro Estado parecía una buena apuesta.

El teléfono estaba cerca de mi almohada. La Browning estaba bajo la almohada, pero si tengo que ir a por el arma, estaba muerta.

Dolph respondió con.

—Storr.

—Es Anita. Wilkes y sus policías están a punto de romper la puerta.

—¿Por qué?

—No lo sé todavía.

—Estoy poniendo una llamada a través de la otra línea para él la policía de ese Estado.

—¿Por qué? ¿Por qué la policía rompió la puerta de mi cuarto cuando yo no la podía abrir?

—Si no quieres ayuda, ¿por qué llamas, Anita?

—Quiero tener en el teléfono a otro policía cuando ellos atraviesen la puerta.

Escuché a Dolph respirar por uno o dos segundos, entonces.

—No tengas tu pistola en tu mano. No les dé una excusa.

Y la puerta se abrió de golpe. Maiden fue el primero en entrar. El Policía alto tenía una cicatriz. Los dos cañones estaban apuntándome.

Me quedé allí, con una mano aferrada a la sábana blanca en mi pecho, el teléfono en la otra mano. Era muy cuidadosa de no moverme. Me quedé helada, mi corazón latía tan fuerte que llenó a mi garganta como el aire.

Dolph voz estaba en mi oído:

—¿Anita?

—Estoy aquí, sargento Storr. —No grité, pero me aseguré de que mi voz se oyera.

El Sheriff Wilkes entró detrás de sus oficiales. Su arma estaba enfundada.

—¡Deja el teléfono, Blake!

—¿Por qué, Sheriff Wilkes?, es una reunión de fantasía en la habitación de Richard en una mañana tan bonita.

Caminó por la habitación hacia mí. Arrancó el teléfono de mi mano, y no luché contra él. No pensé que él estaba aquí para matar a nadie, pero él estaba aquí para hacer daño. Me iba a esforzar mucho para no darle una excusa para hacerlo.

Independientemente de lo que él hizo hoy, yo no lo haría más fácil para él. Se puso el teléfono a la oreja lo suficiente para escuchar a Dolph, luego lo colgó.

—Una llamada por teléfono no te salva en este momento, Blake.

Lo miré con mis grandes ojos negros, le di la mirada una mirada de perrito tierno. Hice todo, hasta el aleteo de las pestañas.

—¿Es necesaria la reserva, sheriff Wilkes?

Sonó el teléfono. Nos quedamos allí. Siete toques y Wilkes lo recogió y lo colgó de nuevo sin ponerlo a su oído. Estaba tan enojada que estaba temblando. Un temblor fino pasaba por sus manos, sus brazos. Tenía el rostro enrojecido por el esfuerzo de no hacer algo violento o lamentable.

Me quedé tan neutral como pude. Mirando tan inofensivo como pude. Con mi pelo largo despeinado del sueño, vestida sólo con una sábana, no era difícil mirar inofensivo.

La puerta del baño se abrió, y Richard se quedó allí en nada más que una toalla. Las armas de fuego se volvieron y lo apuntaron. Se quedó inmóvil en la puerta con el vapor de agua que se encrespa a su alrededor, derramándose en la habitación como las nubes.

Hubo muchos gritos. Policías gritando:

—¡Manos arriba! ¡Al suelo!

Richard entrelazó los dedos en la parte superior de la cabeza y lo tomó todo muy tranquilamente. Había oído. Había salido de la ducha, sabiendo que estaban aquí. Podría haber salido por la ventana, pero no lo hizo.

Desde luego, si ellos realmente pensaron que nosotros éramos peligrosos, ellos habrían entrado después de él. Pero ellos le habían dejado entrar primero. Ellos no nos trataban como criminales. Ellos actuaban

como los criminales.

Richard estaba sobre su estómago con un arma de fuego presionada a la espalda. Le colocaron las esposas. El oficial con cicatrices tiró de él y lo colocó de rodillas, con su pelo largo y mojado. La toalla se quedó. Toalla resistente.

Sonó el teléfono. Tintineó tres veces. Cada uno parecía más fuerte que el anterior. Wilkes cogió el teléfono y lo arrancó todo fuera de la pared. La tiró contra la pared del fondo, donde quedó silenciado. Fijó la mirada en mí, respirando con tanta fuerza que parecía doloroso.

Habló con mucho cuidado, como si tuviera miedo de gritar, temiendo que si perdía el control de su voz, incluso, se habría terminado.

—Te Dije que salieras de mi ciudad.

Mantuve mi voz muy suave, muy amigable.

—Usted me dio hasta el anochecer de hoy, Wilkes. Ni siquiera son las nueve de la mañana. ¿Cuál es la prisa?

—¿Te vas hoy?

Abrí la boca para mentir. Richard dijo:

—No.

Mierda.

Wilkes me agarró por el brazo y me atrajo hacia Richard. Me tropecé en la sábana, y me arrastró los últimos metros. Puse la mayor parte de mi esfuerzo para aferrar la sábana en mi pecho. Magulladuras estaban bien, estar desnuda delante de ellos definitivamente no era aceptable.

Wilkes medio me tiró, medio me dejó en el suelo, junto a Richard. Richard intentó ponerse de pie, y el oficial con cicatrices le golpeó en la espalda con la culata de la escopeta.

Toqué el brazo de Richard.

—Está bien, Richard. Todo el mundo tranquilo.

El oficial de cicatrices dijo:

—Dios, tú eres una perra fría.

Yo miraba a Wilkes. Él era el encargado. Él fue el que dictaría lo mal que esto iba a ser. Si se quedaba tranquilo, los demás lo harían. Si perdía el control, estábamos en una profunda mierda.

Wilkes sólo se quedó mirándome. Su respiración se había reducido, pero sus ojos estaban aún salvajes.

—Salgan de la ciudad, Sr. Zeeman. Salgan de la ciudad de hoy.

Richard abrió la boca, y le apreté el brazo. Le va a decir la verdad a

menos que le haga callar. La verdad no era lo que necesita ahora.

—Vamos a salir, Wilkes. Ha hecho su punto —dije.

Wilkes, sacudió la cabeza.

—Creo que estás mintiendo, Blake. Creo que Richard aquí tiene la intención de quedarse. Creo que dirías cualquier cosa para sacarnos de esta habitación ahora mismo.

Era la verdad, y lo hacía difícil discutir.

—Seríamos tontos para quedarnos, Wilkes.

—Creo que Richard es un tonto. Un corazón blando, abraza-árboles liberal. No es que tenemos que convencerlo, Anita. Es tu novio.

Yo no discutí con la parte novio. No podía más. Me incliné un poco en Richard.

—¿Cómo lo vas a convencer a él?

—Thompson —dijo Wilkes.

El oficial con cicatrices cedió su puesto de la espalda de Richard a Maiden. Maiden parecía incierto, como si las cosas se mueven demasiado rápido para él, pero él mantuvo su arma, no apuntaba a Richard, su cara se veía relajada.

—Thompson, nunca dimos unas palmaditas a la Sra. Blake en busca de armas.

Thompson sonrió, una gran sonrisa de buen humor.

—No, no, sheriff.

Cogió dos puñados de sábanas y me arrastró a mis pies. Tiró con tanta fuerza que me tropecé con él. Cerró un brazo detrás de mí, me sostenía en su contra. Su cinturón hacía presión en mi estómago, pero mantuvo el resto de su cuerpo para entrar en contacto conmigo.

Sentí más que oí a Richard detrás de mí. Miré hacia atrás. Maiden había cambiado el arma de posición. La tenía debajo de la barbilla de Richard, apretada contra su garganta, por encima de la manzana de Adán para que accidentalmente no aplastar a su tráquea. Parecía que Maiden había tenido formación.

—No luches, amante —dijo Thompson—. No has visto nada para emocionarte.

No me gustaba el sonido de eso en absoluto. Cogió la sábana y trató de arrancarla de mis manos. Peleé con él. Dio un paso atrás de mí, sosteniendo la sábana, y dio un tirón. Ya era difícil me tropecé, pero conservé la sábana.

—Thompson —dijo Wilkes—, dejar de jugar estirar la cuerda y hazlo.

Thompson deslizó sus dedos por la parte delantera de la sábana y le dio con todo lo que tenía. Me tiró de rodillas en un montón sin gracia, pero yo gané. Me quedé con la sábana.

Me estaba meando, no era mi mejor idea, pero no soy buena cuando me ven desnuda. Me siento desnuda.

Me agarró por la parte posterior de la cabeza y usó el pelo para echarme en contra de la cama. Podría haber tirado de inmediato si quería dejar un puñado de pelo y sangre en sus manos, pero me dolería, y si no estaba dispuesto a empezar a matar gente, esto iba a suceder. Cuanto más luchara, peor iba a ser.

Mientras esto fuese solamente una pequeña palmada y un cosquilleo para la ventaja de Richard, yo podría manejarlo. Esto es lo que me dije mientras Thompson me daba un tirón hasta la mitad de la cama por mi pelo.

Él me dominó por mi cabeza, poniendo bastante peso en aquel brazo, eso casi me hizo daño. La sábana se bajó de la espalda hasta la cintura. Tiró hacia abajo más lejos, exponiendo mi culo.

Luché un poco entonces. Apretó con tanta fuerza mi cabeza que mi cara fue presionada lo suficiente en la cama que era difícil conseguir una respiración completa. El colchón no era lo suficientemente firme para esta mierda. Me quedé muy quieta. No quería que empujara mi boca abajo en el colchón. Si me desmayaba estaría perdida. Nunca se despierta mejor que cuando empezó todo.

—Quieta —dijo Thompson—, o te voy a poner las esposas.

Hice lo que me dijo. Richard podría romper un par de esposas. Yo no podría. Por mucho que amaba a Richard, no quiero que fuese la única persona libre en una sala llena de policías si algo salía mal. Si realmente se reducía a tener que abrirnos camino significaría la muerte. Que yo sepa, Richard nunca había matado a un ser humano. Él era bastante delicado sobre la matanza de otro cambiaformas.

Thompson sacó los brazos de debajo de mi pecho y mis brazos a ambos lados de la cama. Deslizó sus manos sobre mis manos, mis brazos, como si la piel desnuda podría ocultar cualquier tipo de armas. Sus manos se deslizaron hacia abajo, a mi desnudo trasero, inclinado a lo largo de mi cintura y más abajo. Sus manos resbalaron sobre mis nalgas y entre mis muslos. Extendiendo mis piernas. Era demasiado insinuante a la noche pasada con Richard, demasiado íntimo.

Me levanté.

—¿Qué es esto, un tema de violación aquí?

Thompson me dio una bofetada en la parte posterior de la cabeza.

—Cállate, o lo será. —Pero sus manos no estaban jugando con mis muslos. Podría golpearme más y más, si sus manos no vagaran más bajo.

—Todo esto se puede detener, Richard —dijo Wilkes—. Todo esto puede terminar, sólo vete.

—Vas a matar a los duendes —dijo Richard.

Me volví a mirar a Richard. Quería gritarle «¡Sólo miente!». Nosotros lo entendería más tarde, pero quería que él mintiera ahora. No lo podía decir en voz alta. Me quedé mirándolo, hice algo que pocas veces había intentado. Intenté abrir el enlace entre nosotros. Tendí la mano a él no con mis brazos, pero se sentía como de largo alcance. Me fui hacia él con cosas que no podía ver, pero podía sentir. Abrí algo dentro de él. Lo sentí dar. Vi que sus ojos se agradaron. Sentía el latido de su corazón.

Thompson me agarró del hombro y me empujó de nuevo a la cama. Se rompió mi concentración.

Hubo un golpe en la puerta. El otro oficial, que había estado con Thompson, el primer día, apareció en la puerta. Le dio un vistazo a la habitación una vez más, los ojos se posaron sobre mí, sobre la cama, pero su rostro se mantuvo neutro.

—Hay una multitud congregada, sheriff.

—¿Una multitud? —dijo Wilkes—. Los abraza-árboles están fuera estudiando sus duendes preciosos. Deben ser sus guardaespaldas, jódanlos.

El oficial sacudió la cabeza.

—Es una carga de mierda de la gente, Sheriff.

Wilkes suspiró. Miró a Richard.

—Esta es nuestra última advertencia, Zeeman. —Se acercó a mí, y Thompson, retrocedió. Se puso en cuclillas, así que estaría a la altura de mis ojos. Recogí la sábana y volví a encontrarme con su mirada.

—¿Dónde están Chuck y Terry? —preguntó.

Parpadeé y mantuve mi cara neutral. Una vez, hace no mucho tiempo, no habría sido capaz de hacerlo. Ahora mi rostro no reflejó nada. Era tan blanco y vacío como la sábana alrededor de mi cuerpo.

—¿Quién?

—Thompson —Wilkes puso de pie.

Sentí a Thompson moverse detrás de mí.

—¿Hace él todo su trabajo sucio, Wilkes? ¿No eres lo suficientemente hombre para abusar de una mujer desarmada?

Wilkes me pegó un bofetón que me sacudió en la cama. Probé mi sangre. Probablemente podría haber bloqueado el golpe, pero habría hecho el segundo golpe más duro. Además, lo había preguntado. No pienso que lo mereciera. Quiero decir que pienso, que preferiría a Wilkes que a Thompson para abusar de mí.

Nunca quise estar en la misericordia de Thompson, sin Wilkes para controlarlo, Thompson no era un policía. Era un matón con una placa. El segundo golpe fue una palmada, el tercero fue otro revés. Los golpes eran rápidos y duros y se fue a mis oídos se fueron quedando sordos. Vi manchas de luz en contra de mi visión. Partículas de estrellas, y ni siquiera había cerrado el puño.

Wilkes se acercó a mí, respiraba demasiado duro, tenía las manos en puños a su lado. El temblor fue de nuevo evidente, como si él luchara para no cerrar los puños. Los dos sabíamos que si lo hacía, no se detendría. Si él me pegaba una sola vez con el puño, todo habría terminado. Él me golpearía hasta que alguien tratara de sacarlo. No estaba un cien por ciento segura de que habría alguien en la sala para quitarlo.

Me quedé mirando hacia él con un hilo de sangre en la esquina de mi boca. Lamí la sangre con mi lengua y miré a los ojos marrones de Wilkes. Vi el abismo al final de su mirada. El monstruo estaba allí, apenas enjaulado. Había subestimado cuán cerca del borde estaba Wilkes. Sabía en ese momento que esta última advertencia fue exactamente eso: una última advertencia. Una última oportunidad, no sólo para nosotros, sino para Wilkes. Una última posibilidad para él para alejarse sin cualquier sangre real sobre sus propias manos blancas.

El oficial de la puerta dijo:

—Sheriff, tenemos más de veinte personas aquí afuera.

—No podemos hacer esto con una audiencia —dijo Maiden.

Wilkes mantuvo la vista fija en mí, y yo le sostenía la mirada. Era casi como si los dos tuviésemos miedo de mirar a otro lado, como si un pequeño movimiento liberara al monstruo. Tal vez no era Thompson a quien debía temer.

—Sheriff —dijo en voz baja Maiden.

—En veinticuatro horas —dijo Wilkes, con la voz apretada, era casi doloroso escucharlo—, vamos a archivar el informe de Chuck y Terry

como personas desaparecidas. Entonces, estaremos de vuelta, Sra. Blake. Volveremos, y te llevaremos a interrogarte en relación con su desaparición.

—¿Qué vas a escribir en el informe en cuanto a por qué pensaste que yo podría saber dónde están ellos?

Volvió a mirarme, pero al menos el temblor se había detenido.

Mantuve mi voz neutra, y dije:

—Estoy segura que algunos de los abraza-árboles llamó anoche a la policía. Pero no vino nadie. Eres la ley en esta ciudad, Wilkes. Estás entre todas estas personas y los chicos malos. Ayer por la noche, no viniste porque pensabas que sabías lo que estaba sucediendo. Pensaste que Chuck y Terry me habían llevado. Así que vienes por la mañana para recoger los cadáveres, pero no hay ningún cuerpo.

—Tú los mataste —dijo con voz suave y firme.

Sacudí la cabeza.

—No, no lo hice. —Era técnicamente cierto. No los había matado. Había matado a Chuck, pero no Terry.

—¿Estás diciendo que nunca los viste anoche?

—No he dicho eso, dije que no los maté.

Wilkes, miró hacia atrás a Richard.

—El Boy Scout lo hizo.

—Nunca dijo que lo hizo.

—¿Ese hombre pequeño que estaba con Jason? ¿Schuyler? Él no podría haberlos matado.

—No —dije.

—Estás meando fuera del pote, Blake. No quieres que me enfade.

—No, no, sheriff Wilkes. Realmente no quiero que se enoje. Pero no estoy mintiendo. No los maté. No sé dónde están.

Eso al menos era totalmente cierto. Estaba empezando a preguntarme si Terry había llegado al hospital, y estaba empezando a pensar que probablemente no lo había logrado. ¿La manada de Verne podría haberle matarlo después de que yo le prometí que no lo haría? Esperaba que no.

—He sido policía durante más tiempo del que has estado viva, Blake. Hiciste que mi medidor de porquería se apagara. Estás mintiendo, y tú eres buena en eso.

—Yo no maté a sus dos amigos, sheriff. No sé dónde están ahora. Esa es la verdad.

Se movió de nuevo a mi lado.

—Esta es nuestra última advertencia, Blake. Lárgate de mi ciudad, o voy a darte patadas hasta caer en el agujero más próximo. He vivido aquí mucho tiempo. Si oculto un cuerpo, permanecerá oculto.

—¿Muchas personas van a faltar por aquí? —pregunté.

—Las personas desaparecidas son malas para el turismo —dijo Wilkes. Se puso de pie—. Pero sucede. No dejes que eso te suceda. Sal de aquí ahora, hoy. Si no te has ido al llegar la noche, se acabó.

Me miró fijamente y sabía lo que decía.

Yo asentí.

—Somos historia.

Wilkes se volvió a Richard.

—¿Y tú, Boy Scout? ¿Estás de acuerdo? ¿Es esto suficiente? ¿O lo vas a empeorar?

Miré a través de la habitación a Richard y le insté a mentir. Maiden todavía tenía su arma apuntando a su garganta. La toalla se había deslizado hacia abajo, y él estaba desnudo, con sus muñecas esposadas en la espalda.

Richard suspiró, y luego dijo:

—Es suficiente.

—¿Estarás fuera al anochecer? —Wilkes hizo una pregunta.

—Sí —dijo Richard.

Wilkes asintió.

—No puedo decirte cuánto me alegro de oír eso, señor Zeeman. Vamos, muchachos.

Maiden muy lentamente, quitó su arma fuera de la garganta de Richard y dio un paso atrás.

—Voy a quitar las esposas si prometes portarte bien.

—Lo harás, ¿verdad, Richard? —dijo Wilkes—. Toma las esposas. No nos dará más problemas.

Maiden no parecía tan convencido como Wilkes, pero hizo lo que le dijeron. Tomó las esposas.

Richard se frotó las muñecas, pero no se molestó en agarrar la toalla caída. Sin ropa, Richard estaba desnudo, no se sentía desnudo. Se sentía cómodo. La mayoría eran licántropos.

Maiden siguió a Wilkes a la puerta, pero mantuvo un ojo en nosotros, como si todavía esperara problemas. Un buen policía nunca da la espalda por completo.

Thompson fue el último en avanzar hacia la puerta.

—La cosa de tu amante es casi tan grande como tú —dijo.

Nada más con lo que había hecho me hizo sonrojar, pero lo hizo. Lo odiaba, pero no pude detenerlo.

Se echó a reír.

—Espero que no abandones la ciudad. Espero que te quedes, porque realmente quiero otra oportunidad de estar a solas contigo.

—Mi nueva meta en la vida, Thompson, es nunca estar a solas contigo.

Volvió a reír. Se echó a reír mientras caminaba hacia la puerta. El oficial que se quejaba de la multitud se marchó. Sólo Maiden esperaba en la puerta por Wilkes.

El alguacil dijo:

—Espero que nunca volvamos a vernos, Blake.

—Lo mismo, Sheriff —dije.

—Sr. Zeeman.

Él hizo un gesto como si acabara de darnos más que una parada de tráfico y nos íbamos con una advertencia. Su lenguaje corporal cambió por completo a medida que avanzaba a través de la puerta. Sólo un buen muchacho hablando con unas personas desconocidas acerca de la perturbación de la noche anterior.

Cuando la puerta se cerró detrás de ellos, Richard se arrastró hacia mí. Empezó a tocar mi cara, luego detuvo los dedos sin poder hacer nada, flotando alrededor de mi cara.

—¿Estás herida?

—Un poco.

Él me abrazó, me jalaba suavemente contra su cuerpo.

—Vete a casa, Anita. Vuelve a Saint Louis.

Me aparté suficiente para mirar sus ojos.

—Oh, no. Si te quedas, yo me quedo.

Acunó mi rostro en sus manos.

—Van a hacerte daño.

—No, si ellos piensan que realmente nos marchamos. ¿Puede la gente de Verne ocultarnos?

—¿Quién crees que está fuera con la multitud?

Lo miré a la cara.

—¿Mataron al otro hombre? ¿La gente de Verne mató a Terry después de su salida?

—No sé, Anita. —Me abrazó de nuevo—. No sé.

—Le prometí que viviría si él nos decía lo que sabía.

Dio un paso atrás, manteniendo mi cara entre sus manos.

—Podías haberlo matado durante la pelea de noche y no titubear, pero porque le prometiste seguridad, ¿estás molesta?

Me aparté de Richard, me puse de pie, tirando de la sábana de debajo de las rodillas.

—Si te doy mi palabra, significa algo. He dado mi palabra de que estaría vivo. Si está muerto, quiero saber por qué.

—Los policías están en el otro lado. No traiciones a Verne y su manada, Anita. Son todo lo que tenemos.

Me arrodillé junto a la maleta en el otro lado de la cama y comenzó a sacar ropa.

—No, Richard, nos tenemos el uno al otro y tenemos a Shang-Da, Jason, Asher y todos hemos venido juntos. Si la gente de Verne fue detrás de mí anoche y mató a Terry, no contamos con ellos. Nos tienen. Debido a que los necesitamos, y ellos lo saben.

Me quedé con un montón de ropa y arrastré los pies hacia el cuarto de baño con la sábana todavía a mi alrededor. Por alguna razón, no quería estar desnuda delante de nadie en este momento, ni siquiera delante de Richard. Hice una parada en el camino. Tomé la Browning de debajo de la almohada y la apilé en la parte superior de la ropa. Basta de andar sin armas para el resto del viaje. Si a alguien no le gusta, podría aguantarse. Incluyendo a mi seres queridos. Aunque, le di crédito de Richard, no dijo una palabra sobre el arma de fuego o cualquier otra cosa cuando cerré la puerta.



TREINTA

Quería una larga ducha caliente. Me conformé con una breve ducha de agua caliente. Le había llamado a Dolph a primera hora para hacerle saber que no estaba muerta. Pero todo lo que logré hacer fue dejar un mensaje. Tenía la esperanza de que si le daba el nombre de Franklin Niley podía ver si tenía record criminal.

Dolph no suele compartir la información de la policía conmigo a menos que ambos estemos involucrados en un caso así, pero esperaba que hiciera una excepción. Policías corruptos son una de las cosas que menos le gustan a Dolph. Él puede ayudar sólo por odiar a Wilkes.

Me puse los calcetines blancos para correr, pantalones vaqueros y una camiseta azul rey. Me pondría una camisa de vestir de manga larga en la parte de arriba para camuflar la Browning. La funda irritaba un poco alrededor de los bordes, pero cuando se trata de vestidos de verano para llevarla oculta, las opciones son ilimitadas. Hubiera usado pantalones

cortos si no planeara andar por el bosque detrás de los duendes y los biólogos. Estaba lo más fresca que podía para protegerme de la maleza.

Unté gel por el pelo a través de mis rizos mientras estaban todavía húmedos, lo peiné, y el pelo quedó listo. Ya que no me molesté con el maquillaje, era una ducha rápida. Miré fijamente el espejo ovalado que había limpiado con la toalla. El resto seguía perdido en vapor. Los moretones de los golpes originales habían desaparecido, absorbidos en mi piel como si nunca hubieran estado allí. Pero mi boca estaba un poco hinchada por un lado, y una mancha roja se asentó en mi piel cerca de mi boca como una herida. A este ritmo, podría tener una paliza un día y ser curada a tiempo para la siguiente.

Había voces al otro lado de la puerta. Una de las voces era de Richard. La otra voz tenía un bajo ruido sordo a lo que sonaba como Verne. Bien, yo necesitaba hablar con él. Había más voces. Oí la voz de Nathaniel, alto y claro:

—No sabía qué otra cosa hacer.

La manada estaba aquí. Me preguntaba cuál era el tema de conversación. Tuve algunas ideas.

Puse la Browning en la parte delantera de los pantalones vaqueros. Mientras no me sentara, estaba bien. El cañón era demasiado largo para estar cómoda. Abrí la puerta, y la conversación se detuvo como si hubiera tirado de un interruptor.

Supongo que fui el tema de conversación.

Nathaniel estaba más cercano a mí. Llevaba pantalones cortos y sedosos para correr y una camiseta a juego. Su pelo largo estaba en una gruesa trenza por la espalda. Parecía anuncio de un gimnasio de alta categoría.

—Estaba de guardia, Anita, pero son policías. No sabía qué hacer.

Desvió la mirada, se volvió, y tuve que agarrar su brazo para que me viera. Volvió los ojos grandes color violeta hacia mí.

—La próxima vez grita una advertencia. Es todo lo que podías hacer diferente.

—Soy malo como guardaespaldas —dijo.

En parte era verdad, pero no quería decírselo a la cara. En realidad no había mucho que pudiera haber hecho.

Miré a través de la habitación a Shang-Da. Estaba sentado de espaldas a la pared, equilibrado sin esfuerzo en la punta de los pies. Estaba vestido

con pantalón negro y una camisa blanca de manga corta. Las marcas de garras en su rostro se habían convertido en molestas manchas rojas. Lo que debería haber sido cicatrices que tendría para el resto de su vida habían sanado en un par de días.

—Si hubieras estado en servicio, Shang-Da, ¿qué habrías hecho diferente? Mantuve agarrado el brazo de Nathaniel mientras le preguntaba.

—No hubieran pasado sin su permiso.

—¿Hubieras luchado contra ellos si trataban de esposarte?

Pareció pensarlo por un segundo o dos, entonces me miró.

—No me gusta ser esposado.

Tiré a Nathaniel en un medio abrazo.

—Mira, Nathaniel, hay guardaespaldas que les hubieran dado una excusa para empezar a disparar. No te preocupes por él. Pero en secreto, pensaba que Nathaniel no haría guardia solo otra vez. También pensé en lo mismo para Shang-Da. Por motivos muy diferentes, yo no confiaba en ninguno de los dos solos.

Verne se sentó en el sillón cerca de la ventana. Excepto por la camiseta era diferente, él estaba vestido como la primera vez que lo vi. Tal vez eso era todo lo que tenía. Jeans y una fuente interminable de diferentes camisetas. Se había atado su largo cabello canoso en una coleta suelta.

Richard se había puesto un par de pantalones y el cabello estaba seco con secador, pero eso fue todo. Iría un día entero vestido sólo con jeans o pantalones cortos, deslizándose en los zapatos sólo si tenía que salir. La camiseta sólo aparecía cuando salía. Richard se sentía cómodo con su cuerpo. Por supuesto, cuando tienes un cuerpo como el suyo, ¿por qué no le gustaría?

—¿Estás bien? —preguntó Verne.

Me encogí de hombros.

—Voy a vivir. Hablar y vivir, ¿cómo está Terry? ¿El hospital recibió el brazo para volverlo a unir?

Richard estiró su mano hacia mí. Dudé, a continuación, tomé la mano. Dejé que atrajera mis rodillas a su lado. Tomé la Browning de mis jeans para poder sentarme entre sus piernas. Doblé mi espalda contra su pecho desnudo, con las rodillas a cada lado de mí. Sus brazos eran cálidos y muy sólidos. Incliné mi cabeza contra su pecho. Mantuve contacto visual con Verne todo el tiempo.

No le dolió que tuviera la Browning en mi mano desnuda.

Richard me besó en el cabello húmedo. Estaba tratando de recordarme ser una buena chica. Para no empezar una pelea. Tenía razón, en cierto modo. Ciertamente tuvimos peleas suficientes en el plato sin iniciar otra.

—Respóndeme, Verne —dije.

—La mayor parte de mi manada se hace pasar por humano, Anita. ¿Crees realmente que algunos comemierda hubieran mantenido la boca cerrada?

Se inclinó hacia delante en la silla, con las manos juntas. Sr. Sincero.

—Era nuestro único vínculo con los otros chicos malos, Verne. El único que estaba dispuesto a hablar con nosotros.

El abrazo de Richard me dio un ligero apretón alrededor de mis brazos. Me di cuenta de que si apretó, fue para que no pudiera apuntar el arma.

—No voy a matarlo, Richard. Tranquilo, ¿de acuerdo?

—¿No podía simplemente abrazarte? —preguntó con la voz tan cerca de mi oído que podía sentir su aliento.

—No —dije.

Sus brazos cayeron a ambos lados, libremente alrededor de mi cintura, puso las manos casi en mi regazo, ya que tenía las rodillas arriba. En otras circunstancias, hubiera sido una posición interesante, pero cuando tengo algo que hacer, no me distraigo.

—La manada es mi prioridad, Anita. Tiene que serla.

—Yo nunca haría nada que pudiera poner en peligro tu manada, Verne. Pero yo le di mi palabra de que si nos dijo lo que sabía, lo llevaría al hospital y dejaría que intentaran volver a pegarle el brazo. He dado mi palabra, Verne.

—Tomas tu palabra muy en serio —dijo.

—Sí.

—Respeto eso —dijo.

—Ustedes lo mataron, ¿no? —pregunté.

—No personalmente, pero di la orden.

Richard apretó los brazos alrededor de mí. Sentí que intentaba relajarme. Frotó la barbilla contra el pelo húmedo, frotando las manos arriba y abajo de mis brazos desnudos como si estuviera calmando a un perro que tenía miedo de que mordiera a alguien.

—Y yo le di mi palabra —le dije.

—¿Qué puedo hacer para que todo se arregle entre nosotros? —preguntó Verne.

Quise decir: «Nada» pero Richard tenía razón. Lo necesitamos. O necesitábamos a alguien, y eran todo lo que teníamos. ¿Qué podía hacer para arreglarlo? Resucitar a los muertos era mi área, y traerlo de vuelta como un zombi, no sería lo mismo, de todos modos.

—A decir verdad, Verne, no lo sé. Pero voy a pensar en algo.

—¿Quieres decir que te debo un favor? —dijo.

—Un hombre muerto, Verne. Tendría que ser un infierno de favores.

Me miró durante un largo rato, midiéndome, y luego asintió.

—Creo que sí.

—Muy bien —dije—, bien. Vamos a dejarlo ahí por ahora, Verne, pero cuando venga con algo que pedirte, decepcionarme no sería una buena idea.

Me dio una rápida sonrisa.

—No sé si espero con impaciencia la reunión entre Roxanne y tú, o temo por ella.

—¿Quién es Roxanne? —pregunté.

—Su *Lupa* —dijo Richard.

Verne se puso de pie.

—Richard dijo que Roxanne y tú se caerían bien, siempre y cuando no se mataran primero.

Sé lo que quería decir ahora. Se acercó a nosotros. Tenía la mano hacia abajo, como si se ofreciera para ayudarme a levantar del piso. Pero llamémoslo una corazonada, pensé que era más que eso.

Richard abrió los brazos, y tomé la mano de Verne. No tiró de mí para ponerme de pie, solamente tomó mi mano mientras me ponía de pie. En la otra mano todavía tenía la Browning.

—Si me preguntas por algo que perjudica a mi manada, no puedo prometer eso. Pero aparte de eso, tienes mi palabra. Pídeme lo que quieras y es tuyo.

Sonrió de pronto, y luego miró a mi lado a Richard.

—Dios, ella es una cosa diminuta.

Richard, prudentemente, no hizo comentarios.

Verne se arrodilló delante de mí.

—Para sellar mi palabra, voy a ofrecerle mi cuello. ¿Entiendes el simbolismo?

Yo asentí.

—Si yo fuera un lobo, podría arrancar tu garganta. Es un acto de confianza.

Él asintió e inclinó su cabeza hacia un lado, entonces la vena grande en su cuello justo debajo de la superficie se estiró bajo la piel de la garganta. Él no soltó mi mano en todo el tiempo.

Miró a Richard.

—¿Qué se supone que haga?

—Besa el gran pulso en su cuello, o muérdelo suavemente. Mientras más fuerte muerdas menos confías en esa persona, o te ves más dominante con ellos.

Aparté la vista de Verne. Estaba muy tranquilo. Ningún hilo de poder escapó de él, y yo estaba sosteniendo su mano, piel con piel. Había sentido lo poderoso que era, podría haber puesto mi piel de gallina, si hubiera querido.

Me apretó la mano y me trasladé a pie detrás de él. Lancé la Browning en la cama. Pasé la mano por su cuello, encontrando el fuerte pulso con mis dedos.

Miré a Richard. Casi se podía ver en la cara él. No de advertencia para que no hiciera lo que yo pensaba. Que de alguna manera hace que sea aún más tentadora.

Verne me llevó hasta él, tirando de mi mano sobre su pecho como si lo estuviera abrazando. Esto llevó mi boca hasta su cuello, como si hubiera hecho esto antes.

Olía cálido, como si hubiera estado en el sol. El aroma de los árboles y el suelo se aferraba a su piel. Pasé la nariz justo encima de su piel. Podía oler la sangre. Era como si la piel sobre su cuello se hiciera más delgada, hasta que no hubiera nada entre el olor de la sangre dulce, pero un calor flexible, como si casi no existiera la propia piel.

Mi boca se cernía sobre esa calidez palpitante. Me estaba ahogando en el olor de su cuerpo. La necesidad de poner mi boca sobre la pulsante cosa viviente era casi abrumadora. No confío en mí para hacerlo, o mejor dicho, no confiaba en que no hiciera demasiado.

¿Richard pasaba por la vida entre degustaciones de sangre de otras personas? ¿Podía sentir su vida como algo frágil y palpable?

Tal vez dudé demasiado tiempo. Tal vez Verne sintió el poder que estaba tratando de abrumarme. Su poder se rompió sobre mi cuerpo en una carrera que me hizo jadear. Y era demasiado. Demasiado tentador para ofrecer una bebida a un hombre muerto de hambre.

Mis dientes se cerraron más sobre el calor que se evaporaba. La carne

de su cuello lleno de mi boca. Mi lengua encontró su pulso, y mordí, tratando de tallar aquellos saltos, el pulso de la carne.

Su poder rugió sobre mí, y algo dentro de mí retrocedió como dos olas estrellándose, agitándose, destruyendo. Mucho más abajo, había una tierra y una playa, y todo fue arrasado por los latidos, ahogándome profundamente.

Sentí los ojos abiertos, y no eran mis ojos. Jean-Claude abrió los ojos a muchos kilómetros de distancia, sorprendido de un sueño que debería haber durado horas todavía. Impresionado despertó por su hambre, mi hambre, nuestra hambre, siendo alimentado.

Unas manos me arrastraron fuera de ese calor pulsante. Manos que se entrometían. Regresé a mí misma con Richard tirando de mí en el aire, completamente indefensa. Verne aún tenía mi mano. Tenía en la mano, tratando de arrastrarme hacia atrás. Su cuello estaba sangrando. Una impresión casi perfecta de mis dientes se sentó en su carne. Su mano cayó lejos cuando Richard me alejó de él.

Los ojos de Verne parecían pesados. Dibujó una gran sonrisa y se rió. La risa hizo que mi cuerpo reaccionara.

—Dios, Jesús, niña, ¿qué diablos fue eso?

No luché para volver a él. No luché para terminarlo. Me quedé tranquila en los brazos de Richard, parpadeando por el derrame de luz de la mañana, mirando lo que había hecho en el cuello de Verne y no lo comprendía.

Cuando pude hablar, le pregunté:

—¿Qué diablos fue eso?

Richard me acunaba en sus brazos como si fuera un niño. Como si no estuviera segura de poder sostenerme, no me quejaba de ello. Me sentía distante y la luz era horrible.

Me abrazó contra él, besando mi frente.

—Estar juntos ha reforzado las marcas. Jean-Claude pensó que podría suceder.

Miré fijamente a Richard. Yo seguía teniendo problemas para concentrarme.

—¿Estás diciendo que el tener relaciones sexuales fortaleció su poder en los dos?

Richard parecía pensar en eso por un segundo o dos.

—Fortaleció nuestro dominio sobre los demás.

—Bájame.

Él hizo lo que le pedí. Caí de rodillas, incapaz de soportarlo, y aparté sus manos cuando él trató de ayudar.

—Tú sabías y no me lo dijiste.

—¿Hubiera hecho una diferencia anoche? —preguntó.

Me miró fijamente, con lágrimas amenazando, y yo quería decir que sí, pero no podía mentir.

—No —le dije—, no.

Anoche habría costado un infierno o mucho más que el conocimiento de que las marcas se fortalecerían para mantenerme fuera de la cama de Richard. Por supuesto, anoche no había entendido lo que significaba.

Anoche no había tratado de comer a mi manera la garganta de un hombre.

Me puse en pie y caí por segunda vez. No fue la falta de energía. Era casi como estar borracha. Pero no fue un bajón. Era desafiante, una parte superior.

—¿Qué hay de malo en mí?

Shang-Da respondió:

—He visto a los vampiros hacer esto. Si alguien poderoso bebe o bebe demasiado… El poder.

—Mierda.

—Me siento bastante bien —dijo Verne. Se tocó la mordedura en el cuello—. Nunca he dejado a un vampiro hacerme esto antes. Si se siente así de bueno, tal vez me lo he estado perdiendo.

—Mejor —dijo Nathaniel—. Se puede sentir mucho mejor que eso.

—No fue un vampiro —dijo Richard—. Era el poder. El poder de Verne, el mío, Anita, y Jean-Claude.

—Es una especie de cóctel de suicidio sobrenatural —le dije y se rió.

Yo estaba en el suelo, escondiendo la cara detrás de mis manos y luchaba contra el impulso de rodar en el resplandor. Quería tener la sensación y envolver alrededor de mi cuerpo como una manta. Y por lo largo y brillante calidez, sentí una oscuridad.

Sentí a Jean-Claude como un agujero negro, chupando el calor, todas nuestras fuerzas, toda nuestra vida. Y en ese momento, yo sabía dos cosas. Uno, que se había enterado cuando Richard y yo hicimos el amor. Que lo había sentido. Dos, que mientras comía de nuestras vidas, hemos comido de su oscuridad. Bebimos esto, la muerte fría como seguramente él había

bebido el sol caliente de nuestra carne y el pulso de nuestro cuerpo. Y todos drenamos la potencia de él. La luz y la oscuridad. El frío y el calor. La vida y la muerte. Como las marcas nos atrajeron más cerca, las líneas entre la vida y la muerte se ven borrosas. Sentí que el corazón de Jean-Claude latió como nunca antes lo había hecho en más de cuatrocientos años. Sentí su alegría, su gozo en ello. En ese momento, yo lo odiaba.



TREINTA Y UNO

Dos horas después, Richard, Shang-Da, y yo caminábamos por el bosque en busca de los biólogos y los duendes. Teníamos hasta el anochecer para salir de la ciudad, y dado que no íbamos realmente a salir de la ciudad, podríamos seguir con nuestros planes originales. Salimos corriendo detrás de todos los demás como hormigas, empacando, empacando, empacando. Queríamos empacar y marcharnos. De hecho, se suponía que debíamos llamar al sheriff cuando estuviésemos listos para partir. Wilkes se había ofrecido amablemente a escoltarnos fuera de la ciudad antes del anochecer. Al caer la noche, creo que la oferta seria una bala y un agujero en alguna parte.

Seguí a Richard a través del bosque. Se movía entre los árboles como si pudiera ver las aberturas o como si, a medida que avanzaba, los árboles se trasladaran a su alrededor. Sabía que no era cierto. Sentí la presencia de mucha energía sobrenatural, pero Richard lo hizo ver fácil. No era un

hombre lobo. Era el Sr. Outdoorsman. Sus botas estaban muy bien. Llevaba una camiseta verde-azulada con una imagen de una vaca marina, un manatí, nadando en la parte delantera y trasera. Tuve una camiseta idéntica en mi casa, un regalo de Richard. Estaba decepcionada de no haber traído la mía. Incluso si lo hubiera hecho, no la hubiera usado. No quería parecer la melliza Bobbsey para hacer pareja. Además, todavía estaba enojada con él en una manera vaga. No debería haber sido el único de nosotros que no sabía lo que significaría para Richard y para mí tener sexo. He sabido que nos coloca a todos más cerca, más unidos.

Por supuesto, es difícil estar enojada con él, cuando la camiseta se aferraba a su cuerpo como una piel fina, en segundo lugar. Su pelo espeso estaba recogido en una coleta suelta. Cada vez que pasaba a través de un rayo de sol, su pelo brillaba con vetas de cobre y oro. Era difícil estar enojada cuando la mirada de él hizo que mi pecho se apretara.

Richard camino sin problemas por delante de nosotros. Lo seguí con mis zapatillas Nike, no haciendo tan mal trabajo. Estoy bien en el bosque. No soy tan buena como Richard, pero no estoy mal.

Shang-Da, por otra parte, no era un hombre de bosques. Se trasladó a través del bosque, casi con delicadeza, como si tuviera miedo de pisar algo. Sus pantalones de vestir negro y su fresca camisa blanca parecía engancharse en cosas que no molestaban ni Richard ni a mí. Los zapatos de Shang-Da habían iniciado el viaje de negro y pulidos con un brillo fino. Ellos no se quedaran así. Los zapatos de vestir, incluso zapatos de vestir de hombre, no son para caminar en el bosque. Nunca había conocido a un hombre lobo de la ciudad antes, pero ninguna cantidad de gracia física compensó su total carencia de familiaridad con el aire libre.

Había brisa hoy. Los árboles crujieron con el viento y se callaron. Era un sonido fresco en lo alto de los árboles, pero el viento nunca llegó cerca del suelo. Nos movimos por un mundo de color verde y sólidos troncos de árboles marrones. La luz del sol brillaba en las hojas, llenando el suelo de manchas amarillas brillantes, antes de que nosotros nos moviéramos en la sombra más pesada. La sombra era unos pocos grados más fría, pero todavía hacía calor. Estaba casi muerto hasta el mediodía, e incluso los insectos se habían callado con el calor.

Richard se detuvo justo delante de nosotros.

—¿Oyes eso? —preguntó en voz baja.

—Alguien llora. Una mujer —dijo Shang-Da.

No he oído una maldita cosa.

Richard asintió.

—Tal vez una mujer.

Se movió a través de los árboles con un movimiento que era casi una carrera. Agachado, con las manos casi tocando el suelo. Su poder se derramaba atrás de él como la estela burbujeante de un barco.

Yo lo seguí. Traté de mirar hacia dónde iba, pero tropecé y me caí. Shang-Da me ayudó a ponerme de pie. Me aparte de él y salí corriendo. Dejé de mirar mis pies o los árboles. Me quedé mirando sólo la parte posterior de Richard, su cuerpo.

Imitaba sus movimientos, confiando en que si él podía hacer las aberturas, yo también. Salté sobre los troncos que no veía hasta que él se moviera sobre ellos. Era casi hipnótico. El mundo reducido a su cuerpo a toda velocidad por los árboles.

Una y otra vez casi me golpee en los árboles, empujando mi cuerpo a moverse demasiado rápido. Me movía más rápido que lo que mi mente podía trabajar. Si Richard hubiera saltado de un acantilado, yo lo hubiera seguido, porque solamente me movía. Era como si hubiera renunciado a todo mi cuerpo. Los músculos estaban trabajando, tenía las piernas en marcha. El mundo era una mancha de color verde, la luz, la sombra y el cuerpo de Richard se deslizaban en una carrera a través de los árboles.

Se paró como un interruptor que había sido lanzado. Un minuto controlado, el siguiente se detuvo, no en el medio. Pero no tropecé con él. Me detuve, también.

Era como si no podía acceder a una parte de mi cerebro, sabía que se detendría.

Shang-Da estaba detrás de mí. Se acercó lo suficiente para sentir el caro olor de su loción para después del afeitado. Susurró:

—¿Cómo haces eso, hombre?

Lo miré.

—¿Qué?

—Correr.

Sabía lo que significaba la palabra correr más que el *lukoi*. Me quedé allí en la luz, cubierta de un rocío de sudor, apenas respiraba con dificultad, y sabía que había sucedido algo que no había pasado antes. Richard y yo habíamos tratado de correr juntos antes, y no había funcionado. Él era dos tímidas pulgadas de ser un pie entero más alto que yo. Mucho de eso estaba

en las piernas. Su velocidad fue corriendo hacia mí, y aun así, no podía seguir con él. Añado el hecho de que es un licántropo, y, bueno, él era demasiado rápido para mí. La única otra vez que había mantenido el ritmo, había sido cuando él sostenía mi mano, con lo que me atraía, junto con las marcas y su poder.

Me volví a mirar a Shang-Da. Debe haber habido algo en mi cara, cierto asombro suave, ya que su expresión se suavizó en algo parecido a la piedad. Richard se alejó de nosotros, y ambos nos volvimos a seguir su progreso. Con mi pulso más lento, podía oír lo que ellos habían oído hace rato: gritos, aunque era una palabra demasiado suave para él. Alguien estaba llorando, como si su corazón se rompiera.

Richard se dirigió hacia el sonido, y lo seguimos. Había una gran higuera en medio de un claro. Del otro lado del tronco había una mujer acurrucada. Ella se había apretado hacia abajo como una pequeña pelota, estrecha, abrazando sus rodillas. La luz brillante se derramaba sobre su rostro, los ojos estaban cerrados, ciega.

Tenía el pelo castaño tan oscuro que podría haber pasado por negro, muy corto. Ella era blanca con una franja de pestañas oscuras pegada a sus pálidas mejillas. Su cara era pequeña y triangular, pero más allá de lo que podía describirlo. Su rostro estaba arrebatado por las lágrimas, los ojos hinchados, la piel enrojecida. Era pequeña, vestida con pantalones cortos, calcetines gruesos, botas de montaña, y una camiseta.

Richard se arrodilló en las hojas a su lado. Le tocó el brazo antes de decir cualquier cosa, y ella gritó, con los ojos bien abiertos. Hubo un momento de pánico total en su cara, entonces, se arrojó contra su pecho, rodeó con sus brazos alrededor de él, y cayó en un nuevo brote de sollozos.

Le acarició el cabello, murmurando:

—Carrie, Carrie, está bien. Todo está bien.

Carrie. ¿Podría ser la Dra. Carrie Onslow? Parecía probable. ¿Pero cómo era posible que el biólogo en jefe de El Proyecto Duende que hacía en el bosque teniendo un ataque de histeria?

Richard se había deslizado completamente hacia abajo en las hojas. La había recogido en su regazo como si fuera una niña. Es difícil de juzgar, pero ella parecía pequeña, más pequeña que yo.

El llanto cesó. Ella estaba acurrucada en su regazo, en sus brazos. Ya no estaban juntos. Traté de no sentirme celosa, pero no podía manejarlo. Su angustia era demasiado extrema.

Richard acarició un lado de su cara.

—¿Qué pasa, Carrie? ¿Qué ha pasado?

Tomó una respiración profunda, se estremeció cuando la dejó escapar de sus labios, luego asintió con la cabeza y parpadeó mirando a Shang-Da y a mí.

—Shang-Da. —Sus ojos se volvieran hacia mí. Parecía avergonzada de que la habíamos visto perder el control—. Yo no te conozco.

—Anita Blake —le dije.

Tenía la mejilla apoyada contra el pecho de Richard, lo único que tenía que hacer era poner los ojos hacia arriba para mirarlo.

—¿Tú eres su Anita? —Hizo una pregunta.

Él me miró.

—Cuando no estamos enojados, sí.

Vi cómo se recomponía de sí misma, recuperando su personalidad a su alrededor como varias capas de ropa contra el clima de invierno. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y su cara quemaba con inteligencia, con fuerza, compromiso, una determinación que brilló con tanta fuerza que parecía vibrar a través de su piel. La vi y se supe de inmediato por qué Richard había salido con ella.

Mirando sus ojos, me alegré de que fuera humana, contenta de que no tuviera relaciones sexuales con ella. Debido a que sólo unos momentos en su presencia, sabía que esto, esto podría ser un problema. Ese era el peligro real de no ser monógamo. En realidad no era sexo, aunque eso me molestaba mucho. Fue el hecho de que eso significaba que la otra persona no estaba satisfecha, que todavía estaban buscando. Si todavía estás buscando, a veces encuentras, lo que sea.

No me gustó apartar la vista de esta mujer que estaba obviamente con dolor y pensar en mis propios problemas. No me gustaba el hecho de que tenía un poco de miedo de ella. Quiero decir, yo era un ser humano, y él había tenido relaciones sexuales conmigo. Odiaba que esto fuera lo que estaba pensando antes de nada. Lo odiaba mucho.

Ella comenzó a alejar de los brazos de Richard.

—No te muevas por mi causa —dije.

Mi voz salió seca y sarcástica. Bueno, mejor que herida y confundida.

Richard me miró. No pude leer su expresión, y me aseguré que la mía fuese agradable y no le di nada.

La Dra. Carrie Onslow miró a Richard, frunció el ceño, y luego terminó

alejándose. Se deslizó fuera de sus brazos y volvió a apoyarse en el tronco del árbol. Pequeñas líneas de expresión se habían formado entre sus ojos, y ella no dejaba de mirar de Richard a mí, como si estuviera confundida y no me gustó.

—¿Qué ha pasado, Carrie? —preguntó Richard de nuevo.

—Salimos hoy poco antes del amanecer, como de costumbre. —Dejó de hablar, mirando a su regazo, luego tomó una respiración profunda, temblando. Tres respiraciones y ella parecía mejor—. Hemos encontrado un cuerpo.

—¿Otro excursionista? —pregunté.

Sus ojos se posaron en mí, luego de regreso a su regazo, como si ella no quisiera tener ningún tipo de contacto con los ojos mientras nos contaba la historia.

—Ta vez, era imposible saberlo. Era una mujer, más allá de eso… —Su voz le falló. Ella nos miró, con ojos pequeños y brillantes, con lágrimas frescas—. Nunca he visto nada tan horrible en mi vida. La policía local está diciendo que nuestros duendes lo hicieron. Que esto es prueba de que era un caminante duende asesino.

—Los duendes de la montaña menor Smokey no cazan y matan a seres humanos —dije.

Ella me miró.

—Bueno, algo sucedió. La policía del estado querían conocer mi opinión de experta sobre lo que podría haber hecho si no fueron los duendes. —Se cubrió la cara con las manos, luego levantó su cara como alguien que viene de aguas profundas—. Miré las mordidas. Ellas fueron hechas por algo con una estructura de mandíbula de primate.

—¿Humanos? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—No lo sé. No lo creo. No creo que una boca humana puede hacer ese tipo de daño. —Se abrazó a sí misma, temblando en el calor—. Van a usar esto para tratar de llamar a algunos cazadores de recompensas y matar a nuestros duendes, si pueden demostrar que los duendes hicieron esto. No veo cómo podemos evitar que maten a todos o los envíen a los parques y zoológicos.

—Nuestros duendes no matan a los seres humanos —dijo Richard. Le tocó el hombro cuando lo dijo.

—Algo lo hizo, Richard. Algo que no era un lobo o un oso o un gran

depredador que haya visto nunca.

—¿Dijiste que los policías estatales están en el sitio? —pregunté.

Ella me miró.

—Sí.

—¿Tú los llamaste?

Sacudió la cabeza.

—Ellos llegaron poco después de la policía local.

Me habría gustado saber quién los llamó, aunque si la policía local sospecha que era un homicidio o una muerte sobrenatural. Esto era estándar para que llamen a cualquiera de los Estados o el cazador de vampiros local, si bien es cierto sólo si ellos pensaban que la matanza era una forma de no-muertos.

—¿El cuerpo encontrado estaba cerca de un cementerio? —pregunté.

La Dra. Onslow sacudió la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó Richard.

—Podrían haber sido vampiros. Son unos cobardes, pero si se hubiese caído y quedó inconsciente, los vampiros se alimentarían de ella. Ellos son carroñeros activos.

—¿Qué significa eso? —preguntó la Dra. Onslow—. ¿Carroñeros activos?

—Esto significa que si estás herido y reducido a gatear, no quiero estar en un cementerio infestado de vampiros.

Miró hacia mí, y finalmente sacudió la cabeza.

—No hay tumbas. Justo en el centro de nuestra tierra. En el centro del territorio de los duendes.

Yo asentí.

—Tengo que ir a ver el cuerpo.

—¿Crees que es una buena idea? —preguntó Richard. Mantuvo su voz tan neutral como pudo.

—Ellos están esperando por ella —dijo la Dra. Onslow.

Nos sorprendió a todos.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—La policía del estado se enteró de que está en la zona. Evidentemente, tu reputación es lo suficientemente buena, te querían enseñar el cuerpo. Estaban tratando de llegar a tu cabaña cuando me fui.

Qué conveniente. Qué raro. ¿Quién había llamado a los del estado? ¿Quién había puesto mi nombre en frente de ellos? ¿Quién, quién, quién?

—Voy a mirar el cuerpo, entonces.

—Lleva a Shang-Da. Él irá contigo —dijo Richard.

Miré la cara del hombre alto. Las marcas de garras todavía estaban rojas y le daban un aspecto horrible a su rostro. Sacudí la cabeza.

—No lo creo.

—No te quiero yendo sola —dijo Richard.

Es curioso cómo no se ofrece a venir conmigo él mismo. Él iba a quedarse aquí y consolar a la Dra. Onslow. Estupendo. Yo era una niña grande.

—Estaré bien, Richard. Tú te quedas aquí con la buena doctora y Shang-Da.

Richard se levantó.

—Estás siendo infantil.

Puse los ojos en blanco y le indique que nos alejáramos de la Dra. Onslow. Cuando estaba segura de que no podía oírnos dije:

—Mira la cara de Shang-Da.

No miro hacia atrás. Él sabía lo que parecía.

—¿Y qué?

Me miró fijamente.

—Richard, debes saber, así como yo, que si tienes a alguien comido hasta la muerte por una criatura misteriosa, los hombres lobos siempre encabezan la lista negra para culparlos.

—Ellos tratan de culparnos de un montón de cosas —dijo.

—Hasta ahora, Wilkes y sus hombres no saben lo que es. Si me presento con Shang-Da cortado como está y luego aparece curado, van a entenderlo. Con un cuerpo en el suelo, no quieres que ellos lo entiendan.

—Shang-Da no estará curado para la noche —dijo Richard.

—Pero va a estar más curado que lo está ahora. No es humano sanar tan rápido. Si Wilkes averigua que en realidad no hemos salido de la ciudad, va a usar todo lo que tiene. Él va hacia ti o te cargará con este crimen.

—¿Qué podría haber matado a esta mujer?

—No lo sabré hasta que vea el cuerpo.

—Yo no te quiero allí sola. Iré contigo.

—A la policía no le gusta cuando llevas a tu novio civil a la escena del crimen, Richard. Quédate aquí, en la comodidad con la Dra. Onslow.

Él me frunció el ceño.

—No estoy siendo maliciosa, Richard. —Le sonreí—. Está bien, no

muy maliciosa. Ella está dolida. Dame la mano. Voy a estar bien.

Me tocó la cara suavemente.

—No necesitas que te tome la mano, ¿verdad?

Suspiré.

—Una noche contigo y casi me como el cuello de Verne. Una noche, y estoy corriendo por el bosque como… Como un hombre lobo. Una sola noche de amor, y dices que sabías que era una posibilidad. Debes por lo menos tratar de decírmelo anoche, Richard.

Él asintió con la cabeza.

—Tienes razón, debí haberlo hecho. No tengo ninguna excusa. Lo siento, Anita.

Mirando hacia su cara tan sincera, era difícil estar enojada. Pero no era difícil de ser desconfiada. Tal vez Richard había aprendido más de Jean-Claude no sólo a controlar las marcas. Tal vez la mentira por omisión era contagiosa.

—Tengo que ir a ver a un cuerpo, Richard.

La Dra. Onslow me dio la dirección correcta. Comencé a caminar por el bosque.

Richard me alcanzó.

—Yo te acompaño.

—Estoy armada, Richard. Voy a estar bien.

—Quiero ir contigo.

Me detuve, me di la vuelta y lo miré fijamente.

—No quiero que estés conmigo. Justo en este momento, necesito estar en otro lugar.

—No tenía intención de ocultarte cosas. Todo pasó tan rápido la noche anterior. Simplemente no tuve tiempo. No creo.

—Díselo a alguien que se preocupe, Richard. Díselo a alguien que se preocupe.

Me alejé por los árboles, y él se quedó donde lo había dejado. Sentí que me miraba cuando me marché a través del bosque. Podía sentir el peso de su mirada como una mano sobre mi espalda. Si miraba hacia atrás, ¿estaría agitando? No miré hacia atrás. Me encantaba Richard. Él me amaba. Estaba segura de esas dos cosas. La única cosa que no estaba segura de que si había amor suficiente. Si se acostaba con otras mujeres, no lo sería. Justo o no, yo no sobreviviría.

Richard no me había pedido que renunciara a Jean-Claude. No lo haría.

Pero mientras yo compartía mi cama con Jean-Claude, Richard se acostaba con otras mujeres. Mientras yo no era monógama, él no lo sería, tampoco. No me había pedido que renunciara a Jean-Claude. Él solamente aseguró que yo sería feliz en una cama o en la otra. Podría tener a ambos mientras Richard dormía alrededor.

Podría tener a Richard todo para mí, siempre y cuando deje a Jean-Claude. No estaba dispuesta a hacer la segunda opción, y no daría cinco a la primera. A menos que hubiera una tercera opción, estábamos en problemas.



TREINTA Y DOS

La escena del crimen se encontraba en medio del bosque. A cinco kilómetros de la carretera más cercana lo suficientemente cerca como para tomar incluso un vehículo de cuatro ruedas, según el Dr. Onslow. Era un gran lugar para los duendes, pero no para llevar a cabo una investigación policial. Iban a tener que caminar todo, y cuando llegara el momento, alzar el cuerpo y sacarlo. No es agradable, no es rápido.

Una cosa buena acerca de la ubicación aislada es que no había curiosos. Había estado en un montón de escenas de asesinato, pero los únicos sin un público eran en horarios muy extraños o en el medio de la nada. Las horas impropias no eran suficientes, si había gente cerca. La gente era capaz de salir de la cama antes del amanecer para ver un cadáver.

Incluso sin la ropa de civil, había una multitud. Vi los uniformes de Wilkes y a uno de sus hombres. Yo estaba muy impaciente por verlos de nuevo. Los soldados de caballería de la policía estatal era enorme

comparada con algunos policías de civil que habían del estado. Yo no tenía que ser presentada para saber que eran policías.

Se movían alrededor de la escena con pequeños guantes de plástico, en cuclillas sobre las puntas de sus pies en lugar de arrodillarse en la evidencia.

La cinta amarilla de la escena del crimen estaba alrededor de todo como si fuera un listón de regalo. No había ningún policía de este lado de la cinta porque nadie esperaba que la compañía llegara desde la dirección opuesta de la carretera. Yo llevaba la Browning y la Firestar y el cuchillo de abajo de mi espalda, así que saqué mi licencia y la sostuve en alto mientras pasaba debajo de la cinta. Eventualmente, alguien me vería y algún uniformado conseguiría un gritó por dejarme cruzar el perímetro sin ser invitada.

Un policía estatal me vio bajando antes de que llegara muy lejos de la colina. Habían hecho un amplio círculo con la cinta, y había estado parado cerca del borde superior de la misma. Tenía el pelo castaño y ojos oscuros y tenía una rociada de pecas sobre sus pálidas mejillas. Se dirigió hacia mí, con la mano hacia arriba.

—Lo siento, señorita, pero usted no puede estar aquí.

Moví la licencia hacia él.

—Soy Anita Blake. Oí que me estaban buscando. Algo acerca de un cuerpo al que quieren que le eche un vistazo.

—Una mirada —dijo—. Quieres echarle un vistazo al cuerpo. —Lo dijo de forma suave, no como si se estuviera burlando de mí. Sus ojos oscuros me miraron fijamente por un segundo, luego pareció recordar dónde estaba. Tendió la mano para agarrar mi licencia.

Dejé que la tomara, observara, leyera dos veces. Me la entregó de vuelta. Miró hacia abajo por la colina hasta el nudo de gente. Señaló.

—El hombre bajo en un traje negro, pelo rubio, es el capitán Henderson. Está a cargo.

Lo miré. Él debería haberme llevado al hombre a cargo. De ninguna manera un policía que no me conociera me dejaría caminar en una escena del crimen sin compañía. Los verdugos de vampiros no son civiles, pero la mayoría de nosotros tampoco somos detectives. Soy una de las pocas que trata íntimamente con la policía. En Saint Louis, donde la mayoría de los policías me conocen por mi reputación o de vista, yo podía observar. Pero aquí, donde nadie me conoce, de ninguna manera.

Leí la placa de identificación del agente.

—Michaels, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza, y de nuevo sus ojos no me miraban. Él no estaba actuando como un policía. Actuaba con miedo. Los policías no se asustan fácilmente. Dales un par de años en el trabajo, y perfeccionan la cansada indiferencia: estando allí, haciendo eso, no estaba impresionado, no se molestó en conseguir una camiseta. Michaels tenía barras de sargento en su uniforme. No le das rayas de sargento de la policía estatal por sorprenderse en cada escena del crimen.

—Sargento Michaels —dijo—. ¿Hay algo que puedo hacer por usted, Sra. Blake?

Parecía que se recuperaba delante de mis ojos. Me recordó a la forma en que la Dr. Carrie Onslow se había recuperado. Su mirada perdida vagando, mirada vidriosa.

Me miró de frente, pero todavía quedaba un nudo alrededor de los ojos, casi como algo le doliera. ¿Qué demonios estaba en el fondo de esta colina? ¿Qué podría hacer que un policía experimentado como este se viera así?

—Nada, sargento, nada. Gracias.

Dejé mi licencia afuera porque estaba casi segura de que me detendrían de nuevo sin una escolta policial. Una mujer estaba vomitando en un pequeño pino. Ella y el hombre sosteniendo su frente llevaban uniformes de Servicios Médicos de Emergencia. Es una mala señal, cuando los técnicos paramédicos están vomitando. Un signo muy malo.

Fue Maiden quién me detuvo. Nos quedamos allí por un segundo o dos sólo mirándonos. Yo estaba de pie sobre la colina, mirándolo hacia abajo.

—La Sra. Blake —dijo.

—Maiden —le dije. Evité el oficial a propósito, porque, en lo que a mí respecta, no era un oficial. Había dejado de ser un policía cuando se convirtió en un mal tipo.

Me dio una pequeña y extraña, sonrisa.

—Yo te llevaré hasta el capitán Henderson. Está a cargo.

—Bien.

—Es posible que quieras prepararte, Blake. Es… Malo.

—Estaré bien —dije.

Sacudió la cabeza, miró al suelo. Cuando volvió a mirar para arriba, sus ojos estaban vacíos, ojos fríos y de policía.

—Tal vez lo estará, Blake, tal vez. Pero no voy a hacerlo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—¿Quién demonios es ella?

Era el capitán Henderson. Que nos había visto. Llegó hasta la ladera en sus zapatos de vestir, resbalándose un poco. Pero él estaba decidido y sabía cómo caminar en las hojas, incluso con los zapatos equivocados.

Tenía alrededor de cincuenta y ocho años. Con el cabello corto y rubio. Tenía unos ojos extraños que cambiaban de color mientras se movía a través de la moteada luz del sol. Un momento eran de color verde pálido, al siguiente eran gris. Se acercó para pararse entre los dos. Miró a Maiden.

—¿Quién es esta, y por qué está dentro de mi perímetro?

—Anita Blake, capitán Henderson —dijo Maiden.

Él me miró, y sus ojos eran fríos y grises, con remolinos de manchas de color verde. Era guapo a primera vista, una especie común de paso. Podría haber sido más que eso, pero había una dureza en su rostro, una acidez, que le robaron algo simpático y agradable.

No importa qué tan raro fuera el color de sus ojos cuando me miró, sus ojos eran distantes, juzgando, los ojos de un policía.

—¿Así que usted es Anita Blake? —Su voz era casi enojada.

Yo asentí.

—Sí. —No dejé que la ira me llegara. No estaba enojado conmigo. Algo estaba mal. Algo más allá del propio delito. Me preguntaba qué.

Me miró de arriba a abajo, no de forma lasciva, pero como si me estuviera midiendo. Estaba acostumbrada a que lo hicieran, aunque por lo general era un poco menos flagrante.

—¿Qué tan fuerte es tu estómago, Blake?

Levanté las cejas a eso, luego sonreí.

—¿Qué diablos es divertido? —dijo Henderson.

—Mira, sé que es malo. Acabo de dejar a su sargento en la cima de la colina, por lo asustado que estaba supuse que no bajaría por segunda vez. Maiden aquí ya me dijo que es horrible. Llévame al cuerpo.

Henderson se irguió, invadiendo el infierno fuera de mi espacio personal.

—¿Está tan segura de sí misma que puede tomar eso, Blake?

Suspiré.

—No.

No pareció que la ira se alejara. Parpadeó y dio un paso atrás.

—¿No? —dijo.

—No sé si puedo tomarlo, capitán Henderson. Siempre existe la posibilidad de que el horror que viene será algo tan terrible, que nunca me voy a recuperar. Algo que manche mi mente y me envíe a gritar. Pero tan lejos, tan bueno. Así que lléveme a ver los espeluznantes restos. Los juegos preliminares me están cansado.

Vi pasar las emociones en su rostro: diversión, entonces ira, pero finalmente, la diversión ganó. Por suerte para mí.

—Los espeluznantes restos. ¿Seguro que no eres un periodista?

Eso me hizo sonreír.

—Soy culpable de una gran cantidad de pecados, pero ese no es uno de ellos.

Eso le hizo sonreír. Cuando sonreía, parecía diez años más joven y era algo más que de ordinariamente guapo.

—Está bien, Sra. Blake, sígueme. Te llevaré a ver los restos espeluznantes. Se reía suave, bajo, y más profundo que su voz cuando hablaba, como si cuando cantara pudiera ser un contrabajo. —Espero que estés tan divertida después de haber visto el espectáculo, Sra. Blake.

—Yo también —dije.

Él me dio una mirada extraña, luego abrió el camino cuesta abajo. Yo seguí porque era mi trabajo. Hace una hora, me habían dicho que el día no podía ser mucho peor. Tuve una sensación de hundimiento que estaba a punto de empeorar, mucho peor.



TREINTA Y TRES

El cuerpo estaba en un pequeño claro. Yo sabía que era humano, porque me dijeron que lo era. No es que el cuerpo no pareciera humano, exactamente. La forma no fue suficiente como para que me diera cuenta de que estaba acostado sobre su espalda. Era más que mi mente se negaba a reconocer que esto podría haber sido un ser humano. Mis ojos vieron, pero mi mente seguía negándose a poner las piezas juntas, así que era como mirar una de esas imágenes en las que miras y miras hasta que se ven las formas ocultas de spin en 3-D. Parecía como si hubiera habido una explosión de sangre y carne, y el cuerpo hubiera estado en el centro de la misma. La sangre seca salpicaba fuera del cuerpo en todas direcciones, como si cuando se moviera el cuerpo dejaría una marca limpia en forma de cuerpo en el terreno, como una mancha de tinta.

Pude ver todo eso, pero mis ojos no podían darle sentido. Mi mente estaba tratando de protegerme. Ya había ocurrido antes, una o dos veces.

Lo más inteligente sería dar la vuelta y alejarse. Dejar que mi mente tuviera su confusión, porque la verdad iba a ser uno de esos momentos de limpieza mental. En broma le había dicho a Henderson en la cima de la colina que hay cosas que manchan a la mente. No era divertido ahora.

Me obligué a mirarlo, me obligué a no mirar hacia otro lado, pero el calor del verano se mantuvo alrededor de mí en un torrente nauseabundo. Quería cubrir mis ojos con mis manos, pero me conformé con alejarme. Cubrir los ojos puede resultar extraño e infantil, como borrar lo peor de una película de terror.

Henderson se volvió cuando lo hice. Si yo no iba a mirar el cuerpo, entonces él tampoco.

—¿Estás bien?

El mundo dejó de girar como una bola que se había deslizado a una parada.

—Lo estaré. —Mi voz sonaba entrecortada.

—Bien —dijo.

Nos quedamos así durante unos segundos más, entonces tomé una respiración superficial. Yo sabía que no debía respirar profundo estando cerca del cuerpo. Tuve que hacer esto. Los duendes no lo hicieron. Ningún animal natural lo hizo.

Me volví lentamente para ver el cuerpo. No había conseguido nada mejor. Henderson volvió conmigo. Era el hombre a cargo. Él podría considerarlo si quisiera. Yo no estaba segura de poder, como si tuviera opción…

Había pedido prestado guantes quirúrgicos. Alguien me había ofrecido guantes más gruesos para prevenir. SIDA, ya sabes. Me negué. Uno, mis manos sudarían. Dos, si tuviera que palpar el cuerpo en busca de pistas, no sería capaz de sentir una mierda. Tres, con tres marcas de vampiros en mí, no contraería SIDA. Estaba libre de enfermedades de transmisión sanguínea, por lo que me habían dicho. Creía en Jean-Claude porque él no quiere perderme. Era una parte de su triunvirato. Él quería que estuviera segura. Una voz dentro de mi cabeza dijo, «Él te ama». La voz en la otra parte dijo, «sí claro».

—¿Puedo seguir el patrón de sangre? —pregunté.

—No puedes acercarte al cuerpo a menos que pases en la sangre —dijo Henderson.

Yo asentí.

—Cierto. ¿Así que ya has grabado, tomado todas tus fotos?

—Sabemos cómo hacer nuestro trabajo, Sra. Blake.

—No estoy cuestionando eso, capitán. Necesito saber si puedo mover el cuerpo alrededor, eso es todo. No quiero coger la evidencia.

—Cuando haya terminado con él, lo meteremos en bolsas.

Asentí.

—Muy bien.

Miré el cuerpo y de repente lo veía. Todo. Abracé mis brazos alrededor de mi estómago para mantener las manos lejos de mis ojos. La nariz había sido mordida, por lo que era sólo un agujero sangriento. Los labios fueron arrancados hasta los dientes y los huesos de la mandíbula fueron visibles en la sangre seca. Los músculos de la mandíbula faltaban en el lado que estaba frente a mí. Lo que sea que hubiera hecho esto no había querido tomar un bocado rápido.

Se había sentado y alimentado.

Había muchas mordeduras, tanta carne que faltaba, pero la mayor parte era poco profunda para matar, dije una oración corta pidiendo que la mayoría de las mordeduras fueran post mortem. Incluso mientras oraba, estaba bastante segura de que no tendría una buena respuesta, había demasiada sangre. Ella estuvo viva la mayor parte del tiempo. Las entrañas se derramaron de los vaqueros rotos en un nido seco, cubierto en las cosas más gruesas que la sangre. El olor a suciedad de los intestinos había desaparecido por ahora. Un olor muere, pero siempre hay otros.

Su cuerpo había comenzado a madurar con el calor del verano. Es un olor que es difícil de describir, tanto abrumadoramente dulce y amargo como para vomitar. Tomé respiraciones superficiales y me paré sobre las salpicaduras secas.

Algo se movió dentro de mí como un golpe fantasma. El pelo en la parte de atrás de mi cuello trató de avanzar lentamente en mi espalda. Esa parte de mi cerebro que no tenía nada que ver con los coches o plomería interior y todo lo relacionado con salir corriendo y gritando y no pensar en todo, hablaba en voz baja ahora.

Susurraba que algo andaba mal. Aquí no había estado algo maligno, no sólo peligroso, el mal.

Esperé para ver si la sensación se haría más fuerte, pero se desvaneció. Se desvaneció como un mal recuerdo, lo que probablemente significaba que había caminado por el borde de algún tipo de hechizo, o más bien, los

restos de uno, uno desagradable.

No llamas a algo tan maligno sin un círculo de protección, tanto para el brujo que se queda afuera o para la bestia que se coloca dentro. Busqué en el suelo, pero no había nada más que sangre. La sangre no forma un círculo de protección.

Solamente estaba salpicada, un desastre, sin algún patrón.

Debí de haber sabido que no habría nada evidente. La policía no es practicante de las artes, a pesar de que está empezando a cambiar, pero no puedes ser un policía por largo tiempo y no buscar signos de magia cuando la mierda es tan extraña. La escena se veía tranquila, pero esto no significa que no sea un desastre. Si alguien era realmente bueno con la magia, podrían hacer que no se vea algo. No invisibilidad real. Los seres humanos no hacemos eso. La física es la física. La luz golpea un objeto sólido y rebota. Pero sí pueden hacer que el ojo esté reacio a ver, para que sigas buscando lo que pasó y tu mente no lo registre. Como buscar por dos días un juego de llaves del automóvil que está sentado a plena vista.

Me agaché junto al cuerpo. No tenía los monos que solía llevar en las escenas de asesinato y no quería que la sangre empapara mis jeans. Todavía estaba abrazándome. Aquí hay cosas que alguien no quiere que veamos. ¿Pero qué?

Henderson llamó.

—Hemos encontrado la cartera. ¿Quieres que te de la ID?

—No —dije—. No.

No estaba lista. No quería un nombre, una identidad de la cosa a mis pies. Había hecho el truco de convertir el cuerpo en una cosa. No era real. Era algo que debía ser estudiado, examinado. Nunca había sido real. Si me imaginaba otra cosa me tendrían vomitando en toda la evidencia. Que había pasado sólo una vez, hace años. Dolph y la banda nunca lo han dejado pasar.

Los ojos habían sido desgarrados y los dejaron secar en trozos negros en las mejillas. El cabello largo estaba pegado a lo largo de un lado de la cara, atorado en uno de sus hombros. Por el color tal vez era rubio. Pero era difícil saber con toda la sangre empapada. El pelo largo me hizo pensar en mujeres. Mi mirada se desplazó hacia abajo y encontró los restos de ropa. La blusa se había reducido a un trozo de tela bajo el brazo. El pecho desnudo. Un seno completamente arrancado. El otro se desinfló como un globo, como si algo hubiera comido de en medio, como cuando un niño

succiona la crema de una dona.

Fue una desafortunada elección de metáfora, incluso en mi propia cabeza. Tenía que ponerme de pie. Tuve que caminar lejos, soplando aire de forma muy rápida y poco profunda. Fui a pararme a lado de uno de los árboles que bordeaban el claro. Tuve que respirar profundamente, pero eso significaba que el hedor se deslizaba fuertemente. Que dulce, el dulce olor se deslizó a lo largo de mi lengua y recubrió la parte posterior de la garganta hasta que ya no podía soportar la idea de tragar, pero no sabía qué otra cosa hacer. Tragué, y el olor se deslizó hacia abajo, y mi café de la mañana subió.

Yo tenía dos comodidades. Uno, había conseguido quedar fuera del patrón de sangre para vomitar. Dos, no tenía mucho en mi estómago. Tal vez esto fue una de las razones por las que he dejado de tomar el desayuno. Consigo muchas inspecciones de cuerpos en la mañana.

Me arrodillé en las hojas secas y se sintió mejor. No había vomitado en una escena del crimen en un largo tiempo. Al menos Zerbrowski no estaba aquí para burlarse de mí por esto. Ni siquiera estaba avergonzada. ¿Era eso un signo de madurez? Voces de hombres detrás de mí. El Sheriff Wilkes diciendo, casi gritando:

—Ella es sólo una civil. No debería estar aquí. Ni siquiera tiene licencia de este estado.

—Yo estoy a cargo aquí, Sheriff. Digo quién se queda y quién se va. —Henderson no estaba gritando, pero su voz transmitía el mensaje.

Cogí el tronco del árbol para que me ayudara a ponerme de pie, y mi brazo se estremeció tan fuerte que casi se quedó insensible. Me paré, apartándome del árbol, a punto de caer, pero yo seguí en pie. Miré el tronco liso. Alrededor de ocho metros de altura había un pentagrama tallado en la corteza del árbol. El corte había sido oscurecido con sangre. Con la sangre seca que se frotó en ella, era casi invisible contra la corteza de color gris oscuro, pero también había un hechizo de alusión en ella. Para que nadie lo viera, ni siquiera yo. Sólo que cuando toqué el árbol lo sentí. Como toda ilusión, una vez que lo ves, sabes que está ahí.

Miré en los otros árboles y encontré un pentagrama con sangre tallado en cada uno. Era un círculo de poder, de protección. Un círculo formado de la sangre y la tierra misma. Wiccas, brujas, pueden utilizar su poder para el mal si están dispuestos a pagar el precio en el karma. Hagas lo que hagas, bueno o malo, se te regresa con creces. Pero incluso un wiccan encaminado

al mal no descuartizaría a un árbol. ¿Han invocado a los árboles, la tierra, a ellos mismos? Eso podría significar un elemento. Pueden ser repugnantes. Pero no se siente maldad. Se sentían enojado, si te metes con su tierra, pero no eran malos, más enfadados.

Conseguí que el mal olor se alejara al pasar por el círculo. Maldad con M mayúscula. Simplemente no hay muchas criaturas preternaturales que tiren de ese cable en particular.

—Capitán Henderson —dije. Tuve que decirlo dos veces antes de que dejaran de discutir y me mirara.

Ambos me miraron. No se veían amigables, pero al menos sabía dónde estaba el enojo: entre ellos. A los policías locales no les gusta que se entrometan en su territorio. Es normal que la policía local resienta a los forasteros. Pero yo sabía que Wilkes tenía más para proteger que su territorio. Debe estar frenético al tener cosas de policías de verdad aquí y ahora. Pero este no era el momento de soltar la sopa.

No tenía pruebas. Acusar a un policía de corrupción tiende a enfadar a los demás policías.

—¿Has visto los pentagramas en los árboles?

La pregunta fue suficientemente extraña como para que ambos dejaran de discutir y pusieran atención. Señalé los pentagramas, y como toda ilusión bueno, una vez que les mostré, pudieron verlo. El emperador se quedó sin ropa.

—¿Y? —dijo Wilkes.

—Así pues, se trata de un círculo de protección, de poder. Algo fue llamado aquí para que la mataran.

—Las marcas en los árboles podrían haber estado aquí durante días —dijo Wilkes.

—Prueba de la sangre en los pentagramas —dije—. No va a ser de ella, pero está fresca.

—¿Por qué no es de la víctima? —preguntó Henderson.

—Porque usaron la sangre para cerrar el círculo. Tenían que tener la sangre antes de la muerte.

—Entonces, fue un sacrificio humano —dijo Henderson.

—No exactamente —dije.

—Este fue un asesinado de duendes —dijo Wilkes. No parecía seguro; sonaba desesperado.

Henderson volvió hacia él.

—Sigues diciendo eso, Wilkes. Sigues diciendo que eran duendes.

—Aquella bióloga dijo que se parecían a los primates. Es seguro de que no fue una persona. No hay muchos primates corriendo por las montañas de Tennessee.

—Ella dijo humanoides —dije.

Ambos me miraron de nuevo.

—La Dra. Onslow dijo humanoide. Mucha gente asume que humanoide significa primate, pero hay otras opciones.

—¿Cómo qué? —dijo Wilkes. Su beeper sonó. Miró el número, luego me miró.

—Disculpe, capitán Henderson.

Henderson me miró.

—¿Usted y el sheriff tiene algún tipo de historia, Sra. Blake?

Me frunció el ceño.

—¿Historia? ¿Cómo?

—Estaba convencido de que usted no debería estar cerca del cuerpo. También estaba seguro de que el asesino se trataba de un duende. Muy seguro.

—¿Quién les llamó entonces?

—Una denuncia anónima.

Nos miramos el uno al otro.

—¿Quién me sugirió para unirme a la diversión?

—Uno de los paramédicos. Su pareja habitual la conoció anoche.

Sacudí la cabeza.

—Yo no lo conozco.

—Su pareja habitual es una mujer. Lucy algo.

Eso explica los conocimientos médicos de Lucy, y por qué no estaba trabajando en el día de luna llena. No quiere estar cerca de la sangre fresca con la luna casi llena.

Demasiado tentador. Demasiado arriesgado.

—La recuerdo vagamente, supongo.

Me acordé de ella más que vagamente, pero la última vez que la había visto era sólo después de que había asesinado a alguien, así que iba a ser confusa en los detalles. Por un terrible momento, me preguntaba si Henderson había estado tratando de engañarme y el cuerpo era realmente Lucy.

Pero la altura era incorrecta. La mujer había sido alta, no de mi tamaño.

La mayoría de las mujeres que salen con Richard eran pequeñas. Supongo que si tienes un estereotipo de cuerpo que deseas, te apegas a él. Mi elección de las víctimas parecía ser mucho más amplia.

—¿Por qué necesitan un círculo de poder, Sra. Blake? —preguntó Henderson.

—Para mantener a lo que llamaron.

Me frunció el ceño.

—Como dijiste antes, los preliminares me están cansando. Dime qué carajo crees que era.

—Creo que invocaron un demonio.

Sus ojos se agrandaron.

—¿Un qué?

—Un demonio —le dije.

Henderson sólo me miró.

—¿Por qué?

—Al cruzar el círculo, tengo la sensación de maldad. No importa cómo sea la monstruosa criatura, no se siente lo mismo que algo dedicado al mal y ningún otro propósito.

—¿Ves a muchos demonios cuando estás fuera ejecutando vampiros, Sra. Blake?

—Una vez, Capitán, sólo una vez. Fue… —Salí del círculo de poder, y me sentí mejor. Habían hecho lo posible para ocultar las huellas, pero este tipo de cosas tienen una tendencia a aferrarse—. Me llamaron en un caso que creían que era un vampiro, pero era una posesión demoníaca. La mujer… —Me detuve de nuevo porque yo no tenía palabras para ello, o no hay palabras que no parecieran tontas, melodramáticas. Traté de contar la historia apegándome a los hechos. Yo y el sargento Friday—. La mujer había sido una simple ama de casa, madre de dos hijos. Había sido diagnosticada con esquizofrenia, Capitán. Su marca en particular de locura era casi un trastorno de personalidad múltiple, pero no estaba tan claro. Era como una pequeña niña con un rizo en el centro de la frente. Cuando estaba bien, era muy, muy buena. Modelo de la iglesia, maestra de la escuela dominical. Ella cultivaba sus propias verduras, costuraba ropa de muñecas para sus hijas. Pero cuando estaba mal, dormía alrededor, maltrataba a los niños, colgó al perro de la familia de un árbol.

Henderson arqueó una ceja ante eso. Para ser policía, era puro shock.

—¿Por qué no estaba en un hospital?

—Porque cuando tomaba su medicina, era la buena madre, la buena esposa. Hablé con ella cuando estaba bien, y era una persona muy agradable. Vi por qué el marido trató de aferrarse a ella. Fue trágico en el verdadero sentido de la palabra que la química de su propio cerebro estaba destruyendo su vida.

—Es triste, pero no es demoníaco —dijo Henderson.

—Mascotas del vecindario fueron desapareciendo, apareciendo gotas de sangre. Lo rastreé hasta la mujer. Su historial de enfermedad mental había llamado la atención de la policía. Tan lejos, tan triste, era cierto.

Miré fijamente sobre la colina, la policía, los técnicos y todo el mundo. No estaban mirando hacia debajo de la colina. Nadie quería estar en torno a ésta. Incluso si no son realmente sensibles a lo psíquico, todos tenemos instintos de supervivencia que funcionan mejor que nosotros. Todo el mundo se muestra reacio a éste, y no saben por qué.

—¿Sigues conmigo, Blake? —preguntó Henderson.

—Lo siento. La noche que la detuvimos, dos uniformados tuvieron que sacarla de la cama de otro hombre, esposada. No tenían a otra mujer en el lugar esa noche, así que monté en la espalda de ella. Ella era fuerte y ruidosa, coqueteando con los hombres, siendo impertinente conmigo. No recuerdo lo que dije, pero recuerdo la mirada en su cara cuando se volvió hacia mí. Estábamos viajando en el oscuro coche de la policía, y cuando ella voltea la cabeza para mirarme, el pelo de mi cuerpo se erizó. No había ojos encendidos, ni olor a azufre, Capitán Henderson, pero sentí la maldad que emanaba como un perfume inquietante. —Lo miré y estaba escudriñando mi cara como si estuviera tratando de memorizarla—. No me asusto fácilmente, Capitán, pero en ese instante, estaba asustada. Miedo de ella, y se notaba en mi cara, y se rió, y al momento se fue.

—¿Qué hiciste?

—Les recomendé hacer un exorcismo.

—¿Lo hicieron? —preguntó.

—No la policía, pero su marido firmó los papeles por ella.

—¿Y? —dijo Henderson.

—Y funcionó. Si se queda con su medicina, la enfermedad mental está bajo control. La posesión no causa la esquizofrenia.

Henderson asintió.

—Todos obtenemos entrenamiento teórico de que las enfermedades mentales pueden abrir a las personas a una posesión demoniaca, Sra. Blake.

Es como PCP, pero más raro.

—Sí —dije—. El PCP no causa que las personas leviten.

Él me frunció el ceño.

—¿Ha presenciado un exorcismo?

Sacudí la cabeza.

—No voy a hablar de ello. Sobre todo, aquí y ahora. Las palabras tienen poder, Capitán. Los recuerdos tienen poder. No voy a jugar con él.

Él asintió con la cabeza.

—¿Está segura que un humano no hizo esto?

Negué con la cabeza.

—Ellos se la comieron hasta morir. Eso se la comió hasta la muerte. Una persona puede ser capaz de morder y arrancar la garganta, hacer algo de este daño, pero no todos estos.

—Si me dice que esto es una posesión, me gustaría llamar a mi cadena de mando y empezar a buscar un cura, pero Blake, ¿sabes que tan raro son las manifestaciones demoniacas?

—Probablemente mejor que usted, Capitán. Me llaman para toda esta clase de mierda extraña.

—¿Alguna vez has visto a un demonio matar a una persona por ataque directo, no el engaño?

—No.

—Entonces, ¿cómo puedes estar tan segura? —preguntó.

—Le dije por qué estoy segura, Capitán. Una vez que has estado en la presencia de lo demoníaco, no te olvidas de lo que se siente. —Sacudí la cabeza y luché contra la urgencia de dar un paso más lejos del cuerpo—. Pero no soy una experta en demonios, Capitán Henderson. Sugiero que se ponga en contacto con un sacerdote. Tampoco soy una experta en este tipo de magia. Llame a un brujo local para que lo revise. Ellos pueden ser capaces de darle más información. Lo mejor que puedo hacer son cosas generales.

—¿Podrías haber llamado a un demonio y hacer que la matara?

Le fruncí el ceño.

—¿De qué está hablando?

—Sólo responde a la pregunta, Sra. Blake.

—Levanto muertos, Capitán. No invoco demonios.

—Un montón de gente no ve la diferencia entre las dos cosas.

—Genial, simplemente genial. Ustedes me llamaron aquí. Le digo que

es magia negra, y ahora me va a culpar. No tengo ganas de ser el final tostado de una cacería de brujas, Capitán Henderson.

Sonrió.

—Sólo responde la pregunta. ¿Podrías hacerlo?

—No, no podría hacer esto. Tratar con los demonios contamina el alma. Puede ser que no sea una perfecta cristiana, pero lo estoy intentando.

—Los malditos vampiros también contamina el alma, Blake.

Me miró fijamente. Lo miré durante varios segundos, porque lo que yo quería hacer era pegarle o gritarle. No, golpearlo. Pero no podía hacer eso. Me conformé con una de esas sonrisas que recibes a veces, cuando lo que realmente quieres hacer es lastimar a alguien.

—Bien, Capitán, está bien. Esto fue magia poderosa, y tengo fama por magia poderosa. No es su culpa que no entienda la enorme diferencia entre las dos clases de magia. —La falta de educación, no puede usarse en su contra. Mi voz, expresó claramente que quería—. Pero si realmente fuera a matar a alguien, simplemente le dispararía. Al menos póngame cerca de la mitad de la lista de sospechosos, no en la punta.

—He oído acerca de ti. Que eres una tiradora.

Le miré.

—¿De quién lo escuchó?

—Los policías hablan entre ellos, Sra. Blake. Si hubiera aparecido con un balazo en la cabeza, entonces podría creer que lo hizo.

—¿Por qué matar a una mujer desconocida?

—Pero no es desconocida, Sra. Blake.

Él me estaba mirando muy de cerca.

Miré hacia atrás al cuerpo. Miré hacia abajo la longitud de la misma. No había nada que yo conociera. De todas las mujeres que había conocido desde que llegué aquí, ninguna era lo suficientemente alta como para ser el cuerpo. Excepto una.

Me volví hacia él y sentí que la sangre se fue de mi cara.

—¿Quién es?

—Betty Schaffer, la mujer que acusó a su amante de violación.

El mundo nadaba en rayas de color y calor. Alguien sostenía mi codo, y era lo único que me mantenía en pie. Cuando mi visión se aclaró, Henderson tenía mi brazo y Wilkes estaba de vuelta.

—¿Estás bien, Sra. Blake? —preguntó Wilkes.

Lo miré a los ojos y no sabía qué decir. Betty Schaffer había sido peor

que asesinada. Si el ritual se hizo correctamente y la persona que estaba en peligro, no era pura, como ser un traidor o un mentiroso o lascivo, entonces el alma puede ser tomada con vida. Yo sólo había visto un cuerpo que había sido asesinado en el ritual de un demonio, y no se parecía en nada a esto. El sacrificio había sido asesinado con un cuchillo, pero habían tomado el alma. Y yo no podía levantar el cuerpo. Si un demonio estaba involucrado con la muerte, entonces el cuerpo era sólo arcilla. No tenía ningún poder aquí.

Wilkes no podría haber llamado a un demonio. Ninguno de sus hombres tenía el poder. ¿Quién podría haberlo hecho? Nadie que yo haya conocido desde que llegué tiene esa clase de poder y tipo de marca.

Antes de que pudiera pensar en nada que decir, Wilkes habló primero.

—Tienes una llamada. Creo que deberías tomarla.

Él tenía miedo de que hablara. El problema era que yo no tenía ninguna prueba de nada. Caray, yo ni siquiera sabía lo que estaba pasando. ¿Qué había en esta ordinaria tierra que valga la pena matar? ¿Por qué los duendes tienen que ser quitados de encima? ¿Era sólo para que la tierra pueda ser vendida? ¿O había un propósito más oscuro? Alguien había llamado a un demonio para tratar de hacer que parezca un asesinato por duende. Sabía por qué lo habían hecho, pero no quién. Incluso sabía por qué era Betty. Se había comprometido a sí misma, se puso en riesgo en este tipo de ceremonia.

Las películas tratan de darnos mierda sobre la necesidad de las vírgenes y la pureza para el sacrificio, pero el verdadero mal no quiere matar y enviar a la pureza al cielo. El verdadero mal quiere corromper el bien, y una vez que el bien está muerto, están más allá del alcance del diablo. Sin embargo, los impuros, para sacrificarlos, para matarlos, bueno, el diablo cobra su deuda.

Wilkes, me tomó del brazo como si me ayudara.

—No me toques, Wilkes. Nunca me toques de nuevo.

Dejó caer la mano. Henderson nos miraba como si estuviera viendo más de lo que estábamos diciendo. Los policías son buenos en eso. Dales algo sospechoso, y van a poner dos y dos juntos y hacer diez a veinticinco a la vida. Wilkes me miró.

—¿Podrían ser hombres lobo? —su voz era tranquila.

No pude ocultar el terror de mi rostro. Luché para recuperar mi bonita, cara en blanco, pero no fue suficiente. Wilkes sabía lo que Richard era, de

alguna manera él sabía, y él iba a tratar de culparlo de la muerte de Betty. Los hombres lobo eran un buen chivo expiatorio, y mucho más divertido que creer en los demonios.

Sacó un teléfono celular de su bolsillo. Marcó un número.

—Ella está aquí. Me pasó el teléfono.

Henderson nos miraba como si fuéramos entretenidos. Tomé el teléfono. La voz en el otro extremo era de un hombre, y yo no lo conocía.

—Soy Franklin Niley, Sra. Blake. Creo que es hora de nos encontremos cara a cara.

—No lo creo —le dije.

—Wilkes me dijo que usted ha echado a perder un poco sobre nuestro plan de culpar a los molestos duendes por la muerte. Pero no es demasiado tarde para culpar a su amante. ¿Cuántas personas van a creer su inocencia una vez que se enteren que es un hombre lobo?

—Yo no sé de qué estás hablando —dije.

Tuve que dar la espalda a los ojos atentos de Henderson. Su atención era un poco intensa. Wilkes no me miraba. Estaba viendo a Henderson. Lamentablemente, girando me puse de nuevo en torno a mirar el cadáver. Me volví hacia el lado y la mirada perdida entre los árboles.

La voz en el teléfono era culta, demasiado bien educado para ser cómodo.

—Vamos, Sra. Blake, no juguemos, sólo nosotros dos. Yo sé lo que es el Sr. Zeeman, y una vez que se le acuse, un simple análisis de sangre en la cárcel me dará la razón. Perdería su trabajo, su carrera, y tal vez sería ejecutado. Ha contratado a un abogado excelente, mis felicitaciones. Pero si lo declaran culpable, entonces es una sentencia de muerte. Los jurados tienen una fuerte tendencia a condenar a los monstruos.

—Estoy escuchando.

—Nos vemos en el restaurante de la ciudad. Un lugar público, para que usted se sienta segura.

—¿Por qué me quieres conocer? —Mi voz fue volviéndose cada vez más baja, susurrando.

—Para rogarle una vez más que salga de la ciudad, Sra. Blake. No tengo ningún deseo de ir en su contra. Los espíritus dicen que ir en su contra es la muerte.

—¿Los espíritus? —susurré.

—Nos vemos, Sra. Blake. Usted y el señor Zeeman. Conózcanme, y le

prometo que todo habrá terminado. Van a salir de la ciudad y todo estará bien.

—No confío en ti.

—Tampoco debe —dijo Niley. Se rió, profundo y rico—. Pero encuéntrenme en el restaurante, Sra. Blake. Voy a responder sus preguntas. Le diré por qué quieren la tierra. Una vez que mi pueblo se haya asegurado de que no está usando un micrófono, voy a responder directamente cualquier pregunta que tenga. Seguro que le tienta.

—Hablas como un hombre que sabe mucho acerca de la tentación, Sr. Niley.

Volvió a reír.

—El dinero tienta a mucha gente, Sra. Blake, y tengo una gran cantidad de ello.

Había estado caminando lentamente lejos de Henderson.

—¿Vas a darme dinero?

—No, Sra. Blake, que es lo que ganó cierto oficial de la ley en mi campamento y sus hombres. No creo que el dinero sea la clave de su alma.

No me gustó la forma en que lo había dicho.

—¿Qué quieres, Niley?

—Hablar, eso es todo. Juro o prometo su seguridad, pero no creo que me vaya a creer.

—En eso tienes razón.

—Venga a mí, Sra. Blake. Hablemos. Después de haber respondido a sus preguntas, entonces usted puede decidir si se marcha o se queda. Ahora, ¿sería tan amable de poner al sheriff de vuelta en el teléfono?

Me volví hacia los hombres que esperaban y levanté el teléfono.

—Él quiere hablar con usted de nuevo.

Wilkes caminó hacia el teléfono. Éramos sólo nosotros dos y el cuerpo cuando trató de coger el teléfono. Me agarré de él. Me apoyé cerca de él y le dije:

—El dinero no se gasta en el infierno, Wilkes. El diablo da una moneda diferente.

Tiró el teléfono de mi mano y se alejó en los árboles, escuchando la voz en su oído. La voz que le había ofrecido dinero por vender todo lo que fue o pudo haber sido. El motivo que entendía aún menos para el asesinato o la traición era la avaricia.

Pero maldita sea si no fue un motivo popular para ambos.



TREINTA Y CUATRO

Richard no había dicho una sola palabra desde que habíamos salido de la cabaña para ir a cenar, estaba jugueteando con la goma del pelo, abriéndola y cerrándola una y otra vez, él no solía tener hábitos nerviosos así que no era una buena señal.

Entramos en el estacionamiento del restaurante y apagué el motor, Richard estaba sentado a mi lado había insistido en que fuera yo la que condujera el coche porque al estar tan cerca de la luna llena se distraía con más facilidad.

Nos quedamos durante unos minutos sentados dentro del coche, escuchando como poco a poco iba disminuyendo el ruido del motor. Lo miré fijamente durante unos segundos antes de preguntar.

—No vamos a hacer nada estúpido, ¿verdad?

La goma del pelo que sujetaba entre sus manos se rompió, esparciéndose por el suelo.

—¿Qué te hace pensar eso? —me preguntó Richard mientras me acariciaba dulcemente el brazo, sus ojos era de un perfecto marrón chocolate, eran ojos humanos, pero aun así había algo en ellos que hacía que me estremeciera, sentía a la bestia detrás de ellos.

—¿Puedes sentarte ahí dentro sin hacerte notar? —le pregunté.

—Claro que puedo —me contestó Richard.

—¿Lo harás? —tenía que estar segura.

El me miró dedicándome una media sonrisa forzada, había algo en la expresión de su rostro que no me gustaba.

—Sé que la luna está cerca y que es más difícil controlar a la bestia créeme, pero no te preocupes Anita, se controlar mi rabia.

Parecía muy seguro de sí mismo pero yo no estaba del todo segura, aunque sabía que era Richard así que tenía que confiar en él.

Antes de levantarme del asiento para salir del coche, Shang-Da le entregó a Richard unas gafas de sol, él las cogió y se las puso, después se pasó las manos nuevamente por el pelo, otro gesto nervioso.

—Nunca te había visto usando gafas le pregunté intrigada.

—Supongo, es precaución, por si mis ojos cambian de color —dijo Richard.

Miré a Shang-Da.

—¿Y tú? —pregunté.

—Yo no salí a la niña, no las necesito, ni siquiera me gustan —me contestó secamente.

—Ah genial, entremos pasé por delante de ellos y me dirigí hacia la puerta.

Ellos iban detrás de mí siguiéndome, haciendo a la vez de guardaespaldas. Podía notar en mi espalda como la fuerza de su energía se arremolinaba a mí alrededor.

Cuando entré al restaurante me quedé congelada, parecía como si hubiéramos viajado en el tiempo hasta la década de los 50, era largo y estrecho con taburetes altos y redondos. El local estaba lleno de gente, de ahí que hubiera tantos coches en el parking.

Las camareras vestían un uniforme de color rosa con un pequeño e inútil delantal blanco.

Una de las camareras se acercó a nosotros, sonriendo.

—Richard, Shang-Da hace mucho que no veníais por aquí, pero sabía que no podíais permanecer lejos del restaurante.

Richard mostró la sonrisa más pícara que pudo, la que hacía que cualquier mujer se derritiera.

Shang-Da asintió con la cabeza, que para él era un entusiasta hola.

—Hola, Aggie —dijo Richard—. Estamos esperando a alguien. Niley Frank.

Ella frunció el ceño, y luego asintió.

—Ellos están allá en la gran mesa alrededor de la esquina. Sabes el camino. Voy a traer el agua y los menús en un segundo.

Richard empezó a andar y nosotros le seguíamos. Llegamos hasta la mesa que la rubia camarera nos había indicado, allí estaba el guardaespaldas afroamericano, Milo, era uno de los tres hombres que estaban sentados alrededor de la mesa.

En cuanto nos vio se puso en pie, era realmente alto y musculoso, con el pelo corto era realmente guapo. Llevaba un enorme y largo abrigo, hacia realmente calor para llevar abrigos pero no tuve tiempo para pesar más en eso, Richard estaba caminando hacia él.

Me agarré a su brazo y le susurré al oído.

—Por favor.

Sentí la pesada mirada de Richard desde detrás de sus gafas, nunca me había dado cuenta de cuánto me decía la mirada de Richard, ahora que no podía leer sus ojos era realmente difícil descifrar que era lo que le estaba pasando por la cabeza. Los otros dos hombres aún estaban sentados tranquilamente, uno de ellos no era menor de veinticinco años, con el pelo corto rizado de un intenso castaño. Este no era Niley.

El otro hombre era muy alto, tenía más de seis pies y debía de pesar más de trescientas libras. Tenía el pelo negro y unas entradas muy pronunciadas, pero lo que más me llamaba la atención es que no había hecho nada para ocultar este hecho, sino que parecía todo lo contrario, llevaba el pelo muy corto, lo que hacía que se notase más.

Sus ojos eran de un marrón oscuro, eran fríos y vacíos, puso sus manos encima de las mesas, eran enormes y cada dedo llevaba un anillo de oro.

El me miró fijamente durante unos segundos y después me sonrió.

—Srta. Blake, es tan bueno que haya venido —me dijo mientras seguía sonriendo.

Él no se presentó, así que no sabía quién era.

Shang-Da se había movido discretamente hasta mi lado.

El hombre mayor, que supuse que era Niley, me ofreció la mano. La

tomé, el apretón de manos fue demasiado rápido, casi sin tocarnos.

—Este es Howard —dijo Niley.

Howard no me ofreció su mano, pero yo si se la ofrecí, sus enormes ojos marrones se agrandaron por la sorpresa y me di cuenta de que tenía miedo de mí, interesante.

—Howard no da la mano me —dijo Niley—. Es un vidente bastante potente, estoy seguro de que lo entiende.

Yo asentí.

—Nunca he conocido a un clarividente fuerte que estaría dispuesto a tocar a un extraño. Demasiada mierda para recoger.

Niley asintió con la cabeza, una cabeza pequeña flotando en sus anchos hombros.

—Exactamente, Sra. Blake, exactamente.

Me senté en un amplio sillón y Richard se colocó a mi lado.

Niley nos miraba a ambos.

—Bueno señor Zeeman, nos volvemos a encontrar.

Richard clavó su mirada en el hombre.

—¿Por qué la mataste? —La rabia se palpaba en sus palabras y la brusquedad de su pregunta me hizo saltar en mi sillón.

Mi movimiento debió de sorprender a Richard porque posó su mirada un instante en mí y después volvió a hablar.

—No he venido aquí para jugar.

—Ni yo tampoco señor Zeeman —dijo Niley—. Acompáñame a la habitación mientras Milo cachea a su guardaespaldas.

—Shang-Da —dijo Richard—. Su nombre es Shang-Da.

La sonrisa de Niley se hizo más amplia.

—Por supuesto.

—¿A quién le va a encargar mi cacheo? —pregunté con una ceja alzada —. ¿Howard?

Niley sacudió la cabeza.

—Mi otro ayudante se encargará un poco más tarde —se puso de pie—, vamos Sr. Zeeman, acompáñeme, ¿puedo llamarle Richard? —preguntó.

—No —dijo Richard, su voz sonó fría, baja y profunda, tanto fue así que un escalofrió recorrió mi espalda.

Mientras pasaba a mi lado me tocó el brazo, miré su mano y después lo miré a su cara tratándole de decir con la mirada que no hiciera nada estúpido o suicida.

Richard desapareció por una puerta detrás de Niley.

Nos sentamos en la mesa, Milo lo hizo al lado de Howard, Shang-Da se quedó sentado detrás de mí.

—¿Eres realmente bueno? —pregunté a Howard.

—Bastante bueno como para tenerte miedo.

Yo le miré y le fruncí el ceño.

—No soy uno de los chicos malos, Howard.

—Puedo ver tu aura —fue todo lo que dijo mientras la camarera traía los cubiertos.

Cuando se fue volví a dirigirme a él.

—Así que… puedes ver mi aura, ¿y qué es lo que ves? —pregunté curiosa.

—Se lo poderosa que eres Anita, puedo sentirlo.

—Yo por el contrario —le dije—, no puedo ver tu aura, pero si puedo sentir un poco de tu poder, enséñame Howard, muéstrame lo que eres capaz de hacer.

—¿Por qué? —me preguntó mientras apartaba su mirada de mí.

—Tal vez solo esté aburrida.

El volvió a mirarme mientras se lamia los labios.

—Dame algo para confiar, sin armas, sin trucos y nada de magia.

Eso reducía mis opciones, pero decidí aceptar, me quité la cruz del cuello y se la entregué.

—No me toques —dijo en un siseo.

Deposité con cuidado la cadena en su mano, él cerró el puño y me miró, parecía que estaba atravesándome con la mirada, sentí como una pequeña corriente eléctrica pasaba sobre mí, rodeándome.

—Veo una mujer de más edad… tu abuela —pestañeó y me miró—. Ella te dio esto cuando tú te graduaste.

Yo asentí.

—Impresionante.

Había llevado muchas cruces durante estos últimos años, y la de la abuela la había guardado, pero ahora tenía la sensación de que necesitaba algo más, ella me la había entregado con una nota *que tu fe sea tan fuerte como esta cadena y tan pura como la plata*, y yo últimamente necesitaba mucha pureza.

Los ojos de Howard se movieron más allá de mí, me giré para observar lo que estaba mirando. Había un hombre enorme dirigiéndose hacia

nosotros, debería de medir casi dos metros y pesar más de 100 kg.

El hombre caminaba hacia nosotros despacio, observando disfrutando del momento, como si él fuera el cazador y nosotros unas presas fáciles. Cuando lo miré a los ojos me quedé atrapada en su mirada y una ola de poder me recorrió la espalda.

Cuando llegó a nuestra altura Howard se levantó y lo abrazó, después me miró y nos presentó.

—Linus, esta es Anita Blake, Anita este es Linus Beck. —La voz de Howard fue más aguda de lo que era, como si estuviera realmente asustado.

Linus me miró y sonrió abiertamente.

—Es un verdadero placer conocerte Anita, siempre es agradable encontrarse con un compañero que practica las mismas artes.

—No practicamos las mismas artes, Linus —le dije secamente.

—¿Estás segura?

—Segurísima —aun estando de pie tenía que estirar el cuello hacia arriba para poder ver su rostro.

—¿Por qué Niley necesita un clarividente y un brujo?

Linus Beck sonrió ampliamente, incluso parecía real.

—Has descubierto lo que soy, me complace.

—Me alegra oír eso. Ahora, responde a la pregunta.

—Paciencia Anita, todas las preguntas serán respondidas en su momento.

Le miré fijamente y me di cuenta de que no tenía un solo pelo en su piel, ni siquiera en los brazos, parecían los brazos dorados de un niño pequeño.

El me miró y sonrió como si fuera capaz de leerme la mente o simplemente se reflejara en mi cara lo que pensaba.

—Hace muchos años —empezó a hablar—. Mi virilidad fue sacrificada, de ese modo serviría mejor a mi amo.

Parpadeé ante su sorprendente declaración.

—Eres un eunuco.

El asintió.

Quería preguntarle por qué, pero lo pensé mejor y no abrí la boca. Nunca le preguntas a un sociópata o psicópata porque lo son.

La pequeña sonrisa se congeló en su cara.

—Otras personas también me han dicho que estaba loco Anita, pero no oigo voces sólo la voz de mi amo.

—¿Si pero es la voz de tu amo o de tu cerebro dañado?
Su ceño se frunció.
—No sé lo que quieres decir.
Antes de poder contestar Richard y Niley estaban de vuelta en la habitación.
—Linus te cacheará, después podremos hablar —dijo Niley.
—No es personal Linus, pero no quiero que me toques —dije rápidamente.
El me miró sorprendido.
—Tienes miedo de mi amo.
Yo asentí.
—Claro que si.
—Debo insistir en que Linus debe de buscar, pero si lo deseas uno de sus hombres puede acompañarla —dijo Niley.
No me gustaba pero sabía que era la mejor oferta que podía conseguir.
Una de las camareras se acercó a nosotros. Me di cuenta de que tenía hambre así que pedí panqueques con bacon.
Richard me miró realmente sorprendido.
—¿Cómo puedes comer? —preguntó.
—O aprendes a comer en medio del desastre y rodeada de sangre o consigues un trabajo de día, Richard —dije sin mirarle.
—Muy práctico Sra. Blake —dijo Niley.
Le miré y le di una pequeña sonrisa desagradable.
—Sólo en los últimos tiempos, señor Niley, me he vuelto muy, muy práctica.
—Bien —dijo—. Entonces nos entendemos.
Sacudí la cabeza.
—Está confundido señor Niley, yo no sé lo que es ni lo que pretende.
—¿Y qué crees que soy? —preguntó el acercándose en la mesa.
—Sin duda señor Niley una mala persona.
La sonrisa en su cara se hizo más pronunciada.
—Tienes razón soy un chico muy malo.
—Supongo que eso nos convierte en los bueno, ¿no cree? —pregunté con sorna.
Niley sonrió.
—Yo sé lo que soy Sra. Blake y estoy contento con ello, ¿sabe lo que es y está contenta con ello, Sra. Blake?

Nos miramos durante un buen rato, finalmente le respondí.

—Mi estado de ánimo en realidad no es uno de su interés.

Sonrió.

—Respuesta suficiente me dijo tranquilamente.

Cuando la camarera se alejó Linus, Richard y yo nos fuimos a la habitación de al lado.

La pregunta que me rondaba la mente era ¿Habrá baño?



TREINTA Y CINCO

Utilizamos el baño de hombres. Las manos de Linus se sentían extrañamente suaves, como si no hubiera músculos debajo de su piel, sólo huesos y carne. Tal vez había renunciado a otras cosas para servir a su amo. Fue espeluznante, pero estaba completo.

Incluso me pasó los dedos por mi pelo, la mayoría de la gente se olvida de hacer. Él se portó bien, incluso cuando sus manos estaban en las zonas delicadas. No dio ninguna razón para que Richard se enojara. Yo tampoco.

Todos acudimos de nuevo a la mesa. La comida no había llegado aún, pero tenía café. No hay nada mejor que un buen café.

Estábamos de nuevo sentados en las sillas de espaldas a la puerta. Si hubiéramos llegado antes, no hubiésemos tenido estas sillas, así que fue difícil. Linus se sentó a la derecha de Niley. Me di cuenta de por qué no estábamos en una cabina. Linus no hubiera cabido.

—Querías hablar, Niley.

Yo bebía café. Era amargo y había estado sobre la hornilla demasiado tiempo, pero no hay ninguna tal cosa como el café imbebible.

Realmente esperaba que la comida fuese mejor.

—Quiero que salgan de la ciudad, Anita.

—Wilkes y sus hombres ya están cubiertos. Les dijimos que nos íbamos, al ponerse el sol —le dije.

—Yo sé lo que te dijo el sheriff —dijo Niley. No sonreía. Sus ojos eran fríos, el humor moría en su rostro como el sol poniente, dejando el mundo a la oscuridad.

—No creo que él crea que nos vamos, Richard —dije.

—No me importa lo que él cree —dijo Richard.

Miré a Richard. Estaba sentado con los brazos cruzados, mirando a Niley. Hubiera sido más inquietante, sin no llevara una camiseta con un manatí, pero hizo comprender su punto. Richard jugaba a ser inteligente e ingenioso conmigo. Lo dejé con su ira tranquilo y seguí adelante.

—¿Por qué es tan importante que salgamos de la ciudad, Niley?

—Te lo dije. Los espíritus dicen que venir contra ti es la muerte.

Sacudí la cabeza.

—¿Qué espíritus?

—Howard usa la ouija, así como sus otros regalos. Los espíritus me advirtieron de la Dama de la Muerte. Una mujer que sería mi perdición. Nos advirtió de ello en conexión con esta compra. Cuando escuché mencionar tu nombre, sabía quién era la Dama de la Muerte. Los espíritus dicen que si voy directamente en contra de ti, me matarás.

—Así que enviaste a Wilkes y sus matones para asustarnos.

—Sí, y contraté a dos matones lugareños ¿Están muertos?

Le sonreí.

—No buscabas chicos para enviar un mensaje, ahora ¿no?

Parecía encontrarlo divertido.

—Supongo que no. Pero supongo que los dos hombres no van a volver para la segunda mitad de su pago.

—Se puede suponer —dije.

La camarera vino con la comida. Todos estábamos totalmente tranquilos cuando colocó los platos. Colocó jarabe delante de mí y me preguntó si quería otra cosa.

Todos sacudimos la cabeza, y se fue.

Miré mis panqueques y el tocino, ojalá no los hubiese ordenado. No

estaba de humor para más mierda. Sólo quería terminar con esto.

—Se supone que no me confrontas directamente, entonces ¿por qué el cambio de planes? ¿Por qué esta reunión?

Él sonrió y cortó un pedazo de tortilla de su plato.

—Anita, no seas tímida. Creo que ambos sabemos que Wilkes no tiene el estómago para este trabajo. Él puede ocuparse hasta que le dispares, pero él no está ni lejos de asustarte. Su amenaza, digamos, carece de un factor de miedo seguro. —Tomó su bocado de tortilla y masticó.

—¿Cuál será la siguiente amenaza? —dije, vertiendo jarabe en mi panqueques.

Él sonrió, se secó la boca con una servilleta, y sacudió la cabeza.

—Ahorremos esto último. Ahora, haga sus preguntas.

—¿Por qué quieres este pedazo de tierra?

Richard se movió en su silla, se inclinó hacia adelante. Había estado preguntando acerca de esta cuestión en particular, hace tiempo.

—Hay una reliquia sobre aquella tierra en algún sitio. Tengo que poseer la tierra, entonces podré escavar y buscar la reliquia.

—¿Qué reliquia? —pregunté.

Él sonrió.

—La lanza que atravesó el costado de Cristo.

Me quedé mirándolo. Me quedé mirándolo más. No parecía estar bromeando.

—Eso es un mito, Niley.

—¿No crees en Cristo?

—Por supuesto que sí, pero una lanza romana no dura miles de años. Se perdió hace mucho tiempo.

—¿Crees en el Grial? —preguntó.

—El Grial es un hecho histórico. Ha sido encontrado y perdido dos veces en la historia. La lanza nunca ha sido autenticada. Es pasada alrededor como huesos de algún santo, pero esto es justo el cebo para algún crédulo.

—¿Me veo como crédulo, Anita?

—No —dije—. ¿Cómo ha llegado a las montañas de Tennessee?

—La lanza fue dada como un regalo privado al presidente James Madison.

Lo miré con el ceño fruncido.

—No recuerdo que hayan nombrado esto en la clase de historia.

—Es catalogado entre los regalos de un determinado principado del Mar de Mideas. Una lanza romana. Desafortunadamente, fue uno de los elementos que desaparecieron después que los ingleses quemaron y saquearon a Washington, DC, en 1815.

—Recuerdo haber leído acerca de la quema de la Casa Blanca durante la guerra de 1812. Los objetos de valor desaparecieron. Por lo tanto, puedo decir que tienes razón. ¿Cómo terminó aquí? —pregunté.

—Howard la ha perseguido hasta aquí a través de sus dones psíquicos. Los espíritus nos han llevado a este lugar. Contratamos a un investigador, y trazó fuera de los límites de nuestra zona de búsqueda. Esa zona se encuentra en la tierra de Greene.

—Busca en la tierra —dijo Richard—. No tienes que comprarla para hacer eso. No tienes que molestar a los duendes en busca de una lanza.

—Podría estar enterrado en cualquier lugar de la tierra, Richard. No creo que a Greene le gustara que irrumpiésemos en su propiedad, a menos que seamos los propietarios.

—Estoy sorprendida de que Greene está todavía vivo —le dije.

—Examinamos la voluntad de su padre. ¿Sabías que si el hijo del hombre muere, la tierra se convierte en una reserva animal? Estaba enamorado de sus duendes, Sr. Zeeman, Greene retrasó los agricultores.

—No sabía eso —dijo Richard.

—¿Por qué? John Greene, el hijo del hombre, está tratando de vendernos. Él nos dijo de todas las disposiciones de la herencia de su padre. Él se quejaba de ellos, pero salvó su vida. Así que tenemos que comprar la tierra, y los duendes deben irse, a menos que simplemente deje de luchar contra la venta en el tribunal.

Niley sonrió a Richard.

—¿Harías eso por mí, Richard? ¿Te basta con que compremos la tierra? Prometo no molestar a tus duendes tan poco como sea posible.

Richard se inclinó hacia mí y me susurró.

—¿Estás moviendo el pie arriba y abajo de mi pierna?

Le miré.

—No.

Richard tiró su silla hacia atrás con un ruido fuerte. Se acercó a mí, con un brazo en la parte trasera de la silla.

—Una vez que seas dueño de la tierra, Niley, puedes arrasarla, y no podemos dejarte. Lo único que podemos hacer es no dejar que realices la

compra.

—Richard, me decepcionas. Después de nuestra pequeña *tête-à-tête* en el baño, pensé que éramos amigos.

Richard se sonrojó se puso casi púrpura desde el cuello hasta las raíces de su cabello.

—¿Por qué mataste a Betty?

—Para involucrar a los duendes de la muerte de una persona. Pensé que se habían dado cuenta del por qué ahora.

—¿Por qué Betty?

Linus respondió con voz alta y musical.

—Ella era una mentirosa, una traidora, y una cosa sin sentido. Se abría al mal.

El poder de Richard respiraba fuera de su brazo contra mi espalda. Un aura de calor casi visible subió a su alrededor. Esto tocó algo profundamente dentro de mí.

Puse una mano sobre su muslo. Saltó hasta que comprendió que era yo, y luego se acomodó. Le envié pensamientos calmantes. Pero en lo que estaba pensando era en Betty, y la idea era lo suficientemente fuerte que me hizo dar un vistazo de su cuerpo. Tuve una rápida imagen de sus pechos desgarrados, y se quedó allí abruptamente, su silla cayó al suelo. Sus manos estaban sobre la mesa, y se balanceaba suavemente. Pensé que iba a desmayarse.

Empecé a tocarlo, pero temía, tenía miedo de ver más. Shang-Da vino a tomar su brazo.

Las voces alrededor de nosotros se habían calmado, se habían callado. Todo el mundo nos estaba mirando.

—Por favor, Richard, siéntate —dije en voz baja.

Shang-Da lo ayudó a sentarse. Todos esperaron en silencio, mirando unos a otros hasta que las voces a nuestro alrededor se elevaran y todo el mundo volvió a comer. Howard le susurró:

—Sus auras convergieron por un momento. Se convirtieron en una sola pieza y llamearon. ¿A qué sí?

La voz de Richard salió con dificultad.

—Betty no era perfecta, pero ella no merecía morir así. —Inclinó su cara hacia abajo, hacia la mesa, y me di cuenta que estaba llorando.

Le toqué la espalda, tentativamente, frotando en círculos pequeños.

—Tu plan para culpar de su muerte a los duendes es un fracaso. ¿Y

ahora qué?

—No importa lo que vamos a hacer después, Anita. Vas a estar fuera de la ciudad.

—Le dijimos Wilkes que nos íbamos —le dije.

Richard se quitó las gafas de sol y se secó los ojos con las manos.

—Mírame, por favor, Richard —dijo Niley.

Tal vez fue el favor, por un instante, Richard miró hacia la mesa. Por un instante, Niley vi sus ojos.

—Esos ojos marrones son muy bellos. Eres una mujer con suerte, Anita.

Richard empezó a empujar sus pies. Le puse una mano sobre su brazo. Sus músculos eran duros y tan tensos que repiqueteaban, sentí, un deseo de saltar encima de la mesa y hacerle daño a Niley.

—Quiero asegurarme de que se han ido. Últimamente, los espíritus le han dicho a Howard, de un animal que ayuda a la Dama. Creo que estoy mirando a la bestia.

—¿Cómo te enteraste? —pregunté.

Richard colocó las gafas en su lugar y se deslizó hacia el respaldo de su silla. Sus hombros caídos estaban duros, la camiseta se forzaba por las costuras.

—Los vampiros locales no me gustan mucho —dijo Niley—. Me acerqué a ellos, tratando de reunir información acerca de la lanza. Algunos de ellos han estado en esta área durante el tiempo suficiente para haber sido testigos del evento. Lamentablemente, no tenía información, pero me dijeron cosas muy interesantes acerca de ti, Richard y el Maestro de la ciudad de Saint Louis. Dijeron que eras un *ménage à trois*, aunque Richard parece reacio a admitir su interés en los hombres.

—No creas todo lo que te dicen, Niley, especialmente de personas que no nos quieren. Tus enemigos siempre forman mejor los rumores que tus amigos.

Niley puso mala cara.

—Oh, querida. Entonces mis avances han sido muy deseados de hecho. —Se echó a reír. La sonrisa se desvaneció—. Creo que es hora de la amenaza.

—Me dejas pasmada —dije.

—Creo que un dardo tranquilizante a una distancia de Richard, es bastante factible. Cuando se despierte, estará amarrado por cadenas de plata

en su estómago, desnudo. Lo violaré, y voy a disfrutarlo. Luego dejaré que Linus le rebane la garganta, y Linus también lo disfrutará. —Volvió sus grises ojos fríos a mí—. Anita, voy a darte al amo de Linus.

Linus se volvió hacia mí. Parecía el mismo, pero la piel de mi espalda estaba intentando desprenderse y se arrastraba y quería esconderme. Cada pelo en mi brazo se erizó. Malos susurros se movieron a través del comedor luminoso.

Howard se quedó sin aliento, abrazado a sí mismo.

Miré a Linus y no traté de ocultarlo. Tenía miedo de él y de lo que había dentro de él.

Niley rió, profundo y agradable.

—Creo que nos entendemos, por fin, Anita.

Richard se volvió y miró a Linus. El vello de sus brazos estaba de punta, también. Habló, mirando directamente al hechicero.

—¡Cómo caíste del cielo, oh estrella del día, hijo de la mañana!

En la primera línea, el poder terrible disminuyó, la piel arrastrándose un poco menos. La cara de Linus era más agradable.

—¿Cómo cortas la tierra? —dijo Richard—, ¡tú que pusiste las naciones abajo! Has dicho en tu corazón: Subiré al cielo, por encima de las estrellas de Dios pondré mi trono en las alturas. Isaías.

Con la última línea, el olor del mal se retiró. Se demoró como el perfume en una habitación vacía, pero fue cerrado por el momento.

—Impresionante, Richard —dijo Niley—. Así que eres un verdadero creyente.

Richard se levantó lentamente de su silla. Puso una mano sobre la mesa y se inclinó sobre él. Sentí fluir la energía picante como un hilo caliente que salía a través de mi piel. Bajó sus gafas de sol apenas lo suficiente para que Niley viera sus ojos, y yo sabía lo que estaba haciendo. Sabía que Niley estaba viendo los ojos de color marrón cambiando al color ámbar del lobo.

Richard habló en voz baja y con cuidado.

—Y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no prevalecieron contra ella.

Acomodó las gafas en los ojos, se incorporó y se alejó de la mesa. Él tendió la mano para mí. La tomé. Dejé que me llevara fuera del restaurante. Shang-Da nos seguía.

Me arriesgué a echar un vistazo atrás. No me volví hacia una columna de sal, pero vi la cara de Niley. Y lo sabía, lo sabía sin duda, nos quería ver

muertos.



TREINTA Y SEIS

Yo no quería preguntar a Richard si salíamos de verdad de la ciudad. Yo sabía la respuesta, y francamente, yo estaba de acuerdo con él. Tenía razón sobre la posibilidad de que fuera Niley y nos lanzara de ahí, no podíamos dejar que nos tuvieran, pero fue más que eso, Richard había trazado una línea, el bien contra el mal. Bueno no se puede meter la cola y correr, va contra la reglas.

Tomó cerca de tres horas hacer las maletas y pretender dejar la ciudad. Pusimos a Jamil en la parte trasera de la camioneta con un ataúd a cada lado de él para mantener la camilla y no se resbale. Nathaniel había conseguido sus heridas en la espalda, defendiendo mi honor. Aunque admito que no había luchado tanto como lo haría un hombre lobo ansioso, Como haya sucedido él se montó atrás con los heridos, probablemente abrazado a alguno de los ataúdes, por como lo conocía.

Cherry se montó atrás con ellos, creo que para actuar como un agente

de paz. Jamil no se veía tan mal como Nathaniel.

Fui a la parte delantera, Richard nos seguía en su 4x4 con Shang-Da y todo el equipo que había llevado durante todo un verano de campamento y el estudio de los primates de gran tamaño.

Todo mundo la montaba conmigo.

El sheriff Wilkes había enviado a Maiden y Thompson para acompañarnos fuera de la ciudad en un coche blanco y negro, o en este caso, un azul y blanco, pero el efecto era el mismo. Thompson saludó alegremente mientras pasábamos por delante de ellos, fuera de los límites de la ciudad. Hubiera sido infantil enseñarle el dedo, así que no lo hice. Zane lo hizo por mí. Jasón les envió un beso.

Manejamos más de una hora a una cita convenida con Verne. No todos podíamos permanecer en una sola casa, demasiadas personas nuevas podrían levantar sospechas, por lo que nos dividimos. No me gustaba, pero tuve que aceptar que todos juntos hemos hecho ya un muy buen espectáculo.

Terminé de conducir a la casa de Marianne, yo iba en la parte trasera de su camión con Zane, Cherry y los ataúdes. Nathaniel tuvo que viajar en la cabina del camión, debido a la herida en su espalda. La herida hecha por el arma de fuego a Zane parecía haberse curado más rápido que las marcas de garras. Yo no estaba segura si era porque era una curandera o por que las heridas de bala se curaban más rápido que las heridas de garras.

La parte trasera de la camioneta fue un camino muy duro, yo me había encajado en la esquina, cerca de la cabina, con el ataúd de Damián presionando mis costillas. Apretando la cabeza contra la cabina del camión, para no romperme el cuello, mis dientes temblaban en cada bache. Era como una paliza sin fin, mis huesos repiqueteaban y me dolía la cabeza, lo sentía en el centro de la frente. El sol era una mancha de fuego amarillo en el cielo. Que caía sin pestañear, implacable, haciendo que el sudor corriera por mi rostro y brazos.

Zane estaba en la esquina, frente a mí, apoyado contra el ataúd de Asher. Su playera negra se moldeaba a él como una segunda piel sudorosa. Cherry había elegido hoy una camiseta blanca. El polvo rojizo del camino, se impregno en la tela blanca y mezclado con el sudor, parecía sangre seca.

Mi cabello se había convertido en una masa de rizos sudorosos, no al lindo estilo Shirley Temple. Nada lo podría limpiar, era un lío rizado.

El pelo de Zane y Cherry sólo estaba liso y plano sobre sus cabezas.

Los tres no hicimos ningún esfuerzo en hablar. Nos instalamos en el calor y en el sacudido de huesos como si fuera una especie de coma, algo que hay que soportar en lugar de disfrutar.

El camino se derramó sobre una carretera pavimentada, y la suavidad repentina fue casi sorprendente. Oí de nuevo.

—Gracias a Dios —dijo Cherry.

Marianne grito de nuevo a nosotros.

—¡Carro aproximándose, ocúltense!

Todos nos movimos hacía la parte de debajo de la lona que cubría los ataúdes. Hubo una segunda lona y cuerdas debajo de mí. La lona olía a moho seco. Era un cara o cruz si era más frio debido a la sombra o más caliente debido a la falta de aíre. Me pareció escuchar un coche por el derrame de grava, pero Marianne no nos avisó que podíamos levantarnos, así que no lo hicimos.

Pude ver a Zane a través de la penumbra caliente, nos miramos unos a otros con ojos apagados, me sonrió. Le sonreí. Todo empezó a ser divertido, empezábamos a llegar a un nivel de malestar en el que deseas gritar o reír.

El camión se detuvo con una sacudida. En el silencio repentino se oía a Zane riendo. La voz de Cherry fue clara.

—¿Qué demonios es tan divertido?

—Estamos en casa, niños y niñas —dijo Marianne—. Pueden salir ahora.

Zane y yo salimos al aire libre todavía riendo. Cherry frunció el ceño a los dos.

—¿Qué es tan gracioso?

Los dos sacudimos la cabeza. Entendías la broma o no, era difícil explicarse, aún a nosotros mismos.

Marianne llego cerca de mí.

—Me alegra ver que estás en un mejor estado de ánimo.

Me pasé la mano por el pelo y casi podía exprimir el sudor que tenía.

—Bien, podría estar de mejor humor, pero no creo que el día mejore.

Marianne frunció el ceño.

—El pesimismo es impropio en alguien tan joven.

Se quedó allí, mirando serena y tranquila, con una camisa blanca sin mangas, atada a la cintura. No era el ombligo, pero dio la impresión de verlo. Un par de pantalones cortos azul pálido y planos, zapatos tenis

blancos completaron el vestuario. Su cabello claro estaba en un moño. El cabello era todo de color uniforme: gris plateado, rubio pálido y blanco. Las líneas finas en los ojos y la boca que no habían sido visibles la noche anterior, se mostraron. Más de 50 años, pero como Verne, su cuerpo todavía estaba delgado y firme. Se veía fresca, confortable y muy limpia.

—Necesito una ducha —le dije.

—Secundo la moción —dijo Cherry.

Zane asintió.

—Bienvenidos a mi casa —dijo Marianne.

El camión estaba estacionado en un camino de grava frente a una casa blanca de dos pisos. La casa tenía persianas amarillas y un rosal de escalada se levantó a un lado del porche. Había dos tinas de geranios blancos y rosas en la parte inferior de los escalones del ancho porche. Las flores eran exuberantes y bien regadas. El patio era de color marrón y sentí morir en el calor del verano.

En realidad, he aprobado. Yo no creía en la hierba de riego. Una pequeña bandada de gallinas picoteaban en la tierra seca del patio.

—Agradable —dije.

Ella sonrió.

—Gracias. El establo esta por allí, oculto por los árboles. Tengo algunas vacas y caballos. El jardín está detrás de la casa. Podrás verlo desde tu dormitorio.

—Muy bien, gracias.

Ella sonrió.

—¿Por qué creo que no se preocupan por mi cosecha de tomates?

—Déjame tomar una ducha y ya me importara —dije.

—Podemos descargar los ataúdes, Tus dos wereleopardos pueden tomar un baño. Espero haya suficiente agua caliente para los tres. Si dos de ustedes lo hacen juntos, sería bueno conservar el agua.

—No comparto la ducha —dije.

Miré a Cherry.

Ella se encogió de hombros.

—Zane y yo podemos compartirla. —Debo haber mostrado algo en mi cara, porque agregó—: Nosotros no estamos enamorados, Anita. A pesar de que hemos sido amantes. Sera un consuelo tocarse entre sí. No es sexual. Es… —Miró a Marianne, como para que la ayudara.

Marianne sonrió.

—Una de las cosas que te une a una manada o a un leopardo es el tacto. Se tocan unos con otros constantemente. Todos son novios. Se preocupan por los demás.

Sacudí la cabeza.

—No comparto una bañera.

—Nadie te lo está pidiendo —dijo Marianne—. Hay muchas maneras de forjar un vínculo, Anita.

—No soy parte del grupo —dije.

—Hay muchas maneras de ser parte de la manada, Anita. He encontrado mi lugar entre ellos, y no soy *Lukoi*.

Nos dejó a Zane, Cherry y a mi descargar los ataúdes. Mientras ella se llevaba a Nathaniel a recostarse.

Cherry y Zane ayudaron a guardar los ataúdes en el sótano, y luego se fueron a tomar su baño juntos.

La entrada al sótano estaba en la parte de afuera, como un sótano para tormentas, a la antigua. La puerta trasera estaba hecha de madera, se golpeó ruidosamente cuando el wereleopardo entró.

Marianne me recibió en la puerta, salió por la puerta, y me cerró el paso.

Ella sonreía y parecía en calma y en paz, en el centro de su universo. Solo viendo el contenido, mi cara me picaba y me incomodaba. Me dieron ganas de gritar y azotarla hasta que su universo fuera tan complicado como el mío. Como se atreve a contenerme cuando yo estaba tan confundida.

—¿Qué es tan malo, hija? Puedo oír tu confusión, como las abejas zumbando en las paredes.

Había un grupo de pinos cerca de la parte trasera de la casa, como una fila de soldados.

El aíre olía a navidad perpetua. Usualmente me gusta el olor a pino, pero no hoy. Simplemente no estaba de un estado de ánimo navideño. Me apoyé en las juntas desgastadas de la casa, mientras ella se quedó en el pequeño porche trasero, mirándome.

La Firestar estaba clavada en mi espalda. La saqué y la metí en la parte delantera de mis jeans. A la mierda, si alguien lo vio.

—Viste a Verne —dije.

Ella me miró, son sus ojos grises en calma, ilegibles.

—Yo vi lo que le hiciste en el cuello, si eso es a lo que quieres decir.

—Sí, eso es lo que quiero decir.

—Su marca sobre su cuello, demuestra dos cosas para todos nosotros. Que lo consideras tu igual, no como alguien pequeño y que no estás contenta con su hospitalidad. ¿Algo de esto es falso?

Pensé por un momento y luego dije:

—Yo no reconozco a nadie como dominante. Tal vez me pueden derrotar a la mierda o me maten, pero no son mejores que yo. Ser fuerte no significa mejor o más dominante.

—Hay quienes están de acuerdo contigo, Anita, pero yo no soy uno de ellos.

—Y no, no estoy contenta con la hospitalidad. He destruido la mayor parte de los vampiros de Collin para ustedes. Verne estaba contento, pero aún no me dejó tener mis armas anoche, entonces los malos casi nos matan a Jamil, Jason, Cherry y a mí.

—Verne, lamentó lo que pasó ayer por la noche o no se hubiera ofrecido a sí mismo a ustedes.

—Grandioso, muy bien, pero yo no tenía la intención de marcarlo. No quise hacerlo. ¿Comprendes eso, Marianne? No lo hice a propósito. Al igual que anoche con el *Munin*, esta mañana no estaba en control. Yo estaba seducida por el olor de la sangre y la carne caliente. Es… raro.

Ella se rió.

—¿Escalofriante? ¿Es la mejor palabra que puede describir a Anita Blake? Eres el verdugo y alguien debe temerle, pero aun así…. Eres joven.

—¿Quieres decir que soy ingenua? —dije.

—No ingenua en el sentido de lo que por lo general significa. Estoy segura que tú has visto más sangre y muerte, que yo. Tu poder se tiñe de violencia. Los atraes y corren tras de ti. Pero hay algo acerca de ti que lo mantiene fresco y de alguna manera perpetuamente infantil. No importa lo cansada que estés, siempre habrá una parte de ti que sería más cómodo decir qué demonios pasa.

Yo quería moverme bajo la intensidad de su mirada, o correr.

—Estoy perdiendo el control de mi vida, Marianne, y el control es muy importante para mí.

—Yo diría que el control es una de las cosas más importantes para ti —dijo Marianne.

Asentí con la cabeza. Quedando en mí cabello parte de la pintura descascarada de la casa. Me aparte de las tablas, frente a ella, en el patio polvoriento.

—¿Cómo puedo recuperar el control, Marianne? Tú pareces tener todas las respuestas.

Se rió de nuevo.

—No todas las respuestas, pero tal vez si las que buscas. Yo sé que el *Munin* va a venir otra vez por ti. Puede ser cuando menos te lo esperes o cuando más necesites el control. Él te puede abrumar, y el costo sería la vida de las personas que más estimas, como lo fue anoche. Richard se salvó de que lo mataran fue gracias a la intervención de Verne.

—A Raina le gustaría arrastrar a alguno de nosotros a la tumba.

—El placer del *Munin*, es la destrucción. Se siente atraído por la violencia, pero sólo sirve a un propósito mayor. Es una herramienta que se utiliza bien. La antigua *Lupa* atrajo la violencia por sí misma, como algo destructivo. Era irónico que alguien dedicado a la negatividad, fuera también un *Lukoi*.

—La vida está llena de ironías —dije. No traté de mantener el sarcasmo de mi voz.

—Tú tienes la oportunidad de hacer que el *Munin*, sea parte de tu esencia, algo positivo. En cierto modo, puede ayudar a tu poder a través del Karma.

Fruncí el ceño.

Movió las manos.

—Mis disculpas. Voy a mantener la mínima filosofía. Creo que puedo ayudarte a dominar la llamada del *Munin*. Creo que juntas podemos aprovechar todas las distintas formas del poder que se te está ofreciendo ahora. Me puedes enseñar que no es solo el *Munin*, sino la marca del maestro vampiro, e incluso tu *Ulfric*. Tú eres la clave entre uno y otro. Su puente. Sus sentimientos por ti son parte de la unión que se ha forjado entre los tres.

Hubo un destello en su rostro, una fuerza que hizo que mi piel se erizara. Se refería a lo que dijo, ella creía y curiosamente, yo también.

—Quiero controlarlo, Marianne. Todo, más que cualquier otra cosa. Si no lo puedo parar, quiero controlarlo.

Ella sonrió y sus ojos brillaron.

—Bueno, entonces comencemos con la primera lección.

Fruncí el ceño.

—¿Qué lección?

—Vamos a la casa, Anita. La primera lección te espera si tu corazón y

mente están abiertos a ella.

Volvió entrar sin esperar por mí.

Me quede allí un momento en el calor del verano. ¿Si mi corazón y mente estaban abiertos a ello? ¿Qué demonios significaba eso?

Bueno, hay una sola manera de averiguarlo. Abrí la puerta y camine adentro. La lección número uno me esperaba.



TREINTA Y SIETE

Marianne me condujo a la habitación donde ella había colocado a Nathaniel. Estaba en un dormitorio grande en la planta baja. Horas antes, el cuarto estaba inundado por la luz de la mañana, pero ahora, casi a las tres de la tarde, la habitación se hallaba oscura. La ventana estaba abierta, y una brisa soplaba levantando las cortinas de encaje blanco por la habitación. Un pequeño ventilador oscilante encima de una silla refrescaba la cama. El papel de pared era gris con una línea delgada de flores rosadas. Había una gran mancha marrón por una gotera en la esquina del cielo-raso.

La cama era de bronce con cuatro columnas que habían sido pintadas de blanco. La cobija era acolchonada de color púrpura y flores rosadas y parecía hecha en casa. Marianne había doblado la colcha y la había colocado en la parte superior de una caja de cedro de gran tamaño que estaba bajo la ventana.

—Demasiado calor para los edredones —dijo ella.

Nathaniel yacía desnudo en las sábanas color rosa. Marianne le arropó la parte superior de sus muslos con las sábanas, dando unas palmaditas en el hombro como si fuera su madre. Iba a protestar por su desnudez, pero por primera vez podía ver claramente la herida.

Algo con garras le había golpeado fuerte y profundo, empezando cerca de la mitad de la espalda y terminando en el lado derecho de sus nalgas. La herida era grande y desigual en su espalda, cada vez más profunda, por su cuerpo. Debía de estar doliendo para que tuviera solamente las sabanas sobre él.

Me quede sorprendida de que Nathaniel no me hubiera enseñado sus heridas antes. Él por lo general se esforzaba mucho para mostrarme su cuerpo. ¿Qué habría cambiado?

Marianne señaló el teléfono junto a la cama.

—En el caso de que tu amigo policía te llame. Tengo un teléfono inalámbrico para llamadas normales, pero yo uso el teléfono de cabecera para los negocios.

—Así que nadie puede controlar accidentalmente el teléfono inalámbrico —dije.

Marianne asintió. Se dirigió a la peinadora, tenía un gran espejo oval con el marco de mármol tal como las perillas de los cajones.

—Cuando yo era pequeña y estaba herida o solitaria, sobre todo cuando hacía calor, mi madre me destrenzaba el pelo y me peinaba. Me cepillaba hasta que el cabello se extendía como seda por mi espalda. —Se volvió con un cepillo en sus manos—. Incluso ahora, cuando estoy vieja, uno de mis mayores placeres es que un amigo me cepille el pelo.

La mire.

—¿Estás sugiriendo que yo cepille su pelo?

Ella sonrió, y era una sonrisa radiante, encantadora y no confiaba en ella.

—No, estoy sugiriendo que cepilles el pelo de Nathaniel.

Me quedé mirándola.

—¿Vamos de nuevo?

Se dirigió hacia mí, me ofreció el cepillo, con una alegre sonrisa en su rostro.

—Parte de lo que te hace vulnerable a Raina son tus propios escrúpulos.

—No estoy asqueada.

—Pudor, entonces —dijo.

Fruncí el ceño.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Esto significa que cada vez que uno de los licántropos se desnuda, tú te avergüenzas. Cada vez que uno de ellos te toca, lo tomas sexualmente. Esto no siempre es lo que significa. Una relación sana o pareja está formada por un millar de suaves toques. Un millón de pequeñas comodidades. Es como construir una relación con un novio. Cada toque construye y fortalece.

Mi ceño se hizo más profundo.

—Pensé que me habías dicho que no era sexual.

Era su turno de fruncir el ceño.

—Una metáfora diferente entonces. Es como la construcción de tu relación con un bebé recién nacido. Cada toque, cada vez que le das de comer cuando tiene hambre, el cambio cuando él está mojado, consolarlo cuando está asustado, la intimidad cotidiana forja un vínculo entre ustedes. La verdadera paternidad se construye en los últimos años de la interdependencia. El vínculo entre la pareja se construye de la misma manera.

Miré hacia la cama. Nathaniel seguía allí desnudo, excepto por las sábanas en las piernas. Me volví a Marianne.

—Si él fuera un bebé recién nacido, yo estaría bien con él desnudo. Podría tener miedo de dejarlo caer, pero no estaría avergonzada de su desnudez.

—Y eso es precisamente mi punto —dijo. Ella me entregó el cepillo—. Si lograras controlar al *Munin*, podrías curar sus heridas. Y quitar su dolor.

—¿No estás sugiriendo que yo deliberadamente intente llamar a Raina?

—No, Anita. Esta es la primera lección, el ejercicio de graduación. Hoy en día, simplemente quiero que empieces a tratar de estar más cómoda con su desnudez. Yo creo que si se puede desensibilizar a ti misma en las situaciones sexuales más informales, Raina tendrá menos poder sobre ti. Alejarla de situaciones como ésta, y dejará un vacío, un lugar donde te vas de buena gana. Así Raina te ve en ese vacío y te obliga a ir mucho más lejos de lo que habrías ido por voluntad propia.

—¿Y qué hace un buen cepillado del pelo de Nathaniel?

Estaba con los brazos cruzados y sostuvo el cepillo a centímetros de mí.

—Es una cosa pequeña, Anita. Una cosa para darle comodidad mientras esperas al Dr. Patrick. Patrick que le dará un remedio para el dolor, pero en

algún momento antes de que finalice de cocer los puntos en los brazos, el analgésico se quitará. Su metabolismo es demasiado rápido para mantener la anestesia, y dar más que eso puede ser complicado. Puede ser mortal en un cambiaformas con una aureola de poder tan baja como la que tiene Nathaniel.

La miré, encontrando sus ojos tranquilos, serios, grises.

—Estás diciendo que él será cosido sin un analgésico.

Ella sólo me miró.

—Y eso es culpa mía, porque podría curarlo si consiguiera controlar el *Munin*.

Marianne sacudió la cabeza.

—No es tu culpa, Anita, todavía no. Pero el *Munin* es una herramienta, como tus armas o tu nigromancia. Una vez que aprendas a controlarlo, puedes hacer cosas maravillosas. Debes ver la posibilidad de llamar al *Munin* no como una maldición, sino como un regalo.

Sacudí la cabeza.

—Creo que te has superado en tu lección del día, Marianne.

Ella sonrió.

—Tal vez. Pero toma el cepillo, has esta pequeña cosa. No para mí. No por Nathaniel, pero si para ti misma. Acoge de nuevo ese pedazo de ti que parece tan lejos de tu cuerpo. Dale a Raina menos terreno en tu corazón.

—Y si no puedo dejar de sentir vergüenza o pensamientos sexuales y Raina viene y trata de comer, ¿entonces qué?

La sonrisa de Marianne se ensanchó.

—Entonces, yo te ayudaré, hija. Todos nos ayudaremos. Eso es estar en una relación.

—Nathaniel no es más *lukoi* que yo —le dije.

—*Lukoi* o leopardo, no hace ninguna diferencia para ti, Anita. Eres la reina de ambos castillos. Estando cómoda con uno ayudará con el otro.

Ella me sostuvo bajo mi codo. Puso el cepillo de pelo en mi mano y cerró mis dedos sobre él.

—Quédate con él, hija. Espera tu llamada telefónica. Contesta sólo el teléfono de la mesita de noche. Sólo el policía llamará a ese número. Tú no puedes responder al otro teléfono porque está en otra habitación. No abras la puerta, tampoco.

—Hablas como si fueras a alguna parte —dije.

—Tienes que aprender a estar a gusto con tu gente, Anita. Eso significa

sin que yo esté mirando sobre tu hombro.

Ella me haló hacia la cama por el brazo. Trató de hacer que me sentara en la cama, pero no me doble con ella. Desistió de empujarme, tuvo que dejarme en pie.

Ella chasqueó la lengua.

—Quédate aquí y no hagas nada. Es tu elección, niña, pero al menos estás aquí.

Se fue.

Me quedé parada en medio de la sala donde me dejó, como un niño que no quería quedarse solo el primer día de escuela. El cepillo se encontraba todavía en mi mano. Él parecía antiguo como el resto de la habitación. Era de madera pintada de blanco, pero con un brillo de barniz. El barniz tenía una correa de grietas, pero bien marcadas. Corrí las pálidas cerdas en la parte posterior de la otra mano. Eran tan suaves como se veían, como un cepillo de seda de bebé. No tenía idea de que estaban hechas las cerdas.

Miré hacia atrás a Nathaniel. Él me miraba fijamente. Su rostro era neutral, como si no le importara, pero sus ojos no eran neutrales. Estaban apretados, esperando por el rechazo, esperando a que lo dejara solo en la habitación extraña, desnudo y aguardando por el médico que venía por él y punto.

Tenía diecinueve años, y tendido con esa mirada dulce en los ojos. Infierno, parecía más joven. El cuerpo era grande. Cuando eres un stripper, tienes que cuidar de ti mismo. Pero la cara… la cara era joven y tenía mirada de viejo. Nathaniel tenía los ojos más cansados que alguien que alguna vez había conocido con apenas veinte años. No, no cansado, perdido.

Caminé hasta el otro lado de la cama. Dejé el cepillo de pelo en la almohada en la parte vacía de la cama.

Nathaniel movió sólo su cabeza, volviéndose hacia mí mirándome. Él me miraba como si cada movimiento fuera importante. En un nivel de control que me hizo querer retorcerme, ruborizarme o correr. No era exactamente sexual, pero tampoco era exactamente no sexual, ya sea.

No importa las metáforas de Marianne, no era lo mismo que cuidar de un infante.

Nathaniel era joven, pero definitivamente no era un niño. Al menos, no infantil en la forma en que se propuso hacerme esto cómodo.

Me quité la camisa de manga corta. No había nadie para ver la funda

del hombro, y sería más fresco. Por supuesto, sería realmente más fresco si me quitara todas las armas y la vaina de la espalda, pero yo no estaba con calor. Guarde la Firestar bajo la almohada. Tenía un cañón lo suficientemente corto para sentarme o acostarme con ella, pero no hay tal cosa de un arma realmente cómoda de usar si quieres echarte en un sofá. Las armas no están diseñadas para la comodidad. Es una de las pocas cosas que se usan, en su mayoría por hombres, que son tan incómodas como un par de zapatos de tacón alto.

Me metí en la cama, de rodillas, todavía sin tocarlo. Estaba tan herido que tuve que decirle en voz alta.

—No estoy molesta contigo, Nathaniel. Simplemente no me gusta jugar a los estudiantes.

—Te gusta Marianne, pero le tienes resentimiento —dijo.

Eso me hizo parpadear un par de veces y mirarlo. Él tenía razón, y era más perceptivo de lo que jamás hubiera esperado de él. Al oírle decir algo tan inteligente me hizo sentir mejor. Si existía un cerebro en ese cuerpo, entonces él no era sólo un lío sumiso. Y tal vez, sólo tal vez, era rescatable, salvable. Fue lo más positivo que había tenido en todo el día.

Me coloque al lado de Nathaniel, cepillo en mano. Me miró, tirado en la cama, observándome. La mirada en sus ojos me paralizó. Era demasiado intensa.

Tal vez él lo sintió, porque giró su cabeza hacia atrás para que no pudiera ver su rostro. Todo lo que podría ver era su melena larga, castaña. Incluso en la tenue luz, era de un color muy rico. El castaño más oscuro que jamás había visto alguna vez, un castaño rojizo y no marrón.

Deslicé mi mano por su pelo. Era como la seda pesada, caliente al tacto. Por supuesto, que podría haber sido el cuarto. El ventilador soplando sobre la cama, agitando las sábanas, pasando como una mano fría sobre mi espalda. El pelo largo de Nathaniel se movió en la caricia del ventilador, la sábana sobre sus muslos resbalaran como si una mano la moviera. Se movieron cuando el ventilador pasó sobre su cuerpo desnudo. Luego la quietud. Su cabello, la sábana, todo completamente inmóvil mientras el ventilador hacia su recorrido. Iba hacia atrás, derramándose sobre todas las cosas al revés; las sábanas de color rosa, el pelo de Nathaniel, el pecho esta vez, soplando mi propio pelo por mi cara, entonces más allá de nosotros, el calor nos envolvió como una mano sofocante.

La brisa de la ventana había cesado. Las cortinas blancas se extendían

como una pintura, hasta el pequeño ventilador derramado sobre ellos. Me arrodillé en la sala caliente con el único sonido del zumbido que el ventilador hacia cada vez que llegaba al final de su ciclo.

Acaricié el cepillo por su cabeza, y la carrera terminó mucho antes de llegar al final del pelo. Yo tuve el pelo hasta el trasero una vez, cuando tenía catorce años. Pero el cabello de Nathaniel llegaba hasta la rodilla. Si fuera una mujer, le hubiera dicho que su pelo caía como un vestido a su alrededor. El cabello estaba en una montaña suave, de seda al lado de su cuerpo. Para que no cepillara la herida, levanté el cabello en mis brazos, y fue como si sostuviera algo vivo. El cabello se vertía a través de mis manos con un sonido seco, como el agua, con un ruido por la tierra.

Tenía bastantes problemas para el cuidado de mi pelo que llegaba hasta los hombros. No me podía imaginar la cantidad de esfuerzo que solamente el lavado debía tomar. Se sentía bien teniendo que dividir el cabello a los lados y, de hecho levantando y moviendo de lado a lado, o peinando el pelo detrás de la cabeza por lo que se derramó sobre la cama. He elegido por eso.

Tiré del pelo en la espalda y él se derramó detrás de su cabeza. Movió la cabeza como si se acurrucara en la almohada, pero aparte de eso no hizo ningún movimiento y no dijo nada.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—Estoy bien —dijo. Su voz era suave, neutra, casi vacía.

—Háblame, Nathaniel —dije.

—No te gusta cuando hablo contigo.

Me incliné sobre él, alisando el cabello hacia atrás, así que tuve una visión clara de su rostro.

—Eso no es cierto.

Volvió la cara suficiente para llegar a mí.

—¿No lo es?

Me incliné hacia atrás por esa mirada directa.

—No es hablar lo que me importa, Nathaniel. Es tu elección de temas.

—Dime lo que quieres que diga, y lo voy a decir.

—Te puedo decir de que no hablar, le solté.

—¿Qué? —preguntó.

—No hables de películas pornográficas, el sadomasoquismo, sexo en general. —Lo pensé por un segundo o dos—. Eso golpea las cosas usuales que digo que me cabrean.

Se echó a reír.

—Yo no sé de qué otra cosa hablar.

Empecé a peinarlo en la cama. El trazo era firme y fluyente, entonces yo realmente tenía que recoger el pelo hasta terminar el recorrido. El ventilador me golpeó con un montón de pelo, y él se derramó alrededor de mí en una nube perfumada de vainilla que me hacía cosquillas en la cara y el cuello.

—Habla de cualquier cosa, Nathaniel. Habla de ti mismo.

—No me gusta hablar de mí.

—¿Por qué no? —le pregunté.

Se levantó lo suficiente para mirarme.

—¿Hablas de ti?

—Muy bien. —Entonces yo no sabía qué decir. Acabó de repente, no podía pensar por dónde empezar. Le sonreí—. Buen punto, olvida lo que dije.

El teléfono sonó, y di un pequeño brinco. ¿Nerviosa? ¿Quién, yo? Era Dolph.

—¿Anita?

—Sí, soy yo.

—Franklin Niley, a menos que sea un tipo diferente con el mismo nombre, es un comerciante de arte. Se especializa en artefactos místicos. No es exigente sobre cómo él lo consigue, tampoco.

—¿Cómo no es exigente? —le pregunté.

—Él tiene su base en Miami. La policía quisiera atarlo a por lo menos media docena de homicidios, pero no tienen pruebas suficientes. En cada ciudad que visita por negocios, las personas desaparecen o aparecen muertas. La policía de Chicago estuvo a punto de atraparlo por la muerte de una sacerdotisa wiccan el año pasado, pero el testigo entró en un coma misterioso y no ha salido todavía.

—¿Coma misterioso? —pregunté.

—Los médicos creen que fue magia de algún tipo, pero sabes lo difícil que es de probar.

—¿Qué tienes sobre sus socios?

—Uno no ha estado mucho tiempo con él, un psíquico llamado Howard Grant, joven, sin antecedentes penales. Hay un guardaespaldas negro, Milo Hart. Tiene un cinturón negro de segundo grado en karate y ha estado encerrado una vez por intento de asesinato. Ha golpeado a la gente para

Niley desde que salió de la cárcel hace cinco años. El tercero es Linus Beck. Ha estado preso en dos ocasiones. Una vez por asalto, con un mortal, el segundo por asesinato.

—Encantador —dije.

—Se pone mejor —dijo Dolph.

—¿Mejor? —le pregunté—. ¿Cuánto mejor se puede poner esto?

—La condena por asesinato de Beck era por un sacrificio humano.

Dejé que pasaran un segundo o dos.

—¿Cómo fue que la víctima murió?

—Herida de cuchillo —dijo Dolph.

Le dije sobre el cuerpo que acababa de ver.

—Ataque directo por los demonios salidos de la Edad Media, Anita.

—Ellos quieren hacer que se vea como un ataque de duendes.

—¿Has hablado con ellos? —dijo.

—Sí.

—¿Por qué?

—Ellos querían amenazarme —dije.

Escuché revolver papeles en el otro extremo.

—¿Por qué te quieren amenazar?

Le dije a Dolph casi todo. También le dije que no podía probar una maldita cosa.

—Hablé con un policía de Miami. Dijo que Niley admitió dos asesinatos en la cuidad, le dijo los detalles, pero no en Miranda y no utilizable en los tribunales. A él le gusta insultar.

—Él piensa que es intocable —dije.

—Pero los espíritus dicen que va a matar.

—Así que su mascota psíquica dice eso.

—Cuando le di el nombre y le pedí información, la policía de todo el país y fuera de ella están dispuestos a darme todo lo que tienen, si podemos clavar este tipo —dijo Dolph.

—Un chico malo, chico malo —le dije.

—Él no está por encima de su propia muerte, Anita. Al menos dos de los muertos en Miami, se cree que fueron asesinados personalmente por Frank. Cuida tu culo del hijo de puta. Si tienes algo que ni siquiera se parece a la prueba de un crimen, llámame.

—No tienes ninguna jurisdicción aquí —le dije.

—Confía en mí en esto, Anita. Sales con algún tipo de prueba, y puedo

conseguir a alguien aquí con la competencia, preparado y dispuesto a poner a este tipo en su lugar.

—¿El Hit Parade de la azul?

—Él ha hecho una carrera de violar la ley y nunca ha visto el interior de una celda de la cárcel por más de veinticuatro horas. Un montón de gente en muchos estados les gustaría ver que se ha ido.

—Voy a ver qué puedo hacer —le dije.

—No quiero decir muerto, Anita. Me refiero a detenido.

—Yo sabía lo que querías decir, Dolph.

Se quedó callado por un segundo.

—Sé que sabías lo que quería decir, pero creo que debo advertirte, de todos modos. No mates a nadie.

—¿Haría algo tan ilegal?

—No empieces, Anita.

—Lo siento. Gracias por toda la información. Es más de lo que yo esperaba. Después de reunirme con él, yo no estoy muy sorprendida por nada de eso. Él es un tipo muy raro.

—Espeluznante Anita, él es un infierno mucho más que espeluznante.

—Pareces preocupado, Dolph.

—Estás allí sin protección, Anita. Los policías no son tus amigos.

—Eso es un eufemismo —dije—. Pero los policías estatales están aquí en el asesinato de ahora.

—No puedo ir allá —dijo Dolph.

—Nunca te pediría que vinieras.

Estuvo callado tanto tiempo que dije:

—Dolph, ¿sigues ahí?

—Estoy aquí. —No parecía feliz—. ¿Tú sabes de lo que te dije que no mataras a nadie?

—Sí —dije.

—Voy a negar esto en la corte, pero no dudes, Anita. Si llegas a él o él a ti, has la elección correcta.

Mi boca estaba abierta.

—¿Dolph, me estás diciendo que lo mate si tengo la oportunidad?

Dolph estaba tranquilo de nuevo. Por último dijo:

—No, no el asesinato, pero estoy diciendo, no lo dejes que saque una gota de ti. No te quiero a merced de este hombre, Anita. Algunos de los cuerpos encontrados han sido torturados. Él es realmente creativo al

respecto.

—¿Qué hay en ese archivo que no me has dicho, Dolph?

—Ellos encontraron la cabeza de un hombre flotando en su piscina. No había marcas de un arma, de como la cabeza había sido quitada. Nunca encontraron el cuerpo. Todo se lee violento, Anita. No sólo violenta, pero es una extraña mierda.

—¿Vas a pagar la fianza si me pillan?

—Si te pillan, nunca tuvimos esta conversación.

—Mamá es la palabra —le dije.

—Cuida tu espalda, Anita. Niley no tiene límites. Esto es lo que todo este trabajo administrativo quiere decir. Es un total maldito psicópata, Anita, y Beck y Hart son la misma cosa.

—Voy a tener cuidado, Dolph. Te lo prometo.

—No tengas cuidado, sé implacable. Yo no quiero identificar lo que quede de tu cuerpo después de que él acabe contigo.

—¿Estás tratando de asustarme, Dolph?

—Sí —dijo, y después colgó.

Colgué el teléfono y me senté en la cama en el cuarto caliente, sofocante, yo tenía miedo. De repente sentí más miedo de lo que había sentido desde que llegamos aquí. Dolph no es de lo que se asustan fácilmente. Yo nunca lo había oído así, no se trata de nada ni de nadie.

Nathaniel me tocó la pierna.

—¿Qué pasa?

Sacudí la cabeza. No pude evitar la mala sensación. Dolph, el Sr. Ley y el Orden, me había animado a matar a alguien. Sin precedentes. La policía me dice que viole la ley. Demasiado extraño. Pero por debajo de la sorpresa estaba el miedo, una advertencia, temblando por la sensación de incomodidad.

Demonios. No me gustan los demonios. No importa una mierda las balas de plata o mucho de cualquier otra cosa. Richard se sentía fuerte en su fe. Le envidiaba. Yo estaba teniendo una crisis de fe en estos momentos. Quiero decir, yo estaba durmiendo con los muertos vivientes, y había engañado a un amante con otro. También tuve un poco más de muerte para mi crédito la última vez que había sido tocado por el demoníaco.

No me sentía toda pura y santa ahora. Necesito ir contra los demonios. Necesito garantía.

Nathaniel recostó su cabeza sobre mi muslo.

—Parece que has visto un fantasma.

Miré hacia el hombre desnudo con la cabeza en mi regazo. No, si me encuentro frente a un demonio ahora, mi casa era de cristal, y nadie le tira piedras, como lo demoníaco. Ellos saben exactamente dónde golpear de modo que toda la maldita cosa se derrumbe a tu alrededor. Realmente no estaba de humor para averiguar qué tan lejos de la gracia realmente había caído.



TREINTA Y OCHO

Cherry entró en la habitación. Se había puesto un par de pantalones cortos de jeans, y una camiseta blanca apretada a su estómago. Sus pechos pequeños se presionaban contra la tela delgada. Yo estaba un poco dotada para soñar siempre de ir sin sujetador, pero pequeños o no, es un principio que necesitaba un sujetador. Era una puritana.

Su pelo corto amarillo aún estaba húmedo. Ella acechó el espacio sobre aquellas piernas largas, logrando parecer un tanto sutil y ocasional, de manera poco natural y llena de gracia.

Sólo verla entrar en la habitación me dio ganas de mover la cabeza de Nathaniel de mi regazo. La fuerza de voluntad no me dejaba escabullirme lejos de él. No estábamos haciendo nada malo. Pero me molestó.

—Tu turno —destacó Cherry—. Voy a esperar con Nathaniel.

—¿Zane ha salido?

Vi movimiento en la sala, y era Zane. Llevaba pantalones cortos de

jeans, también, y nada más. El anillo en el pezón siempre presente era la única cosa en su pecho pálido y delgado.

—¿Nunca quitas esa cosa de tu pecho? —pregunté.

Él sonrió.

—Si quito el anillo, el agujero se cerrará y voy a tener que abrirlo de nuevo. Puede ser que perfore el otro pezón, pero no quiero tener que volver a hacer el primero.

—Pensé que te gustaba el dolor —le dije.

Se encogió de hombros.

—En algunas situaciones con mujeres desnudas, sí. —Se tocó el anillo, tirando de él hasta que el pezón se extendía un poco—. La perforación es un daño real y duele como un hijo de puta.

Miré su delgado pecho, especialmente en la parte derecha junto a su brazo. Había una zona oscura donde el hombro se conecta en el pecho, pero eso fue todo.

—¿Es eso todo lo que queda de la herida de bala? —pregunté.

Zane asintió con la cabeza y se sentó a los pies de la cama, se arrastró por el piso hasta que estuvo junto a Nathaniel y demasiado cerca de mí.

—Puedes tocar la herida, si quieres.

Fruncí el ceño.

—No, gracias.

Comencé a retroceder en la cama a cuatro patas, moví la cabeza de Nathaniel suavemente de mi regazo. Me detuve. Marianne dijo que Raina se alimentaba con mi vergüenza, mi pudor, si yo pudiera estar más cómoda con esas pequeñas cosas, Raina perdería parte de su poder sobre mí. ¿Es cierto?

No me sentía atraída a Zane. Ese momento de la noche anterior había sido sólo Raina. Parecía haber sido atraída a todo lo que tenía pulso y algunas cosas que no. Apreté los dientes y me acerqué a Zane.

Se quedó inmóvil, puso de repente la cara seria, como si hubiera algún indicio de cuánto me costó llegar a él. Pasé la punta de los dedos sobre la herida. La piel era suave, brillante como una cicatriz, pero más suave y más flexible. Me encontraba pasando la mano sobre la herida, explorándola. Se sentía extrañamente de plástico, y al mismo tiempo suave, como la piel del bebé.

—Esto se siente… bien.

Zane sonrió. Me recordó a Jason y sentí relajar mis hombros una

tensión que ni siquiera sabía que estaba allí.

Cherry se acercó por detrás y deslizó sus manos sobre los hombros, masajeándolos.

—Nunca termino de sorprenderme por la forma en que se curan.

Quise retirar mi mano, sólo porque Cherry lo había tocado, también. Me obligué a mantener la mano en la herida, pero había dejado de explorar, sólo tocaba, era todo lo que podía manejar.

—Los músculos se ponen tensos cuando se está sanando —destacó Cherry—. Dan espasmos alrededor, cuando el cuerpo se cura demasiado rápido, es difícil para los músculos mantener el ritmo.

Retiré la mano lentamente. Me senté en la cama mirando como Cherry masajeaba los hombros de Zane. Nathaniel le acarició la pierna, mirando hacia mí. No me aparté de él, y parecía pedir permiso para rodar su cabeza sobre mi muslo. Se acomodó en mi regazo con un suspiro de satisfacción. Zane se colocó al otro lado de mí, no me tocaba, pero me miraba. Su mirada era muy cuidadosa.

Cherry se quedó de rodillas a los pies de la cama, mirando mi cara. Todos ellos me miraban como si yo fuera el centro de su mundo. Había visto perros en pruebas de obediencia mirar a sus propietarios de esa manera. En los perros, era una buena cosa. En las personas era desconcertante. No tenía un perro porque no me sentía lo suficientemente responsable para cuidar de uno. Ahora, de repente tenía tres wereleopardos, y sabía que no era lo suficientemente responsable como para cuidar de ellos.

Puse mi mano sobre el cabello caliente de Nathaniel. Zane se estiró completo destacando sus seis pies de altura, extendiendo los dedos de los pies sin esfuerzo, inclinando la columna vertebral como un gato grande.

Yo me reí.

—¿Qué voy a hacer, frotar tu barriga?

Todos rieron, incluso Nathaniel. Me di cuenta con sorpresa que era la primera vez que lo había oído reír. La risa era joven, alta. Desnudo en mi regazo, con marcas de garras en su culo, y se reía, a plena voz, el sonido era feliz. Estaba feliz de oírlo, y nerviosa. Estaban tratando de hacerme su casa. Debido a que es lo que un *Ulfric* se suponía que era, y un *Nimir-ra*, o *Nimir-raj*, para un hombre, era el equivalente.

Extrañamente, no parecía ser un hombre lobo equivalente de un lobo reina.

¿Sexismo? ¿O un arcano de mierda que no entendía todavía? Quisiera preguntarle a Richard más tarde.

—Tengo que ir a tomar mi baño, muchachos.

—Podríamos ayudarte —dijo Zane. Me lamió el brazo, e hizo una mueca—. Me gusta el sabor del sudor, pero el polvo de grava…

Nathaniel levantó la cara lo suficiente como para lamer mi otro brazo. Su lengua recorrió mi brazo en un largo y lento deslizamiento.

—No me importa el polvo —dijo, en voz baja y suave.

Me bajé de la cama, con calma, lentamente. No hice ningún gesto de asco, o grité. Estaba muy tranquila y muy aliviada de estar de pie en el suelo. La cama se había convertido de repente en un hacinamiento.

—Gracias, pero el baño va a estar bien.

No contesten cualquier teléfono, sólo el que está junto a la cama, y no abran la puerta a nadie, sólo si es el Dr. Patrick.

—Sí, sí, capitán —dijo Zane.

Pasé la Firestar a la parte delantera de mis pantalones y cogí mi maleta que estaba contra la pared. Miré hacia ellos tres desde la puerta. Zane se había acostado en el otro lado de Nathaniel, sólo apoyado en un codo, con una mano estaba tocando a Nathaniel. Cherry se había acurrucado a los pies de la cama. Estaba pasando la mano arriba y abajo en el muslo. O bien la sábana se había deslizado o la había movido para poder tocarlo. No había nada sexual en sus rostros, nada evidente.

A primera vista parecían la escena de una película porno para mí, pero estaba segura de que cuando saliera de la sala, no pasaría nada. No hubo sospechas entre ellos, no tienen ganas de que me fuera para poder estar solos. Sus ojos todavía me seguían. Ellos tocaban para sentirse cómodos, no para tener sexo. El malestar era mío, no de ellos.

—Lo siento, por Mira —dijo Nathaniel de repente.

Eso me detuvo en la puerta.

—Eres un niño grande, Nathaniel. Tienes todo el derecho de encontrar a alguien. Sólo elegiste mal a tu compañera.

Zane empezó a frotar su mano hacia arriba y abajo de nuevo en Nathaniel, como si acariciara a un perro. Nathaniel bajó la cabeza para que su pelo se deslizara a su alrededor como un velo, escondiendo su rostro.

—Pensé que ibas a ser mi amante, mi superior. Pensé durante mucho tiempo que has comprendido el juego. Pensé que me dirías que no tuviese sexo con nadie. Me sentí tan bien. Ni siquiera tocarme yo mismo.

Abrí la boca, y la cerré, la volví a abrir, no tenía absolutamente nada que decir.

—Cuando por fin me diste permiso para tener sexo, podría haber sido directamente de vainilla. Es la espera, la acumulación, la burla que han hecho lo suficiente.

Encontré mi voz.

—Yo no sé lo que significa la vainilla, Nathaniel.

—Sexo justo —dijo Zane—, cosas normales.

Sacudí la cabeza.

—Cualquiera que sea, no estoy jugando contigo, Nathaniel. Yo nunca haría eso.

Me miró de lado como si tuviera miedo de mirarme a la cara.

—Yo lo sé ahora. Fue en este viaje que me di cuenta de que ni siquiera sabía que estábamos jugando un juego. No te estás burlando de mí. No pienses en mí.

Esto último sonaba lamentable, pero no pude evitarlo.

—Sigo teniendo que pedirte disculpas, Nathaniel. La mitad del tiempo ni siquiera sé porque estoy pidiendo disculpas.

—Yo no entiendo cómo puedes ser mi *Nimir-ra* y no ser mi tapa, pero ahora sé que lo ves como dos cosas separadas. Gabriel no lo hizo.

—¿Qué es una tapa? —pregunté.

Zane contestado por él.

—Dominar al Nathaniel sumiso. Sumiso se llama tapa.

Ah.

—Yo no soy Gabriel —dije.

Nathaniel se echó a reír, pero no era un sonido feliz.

—¿Te enojarías si te digo que a veces me gustaría que lo fueras?

Terminé parpadeando.

—No estoy loca, Nathaniel, acabas de dejar perplejo el infierno fuera de mí. Yo sé que tengo que estar cuidando de ti, pero no sé cómo hacerlo. —Era como una mascota exótica que me habían dado como un regalo, pero las instrucciones no vienen en la caja.

Se tumbó en la almohada, volvió la cabeza para verme.

—Fui con Mira, cuando me di cuenta de que no estabas allí para mí.

—Yo estoy ahí para ti, Nathaniel, pero no de esa manera.

—¿Es aquí donde me dices que todavía podemos ser amigos? —Se rió, y fue duro.

—No necesitas un amigo, Nathaniel, necesitas un guardián.

—Pensé que ibas a ser mi guardián.

Miré a Cherry y Zane.

—¿Y ustedes?

—Nathaniel es el más… —Cherry dudó—, el más débil de nosotros. Gabriel y Raina se aseguraron de ser tapas, que fue todo para lo que fueron entrenados. Eran las puntas, siempre, pero… Pero Nathaniel… —Finalmente se encogió de hombros.

Yo sabía lo que quería decir. Nathaniel era el más débil de ellos. El que necesita más atención.

Dejé la maleta y me fui a arrodillarme junto a la cama. Le aparté los cabellos de su rostro para poder ver sus ojos.

—Todos vamos a estar allí para ti, Nathaniel. Somos tu manada. Tu gente. Nosotros nos encargaremos de ti. Yo me ocuparé de ti.

Se llenaron de lágrimas sus ojos.

—Pero no me joderás.

Tomé una respiración profunda y me levanté.

—No, Nathaniel, no voy a joderte.

Sacudí la cabeza y cogí mi maleta. Había tenido todo lo que podía dar por una tarde. Si Marianne no estaba contenta con esta pequeña lección, entonces paso de ella. Tal vez no iba a ser sexual, pero gracias a la manera de Gabriel y Raina habían tratado a los wereleopardos, el sexo realmente siguió pasando. Tuve casi miedo de oír cual sería la solución de Marianne.



TREINTA Y NUEVE

Se me acabó el agua caliente antes de que llenara la bañera, y no me importaba. La pequeña sala de azulejos blancos fue lo suficientemente calurosa, que un baño caliente de verdad parecía una mala idea. La única ventana estaba en lo alto de la pared, así que nadie echaría un vistazo por allí. Dejé la ventana abierta, incluso las cortinas, esperando una brisa perdida. Me hundí en el agua tibia, sin una burbuja a la vista. No había nada más que jabón Ivory y una vela blanca parcialmente quemada en la esquina cerca del grifo. Puse la Firestar en la pequeña esquina al lado de mi cabeza. Había intentado colocar la Browning allí, pero era demasiado grande y seguía tratando de caer en el agua.

Estaba completamente bajo el agua, lavando de mi pelo, cuando escuché abrir las puertas de golpe. Salí del agua, salpicando todo, buscando la Firestar. Apunté con el arma antes de ver lo que venía a través de la puerta. Incluso cuando pude ver, no tiene ningún sentido.

Había una mujer en la puerta. Físicamente, era pequeña, de mi tamaño, pero ella parecía llenar el cuarto como si ella tuvo más espacio que el ojo puede ver. Su cabello era largo y marrón. Los golpes llevaron su cabello a la cara y le cubría delante de su nariz como un velo. El pelo estaba teñido muy ligeramente de azul.

Llevaba una chaqueta de jeans sin mangas. Un desnudo, musculoso y tatuado brazo sostenía la puerta para que la fuerza de sus patadas no la enviara volando de vuelta en su cara. En otras circunstancias, habría sido de tipo arrogante, a excepción del poder agitado que brota de ella. Parecía que había perdido su camino a un bar de motociclistas punk.

Psíquicamente, se sintió como un viento de la boca del infierno, caliente y hostil.

Había tanto poder en la pequeña habitación, que sentí como si el agua del baño empezaba a hervir. Me quedé con el arma constantemente apuntando a su pecho. Creo que fue lo único que la mantenía junto a la puerta. El aspecto de rabia en su rostro era puro.

El agua goteaba por mi cara y mi pelo, enredándose en mis pestañas. Parpadeé, resistí la necesidad de limpiar el agua con mis manos.

—Un paso, sólo uno, y tiro del gatillo —dije.

Roland apareció detrás de ella en la puerta. Esto está mejor que nunca y se ponía mejor. Seguía siendo alto, bronceado, con su pelo corto y rizado. Sus ojos castaños barrieron la habitación y se fijó en mí, en cuclillas desnuda en la bañera. Me quedé con la pistola sobre la mujer, pero era tentadora.

Tocó los hombros de la mujer. Habló en voz baja, girando a su alrededor.

—Roxanne, confía en mí, ella te va a matar.

Esto me hizo no querer matarlo, después de todo.

Un segundo hombre se asomó a la habitación. Era más alto que Roland, más de seis pies. Tuve un gran vistazo para saber que él era americano nativo y tenía el pelo largo, negro. Luego agachó su cabeza y apartó los ojos, un caballero.

—Roxanne, esto no es apropiado —dijo.

Roxanne sacudió las manos de Roland y comenzó a caminar en la habitación.

Disparé el arma a centímetros de su cabeza. El sonido era atronador. La bala le dio un mordisco a la puerta y se enterró en la pared de detrás. Fue

un disparo de advertencia, por lo que la pared la detuvo. No tenía miedo de que fuera a través de la pared.

Mis oídos quedaron sordos con el tiro en esta pequeña habitación, de baldosas. Por un segundo, si alguien hablaba, no podría oírlo. Mantuve la mirada en Roxanne. Ella había dejado de moverse. Tenía el cañón de la pistola apuntando en el centro de esa cara bonita. Me tomó un segundo o dos darme cuenta de que, con todos los tatuajes, el cabello a la moda, y el poder, era bonita. Era una tradicional muchacha bonita. Tal vez fueron las razones para el tatuaje y el cabello. Cuando la naturaleza te hace ver saludable, hay maneras de hacer trampa.

—Vamos, Roxanne —dijo Roland—, retrocede.

Ella se quedó allí. Su poder respiraba a mí alrededor como una nube caliente. Era continua y casi asfixiante. Nunca había estado cerca de un cambiaformas que tuviese este tipo de poder crudo. O nunca alrededor de uno tan poderoso que ni siquiera trata de pasar por humano. Roxanne no vibra con el poder. Ella era el poder. Y yo estaba alrededor de dos segundos acabarlo.

—Realmente me ibas a matar —dijo.

—En un latido del corazón —le dije. Me estaba cansando de estar de cuclillas en el agua. Es difícil ser duro. Por supuesto, estar desnuda no ayuda, tampoco.

—¿Por qué no me matas ahora?

—Tú eres la *lupa* de la manada de Verne. Si te mato va llover toda clase de basura hacia abajo. Pero lo haré, Roxanne. Ahora, sal de la habitación, cerca de la puerta, y déjame vestirme. Si aún deseas hablar, bien, pero nunca, nunca tires mierda como esta otra vez.

—Sin esa arma no estarías tan segura.

—Sí, es una inyección de confianza real. Ahora, lárgate de la sala, o te pego un tiro.

Marianne apareció de repente en la puerta.

—Roxanne, vamos a tomar un poco de té y dejemos que Anita se vista.

No sé lo que Marianne hizo, sino que incluso me sentía más tranquila. Era como si proyectara la calma y la paz en la habitación.

Roxanne dejó a Roland y a Marianne llevarla a través de la puerta. Roxanne me apuntó con un dedo.

—Insultaste a mi *Ulfric*, y tendrás que pagar, con o sin arma.

—Bien —dije.

La puerta se cerró detrás de ellos. La cerradura se había roto en un montón de astillas. La voz de Cherry entró por la puerta.

—Yo me quedo fuera de la puerta hasta que salgas. Te puedo dar un aviso si alguien malo viene.

Chicos malos. Roxanne era un tipo malo, o ¿simplemente es psicópata? Estaba apostando en el segundo.



CUARENTA

Me vestí en tiempo récord. Pantalones cortos negros, camiseta roja de manga corta, calcetines blancos para correr, zapatillas Nike negras.

Normalmente, habría dejado la funda del hombro dentro de la casa, pero la ensarté a través del cinturón y la puse dentro. La funda negra resaltaba con la camisa roja. Puse la Firestar en la parte delantera de los pantalones cortos en la funda del tío Mike Sidekick, que por lo general ponía atrás. El cuero empezaba a oler a sudor. Iba a tener que dejar que se seque antes de que pudiera usarla de nuevo.

Unté gel en el cabello y lo dejé ahí. Se secará sólo. Llámenlo presentimiento, pero no creo que Roxanne fuera el tipo de personas pacientes. Si me tomara el tiempo para maquillarme o secarme el pelo, ella podría venir a buscarme. De todos modos, normalmente no me preocupo. En verdad, la única razón por la que lo había planeado era el hecho de que Richard venía con la Dra. Carrie Onslow, y me sentía insegura. ¿Yo,

insegura? Qué triste.

Richard había pasado una gran parte del día con la Dra. Carrie Onslow. Estaba celosa y lo odiaba.

Por supuesto, en primer lugar tenía que confrontar a un cabreado hombre lobo. Podía imaginar qué diablos iba a hacer con Richard después de que hable con Roxanne. De una cosa estaba segura, si la mataba, habría guerra entre las dos manadas. No quería traerla a nuestro pueblo, si podía evitarlo. Anita, política ahora, que triste.

Abrí la puerta. Cherry me miró desde su asiento en el piso. Había algo en su rostro, una duda, que me hizo decir:

—¿Qué?

Se puso de pie, utilizando la pared.

—Simplemente te ves… Agresiva.

—¿Te refieres a las armas?

—Las armas de fuego, el rojo y negro. Todo es muy severo.

—¿Crees que debería usar rosa y algo de volantes para cubrir las armas?

Cherry sonrió.

—Creo que Roxanne es casi una psicótica dominante, y si vas allí vestida así, ella lo tomará como una señal de que tiene que ser agresiva.

—Ni siquiera la conozco —dije.

Ella dijo, simplemente:

—¿Crees que estoy equivocada?

Puesto de esa manera…

—No tengo nada de color rosa y con volantes en mi maleta.

—¿Qué tal algo que no tenga negro ni rojo?

Le fruncí el ceño.

—¿Funcionaría púrpura?

—Sería mejor —dijo.

Volví a entrar y me cambié el top por uno que era idéntico de algodón, cuello redondo, pero de color púrpura. Tuve que admitir que el púrpura era más suave.

Me quedé con la funda de hombro pero cambié la Firestar a la parte baja de mi espalda. En teoría, podría sacarla de allí, pero no era mi posición favorita. La única camisa que pude encontrar que combinara con el púrpura y cubriera la pistolera era de nylon delgado y negro, que medio acabó con la intención de vestir la camiseta de algodón, para empezar, pero tuve que

admitir que se veía mejor.

Todavía era negro y no alegre, pero no era tan agresivo. No se podían ver las armas. Podría haber entrado en cualquier centro comercial en el país y no se darían cuenta. Por supuesto, si me movía rápido, la camiseta se movería hacia atrás y se vería el destello, pero bueno, no tenía la intención de ir a correr.

Abrí la puerta por segunda vez y dije:

—¿Mejor?

Cherry asintió sonriendo.

—Mucho mejor. Gracias por escucharme. Yo sé que no es una de tus cualidades.

—No voy a arrastrar a la manada de Richard en una guerra porque no podría bajar el tono un poco.

La sonrisa se amplió en algo suave y casi reconfortante.

—Eres una buena *lupa*, Anita, una buena *Nimir-ra*. Para ser un humano, eres verdaderamente excelente.

—Sí, pero la parte humana sigue siendo cierta.

Ella tocó mi hombro.

—Pero nosotros no lo reprochamos.

La miré para ver si estaba bromeando, pero no podría decirlo.

—Creo que Roxanne se pondrá en mi contra.

Cherry asintió.

—Probablemente. Todos están esperando en la cocina.

La cocina era de azulejos en blanco y negro con algunas grietas a partir de las áreas de mucho uso, pero el suelo estaba bien dentro de una pulgada de su existencia. El azulejo brillaba suavemente en la indirecta luz que tocó las ventanas. Al igual que en la habitación Nathaniel estaba de pie, tomando la luz de la mañana, pero no por la tarde. Roxanne sentada de espaldas a la puerta. Los bordes del mantel blanco se perdían en su regazo. Había una rigidez en la forma en que se sostenía que indicaba que sabía que yo estaba allí, pero no se dio la vuelta.

Marianne se sentó frente a ella con una taza de té de porcelana y un plato delante de ella. Ella me miró como si estuviera tratando de decirme algo con sus ojos, pero yo no sabía qué era ese algo.

Roland estaba en la esquina al lado del aparador que contenía la vajilla China que hacía juego con la taza. Tenía los brazos cruzados y se veía muy guardaespaldas. Había visto a otro hombre de pie en la esquina opuesta

como un segundo acompañante. Tenía los brazos cruzados, y también se veía muy guardaespaldas.

Esa fue la única cosa que era similar. Bueno, había otra: Ambos tenían un gran bronceado. Pero sospechaba, como Richard, el nuevo tipo no sólo era bronceado.

Su piel era de un rico café, sus ojos marrones eran casi perfectos en forma de almendra. Eran casi demasiado pequeños para el resto de la cara. Todos los ángulos, los pómulos salientes, frente ancha, nariz aguileña. Cada característica que tenía era agresivamente masculina y étnica. Tenía el pelo largo y negro y se movía como agua sedosa cuando él me miró. El pelo era de un negro sólido como el mío, ese negro que parece con rayos azules a la luz del sol.

También era por lo menos seis pies y unos centímetros más alto, con los hombros que hacían juego. Se apoyó contra la pared, exudaba un tipo de energía física, fácil como alguien que conocía su potencial y no sudaba al demostrarlo.

—Ese es Ben. Él es tu reemplazo *Sköll* hasta que se cure Jamil.

Quería rechazar la oferta de poner mi vida en manos de un desconocido, pero estaba casi segura de que sería considerado un insulto. Yo asentí.

—Hola.

Él asintió.

—Hola.

Roxanne se dio vuelta en la silla, deslizando las piernas por lo que quedó sentada de lado en la silla.

—Verne quiso mandar a nuestro lobo para disculparse por permitir que tu gente fuera herida en nuestras tierras. Ella me miró de frente y los ojos marrones no eran amistosos.

—Creo que eres tú quien nos debe una disculpa.

—¿Una disculpa, por qué? —pregunté.

Se puso de pie, y derramaba energía por la habitación como agua, giraba alrededor de los tobillos, subiendo por las rodillas. Su poder se derramaba hacia afuera, hacia arriba, como si fuera a llenar la habitación del calor que respira de su presencia. Era tan poderosa, que hizo un nudo en mi garganta por estar de pie cerca de ella.

—Mierda —dije en voz baja.

—Has marcado Verne como si fuera el último de nosotros y no el más

grande.

—¿Te refieres a lo del cuello? —le dije.

Tiró la silla al suelo. Cayó con estrépito.

No agarré una pistola, pero fue un esfuerzo.

Roxanne se quedó de pie respirando rápido y demasiado superficial. Las emociones fuertes hacen que el derrame de energía sea peor, y su ira hizo que la comezón de energía y el deslizamiento sobre mi piel fuera apretada, eléctrica.

Cherry se movió un poco detrás de mí. Zane apareció en la puerta y se puso a lado de ella. Estaban de pie a cada lado y un poco hacia atrás, como guardaespaldas.

Harían su mejor esfuerzo, pero yo no quería ponerlos a prueba contra Roland y Ben. Estaba muy segura de quién iba a ganar, y no seríamos nosotros.

—Lamento haber marcado a Verne —dije.

—Mentira —dijo Roxanne.

—Realmente no quería hacerlo.

Dio un paso adelante temblando. Yo no di un paso atrás, pero quizás debí haberlo hecho. Ella estaba demasiado cerca. En este espacio, podría sacar la Browning, pero si lo hiciera, tendría que usarla, porque ella estaría encima de mí en segundos.

—¿Puede alguien explicarme por qué está tan cabreada, y qué podemos hacer al respecto para que una de nosotras no termine muerta?

Marianne se levantó despacio. Roxanne giró la cabeza, y la intensidad de esa mirada, incluso mirando a otro lado, hizo que mi piel se erizara. Marianne puso la palma de sus manos hacia afuera y avanzó lentamente alrededor de la mesa hacia su *lupa*.

—Roxanne ve la marca como un insulto a Verne y a la manada entera —dijo Marianne.

—Tuve que hacerlo —le dije—. No quise que fuera un insulto. No fue esa la intención.

Roxanne volvió lentamente su cabeza hasta que me miró. Sus ojos pasaron de un marrón a un rico y sorprendente amarillo, mientras yo veía.

Puse la mano en la culata de la Browning.

—Tranquila, Chica lobo.

Un bajo y retumbante gruñido salió lentamente de la delgada garganta.

—Si realmente no tenías la intención de ser insultante —dijo Marianne

—, entonces, ¿estarías dispuesta a hacer las paces?

Mantuve la mirada en Roxanne, pero respondí:

—¿Cómo voy a hacer las paces?

—Podemos luchar —dijo Roxanne.

La miré a los ojos amarillos casi brillantes.

—No lo creo.

Marianne estaba de pie, cerca, entre nosotros sin llegar a tocarnos.

—Puedes ofrecer tu cuello a Roxanne en una ceremonia pública.

Mis ojos se deslizaron a Marianne, y luego de vuelta a la chica lobo.

—No le dejo cerca de mi cuello, en público o privado, no a propósito.

—¿No confías en mí? —dijo Roxanne.

—No.

Dio otro paso muy lento hacia adelante. Marianne entonces dio un paso entre nosotros. Si Roxanne avanzaba un centímetro, el hombro chocaría con Marianne.

—Hay otra ceremonia —dijo Marianne.

—No le voy a ofrecer a Roxanne mi cuello —le dije.

—No ofrecerías el cuello, pero sí intercambiarían golpes.

Sentí que mis ojos se agrandaban. Me quedé mirando a la mujer casi gruñendo enfrente de mí.

—Debes estar bromeando. Me matará.

—Voy a dejar que me pegues primero —dijo Roxanne.

—He leído esta historia. No, gracias.

Roxanne frunció el ceño.

—¿Historia?

—Sir Gawain y el Caballero Verde —dije. Ella aún parecía perpleja—. El Caballero Verde le permite a Sir Gawain tener el primer golpe. Gawain le cortó la cabeza. El Caballero Verde recoge su cabeza bajo el brazo y dice: ¡Mi turno, en un año a partir de ahora!

—No lo he leído —dijo.

—No es de los veinte primeros en la lista de lectura, supongo. De todos modos, el punto es el mismo. Puedo golpear tan duro como pueda, y no te hará daño. Puedes mover los dedos en mi dirección y me romperás el cuello.

—Entonces, lucha —dijo.

Mi mano seguía descansando en la Browning.

—Te voy a matar, Roxanne, pero no voy a pelear contigo.

—¡Cobarde!

—Por supuesto —dije.

Sentí el roce de Richard sobre mí, dentro de mí, como el viento. Había reconocido el coche de Roxanne y me estaba dejando saber que estaba a punto de traer a un ser humano en el lío. Un ser humano que no sabía dónde estaban los monstruos. Miré a otro lado para ver su forma fuera de la puerta de la cocina, y no debí hacerlo. No vi el puño de Roxanne tanto como sentí el movimiento. Mi mano ya estaba en la Browning, sólo unos segundos para tirar de ella, pero ese desenfoque de movimiento me cogió en la barbilla. Tuve la sensación de caer, pero no me acordaba de golpear el suelo o sentirlo.

Estaba en el piso mirando el techo blanco. Marianne estaba a mi lado. Sus labios se movían, pero no salió ningún sonido. El sonido finalmente llegó a través de un pop casi audible como un pequeño estampido de sonido.

Gritos. Todo el mundo gritaba. Oí la voz de Richard y Roxanne y otros. Traté de sentarse y no pude.

Marianne me tocó el hombro.

—Trata de no moverte.

Quería ver lo que estaba pasando, pero no pude hacer que mi cuerpo se moviera. Podía sentirlo, pero era como un gran peso a lo largo de mi cuerpo, como si lo que realmente quería hacer fuera dormir.

Flexioné mi mano derecha, y estaba vacía. Había dejado caer la Browning en alguna parte. Francamente, yo estaba feliz de ser capaz de mover mi mano. No estaba bromeando cuando le dije Roxanne que podía romperme el cuello sin gran esfuerzo.

Seguí flexionando las cosas, a la espera de ser capaz de ponerme de pie. Por fin pude mover mi cabeza lo suficiente para ver el resto de la habitación. Richard había agarrado a Roxanne alrededor de la cintura, los pies estaban completamente fuera del piso. Roland y Ben estaban tratando de quitar a Richard de ella. Shang-Da estaba tratando de conseguir que la Dra. Carrie Onslow saliera de la cocina.

Roxanne se retorcía en los brazos de Richard. Ella se acercó a mí, y Zane y Cherry se movían como un muro entre nosotros. Se metió entre ellos dos, gritando:

—¡Tu turno, perra! ¡Tu turno!

Ella estaba allí de pie, a un lado, con los dos wereleopardos tratando de

contenerla sin hacerle daño. Su pierna derecha estaba flexionada hacia delante. Creo que sólo Marianne me escuchó decir:

—Mi placer.

Le di una patada Roxanne justo debajo de la rótula de la rodilla, con el objetivo arriba. La rótula salió de su órbita, y bajó gritando. La pateé dos veces en la cara. La sangre salió de su nariz y boca.

Me puse de pie. Nadie intentó ayudarme. La habitación se había puesto de repente tan tranquila, que se podía escuchar la respiración de Roxanne, demasiado fuerte, demasiado rápido. Ella escupió sangre en el suelo. Me acerqué a su alrededor con los wereleopardos hasta que estaba cerca de la mesa. Ben y Roland aún sostenían a Richard, pero era como si hubieran olvidado por qué lo estaban haciendo. Shang-Da recogió a Carrie Onslow y la llevó a la puerta con ella gritando:

—¡Richard!

Era como esos momentos en los que el tiempo parece lento y se estira y pasa demasiado rápido, todo al mismo tiempo. Oí a Roxanne decir:

—¡Voy a matarte por eso!

Pero honestamente no recuerdo si agarré la silla antes o después de que ella lo dijo. Sólo recuerdo que tenía la silla y la rompió cuando ella saltó hacia mí, la rompí sobre ella, como si usara un bate de béisbol, tomando el camino con los brazos hacia atrás, echando los hombros y músculos de la espalda en ella. El impacto del golpe dejó un hormigueo en mis dedos y las manos, pero guardé el control sobre la silla.

Roxanne estaba en cuatro patas en el suelo, pero ella no estaba abajo. Levanté la silla para otro golpe cuando su poder fluyó por encima de mí como un viento hirviendo. Rompí la silla en el suelo con todo lo que tenía. Ella la tomó y me la arrancó de las manos.

Resistí y tiré de la Firestar.

—¡Sin armas! —gritó Roland.

Miré a Richard.

—Nada de armas —dijo.

La expresión de su cara era suficiente. Tenía miedo por mí. Yo también. Nada de armas. ¿Estaban bromeando? Roxanne intentó ponerse de pie, pero la rodilla no la mantenía. Se cayó, y la silla dio un vuelco en el suelo. Ella gritó y lanzó la silla hacia mí. Tuve que agacharme en el piso para evitarlo.

Ella vino hacia mí sobre las manos y una pierna en un movimiento casi

demasiado rápido como para seguirlo. Yo tenía mucho tiempo para dispararle, pero se suponía que no podía disparar. Caminé como cangrejo hacia atrás, tratando de permanecer lejos. La Firestar todavía se encontraba en mi mano.:

—¡Richard! —grité.

Las marcas de pronto se abrieron entre nosotros como una compuerta. Me bañé en la esencie y el almizcle distante de su piel.

Roxanne vaciló en ese loco momento, deslizándose lentamente. Su bello rostro comenzó a estirarse hacia afuera, como si una mano estuviera presionando desde el interior. Un bozal floreció en el centro de ese rostro humano, cubierta de piel humana, con una línea de lápiz de labios que solía ser.

Me sumergí en la línea de poder entre Richard y yo. Envolví el olor de él, la sensación de tenerlo, el juego brillante de la energía. De repente podía sentir la luna en el cielo del día, y sabía, sabía en cada célula de mi cuerpo, que mañana por la noche sería, mañana por la noche sería libre. Y por un instante, no estaba segura de quién era el pensamiento, de Richard o su bestia.

Tiré la Firestar en el piso y me puse de pie con la ventana detrás de mí. Yo sabía que Richard no le permitiría matarme, pero también sabía que iba a hacerme daño. Yo había lanzado a un hombre lobo a través de una ventana una vez. Había cesado la lucha. Era todo lo que podía pensar. Por supuesto, Roxanne tenía que cooperar y ejecutar en mí como un loco para ponerse ella misma para el tiro. Si venía más lento hacia mí, no iba a funcionar.

Ella vino a mí más lento, en una carrera cojeando. No se me ocurría nada. Una cosa sabía: Si ella me tocara con las uñas o la boca, yo podría ser una *lupa* para el próximo mes de verdad. El tiempo pasaba cristalinamente, lento y rápido, lento y brillantemente rápido. Pensé en hacer varias cosas y no sería lo suficientemente rápida como para hacer cualquiera de ellas. Pero caería intentándolo.

Richard estaba gritando:

—No garras, Roxanne, sin garras.

No creo que Roxanne escuchara. Me atacó con las garras monstruosas, y me escondí bajo el brazo oscilante. Evité golpes que eran demasiado rápidos para ver, lo evité como si yo supiera dónde estaría. Fue Richard, las marcas, pero ya era demasiado confuso, demasiado nuevo para mí como

para poder luchar con él.

Podría usarlo para evitarla, pero no por mucho tiempo.

Terminé con la espalda en el suelo, apuntando la Firestar hacia ella. Ella venía con garras y dientes, y yo estaba sin opciones.

La puerta se abrió, y Verne gritó:

—¡Roxanne, no!

Sentí chocar su poder a través de la habitación como la tapa de una olla hirviendo, algo tirado por el calor, para sostenerlo, contenerlo, pero no detenerlo.

Ben y Roland de repente se colgaron de Roxanne, arrastrándola detrás de mí. Si Verne les había dado la orden, yo no la había oído. Roxanne estaba golpeándolos, cortando los brazos abiertos, y ellos lo estaban recibiendo.

Verne estaba gritando:

—Mentí, Roxanne. Mentí. No me lo propuso.

Roxanne se quedó inmóvil en sus brazos. Ella habló en torno a lo que sólo era en parte una boca humana.

—¿Qué dijiste?

Lucy entró detrás de Verne, a través de la puerta que aún estaba abierta. Cerró la puerta y se apoyó en ella, sonriendo, disfrutando del espectáculo.

—Dije, he mentido —dijo Verne—. Yo soy un hombre viejo, y tú eres bella y poderosa, y treinta años más joven que yo. Te dije que cuando me marcó el cuello me hizo proposiciones. No lo hizo.

Roxanne se relajó del agarre de sus sangrantes guardaespaldas. Se podía sentir cómo se filtraba la tensión, y con ella su carne. Su rostro, las manos, cambiaban hasta quedar humanos de nuevo. Tenía la nariz ensangrentada donde la pateé.

—Pueden soltarme —dijo—. Yo no le haré daño.

No la dejaron ir. Miraron a Verne.

—¿Y yo, querida? —dijo—. ¿Vas a hacerme daño?

—Cuando lleguemos a casa, voy a patear tu mierda, pero no aquí, no ahora.

Verne sonrió. Roxanne sonrió. Y ambas sonrisas eran las mismas. Era más que la lujuria, a pesar de que se mezclaba con esto. Era una mirada que tienen las parejas, como un lenguaje secreto, una mirada que excluye a todos los demás y no puede ser explicado.

Miré a Richard.

—Ellos están más locos que nosotros.

Él me sonrió, y la sonrisa me calentó hasta mis zapatillas Nike. Me sonrió y me di cuenta con una sacudida que estremeció todo mi cuerpo que teníamos que buscar nuestro propio secreto. Dios, lo había echado de menos.

Lucy entró en el cuarto en un par de zapatos de plataforma, pantalones cortos color púrpura, y lo que parecía un sujetador de lavanda, pero probablemente no lo era. Ella desfiló hasta Richard, resbalando ambos de sus brazos a través de uno de los suyos.

—Él me rechazó por ti, cariño —dijo con una voz que era muy agradable para la ira que tenía en los ojos.

Miré a Richard.

—No creo que te dejó por mí.

Se apartó de Richard para estar de pie delante de mí. Yo tenía la pistola en la mano. Pensé que era seguro. Las marcas con Richard desaparecieron, retrocedieron, sustituidas por el conocimiento de que éramos una pareja de nuevo. Yo lo valoraba un infierno más que las marcas.

—Yo puedo hacer cosas por él en la cama que el cuerpo humano nunca podría hacer. Puedo tomar toda la fuerza, todo empuje, y se siente bien. No tiene que ser amable conmigo, no tiene que tener cuidado conmigo.

Me golpeó un poco cerca de la verdad, que es mi única excusa para lo que dije después.

—Vaya, Lucy, no lo sé. Pasa una noche conmigo y te deja como las noticias de ayer. O no eres buena en la cama, o soy mejor.

Su rostro se contrajo, puso los ojos muy abiertos, por un segundo, pensé que podía llorar. No quería que llorara. Lo echaría a perder y me haría sentir como una mierda.

Lucy se alejó de mí, llevando sus manos para cubrir su cara. Demonios. Miré más allá de ella a Richard. La expresión de su rostro no era feliz conmigo. No podía culparlo en este caso.

No vi a Lucy voltearse, lo sentí. Sentí el aire que se movió alrededor de mi cabeza. Su mano me agarró en la cara. Tuve la sensación de caer, pero si me golpeé en el suelo, yo no lo recordaba.



CUARENTA Y UNO

Me desperté a la oscuridad con el olor de las sábanas limpias. Parpadeé en las ventanas extrañas y la luz de la luna se derramaba en el suelo. No reconocí la habitación. Una vez que me di cuenta que no estaba en ninguna parte que alguna vez haya estado, la tensión me llenó como el agua. Oí a alguien detrás de mí, y esto levantó la tensión un grado más. Traté de permanecer inmóvil, pero sabía que mi respiración había cambiado. Si fueran seres humanos, no pueden haberlo notado, pero no sabía cuántos seres humanos había en este momento.

—Anita, es Damián.

Me di la vuelta a mi lado derecho, y me dolió. Mi brazo derecho estaba vendado desde la palma de mi mano hasta cerca de la mitad de mi antebrazo. No dolía mucho, pero no podía recordar cómo me había lesionado. El vampiro estaba sentado en una silla junto a la puerta. Su cabello largo y rojo parecía un extraño color marrón claro en la oscuridad.

Llevaba chaleco y pantalón muy seductores, probablemente hechos a la medida, traje de negocios. Podría haber sido negro o azul marino o marrón oscuro. Su piel brillaba pálida contra la oscuridad de la tela.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Tú eres la única que lleva un reloj —dijo.

Levanté mi mano izquierda en frente de mi cara y pulsé el botón pequeño que lo hizo brillar. El resplandor parecía más brillante de lo que debería debido a la oscuridad.

—Dios, es después de las once. He estado fuera durante horas. —Me acosté en la cama—. ¿Se le ocurrió a alguien llevarme a un hospital?

—El sol se ocultó hace un poco más de dos horas, Anita. No sé qué elecciones se hicieron. Cuando me desperté, Asher y yo estábamos aquí, en el sótano. Nos alimentamos, entonces tomé el lugar de Richard aquí por tu cama.

—¿Dónde está Richard?

—Creo que él está en su lupanar, pero no estoy seguro.

Lo miré. Parecía de alguna manera distante.

—¿No hiciste ninguna pregunta?

—Me dijeron que me quede aquí y protegiera tu descanso. ¿Qué más debo saber?

—No eres un esclavo, Damián. Tienes permiso para hacer preguntas.

—Tengo que sentarme aquí en la oscuridad y verte dormir. ¿Qué más podía pedir a su compañía de vampiros?

Esto último tenía un tono amargo.

Me incorporé lentamente porque todavía me sentía mareada.

—¿Qué se supone que significa eso? —Traté de apuntalar la espalda contra el cabecero de madera, pero necesito más almohadas debajo de mí. Traté de apoyarme con mi mano derecha, y me dolió. Fue un desagradable, dolor agudo—. Recuerdo que Lucy me pegó, pero ¿qué le pasó a mi brazo?

Damián puso una rodilla en la cama y ayudó a apuntalar las almohadas debajo de mi espalda. Incluso encontró una extra para poner mi brazo derecho.

—Richard dijo que Lucy trató de arrancarte el brazo.

Ese poco de conocimiento me dejó fría y con miedo.

—Jesús, es una mujer despreciable.

—¿Estás mejor con las almohadas? —preguntó.

—Sí, gracias.

Se puso de pie y empezó a moverse de nuevo hacia la silla.

—No —dije. Extendí mi mano izquierda hacia él.

Tomó mi mano. Su piel estaba caliente al tacto. Hubo un ligero rocío de sudor en la palma de su mano. Los vampiros pueden sudar, pero no lo hacen a menudo. Le apreté la mano, mirando su cara. La luz de la luna era fuerte, así que pude ver su rostro. Tenía la piel pálida, casi luminosa. Esos ojos verde brillantes fueron sólo oscuridad bajo la luz líquida de la luna. Señalé que se sentara a mi lado.

—Te has alimentado esta noche o la piel estaría fría, así que ¿por qué el sudor?

Sacó la mano de la mina, volviendo la cara.

—No lo quieres saber.

—Sí, lo sé. —Le toqué la barbilla con mi mano, volviendo la cara hacia mí—. ¿Qué pasa?

—¿No tienes suficientes quebraderos de cabeza para preocuparte por mí?

—Dime qué te pasa, Damián. Lo digo en serio.

Dejó escapar un largo suspiro de agitación.

—No, tú lo has hecho. Una orden directa.

—Dime —dije.

—Yo estaba feliz de estar aquí en la oscuridad y verte dormir. Creo que si Richard supiera lo feliz que me hace, él habría hecho Asher hacerlo.

Yo le frunció el ceño.

—Me he perdido.

—Lo sientes, también, Anita. No eres tan fuerte como yo, pero lo sientes.

—¿Sentir qué, Damián?

—Esto.

Puso su mano sobre mi rostro, y yo quería frotar mi rostro contra su piel. Tuve un impulso momentáneo para tirar de él en la cama junto a mí. No por sexo, necesariamente, sólo tocarlo. Para pasar mis manos sobre esa piel pálida, bañarme en el poder que animaba a su carne.

Tragué saliva y aparté su mano.

—¿Qué está pasando, Damián?

—Eres un nigromante, y yo soy el muerto que camina. Me has levantado dos veces. Me has llamado una vez de mi ataúd y una vez de vuelta desde el borde de la muerte verdadera. Me sanaste con tu poder. Yo

soy tu criatura. He hecho voto de lealtad a Jean-Claude, mi Maestro de la ciudad, y me honra, pero seguiría en el mismo infierno. No por obligación, sino por el deseo. No puedo pensar en nada mejor que estar a tu lado. Nada me complace más que hacer lo que pidas. Cuando estoy cerca de ti, creo que es muy difícil de no hacer casi cualquier cosa grande, como alimentarme o salir de tu presencia, sin consultar tu permiso.

Lo miré fijamente. Yo no sabía qué decir, no es raro para mí hoy. Pero con él sentado tan cerca en el cuarto oscuro, yo tenía que decir algo.

—Damián, yo… No quise decir nada para que esto suceda. No quiero que seas una especie de empleado no-muerto.

—Yo lo sé —dijo—. Pero también entiendo por qué el Consejo de vampiros se hizo la costumbre de matar a los nigromantes. No te sirvo por temor. Quiero hacerlo. Cuando estoy contigo, soy más feliz que sin ti. Es un poco como estar enamorado, pero… mucho más aterrador.

—Sabía que había una conexión. Siquiera sabía por qué la tenía. Yo no tenía ni idea de que era tan fuerte para ti —le dije.

—No me di cuenta que te sentías atraída por mí, como lo estuve yo hasta la noche pasada. Podrías haber elegido a Asher. Él te adora, y recuerdas estar en su cama. Pero me elegiste para besarme. Para sostenerte. No creo que fue un accidente.

Sacudí la cabeza.

—Yo no lo sé. No recuerdo todo con claridad de la noche anterior. La *Munin* es algo así como estar borracha.

—¿Recuerdas lo que me dijiste?

—Dije muchas cosas.

Pero mi voz era suave, y estaba muy asustada, recordaba la frase que estaba buscando.

—Has dicho, no tomes mi sangre, jódeme.

Sí, esa fue la frase. Solo recuerdo que fue muy embarazoso, me retorcía. Era mi turno para mirarlo.

—Fue la *Munin* quien habló —le dije—. Eres uno de los pocos hombres que quedan que nunca tuvo relaciones sexuales con Raina. Tal vez ella quería algo diferente.

Me tocó la cara, la levantó para mirarme a los ojos.

—Eso no es cierto, y lo sabes.

Me aparté de su mano.

—Mira, mi plato está lleno a rebosar con los chicos ahora. Me siento

halagada, muchas gracias por la oferta, pero no, gracias.

—¿Y cómo de feliz estás con los dos hombres en tu cama ahora mismo? —preguntó.

—Has tenido relaciones sexuales con Richard ahora, y son vinculantes, las marcas son más fuerte que nunca.

—¿Sabía cada uno que era una posibilidad, pero yo? —pregunté.

—Jean-Claude me prohibió decírtelo. Pensé que tenías derecho a saberlo.

—Sentí la estela de Jean-Claude esta mañana antes de las diez. Lo sentí despertar, Damián. Sentí la fiereza de su alegría, su triunfo. —Traté de cruzar los brazos sobre el pecho, y el derecho no cooperó—. ¡Maldito sea el infierno!

—Yo fui el siervo de mi señora original por un tiempo muy largo, Anita. La idea de ser tu siervo, el criado de alguien, me aterra. —Tocó las vendas del brazo derecho—. Pero veo que te utilizan, Anita. Veo que te retienen información. —Acunó mi mano vendada en las suyas—. Yo le hice juramentos a Jean-Claude, pero es tu poder, que hace latir mi corazón, tu pulso que puedo saborear como las cerezas en mi lengua.

Saqué la mano de la suya.

—¿Qué estás diciendo, Damián?

—Estoy diciendo que no deberías ser la única de los tres que no sabe lo que está pasando.

—¿Y tú me lo puedes decir? —dije.

Él asintió con la cabeza.

—Yo puedo responder a tus preguntas. De hecho, si me lo pides, no puede negarme a responder a ellas.

—Me estás entregando las llaves de tu alma, Damián. ¿Por qué?

Él sonrió, los dientes se vieron de un blanco tenue en la cara.

—Porque antes de servirte no serví a nadie. Traté de combatirlo, pero no puedo. Así que me rindo a la lucha. Me entrego a ti de buen grado, incluso con entusiasmo.

—Si te refieres a lo que creo que te refieres, ¿no dijo Asher algo la noche pasada sobre si tenía relaciones sexuales contigo, Jean-Claude te iba a matar?

—Sí —dijo.

Le miré.

—Puede que sea bueno, Damián, pero no vale la pena morir por nadie.

—No creo que me mataría. Jean-Claude me ha preguntado sobre el vínculo que siento.

—Él lo sabe, ¿verdad?

—Sí, y está contento. Cree que es otro signo de que tu poder cada vez es mayor como un nigromante. Y tiene razón.

—¿Jean-Claude sabía que me estabas obedeciendo sin querer, y él no me dijo? —dije.

—Pensó que te molestaría.

—¿Cuándo iba a mencionar este hecho para mí?

—Él es el Maestro de la ciudad. No responde a mí. No sé lo que piensa decir ni cuándo.

—Está bien, ¿qué otras capacidades puedo esperar a ganar a través de las marcas? —Se acostó en el otro lado de la almohada que había conseguido para el brazo lesionado. Se apoyó en un codo, sus largas piernas estiradas de la longitud de la cama—. Tu fuerza física, la vista, el oído. Podrías ganar casi todos los poderes sin renunciar a tu humanidad. Aunque probablemente tendrías que llevar a la cuarta marca para obtener pleno los poderes.

—No, gracias —dije.

—La vida eterna sin tener que morir por ella, Anita. Es la tentación a lo largo de los siglos.

—He tenido demasiadas sorpresas en los dos últimos días, Damián. No quiero atarme a mí misma más cerca de Jean-Claude.

—Lo dices ahora, pero deja pasar unos cuantos años más, y puedes cambiar de opinión. Eterna juventud, Anita. No es una pequeña ofrenda.

Sacudí la cabeza.

—¿Qué más puedo esperar de las marcas?

—Teóricamente, cualquier poder que poseen.

—Eso no es típico para los siervos humanos, ¿no?

—Todos ganan algo de fuerza, resistencia, sanidad, resistencia a las lesiones, inmunidad a enfermedades y venenos. Aunque de nuevo, sin la cuarta marca, no estoy seguro de qué parte has ganado. No estoy seguro de que Jean-Claude o que Richard sepan, o bien, esperan sacar otro conejo de su sombrero.

—¿Fue el *Munin* una sorpresa para ellos?

—¡Oh, sí! —dijo Damián. Colocó la cabeza en el borde de la almohada que no estaba usando. Se dio la vuelta para poder mirarme—. Jean-Claude

sabía de la *Munin*, pero en realidad no había pensado que eran los espíritus de los muertos y lo que significan para ti. Incluso los nigromantes de la leyenda no controlan el *Munin*.

—Los nigromantes de la leyenda no tienen un vínculo con un hombre lobo alfa —dije.

—Eso es lo que Jean-Claude piensa, también.

Me hundí más bajo en el nido de almohadas.

—Es tan grande que él está hablando de mí a todo el mundo excepto a mí.

Damián rodó de modo que me miraba hacia arriba.

—Sé lo mucho que valoras la honestidad, y con toda honestidad, Jean-Claude no podía saber que ganarías estas capacidades. Un servidor humano es una herramienta que se utiliza, por lo que es bueno si es una herramienta poderosa, pero cuando parecen estar ganando toda la fuerza que puedas, en algún momento, puede ser cuestionable quien es el amo y quién es el servidor. Tal vez sea el hecho de que eres una bruja.

—Jean-Claude me dijo antes de darme las marcas que no estaba seguro de quién podría ser el amo, y que sería criado por mi nigromancia. Pero en realidad no lo explicó. Supongo que debería haber preguntado.

—Si te hubiera dicho todo esto antes de ofrecerte las marcas, ¿las llevarías por ti misma?

—Tomé la marca para salvar la vida de ambos, por no hablar de la mía.

—Pero si hubieras sabido, ¿habrías hecho esto?

Se rodó sobre su costado, su cara estaba cerca de mi brazo, pude sentir su aliento sobre mi piel.

—Creo que sí. Yo no podía permitir que ambos murieran. Uno de ellos, tal vez, podría haber perdido a uno de ellos, pero no ambos. No tanto, si podría haberlos salvado.

—Entonces, Jean-Claude ha ocultado todo esto de ti para nada. Estás enojada por nada.

—Sí, estoy enojada.

—Te hace no confiar en él. Damián acercó una pulgada su mejilla hasta que se apoyaba en mi brazo.

—Sí, me hace no confiar en él. Peor aún, no me hace confiar en Richard. —Sacudí la cabeza—. Nunca pensé que ocultaría nada de mí, por no hablar de las cosas con importancia.

—Te hace dudar de ellos —dijo Damián.

Miré fijamente al vampiro. Sólo la mejilla se apoyaba en mi brazo. El resto de su cuerpo se extendía a lo largo de la cama, pero no me tocaba.

—Esto no se parece a ti, Damián.

—¿Qué no se parece a mí? —preguntó. Su mano se deslizó desde donde se apoyaba en su lado de las sábanas. Una mano pálida estaba entre nuestros cuerpos, no tocaba, simplemente… esperaba.

—Esto, todo esto, no eres tú.

—Tú no sabes nada de mí, Anita. Tú no sabes cómo soy yo, realmente no.

—¿Qué quieres de mí, Damián?

—En este momento, poner esta mano alrededor de tu cintura.

—¿Y si dijera que sí?

—¿Es un sí? —preguntó.

¿Qué diría Richard? ¿Cuál sería la reacción de Jean-Claude, qué diría? ¡Qué se jodan!

—Sí —dije.

Deslizó su mano sobre mi cintura hasta que su brazo descansaba en mi estómago. Hubiera sido natural abrazar el cuerpo después del brazo, pero no lo hizo. Mantuvo que la distancia artificial entre nosotros.

Pasé la mano izquierda arriba y abajo por el brazo pálido, jugué a través de los pequeños pelos en el brazo. Se sentía terriblemente erizados al tocarlos, como si hubiera estado esperando a que lo haga por un tiempo muy largo. Yo no quería que él me sostuviera. Yo quería sostenerlo. Fue una sensación muy diferente de lo que sentía por Richard y Jean-Claude. Damián tenía razón, era la nigromancia.

Quería tocarlo, explorar los límites del poder que nos unió, el poder que le animaba.

Mi propio poder personal está más cerca de los conocidos de Jean-Claude, que al de Richard. Es un poder fresco, como un viento imperceptible que juega sobre la mente y el cuerpo. Dejé que se derramara el hilo fresco a través de mi mano, bajo del brazo de Damián. Lo metí en él como una mano invisible, lo metí en ese cuerpo pálido y sentía responder una profunda chispa dentro de él. Sentí que mi poder reconoció los destellos y un pedazo de sí mismo. Lo que había animado a Damián antes había desaparecido. Animé a Damián ahora. Era realmente mío, que no, por supuesto, era posible.

Deslizó su cuerpo hasta el último centímetro para que la longitud de él

estuviera en contra de mi cintura hasta los pies. Deslizó una pierna sobre las mías, apretándose contra mí.

—Estás tratando de seducirme —le dije. Pero mi voz era demasiado suave, demasiado privado.

Puso un beso suave en mi brazo.

—¿Estoy seduciéndote, o me has seducido a mí?

Sacudí la cabeza.

—Levántate y vete, Damián.

—Tú me quieres. Puedo sentirlo.

—El poder te quiere, no yo. No te quiero como quiero a Richard o a Jean-Claude.

—Yo no te pido amor, Anita, sólo quiero estar contigo.

Quería correr mis manos por su cuerpo. Yo sabía que podía explorar ese cuerpo, tocar cada pulgada de él, y no me detendría. Es a la vez una invitación y aterrador. Me bajé de la cama, dejando a Damián allí. Podría estar parada, no mareé; genial.

—No estamos haciendo esto Damián. Nosotros no podemos hacerlo.

Damián se apoyó en los codos, me miraba.

—Si me das una orden directa, tengo que obedecerte, Anita. Incluso si esa orden contradice la que Jean-Claude me ha dado.

Yo le fruncí el ceño.

—¿Qué estás diciendo?

—¿No te preguntas que él ha prohibido que yo te diga? —preguntó Damián.

—Cabrón.

Se sentó, balanceando sus piernas largas del lado de la cama.

—¿No quieres saber?

Le miré fijamente por un latido del corazón.

—Sí, maldita sea, sí, yo quiero saber.

—Tienes que pedir que te diga. No puedo hacerlo de otra manera.

Casi no lo hice. Tenía miedo de lo que iba a decirme. ¿Miedo de qué otra cosa, que Jean-Claude había estado escondiendo de mí?

—Te ordeno, Damián, que me digas todos los secretos que Jean-Claude ha prohibido que me digas.

Su respiración se hizo en un largo suspiro.

—Libre por fin. Jean-Claude, Asher, e incluso mi maestro, todos descienden de la línea de *Belle Morte*, La Muerte Hermosa. Ella es nuestro

maestro del consejo. ¿Alguna vez te preguntaste por qué hace cientos de años, la mayoría de los cuentos de vampiros decían que eran horribles monstruos, cadáveres ambulantes?

—No, ¿y qué tiene eso que ver con nada?

—He esperado mucho tiempo para decirte esto, Anita. Permíteme decirlo.

Suspiré.

—Bien dilo.

—Nadie pensaba en un vampiro como un objeto sexual en el siglo XVIII. Hubo algunos cuentos de vampiros hermosos, pero todos eran trucos, no eran reales. Pero entonces las cosas cambiaron. La mayoría de los cuentos hablan de la belleza y gran atractivo sexual. —Se deslizó de la cama, y me aparté. Yo no lo quería demasiado cerca. No estaba segura de en quien confiaba menos: él o yo. Cuando me alejé, él dejó de moverse y se quedó allí, mirándome—. El Consejo decide cuál de ellos envían a sus vampiros a hacer más. Durante miles de años, era la reina de las pesadillas, nuestro líder, o *Morte d 'Amour*, el amante de la muerte, y el dragón, pero se cansaron de los juegos y se retiró al interior de la cámara del concilio. Rara vez se ve. Ella me hizo, me llevó a la corte con ella más de una vez.

»Es el lugar donde conocí a Jean-Claude. *Belle Morte*, La Muerte Hermosa, envió a su pueblo para poblar el mundo con los vampiros. Jean-Claude, Asher y yo, descendemos de su línea. Aunque la sangre no puede hacer al feo hermoso, aunque todo sea mejorado por su toque, pero es más que eso. Algunos en su línea tienen el poder del sexo. Viven en ello, respiran en él. Se alimentan de ello como Colin y mi amo se alimenta del miedo. Se puede acceder al poder a través del sexo y usarlo como un segundo señuelo para los mortales. —Se detuvo y me miró.

—Termina, Damián —dije.

—Jean-Claude es uno de ellos. En otro tiempo, sería considerado como un íncubo. Asher y yo no somos como él. Se trata de un raro poder, incluso entre aquellos que descienden de forma más directa de *Belle Morte*.

—Así, que Jean-Claude se alimenta de sexo como Colin puede alimentarse de miedo. ¿Y qué?

Damián se dirigió hacia mí, y lo dejé tocar mi hombro.

—¿No lo entiendes? Jean-Claude gana poder a través de las relaciones sexuales, no sólo la relación sexual, pero si la energía sexual, la lujuria. Esto significa que cada vez que tiene relaciones sexuales, es poder. Todo

acto íntimo entre los tres une más las marcas, más apisonadas y aumenta su poder.

Me sentí casi desmayarme.

—¿Cuándo me lo iba a decir?

—En defensa de Jean-Claude, dice que no funciona de esta manera la primera vez que te marcó. El sexo no era un foco de poder fuerte. Tenías tres marcas profundas antes de que se separaran, y no funcionó así entre ustedes. Cree que es la adición de Richard esto lo ha empujado sobre el borde.

—¿Qué sacas de esto, Damián? ¿Qué quieres sacar con decirme todo esto? —Lo miré fijamente en la oscuridad.

—Mi señora me controlaba durante siglos con su miedo y su sexo. Tú mereces la verdad, todo esto.

Me aparté de él, le di la espalda. Tiene perfecto sentido. Jean-Claude despedía sexo como otras personas usaba colonia. Eso explicaba por qué su primer negocio fue un club de stripper, gran cantidad de energía sexual para alimentarse. ¿Le cambiaría algo? Yo no estaba segura. Yo ya no estaba segura.

Yo miraba por la ventana, con la frente pegada al vidrio frío. Las cortinas soplaban suavemente en la brisa de la noche.

—¿Sabe Richard que Jean-Claude es una especie de Incubus?

—Yo no lo creo —dijo Damián.

El poder se respiraba en el viento. Casi podía olerlo, como el ozono en el aire. Se levantó el pelo en la parte de atrás de mi cuello. No era vampiro o Cambiaformas. Lo reconocí por lo que era: la nigromancia. En algún lugar cerca, alguien estaba usando un poder muy similar al mío.

Me volví a Damián.

—¿El siervo humano de Colin, es un nigromante?

Se encogió de hombros.

—No sé.

—Mierda.

Extendí mi poder, en busca de Asher. Mi poder lo tocó y me lanzó hacia atrás, hacia fuera, lejos. Corrí hacia la puerta.

Damián me seguía preguntando:

—¿Qué es? ¿Qué pasa?

Tuve la Browning desnuda en mi mano cuando salí al patio. Damián los vio antes que yo, y señaló a ellos. El siervo humano de Colin se situó en el

borde de los árboles, casi perdido en las sombras y en la oscuridad. Asher estaba a unos metros delante de ella. Estaba de rodillas.

Disparé contra ella mientras corrí. Los disparos se volvieron locos, pero rompió parte de su concentración y pude sentir a Asher de nuevo. Su vida estaba siendo arrastrada fuera de él como un pez en el anzuelo. Podía sentir su estruendosa sangre contra su piel. Su corazón saltó en su pecho como un ser enjaulado lucha por salir, y fue ella, estaba tratado de llegar a su corazón, como si pudiera sacarle el corazón del pecho desde la distancia.

Me obligué a dejar de correr. Me quedé allí y vi abajo a mi brazo. Sentí el movimiento de arriba. Miré hacia arriba a tiempo para ver la cara pálida de Barnaby que viene hacia mí como un pájaro gigante tras la presa, Damián saltó de la tierra y los dos vampiros se enrollaron en el cielo, luchando.

Yo estaba lo suficientemente cerca para ver la cara de Asher ahora. Estaba sangrando por cada apertura, ojos, boca, nariz. Era una máscara de sangre, sus ropas estaban empapadas en ella. Cayó hacia adelante en cuatro patas.

Le disparé a la mujer. Le disparé en el pecho dos veces. Cayó lentamente de rodillas, mirándome. Me miró sorprendida. La oí decir:

—No nos está permitido matar a los demás siervos humanos.

—Si Colin no hubiera sabido que te mataría, tendría que venir en persona.

Eso le hizo sonreír por alguna razón. Ella dijo:

—Espero que muera conmigo. —Luego se desplomó boca abajo en el suelo. Incluso a la luz de la luna pude ver los agujeros de salida en la espalda como una gran boca abierta.

Asher se quedó en cuatro patas, la sangre goteaba de su boca. Me arrodillé junto a él, le toqué el hombro y la camisa estaba empapada de sangre.

—Asher, Asher, ¿me oyes?

—Pensé que eras tú —dijo, en una voz llena de cosas que nunca debería estar en una garganta de vida—. Pensé que eras la que me llamabas. —Tosió sangre en el suelo.

Miré hacia el cielo, y no había ni rastro de Damián y Barnaby. Grité por ayuda, y nadie respondió.

Puse mis brazos alrededor de Asher, y cayó en mi regazo. Acuné todo lo que pude conseguir de él en mi regazo. Tenía que inclinarme sobre él

para escuchar su voz.

—Pensé que me habías llamado en la noche para una cita. ¿No es irónico?

Tosió tan fuerte que era difícil retenerlo. Cosas más gruesas que la sangre se derramaban de su boca. Lo sostenía mientras sangraba su vida lejos en el suelo y grité:

—¡Damián!

Escuché un grito lejano, pero eso fue todo.

—¡No te mueras, Asher, por favor, no te mueras!

Tosió hasta que algo oscuro y negro salió de su boca. La sangre salía de su boca en un flujo constante. Le toqué la piel, y estaba frío al tacto.

—¿Si te alimentas de uno de los licántropos, sería suficiente para salvarte?

—Si es pronto, tal vez. —Su voz era suave y espesa.

Le toqué la frente y la dejé con el sudor frío.

—¿Qué tan mal estás herido?

No me hizo caso, hablando en voz muy baja.

—Conoce esto, Anita, que verme a mí mismo a través de tus ojos ha sanado mi corazón.

Tenía la garganta apretada, con lágrimas.

—Por favor, Asher, no.

Una gota de sangre pura se deslizó fuera de su ojo.

—Sé feliz con tus dos pretendientes. No cometas los mismos errores que Jean-Claude y yo hace mucho tiempo. —Me tocó la cara con una mano manchada de sangre—. Sé feliz en sus brazos, *ma cherie*.

Sus ojos se agitaban. Si se desmayaba, podríamos perderlo. No había nada en la noche, sólo los sonidos de las cigarras y el viento. ¿Dónde diablos estaba todo el mundo?

—Asher, no te desmayes.

Abrió los ojos, pero estaba teniendo problemas para concentrarse. Sentí su corazón vacilar, saltar un latido. Él podía vivir sin el latido de su corazón, pero yo sabía que esta vez, cuando el corazón se detuviera, se acabó. Se estaba muriendo. Nikki le había roto por dentro y muy mal para curarse.

Puse mi muñeca derecha, envuelto en vendas blancas, en frente de su boca.

—Toma mi sangre.

—Beber de ti, es darte poder sobre cualquiera de nosotros. Yo no quiero ser tu esclavo más de lo que soy.

Yo estaba llorando, lágrimas tan calientes que quemaban.

—¡No dejes que Colin te mate. Por favor, por favor! —Yo lo tenía en mi contra y le susurré—: No nos dejes, Asher. —Sentí a Jean-Claude a muchos kilómetros de distancia. Sentí su pánico ante la idea de perder a Asher—. No nos dejes, no ahora, no ahora que nos hemos encontrado de nuevo. *Tu es beau, mon amour. Tu me fais craquer*.

Él sonrió.

—Me rompes el corazón, ¿eh?

Besé su mejilla, besé su rostro, y exclamé, con lágrimas calientes contra las duras cicatrices de su cara.

—*Partout Je t'embrasse. Partout Je t'embrasse*. Te beso por todas parte*, mon amour*.

Miró hacia mí.

—*Je to bois des yeux*.

—No me bebas con tus ojos, maldita sea, bébeme con tu boca. —Me arranqué la venda de mi muñeca derecha con los dientes y puse mi brazo desnudo, carne caliente en sus labios fríos.

—*Je t'adore* —susurró.

Los colmillos se hundieron en mi muñeca. Fue agudo y profundo. Su boca cerrada sobre mi piel. Su garganta se agitaba, tragando. Miré a sus ojos pálidos y sentí algo en mi cabeza como parte de una cortina, un escudo roto. Un momento esto era un dolor continuo casi que da náuseas, entonces allí era nada más que el calor que se extiende. Yo aún no tenía tiempo para el pánico.

Asher derribó mi mente como una ola caliente del océano, agradable, acariciante. Se echó encima de mí, la prisa robó el aliento que me hizo jadear húmedo. Luego Asher estaba de rodillas encima de mí, me colocó suavemente sobre el suelo. Me quedé, mirando al vacío, sentía las sensaciones arriba y abajo de mi cuerpo. Yo nunca había dejado a ningún vampiro hacerme algo como esto, nunca les dejo robar mi mente mientras ellos robaron mi sangre. Yo aún no sabía que él podría hacerlo. No a mí.

Me dio un beso en la frente.

—Perdóname, Anita. Yo no sabía que podía entrar en tu mente. Yo no sabía que cualquier vampiro podía. —Él me miró a la cara, buscando alguna reacción. Yo no podía darle una todavía. Dio un paso atrás lo

suficiente para ver mi cara con claridad—. Temí que me poseyeras como posees a Damián si me alimento de tu sangre sin necesidad de utilizar cualquiera de mis poderes. Traté de levantar tu escudo, romper tus barreras, pero lo hice para protegerme de tu poder. No soñé que yo pudiera violar tales paredes impenetrables. —Empezó a tocar mi cara, luego se detuvo, dejó caer su mano a su regazo—. Las marcas que te unen a Jean-Claude te protegen de él abrazando su mente. Pero él nunca fue bueno en esto como yo lo soy. Yo debería haber pensado en esto antes.

Sólo estaba allí, medio flotando. Nada era real todavía. No podía pensar, no podía hablar.

Levantó mi mano y la apretó contra su mejilla con cicatrices.

—Me retiré tan pronto como me di cuenta de lo que había hecho. Es justo, ¿cómo se dice, un polvo rápido? Fue sólo una pequeña muestra de lo que podría haber sido, Anita. Por favor, créeme. —Se puso de pie, y yo no podía seguir el movimiento.

Yo estaba en el suelo y traté de pensar.

Jason se arrodilló a mi lado. Yo era consciente para preguntarle dónde diablos se había metido. No se estaba quedando con Marianne. ¿O sí?

—¿Es tu primera vez? —preguntó.

Traté de asentir, pero no podía.

—Ahora sabes por qué tengo que estar con ellos —dijo.

—No —dije, pero mi voz era distante, como si no fuera mi voz—. No, yo no.

—Lo sentiste. Lo montaste. ¿Cómo no amarlo?

Yo no lo podía explicar. Se había sentido maravilloso, pero como la luz comenzó a desvanecerse, el me miedo invadió grande y negro como para tragarse el mundo.

Me sentí increíble, y había sido un «rapidito» como él decía. Nunca quise algo más de Asher. Porque si era mucho mejor que esto, podría perseguirlo el resto de mis días para otro sabor. Y Jean-Claude no podía darme eso a mí. Las marcas le impedían entrar en mi mente. Fue una de las cosas que hizo la diferencia entre el siervo y el esclavo. Que nunca llegaría esto con Jean-Claude, nunca. Y yo quería.

Yo no quería que Asher muriera. Ahora bien, no estaba tan segura. Asher volvió a estar sobre mí. Nos miramos uno a otro. Había gente en la oscuridad ahora. Alguien tenía una linterna. Que estalló por encima de mí. Me quedé mirando fijamente en el brillo, casi ciega. La luz estaba dura en

la cara de Asher, destacando las líneas rojizas de las lágrimas.

—No me odies, Anita. Yo no podría soportar que me odiaras.

—Yo no te odio, Asher. —Mi voz aún sonaba gruesa y pesada con el borde de placer—. Temo de ti.

Él se quedó allí, con lágrimas deslizándose por su rostro. Las lágrimas cayeron en líneas de color rojizo por la suave piel de su lado izquierdo. Las lágrimas se perdieron en el otro lado de las cicatrices, y estaban empezando a recogerse en una mancha rojiza en la piel dura.

—Peor —susurró—, es peor, creo.



CUARENTA Y DOS

Le di una patada a todo el mundo, excepto a Jason. Él tiene que quedarse, ya que inició una discusión no podría dejarme completamente sola. ¿Me había olvidado que la gente estaba tratando de matarme? ¿Me había olvidado de que Jean-Claude había dicho que mataría a todos si yo moría? Esto último no me hizo ganar amigos e influir en la gente conmigo. Mi comentario fue:

—Si todos morimos, supongo que se habría resuelto todo.

Cómo le ponía fin a todo con ese tipo de testimonio.

Jason estaba en la cama, apoyado en el nido de almohadas. Trató de girar sobre su costado, y luego se detuvo en con un sonido de dolor. Se movía con rigidez, como cuando las cosas duelen, que fue lo que había conseguido con un lugar en la cama en vez de la silla.

Yo estaba paseando por la habitación. Tuve un pequeño perímetro de trazado. Pies de la cama, las ventanas, lejos de pared, cerca de la pared con

la puerta.

—Sabes que tú has caminado más allá del pie de la cama veinte veces, y eso es sólo desde que empecé a contar —dijo Jason.

—Cállate —le dije. Sacaría todas mis armas de nuevo, no porque pensé que las necesitaba, sino porque eran conocidos. La rigidez de la funda del hombro, la Firestar colocada en el interior de la funda de los pantalones me hizo sentir más como yo. Yo era la única de los tres que portaba armas. Esto era una cosa que yo sabía que no había recibido de uno de ellos. Era mío. Armas de fuego, este tipo particular de violencia, fue todo mío. Necesitaba algo que fuera todo mío ahora.

Jason se movió sobre su lado, despacio, una pulgada a la vez. Esto le tomó hasta que yo hubiera hecho el recorrido y volví a los pies de la cama antes de que él se hiciera a su lado con un suspiro de alivio. Él y Jamil habían sido trasladados a esta casa para que todos los heridos pudieran estar en un solo lugar. Roxanne estaba por el pasillo con Ben sólo en sesión de guardia. Al parecer, había estado canalizando suficiente poder de Richard que pensó que podría tener una conmoción cerebral. Yo no estaba segura de que Ben se suponía que la custodiaban de mí o al revés. El Dr. Patrick estaba en la cocina, revolviendo el guiso que Marianne había dejado. Zane y Cherry estaban aquí, pero todas los otros se habían ido al lupanar. Iban a terminar la ceremonia que se había interrumpido la noche anterior. Bravo por ellos.

Asher se fue a algún lugar de la casa. Yo no sabía dónde y no quería saber. Todo estaba pasando demasiado condenadamente rápido. Necesitaba un poco de tiempo para reagruparme. Y yo no iba a conseguirlo.

Hubo un golpe en la puerta.

—¿Quién es? —pregunté.

—Es Damián.

—Vete.

—Hay un vampiro aquí con uno de los asistentes del sheriff Wilkes. Dicen que tienen que hablar contigo o Richard. Ellos no están tratando este asunto como policías.

Eso me llamó la atención. Me detuvo y fui a la puerta. Damián se quedó allí, todavía con el chaleco que Barnaby había arrancado todos los botones. Cuando el siervo humano de Colin murió, Barnaby había abandonado la lucha y se había escapado. El traje de Damián era negro en la luz brillante e hizo de su piel un aspecto increíblemente blanco.

—¿Qué dicen exactamente? —pregunté.

—Que tenía un mensaje para ustedes dos de Frank Niley.

—Maldición —le dije, en voz baja.

—Están sentados en la cocina con el Dr. Patrick y Asher.

—Dile a Roxanne y a Jamil que los malos están aquí. Iré a hablar con ellos.

—El hombre tiene un arma —dijo Damián.

—Yo también —dije. Caminé por el pasillo, y Damián siguió el paso detrás de mí.

Jason llamó desde la puerta.

—Espérenme.

—Sigue tu propio ritmo, Jason. No estoy esperando a que bajes por las escaleras.

—No dejes que te maten, Damián —dijo.

Llamé por encima del hombro.

—Él hará lo que le diga que hacer. —Una hora o más de pensar en todo lo que había aprendido no había mejorado mi humor.

Bajé estrepitosamente por las escaleras. Damián me seguía como una sombra silenciosa en la espalda. ¿Por qué Wilkes y sus hombres no irrumpieron en el lugar? Realmente me esperaba que acabe de empezar a disparar si descubrían que no había salido de la ciudad. ¿Qué mensaje podría darme de Niley? ¿Y de dónde viene el vampiro? Dolph no había mencionado nada sobre si Niley viaja con un vampiro. Dolph odiaba lo suficiente a los vampiros para que no lo hubiera mencionado. Tantas preguntas, y por una vez, yo iba a obtener respuestas casi tan pronto como yo pensaba en ellos. Qué refrescante.

La cocina parecía normal. Habían limpiado la sangre del linóleo y colocaron un mantel de encaje sobre la mesa. Thompson se sentó en una de las sillas de la cocina. Estaba en ropa de civil, sin uniforme. Un hombre alto, delgado, un vampiro que nunca antes había visto sentado en la silla a su lado. El Dr. Patrick se sentó en la silla frente a ellos con la espalda al pasillo, a nosotros. Nathaniel tomó la última silla. Estaba mirando al vampiro.

Zane se quedó con la espalda contra el fregadero. Asher se apoyó en la vitrina lo suficientemente cerca de Thompson él podría haberlo tocado y seguramente podría impedirle tirar del arma. El arma en cuestión era una Berretta 10 mm. en una sobaquera. Igual que el arma de servicio, sólo en

una funda diferente. Dejar cerca a Asher fue descuidado, pero Thompson no parecía pensar eso.

Él me sonrió, y la sonrisa era confidente, arrogante, como si me tenía donde quería, y yo no podía hacer nada al respecto. ¿Qué estaba pasando?

—¿Cómo nos has encontrado? —pregunté.

Señaló con un dedo en la dirección del vampiro.

—El Maestro local de la ciudad nos dijo que todavía podía sentirte en la ciudad. Nos ayudaron a cazarte. Evidentemente, eres más fácil de encontrar que tu novio. Algo acerca de tu poder les atrae.

Me quedé mirando el vampiro. Su cara era ilegible, pálida y vacía. Sus ojos eran gris oscuro, su cabello lacio y negro. Lo cortó y alisó sobre su frente en un copete.

Eso era lo que se había llevado en los años cincuenta. El peinado emparejó el sentido de él en mi cabeza. Él no tenía cincuenta años de muerto todavía.

—¿Cuál es tu nombre?

—Donald.

—Hola, Donald, te he echado de menos desde el asado.

El enojo estalló en la cara del vampiro. Él no tenía la edad suficiente para ocultarlo.

—Le dijiste a mi maestro que estabas aquí sólo para obtener que tu tercero saliera de la cárcel. Una vez que habías logrado esto, debes haber ido a casa. Pretendiste salir de la ciudad, pero no lo hiciste. Si simplemente te hubieras marchado, habríamos aceptado el asesinato de nuestro pueblo. Al quedarte, demuestras que tienes la intención de poseer nuestras tierras y el poder de mi amo.

—¿Has hablado con tu amo últimamente? —pregunté—. O, más importante, ¿has hablado con su siervo humano últimamente?

El vampiro me miró, pero no había ningún poder para ello.

—Colin está herido pero no ha muerto todavía. Sin embargo, el Consejo te matará por… Matar a su siervo.

—Un siervo humano abandona su conducción segura —dijo Asher—, si ataca a otro vampiro directamente. Esa es la ley del Consejo. Anita no hizo nada para que el Consejo de la orden de cazarla. Si Colin persiste en tratar de hacernos daño, es el deber del Consejo cazarlo y destruirlo.

—Basta ya de la mierda de vampiros —dije. Me volví a Thompson—. Entonces, ¿cuál es el mensaje? Pensé que si todavía estábamos aquí

después de oscurecer, Frank iba a matarnos a todos personalmente.

—Frank parece cagado de miedo por ti. Howard sigue murmurando que los signos son muy malos, que necesitan salir de la ciudad ahora. Eso sí, se quedan, se matará a todos.

Levanté una ceja.

—Después de haber alcanzado a Niley y su equipo, me siento halagada por haber sido su coco. Ahora, ¿qué coño es el mensaje?

Thompson sacó una caja pequeña y blanca de su bolsillo. Era como algo que venía al comprar un collar de bajo costo. Él lo sostuvo frente a mí con una sonrisa que era tan desagradable, me hizo tener miedo de la caja.

—No va a morder —dijo.

Miré a Asher. Se encogió de hombros.

Tomé la caja. Estaba pegajosa por debajo. La levanté para ver una mancha pardusca sobre la cartulina blanca. La caja era ligera pero no estaba vacía.

—¿Qué hay aquí?

—No quiero arruinar la sorpresa —dijo Thompson.

Tomé una respiración profunda y levanté la tapa. Había un mechón de pelo, rizado sobre algunos copos de algodón. El pelo era largo y espeso y castaño, atado con un trozo de cinta roja como tendría que utilizar en un presente. Levanté el mechón de pelo y cayó en mi mano. El algodón que se apoyaba en fondo de la caja estaba manchado en una esquina. Manchado de color marrón rojizo.

He luchado para mantener mi cara en blanco.

—¿Y? —dije.

—¿No lo reconoces? El hermanito Zeeman lo donó.

—No recibes sangre de un corte de pelo de Daniel —dije.

—No —sonrió, se rió, se retorcía en su silla como un niño que no podía esperar para el resto de la broma—. Hay otro pequeño regalo en la caja. Levanta el algodón.

Dejé el pelo en la mesa. Se quedó allí rizado y reluciente. Yo no quería levantar el algodón. Yo no quería ver qué más había cortado de Daniel. El único consuelo que tenía era que de las muchas posibilidades horribles que pasaron por mi mente, la mayoría de ellos eran demasiado grandes para caber en la caja.

Levanté el algodón y caí de rodillas como si alguien me hubiese golpeado. Me arrodillé allí, mirando hacia abajo, en la punta de un dedo

pequeño que era demasiado delicado como para ser de Daniel. El esmalte de uñas en el dedo todavía estaba perfecto, suave, pálido. Era de la madre de Richard.

El Dr. Patrick tuvo que abandonar la mesa y vomitar en el fregadero. De tacto suave para un médico y un hombre lobo.

—¿Qué es? —preguntó Cherry.

Yo no podía hablar.

Asher respondió porque podía ver por encima del hombro en la caja.

—Es el dedo de una mujer.

Jason acababa de entrar en la habitación.

—¿Qué acabas de decir?

El vampiro, Donald dijo:

—¿Qué le has hecho, al humano?

—Tenemos al hermano de Richard y su madre —dijo Thompson—. Pensé que sólo los mataríamos, pero Niley paga el dinero. Él quiere darle una salida además de matarlos. Parece que si no tratan de matarlo, no los matará. Divertido, ¿no?

Finalmente levanté la vista, lejos del dedo de Charlotte Zeeman.

—¿Qué quieres?

—Salgan de la ciudad esta noche. Soltamos a la madre de Richard y mañana por la mañana al hermano, cuando estamos seguros de que realmente se han ido. Si no dejas la ciudad en este tiempo, Niley seguirá recortando piezas de la familia de Zeeman. Tal vez la próxima vez sea una oreja, tal vez algo más grande.

Estaba sonriendo, cuando lo dijo. Thompson era un sádico brutal, pero no me entendía en absoluto, o él no habría estado riendo. Había una expresión en la cara de Donald el vampiro que dijo que me entendía. Me puse de pie muy lentamente. Dejé la caja en la mesa al lado del mechón de pelo. Mi voz era sorprendentemente tranquila, casi vacía sin acento.

—¿Dónde están?

—Sanos y salvos —dijo Thompson.

—Yo no sabía lo que había hecho —dijo el vampiro—. Yo no sabía que había mutilado a su tercera familia.

Sacudí la cabeza.

—Mira, ese es el problema, Donald. Cuando juegas con los malos, no puedes controlar lo malos que son. Los acabas de dejar, tanto a Daniel y a Charlotte, acabas de dejarlos allí.

—Sí —dijo Thompson—. Don aquí me recogió en su coche.

Yo estaba mirando el dedo. No quería mirarlo. Levanté los ojos a Donald el vampiro.

—Así que, ustedes saben dónde están —le dije.

Los ojos de Donald dijeron todo.

—No lo sabía —susurró.

Asher avanzado y echó mano sobre los hombros de Thompson.

Thompson no estaba preocupado.

—Si algo nos pasa a nosotros, ellos le harán algo peor a ambos. La madre de Richard es una mujer realmente atractiva. Sería una lástima cambiar eso.

—Lo siento sobre lo que hicieron —dijo Donald—, pero mis órdenes son las mismas. Debes salir de nuestro territorio esta noche.

—Usa el teléfono de la cocina. Diles que aceptamos. Diles que no les hagan daño, y saldremos de aquí.

Thompson hizo una mueca.

—No, no hay llamadas telefónicas. Ellos nos están dando dos horas. Luego, si no estamos de vuelta, van a empezar a cortar cosas que afectará mucho más que su escritura.

Asentí con la cabeza y tiré de la Browning. Apunté y disparé en un solo movimiento. Ni siquiera recuerdo el objetivo. La cabeza del vampiro explotó en una nube de sangre y sesos. El cuerpo se balanceó hacia atrás y cayó, tomando la silla con ello.

Asher mantuvo a Thompson en su asiento. Parte de la sangre había salpicado la cara de Thompson. Una gota de algo más espeso que la sangre se arrastraba por su frente. Estaba tratando de pestañar en el pedazo de carne, pero Asher lo tenía.

Tomé la pistola de debajo de su brazo y apunté la Browning en su frente. Thompson dejó de luchar y miró hacia mí. Yo tenía que darle crédito. Cubierto de sangre y sesos, dominado por un vampiro, mirando el cañón de un arma, y daba un espectáculo de valentía.

—Mátame, no conseguirás nada, pero ellos serán cortados en pedazos.

—Dime dónde están, Thompson, y voy a ir por ellos.

—¡Vete a la mierda! Vas a matarme, de todos modos.

—Te doy mi palabra de que si nos dices donde están, y los sacamos vivos, tú vivirás.

—No te creo, puta.

—El problema de ser un traidor, miserable indigno de confianza, Thompson, es comenzar a creer que todos los demás son de la misma manera. —Aseguré la Browning y la guardé. Vio lo que hacía, perplejo—. Yo cumplo mi palabra, Thompson. ¿Quieres vivir o no?

—Niley y Linus Beck son un infierno de mucho más miedo de lo que nunca serás, pollita.

Él me había llamado puta y pollita. Era estúpido, o…

—Estás tratando de hacer que te mate.

—Si hablo, mi vida ha terminado. Y Niley no sólo me matará.

Thompson miró hacia mí, y había un conocimiento en sus ojos, sabía que ya estaba muerto. Era sólo una cuestión de cómo y por quién. Y me prefirió a mí, ahora, a Niley, más adelante.

—No le teme a la muerte —dijo Asher en voz baja.

Sacudí la cabeza.

—No, no lo hace.

—Podríamos llamar a la policía —dijo Jason.

—Chicos. Si no tiene miedo de mí, no tendrá miedo de los policías estatales. —Me quedé mirando fijamente a Thompson—. No sé lo que voy a hacer contigo, Thompson, pero te diré lo que no voy hacer. No me sentaré aquí durante dos horas y mirar el tiempo hacer tictac. No dejaré a Daniel y a Charlotte morir.

—Entonces, salgan de la ciudad —dijo Thompson.

—He conocido a Niley, Thompson. ¿De verdad esperas que yo crea que va a dejarlos ir?

—Él dijo que lo haría.

—¿Tú lo crees? —pregunté.

Thompson, sólo me miró.

—Yo no lo creo.

Los dedos de Asher agarraban los hombros del hombre, casi como si fuera un masaje.

—Hay otras cosas que temer, además de la muerte, Anita. Si tienes el estómago para ello.

Miré su cara hermosa, trágica y no podía leerlo.

—¿Qué tienes en mente?

—Ojo por ojo, creo —dijo el vampiro.

Miré a sus cristalinos ojos azules y dejé crecer la idea en mi cabeza como una flor horrible. Un montón de gente que podría enfrentar un

disparo, una muerte rápida, blanqueadas en la tortura. Yo fui uno de ellos. Y eso es lo que estábamos hablando.

—Creo que el oficial nos dirá dónde se encuentran dentro de la próxima media hora, si somos despiadados —dijo Asher—. Voy a hacer el trabajo sucio, por decirlo así. Solo debes permitirlo.

Thompson se mostró preocupado.

—¿Qué mierda estás hablando?

—Jason —dije.

Él vino a mi lado. Fijó la mirada en lo que había sobre la mesa. Él no dijo nada, pero las lágrimas se deslizaron en silencio por la cara. Había estado en la casa Zeeman para un montón de cenas de domingo.

—Ayuda a sostener Thompson —dije.

Jason fue a pararse en el otro lado, sujetando un brazo a la parte superior de la tabla. Asher aún mantenía sus hombros.

Miré a Asher y asentí.

—Hazlo.

—Damián, si serías tan amable de traerme un cuchillo. Uno con un borde dentado sería lo mejor. Cortará mejor el hueso.

Damián sólo dio la vuelta y caminó a través de la cocina. Zane y él comenzaron a abrir cajones.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Thompson.

—Adivina —dije.

—Yo no corté nada de esa perra. No me toquen. Fue ese matón extraño que ha contratado Niley. Linus Beck. Cortó el dedo. Él lo hizo. Yo no hice nada.

—No te preocupes, Thompson. Llegaremos a Linus. Pero ahora, eres todo lo que tenemos.

Damián tenía un gran cuchillo de sierra. Él caminó hacia la mesa con él.

Thompson estaba luchando ahora. Era difícil mantenerlo sentado.

—Es mejor llevarlo al suelo —le dije.

Nathaniel ayudó. Lo mantuvieron boca abajo, uno en cada brazo, Nathaniel sostuvo sus piernas. Thompson es un hombre grande y fuerte, pero él no podía luchar contra ellos. Eran demasiado fuertes. Demasiado fuerte.

Thompson estaba gritando.

—¡Jódete!

Damián le dio el cuchillo a Asher.

—Voy a sostenerlo.

Toqué el brazo de Damián y sacudí la cabeza.

—No, yo lo haré.

Damián me miró.

—La regla es nunca pedir a nadie a hacer algo que no vas hacer tú mismo. Si no puedes hacer esto, entonces no vamos a hacerlo en absoluto. Encontraremos otra manera.

Jason levantó la vista de sostener el hombre en lucha.

—No hay otra manera. Yo nunca había visto tanta rabia en sus ojos.

—¿Podrías hacerlo? —le pregunté—. ¿Podrías cortarlo en pedazos?

Jason hizo un gesto lento.

—Yo podría morder sus dedos de mierda uno por uno para lo que está en aquella caja. —Parecía serio, y me hizo pensar que no conocía a Jason en absoluto.

—Podemos hacer esto, Anita —dijo Asher—, y no nos costará nada.

—Debe costar, Asher. Si vamos a hacer algo que está mal, esto debería molestarle quienquiera que lo hace.

—No es el mal —dijo Asher—. Es práctico. Es justicia.

Mantuve mi mano el cuchillo.

—Es el mal, y todos lo sabemos. Ahora, dame el cuchillo. Puedo hacer esto, o hacemos otra cosa.

Damián se quedó allí, con el cuchillo.

—Déjame hacer esto para ti, Anita, por favor.

—Dame el maldito cuchillo.

Él me lo dio porque no podía hacer otra cosa. Me arrodillé cerca de Thompson.

—¿Dónde están, Thompson? —pregunté.

—No, no, Niley me dijo lo que me haría, si te ayudaba. Está malditamente loco.

—Espera —dijo Zane. Había encontrado un cuchillo pequeño—. Con este lo harás mejor.

—Gracias.

Lo tomé, sentí el equilibrio. Yo no estaba segura de poder hacerlo. Ni siquiera estaba segura de que quería ser capaz de hacerlo. De hecho, sabía que esperaba que no pudiera hacerlo. Pero si realmente se va a hacer esto, yo tenía que ser la primera. Lo hacía, o encontramos otra forma. El dedo de

la mano de Charlotte Zeeman estaba acostado en una caja. En menos de dos horas, habrán cortado algo más. Había matado al vampiro, Thompson estaba salpicado con sangre y sesos, y él no estaba hablando. Él era un hijo de perra, pero él era resistente, también. Charlotte y Daniel no tenían tiempo para que él fuese duro.

Teníamos que romperlo, y teníamos que acabar con él rápidamente. Me di todas las razones. Eran buenas razones, razones reales. Y todavía, no sé si podría hacerlo.

—Vamos a comenzar con un dedo, Thompson. Al igual que Linus hizo —le dije.

Estaba gritando:

—¡No, por favor, no! ¡Oh, Dios, no!

Asher apoyó casi todo su peso sobre la palma de la mano del hombre, obligando a los dedos estar extendidos.

—Dime dónde están, y no va a pasar —le dije.

—Niley dijo que me abrirían el estómago y me harían comer mis intestinos. Dice que lo hizo una vez en Miami. Yo le creo.

—Lo creo, también, Thompson. Y no crees que nosotros lo hagamos, ¿no? No crees que estemos tan locos como Niley.

—Nadie es tan loco como Niley.

Alcé el cuchillo.

—Estás equivocado. —Me quedé congelada durante un largo rato.

No podía comenzar el golpe. Yo no podía hacerlo. Daniel, Charlotte.

—¿Niley no ha violado a Daniel todavía? —dije con una voz que me parecía tan vacía, era como si yo no estuviera allí.

Thompson dejó de luchar. Se quedó muy quieto. Puso los ojos hacia arriba.

—Por favor, no.

Lo miré a los ojos cuando hice la siguiente pregunta.

—¿Violó a Charlotte Zeeman?

Vi el miedo en sus ojos. Su mirada me dijo que lo había hecho. Fue suficiente. Yo podría hacerlo. Dios me perdone. Conseguí el meñique y la punta del siguiente, porque él se movió. Pero mejoraron en mantenerlo quieto, y tuve un mejor corte.

Thompson nos dijo dónde tenían a Daniel y Charlotte Zeeman. En menos de quince minutos nos habría dicho los ingredientes para la salsa secreta o cualquier otra cosa. Él habría confesado el asesinato de Hoffa, o el

baile con el diablo. Cualquier cosa, cualquier cosa para que nos detengamos.

Vomité en la esquina hasta que no quedó nada más que la bilis, y mi cabeza parecía que iba a explotar. Y sabía que por fin había hecho algo que no iba a recuperarme. En alguna parte en el primer golpe o el segundo, había roto algo dentro de mí que nunca se curará. Y estaba contenta con eso. Si recuperamos a Daniel y a Charlotte, yo estaba contenta por ello. Un frío nudo, me llenó. Fue más allá del odio. Les haría pagar por lo que habían hecho. Yo los mataría. Yo mataría a todos ellos…

Me sentí de una manera extraña ligera y vacía, y me preguntaba si esto era estar loca. No me sentía muy mal. Más tarde, cuando el choque se disipara, me sentiría peor. Más tarde, me preguntaré si no hubiera habido otra manera de hacer hablar a Thompson. Más tarde, recordaré que yo quería hacerle daño, quería que se arrastrara y mendigara. Quería tener todo el daño que le había sucedido a.

Charlotte y a Daniel y rasgar de su carne. Ahora teníamos que ir al rescate de Daniel y Charlotte. Ah, una última cosa. Thompson gritó, alto y lastimosamente, como un conejo herido. Yo le disparé en la cabeza. Los gritos cesaron.



CUARENTA Y TRES

Yo estaba conduciendo la camioneta por estrechos caminos de grava en la oscuridad. Había insistido en conducir, porque quería hacer algo. No quería simplemente sentarme y mirar por la ventana. Pero estaba empezando a pensar que debería haber dejado que alguien más maneje, porque no parecía ser muy real todavía. Me sentía ligera y vacía, pero no culpable. Todavía no. Thompson había ganado su muerte. Había violado a la madre de Richard. Habían torturado a la madre de Richard. Habían violado a Daniel. Habían torturado a Daniel. Todos merecían morir.

Jamil y Nathaniel se encontraban en la parte trasera de la camioneta con Roxanne y Ben. La *lupa*, no quedaría fuera de la lucha, a pesar de que había tenido que llevarse a sus guardaespaldas en la furgoneta. Yo no tenía tiempo para luchar con Roxanne, por lo que tiene que venir.

Jason y el Dr. Patrick viajaban conmigo adelante. Zane y Cherry habían sido enviados al lupanar para encontrar a Richard y el resto. Pero no los

estábamos esperando. No confiaba en Niley para no ser creativo. No, no me fiaba de Linus y su amo. ¿Cuánto control tenía Niley sobre su psicópata mascota? Ya los habían violado. ¿Qué otra cosa les había sucedido ya? Niley no tenía reglas. Ya lo sabía.

Yo estaba agarrando el volante con tanta fuerza que dolía. Los faros cortaban el túnel a través de la oscuridad. Los árboles atestaron el camino tan cerca que ellos chirriaron en el techo de la furgoneta parecían gruesas garras. Los árboles parecían estrujar nuestro alrededor como un puño. Los faros brillaban sobre el camino de tierra, pero no había suficiente luz. Nunca sería suficiente luz. No había suficiente luz en el mundo para ahuyentar las tinieblas.

—No puedo creer que lo hicieras —dijo Patrick. Él estaba en el otro extremo, pegado a la puerta lateral para pasajeros como si tuviera miedo de acercarse demasiado a mí.

Jason estaba en el centro.

—Déjalo ir, Patrick —dijo.

—Ella lo picó como un animal, luego le disparó.

Esta fue la tercera vez que había dicho exactamente lo mismo.

—Cállate —dijo Jason.

—No lo haré. Es bárbaro.

—No tengo una buena noche, Patrick. Córtalo ya —dije.

—La mierda que dices —dijo.

—Thompson estaba gritando, de dolor —le dije.

—¿Y lo mataste? —dijo Patrick.

—Alguien tenía que terminarlo —le dije.

—¿Qué diablos estás diciendo? ¡Finalizarlo! —Su voz se elevaba, y estaba empezando a discutir como Roxanne, enojada estaría si le disparara. Después de lo que ya había hecho esta noche, esto no parecía un trato tan grande.

—¿Cuánto tiempo has sido *lukoi*? —preguntó Jason.

La pregunta nos dio un momento de sorprendido silencio, entonces respondió:

—Dos años.

—¿Y cuál es la regla sobre la caza? —preguntó Jason.

—¿Cuál?

—No seas tímido, Patrick —dijo Jason—. Sabes cuál es.

Patrick quedó en silencio durante tanto tiempo que los únicos sonidos

eran el zumbido del motor y las ruedas en la carretera. La camioneta sacudió suavemente por la carretera llena de baches. ¿Era sólo mi imaginación o había un sonido bajo del rugido del motor, un nivel elevado, lamento, grito? No, mi imaginación. Mi imaginación no iba a ser mi amigo por un tiempo.

Patrick finalmente dijo:

—Nunca comenzar una caza a menos que la intención sea matar.

—Esa es una —dijo Jason.

—Pero esto no fue una cacería —dijo Patrick.

—Sí, lo fue —dijo Jason—. Simplemente no se cazó al oficial.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó.

Le contesté:

—Significa que estamos cazando a la gente en aquella casa.

Patrick volvió su rostro pálido a mí en la oscuridad.

—No puedes decir que vamos a matarlos a todos. Sólo un hombre le cortó el dedo. Sólo un hombre es culpable.

—Lo vieron. Ellos no hicieron nada para evitarlo. Es lo mismo que hacerlo a los ojos de la ley —le dije.

—No eres la ley —dijo.

—¡Oh, sí, lo soy!

—No, no lo eres. ¡Maldita sea, no, no lo son!

—Cualquiera que daña a la manada sin justa causa es nuestro enemigo —le dije.

—No cites la ley de la manada para mí, humana.

—¿Cómo podemos tratar con nuestros enemigos? —pregunté.

—La muerte —contestó Jason.

—La mayoría de las manadas no se aferren más a las viejas leyes, y ambos lo saben —dijo Patrick.

—Mira, Patrick, no tengo tiempo de explicar todo, así que aquí está la versión resumida para el lector. Niley y su equipo violó y torturó a la madre de Richard y a su hermano. Vamos a matarlos por eso. A todos ellos.

—¿Qué pasa con el sheriff de Wilkes y sus hombres?

—Si Thompson ayudó a violar a la mamá de Richard, entonces él no fue el único. Cualquiera que tocara a uno de ellos está muerto. ¿Entiendes, Patrick? Muerto.

—No puedo hacerlo —dijo.

—Entonces quédate en el coche —le dije—, pero cállate la boca o te

voy a disparar.

—Mira —dijo—. Mira, tu conciencia te está consumiendo.

Lo miré acurrucado en la oscuridad.

—No, mi conciencia no me está molestando. No todavía. Tal vez más tarde. Tal vez no. Pero ahora, esta noche, no me siento mal por lo que hice. Quise hacer daño a Thompson. Quise castigarlo por lo que lo hizo. ¿Y sabes qué, Patrick? No fue suficiente. Nunca será suficiente, porque yo lo maté jodidamente rápido.

Las lágrimas amenazaban en la parte posterior de mi garganta de nuevo. Cuando el entumecimiento y la rabia desaparecieron, iba a estar en problemas. Tenía que aferrarme a la adrenalina, la rabia. Esto me serviría esta noche. Mañana, ya veremos.

—Tenía que haber otra manera —dijo Patrick.

—Yo no te oí ofrecer sugerencias en el momento.

—¿Qué te preocupa del buen doctor? —dijo Jason—, que él no dijo nada. No hizo nada para detenernos.

Me gustó el nosotros.

—Yo no lo sujeté —dijo Patrick—. No lo toqué.

—Todo lo que tenías que hacer era decir: Detente, no lo hagas, pero guardaste silencio. Nos dejaste cortarlo. Nos dejaste matarlo y no dijiste una maldita palabra —dijo Jason—. Tu conciencia no estaba trabajando con tanta fuerza mientras él todavía estaba vivo.

Patrick no dijo nada durante mucho tiempo. Nos pegamos sobre el camino, evitando ramas de los árboles y tierra llena de agujeros. No había nada más que oscuridad, el túnel era cortado por los faros, y el motor llenaba el silencio. No estaba segura si el silencio era mi cosa favorita ahora mismo, pero era mejor que escuchar a Patrick decirme el monstruo que era. Estoy de acuerdo con él, lo que hacía más difícil era oírlo.

Luego, algo llenó el silencio que era aún más difícil de oír. Patrick estaba llorando. Se acurrucó contra la puerta del fondo, alejándose de nosotros tanto como pudo, y gritó en voz baja. Por último dijo:

—Tienes razón. Yo no hice nada, y me perseguirá por el resto de mis días.

—Únete al club —le dije.

Me miró a través de la oscuridad.

—¿Entonces por qué lo hiciste?

—Alguien tenía que hacerlo.

—Nunca olvidaré la imagen de ti cortándolo en pedazos. Esta niña… La expresión de tu cara cuando lo mataste. Dios, tu mirada estaba en blanco como si no estuvieras allí. ¿Por qué tuviste que hacerlo tú?

—¿Habría sido mejor si uno de los chicos lo hubiera hecho? —pregunté.

—Sí —dijo.

—Por favor no me digan que esto es una mierda machista. Que estás molesto porque una chica lo hizo.

Patrick resopló.

—Supongo que lo es. Quiero decir, supongo que no parece tan horrible si uno de los otros lo hubiera hecho. Tú eres una cosa bonita. No debes andar cortando dedos a la gente por ahí.

—Oh, por favor —dije.

—Iré a la tumba viendo tu cara.

—Sigue así, y te vas más temprano que tarde —murmuré.

—¿Qué dijiste? —preguntó Patrick.

—Nada —dije.

Jason hizo un pequeño sonido que podría haber sido una risa. Si él sólo supiera cómo de gracioso no es el comentario. Estaba teniendo bastantes problemas con lo que acababa de hacer. No necesité a Jimmy Cricket que sollozara para acentuar el hecho que yo me había caído en el abismo. El monstruo no me estaba respirando en el cuello, estaba dentro de mi cabeza. Dentro de mi cabeza, gordo y bien alimentado. ¿Qué me hizo tan segura de que el monstruo en esta casa fue el hecho de que no me siento culpable? Me sentí mal porque me iba a sentir mal y no lo hicieron. Yo tenía que tener una línea personal que no pudiera cruzar, y yo había pensado que la tortura lo era. Y me había equivocado.

Las lágrimas apretaron mi garganta, pero me odiaría si lloraba. Así lo hice. Tuve que dejarlo ir, o al menos retrasaría el tiempo suficiente para realizar el trabajo. El trabajo fue rescatar a Daniel y a Charlotte. Si me dejara ir, entonces todo había sido en vano. Yo había añadido una nueva pesadilla para nada. Pero fue más que eso. Yo no podría enfrentarme a Richard si lo dejaba morir. Me había enfadado con él, estaba enojada, pero ahora no lo era. Habría dado mucho para él para sostenerme ahora mismo. Desde luego, él probablemente habría estado de acuerdo con Patrick Richard sería un hombre muy sabio si él no intentara sermonearme esta noche.

Pero no es sólo Richard. Había conocido a todo el clan Zeeman. Estaban tan cerca de la perfección que me hizo doler los dientes. La familia nunca podría recuperarse de una pérdida como ésta. Mi familia no lo haría. Yo contaba que Daniel y Charlotte se recuperasen de la tortura. Yo contaba con que fuesen lo suficientemente fuertes para no dejar que esto los destruya. Tenía la esperanza de tener razón. No, yo rezaba por tener razón.

Thompson nos había dicho en qué habitación estaban. Estaban en la espalda, cerca de los bosques, en la medida de la carretera como sea posible. No es una sorpresa. Podría haber habido información que Thompson tenía lo que podría haber sido útil. Tal vez debería haber utilizado menos la tortura y más amenaza. Tal vez eso nos haya dado información más detallada, más rápido. Tal vez, tal vez no. Yo era nueva en el interrogatorio con la tortura, carecía de la técnica adecuada, supongo.

Habría dicho que mejoraría con la práctica, salvo que no lo haría otra vez. Podría gritar para siempre de este sólo incidente, pero si lo hacía otra vez, estaría acabada. Ellos tendrían que envolverme y guardarme en su sitio. Seguí sintiendo el destello de la cuchilla cuando muerde en el piso. Me acordé de pensar que no sentía que pasara por el hueso. Simplemente sentí que mordía el piso. Vi los dedos desprenderse en un baño de sangre, pero no tanta sangre como uno pensaría, por alguna razón.

—Anita, Anita, el desvío.

Yo parpadeé y clavé los frenos, tirando todos hacia adelante. Era la única que llevaba un cinturón de seguridad. Por lo general recuerdo a todo el mundo colocarse el cinturón de seguridad. Descuido de mi parte.

Jason se despegó del tablero de instrumentos, hacia atrás en el asiento, y dijo:

—¿Estás bien?

Retrocedí lentamente la furgoneta.

—Estoy bien.

—Mentirosa —dijo.

Alivié la camioneta hacia atrás hasta que pude ver el cartel blanco que decía: Casa del Valle Greene. No esperaba encontrar una casa con un nombre al final de un camino de tierra, pero ahí está. El hecho de que el camino no está pavimentado no significa que la gente no tiene estilo o tal pretensión. A veces es muy difícil de notar la diferencia.

Este camino era de tierra. La grava pegaba contra la parte inferior de la camioneta, incluso en menos de veinte kilómetros por hora. Reduje la

velocidad. Roxanne conocía la casa. Había crecido con el hijo de los Greenes. Habían sido los mejores amigos hasta que las hormonas se hicieron presentes y empezó a tratar de Play Boy a la muchacha. Pero ella sabía de la casa. Había un claro sobre la mitad del camino donde debemos estacionar la furgoneta. El claro estaba justo al frente. Llevé la camioneta a la maleza. Ellos pegaron contra el metal, azotando los neumáticos. La furgoneta negra era casi invisible, estacionada en los árboles. Esto era también el tipo de acuñado. Nosotros no lo moveríamos rápidamente. Desde luego, no pensábamos tener la necesidad de huir. Mi prioridad era conseguir que Daniel y Charlotte salieran íntegros. Yo no tenía otra prioridad. Se harían las cosas simples. Protegeríamos a los rehenes, entonces, los mataríamos a todos. Simple.

Una parte de mí tenía la esperanza de que Richard llegara a tiempo para el asalto. Otra parte de mí no. Uno, no estaba segura de cómo se tomaría la noticia sobre su familia. Dos, no estaba segura de como tomaría mi plan de juego. Y yo no quiero discutir. Había pagado el precio para llegar aquí. Jugábamos en la forma que yo quería.

Alguien me tocó el brazo, y yo salté, no podía hablar por un segundo. Mi corazón llenó mi garganta hasta que no podía respirar.

—Anita, soy Jason. ¿Estás bien?

La puerta lateral de pasajeros estaba abierta, y Patrick no estaba a la vista. Oí movimiento por mi lado de la camioneta. Era Nathaniel. Dio unos golpecitos suaves en la ventana. Bajé el vidrio.

—Todo el mundo está atrás —dijo.

Yo asentí.

—Danos unos minutos —dijo Jason.

Nathaniel regresó a la parte trasera de la camioneta sin pronunciar palabra. Lo hizo bien al seguir las órdenes.

—Habla conmigo, Anita.

—No hay nada de qué hablar.

—Sigues mirando al vacío durante unos minutos a la vez. No estás aún aquí. Es necesario que estés bien para que esto funcione. Daniel y la señora Zeeman te necesitan.

Mi cabeza se volvió lentamente, y lo miré fijamente.

—He hecho lo mejor de mí para ellos esta noche. He pasado por encima y más allá de mi nuevo mejor tiempo para esta noche.

—Hasta que no estén seguros, no ha terminado.

—Ya lo sé. ¿No crees que lo sé? Si no logro sacarlos vivos, entonces lo que hice fue por nada.

—¿Y qué crees que hiciste? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—Lo viste.

—Te ayudé a sujetarlo.

—Lo siento por eso.

Jason me puso una mano en cada hombro y me sacudió suavemente.

—¡Maldita sea, Anita!, Déjalo ir. Esto no se parece a ti revolcándote en el horror. Eres un buen soldado. Tú matas y continuas como se supone que debes.

Yo lo aparté de mí.

—Torturamos a un hombre, Jason. Yo le reduje a algo que se retorcía en el suelo, lloriqueando, con terror y dolor. Y yo quería hacerlo. Yo quería hacerle daño a causa de lo que habían hecho a Charlotte y a Daniel. Quería hacerlo. —Sacudí la cabeza—. Haré lo que sea esta noche, pero perdóname si es un poco más difícil de seguir adelante de lo normal. Perdóname si yo no soy una super-mujer, después de todo.

—¿Super-mujer? —exclamó, poniendo una mano en el pecho con fingida sorpresa—. ¡Me has mentido todos estos años!

Me hizo sonreír, y yo no quería sonreír.

—Basta ya.

—¿Dejar qué? ¿De animarte? O ¿La vida debe detenerse, porque hiciste algo horrible? Te diré la horrible real verdad, Anita. No importa lo que haces o lo mal que te sientes al respecto, sólo la vida continúa. La vida no le importa un carajo si te sientes molesta o perturbada o atormentada. La vida sólo continúa, y hay que seguir con ella, o sentarse en el medio del camino y compadecerte de ti misma. Y no te veo haciendo eso.

—Yo no siento lástima de mí.

—No te has roto sobre Thompson. Estás destrozada por lo que hiciste con Thompson y cómo te hace sentir. No das un carajo sobre él. No eres más que llanto y rechinar los dientes sobre la cantidad de monstruo que eres. Bueno, tengo bastante de eso con Richard. Yo no lo necesito de ti. Así que procedamos juntos. Tenemos personas que queremos salvar.

Me quedé mirándolo.

—¿Sabes lo que realmente me molesta?

—No, ¿qué?

—No me siento mal por torturar a Thompson. Creo que se lo merecía.

—Se lo merecía —dijo Jason.

—Nadie merece ser torturado, Jason. Nadie se merece lo que hicimos, lo que le hice a él. Eso es lo que la parte frontal de mi cerebro me dice. Dice que debería sentir lástima de él, estar horrorizada. Esto debería ser algo que me rompiera. Pero ¿sabes qué?

—¿Qué? —preguntó Jason.

—No me va a romper a mí, porque ahora lo único que lamento es que no tuve valor suficiente para cortarle la polla y guardarla como recuerdo para la madre de Richard. Matarlo, incluso la tortura, no fue suficiente. Los Zeemans son como la mierda de los Waltons7. Y pensar que cualquiera podía entrar y llevárselos, lo estropean siempre, me hace tan enojada, tan enojada que lo único que puedo hacer es matarlos. Matarlos a todos. No hay lamento en mí. —Lo miré en la oscuridad—. No debe haber arrepentimiento por algo, Jason. Puedo matar y no parpadear. Ahora puedo torturar y no lamentarlo. Me he convertido en uno de los monstruos, y si va a salvar a la familia de Richard, estoy contento de serlo.

—¿Te sientes mejor? —dijo Jason.

—Sí, lo sé. Yo soy un monstruo, pero es por una buena causa.

—Para salvar a la madre de Richard, lo haría un infierno mucho peor que cortar un par de dedos —dijo Jason.

—Yo también —dije.

—Entonces vamos a hacerlo —dijo.

Salimos de la furgoneta y fuimos hacerlo.



CUARENTA Y CUATRO

Todo el mundo había desaparecido en el bosque, como las piedras lanzadas en la superficie de un lago oscuro. Incluso Ben que estaba cargando con Roxane había desaparecido entre los árboles.

El único que estaba a mi lado era Nathaniel, era como un perro bien entrenado.

Lo miré durante unos segundos y deseé que hubiera desaparecido con el resto, aunque él era fuerte y un wereleopardo, no estaba segura de que fuera capaz de sobrevivir a una pelea. Se agachó a mi lado sujetándome del brazo y tirando de mí hacia el suelo.

Me agaché y me arrodillé en el suelo, con la pistola preparada.

Giró la cabeza hacia la derecha y me dijo con la mirada que estuviera atenta, yo intenté serenarme para que los latidos de mi corazón no me impidieran escuchar. Se escuchaba como si alguien venía corriendo y pasaba a través de la maleza. No era uno de nosotros.

Me acerqué a Nathaniel y le hablé en el oído.

—Quítate del medio, yo me encargaré.

El asintió y se escondió entre los árboles más cercanos.

El plan que tenía era sencillo, apuntar con la Browning al tipo que se acercaba y averiguar qué era lo que estaba sucediendo en la casa.

Alguien gritó, sentí el movimiento de los arboles sin realmente verlo.

Una figura se materializó delante de mí entre los árboles, fui más rápida y lo agarré por el brazo haciéndolo girar sobre sus pies, le apunté con la Browning en la barbilla y fue en ese momento cuando me di cuenta de quién era el tipo. Howard el psíquico.

—No me mates —dijo con la voz entrecortada.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Porque puedo ayudarte.

—Empieza a hablar —le amenacé.

—Milo y Wilkes están dentro de la casa discutiendo sobre quién es el que va a matar al hombre.

Apreté mas fuerte el cañón del arma contra su barbilla, tanto que tuvo que ponerse de puntillas para poder respirar, aunque lo hacía con dificultad y un sonido salvaje salía de su garganta.

—¿Te gustó Charlotte Zeeman? ¿Fue un buen polvo?

Trató de hablar pero no podía hacerlo al tener el cañón de la pistola contra la garganta. Pensé en empujar el cañón más fuerte contra la garganta hasta que le atravesara y muriera desangrado.

Tomé una respiración profunda y aflojé la presión sobre su garganta.

—Por Dios yo no toqué a la mujer, no dejo que nadie me toque, soy un clarividente, por el amor de Dios, no sería capaz de soportar tocar a una mujer mientras es violada o torturada —dijo Howard.

Le creí, pero debería de saber que si me estaba mintiendo el mundo no sería lo suficientemente grande como para ocultarlo.

—Dijiste que Daniel está en la casa ¿Pero Charlotte? donde esta ella.

—Niley y Linus se la han llevado para utilizar su sangre, van a llamar a un demonio. Lo quieren utilizar para encontrar la lanza —dijo Howard mientras miraba el suelo.

—No pueden utilizar un demonio para eso —dije pero mi voz sonaba sorprendida.

—Linus piensa que si.

—¿Y por qué huyes, Howard? —pregunté intrigada.

—Porque no hay ninguna lanza, les mentí.

Relajé aún más el arma de su garganta y pestañeé varias veces.

—¿Qué es lo que estás diciendo?

—Deberías de saber lo difícil que es ganarse la vida como clarividente, la mayoría trabajan para la policía, yo simplemente he estado usando mis poderes para ponerme en las buenas con la gente rica, así que simplemente les digo lo que quieren oír. Yo les prometo algo pero no es real, sólo estafo a ladrones, funciona.

—Hasta Niley —le corregí.

—Está loco, si alguna vez se entera de que lo engañé me matará y Linus alimentará a la cosa esa con mi alma.

—Ellos van a matar a una mujer, a Charlotte, por algo que ni siquiera existe, idiota —dije con la voz entrecortada por la rabia.

—Lo sé, lo sé y lo siento de verdad, yo no sabía de lo que era capaz —dijo, después me miró—. Por favor déjame ir, déjame escapar.

—Te vas a meter en esa casa y me vas a ayudar a rescatar a Daniel —dije.

—No tenemos tiempo para rescatar a los dos —dijo Howard—. Van a matar al hombre y sacrificar a la mujer, aunque consiga que entres en la casa será demasiado tarde para la mujer.

Roxanne apareció al otro lado de nosotros como por arte de magia.

—Yo no lo creo —fue lo único que dijo antes de lanzarse contra Howard.

Deje a Howard con Roxanne, los vampiros y Ben, ellos se encargarían de Daniel, yo me quedaría con el resto y con el rescate de Charlotte.

Empecé a correr como lo había hecho anteriormente con Richard, corrí como si el suelo me fuera diciendo el camino, como si los árboles se abrieran a mi paso.

Sentí el poder de Richard, como si estuviera corriendo conmigo pero también sentía más cosas, el borde duro de su pánico y tuve que correr más rápido.



CUARENTA Y CINCO

Habían elegido la cima de una colina que antes había sido una pradera, pero en algún momento habían arrancado toda la hierba y las flores silvestres para que la colina estuviera desnuda y rota bajo la luz de la luna.

En las películas habría un altar y tal vez un incendio o dos, por lo menos una antorcha. Pero no había nada más que oscuridad y la luz plateada de la luna. La cosa más pálida en el claro era la piel de Charlotte Zeeman. Estaba atada a unas estacas clavadas en el suelo y desnuda. Al principio pensé que estaba inconsciente, pero las manos estaban flexionadas y estirando contra las cuerdas. Me sentí feliz de verla que seguía luchando y lo siento por qué no se había desmayado.

Linus Beck llevaba una típica túnica con capucha negra. Supongo que si eso me salvaba de verlo desnudo, podría vivir con ello.

Niley apoyó a Linus. Vestía el mismo traje que le había visto en anteriores ocasiones. Habían trazado un círculo en el suelo con algo oscuro

y polvoriento. Charlotte estaba dentro del círculo. Era el alimento para el demonio, el cebo.

Wilkes estaba no más que a ocho pies de mí, a mi derecha. Él tenía un rifle de alto poder y estaba buscando en la oscuridad.

La voz de Linus se elevó en un sonsonete que llenaron la noche con ecos y movimientos como si la oscuridad se estremeciera ante las palabras.

Nathaniel y yo estábamos en el suelo en una línea de árboles, mirando. Jason y Jamil se suponía que estaban en el otro lado del claro. Un momento de concentración me dijo dónde estaban. Las marcas con Richard estaban abiertas y rugían. Nunca había sido tan consciente de la esencia y los sonidos de una noche de verano. Era como si mi piel se ampliara hacia el exterior, tocando cada árbol y arbusto. Yo era líquida y apenas me contuve dentro de mi piel.

Sentí a Richard y a los demás moverse a través de los árboles como un viento sólido. El *lukoi* venía. Pero estaban a kilómetros de distancia, y el hechizo estaba casi completo. Podía sentir su crecimiento, hinchándose, como una niebla húmeda, invisible. El mal se avecinaba.

Hubo disparos en la casa, haciéndose eco por la colina. Wilkes se volvió hacia ellos y me coloqué sobre una rodilla y vi abajo a mis brazos. El primer disparo golpeó en el centro de la espalda. El segundo disparo lo golpeó un poco más arriba en la espalda porque estaba cayendo de rodillas. Se quedó inmóvil sobre las rodillas, uno de esos segundos que duró una eternidad. Tuve tiempo para poner una tercera bala en la espalda.

Una bala pegó en el árbol al lado de mi cabeza, y me hizo retroceder en la maleza. Tres disparos más golpearon entre los arbustos donde había estado. Niley tenía una pistola, una semiautomática que podría tener dieciocho balas si se había modificado el clip. No es bueno. Por supuesto, podría tener sólo diez. Es difícil de saber en la oscuridad a esta distancia.

Me acerqué furtivamente a un árbol, apoyé mi brazo contra ello, y vi su silueta en la oscuridad brillante. Disparé con cuidado y disminuyó. No estaba segura de lo mal que lo herí, pero había golpeado algo. Él disparó de nuevo, y me tumbé al suelo.

Nathaniel se arrastró hacia mí.

—¿Qué hacemos?

Niley gritó:

—No puedes cruzar el círculo, Anita. Si nos matan, lo único que puedes hacer es mirar a Charlotte morir.

Me arriesgué a dar un vistazo. Niley estaba encubierto. Podría disparar a Linus, pero no estaba un cien por ciento segura de lo que haría a Charlotte. Yo no sabía lo que implicaba el hechizo. No sabía mucho acerca de la brujería.

—¿Qué quieres, Niley?

—Tira tu arma.

—Lanza también la tuya, o disparo a Linus.

—¿Qué le pasará a Charlotte si Linus muere en el medio del círculo?

—Voy a correr el riesgo. Tira la pistola.

Se puso de pie y arrojó el arma a un costado de la colina. No podía oír el golpe sobre la maleza, pero él lo había hecho. Me mudé de los árboles y tiré la Browning. Todavía tenía la Firestar.

—La otra pistola, también —dijo Niley—. Recuerda que Linus la buscó el día de hoy. Lancé la Firestar lejos en la hierba rota. Estaba bien. Esto no se trataba de armas de fuego.

Sentí el cierre del hechizo. La última palabra de Linus resonó en la noche como una gran campana de bronce que había sido golpeada ligeramente, fuera de tono, pero la nota se escuchó en toda la llanura. Se hizo eco y creció hasta que la piel de mi cuerpo trató de arrastrarse y esconderse lejos, serpenteando, como si todos los insectos en el mundo estaban bajo mi piel. Por un segundo, no podía respirar ni moverme. Entonces la voz de Niley vino.

—Es demasiado tarde, Anita. Demasiado tarde.

Charlotte estaba gritando a través de la mordaza en la boca. Gritos, una y otra vez, tan rápido como podía respirar.

Me quedé mirando a través de la pradera y encontré que había algo más en el círculo. Yo no estaba segura si era la negrura de la oscuridad que lo hizo difícil de ver, o si era como humo, no exactamente una forma. Parecía tener la altura de un hombre, tal vez ocho pies, no mucho más. Es tan delgada que parecía que estaba hecho de palos. Sus piernas eran más largas de lo que deberían haber sido, de alguna manera se habían doblado mal. Me di cuenta de que cuanto más miraba, más sólido se iba poniendo. El cuello era una larga serpiente, la espalda doblada sobre sus hombros como una garza, y tenía un pico en vez de boca. Si tenía ojos, no pude verlos. El rostro estaba ciego y sólo medio formado.

—Es demasiado tarde —dijo Niley de nuevo.

—No, no lo es.

Me levanté y salí de los árboles. Niley parecía muy seguro ahora que el demonio estaba allí.

—Sólo Linus puede enviarlo de regreso de donde vino. Si lo arruinas, entonces ciertamente va a devorar a Charlotte.

No le hice caso porque sabía que el plan era que la cosa se comiera a Charlotte. Le dejé pensar que creía que ellos tenían la intensión de salvarla. Vamos a dejarlo creer que ella aún era útil como rehén. Quería acercarme lo suficiente para ver el círculo de trampa que habían puesto.

Charlotte había dejado de gritar. Podía oír su voz atrapada detrás de la mordaza, pero ella estaba hablando ahora, no gritando. Una mujer fuerte, una mujer muy fuerte.

El demonio se paseaba por el borde del círculo, una cola larga y delgada, tenía forma de látigo. Cada vez estaba más inquieto, moviéndose alrededor del círculo como un preso, comprobando su celda.

—El círculo está completo —dijo Linus—. Tú eres mío para obedecerme.

El demonio le silbó, y el sonido golpeó el interior de mi cabeza con dolor. Se dio la vuelta y me miró, aunque no tenía ojos. Yo estaba en el borde del círculo ahora. Pude ver que Charlotte había cerrado los ojos, y yo ya sabía lo que estaba haciendo. Estaba rezando.

Caí de rodillas al lado del círculo. No sentí nada de él. Lo que significaba que no era para mí. Fuera lo que fuera la intención era mantenerlo dentro o fuera, yo no era uno de ellos.

—Ella es pura, Linus. Ella es pura de corazón y de alma. No es un sacrificio apto para esto.

—Los puros son un lujo poco frecuentes y muy bueno para mi amo.

—No, no puedes alimentarlo con su alma, Linus. Su alma es pura, y esta cosa no puede tocarla.

El demonio se movía tan lejos de Charlotte como el círculo lo permitía. No era feliz.

—Dale sus órdenes, Linus —dijo Niley.

—Te ofrezco un sacrificio de carne, hueso y alma. Toma mi ofrenda y cumple mis deseos.

El demonio se trasladó a los pies de Charlotte. Clavó el pico junto a su rostro, y gritó. Las oraciones se detuvieron, y se echó a reír, un sonido como de metal pulido.

—Es un círculo contra el mal, ¿no es así, Linus? Sólo el mal.

—Eres una nigromante —dijo Niley—. Eres el mal.

—No creas todo lo que oyes o lees, Niley.

El demonio levantó los dedos a la luz de la luna, los dedos se convirtieron en cuchillos negros. Charlotte abrió los ojos y gritó. El sermón del Padre habría sido bueno usarlo, pero estaba en blanco. Todo lo que podía pensar era en Navidad.

—Y los mismos pastores habían permanecido en el campo, vigilando el rebaño por la noche. —Pasé por encima del círculo. No fue nada para mí. Se pretende mantener fuera el mal. Yo no soy malvada.

—Y he aquí, el ángel del Señor vino sobre ellos y la gloria del Señor brilló a su alrededor, y ellos tuvieron mucho miedo.

El demonio charlaba, tratando de romperme, sus garras afiladas cortaron a mí alrededor como aspas de un ventilador, pero no me tocaron.

—Y el ángel les dijo: No temáis, porque he aquí os traigo nuevas de un gran gozo, que serán para todo el pueblo. —Me arrodillé y empecé a desatar a Charlotte. Cuando saqué la mordaza de su boca, comenzó a recitar conmigo—. Que os ha nacido hoy, en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo el Señor.

Acuné el cuerpo desnudo de Charlotte en mis brazos. Se aferró a mí y lloró, y yo lloraba también. Y sabía que teníamos que salir de ese círculo, porque sólo me acordaba de tres versos.

—Y esta será una señal para vosotros; hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre.

Charlotte no podía mantenerse de pie, y tuve que ayudarla.

Tropezamos cerca del borde del círculo, y el demonio nos arrojó una ola de estruendo, desgarrando, horror.

—Y repentinamente apareció con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo… —Miré en el círculo mientras oraba, cuidadosamente construido…—. Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra, paz y buena voluntad hacia los hombres. —Borré el círculo con la mano. Rompí el círculo de protección de Linus.

El demonio echó hacia atrás la cabeza y gritó. El sonido era como el canto de un gallo o tal vez un gruñido o tal vez algo más. Era como si ni siquiera lo escuchara, no pude mantenerlo en mi mente.

Se salió del círculo y cayó sobre Linus. Era su turno de gritar y gritar todo lo rápido que podía respirar. La sangre voló en un baño, rociándonos como lluvia.

Y de repente, hubo linternas y hombres gritando:

—FBI. Te muevas.

¿FBI?

Las linternas alumbraron al demonio. La luz brillaba en el pico, y la sangre resplandecía en ello como si se hubiera bañado. Si no habían intentado disparar, creo que los habría dejado solos. Sin embargo, dispararon contra él, y empujé a Charlotte a la hierba, ocultando su cuerpo bajo el mío.

El demonio se precipitó en los federales, y empezaron a morir. Grité:

—¡Las balas no funcionará! Oremos. Oren, maldita sea, ¡recen!

Traté de dar el ejemplo y lo encontré, finalmente, podía recordar la Oración del Señor. Una voz de hombre se hizo eco de la mía, y luego otro. Escuché a alguien diciendo el «¡Dios mío!, oh, Señor, porque he pecado», la liturgia. Alguien estaba orando, y no era cristiano. Hindú creo, pero cada religión tiene demonios. Cada religión tiene oraciones. Todo lo que esto toma es la fe. Nada como un demonio verdadero, vivo para darle un poco de aquella religión antigua.

El demonio se quedó con el cuerpo de un hombre levantado en su boca. Cortó el cuello y se lamía la sangre con una lengua larga y pegajosa. Pero al menos no estaba matando a nadie más.

Las oraciones se levantaron en la oscuridad, y estoy segura de que ninguno de ellos había rezado tanto, en la iglesia o fuera de ella. El demonio estaba en sus piernas torcidas y se acercó a mí. Charlotte, murmuraba una nueva oración. Creo que fue la canción de Salomón. Curioso lo que recuerdas bajo el estrés.

Me apuntó con un dedo largo y me habló con una voz que era profundo y oxidada, como si no la utilizara mucho.

—Libre —dijo.

—Sí —le dije—, eres libre.

El pico y la cara de ojos ciegos parecían flaquear. Por un instante me pareció ver la cara de un hombre, pura y casi brillante, pero nunca estaré segura.

—Gracias —dijo, y desapareció.

Los federales estaban en todas partes. Uno de ellos dio a Charlotte una chaqueta con las letras del FBI en la espalda. La ayudé a sentarse y coloqué la chaqueta sobre ella. Le llegaba a la mitad del muslo.

A veces, es bueno ser pequeña. Uno de los federales resultó ser Maiden.

Me miró fijamente en shock.

Él sonrió y se arrodilló al lado de nosotros.

—Daniel está muy bien. Él va a estar bien.

Charlotte lo agarró por la manga del abrigo.

—¿Qué le hicieron a mi hijo?

Su sonrisa desapareció.

—Ellos iban a golpearlo hasta la muerte. Llamé para pedir refuerzos, pero… Están muertos, señora Zeeman. Ellos nunca volverán a hacerle daño de nuevo. Siento tanto no haber estado allí antes para ayudarle, ayudarlos.

Ella asintió.

—Has salvado la vida de mi muchacho, ¿no?

Maiden miró al suelo, y luego asintió.

—Entonces, no me pidas disculpas —dijo.

—¿Qué hace un agente federal haciéndose pasar por un oficial en un pequeño pueblo? —pregunté.

—Cuando llegó Niley husmeando por aquí, me pusieron encubierto con Wilkes. Funcionó.

—Llamaste a la policía estatal —dije.

Él asintió con la cabeza.

—Sí.

Otro agente se acercó, y Maiden se excusó.

Sentí a Richard llegar. Lo sentí moverse entre los árboles. Y yo sabía que algunos de ellos no venían en forma humana.

Llamé al agente que le había dado a Charlotte su abrigo.

—Hay algunos hombres lobo en el bosque. Ellos son amigos. Venían a ayudar. No dejes que les disparen, ¿vale?

Fijó la mirada en mí.

—¿Hombres lobo?

La miré.

—Yo no sabía que el FBI iba a aparecer. Necesitaba refuerzos.

La hice reír, y él empezó a decirles a todos que guardaran sus armas y no dispararan a los hombres-lobo. No creo que todo el mundo estuviera contento con eso, pero hicieron lo que les dijeron.

Una mujer se arrodilló cerca de nosotros con el equipo de primeros auxilios. Ella empezó a examinar a Charlotte, pasó luces por sus ojos y le hizo preguntas tontas, si sabía la fecha y dónde estaba.

Richard llegó a nuestro lado, todavía en forma humana, a pesar de que

no se había despojado de los vaqueros y las botas de senderismo. Charlotte se tiró de mis brazos a los suyos, llorando otra vez. Me puse de pie y dejé a Charlotte con su hijo y el equipo médico.

Richard me tomó de la mano antes de que pudiera alejarme. Miró hacia mí, las lágrimas brillaban en la luz de la luna.

—Gracias por salvar a mi madre.

Le apreté la mano y lo dejé con ella. Si no me dejan sola, iba a llorar de nuevo.

Otro paramédico se acercó a mí.

—¿Es usted Anita Blake?

—Sí, ¿por qué?

—Franklin Niley quiere hablar con usted. Se está muriendo. No hay nada que podamos hacer por él.

Me fui con él para hablar con Niley. Estaba tumbado sobre su espalda. Le habían colocado un IV y estaban tratando de detener la hemorragia, pero fue muy mal herido. Me levanté para que él pudiera mirarme sin esfuerzo.

Se lamió los labios, y le tomó dos intentos hablar.

—¿Cómo pasaste el círculo?

—Se formó para atrapar al mal adentro, no para dejarlo pasar. No soy mala.

—Resucitas a los muertos —dijo.

—Soy un nigromante. Estaba un poco insegura en que escala del bien y del mal estaba, pero parece que Dios está bien con ello.

—¿Entraste en el círculo sin saber si estarías a salvo? —Tenía el ceño fruncido, claramente desconcertado.

—Yo no podía sentarme allí y ver a Charlotte morir.

—¿Te sacrificarías por ella?

Pensé en ello durante un segundo o dos.

—No lo pensé claramente, pero yo no podía dejarla morir, no si la podía salvar.

Hizo una mueca, cerró los ojos, luego me miró.

—¿No importa el costo para ti?

—Creo que sí —dije.

Miró más allá de mí, los ojos empezaron a perder su enfoque.

—Extraordinario, extraordinario. —Su aliento suspiró hacia el exterior, y murió. Los paramédicos cayeron sobre él como buitres, pero se había ido. Nunca consiguió respirar otra vez.

Jason estuvo de repente a mi lado.

—Anita, Nathaniel se está muriendo.

—¿Qué estás hablando?

—Tomó dos balas en el pecho cuando las personas estaban disparando al demonio. Los federales estaban usando balas de plata, porque sabían lo que Linus era.

—¡Oh, Dios! —Agarré la mano de Jason—. Llévame con él.

Había paramédicos a cada lado de él. Hubo otra IV, y habían colocado una lámpara. La piel de Nathaniel estaba pálida y cerosa a la luz. El sudor le cubría como un rocío. Me arrodillé junto a él tratando de empujar a los paramédicos para llegar a su lado, sus ojos claros no me veían.

Dejé que los paramédicos me empujaran fuera del camino. Me senté en la maleza y escuché a Nathaniel intentar respirar a través de los dos orificios en el pecho. Los malos no le habían disparado. Se había quedado atrapado entre los disparos de los buenos. Fue sólo un accidente estúpido. Él iba a morir porque había estado de pie en el lugar equivocado en el momento equivocado. No, yo no permitiría que un accidente lo matara. Yo no perdería otra persona por un mal momento.

Miré a Jason.

—¿Marianne está aquí?

—Voy a mirar. —Se fue corriendo hacia el caos.

Nathaniel tenía la espalda inclinada hacia arriba. Su aliento raspaba hacia afuera. Se tumbó en el suelo, aun horriblemente. Uno de los paramédicos sacudió la cabeza y se levantó. Tomó parte del equipo y se fue a ayudar a alguien. Me arrastré alrededor para tomar su lugar al lado de Nathaniel. Miré a los otros paramédicos. Había una mujer rubia con una cola de caballo.

—¿Hay algo que pueda hacer?

Ella me miró.

—¿Eres su amiga?

Yo asentí.

—¿Cercana?

Yo asentí.

—Lo siento —dijo.

Sacudí la cabeza.

—No, no voy a dejarlo morir. No soy el mal. —Todo lo que yo había hecho, y mi fe estaba pura. Cuando hablé De La Palabra, fue tan real para

mí, como cuando había memorizado aquellos años los versos para el desfile Navideño. Las palabras aún me conmovieron. Nunca dudé de Dios. Dudaba de mí. Pero tal vez Dios era un Dios más generoso de lo que le permití ser. Vino Jason con Marianne.

La agarré de la mano.

—Ayúdame a llamar a la *Munin*.

Ella no discutió, sólo se arrodilló a mi lado.

—Recuerda la sensación de tu cuerpo. Recuerda su sonrisa. El olor de su cabello y su piel.

Yo asentí.

—El olor a vainilla y pieles. —Me arrodillé junto a él, toqué su piel, pero ya estaba cada vez más frío al tacto. Se estaba muriendo. No me sentía sexy en absoluto. Me sentía triste y asustada. Bajé la cabeza y oré. Recé para abrirme a Raina. Recé para abrir los ojos y mirar a Nathaniel y sentir lujuria. Fue una cosa extraña rezar para esto, pero valía la pena intentarlo. Sentí la calma que a veces sentía cuando oraba. Esto no significa que obtendría lo que pedía, pero sí significa que alguien escuchaba.

Abrí los ojos lentamente y miré a Nathaniel. Había hojas en su pelo largo, desatado. Las quité. Sostuve su cabello en mis manos y hundí mi cara en él. Todavía olía a vainilla. Froté la mejilla contra la suya, enterrando la cara detrás de la oreja en la seda de sus cabellos. Puse una mano sobre las heridas con la cara todavía enterrada en el pelo. Hizo un pequeño sonido de dolor cuando lo toqué.

No sé si fue el sonido del dolor, el olor familiar de su cuerpo, o la oración, pero sentí a Raina fluir a través de mi cuerpo como una llama. El *Munin* avanzaba, y me abrí a ella, no peleé, no había lucha. Lo abracé, y su risa salió de mi boca. Yo me levanté en mis rodillas y miré a Nathaniel.

No me horroricé más. Raina pensó que sería una gran mierda como él murió. Puse mis labios contra los suyos, y sus labios se sentían frescos y secos. Presioné mis labios sobre los suyos y sentí estallar el fuego.

Mis dedos encontraron las heridas en su pecho y las acariciaron, empujé mis dedos en las heridas. Los paramédicos trataron de tirar de mí fuera de él, Jason y alguien más los apartó. Busqué en la herida hasta que los ojos de Nathaniel se abrieron y se quejó del dolor. Sus ojos se agitaban, estaban pálidos, el lila se veía pálido en la luz artificial. Miró hacia arriba, pero no me vio, no vio nada.

Le cubrí la cara de besos suaves, y cada toque quemaba. Volví a su

boca y respiré en él. Cuando me retiré, sus ojos estaban enfocados. Su aliento salió aliviado en algo demasiado bajo para ser un susurro.

—Anita.

Me coloqué a horcajadas sobre su cuerpo y puse mis manos sobre su pecho desnudo. Cubrí las heridas con las manos, pero toqué el interior de su pecho con algo más que mis manos. Podía sentir el daño. Podría mover su corazón dañado por el calor que cayó de mis manos, se hundió en su piel, llenaba su carne.

Yo me estaba quemando viva. Yo tenía que alimentar el fuego en él. Teníamos que compartir esta energía. Mis manos abandonaron la herida en el pecho y hurgué en mi camisa. La camisa de vestir salió y se desvaneció en el césped, pero la parte superior estaba atrapada bajo la sobaquera. Las manos me ayudaron a escapar de la funda de mis hombros. La dejé caer torpe en mis caderas. Abrí el cinturón y creo que fue Marianne que me ayudó a sacar la cinta de los lazos. Sé que fue Marianne, que me impidió deshacerme de mis pantalones. Raina gruñó en mi cabeza. Manos acariciaron mi espalda desnuda y sabía que era Richard. Se arrodilló a mi espalda, colocó las piernas a horcadas entre las piernas de Nathaniel, para poner ningún peso sobre ellos. Él me acunó la espalda contra su cuerpo. De repente estaba consciente de que estábamos en el centro de la manada. Nos rodearon como un muro de caras y cuerpos.

Las manos de Richard se deslizaron por la vaina de la columna vertebral y la cuchilla. Sus manos encontraron el broche del sujetador y lo desabrochó. Comencé a protestar, y me abrazó, y él me besó en los hombros, deslizando sus labios por la espalda y sacando el sostén lejos.

—La piel desnuda es mejor para esto —susurró.

Aquel flujo de energía picante llenó la mirada del *lukoi*, los llenó y se extendió a mí. La energía de la *Munin* se alimentó con ese poder, creció hasta que pensé que mi piel se rompía con él. Richard guió mi cuerpo al de Nathaniel. Mis pechos desnudos tocaron el pecho de Nathaniel, un pincel de piel de terciopelo en contra de la carne desgarrada de su pecho liso. Me estremecía en su contra, y el calor se derramó de mi piel desnuda.

Al principio era como si mi cuerpo desnudo cabalgara sobre su piel en un charco de sudor, luego sentí la carne. Mi cuerpo cayó contra el suyo con un suspiro, y fue como si nuestros cuerpos se convirtieran en plástico líquido. Nuestros cuerpos se fundieron juntos en una sola carne, un solo cuerpo, como si me hundiera en su pecho. Sentí nuestros corazones

palpitando, golpeando la sangre uno contra otro. Yo cuidaba de su corazón, cerré su carne con la mía.

La boca de Nathaniel encontrado la mía, y el poder fluía entre nosotros como el aliento hasta que levantó la piel de mi cuerpo, y no había nada, sus brazos alrededor de mí, su boca sobre mí, mis manos sobre su cuerpo, y distante como un ancla sentí a Richard, y más allá de él el resto de la manada. Sentí que ellos daban su energía, su poder, y la tomé. Y más allá, distante como un sueño, sentía a Jean-Claude. Sentí su fresco poder unirse al nuestro y fortalecerme, la vida de la muerte.

Lo tomé todo y lo metí en Nathaniel hasta que apartó su boca de la mía y gritó.

Sentí su cuerpo explotar, y su placer se precipitó sobre mi piel, y lo tiré hacia fuera en la manada que esperaba. Tomé su energía y les di de nuevo el placer.

El *Munin* me dejó en aquellas voces asustadas. Raina nunca había sido capaz de tomar el poder de los demás. Eso fue obra mía. Así, incluso la perra del oeste nunca había complacido este pueblo a la vez.

Me senté, estaba todavía a horcadas sobre Nathaniel. Él me miró con sus ojos color violeta y sonrió. Le pasé la mano sobre el pecho, y no había ninguna herida, sólo una cicatriz que estaba sanando. Todavía estaba pálido y se veía terrible, pero estaba vivo.

Richard me ofreció la camisa que había dejado caer. Me lo puse sobre mi pecho y la abroché. Yo no sabía qué había ocurrido con el resto de la ropa. Jason tenía mi sobaquera y un cuchillo. Las cosas importantes.

Cuando intenté levantarme, me tropecé, y sólo los brazos de Richard me mantuvieron en pie. Él me ayudó a pasar a través de la multitud. Me tocaban a medida que avanzábamos, pasaban sus manos a lo largo de mí. No me importó, no me preocupé. Puse mi brazo alrededor de la cintura de Richard y lo acepté para esta noche. Me preocupa lo que significaría todo esto mañana, o tal vez incluso al día siguiente.

Verne salió de la multitud.

—Maldición muchacha, eres buena.

Roxanne estaba a su lado.

—Está curado. ¿Cómo hiciste eso?

Le sonreí.

—Habla con Marianne. Seguí caminando.

Los médicos se acercaron corriendo. Escuché a la mujer decir:

—¡Mierda! ¡Es un milagro!

Y quizá lo fue.

—No voy a buscar otra *lupa* —Richard dijo.

Lo abracé.

—¿No más reuniones?

—Tú eres mi *lupa*, Anita. Juntos podríamos ser la pareja más poderosa que se ha apareado que he visto nunca.

—No es sólo nosotros dos que nos hacemos poderosos, Richard. Es Jean-Claude.

Me dio un beso en la frente.

—Lo sentí cuando llamamos el poder. Lo sentí dar su poder para nosotros.

Dejé de caminar. Me volví para verlo a la luz de la luna.

—Somos un trío, Richard, nos guste o no.

—Un *ménage à trois* —dijo.

Levanté las cejas.

—No, a menos que hayas estado haciendo más cosas que simplemente hablar con Jean-Claude.

Richard se rió y me abrazó.

—Él no me ha corrompido bastante.

—Me alegra oír eso.

Caminamos por el monte, abrazados. Charlotte se encontraba en el fondo de la colina en una camilla. Ella agarró las manos a los dos. Una de las manos se veía fuertemente vendada.

Ella sonrió a nosotros.

—¿Por qué no me dijiste, Richard?

—Pensé que sería diferente. Pensé que dejarías de quererme.

—Cretino —dijo.

—Eso es lo que le dije —dije.

Charlotte comenzó a llorar en silencio, apretando la mano de Richard en sus labios. Le sonreí y sostuve su mano. La vida no era perfecta, pero de pie, mirando a Richard y a su madre, manteniendo sus manos, estaba cerca.



CUARENTA Y SEIS

La nariz de Daniel estaba rota. El perfil perfecto ya no es tan perfecto. Él dice que las mujeres lo aman, le hace parecer duro. Daniel nunca me ha hablado sobre lo que pasó. Ninguno de ellos tiene a Charlotte, en la cena del primer domingo después de que ambos salieron del hospital, ella rompió a llorar. Fui la primera que estuve en la cocina. Ella me dejó abrazarla mientras lloraba, diciendo lo tonto que se sentía, que todo estaba bien. ¿Por qué habría de estar llorando?

Si de verdad pudiera hacer una resurrección, traería a Niley y a todo su equipo y los mataría muy lentamente.

La familia de Richard piensa que no puedo hacer nada incorrecto, y no están siendo sutiles acerca de sus planes. El matrimonio, que deberíamos casarnos. En otras circunstancias, no es una mala idea. Pero no somos una pareja. Somos un trío. Es difícil de explicarle a la gente de Richard. Es difícil de explicarle a Richard.

Howard Grant, el psíquico, está en la cárcel por fraude. Confesó que algunas de las cosas que había hecho en el pasado. Le dije que si él no pasaba algún tiempo en la cárcel, lo mataría. Su codicia había empezado todo. No tocó a Charlotte o a Daniel. Estaba horrorizado con lo que Niley hizo y lo que estaba sucediendo, pero sus mentiras pusieron todo en movimiento. No podía salir sin un rasguño. Simplemente le di una opción de castigo.

La policía cree que el oficial Thompson huyó del estado. Todavía están buscándolo, y ninguno de nosotros vamos hablar. Yo no sé qué hizo la manada de Verne con el cuerpo. Tal vez esté colgado sobre su árbol en espera de una Navidad que nunca llegará. Tal vez se lo comieron. No lo sé, y yo no quiero saber.

El Consejo de Vampiros no envió a nadie a matarnos. Al parecer, Colin sobrepasó sus límites. Estábamos en nuestro derecho de matarlo a él y a su pueblo. Él no sobrevivió a la muerte de su criado. No hay nuevo amo de la ciudad todavía. Verne y su manada no tienen prisa para reemplazar a Colin.

Me despierto en sueños que no son míos. Pensamientos y sentimientos, que no son míos. Esto es bastante abrumador como para estar enamorada, en el primer calor de lujuria, pero las marcas me absorben el interior de ambos. Ellos me tragan. Cada acto sexual lo hace peor. Tan… No más sexo. Tengo que conseguir el control de las primeras marcas.

Cuando estaba durmiendo con ellos dos, Richard merodeaba alrededor. Ahora que fui casta, por lo que tiene él. Jean-Claude, creo yo, sabe que estoy buscando una buena excusa para decir: «¡Ah, a ver, realmente no me amas!». Así que él mismo se está comportando como un ángel oscuro.

Me tomé un mes de descanso y regresé a Tennessee para aprender de Marianne.

Aprender a controlar la *Munin* me está ayudando a controlar las marcas. Jean-Claude como mi único maestro no es una buena idea. Ha invertido demasiado dinero en mí. Estoy aprendiendo a poner barreras. Barreras tan altas, tan amplias, tan sólidas, que estoy a salvo de ambos. Una caja de seguridad detrás de las paredes.

El sexo desmorona todas las barreras. Es como ahogarse. Creo que si me lo permitía, y ellos lo permiten, podríamos llegar a ser como un cuerpo con tres partes.

Richard parece no ver el peligro. Todavía es ingenuo, o quizás yo no lo entiendo. Lo amo, pero incluso sentir sus pensamientos, sus emociones,

sigue siendo un misterio para mí.

Jean-Claude conoce el peligro. Él dice que puede impedir que ocurra, pero no confío en él. Lo amo, más o menos, pero no confío en él. He sentido su alegría como el poder del triunvirato crece.

Una vez me dijo que me amaba tanto como podía. Tal vez lo hace, pero él ama más al poder.

Por lo tanto, soy casta de nuevo, maldita sea. ¿Cómo puedo ser casta con los dos pernos sobrenaturales de todos los tiempos a mi disposición? Fuera de la ciudad. He tomado cada trabajo de animación que pude fuera de la ciudad durante tres meses. Me paso los fines de semana con Marianne. Tengo un gran poder dentro de mí, no sólo las marcas, soy yo. He evitado enfrentar aquel poder tanto como sea posible, pero Jean-Claude me ha obligado a hacerle frente. Tengo que aprender a controlar la magia.

Suena tonto que alguien que resucita a los muertos para ganarse la vida ha estado ignorando que ella tiene la magia en su interior, pero lo tengo. Siempre he aprendido lo mínimo para sobrevivir. Eso se acabó.

Marianne me dice que tengo las herramientas para sobrevivir en el triunvirato. Hasta que me sienta confiada en las herramientas, estoy evitando a los chicos. Tres meses sin tocar a ninguno de ellos. Nadie compartiendo mi cama. Tres meses de no ser *lupa*. Tuve que abandonar el grupo para dejar a Richard. Pero no podía salir de los wereleopardos. Ellos no tienen a nadie más que yo. Así que todavía soy Nimir-ra. Marianne incluso me enseña a forjar a los leopardos en una unidad sana. Ella y Verne.

Abandoné la mayor cantidad de cosas sobrenaturales como pude. Tengo que averiguar lo que queda de mí.

Me enfrenté a un demonio con mi fe y la oración. ¿Significa eso que Dios ha perdonado mis pecados? No lo sé. Si Él me ha perdonado, Él es más generoso que yo.